



Revelaciones (Apocalipsis)

¿Se ha abierto el séptimo sello?

De regreso a casa

Kiko Orozco Rocamora

Índice

- Capítulo 1. La carta
- Capítulo 2. Crónica: El huerto
- Capítulo 3. Ratificado
- Capítulo 4. El vídeo
- Capítulo 5. Crónica: La medida justa
- Capítulo 6. Las siete plantas
- Capítulo 7. Presunto
- Capítulo 8. Crónica: Los avisos
- Capítulo 9. Copia sellada
- Capítulo 10. La vacuna
- Capítulo 11. Crónica: Pueblo débil
- Capítulo 12. Siempre igual
- Capítulo 13. La túnica
- Capítulo 14. Crónica: Juez de su propia causa
- Capítulo 15. Prioridad absoluta
- Capítulo 16. En efectivo
- Capítulo 17. Crónica: Reyes, papas y pastores
- Capítulo 18. Ciento sesenta y nueve
- Capítulo 19. La mejor defensa
- Capítulo 20. Un encargo
- Capítulo 21. La cuerda
- Capítulo 22. Crónica: La lengua de la ley
- Capítulo 23. Unos pocos
- Capítulo 24. Las brasas
- Capítulo 25. La portería
- Capítulo 26. Crónica: Los papeles del consentimiento
- Capítulo 27. Lo mío
- Capítulo 28. Mandato
- Capítulo 29. Encargarse
- Capítulo 30. Sin que nadie lo enseñe
- Capítulo 31. Los jueves
- Capítulo 32. Primero el título
- Capítulo 33. Si es ley
- Capítulo 34. Crónica: Los códigos y las cadenas
- Capítulo 35. Las tapas gastadas
- Capítulo 36. Cuentos de viejas
- Capítulo 37. Crónica: El siglo de la fuerza
- Capítulo 38. Como dioses
- Capítulo 39. Legión
- Capítulo 40. Ángel de luz
- Capítulo 41. El centro
- Capítulo 42. Más gente
- Capítulo 43. Crónica: Sin oro
- Capítulo 44. Plantilla

Capítulo 45. El radar
Capítulo 46. Veintitrés ficheros
Capítulo 47. La ventanilla
Capítulo 48. Encima de la farmacia
Capítulo 49. La balanza
Capítulo 50. Sin tapa
Capítulo 51. Crónica: Cuando se vacía
Capítulo 52. Los escalones
Capítulo 53. Opinión desfavorable
Capítulo 54. Las tizas
Capítulo 55. Podar
Capítulo 56. La higuera
Capítulo 57. La última palabra
Capítulo 58. La rosca
Capítulo 59. Crónica: Las presunciones de hoy
Capítulo 60. La raya
Capítulo 61. La brújula
Capítulo 62. Las pepitas
Capítulo 63. Los tachados
Capítulo 64. Crónica: El otoño de 2026
Capítulo 65. Por el principio
Nota del autor
Índices de la novela «Revelaciones (Apocalipsis)»

La carta

Esta novela es ficción. La familia, la casa, el taller y lo que se dicen son inventados. Lo que el padre encuentra está en la obra «Apocalipsis del Sistema», con sus mismas palabras, y el índice del final dice dónde.

El embrague no entraba. Había cambiado el disco, la maza y el cojinete, todo nuevo y todo de la misma caja, y el pedal seguía bajando hasta el fondo con una blandura que no le gustaba. Se metió otra vez debajo del furgón, con la linterna entre los dientes, y al girarse oyó crujir el sobre en el bolsillo del mono.

Lo había cogido del buzón a mediodía, debajo de la propaganda del supermercado: un sobre blanco, con ventanilla y un escudo en la esquina. No le hacía falta abrirlo para saber de dónde venía. Toda una vida de autónomo enseña a reconocer esos sobres por el tacto, como se reconoce por el ruido un rodamiento que se está yendo.

En la radio del taller, entre canción y canción, hablaban de política. Uno decía que el Estado tenía que hacer algo; otro, que el Estado ya hacía demasiado; el de en medio, que el Estado éramos todos y que por eso había que arrimar el hombro. Él había oído esas frases toda la vida, como se oye la lluvia. Esa tarde, tumbado en el suelo, las oía de otra manera. A mediodía, en la cocina, le había dicho lo mismo a la niña. Y Sofía, sentada en la encimera, que era justo donde no podía sentarse, había arrugado la nariz y le había contestado que ella no había puesto ninguna norma.

Él tampoco. Llevaba toda la tarde dándole vueltas.

A media tarde se asomó el dueño del furgón, con las manos en los bolsillos del chaquetón.

—¿Cómo va eso?

—Mal. Le he puesto el embrague nuevo y sigue blando.

—Pues algo será. Tú sabrás. —Miró el furgón como se mira a un perro que te ha mordido—. Lo necesito mañana, que sin él no trabajo. Y la factura, si puede ser, me la pasas a final de mes, que este voy justo.

El padre le dijo que sí, como le decía siempre. Cuando se fue, se quedó un rato mirando el suelo debajo del furgón. Estaba seco. Un pedal blando con todo el embrague nuevo no es el embrague: es el líquido que lo mueve, o el aire que se le ha colado dentro. Cogió la linterna pequeña y la metió por detrás de la campana, donde no mira nadie. El bombín sudaba. Una gota, nada, una gota que nunca llegaba al suelo porque se la bebía el polvo de la carcasa.

La había tenido delante toda la tarde, y él mirando las piezas nuevas.

Se limpió las manos con el trapo, apagó la radio y, antes de bajar la persiana, se tocó el bolsillo del mono. El sobre seguía allí.

* * *

A la cena, Sofía lo contó todo de corrido, con el tenedor en la mano: que papá decía que el Estado somos todos y que ella no había puesto ninguna norma. Gea lo miró por encima del vaso y le dijo que ya tenía deberes. La niña se rio con la boca llena, y a él no le quedó más remedio que reírse también.

Ahora Gea dormía en el sofá, con un libro abierto boca abajo encima del pecho. Él le quitó el libro y le echó la manta por encima. Ella abrió un ojo.

—¿Qué era la carta?

—Lo de siempre.

—Pues paga y a dormir.

Volvió a cerrar el ojo antes de que él pudiera contestar.

En la cocina, sacó el sobre del mono, que seguía colgado en el respaldo de la silla, y lo abrió con el cuchillo del pan.

Era lo de siempre. Un plazo, un número de expediente y un artículo de una ley que no conocía. Le reclamaban un pago del taller. La cantidad no lo hundía, pero tampoco le sobraba, y venía escrita con todos sus céntimos, como si los céntimos fueran lo importante. Al final, en letra más pequeña, le explicaban lo que pasaría si no pagaba a tiempo: un recargo y, después, el apremio, una palabra que no necesitaba diccionario.

La leyó una vez y la dejó en la mesa, al lado del salero.

Sabía de sobra lo que venía ahora, porque lo había hecho siempre. Por la mañana llamaría a la gestoría. La chica de la gestoría le diría que se lo pasaba al jefe, y el jefe le diría que pagara en plazo, que con la Administración no se discute y que después, si quería, reclamaban. Él pagaría y se olvidaría del asunto hasta el sobre siguiente.

Así había hecho toda la vida con los papeles: firmar donde le decían. En la gestoría, cada trimestre, una hoja con crucecitas a lápiz donde tenía que poner la firma. En el banco, el día que abrió la cuenta del taller, un taco de hojas que nadie le dejó tiempo de leer. El contrato del piso, que Gea se había leído entero en el sofá, con un rotulador, y que él firmó de pie en la inmobiliaria. No era pereza. Era que los papeles no eran lo suyo. Lo suyo eran los coches.

Y con los coches no daba nada por hecho. Ni lo que decía el cliente, ni lo que decía el manual, ni lo que ponía en la caja de una pieza recién comprada. Lo que no podía comprobar con sus manos no se lo daba por bueno a nadie. Esa misma tarde lo había vuelto a aprender, con la linterna detrás de la campana.

Con los coches, nada por hecho. Con los papeles, todo.

Se quedó mirando la carta, y luego el pasillo, hacia la puerta del cuarto de la niña.

No era la carta lo que no le dejaba irse a la cama. Era lo que le había dicho a mediodía: «El Estado somos todos». Se lo había dicho con la misma seguridad con que le decía que el agua moja. Lo había oído en la radio, en el bar, en boca de los clientes mientras esperaban el coche, y nunca lo había mirado. No le había mentado a su hija. Le había dado como buena una pieza que nunca había probado.

* * *

Pasada la medianoche seguía en la cocina, con el portátil abierto. Desde hacía unos meses usaba una herramienta de inteligencia artificial para los presupuestos y para escribir a los proveedores, y le había puesto nombre, como se le pone a un coche al que se le tiene cariño: la llamaba Sofía, como a su hija. Para no confundirlas, en su cabeza era Sofía IA.

Le escribió lo mismo que le había preguntado la niña: qué es el Estado.

La respuesta llegó antes de que hubiera apartado la mano del teclado. Era larga, estaba bien escrita y no tenía ni una duda. Hablaba de soberanía, de territorio, de poder público. La leyó dos veces y le sonó muy bien. Luego cayó en la cuenta de por qué le sonaba tan bien: sonaba como él a mediodía, solo que con más palabras.

Le preguntó dónde estaba escrito todo eso. Quería leerlo con sus ojos, en el original, y no en un resumen.

Sofía IA le contestó con una lista: leyes, libros de hace siglos, sentencias de los tribunales. Ni una página, ni una frase copiada de ningún sitio. Nombres.

Él conocía esa clase de respuesta. Era la del cliente que entra en el taller diciendo que el coche hace un ruido «por ahí abajo». No miente, pero tampoco te dice nada. Una lista no es la avería localizada: es por dónde empezar a buscar.

Pensó en cómo trabajaba cuando le entraba un coche que otros no habían sabido arreglar. Primero escuchaba, sin tocar nada. Luego desmontaba, pieza a pieza, sin saltarse ningún paso, porque el paso que uno se salta es justo donde se esconde la avería. Y no daba por buena

ninguna cosa porque otro la diera por buena: ni el mecánico de antes, ni el cliente, ni el que le había vendido la pieza. Eso no lo había aprendido en ningún libro. Lo había aprendido equivocándose.

Si el Estado fuera un coche, ¿cómo lo diagnosticaría?

Se lo preguntó así, en voz baja, y le gustó la pregunta. Cómo se construyó. Qué lo sostiene. Qué lo alimenta. Habría que desmontarlo como se desmonta un motor, para ver cómo funciona por dentro. No para romperlo. Para entenderlo.

Cogió la libreta de los presupuestos, arrancó una hoja limpia y la dividió en tres columnas, como dividía los informes que daba a los clientes cuando la avería era seria: lo que había visto con sus ojos, lo que sospechaba y lo que todavía había que desmontar para saberlo. Arriba de la primera escribió «Comprobado». Arriba de la segunda, «Lo que yo creo». Arriba de la tercera, «Aún no lo sé».

En «Comprobado» no puso nada.

En «Lo que yo creo» escribió: «Que el Estado somos todos. Lo he oído siempre».

En «Aún no lo sé»: «Qué es. Cómo se construyó. Qué lo sostiene. Qué lo alimenta».

La columna vacía era la que más pesaba de toda la hoja. Más que la carta.

Antes de apagar la luz volvió a coger la carta y buscó el plazo. Lo contó con el dedo en el calendario de la nevera, debajo de la nota de Gea de las lentejas. Le quedaba tiempo, pero no tanto como para dejarlo correr.

La carta tenía plazo. La pregunta de la niña, no. Y, sin embargo, mientras volvía al dormitorio a oscuras, sorteando la mochila que Sofía había dejado tirada en el pasillo, supo cuál de ellas le iba a quitar más noches.

Crónica: El huerto

Según cuenta el Génesis, al principio había un huerto, y en medio del huerto, dos árboles: «también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de ciencia del bien y del mal».

La orden era una sola. Se podía comer de todo: «De todo árbol del huerto comerás». De todo menos de uno: «Mas del árbol de ciencia del bien y del mal no comerás de él; porque el día que de él comieres, morirás».

El relato no dice cuándo pasó lo que cuenta, y cuándo se escribió es cosa que se discute. Lo que sí dice, paso a paso, es cómo entró el engaño. Entró en tres jugadas.

La primera fue darle la vuelta a la orden. La serpiente no preguntó por el único árbol prohibido, sino por todos: «¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?». La mujer contestó, y al contestar añadió algo que en la orden no estaba: «ni le tocaréis».

La segunda fue negar la consecuencia sin dar ningún dato: «No moriréis».

La tercera, atribuir un motivo: «Mas sabe Dios que el día que comiereis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses sabiendo el bien y el mal».

Nadie fue a preguntar a quien había dado la orden. La mujer decidió por lo que veía: el árbol era «bueno para comer, y que era agradable á los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría». Y comieron.

Los frutos llegaron enseguida, y el relato los cuenta uno detrás de otro. Primero, el miedo: «tuve miedo, porque estaba desnudo; y escondíme». Después, la acusación en cadena: el hombre culpó a la mujer, y la mujer, a la serpiente. Y al final, la salida del huerto. En el camino del otro árbol quedaron «querubines, y una espada encendida que se revolvía á todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida».

El texto no dice manzana: dice «del fruto del árbol que está en medio del huerto». No llama diablo a la serpiente; eso lo dijeron textos posteriores. Y no dice que el hombre fuera inmortal por naturaleza: la vida para siempre dependía del otro árbol, el que quedó guardado.

Ratificado

La gestoría estaba en un entresuelo de la calle del mercado, encima de una farmacia. Olía a papel y a café recalentado, y en la mesa del gestor las carpetas se apilaban en torres que nunca terminaban de caerse.

El gestor leyó la carta con el teléfono sujeto entre la oreja y el hombro, diciéndole a alguien que sí, que el lunes sin falta. Colgó, se subió las gafas a la frente y la volvió a leer entera, despacio, moviendo los labios en el artículo de la ley.

—Esto está bien puesto —dijo—. El artículo es ese y la cantidad cuadra con lo que tienen. Otra cosa es que te toque. Yo creo que no te toca, pero eso ya es discutirlo.

—¿Y se discute?

—Se discute, claro. Pero primero se paga. —Le devolvió la carta—. Mira, te voy a decir lo que le digo a todo el mundo, que me lo enseñó mi jefe cuando yo era el chaval de los recados. Tres cosas. Lo que presentes, siempre con la copia sellada, que esa copia es lo único que demuestra que lo presentaste. El plazo, desde el primer día, porque un plazo que se pasa no vuelve. Y si hay dinero de verdad en juego, un abogado, que yo hago papeles pero no hago juicios.

—¿Y si no tienen razón?

—Pues lo pagas en plazo y luego pides que te lo expliquen. Si tienen razón, te quedas tranquilo. Si no, lo reclamas. Pero sin pagar no se puede ir a ningún sitio, porque se te come el recargo.

El padre se quedó mirando la carta, el escudo de la esquina.

—Oye, ¿y tú sabes qué es el Estado?

El gestor se rio por la nariz.

—Yo no sé lo que es el Estado. Yo sé lo que es un plazo. —Sonó otra vez el teléfono y levantó la mano antes de cogerlo—. Y tú también deberías, que este mes ya me has traído los papeles tarde.

Era verdad. El padre dobló la carta, se la guardó en el bolsillo del mono y bajó las escaleras pensando que el gestor llevaba toda la vida viviendo de plazos que no había puesto él.

* * *

Esa noche se equivocó Sofía IA, y él estuvo a punto de equivocarse con ella.

Le preguntó dónde estaba escrito que el Estado somos todos, y ella le dio una frase redonda, con su artículo y todo, de las que se copian sin pensar. Fue a comprobarla a la página del Boletín Oficial del Estado, en la Constitución, y no estaba. Ni en el artículo primero ni en ningún otro. Cuando se lo dijo, Sofía IA lo reconoció a la primera: le había dado algo que sonaba a la Constitución, pero no era la Constitución.

Lo que sí ponía el artículo primero era otra cosa: «La soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado».

Los poderes salían del pueblo. Eso estaba escrito. Lo que no estaba escrito era cuándo había dicho que sí el pueblo, ni quién.

Volvió al principio del texto, antes del preámbulo, y encontró una línea en mayúsculas que no había leído nunca: «LAS CORTES HAN APROBADO Y EL PUEBLO ESPAÑOL RATIFICADO LA SIGUIENTE CONSTITUCIÓN».

Ratificado. Lo leyó en voz baja. Era la palabra de las firmas que se ponen al final, cuando ya está todo hablado. El pueblo había ratificado en un referéndum, en 1978. Eso también estaba escrito, y era verdad.

Hizo la cuenta con el lápiz corto de los presupuestos, como hacía las cuentas de todo. Los que entonces no tenían edad de votar no la votaron. Los que nacieron después, tampoco. Él no la votó. Sofía no existía. Ni él ni su hija habían ratificado nada, y sin embargo estaban dentro.

No le pareció que aquello fuera un engaño. Le pareció una pieza puesta de fábrica: alguien la montó antes de que él comprara el coche, y desde entonces se daba por buena sin que nadie la revisara.

Tachó de la hoja «Que el Estado somos todos». En «Comprobado» escribió la primera línea de su vida en esa columna: «Los poderes del Estado salen del pueblo. El pueblo dijo que sí en 1978. Los que no tenían edad de votar, y los que nacieron después, nunca la votaron».

Gea entró con dos tazas y dejó una junto a la hoja. Leyó la línea por encima de su hombro, se sentó al otro lado de la mesa y le contó otra vez, como tantas veces, que su madre fue a votarla con su vestido bueno, como quien va a una boda. Que ella tampoco la votó, como él, y que se acordaba del vestido y del bolso a juego.

—Y ahora tú le dices a la niña que no vale —dijo.

—No le he dicho que no vale. Le he dicho que no la votamos.

—Es lo mismo.

—No es lo mismo. Tu madre la votó, y la votó con ilusión. Eso es verdad. Y yo no la voté. Eso también es verdad. Lo uno no borra lo otro.

Gea sopló el café.

—¿Y qué quieres? ¿Que se vote otra vez cada vez que nace un niño? —Lo dijo sin enfado, como cuando le preguntaba qué quería para cenar—. Algo habrá que hacer con los que nacen. No vamos a ir cada uno por su lado.

Él se quedó con la taza a medio camino. No tenía respuesta, y lo dijo.

—Eso no lo sé.

—Pues apúntalo —dijo ella, y le dio un beso en la cabeza—. No te acuestes tarde.

Lo apuntó, al lado, con su letra de presupuestos. Y cuando se quedó solo hizo lo que hacía en el taller con una pieza que no se puede quitar: buscó cómo se quitaba. Si aquel sí lo habían dado otros por él, tenía que haber una manera de retirarlo, o al menos de volver a preguntarlo.

La había. Estaba casi al final de la Constitución, en el último título. Para cambiarla entera, o para tocar lo esencial, hacían falta dos tercios de cada una de las dos Cámaras; después había que disolverlas, elegir otras nuevas, que las nuevas volvieran a aprobarlo por dos tercios, y al final, un referéndum.

Se quedó mirando la pantalla. Era como una pieza soldada al chasis. Se podía cambiar, nadie decía que no, pero para cambiarla había que desmontar el coche entero, con el permiso de casi todos los que iban dentro. Y para retirar el sí de uno solo, el suyo o el de su hija, no había nada.

* * *

La noche siguiente buscó quién había dicho que sí por la niña.

Sofía IA le contestó deprisa que a los niños los apuntan los padres en el Registro Civil, cuando pueden, y que no hay plazo. Él ya no se fiaba de lo que llegaba deprisa. Fue a la ley del Registro Civil, la de verdad, en la misma página del boletín. Era larga y estaba escrita como se escriben las leyes, que cansan antes de llegar a lo que uno busca, y tardó en llegar. Pero llegó.

Los primeros obligados a comunicar un nacimiento no eran los padres. Eran «La dirección de hospitales, clínicas y establecimientos sanitarios». Y esa dirección «comunicará en el plazo de setenta y dos horas a la Oficina del Registro Civil» cada nacimiento. Luego: «El registro individual se abrirá con la inscripción de nacimiento». Y a cada registro «se le asignará un código personal [...] que será única e invariable en el tiempo».

Había plazo, y era corto. Se lo dijo a Sofía IA, y Sofía IA reconoció que le había contestado de memoria, sin mirar la ley.

Él se quedó con el lápiz en la mano, sin escribir. Un plazo de setenta y dos horas. Un código que no cambia nunca. Y en ninguna parte de la ley, nadie que le preguntara nada a la interesada. No podían preguntarle: la interesada tenía cero días.

Lo que le revolvía no era la ley. Era el orden de las cosas. Primero venía la obligación, y la conciencia llegaba años después, cuando ya estaba todo apuntado. Se le ocurrió una pregunta, y la dejó escrita en el margen, tal como le salió: en qué otro vínculo de la vida se ata a una persona de por vida, en setenta y dos horas, sin que pueda estar presente el único interesado.

No encontró ninguno.

Pero se obligó a hacer lo que hacía con los clientes enfadados: escuchar también lo que no quería oír. Y lo que no quería oír era esto: el registro protege al niño. Con él tiene un nombre que nadie le puede quitar, una nacionalidad y acceso a sus derechos desde el primer día. Un niño sin registrar está más solo, no más libre. Lo apuntó al lado de la pregunta, con la misma letra, para que la hoja no la inclinara él.

En «Comprobado» escribió: «Al nacer, el hospital tiene que avisar al Registro Civil en setenta y dos horas. Se abre un registro con un código que no cambia nunca».

Al día siguiente, en el taller, con la niña en el taburete alto balanceando las piernas, se le vino encima de golpe una madrugada que tenía olvidada. Una enfermera, unos papeles, un bolígrafo. Él firmando donde le dijeron, sin leer, con los ojos puestos en la niña, que dormía en el brazo de Gea. Se lo dijo a Sofía tal cual, sin buscar excusas, porque no las había.

Esa noche, cuando Gea y la niña dormían, volvió a pensar en aquellos papeles. No sabía qué había firmado. No lo supo entonces y no lo sabía ahora. Sabía, eso sí, que lo había hecho como lo había hecho siempre, en la gestoría, en el banco, en la inmobiliaria: donde le dijeron.

Buscó si un padre podía dar a su hijo. No a cuidarlo: darlo. Encontró de todo, y casi nada que dijera de dónde lo sacaba. Al final dio con un vídeo de un profesor que hablaba de un filósofo francés de hace siglos que había escrito sobre eso. Pero el profesor no decía en qué libro, ni con qué palabras.

Otro que le decía dónde mirar sin enseñarle la página. Lo apuntó en «Aún no lo sé» y cerró el portátil.

El vídeo

El de la furgoneta de los toldos llevaba viniendo al taller desde que el taller era de otro. Era de los que esperan dentro mientras les cambias el aceite, sentado en la silla de plástico junto a la máquina del café, contando cosas. Aquella tarde no contaba nada. Tenía el móvil en la mano y una multa de tráfico doblada en el bolsillo de la camisa, y en cuanto el padre bajó la furgoneta de la elevadora se le plantó delante.

—Tú que estás con lo del Estado —le dijo; se lo había contado Gea a su mujer en el mercado—. Mira esto. Esto lo explica todo.

Era un vídeo. Un hombre muy tranquilo, delante de una estantería llena de libros, hablaba despacio, como se les habla a los que acaban de despertar. Decía que el nombre que viene escrito en mayúsculas en las cartas del Estado no es uno: es otra persona, una especie de empresa que el Estado creó a tu nombre el día que naciste, y a la que van todas las deudas. Que con el certificado de nacimiento se abrió una cuenta secreta con lo que vale cada uno. Y que cada funcionario y cada juez tiene contratada una fianza, de modo que cualquiera que sufra un daño puede cobrarse de ella.

—Lo mío es esto —dijo el de los toldos, y sacó la multa—. Mira cómo viene mi nombre. Todo en mayúsculas. Ese no soy yo.

El padre se limpió las manos despacio. Lo peor era que le cuadraba. Llevaba unas noches leyendo que a cada niño, a las setenta y dos horas de nacer, le abren un registro con un código que no cambia nunca, sin que nadie le pregunte nada. Y ahora venía aquel hombre de la estantería y le ponía la pieza que faltaba: ahí estaba el truco, en el registro, en las mayúsculas.

Encajaba a la primera. Y en el taller había aprendido a desconfiar de las piezas que encajan a la primera sin tocar nada: o son de la marca, o son una imitación muy buena.

—Déjame mirar —le dijo—. Y la multa no la tires.

—¿Para qué la voy a tirar? La voy a contestar con esto.

* * *

Esa noche se sentó delante de la hoja de las tres columnas con el vídeo en la cabeza y una incomodidad que tardó en entender.

Llevaba días pidiéndole al Estado el papel de cada cosa que daba por cierta. El sí del pueblo, el registro en el que a nadie se le pregunta nada. Lo que no tenía documento detrás no era verdad ni mentira: era algo que se daba por cierto sin haberlo probado. Y él no estaba

dispuesto a tragarse lo que el Estado daba por cierto sin probarlo.

Pero el hombre de la estantería tampoco había enseñado ningún papel.

La vara tenía que servir para los dos lados, o no servía para ninguno. Si al Estado le pedía el documento donde nacía cada cosa, al vídeo tenía que pedirle lo mismo.

Empezó por lo que decía el vídeo que lo probaba todo, y encontró justo lo contrario. Un juez de Canadá, en 2012, en un pleito de familia, se había encontrado con un hombre que le presentaba esos mismos papeles: el nombre en mayúsculas, el certificado de nacimiento como garantía, una cuenta secreta de la que había que pagar lo que debía a su mujer y a sus hijos. El juez no se limitó a decirle que no. Escribió una sentencia de setecientos treinta y seis párrafos en la que reunió todas esas teorías, les puso un nombre y las fue examinando una por una.

Estaba en inglés. Sofía IA le tradujo los párrafos que le hacían falta, y él los fue comprobando palabra por palabra con el diccionario, como había hecho con el francés, porque ya sabía lo que le había pasado con las frases redondas. De los papeles del litigante, el juez decía: «Esto es, por supuesto, un disparate». Y de lo del nombre: «Los esquemas de la "persona doble o dividida" no tienen efecto jurídico. No tienen base en la ley. A una persona solo le corresponde una identidad legal».

Buscó si era cosa de un juez solo. No lo era. En Estados Unidos, un tribunal federal había tenido delante a un acusado que alegaba que su nombre en mayúsculas designaba una entidad ficticia y no a un hombre de carne y hueso, y le había contestado que esa objeción, y la de que las mayúsculas le quitaban la jurisdicción al tribunal, «no encuentran apoyo en la ley».

Lo de la cuenta secreta salía de una ley inglesa de 1666, que el vídeo citaba con su nombre antiguo como si dijera lo que el vídeo decía. Esa ley existía y seguía publicada, y él la leyó entera, que era corta. Trataba de las fincas arrendadas mientras viviera una persona: si esa persona se iba más allá de los mares durante siete años seguidos y no había prueba de que vivía, en el pleito del dueño por recuperar la finca se la tenía por muerta; y si aparecía, el arrendatario volvía a su finca con lo que había perdido. Un problema de tierras de hace siglos. Ni certificados de nacimiento, ni bonos, ni cuentas secretas. El juez de Canadá también había examinado esa cuenta, y la había rechazado como ya habían hecho otros tribunales.

Quedaba lo de la fianza. Y ahí encontró lo que no esperaba: la fianza existía. En algunos estados de Estados Unidos, la ley obliga a ciertos cargos públicos a depositar una, por si no cumplen con su puesto. Unos contribuyentes de Illinois que decían haber pagado de más por culpa de un tesorero demandaron a la aseguradora que respaldaba la suya. El tribunal supremo de aquel estado les dio la respuesta: «los demandantes, como ciudadanos

particulares, no pueden reclamar contra la fianza de cargo público exigida por ley de que se trata». Si no podían cobrar ni los que alegaban un daño concreto de ese mismo tesorero, menos aún cualquiera que viera un vídeo.

En España, además, no había nada parecido: el que sufre un daño por un servicio público reclama a la Administración, no al funcionario, y solo después la Administración puede pedir cuentas a su empleado, si hubo dolo o culpa grave.

Se quedó un rato con el lápiz parado. No sentía alivio. Sentía otra cosa, parecida a la vergüenza: el vídeo le había gustado porque le daba la razón. Igual que a Sofía IA le salían las frases que sonaban bien, a él le habían entrado las que le sonaban bien a él.

Abrió la libreta de los presupuestos por detrás, donde apuntaba las averías raras, y escribió: «Lo que no tiene papel no se admite. Ni lo del Estado ni lo del vídeo».

* * *

El de los toldos vino a por la furgoneta a última hora. El padre le había dejado la factura encima del asiento y la multa, que se había dejado olvidada en la silla, al lado.

—¿Qué? —le dijo, con media sonrisa—. ¿A que lo explica todo?

—Lo he mirado.

Se lo contó despacio, sin mayúsculas: el juez de Canadá y sus párrafos, el tribunal de Estados Unidos, la ley de las fincas, la fianza que no puede cobrar un particular. El de los toldos lo escuchó con los brazos cruzados y la mandíbula apretada.

—O sea, que soy tonto.

—No. —El padre lo dijo enseguida, porque era verdad—. Hay una parte que es verdad, y es la importante: tú eres tuyo, y no eres de nadie. Eso lo creo yo también. Lo que no tiene papel es el camino que te enseña ese hombre. Y si contestas la multa con eso, no te la van a quitar. Te la van a poner más difícil.

—¿Entonces qué hago? ¿Pagar y callar?

—Ni una cosa ni la otra. Si crees que la multa está mal, tienes veinte días naturales desde que te la notificaron para presentar alegaciones y pedir las pruebas. Si la pagas dentro de ese plazo te la rebajan a la mitad, pero entonces ya no puedes alegar. Tienes que decidirlo antes.

—¿Y eso de dónde lo sacas?

—De la ley de tráfico. Te enseño dónde.

El de los toldos miró la multa, luego el móvil, luego otra vez la multa.

—Me lo pensaré —dijo.

Pagó la factura, que era más de lo que había pagado nunca el del furgón blanco, se subió a la furgoneta y se fue sin despedirse del todo. El padre lo vio doblar la esquina y se quedó con una cosa atravesada. El hombre de la estantería le había dado a su cliente algo que él no le había podido dar: la sensación de que había una salida secreta, una llave que nadie más conocía. Él le había dado un plazo y un artículo.

Era menos. Pero era de verdad.

Bajó la persiana a medias y se quedó un rato con la radio puesta, recogiendo herramientas. Entre canción y canción, un hombre que llamaba al programa dijo, muy convencido, que él cotizaba para su jubilación, que eso era suyo y nadie se lo iba a quitar. El padre se paró con la llave inglesa en la mano. Lo había dicho él mismo muchas veces.

Volvió a sacar la libreta y lo apuntó también, debajo de lo del vídeo, sin saber todavía por qué.

Crónica: La medida justa

Hacia el 2350 antes de Cristo, en Lagash, una ciudad de Mesopotamia, un rey dejó escrito lo que había hecho por «el que vivía endeudado»: «vació su prisión y estableció su remisión». Es el perdón de deudas más antiguo del que queda documento.

No fue el único. Los historiadores cuentan una treintena de cancelaciones de deudas en Mesopotamia entre el 2400 y el 1400 antes de Cristo, cuatro de ellas de un mismo rey de Babilonia. Esa cuenta es de segunda mano: la hace un historiador, y no se ha leído tablilla por tablilla.

Hacia el 2100 antes de Cristo, otro rey de aquella tierra dejó escrito: «fabriqué una medida real justa». La medida justa es la que no engaña en el grano ni en el peso, ni al que compra ni al que vende.

En Egipto, en unas máximas cuya copia más antigua es de hacia el 2000 antes de Cristo, se lee que «es aborrecible para el alma que se le quite su tiempo». Cuándo se compusieron, se discute: se atribuyen a una dinastía más antigua, y hay quien las cree de después.

Hacia el 1753 antes de Cristo, el código de aquel rey de Babilonia dice en su final para qué se escribió: «para que el fuerte no perjudique al débil, para proteger a viudas y huérfanos». Si una tormenta o una mala cosecha arruinaban al deudor, ese año el deudor «lava en agua su tablilla de deuda» y no pagaba. Pero el mismo código, en otra de sus leyes, mandaba que si una casa mal hecha mataba al hijo del dueño, «se dará muerte al hijo del constructor». El hijo pagaba por la culpa del padre.

En Egipto, mientras tanto, el que mandaba no era solo un hombre. Desde el día de su coronación, el faraón llevaba entre sus títulos el de «Hijo de Ra», y su título más antiguo lo presentaba como sucesor del dios que había gobernado el reino.

Y en el libro que acompañaba a los muertos de Egipto, en una copia de hacia el 1475 antes de Cristo, el difunto juraba ante el tribunal de Maat, que es la verdad: «no he disminuido la medida de grano [...] no he añadido pesos a la balanza».

Dos tierras distintas, con sus lenguas y sus dioses, guardaban lo mismo: la deuda se perdona, la medida es justa, el tiempo de cada uno es suyo y el fuerte no pisa al débil. Y al lado, ya entonces, el que mandaba se ponía un título de dios.

Las siete plantas

Durante unos días, la libreta de los presupuestos se fue llenando por detrás sin que él lo buscara. No apuntaba lo que leía. Apuntaba lo que oía.

La radio del taller daba las noticias en punto, y entre noticia y noticia hablaba la gente. Una mañana, un señor que sabía de economía dijo, con la voz de quien da la hora, que «la presión fiscal en España está en torno al treinta y ocho por ciento». Una tarde, una clienta que esperaba la revisión de su coche se quejó de cómo estaba todo y luego se consoló ella sola: para cuando fuera mayor estaba la hucha de las pensiones, que para eso la habían hecho. Y más arriba, en la misma página, seguía lo del hombre de la llamada, que cotizaba para su jubilación y nadie se la iba a quitar.

Las apuntó una debajo de otra, sin comentario, como apuntaba las averías que vuelven. Porque eso le parecían. En el taller las conocía bien: un coche entra con un ruido, se le cambia la pieza que suena, y a la semana vuelve con el mismo ruido. La pieza que suena casi nunca es la que está mal. Lo que está mal está en otro sitio, y el ruido es solo por donde sale.

Esas frases eran así. Se oían en todas partes, se repetían igual, y nadie había ido a mirar de dónde salían. Él tampoco. Lo de cotizar para su jubilación lo había dicho toda la vida, y lo decía la palabra misma: cotizas, pagas tu cuota, y lo tuyo se va guardando.

Una tarde floja, con un coche parado a la espera de una pieza que no llegaba, se sentó en el taburete con la libreta abierta y se dio cuenta de que algunas de esas averías ya las había abierto él mismo, sin saber que eran de la misma familia.

Lo de que el Estado somos todos lo decía la radio a cada rato, y la Constitución no lo decía: decía que los poderes del Estado salen del pueblo, que no es lo mismo. El contrato social se llamaba contrato, y él ya había leído que sin el consentimiento de los que contratan no hay contrato, y que ese no lo había firmado nadie. Y lo del nombre en mayúsculas del vídeo era lo mismo, pero del otro lado: una palabra que prometía mucho y un papel que no aparecía.

En ninguno de esos casos había una mentira de las que se pillan con un papel. El nombre decía una cosa y el papel decía otra, y la gente se quedaba con el nombre, porque el papel no lo lee nadie.

Pensó en la aguja de la gasolina de las furgonetas viejas, que marca medio depósito cuando ya está en la reserva. No miente nadie: la aguja está floja. Pero el que se fía de la aguja se queda tirado, y el que conoce la furgoneta mira los kilómetros.

Le puso nombre, como se lo ponía a las averías raras para no tener que explicarlas cada vez: una maniobra camuflada. Y al lado, entre paréntesis, porque no tenía ningún papel que dijera otra cosa, apuntó que no hacía falta que nadie lo hubiera hecho a propósito. Bastaba con que el nombre tapara la cosa y nadie levantara el capó.

Las frases de la radio las pasó por la noche a la hoja de casa, a «Aún no lo sé», una debajo de otra: la jubilación, la hucha, la presión fiscal. A lo mejor eran verdad. A lo mejor la cifra de la radio servía para algo que él no sabía. Pero hasta entonces, todas las frases que se repetían igual en todas partes le habían salido con avería, y esas tenían la misma pinta.

* * *

Esa noche, en la mesa de la cocina, le dio la vuelta a la pregunta. Hasta entonces había ido detrás de lo que creía la gente. Ahora quería saber lo que daba por cierto el propio Estado sin haberlo probado. No en la radio: en sus leyes.

La lista no se acababa. Que la ley que escribe el Estado es la primera de todas, y que por encima de la Constitución no hay nada. Que los poderes salen del pueblo y el pueblo dijo que sí; eso ya lo tenía en la hoja, con los que nunca votaron. Que hay un pacto que todos aceptamos, el del contrato que nadie firmó. Que cada persona conoce todas las leyes, aunque cada día se publiquen más páginas de normas de las que nadie podría leer en un día. Que a cada niño, al nacer, se le abre un registro, y desde ese día le toca lo que le toca. Que lo que hace la Administración vale mientras uno no demuestre lo contrario. Que el dinero guardado conserva su valor. Que los que aún no han nacido están de acuerdo en pagar lo que hoy se debe. Que el Estado cumple lo que promete.

Con la lista delante hizo lo que hacía con una caja de cambios que no conocía: buscar el despiece. En el manual del taller cada caja viene dibujada así, con las piezas separadas a lo largo de su eje, en el orden en que se montan, para que se vea cuál descansa sobre cuál. Cogió una hoja limpia y empezó por abajo, que es por donde se empieza a montar.

En los cimientos puso lo que sostiene todo lo demás: que la ley del Estado es la primera y que no hay nada por encima. Encima, de dónde dice el Estado que le viene el poder: el sí del pueblo y el pacto. Después, lo que se da por cierto de cada persona desde que nace. Después, el poder sobre el ciudadano: que lo que hace la Administración vale mientras no se pruebe lo contrario. Luego el dinero. Luego los que aún no han nacido. Y arriba del todo, de tejado, lo que el Estado dice de sí mismo: que cumple lo que promete.

Le salieron siete plantas.

Lo miró desde lejos, con el brazo estirado, como miraba los despieces cuando algo no le cuadraba, y vio lo que en la lista no se veía. Todas las piezas apretaban hacia el mismo lado. En cada planta, el Estado daba por cierto, sin haberlo probado, lo que más necesitaba: que lo suyo era válido, que tenía razón, que podría pagar. Y si alguien no estaba de acuerdo, era ese alguien quien tenía que probarlo.

En el taller era al revés. Cuando un cliente volvía diciendo que el coche seguía haciendo el ruido, él no daba por buena la reparación porque la hubiera hecho él. Levantaba el capó y miraba. Nunca se le había ocurrido decirle a un cliente: demuéstrame tú que sigue roto.

Una pieza sola no le pareció grave. Cada una tenía su explicación, y alguna seguramente su razón; eso tendría que mirarlo. Lo que le quitó el sueño fue el conjunto. Ninguna pieza, por separado, tiraba el edificio. Todas juntas no dejaban ver si se sostenía.

* * *

Gea se había quedado dormida en el sofá con el libro abierto, otra vez. Se despertó con el cuello torcido, apagó la lámpara y fue hacia el dormitorio. Al pasar vio la luz de la cocina encendida. Llevaba encendida a esas horas desde el día de la carta.

Él no la oyó. Estaba inclinado sobre una hoja llena de rayas, con el lápiz corto en la mano y la frente arrugada, como se ponía en el taller cuando un motor no le cuadraba. Ella conocía esa cara. La había visto muchas veces, sobre coches de otros. Sobre un papel, nunca.

Se paró detrás de él y leyó la hoja despacio, de los cimientos al tejado. No entendió todas las palabras, pero entendió el dibujo. Era una casa, y cada piso se apoyaba en el de abajo.

—¿Y eso cómo se lo dices a la niña?

Él se frotó los ojos.

—Aún no lo sé.

—Pues hasta que lo sepas, no se lo digas. —Le apretó el hombro—. Y lo otro, lo de por qué hace caso la gente, es por miedo. Eso no hace falta ni buscarlo.

Se fue a la cama convencida.

En la cama no se durmió. Pensó en el contrato del piso, en el rotulador con el que se lo había leído entero en el sofá, línea por línea, mientras él miraba el móvil, y en cómo él había firmado después de pie en la inmobiliaria, donde le dijeron. Toda la vida había sido ella la de la letra pequeña. Ahora la leía él, de noche, casi a escondidas, y ella no sabía si eso le gustaba o le daba miedo. Un poco de cada, decidió. Lo de la niña le gustaba menos: que le contara cosas que no tenían arreglo.

Se levantó a por agua. La luz seguía encendida.

—¿Y al final qué es? —le preguntó desde la puerta, con el vaso en la mano—. El Estado. ¿Existe o no existe?

Él levantó la cabeza. Tenía delante otra hoja, y la de la casa apartada a un lado. Encima del microondas estaba el diccionario de francés de ella, el de cuando estudiaba, abierto y boca abajo.

—Existe —dijo—. Pero no como existe esta mesa.

Se lo explicó despacio, con lo que tenía apuntado. Hay cosas que existen aunque nadie las reconozca, como una piedra o un monte. Y hay otras que existen porque todos las reconocemos. Un billete es un papel, y cuenta como dinero porque todos lo damos por bueno. La propiedad, el matrimonio, el gobierno, igual. Y el Estado, igual. La ley lo trata como a una persona, sabiendo que no tiene cuerpo, y lo escribe ella misma: la Administración «actúa para el cumplimiento de sus fines con personalidad jurídica única».

—Una ficción —dijo él—. Pero declarada. Y una ficción declarada no es una mentira. Un cuento no engaña a nadie si dice que es un cuento. El engaño empieza cuando el cuento se presenta como si fuera la naturaleza, como si el Estado estuviera ahí igual que está el monte.

Gea se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Y nosotros? ¿También somos de esos?

Él buscó en la hoja. Lo tenía apuntado. En latín, persona era la máscara del actor, la que se ponía para salir a escena. El derecho cogió esa palabra para lo que la ley le reconoce a cada uno al nacer: el que tiene derechos y obligaciones, el que firma, el que paga y el que recibe las cartas.

—Lo del vídeo del de los toldos, el nombre en mayúsculas —dijo—. No era verdad que hubiera otra persona escondida debajo de tu nombre. Eres tú. Tú, como te ve la ley.

—Pues con esa máscara firmamos el piso —dijo Gea—. Con ella abriste la cuenta del taller. Y si mañana te pasa algo, la niña hereda. Algo bueno tendrá.

—Tiene. Eso también lo he encontrado: sirve para que puedas actuar en derecho, heredar, contratar y que te proteja la ley. —Dio con el lápiz en la hoja—. Pero tiene dos filos, como todas las herramientas. Lo que yo creo, y esto no lo he probado, es que por la misma máscara que te protege te tienen agarrado. Por ahí te llegan la carta, el recargo y el plazo.

Gea no dijo nada. Él le enseñó otra línea de la hoja. Era de un francés del siglo XVI. Se la había traducido Sofía IA, y él la había comprobado palabra por palabra con el diccionario de ella, como lo de las otras noches. La leyó en voz alta: que «las leyes se mantienen en crédito

no porque sean justas, sino porque son leyes. Ese es el fundamento místico de su autoridad; no tienen otro».

Gea se quedó mirando el vaso.

—Eso pasará con todos —dijo al fin—. Algún Estado bueno habrá empezado igual. No se fundan con permiso de nadie.

Él tardó en contestar. Era lo mismo que había encontrado un poco más abajo, y que no le había gustado: que así nace cualquier orden nuevo, también los que después protegieron mejor los derechos de su gente. Que fundarse a sí mismo, por sí solo, no distingue a un gobierno que cumple su palabra de uno que no la cumple.

—Eso también es verdad —dijo—. Está comprobado. Lo que los distingue es lo que hacen después.

—¿Y eso con qué se mide?

—Aún no lo sé.

Gea dejó el vaso en el fregadero.

—Esto a la niña tampoco.

—Esto no. —Él dobló la hoja de la máscara y la metió debajo de la de la casa—. A una niña no se le cuenta que a ella también le pusieron una antes de que supiera hablar. Ya lo verá cuando le toque firmar.

—El domingo viene a comer Amparo —dijo Gea—. Cuéntaselo a ella, que es funcionaria.

—¿Para que me diga que estoy loco?

—Para que te diga lo que no has leído. Tú siempre dices que el cliente que te lleva la contraria es el que más te enseña.

Él sonrió por primera vez en toda la noche.

—Eso lo digo de los clientes que pagan.

—Pues ella paga. Trae el postre.

Volvió a la cama. Desde el pasillo vio que él había vuelto a la hoja de la casa y a la pregunta que ella le había dejado, la del miedo. Pensó en Amparo, que llevaba toda la vida en la Administración y defendería lo suyo con razones, porque las tenía. Le pareció bien. Al hombre de la cocina le hacía falta alguien que le llevara la contraria y supiera de qué hablaba.

Por la mañana él le contaría que lo del miedo no era lo primero, y ella le diría «pues mira».

Presunto

Amparo, la amiga de Gea, llegó el domingo a la hora de comer, con una caja de pasteles atada con cinta. Se conocían desde el instituto. Era de esas personas que entran en una casa y al momento ya han puesto la mesa sin que nadie se lo pida. Llevaba toda la vida en la Administración, en una oficina adonde la gente llegaba enfadada por cosas que no había hecho ella, y había aprendido a no tomárselo como algo suyo.

Sofía comió deprisa, se llevó un pastel a su cuarto y les dejó la sobremesa.

Fue Gea la que sacó el tema, con el café.

—Cuéntale lo de tu casa.

Él no quería. Le daba apuro enseñarle aquello a alguien que sabía de leyes. Pero Gea ya había ido al cajón, y la hoja de las plantas estaba encima del mantel.

Amparo la leyó entera, de abajo arriba, sin decir nada, con el café enfriándose. Cuando llegó al tejado la dejó en la mesa y la alisó con la mano.

—Está bien hecha —dijo—. Mejor que muchas cosas que me llegan a mí. Pero te voy a decir una cosa, y no te enfades.

—Para eso ha venido —dijo Gea.

—Esto que tú llamas lo que el Estado da por cierto sin probarlo tiene un nombre. Se llama presunción. Y en la ley está con su nombre: los actos de la Administración se presumen válidos. Lo pone así, tal cual.

Él cogió el lápiz y lo apuntó en una esquina de la hoja. Presunción. Llevaba semanas dándole vueltas a una cosa sin saber que tenía nombre.

—¿Y sabes por qué? —siguió ella—. Porque si no, no funcionaría nada. Si cada licencia, cada multa y cada liquidación tuviera que pasar antes por un juez, la licencia del taller te la daban cuando la niña estuviera casada. Lo que hacemos se puede recurrir. Y lo que tiene un vicio grave es nulo, empezando por lo que pisa un derecho de los que ampara el Constitucional. Tampoco te creas que trabajamos como queremos: entre nuestros principios, la ley pone, tal cual, «Buena fe, confianza legítima y lealtad institucional». Eso no tiene que pedírnoslo nadie. Nos lo pide la ley.

Él lo pensó. Era verdad. Un taller tampoco podría trabajar si cada cliente pidiera un perito antes de dejarle las llaves.

—En eso tienes razón —dijo—. Sin eso no funcionaría.

—Pues ya está.

—Ya está no. —Dio con el dedo en la planta del poder sobre el ciudadano—. Si para funcionar tenéis que dar por bueno lo vuestro sin probarlo, es porque no podríais probarlo todo. Eso es lo que me estás diciendo.

—Pues claro. —Ella se rio—. Por eso se llama presunción. Lo raro sería que no lo fuera.

—¿Y lo de que todos nos sabemos todas las leyes? Eso también está.

—Ahí te doy parte de razón. Nadie se las sabe, ni yo. Pero si bastara con decir «no lo sabía», nadie cumpliría ninguna. Hoy no hay latín ni secreto: se publican gratis, en español, para quien las quiera leer. Y no todo lo que sale en el boletín son normas, que también salen nombramientos, oposiciones y anuncios.

—Y no todas van contra ti —añadió—. La más conocida va a tu favor: la presunción de inocencia. Si te acusan de algo, lo tiene que probar el que acusa. Esa también es una presunción, y es de las buenas.

Él no tenía nada que contestar a eso, y no lo intentó.

—Y ahora te pregunto yo una cosa. —Dejó la taza en el plato—. Tú mides todo esto con algo. ¿Con qué? Yo, cuando tengo una duda, miro la ley, y si la ley no me la resuelve, miro la Constitución. Esa es mi vara. Con ella se mide todo lo demás. ¿Y la Constitución con qué se mide?

—Aún no lo sé.

—Pues ten cuidado —dijo ella, sin ninguna mala intención—. El que elige la vara elige el resultado. Si mides al Estado con lo que a ti te parece, siempre te va a salir torcido.

—Pues ya tienes deberes —dijo Gea, que recogía las tazas.

En la puerta, con el abrigo puesto, Amparo se volvió.

—Y si un día mandas un escrito, enséñamelo antes. No para quitarte la razón. Para que no te lo tiren por una tontería.

* * *

El lunes, en el coche, camino del colegio, la radio dio la noticia de un robo y dijo que el presunto autor había sido detenido. La niña preguntó qué era presunto. Le contestó lo que pudo, que creían que había sido él pero no estaba probado, y le prometió mirarlo mejor. Desde el domingo la palabra le salía por todas partes.

Esa noche no abrió la carta. Abrió la palabra.

Encontró que tenía vecinas, y que la gente las mezclaba sin darse cuenta. Las fue poniendo en el margen de la hoja, como los peldaños de una escalera, para no confundirlas nunca más. Cuatro palabras. La verdad, lo que se comprueba con su fuente. La presunción, lo que se da por cierto sin haberlo probado, que todavía no se sabe si es verdad o falso. Lo falso, lo que la norma o el dato demuestran que no es así. Y la mentira, lo falso dicho sabiendo que es falso.

La última era la que más le costó. Un teólogo de hace siglos la había explicado mejor que nadie: «es contra la naturaleza, e indebido, que alguien diga con su palabra lo que no tiene en la mente». Lo que no tiene en la mente. Para llamar mentira a algo había que saber lo que el otro tenía en la cabeza, y eso casi nunca se sabe. Pensó en el señor de la radio, en la clienta de la hucha, en el hombre del vídeo de los toldos. Ninguno mentía, que él supiera. Repetían.

Luego vio que la ley usaba la palabra con más cuidado que la gente. Sofía IA le hizo un resumen que sonaba muy bien, y él se fue al artículo. Para los pleitos, la ley de enjuiciamiento dice cuándo vale una presunción. Lo leyó varias veces, porque estaba escrito para abogados: «Tales presunciones sólo serán admisibles cuando la certeza del hecho indicio del que parte la presunción haya quedado establecida mediante admisión o prueba». Lo pasó a sus palabras: una presunción solo vale si el hecho del que sale está probado o admitido. Y entre ese hecho y lo que se presume tiene que haber un «enlace preciso y directo», y el juez tiene que razonarlo.

Esa ley era para los pleitos, no para todo. Pero como regla para medir le servía.

Volvió a la hoja de la casa y fue planta por planta preguntando por el hecho del que salía cada cosa. Que el pueblo dijo que sí: salía de un referéndum, que existió. Pero el sí de los que no votaron, ¿de qué hecho salía? Que cada uno acepta lo que le toca al nacer: salía de un registro que no le preguntó nada a nadie. Que todo el mundo conoce las leyes: buscó cuántas páginas se publicaban, y solo en un año habían salido más de un millón entre el boletín del Estado y los de las comunidades. Amparo tenía razón en que se publicaban. Lo que él no veía era que lo publicado se pudiera conocer.

Encontró también que tenía razón en lo otro. La Constitución reconoce a todos el derecho «a la presunción de inocencia», y la ley presume a favor de uno más cosas de las que él creía: la buena fe, por ejemplo, que «se presume siempre». Las presunciones no iban todas del mismo lado. Las del edificio, sí.

En «Comprobado» copió la escalera, con lo de la inocencia debajo. En «Lo que yo creo» escribió que una presunción no es una mentira, pero tampoco es roca.

* * *

El martes por la mañana faltaban las galletas, y la niña, que no sabía la palabra, le dio a su padre la lección del tribunal con la boca llena de razón: «Que lo demuestre el que acusa». Las galletas se las había comido Gea.

En el taller, con la cabeza metida en el motor de una furgoneta, se le volvía una y otra vez lo que le había dicho Amparo. ¿Con qué mides? El que elige la vara elige el resultado.

Tenía razón, y le escocía. Él no había elegido ninguna vara. Había ido mirando cosas, con el papel delante, y le habían ido saliendo torcidas. Pero ella preguntaba otra cosa: con qué sabía que estaban torcidas.

Pensó en cómo miraba un coche. Lo miraba en dos pasos, aunque nunca se lo había dicho así a nadie. Primero, si lo que le contaban era verdad: el cliente dice que hace un ruido, y lo primero es oír el ruido. Los hechos, cada uno con su prueba. Y después, cómo andaba el coche. Un coche no se juzga por el folleto ni por la factura: se juzga por cómo anda. Y un trato del taller se medía igual: si no le hacía daño a nadie, si valía lo mismo para el que cobra que para el que paga, si el cliente había dicho que sí antes de que le tocaran el coche, y si salían ganando el cliente y el taller.

Por la noche lo escribió arriba del todo, encima de las columnas, para no olvidarlo: primero, los hechos, con su fuente; después, lo que hacen. Si dañan a alguien. Si valen igual para el que manda y para el que obedece. Si hubo un sí. Si sale ganando cada uno.

Quedaba lo otro que había dicho ella, y no se lo quitó de encima: la vara la elegía él. No había manera de medir sin elegir con qué. Pero vio que la Constitución también había elegido la suya, y lo decía en su primer artículo: que «propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político». Ninguna vara era neutral. La honrada era la que se decía antes de medir.

Así que haría lo que hacía con los presupuestos: decirla antes. Escribirla arriba, para que el que la leyera supiera con qué se había medido y pudiera no estar de acuerdo. Y poner cada cosa con su papel, para que sirviera con cualquier vara, también con la de ella. Y medirse con la misma vara a sí mismo.

Debajo de la hoja seguía la carta del escudo. Por la tarde, cuando él le enseñó las cuatro palabras, la niña le había preguntado si era verdad, presunción, falso o mentira, y él le había dicho lo de siempre: que aún no lo sabía, que le dejara mirarlo.

La sacó del sobre, la desdobló encima de la mesa, con la vara escrita en la hoja de al lado, y se puso a leerla entera, por primera vez, sabiendo ahora lo que buscaba.

Crónica: Los avisos

En Israel, en un libro que se fecha hacia el siglo VII antes de Cristo, quedó escrita una ley que decía lo contrario que la del hijo del constructor: «Los padres no morirán por los hijos, ni los hijos por los padres; cada uno morirá por su pecado». Cada uno responde de lo suyo.

Otro libro de Israel, que se fecha entre el 622 y el 586 antes de Cristo, cuenta que el pueblo pidió un rey, y que antes de dárselo se le avisó de lo que ese rey le iba a tomar: «El diezmará vuestras simientes y vuestras viñas [...] Diezmará también vuestro rebaño, y seréis sus siervos». La décima parte ya se contaba como servidumbre. Y más adelante, cuando un rey le contestó al pueblo «Mi padre agravó vuestro yugo, pero yo añadiré á vuestro yugo», el reino se dividió.

Hacia el 594 antes de Cristo, en Atenas, el que redactó sus leyes «dio leyes por las que canceló todas las deudas, públicas y privadas». Lo llamaron la descarga de fardos.

Un griego de los siglos VI o V antes de Cristo dejó escrito que «todas las leyes humanas se nutren de una sola, la divina». Por encima de la ley que escriben los hombres había otra, y de ella comían todas.

En China, un libro que se fecha hacia los siglos IV o III antes de Cristo decía: «El pueblo pasa hambre porque los de arriba consumen demasiados impuestos». Y también: «cuantas más prohibiciones, más pobre el pueblo; cuanto más se exhiben las leyes, más ladrones hay».

En el siglo IV antes de Cristo, un filósofo griego separó lo justo que pone la ley de lo justo por naturaleza: «natural es lo que en todas partes tiene la misma fuerza, y no porque a alguien le parezca bien o no». Del interés del préstamo dijo que es «dinero nacido del dinero», y que «de todos los modos de ganar, este es el más contrario a la naturaleza».

Por los mismos años, en China, un sabio escribió que «cualquiera que de pronto ve a un niño a punto de caer a un pozo siente sobresalto y compasión», sin que nadie se lo haya enseñado. Y de los que mandan dijo: «El pueblo es lo más valioso; los altares del Estado le siguen; el gobernante es lo de menos». A los gobernantes de su tiempo los acusaba de que «roban al pueblo su tiempo, de modo que no puede arar para alimentar a sus padres».

En tres tierras lejanas, y en tres lenguas, se avisaba de lo mismo: que cada uno responde de lo suyo, que por encima del que manda hay una ley que él no escribe, que los impuestos sin medida empobrecen, que el tiempo del pueblo es del pueblo y que las deudas, a veces, hay que soltarlas.

Copia sellada

La carta no era larga. Lo largo era lo que no decía.

Le reclamaban un pago del taller, con todos sus céntimos. Tenía un plazo, un número de expediente y, en medio de un párrafo, el artículo de una ley que él no había leído nunca. Buscó la ley y leyó el artículo. Decía lo que decía la carta, ni más ni menos. Él seguía creyendo que aquel pago no le tocaba. Pero eso era lo que él creía, y lo sabía.

Lo que no sabía era otra cosa: si la carta se equivocaba, quién tenía que demostrarlo.

Lo encontró en la ley del procedimiento administrativo, la de la que le había hablado Amparo. Los actos de la Administración «se presumirán válidos y producirán efectos desde la fecha en que se dicten». Y lo que anota un funcionario con condición de autoridad vale como prueba: sus documentos «harán prueba de éstos salvo que se acredite lo contrario».

Se presumirán. Ahora sabía cómo se llamaba aquello. La carta valía desde el día en que la firmaron, tuviera razón o no, y si no la tenía, era él quien tenía que probarlo.

Encontró además una cosa que Amparo no le había dicho, y que no le consoló. Cuando la Administración sanciona, la presunción cambia de lado: al que van a multar la ley le reconoce que no es responsable mientras no se demuestre lo contrario. Pero lo suyo no era una multa. Era un pago. Y en un pago, la carta valía.

Notó cómo le subía el calor por el cuello. Era el mismo calor del día que un cliente le dijo, delante de otros, que le había cobrado una pieza que no había cambiado. Se levantó, fue hasta la ventana y respiró despacio, varias veces, hasta que se le pasó. Luego volvió a la mesa. Enfadado no se diagnostica bien un motor.

Siguió leyendo, porque no quería quedarse solo con lo que le enfadaba, y lo que encontró fue lo mismo que le había dicho ella con el café: sin esa presunción no funcionaría ninguna administración, y la ley deja reclamar. Lo apuntó al lado, como se había prometido. En «Lo que yo creo» escribió que la balanza pesaba más de un lado que del otro.

* * *

Al día siguiente, mientras merendaban, la niña le preguntó si la carta tenía razón, y él le contestó con un ejemplo del colegio, la agenda donde la señorita apunta lo que pasa en clase: que lo que ella escribe vale, aunque no sea verdad, y que si no lo es, lo tienes que demostrar tú. «Pero entonces la señorita siempre gana un poco», dijo la niña. Lo había vuelto a decir mejor que él.

Esa noche se sentó a escribir.

No sabía cómo se escribía a la Administración, y no quería escribir como un enfadado. Buscó cómo se hacía, y encontró que había una escalera. Primero se pide, con respeto. Si lo que te contestan no contesta, o no te contestan, se exige que acrediten lo que dicen. Y si siguen callados, se les recuerda por escrito que tienen la obligación de resolver. Cada escalón, con la fecha del anterior.

Encontró también que su carta ya tenía expediente, y que cuando hay un expediente abierto el escrito va dentro de él, con su número, y no por libre. Y que lo que se pide antes de discutir el fondo es lo de siempre en cualquier taller: con qué competencia actúa quien te reclama, en qué hechos probados se basa, con qué motivos, y quién es el responsable de tramitarlo. Que te digan quién ha firmado la orden de trabajo, y por qué.

Había una advertencia, y la subrayó con el lápiz. Ese escrito no paraba nada. Ni el plazo ni el pago. Si había que pagar, se pagaba, y si había que recurrir, se recurría en su plazo, aparte.

Lo escribió a mano primero, como los presupuestos. Le salió largo, y con alguna palabra que en el taller se decía mucho y en un papel no se decía nunca. Puso al final una línea que no estaba en ningún sitio y que le salió sola: que lo escribía de buena fe, que él también podía estar equivocado, y que si se lo explicaban con motivos, rectificaría. Con la vara de la otra noche no podía pedirles a ellos lo que no se aplicaba a sí mismo.

Gea lo leyó por encima de su hombro, con la taza en la mano. Cogió el bolígrafo y tachó un adjetivo.

—Pon lo que pasó. Lo que tú piensas de ellos no hace falta.

Él lo volvió a leer sin el adjetivo. Era mejor. Sin él, el escrito no se defendía de nadie. Solo preguntaba.

—¿Se lo vas a enseñar a Amparo?

—Lo de pedir, no. Lo sé hacer. Si un día escribo lo de la casa entera, entonces sí.

Lo pasó a limpio en el portátil. Gea, desde el sofá, lo miró teclear y no dijo nada.

A la mañana siguiente, con la persiana del taller todavía bajada, lo imprimió por duplicado y firmó los papeles después de leerlos enteros, palabra por palabra. Después pagó en el banco lo que reclamaba la carta, dentro del plazo, y guardó el justificante. Luego fue a la oficina de registro antes de abrir el taller. Cogió número, esperó entre una señora con una carpeta de plástico y un chico con el casco de la moto en la mano, y cuando le tocó dejó en la ventanilla el

escrito y su copia. La mujer del otro lado los leyó por encima, sin interés, como él leía las hojas de pedido de los proveedores. Cogió el sello, lo mojó en la almohadilla y le dio un golpe seco a cada papel. Le devolvió la copia.

En la esquina había una fecha, un número de registro y el nombre de la oficina, en tinta morada.

Él se quedó un momento mirándolo, delante de la ventanilla, hasta que el siguiente carraspeó. Era una tontería. Era un sello. Pero era el primer papel de su vida que no había firmado donde le dijeron.

* * *

El sábado por la mañana la niña se fue con él al taller y se subió al taburete alto de las herramientas finas. A media mañana entró el del furgón blanco. Llevaba semanas sin pagar el embrague y lo sabía, porque levantó las manos antes de que nadie abriera la boca.

—A final de mes, te lo juro. Este mes Hacienda me ha embargado la cuenta y voy justo.

—¿Te la han embargado?

—Sin juez ni nada. Un día miro el banco y me falta el dinero. —Se encogió de hombros—. Y mira, algo de lógica tiene. Si Hacienda tuviera que ir al juez por cada uno como yo, no cobraba nunca.

Se rio de sí mismo y se fue. La niña preguntó por qué su padre no iba a casa del del furgón a cogerle el dinero, y él le contestó que porque no podía, que él necesitaba un juez. Y la niña preguntó lo que tenía que preguntar: por qué a él se lo habían quitado sin juez.

Esa noche dejó la carta a un lado. Lo que dice un cliente en la puerta del taller es como lo que dice un periódico: te dice dónde mirar, no lo que hay.

Lo que había lo encontró en la misma ley de la otra noche. Los actos de la Administración «serán inmediatamente ejecutivos», y ella misma puede ejecutarlos, sin pedirle antes permiso a ningún juez. Luego buscó lo suyo, lo de un taller al que no le pagan, y lo encontró en otra ley: «La acción ejecutiva deberá fundarse en un título que tenga aparejada ejecución». Para cobrar a la fuerza, él necesitaba antes una sentencia, o un papel que valiera como ella. Así que lo que daba por hecho tanta gente, y él el primero, que el Estado y el ciudadano se cobran con la misma vara, no era una presunción. Era falso, y lo decía la ley con todas sus letras.

Buscó también lo que podía hacer el del furgón, que eso no se lo había preguntado nadie. Contra el embargo de Hacienda cabía recurso, en un mes desde que te lo notifican, pero no por cualquier motivo: la ley los cuenta uno a uno, y entre ellos estaba que no te hubieran notificado antes la providencia de apremio, el papel con el que empieza el cobro a la fuerza.

Por eso había que pedir siempre la prueba de la notificación. Y había otra cosa que el del furgón no iba a querer oír. Recurrir no paraba el cobro. Para pararlo mientras se discutía había que dejar una garantía por lo que te reclamaban, con sus intereses y sus recargos. Las sanciones de Hacienda, esas sí, se paraban sin garantía.

Así que el que tenía dinero para garantizar podía discutir sin pagar, y el que no lo tenía discutía con la cuenta vacía. Lo apuntó en «Comprobado», con la defensa al lado, que el del furgón ya le había dado gratis: si Hacienda tuviera que ir al juez por cada cobro, no cobraría, y lo que cobra es para lo de todos.

El domingo por la mañana, en el desayuno, la niña dejó su hucha de cerámica encima de la carta, para que su padre pagara y no le quitaran el dinero. Él tardó en poder hablar. Le dijo que se la guardara, que eso era suyo.

El lunes llamó al del furgón.

—¿Te notificaron el apremio antes de embargarte?

—Yo qué sé. Me llegan muchas cartas.

—Pues pide la prueba. Tienes un mes, desde que te notificaron el embargo, para recurrir, y si no te la notificaron, es un motivo. Si te la notificaron, por lo menos sabrás qué pasó.

—¿Y eso me devuelve el dinero?

—No lo sé. Eso no te lo puedo decir.

Hubo un silencio al otro lado. Se oía una radio.

—Ya veré —dijo el del furgón—. A final de mes te pago, de verdad.

Esa noche guardó la copia sellada en una carpeta, con el justificante del pago y la carta del escudo debajo. Miró la hoja de la casa, que seguía en la mesa. Su escrito preguntaba por su carta, y estaba bien. Pero en la oficina que tramitaba su carta nadie le iba a contestar por los cimientos, por el sí que nadie dio ni por el registro de las setenta y dos horas. Eso no lo podía contestar quien tramita un pago. Si quería preguntar por la casa entera, tenía que ser a otra puerta, y con otro papel.

La vacuna

Si quería preguntar por la casa entera, primero tenía que saber qué preguntar. Esa semana, cada noche, después de cenar, hizo una lista.

La dividió como dividía las averías: las que se ven con la luz del taller y las que solo salen en carretera. Arriba puso lo que la ley daba por cierto con sus propias palabras, cada cosa con su artículo. Que los actos de la Administración valen mientras no se pruebe lo contrario. Que cobra sin juez. Que lo que anota el que tiene condición de autoridad hace prueba. Que la notificación electrónica que uno no abre a tiempo se da por rechazada. Que, en algunas peticiones, el silencio de la Administración quiere decir que no. Que todos conocen todas las leyes.

Ahí encontró una que no esperaba, y que le tocaba de cerca. Los datos que uno pone en sus declaraciones a Hacienda, dice la ley, «se presumen ciertos para ellos y sólo podrán rectificarse por los mismos mediante prueba en contrario». Pensó en la hoja de las crucecitas que le preparaba el gestor cada trimestre y que él firmaba sin leer. Lo que había firmado allí se tenía por cierto contra él. Y si estaba mal, le tocaba probarlo a él.

Debajo, en la segunda parte, puso lo que ninguna ley escribía y todo el mundo daba por hecho. Que el pueblo dijo que sí. Que hay un pacto. Que uno acepta lo que le toca al nacer. Que el que te representa te obedece. Que lo legal es justo por ser ley. Esas no tenían artículo. Se sostenían en que se creían.

Y al lado de cada una, la misma pregunta, la de la ley de enjuiciamiento: de qué hecho salía. La escribió con las palabras que encontró para esos escritos, porque eran mejores que las suyas: que le dijeran «el hecho demostrado o admitido del que parte respecto de mi persona, y el documento que lo acredita».

Había plantas enteras que no sabía rellenar. Lo del dinero, lo de los que aún no han nacido, lo de las promesas. Las dejó en blanco. No iba a preguntar por lo que no había mirado.

* * *

Amparo vino el jueves por la tarde a devolver una fiambarrera, y Gea la sentó en la cocina antes de que pudiera decir que tenía prisa. Él le enseñó la lista. Se lo había prometido.

Ella la leyó despacio, con las gafas en la punta de la nariz, pasando el dedo por los artículos como quien repasa una suma.

—La primera parte está bien —dijo—. Cada artículo es lo que dices. Eso no te lo discute nadie.

—¿Y la segunda?

Se quitó las gafas.

—Eso te lo inadmiten.

—¿Por qué?

—Porque una petición tiene que pedir algo concreto, y tú preguntas cosas generales. En qué se funda la soberanía. ¿Quién te contesta a eso? Te dirán que no es una petición, que es una opinión. Y si te contestan, te contestarán que porque lo dice la Constitución, y a otra cosa.

—Pues que me lo digan por escrito.

Ella se rio, pero no le dio la razón.

—¿Y qué ganas?

—Que quede escrito que me han contestado con lo mismo que pregunto. Si les pregunto en qué se funda lo que dice la Constitución y me dicen que en la Constitución, eso también es una respuesta.

Amparo se quedó un rato mirando la lista. Luego dobló la hoja y se la devolvió.

—No la mandes todavía.

—No la iba a mandar.

Era verdad. Le faltaban plantas. Pero se dio cuenta, mientras la acompañaba a la puerta, de que la lista le había servido ya sin mandarla. Desde que la había escrito, cada vez que oía en la radio algo que se daba por cierto, le salía solo preguntar de qué hecho partía. Era como una vacuna. No curaba nada. Pero el que la había pasado ya no se tragaba una presunción sin mirarle los papeles.

* * *

Esa noche escribió otro papel, este solo para él.

Lo había visto entre los modelos de escritos, y era el más raro de todos, porque decía de sí mismo que no servía para nada ante nadie. Era una constancia: dejar por escrito que el sí que se le presumía no lo había dado nunca. Lo copió a mano y lo fue rellenando con lo que él tenía comprobado. Que «Nunca he firmado ni prestado consentimiento expreso a un contrato social», y que sin consentimiento no hay contrato. Que los derechos que uno tiene por ser persona no nacen de ningún contrato: la Constitución los reconoce como suyos, inherentes. Que actuaba de buena fe y que cumpliría lo que le tocara cumplir.

El modelo traía otro punto, sobre el dinero y lo que pierden los ahorros. Ese lo dejó fuera. No lo había comprobado, y no iba a firmar lo que no había comprobado. Ya bastante había firmado así en su vida.

Y al final, la línea que hacía al papel distinto del vídeo del de los toldos: «Esta constancia no produce efectos legales ante la Administración ni ante los tribunales, y no me exime de ninguna obligación vigente». Los papeles del hombre de la estantería prometían sacarte de todo. Este no prometía nada. Decía la verdad sobre sí mismo, y por eso nadie podía tomarlo por lo que no era.

Lo firmó y lo guardó en la carpeta, detrás de la copia sellada. No sabía todavía para qué. Para que constara.

Luego leyó los demás modelos, uno detrás de otro, como se lee el manual de un coche que todavía no te ha entrado en el taller. Para pedir los datos que tiene la Administración sin tener que decir para qué los quieres. Para reclamarle cuando te debe algo concreto y no te lo da. Para quejarse a una institución que investiga a la Administración, gratis y sin abogado. Para recordarle por escrito, si no te contesta, que tiene la obligación de hacerlo; ese lo marcó, por si acaso.

Y los últimos, que le hicieron gracia, porque eran el espejo. Si el ciudadano paga tarde, paga intereses; si Hacienda devuelve tarde, «también los debe, sin que se le pidan». Si el ciudadano hace un daño, lo paga; si el funcionamiento de la Administración hace un daño, lo tiene que indemnizar. Lo mismo que se le exige a uno, exigido de vuelta. En el taller eso se llamaba garantía, y valía para el que arregla y para el que paga.

* * *

El viernes por la noche se quedó solo en la cocina con la hoja de las columnas y la de la casa, una al lado de la otra.

Le quedaba una pregunta de la noche de las plantas: por qué había durado tanto. Una parte ya la tenía. La había encontrado aquella misma noche, después de que Gea se fuera a la cama: que la primera razón por la que la gente obedece sin que nadie la obligue es la costumbre, haber nacido dentro y no conocer otra cosa. Ahora encontró la otra parte en un griego muy antiguo, que lo había escrito pensando en los que hacen las leyes: «los legisladores hacen buenos a los ciudadanos acostumbrándolos; esa es la voluntad de todo legislador, y los que no lo hacen bien yerran; y en eso se distingue un buen régimen de uno malo».

Acostumbrándolos. La costumbre no era solo cosa de los que obedecen. También la daba la ley. Y lo que se repite forma: para bien o para lo contrario.

Lo apuntó en «Lo que yo creo», y debajo escribió lo que llevaba días rondándole y no se había atrevido a poner. Que la piedra de todo aquello era una sola. Que nadie le había preguntado nunca. Que había nacido dentro, como la niña, como un pez que no sabe que está en el agua, y lo había aceptado sin saberlo, firmando donde le decían. Si eso era verdad, todo lo que llevaba buscado se sostenía sobre ella. Y si no lo era, tenía que haber un papel en algún sitio que lo demostrara: un sí dicho de verdad.

Lo dejó en «Lo que yo creo». Lo creía, pero no estaba en ningún papel.

Después miró la columna de «Aún no lo sé». Se había ido haciendo larga sin que se diera cuenta, a base de noches: cómo se construyó el Estado, si cumple lo que promete, de dónde sale el dinero, quién va a pagar lo que se debe, qué había antes, con qué se mide la Constitución. Leída de arriba abajo no parecía una lista de dudas. Parecía una orden de trabajo, con las averías puestas en el orden en que había que mirarlas.

Estaba en eso cuando le sonó el móvil. Era su hermano.

—El domingo comes aquí —le dijo, sin saludar, como siempre—. Y tráete eso de los papeles, que me ha dicho Gea que andas de noche con el Estado.

—¿Te lo ha dicho Gea?

—Me lo ha dicho Gea. Y yo te digo una cosa: los Estados se han hecho siempre igual. Ya te lo explicaré el domingo.

Colgó antes de que pudiera contestarle. Él se quedó mirando el móvil, y luego la primera línea de la orden de trabajo. Cómo se construyó el Estado. Su hermano tenía una opinión. Él, de momento, solo tenía la pregunta.

Crónica: Pueblo débil

En China, un ministro del Estado de Qin escribió un libro de gobierno con una regla que no escondía nada: «pueblo débil, Estado fuerte; pueblo fuerte, Estado débil». Pedía también «castigo duro y culpa compartida»: que por la falta de uno pagaran los suyos. Aquel Estado puso la ley escrita por encima de la costumbre.

Al ministro le alcanzó su propia ley. Cuando murió el señor al que servía, lo descuartizaron con carros y acabaron con toda su familia: la culpa compartida que él mismo había implantado.

Su Estado unificó China en el 221 antes de Cristo y cayó en el 206. Su último rey reinó cuarenta y seis días. Las dos fechas son de segunda mano; lo de los cuarenta y seis días lo cuenta un historiador antiguo de China.

El autor lo lee así: los que escribieron que el pueblo debía ser débil «murieron por las mismas leyes que dictaron, y su imperio duró quince años».

En la India, unas leyes que se fechan entre el 200 antes de Cristo y el 200 después ponían medida a lo que el rey podía pedir: al artesano y al que trabaja con las manos, un día al mes de trabajo para el rey. Y guardaban lo confiado: «como se entregó el depósito, así debe devolverse». Pero las mismas leyes decían que el rey, aunque sea un niño, «es una gran deidad en forma humana».

En Roma, hacia el año 14 después de Cristo, un emperador dejó escrito que había superado a todos «en dignidad», pero que no tuvo «más poder que los que fueron también mis colegas en cada magistratura». Menos de un siglo después, otro emperador dictaba cartas que empezaban así: «Nuestro señor y dios ordena que se haga esto».

Entre medias, hacia el 80 o el 90, un evangelio cuenta lo que se les dijo a los recaudadores de impuestos: «No exijáis más de lo que os está ordenado».

Y a principios del siglo II, un historiador romano contó que una ley se había endurecido «para aumentar el erario», con premios para los que delataban, y que arruinó muchas fortunas. Dejó escrita una frase: «cuanto más corrupto el Estado, más numerosas las leyes».

Siempre igual

La paella del domingo la hacía su hermano, y mientras la hacía no dejaba que nadie se acercara a la paellera. Ni a mirar. Estaba en la terraza, con el delantal de siempre y la cuchara de palo en la mano, removiendo el sofrito como si le fuera la vida en ello.

—¿Has traído los papeles?

—La hoja.

—Pues ya te digo yo lo que pone sin leerla. —Echó el pimentón y se apartó del humo—. Los Estados se han hecho siempre igual. Llega uno con más fuerza que los demás, se queda con todo y luego busca a alguien que escriba por qué tenía derecho. Siempre igual. Y siempre mandan unos pocos.

—Lo de los pocos no lo he mirado.

—Pues míralo.

Dentro, Gea y la mujer de su hermano ponían la mesa, y Sofía doblaba las servilletas en triángulo, como le había enseñado su tía. Desde la terraza se oía la radio de la cocina, bajita, con los deportes.

Él se quedó junto a la barandilla, mirando cómo su hermano echaba el arroz en cruz, sin medirlo, como se lo habían visto echar a su madre toda la vida. Su hermano no medía nada. Lo sabía a ojo, y casi siempre acertaba. Por eso era tan difícil discutir con él: cuando acertaba, no había manera de que reconociera que había sido a ojo, y cuando no acertaba, tampoco.

* * *

La paella estaba buena, y su hermano esperó a que todos lo dijeran antes de sacar el tema. Lo sacó con el café, cuando Sofía se había ido al sofá con los lápices de colores.

—Venga. Lo del contrato. Que dice Gea que no duermes.

Gea levantó las manos, como diciendo que ella no había dicho tanto.

—Duermo poco —dijo él—. Que no es lo mismo.

—Lo que tú digas. ¿Qué contrato?

Sacó la hoja del bolsillo de la chaqueta y la desdobló encima del mantel, al lado de las tazas. No le hacía falta leerla. Lo tenía mirado desde hacía días.

—Un contrato es cuando las partes se ponen de acuerdo y dicen que sí. Sin ese sí no hay contrato: lo dice el Código Civil. Y el contrato que dicen que hicimos todos, el social, no lo firmó nadie. No está en ningún archivo. No tiene fecha ni firmas.

—¿Lo ves? Mentira. Te lo cuelan.

—No. Eso es lo que me sorprendió. No lo esconde nadie. Los que lo pensaron dijeron que era una idea, no un papel. Uno, alemán, lo escribió con todas las letras: que no hay que suponerlo como un hecho, que es «una mera idea de la razón, que tiene, sin embargo, su indudable realidad (práctica)».

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que sirve aunque no haya pasado. Que el que hace las leyes tiene que hacerlas como si todo un pueblo junto hubiera podido estar de acuerdo con ellas.

La mujer de su hermano dejó la taza en el plato.

—Pues eso está muy bien.

—Está muy bien —dijo él—. Es lo mejor que he encontrado a favor.

—Si se cumple —dijo su hermano.

—Si se cumple. Pero esa es otra pregunta. Lo que te digo es que una idea que dice que es una idea no es una mentira. Mentira es decir algo falso sabiendo que es falso. Lo raro no es la idea. Lo raro es que a ti y a mí nos la cuenten como si la hubiéramos firmado.

—Pues idea —dijo su hermano—. Y luego te salen en la tele todos con la voluntad del pueblo.

La mujer de su hermano se encogió de hombros.

—Yo lo que sé es que alguien tiene que mandar. Si no, cada uno haría lo que le diera la gana, y a ver qué pasaba.

—Eso mismo escribió un inglés hace siglos —dijo él—. Que sin un poder que los tenga a raya, los hombres viven en «una guerra de cada hombre contra cada hombre», y la vida es «solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta».

—Como la de un mecánico en agosto —dijo su hermano.

Gea se rio. Él también, un poco.

—Por eso, decía, todos pactan entre ellos darle el poder a uno que no entra en el pacto. Y como ese no ha firmado nada, no lo puede romper. Lo escribió así: que «no puede haber incumplimiento del pacto por parte del soberano».

Su hermano dio una palmada en la mesa, contento, y saltaron las cucharillas en los platos.

—¡Ahí está! El que manda no firma. Siempre igual.

—Y a lo que salía de ese pacto le puso nombre de monstruo. El Leviatán, el del libro de Job. Lo llamó «ese Dios mortal».

—¿Dios mortal? Hay que tener cara.

—Hay que tener miedo. De eso iba su libro: del miedo.

—Pues tenía razón. La gente obedece por miedo.

Él no contestó a eso. No lo había mirado, y no iba a contestar a ojo delante de su hermano, que ya contestaba a ojo por toda la familia.

—Hubo otro inglés, después —siguió—, que pensaba lo contrario. Que antes de que hubiera Estado la gente ya tenía sus derechos, la vida, la libertad y lo suyo, y que lo que faltaba era un juez. Que el pacto era para protegerlos, no para crearlos. Y que si el que gobierna los pisa, la gente puede resistirse.

—Ese me gusta más.

—Ese también tenía su truco. Al que no había firmado nada le decía que, si vivía en el país y disfrutaba de algo, ya había dado su consentimiento sin decirlo. Aunque lo que tuviera fuera «un alojamiento por una semana».

—Hombre, eso es verdad —dijo su hermano, y señaló el suelo del comedor con la cucharilla—. Tú vives aquí. Usas las carreteras, llevas a la niña al colegio. Si no te gusta, te vas.

—Eso le contestó un escocés. Que es como decir que un hombre está de acuerdo con el capitán de un barco porque no se ha tirado al agua. Aunque lo subieran dormido, y tirarse sea ahogarse.

La mujer de su hermano soltó una carcajada. Su hermano no.

—Ese escocés me cae bien —dijo, al cabo de un rato.

—Pues te va a caer mejor.

Lo había decidido en el ascensor: si iba a discutir con su hermano, le iba a enseñar también lo que le daba la razón. Buscó en la hoja la línea que había copiado una noche y comprobado con el original y el diccionario, como la del barco, y que había subrayado sin saber todavía para qué. La leyó despacio:

—«Casi todos los gobiernos que existen hoy, o de los que queda memoria en la historia, se fundaron en su origen en la usurpación o en la conquista, o en ambas, sin ninguna pretensión de un consentimiento justo o de una sujeción voluntaria del pueblo».

Su hermano se echó hacia atrás en la silla, con los brazos cruzados, y lo miró como lo miraba cuando le ganaba a las cartas.

—Tu escocés. No yo.

—Mi escocés. Te lo concedo. Está escrito, y lo he leído.

—Pues entonces ya está. ¿Para qué sigues buscando?

Él dobló la hoja y se la guardó en el bolsillo.

—Porque eso dice cómo empezaron. Casi todos, y al principio. Que un Estado empiece así no lo hace malo: todo lo nuevo empieza así, también lo bueno. Lo que yo creo es que hay que mirar lo que hacen después. Y lo de que siempre mandan unos pocos, eso aún no lo sé.

—Ya lo sabrás.

Gea los había estado mirando del uno al otro, como en un partido de tenis, y no dijo nada.

* * *

Volvieron con la luz baja de la tarde. Sofía se durmió en el asiento de atrás antes de salir del barrio, abrazada a la fiambarrera de paella que le había dado su tía, y conducía Gea, porque él se había tomado un vino con su hermano.

—No estabais hablando de lo mismo —dijo Gea en el primer semáforo.

—¿Cómo que no?

—Tú decías el Estado y él decía los políticos. Él decía mentira y tú decías mentira, y no era la misma. Y cuando tú dijiste soberano, él entendió el que manda, y tú estabas pensando en el pueblo.

Él miró la carretera. Era verdad. Se había pasado la comida contestando a cosas que su hermano no había dicho, y su hermano igual.

—Y el sistema —siguió Gea—. Tu hermano ha dicho el sistema toda la tarde. ¿Tú sabes lo que es el sistema?

—No.

—Él tampoco.

Esa noche, con la niña ya acostada, sacó la libreta del taller y la abrió por detrás, por donde apuntaba las averías raras. Pasó la página de la maniobra camuflada y empezó una nueva. Arriba escribió: «Las palabras». Y debajo, la regla, la misma del almacén: cada pieza tiene un nombre, y el nombre es siempre el mismo. Si en la hoja de pedido pones junta y en el almacén entienden retén, te mandan lo que no es. Y si una palabra no se entiende a la primera, se usa otra más llana.

El Estado, lo primero. Ni los políticos, como decía su hermano, ni todos, como decía la radio: la organización, con sus Cortes, su Gobierno, sus Administraciones y sus tribunales, y con sus normas. Eso era lo que él llevaba semanas mirando.

La persona: uno, con lo que trae al nacer, antes de que el Estado diga nada. El ciudadano: uno, cuando trata con el Estado; paga, pide, y le contestan o se callan. Eso ya lo había sido, con su sello morado.

El soberano, solo para la política. Y el Leviatán, solo cuando hablara de aquel inglés.

Luego copió de la hoja de las columnas la escalera que tenía en el margen desde la noche en que la radio dijo presunto. Verdad, lo probado. Presunción, lo que se da por cierto sin probarlo. Falso, lo que se demuestra que no es así. Mentira, lo falso dicho a sabiendas. Su hermano y él habían usado la última para todo, y por eso no se habían entendido.

El contrato: las partes, y su sí. El contrato social: una idea, y lo dijeron los que la pensaron. La ficción, la de la noche de la casa: lo que la ley trata como si fuera real, sabiendo que no lo es; si lo dice, no engaña a nadie. La vara: primero, si los hechos son ciertos; después, lo que hacen. Y la misma vara: la que le ponen a uno, puesta también al que la pone.

Escribió «El sistema» y se quedó con el lápiz en el aire. El Estado tal como funciona hoy, eso sí. Con su deuda, que sabía que era mucha y que todavía no había mirado. Y con su dinero. Pero de dónde salía el dinero no lo sabía. Lo dejó a medias, con una raya.

Y la última, la que su hermano había dicho con retintín: la voluntad del pueblo. Esa la tenía a medias desde las noches del diccionario de Gea. El francés no llamaba así a una votación cualquiera, sino a lo que queda cuando los intereses de cada uno se anulan entre sí, lo que mira solo al interés común. Era una condición muy exigente. Y en el mismo libro había una frase que el francés escribió como garantía: que al que se niegue a obedecer esa voluntad «se le forzará a ser libre».

Buscó qué se había hecho después con aquella frase, y encontró un caso con sus papeles. En Francia, en 1793, los que gobernaban en nombre del pueblo apartaron una Constitución de derechos; la que pusieron en su lugar no llegó a estar nunca en vigor, y propusieron un gobierno revolucionario «hasta la paz». Habían tomado de la idea la parte que les daba la razón y habían dejado la que los frenaba.

Eso lo apuntó en «Lo que yo creo», no en «Comprobado»: que era la maniobra camuflada con otro traje, el nombre diciendo voluntad del pueblo y el hecho diciendo otra cosa. Y debajo, porque era verdad y si no lo ponía él no lo iba a poner nadie: que eso no quería decir que todo el que habla de la voluntad del pueblo engañe. Hay quien la usa con los frenos que el francés pedía. Y un estudio de hace poco decía que el que más lo invocó en aquellos años no le daba a la expresión exactamente el mismo sentido que él.

Las palabras cambiaban de dueño, pensó. Por eso había que clavarlas.

Antes de cerrar la libreta pasó a la hoja de las columnas y escribió en «Aún no lo sé» lo de su hermano: si mandan siempre unos pocos. Su hermano lo sabía a ojo. Él tendría que mirarlo.

La túnica

La raya del sistema no le dejó irse a la cama. Era la única palabra de la página que se había quedado a medias, y era la que su hermano había repetido toda la tarde. Además, por la mañana, a la vuelta de la piscina, en el cajero de la esquina, la niña le había preguntado quién hacía el dinero, y él le había contestado lo que contesta todo el mundo: que el Estado, que lo imprime. Se había tenido que corregir delante de ella, con la cartera abierta.

Abrió el portátil. Sofía IA le dio lo de los manuales, que los bancos prestan lo que otros ahorran, y cuando le pidió el original reconoció que no lo tenía. Así que fue a buscar a quien tenía que saberlo: el Banco de Inglaterra, el regulador del dinero en aquel país, que había escrito un artículo para explicarlo.

Lo leyó con el diccionario, frase a frase, como los manuales de los coches de fuera. La mayor parte del dinero la crean los bancos al prestar. Cada préstamo crea a la vez un depósito en la cuenta del que lo pide, «y con ello crea dinero nuevo». Y la explicación de siempre, la del dinero que se va multiplicando a partir de los ahorros, «no es una descripción exacta de cómo se crea el dinero en la realidad». No lo decía un vídeo. Lo decía el regulador.

Siguió tirando del hilo y dio con un economista que había hecho la prueba él mismo, el mismo año en que salió aquel artículo. Pidió un préstamo a un banco que se prestó al estudio y vigiló sus registros por dentro. Su conclusión, con sus palabras: que el estudio «establece por primera vez de forma empírica que los bancos, uno a uno, crean dinero de la nada». Que fuera la primera vez lo decía él. Lo demás estaba en los registros que miró.

De la nada. Él, que había pedido el préstamo de la elevadora y lo pagaba cada mes con lo que sacaba de los coches.

Faltaba saber desde cuándo. Lo encontró con fecha y hora. El 15 de agosto de 1971, el presidente de Estados Unidos salió en televisión y dijo que había ordenado a su secretario que «suspenda temporalmente la convertibilidad del dólar en oro u otros activos de reserva». Lo temporal no volvió atrás nunca. La historia que publica el propio banco central de aquel país lo resume en una línea: «en la práctica, el sistema monetario internacional pasó a ser fiduciario».

Fiduciario. Tuvo que buscarlo: el dinero «que depende del crédito y confianza que merezca». Volvió a la libreta, a la página de las palabras, y se lo apuntó en llano, como lo habría dicho en el taller. El dinero sin respaldo material: el que no se puede cambiar por oro ni por nada; vale porque la ley dice que vale y porque la gente se fía. Debajo, el tiempo de vida, que ya tenía desde el domingo de la hucha de la niña: lo único que nadie te devuelve, y lo que de verdad se cobra con cada moneda que pierde valor.

Y por fin quitó la raya. El sistema: el Estado tal como funciona hoy, con su dinero sin respaldo material y con su deuda.

* * *

Entre una cosa y otra, esa misma noche, dio con un autor español que en 1609 había escrito contra la Corona, porque rebajaba la moneda para tener más ingresos, y lo había llamado «maneras disfrazadas de ponerles gravezas y tributos». Buscó el libro entero, por ver si era un caso suelto. El título de uno de sus capítulos lo dejó quieto un rato: «El rey no puede bajar la moneda de peso ó de ley sin la voluntad del pueblo».

Sin la voluntad del pueblo. La misma expresión que su hermano había soltado con retintín en la sobremesa, y aquí servía para lo contrario: para frenar al rey.

Y no era un caso suelto. Eran ocho autores en siete siglos, con documento firmado y fechado, y varios desde dentro del poder, diciendo lo mismo: que tocar el valor de la moneda es quitarle a la gente sin pedirle permiso.

El primero, hacia 1355, era capellán de un rey de Francia. Escribió que lo que el príncipe gana así lo pierde la comunidad, y que si el príncipe dijera que lo hace por el bien de todos, «no se le ha de creer, porque con la misma razón podría quitarme la túnica y decir que la necesita para el bien común».

Se rio solo en la cocina. Era el cliente que te dice que el coche ya venía así.

Otro, que a principios del siglo XVI leyó su tratado ante la asamblea de la Prusia Real, contaba entre las plagas que debilitan los reinos «la discordia, la mortandad, la esterilidad de la tierra y la depreciación de la moneda». Uno de Salamanca vio subir los precios cuando el oro y la plata de las Indias llenaron España. Hasta el inglés del alojamiento por una semana había escrito contra la moneda recortada. Y en 1919, un economista inglés lo dijo sin rodeos: «Con un proceso continuo de inflación, los Gobiernos pueden confiscar, en secreto y sin que nadie lo note, una parte importante de la riqueza de sus ciudadanos».

Confiscar. Su hermano habría dicho robar. Otro, que años después presidiría el banco central de Estados Unidos, había escrito que «En ausencia del patrón oro, no hay forma de proteger el ahorro de la confiscación por la inflación».

Con la lista venían otras frases, de las que circulan, y en la misma dirección. Una que aquel economista inglés atribuía de oídas a un revolucionario ruso, y otra que corre a nombre de un economista americano sin que nadie haya encontrado dónde la dijo. Las tachó. No por lo que decían, sino porque no tenían papel. Si las dejaba, la próxima vez que alguien le enseñara un vídeo no tendría con qué contestarle.

Antes de apagar, se paró en la palabra de su hermano. Robar tenía su definición, y había otras más gordas que se oían en los vídeos: crimen de lesa humanidad. La buscó, y la ley la guarda para el asesinato, el exterminio, la deportación, «cuando se cometa como parte de un ataque generalizado o sistemático contra una población civil». No era esto. No iba a usar una palabra así para una cosa que no lo era, por mucho que le doliera la cosa.

En «Comprobado» escribió: «La mayor parte del dinero la hacen los bancos al prestar. Desde 1971 no se cambia por oro. Tocar la moneda pasa riqueza de unos a otros sin votar ningún impuesto: lo avisan desde hace siglos, algunos desde dentro».

En «Lo que yo creo»: «Que es una báscula trucada. Nadie te mete la mano en la bolsa: te dan menos por lo mismo. Para ver el efecto no hace falta saber quién la trucó».

Y en «Aún no lo sé», lo que no había encontrado en ninguno: que alguien lo hubiera planeado para tener a la gente endeudada. Lo que había era un camino con papeles, sin intención probada. Lo dejó escrito así.

Se acostó cuando ya pasaba el camión de la basura.

* * *

El lunes por la mañana le entró un coche viejo y bien cuidado, de un cliente de toda la vida que había trabajado en la ventanilla de una caja de ahorros hasta que se jubiló. Venía a que le miraran los frenos antes de la inspección. Se quedó en la silla de plástico, junto a la máquina del café, con el periódico doblado en las rodillas, y como el padre había dormido poco y tenía la cabeza llena, se lo contó mientras desmontaba la rueda.

—Eso de que el banco hace el dinero al prestar es verdad, chaval —dijo el jubilado—. Yo lo he visto toda la vida. Firmabas un préstamo y el dinero aparecía en la cuenta. No lo sacábamos de ningún cajón.

—¿Y no le parecía raro?

—Me parecía el trabajo. —Se quitó las gafas y las limpió con la punta de la camisa—. Pero no me vengas con que el oro era mejor, que eso lo dicen mucho en los vídeos. Con el oro la gente lo pasó muy mal. Mi padre me lo contaba: cuando se hundió todo, antes de la guerra, los países que se quedaron atados al oro fueron los que más tardaron en salir.

El padre dejó la llave en el suelo. Eso no lo tenía.

—Y otra cosa —siguió el jubilado—. Lo del banco central americano, que dicen que es de unos cuantos banqueros. No es de nadie. Es un invento raro, pero no es de nadie.

Por la tarde, entre coche y coche, lo buscó en el móvil con las manos todavía negras. Tenía razón en lo uno y en lo otro. Un gobernador de ese mismo banco central había escrito que la conclusión de que el momento en que un país abandonó el patrón oro decidió lo dura que fue su depresión y cuándo se recuperó se había comprobado en docenas de países. Y el propio banco lo decía en su página: «El Sistema de la Reserva Federal no es "propiedad" de nadie». Los bancos tenían por ley acciones de su banco de reserva, pero esos bancos de reserva no buscaban beneficio y le pasaban lo que ganaban al Tesoro. Una mezcla, no una propiedad sin más.

Lo apuntó al lado de lo de la noche. Si no apuntaba lo que no le gustaba, se engañaba él solo.

A mediodía, en casa, la niña le había pedido lo que llevaba pidiéndole desde el sábado en el coche: quién iba a pagar lo que se debe. Esta vez no le dijo que ya vería. Le dijo que esa noche.

Crónica: Juez de su propia causa

Hacia el año 220, un cronista que trabajaba para el emperador leyó a los «hijos de Dios» de un pasaje del Génesis como hombres, y no como ángeles.

En el año 319, un emperador romano decretó que la costumbre no vale tanto «como para vencer a la razón o a la ley». La ley escrita quedaba por encima de la costumbre.

En el 325, en el concilio de Nicea, el único de sus cánones que cita la Escritura es contra los clérigos que prestaban con usura, que «han olvidado la divina Escritura, que dice: “No dio su dinero a usura”».

Se cuenta, y se cuenta mucho, que en Nicea se decidió qué libros entraban en la Biblia y se escondieron los demás. Los cánones de Nicea no hablan de ello. La única noticia antigua dice de oídas que Nicea incluyó un libro, no que quitara ninguno, y la leyenda de los libros que caían del altar la difundió, mucho después, un escritor que se reía de ella. Lo que circula no tiene documento.

La lista de los libros se fue cerrando despacio, entre los años 367 y 419. En medio, en el 376, el derecho romano dejaba escrito que nadie debe «ser juez de sí mismo ni dictarse el derecho a sí mismo». En el 419, un concilio de Cartago fijó la lista sin el Libro de Enoc, y con el libro se rechazó su relato de los ángeles que se unieron a las mujeres. La razón que se dio fue la duda sobre su antigüedad y su autoría. La Iglesia etíope lo conservó.

El autor lo lee así: el libro que contaba la caída de los ángeles quedó fuera del canon de Occidente, y se decidió dentro de una Iglesia ligada al poder imperial; para él es «una casualidad demasiado conveniente: quien quedaba señalado por esos textos fue quien decidió sobre ellos, y nadie debe ser juez en su propia causa». Los hechos tienen también su contrapunto: la lista común conservó el aviso de los ángeles caídos y los textos que más deslegitiman a los reyes.

Y en el siglo VII, el islam dejó escrito: «Alá os ordena que restituyáis los depósitos a sus propietarios y que cuando decidáis entre los hombres lo hagáis con justicia». Y también: «Alá ha autorizado el comercio y prohibido la usura». Y del que debe y no puede pagar: «Si está en apuro, concededle un respiro hasta que se alivie su situación. Y aún sería mejor para vosotros que le condonarais la deuda».

Prioridad absoluta

La deuda la encontró enseguida, porque la publican. Lo difícil fue leerla sin que se le fuera la cabeza.

La oficial, la de todas las administraciones, rondaba en 2025 los 1,7 billones de euros. Un billón es un millón de millones; él no había escrito nunca una cifra así, ni en el presupuesto más gordo del taller. Y debajo venía otra que no estaba dentro de esa: las pensiones que ya se han prometido. A finales de 2021 sumaban 6,13 billones, más de cuatro veces la deuda oficial de aquel año. No salían en la cifra que da el telediario.

Buscó lo que se le podía contestar, porque una cifra así asusta y el susto no diagnostica. Y lo había, y lo decía el mismo organismo que la calculaba: que esa cifra hace referencia «al valor presente de una suma de cantidades futuras». No vence mañana: se va pagando a lo largo de muchos años. Lo apuntó al lado. Era verdad, y si no lo apuntaba estaba haciendo lo mismo que los vídeos.

Pero había una pregunta que la cifra no tapaba: quién iba a pagar. Y eso no tenía vuelta. Se da por hecho que los que vienen detrás aceptan pagar lo que hoy se debe. Los que vienen detrás no han votado nada. Muchos no han nacido.

Gea llegó tarde del trabajo, cansada, y él le sacó el plato que le había guardado. Leyó la línea nueva sentada a la mesa, con el plato delante, y le dijo lo que le diría a la niña: que no se lo contara de golpe. Por partes, como lo de los coches.

* * *

A la salida del colegio, camino de casa, pasaron por delante del taller de chapa de la otra calle. Tenía la persiana bajada desde el verano y el mismo papel pegado, cada vez más amarillo, con su sello. La niña preguntó por qué estaba siempre cerrado, y él le contestó lo que sabía: que el dueño debía más de lo que podía pagar, que había ido un juez, que había mirado lo que quedaba y lo había repartido entre los que esperaban cobrar. Ella preguntó si al Estado le podía pasar lo mismo, con todo lo que debía. Él estuvo a punto de decir que sí. Se acordó del cajero y se calló.

Al de la chapa lo conocía de muchos años. Le había mandado clientes con un golpe en la aleta y él le devolvía los que llegaban con el embrague roto. Era de los que trabajan bien y cobran tarde, y un día dejó de poder pagar las piezas. Desde entonces, cuando pasaba por delante de aquella persiana, el padre aceleraba un poco el paso, como si el papel amarillo se le pudiera pegar.

Por la tarde llamó al gestor con una excusa, un recibo del seguro, y al final se lo preguntó.

—¿Al Estado le pueden hacer lo del de la chapa?

—¿Un concurso? —El gestor se rio con el teléfono entre la oreja y el hombro; se le oía pasar hojas—. No, hombre. Y menos mal.

—¿Menos mal?

—¿Tú te imaginas que un juez cerrara los hospitales para repartir las camas entre los bancos? El Estado no se puede cerrar como un taller. Hay cosas que no pueden parar ni un día. Y como cobra impuestos, siempre tiene con qué pagar. —Hizo una pausa para firmar algo—. Además, sus cuentas las mira un tribunal, el de Cuentas, y lo que encuentra lo publica. No está suelto.

—Ya.

—Tú tráeme el recibo, que lo del Estado no te lo voy a arreglar yo.

* * *

Esa noche lo buscó en la ley de las quiebras, y lo encontró en el primer artículo, como si hubieran querido dejarlo claro desde la puerta: «Las entidades que integran la organización territorial del Estado, los organismos públicos y demás entes de derecho público no podrán ser declarados en concurso». Concurso es como llama la ley a la quiebra. Al de la chapa, sí. Al Estado, no. Y la ley que lo decía la escribía él.

Apuntó al lado lo del gestor, porque era verdad: un Estado no se cierra como un taller, presta lo que no puede parar, cobra impuestos y tiene un tribunal que mira sus cuentas. Lo uno y lo otro, en la misma hoja.

Luego encontró la otra, y esta en la propia Constitución. Cuando no llega para todo, lo primero que se paga es la deuda: su pago «gozará de prioridad absoluta», y sus créditos, lo que se les debe a los que prestaron, «no podrán ser objeto de enmienda o modificación, mientras se ajusten a las condiciones de la ley de emisión». Ningún otro gasto tiene esas palabras. Ni los colegios, ni los hospitales, ni las pensiones que acababa de mirar. Solo los intereses de todas las administraciones juntas fueron 40.314 millones en 2025, casi lo mismo que el déficit de ese año.

Quiso saber cuándo se había escrito aquello, porque se acordaba de la madre de Gea y su vestido bueno, y aquello no le sonaba. No era de entonces: se metió en 2011. El Congreso la aprobó por lectura única el 2 de septiembre de 2011, con 316 votos a favor y 5 en contra, y el

Senado el 7 de septiembre. No hubo referéndum. La Constitución solo lo pide en una reforma así si lo solicita, en quince días, «una décima parte de los miembros de cualquiera de las Cámaras». Nadie lo pidió.

Se quedó un rato mirando la fecha. La madre de Gea había votado la Constitución con su bolso a juego. Esta línea no la había votado nadie de la casa, ni la madre de Gea ni nadie. Era legal: la habían hecho por el camino que la propia Constitución marca. Pero era la frase que decidía quién cobra primero cuando no llega, y había entrado sin que nadie preguntara en la calle.

Esa noche, la columna de «Comprobado» se quedó con esto: «Al Estado no se le puede declarar en quiebra: lo dice su ley. Su deuda se paga antes que nada: lo dice la Constitución desde 2011, sin referéndum, porque nadie lo pidió. Las pensiones prometidas no están en la deuda que se publica».

En «Lo que yo creo»: «Que quien no puede quebrar tampoco rinde cuentas como un deudor. Y que lo pagarán los que vengan, que no han dicho nada».

El jueves, mientras fregaba, la niña le preguntó si el Estado cumplía lo que prometía. La Constitución le prometía a la gente muchas cosas, le había dicho la señorita: una casa, un trabajo, que la cuidaran de mayor. Él miró la hoja de las columnas, que ya no cabía en la mesa sin el salero, y supo que aquello no iba a ser una noche.

En efectivo

El viernes, a primera hora, le entró la furgoneta de la fruta. Era de Tomás, el del puesto del mercado, que la cargaba de cajas cada madrugada y la traía al taller desde hacía años, siempre con prisa y siempre oliendo a naranjas. Hacía un zumbido que crecía con la marcha y cambiaba al soltar el acelerador. El padre la sacó a dar una vuelta por el polígono, con Tomás de copiloto, y al volver ya no le hizo falta subirla a la elevadora para saberlo: los rodamientos de la caja de cambios.

—¿Mucho?

—Lo mejor es ponerle una caja reconstruida. Abrir la tuya y cambiarle los rodamientos sale casi igual, y eso no te lo garantizo.

Le hizo el presupuesto en el mostrador, en la hoja de siempre. Tomás lo leyó despacio, moviendo los labios, y sacó del bolsillo de dentro de la chaqueta un sobre del banco, gordo y doblado.

—Te lo dejo pagado ahora. En billetes, como siempre.

El padre miró el sobre y luego el presupuesto. Pasaba de mil.

—Esto no te lo puedo coger en efectivo, Tomás. Desde mil, no.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unos años. Antes se podía más. Me lo dijo el gestor.

—Yo vivo de billetes. —No levantó la voz; lo dijo como quien dice la hora—. A mí las señoras me pagan las naranjas con lo que llevan en el monedero. Y ahora resulta que con lo que gano no puedo pagar mi furgoneta.

—Con la tarjeta sí. O con una transferencia.

—Ya. —Guardó el sobre—. Mi madre, que en paz descansa, lo decía siempre: que llegaría un día en que no se podría comprar ni vender sin la marca. Lo de la Biblia. Primero te quitan los billetes grandes, luego los pequeños, y al final, o llevas la marca o no comes.

El padre no supo qué contestarle. De la Biblia había leído algún versículo suelto esas semanas, buscando otras cosas, y de la marca sabía lo que se oye por ahí, sin haberlo comprobado nunca.

—Eso no lo sé, Tomás. Déjame mirarlo.

—Míralo. —Sacó la tarjeta del puesto, la de pagar a los proveedores, y la pasó por el datáfono sin mirar la pantalla—. Pero mi madre se equivocaba poco.

* * *

Esa noche no abrió la Constitución. Abrió lo de Tomás.

Lo de los mil euros lo encontró a la primera, porque está en una ley y la ley está escrita con todas sus letras: «No podrán pagarse en efectivo las operaciones, en las que alguna de las partes intervinientes actúe en calidad de empresario o profesional, con un importe igual o superior a 1.000 euros». Él era profesional, y Tomás también. Antes el límite estaba en 2.500, y una ley de 2021 lo había bajado a mil. El gestor tenía razón, como casi siempre que hablaba de lo que se puede y lo que no.

Siguió tirando hacia arriba. La Unión Europea había aprobado un reglamento: desde el 10 de julio de 2027, en ningún país de la Unión se podrá pagar en efectivo más de 10.000 euros por lo que se compra o por un servicio, y cada país puede poner su límite más bajo, como España. Dos de cada tres ya lo tenían.

Lo del billete grande también era verdad, pero a medias. El Banco Central Europeo había decidido en 2016 dejar de fabricar el de 500, y desde 2019 no se emitía. Pero no lo había retirado. Lo decía en la misma nota: el billete «podrá seguir utilizándose como medio de pago y depósito de valor». El que tuviera uno en un cajón seguía teniendo quinientos euros.

Y había algo en marcha que él no sabía: un euro digital. La Comisión Europea lo había propuesto en junio de 2023, y ese mismo día había propuesto otra ley para proteger los billetes y las monedas: que nadie pudiera negarse a cobrar en efectivo ni cobrar más por pagar así. El banco central lo preparaba desde noviembre de aquel año y en octubre de 2025 había dado el paso siguiente. Decía que el euro digital sería un complemento del efectivo, no su sustituto. Y en octubre de 2026 no había acuerdo final.

Mientras tanto, la gente seguía pagando con billetes. En la zona del euro, el efectivo fue en 2024 el 52 % de los pagos en las tiendas, más de la mitad. Y ninguno de los países que miró prohibía pagar en efectivo en general: ponían límites a cada operación, unos más altos y otros más bajos.

Buscó también por qué, porque una norma sin su razón es como una avería sin su causa. El reglamento de Europa era una norma contra el blanqueo de capitales. Y la Comisión presentaba el euro digital como una forma más de pagar, al lado de los billetes. Lo apuntó al lado, como siempre, aunque no le quitara la sensación de que algo se estrechaba.

En «Comprobado» escribió: «Los pagos grandes en efectivo se limitan cada vez más, y se prepara un euro digital, que no está aprobado. Los billetes siguen valiendo, y nadie los ha prohibido».

Y en «Aún no lo sé»: «Si alguien quiere quitar los billetes. Lo que he leído no lo prueba ni lo descarta: hay una dirección, y hay papeles que dicen lo contrario».

* * *

Luego fue a lo de la madre de Tomás. Le preguntó a Sofía IA dónde estaba lo de la marca, y le contestó con un resumen que sonaba muy bien, con la marca, los chips y el dinero del móvil en el mismo párrafo. Le pidió el texto. El de verdad, el que se pudiera leer entero.

Estaba en el Apocalipsis, casi al final de la Biblia. Lo leyó en una traducción antigua, con los acentos de entonces: «Y hacía que á todos, á los pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, se pusiese una marca en su mano derecha, ó en sus frentes: Y que ninguno pudiese comprar ó vender, sino el que tuviera la señal, ó el nombre de la bestia, ó el número de su nombre».

Lo volvió a leer, despacio. Lo primero que vio fue lo que no estaba. No hablaba de billetes, ni de tarjetas, ni de ningún gobierno, ni de ningún papel. Hablaba de una marca y de quién la mandaba poner. Leyó hacia atrás y hacia delante, como se lee el manual cuando una pieza no se entiende sola. La ponía una segunda bestia, que hacía adorar a la primera y mandaba que los que no adorasen su imagen «sean muertos». Y un poco más adelante, el que tomaba la marca adoraba a la bestia. No era una forma de pagar. Era a quién se sirve.

Y había otra señal, en la dirección contraria. Llevar la ley de Dios atada a la mano y entre los ojos estaba mucho antes en la Biblia, y en el mismo Apocalipsis los siervos de Dios llevaban en la frente la señal de Dios. Dos señales en el mismo sitio, la mano y la frente, y dos lealtades.

Buscó cómo lo habían leído los más antiguos. Uno contaba que el Anticristo mandaría poner incensarios por todas partes, «para que ningún hombre entre los santos pueda comprar ni vender sin sacrificar antes; pues eso es lo que significa la marca recibida en la mano derecha». Para comprar, antes había que hacer un acto de culto. Otro, que los siervos del Anticristo llevarían el número de su nombre «para que nadie los compre ni los venda». En los dos, la marca era una lealtad.

Miró si alguna otra tradición antigua decía algo parecido, y no lo encontró. Un rey que se quedaba con todo el aceite, un emperador que fijaba los precios, sí. Una marca para poder comprar, no. Lo más cercano era de segunda mano, de un estudio de hace más de un siglo:

que la palabra griega que se traduce por marca era el sello del emperador que se estampaba en las escrituras de venta del Egipto romano. Un sello en un papel, no una condición para comprar.

Se quedó con la hoja delante un buen rato. Lo de Tomás y lo del texto no eran lo mismo, y tampoco eran del todo distintos. El texto describía para qué servía la marca: que uno pudiera o no comprar y vender según a quién servía. No decía con qué. Y pensó que no lo podía decir. Quien cuenta lo que no ha visto nunca lo cuenta con las palabras que tiene.

Empezó a escribirlo en «Lo que yo creo» tal como le vino: un hombre del Amazonas que no ha visto nunca una casa, al que llevan a una, toca la pared y cuenta que «se hizo de día». Lo que ha hecho es darle a un interruptor, pero no tiene esa palabra. Se paró en «pared». Aquel hombre tampoco tenía esa. No había visto nunca un muro de bloques y cemento; para él, lo sólido era la roca. Tachó «pared» y escribió «roca». Había caído en lo mismo que estaba describiendo, en la misma línea.

Debajo escribió: «Lo que importa no es el nombre del aparato, sino para qué sirve. Si un día el que controla el pago decide quién compra y quién vende, eso es lo que describe el texto, se llame como se llame. No adivino nada: miro hacia dónde van los hechos y lo apunto antes».

Y debajo, para no engañarse, lo que valía contra él: que con ese mismo argumento se podía decir que la marca era cualquier cosa. No servía para señalar un aparato. Servía para mirar la función, y la función se comprueba con hechos.

* * *

El sábado, en el desayuno, Gea leyó la hoja con la taza en la mano.

—Lo de los mil euros a mí me parece bien —dijo—. ¿Tú sabes cuántas obras se pagan con un sobre y sin factura?

—La ley dice que es por el blanqueo.

—Pues eso. —Dejó la taza en la mesa y siguió leyendo—. Y lo de la bestia, ¿se lo vas a contar a la niña?

—No.

—Mejor.

A media mañana llamó Tomás desde el puesto. Se oía el mercado detrás, las voces y el pitido de una báscula. Quería saber si la caja había llegado. Luego preguntó lo otro.

—¿Y lo de mi madre?

El padre se lo contó en corto, como le cuenta a un cliente lo que le ha pasado al coche: que lo de los billetes era verdad en parte, que los pagos grandes se limitaban y que se preparaba un dinero digital, pero que los billetes seguían valiendo y nadie los había prohibido; y que el texto de la Biblia no hablaba de billetes, sino de una marca para comprar y vender que llevaba el que adoraba a la bestia.

Al otro lado volvió a pitar la báscula.

—Mi madre no hablaba de billetes —dijo Tomás—. Hablaba de a quién sirves.

Esa noche, por fin, abrió la Constitución por el primer artículo. Tenía ciento sesenta y nueve. Fue la primera de muchas noches.

Crónica: Reyes, papas y pastores

En 1075, un documento auténtico reclamó para el papa «que le es lícito deponer a los emperadores».

En 1283, en Valencia, un privilegio del rey creó un tribunal para la gente del mar y para los mercaderes, y le mandó resolver sus pleitos «según la costumbre del mar». El libro de aquel tribunal, de fecha y autor inciertos, llegó a tener autoridad «en todos los países marítimos».

En 1348, en Alcalá, el rey guardó los fueros «salvo en aquello que nos falláremos que se deve mejorar e emendar». La costumbre seguía en pie mientras el que hacía las leyes no dijera otra cosa. La ley escrita quedaba por encima.

Hacia 1355, un maestro de París escribió contra los reyes de su tiempo, que alteraban la moneda: «cuanto lucro saca de ello el príncipe, otro tanto daño ha de sufrir necesariamente la comunidad».

En ese mismo siglo, en el norte de África, un pensador escribió que la cohesión del grupo lleva al poder, que el lujo es uno de sus obstáculos y que «la dinastía, por lo general, no dura más de la vida de tres generaciones».

El 13 de octubre de 1375, en Ansó, una sentencia puso fin a las guerras de los pastores de dos valles, el de Roncal, en Navarra, y el de Barets, en el Bearne. De las muertes, que «quedasen las unas por las otras». Y un tributo de tres vacas, «perpetuamente [...] el día trece de julio de cada un año». Desde entonces se cumple cada año. El original se perdió en un incendio, y hoy se lee en una copia publicada en 1946.

Un documento que había sostenido durante siglos un poder político, la llamada Donación, se demostró falso en 1440, cuando un estudioso escribió su tratado sobre él.

En 1546, en Trento, la lista de los libros de la Biblia se cerró para los católicos. El Libro de Enoc se quedó fuera.

Hacia 1548, un francés escribió que el tirano «se deshace por sí mismo, con tal de que el país no consienta su servidumbre», y preguntó: «¿de dónde ha sacado tantos ojos con los que os espía, si no se los dais vosotros?». Lo que más enseña a servir, escribió, es la costumbre, que «en nada tiene tanta fuerza como en enseñarnos a servir».

Ciento sesenta y nueve

La primera noche leyó el primer artículo varias veces y no apuntó nada. Decía que España se constituye en un Estado social y democrático de Derecho, y que la soberanía reside en el pueblo. Eso ya lo tenía en la hoja, de cuando buscó quién dijo que sí. Lo que no tenía era la manera de medir lo demás.

La encontró en el taller, como casi todo. Cuando un cliente le dice que el coche ya está arreglado, porque se lo ha arreglado un cuñado, él no discute: lo arranca y mira si funciona. No lo que pone la factura del cuñado. Lo que hace el coche.

Así que haría lo mismo con cada artículo. Primero, lo que dice, con su letra, copiado tal cual. Después, lo que pasa, con un papel que lo diga: una sentencia, un informe, una estadística. Y al final, una palabra sola: cumple, no cumple o por ver. Nada de opinar en cada línea. La opinión, si la había, iría aparte, al final, y diciendo que era suya.

La hoja de las tres columnas no daba para tanto. Sacó la libreta del taller, la de las averías raras, y por la parte de atrás, después de la página de las palabras, trazó con la regla una tabla con una fila por artículo. Contó las filas que le iban a hacer falta. Ciento sesenta y nueve.

Algunos artículos se cumplían solos: la capital del Estado es la villa de Madrid, y nadie lo discute. Otros tenían detrás una ley entera. Otros, solo una frase bonita. Y algunos tenían dentro varias frases, varios apartados, y se cumplían unos y otros no. Con esos hizo lo que hace con un coche que trae más de una avería: si una no está arreglada, el coche no está arreglado.

Sofía IA le ayudaba a buscar. Encontraba deprisa, más deprisa que él, y le daba resúmenes que sonaban muy bien. Él le pedía siempre el papel. El de verdad, el que se pudiera leer entero.

* * *

La cuarta o la quinta noche llegó al derecho de reunión. «Se reconoce el derecho de reunión pacífica y sin armas». Sofía IA le resumió que una ley castigaba a quien protestara delante del Congreso, y él lo apuntó en la tabla con rabia: no cumple. Era la primera fila que le daba la razón, y la escribió apretando el lápiz.

Unas noches después, buscando otra cosa, tuvo delante esa ley, la de seguridad ciudadana, y la leyó entera. No castigaba la protesta. Castigaba como infracción grave «la perturbación grave de la seguridad ciudadana» con ocasión de las reuniones delante del Congreso, del

Senado o de los parlamentos de las comunidades. Reunirse sin avisar era una infracción leve. Y el tribunal que mira si las leyes caben en la Constitución la había examinado: le quitó las palabras «no autorizado» en otro punto y dejó el resto en pie.

Se quedó un rato mirando la fila. Lo primero que había apuntado con rabia era lo primero que tenía que borrar. Lo borró con la goma hasta que no se notó y escribió: cumple. Debajo de la tabla, en el margen, dejó una regla para las noches siguientes: si un tribunal mira una queja y dice que no tiene razón, eso no cuenta como incumplido. Cuenta como cumplido, y limpio.

Con los sindicatos le pasó lo contrario. El artículo dice que su funcionamiento tiene que ser democrático, y el único papel que encontró fue un informe sobre un contrato que cumplía la ley. No le servía ni para un lado ni para el otro. Lo puso en «por ver», y no le gustó, porque una fila sin terminar le molestaba como un tornillo sin apretar. Pero era lo que había.

* * *

Una noche, buscando cómo se revisa algo tan grande sin perderse, dio con un fiscal americano de 1945. Se preparaba el juicio de Núremberg, y él escribió a su presidente que había que dejarlo todo por escrito, con claridad y precisión, para que el futuro, en tiempos de paz, no encontrara increíbles las acusaciones hechas durante la guerra. Y una frase que el padre copió en la libreta, debajo de la tabla: «Debemos probar hechos increíbles con pruebas creíbles».

En el juicio, el mismo fiscal dijo a los jueces que no les pediría condenar a nadie por lo que dijeran sus enemigos: «No hay cargo de la acusación que no pueda probarse con libros y registros». Con sus propios papeles.

Eso era lo que estaba haciendo, y no sabía que tenía nombre. No se juzgaba al poder por lo que se contara de él. Se le ponía delante su propia letra, y al lado, lo que había pasado.

Algunas filas se entendían solas. «Los Diputados y Senadores percibirán una asignación que será fijada por las respectivas Cámaras». La fijaban ellos mismos: en 2026, algo más de tres mil trescientos euros al mes, la misma para todos los diputados, y luego los complementos. En el taller, el precio de la hora lo ponía él, pero el cliente se podía ir al taller de enfrente. Para el Congreso no había taller de enfrente.

Otra: el órgano que gobierna a los jueces tiene que renovarse cada cierto tiempo, y estuvo cinco años y medio con el mandato caducado, de diciembre de 2018 a junio de 2024. El grupo del Consejo de Europa que vigila la corrupción lo llamó, por escrito, «un asunto de preocupación crítica».

Ninguna de esas filas, leída sola, probaba más de lo que decía. Cada una tenía su explicación, y algunas eran buenas. Pero él sabía lo que pasa cuando un coche viene montado con piezas de varios sitios, todas legales, todas con su sello. Cada pieza, sola, está bien. Lo que hay que mirar es si el coche anda. En «Lo que yo creo» escribió: «Nadie ha tenido que diseñar nada a escondidas. Basta con que cada pieza parezca razonable y con que nadie se sienta a miraras todas juntas».

* * *

Las últimas noches fueron las de los derechos que la Constitución pone a cargo de los poderes públicos: la familia, la salud, la vivienda, la cultura. Pasó por el de la vivienda sin pararse. Tenía delante muchas filas, y era tarde.

Una noche, por fin, escribió la última fila y se puso a contar con el lápiz, como cuenta las piezas de una caja. Ciento sesenta y nueve artículos. Noventa y tres se cumplían. Sesenta y nueve no. Siete estaban por ver. Y en veintitrés de los que no se cumplían no hacía falta su libreta: ya lo había dicho por escrito el Tribunal Constitucional, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, el de la Unión Europea o un organismo de fuera.

Luego hizo dos montones. En uno, los artículos que tocan a la gente en su vida de cada día: los derechos, el trabajo, la salud, la vivienda, la familia, los jueces cuando uno los necesita. En el otro, los que organizan a los que mandan: cómo se eligen, cómo se reparten el poder, quién controla a quién. Sesenta y seis en el primero; ciento tres en el segundo.

En el de la gente, no se cumplían cuarenta y uno: más de seis de cada diez. En el de los que mandan, veintiocho: menos de tres de cada diez. El título de los derechos, el que la gente toca cada día, era el que más filas tenía sin cumplir: veinticinco de cuarenta y seis.

Y quiso medir otra cosa, la que más le importaba. Las veces en que de verdad alguien se había pasado de la raya, ¿cuántas lo había parado otro poder? En los artículos de la gente, dos de cuarenta y tres. En los de los que mandan, diez de treinta y ocho. El freno funcionaba más de cinco veces más a menudo cuando el poder se controlaba a sí mismo que cuando protegía a la gente.

Lo apuntó en «Comprobado» tal cual, con el porqué al lado de cada número. Y apuntó también lo que no encajaba con su enfado, porque si no lo apuntaba no valía lo demás: que más de la mitad de los artículos se cumplían; que doce veces un tribunal había parado de verdad un intento de pasarse; que los frenos funcionaban, a veces; y que siete filas seguían por ver. No era un rey que disuelve el Parlamento. Era una balanza que pesaba más de un lado.

Gea lo encontró de madrugada con la libreta abierta y el lápiz sin punta. Leyó la cuenta de pie, con el vaso de agua en la mano.

—Esto se lo tienes que enseñar a Amparo.

—Por eso lo he hecho con papeles.

La mejor defensa

Amparo vino el jueves, otra vez por la tarde, y esta vez no traía nada que devolver. Gea la había llamado. Sofía hacía los deberes en su cuarto con la puerta entornada, y en la cocina olía a café.

Él le puso delante la libreta abierta por la tabla. Amparo se colocó las gafas en la punta de la nariz y pasó el dedo por la primera fila, despacio, como se pasa por una factura que no cuadra.

—¿Esto lo has hecho tú solo?

—Con papeles.

—Ya lo veo. —Pasó una hoja—. Vamos por partes. Lo que te voy a decir no es mío: es lo que diría cualquiera que defienda esto en serio. Y hay que defenderlo en serio, porque si no, no vale lo que tú has hecho.

Empezó por arriba. Los pilares, dijo, funcionan: un Estado social y democrático de Derecho, la soberanía del pueblo, el pluralismo. Lo que falla son casos concretos, una lengua en una escuela o una bandera en un ayuntamiento, y los tribunales los corrigen.

—Los partidos —dijo él—. Tienen que ser democráticos por dentro, lo dice la Constitución. Un grupo del Consejo de Europa le hizo a España seis recomendaciones sobre su dinero, y en 2011 no se había cumplido del todo ninguna.

—¿Y en 2016?

Él miró la fila.

—Cinco.

—Pues apúntalo también.

—Está apuntado.

Así fueron, título a título: los derechos, la Corona, las Cortes, el Gobierno, los jueces, la Hacienda, las comunidades, el Constitucional, la reforma. En cada uno, Amparo daba la mejor razón que tenía, y casi siempre era buena.

En los derechos dijo que España es una democracia de verdad, con jueces, con el Constitucional y con el Tribunal Europeo de Derechos Humanos detrás; y que lo de la vivienda y los demás principios no son derechos que se reclamen mañana, sino encargos a quien hace las leyes. Él le habló del tribunal de Europa, que había condenado a España entre

nueve y diez veces por no investigar bien denuncias de torturas o malos tratos; y del confinamiento, que el propio Constitucional llamó después «un vaciamiento de hecho o, si se quiere, una suspensión del derecho».

—Eso lo dijo el Constitucional —dijo Amparo—. Lo dijo, ¿eh? Eso también es que funciona.

—Después.

—Después. Pero lo dijo.

En los jueces le puso delante lo que él ya tenía en «Comprobado»: que el Supremo había condenado a un Fiscal General del Estado en ejercicio, la primera vez desde que hay democracia. Él se lo concedió, y le enseñó la línea de al lado: el Fiscal General lo sigue nombrando el Gobierno. En la reforma, que la Constitución se ha reformado cuatro veces y el procedimiento funciona. Él: las cuatro sin referéndum, y una de ellas para que la deuda se pague antes que nada.

Amparo cerró la libreta con el dedo dentro.

—Mira. Te digo lo que veo. El sistema también se corrige a sí mismo, y no una vez. El Constitucional avaló en 2012 la ley que amplió el matrimonio, en vez de recortarlo. El tribunal de la Unión obligó a España a empezar a corregir la temporalidad de los empleados públicos. La ley de amnistía la frenaron en parte. Y la cobertura del paro, en noviembre de 2025, fue la más alta de su serie para ese mes. Eso no es una máquina hecha para fallar.

—No. Eso está en la libreta. En «Comprobado».

Abrió por la fila del derecho de reunión. No se notaba nada, así que se lo contó.

—Y esta la puse mal. La corregí yo.

Amparo se rio por primera vez.

—¿Ves? Hasta tú te corriges.

—Por eso me fío de lo demás. —Volvió a la tabla—. Pero fíjate en dónde se corrige deprisa. Cuando se pelean entre ellos, el Gobierno con el Congreso o una comunidad con el Estado, se litiga y se resuelve, y casi siempre pronto. Cuando el que pide es uno de fuera, una lista de espera, una vivienda, una pensión, tarda años o no llega.

—Eso ya es lo que tú crees.

—Por eso va en la otra columna.

* * *

Ella le dio la vuelta a la libreta para leer una fila al revés.

—Lo de los niños.

—Uno de cada tres niños en riesgo de pobreza o de exclusión social, frente a uno de cada cuatro en el conjunto. Y el artículo dice que los poderes públicos aseguran la protección de la familia.

—El artículo sigue ahí.

—Por eso. —Se quedó pensando cómo decírselo—. Un coche puede tener la pegatina de la inspección en el cristal y, al cabo de unos meses, los frenos gastados. La pegatina sigue pegada. Dice que el coche frena. El que conduce se fía de la pegatina.

Esa semana había encontrado que la idea era muy vieja. Un griego la había explicado con una estatua: «por materia entiendo, por ejemplo, el bronce; por forma, la figura; y por lo que resulta de ambas, la estatua, el conjunto». Sin el bronce, la figura es un dibujo en un papel. Un romano se lo había escrito a su emperador: «el tirano se distingue del rey por los hechos, no por el nombre». Y en un reino de África, cualquiera del pueblo podía empezar el proceso para destituir a un jefe, y si lo destituían, le quitaban el taburete, el símbolo del cargo. La forma se quedaba en el sitio; el que la había vaciado, no.

—Nosotros también nos medimos así —dijo Amparo, y le sorprendió a él más que a ella—. Hay auditorías que no miran si se siguió el procedimiento, sino si se consiguió lo que se quería. El Tribunal de Cuentas lo pone en su manual: si las actuaciones «son concordantes con los principios de eficacia, eficiencia y economía».

—Por los resultados.

—Por los resultados. No te acostumbres.

Él le leyó los siete casos que tenía apuntados con esa vara. Amparo los fue separando con el dedo. Dos estaban arreglados o arreglándose: la zona de bajas emisiones de Madrid, que un tribunal anuló, y la hucha de las pensiones, que se usó para pagar pensiones y había vuelto a crecer. Dos no eran incumplimientos, sino cosas de diseño: la asignación de los diputados, que la Constitución autoriza a que se la pongan ellos, y una expropiación que, por lo que se sabe, se pagó con una ley de hace setenta y dos años. Él se lo concedió. Ella le concedió a él los otros tres, que seguían sin resolver: el IVA de los autónomos pequeños, por el que la Comisión Europea había llevado a España ante el tribunal de la Unión; la presunción de inocencia en las multas, que hay que pelear caso por caso; y los niños.

—Tres es tres —dijo ella.

—Y dos es dos.

En la puerta, con el bolso al hombro, Amparo se volvió, como la otra vez.

—Y te voy a decir una cosa que no está en tu libreta, porque la veo. Hay leyes que obligan a decidir en minutos lo que un juzgado tarda meses en aclarar. Una familia en un piso que dice que es suyo y otra que dice lo mismo, a la una de la madrugada. La ley tiene vías: al propietario le da una para pedir «la inmediata recuperación de la plena posesión». A quien denuncian, una audiencia que «habrá de celebrarse en un plazo máximo de setenta y dos horas». Y los jueces deniegan cuando no ven claro. Pero el primer momento es el primer momento.

Él pensó en las averías que se diagnostican en la cuneta, con la grúa esperando y el cliente nervioso. Salen peor que en el taller, con el coche en la elevadora y tiempo para mirar. No porque el mecánico sea peor.

—No es que la gente sea mala —dijo.

—No. Es que hay que decidir antes de saber.

Esa noche lo escribió en «Lo que yo creo», con sus palabras: «No hace falta menos protección para nadie. Hace falta más prueba en el primer momento». Y debajo, porque ella se había reído con lo de la goma, apuntó: «Amparo. La próxima vez, que haya postre».

Un encargo

El viernes, a la vuelta de la piscina, Sofía traía una noticia del recreo. Llevaba el pelo mojado recogido en una coleta y la bolsa entre los pies.

—El de las gafas dice que su primo no encuentra piso, que están todos carísimos. Y que su padre dice que da igual, que la Constitución dice que tienes derecho a una casa, y que si no te la dan, vas al juez y te la tienen que dar.

—¿Eso dice su padre?

—Eso. Y que si el Estado te quita un derecho, hay un tribunal que te ampara. Que para eso está.

El padre puso el intermitente. La fila de la vivienda estaba hecha en la libreta, con su papel y su palabra, pero la había llenado de prisa, una de las últimas noches, con muchas filas todavía por delante. Había pasado por ella sin pararse.

—Lo tengo apuntado. Déjame mirarlo bien.

Sofía se puso a dibujar con el dedo en el cristal empañado. Una casa, con su chimenea y su humo.

* * *

Esa noche abrió la libreta por esa fila. La letra estaba bien copiada: «Todos los españoles tienen derecho a disfrutar de una vivienda digna y adecuada». Al lado, el papel de los juzgados: en 2025 se habían practicado veinticuatro mil quinientos cuarenta lanzamientos, que es como llaman a sacar a una familia de una casa por orden de un juez. Eran un once por ciento menos que el año anterior; eso también lo había apuntado, aunque no le daba la razón. Las ejecuciones de hipotecas que llegaban a los juzgados, en cambio, habían pasado de veintitrés mil a más de treinta y un mil. Y la palabra: no cumple.

Lo que no había hecho era leer lo que venía detrás. Unos artículos más allá había otra frase, y esa lo cambiaba todo. Esos derechos, el de la vivienda y los demás que la Constitución pone a cargo de los poderes públicos, «Sólo podrán ser alegados ante la Jurisdicción ordinaria de acuerdo con lo que dispongan las leyes que los desarrollen».

Es decir: con la Constitución en la mano no se va al juez a pedir una casa. Hace falta una ley que diga cómo, y lo que esa ley diga es lo que se puede pedir. La Constitución lo llama derecho, pero es un encargo a los que hacen las leyes.

Amparo se lo había dicho el jueves, de pasada, entre los derechos y el tribunal de Europa, y él no lo había apuntado. Lo apuntó ahora, con su nombre al lado.

Buscó la fila de aquel otro artículo. La había rellenado él mismo, noches atrás: cumple. Y se cumplía al pie de la letra. El tribunal que mira si las leyes caben en la Constitución lo venía diciendo desde 1988 sin moverse: esos artículos, solos, no dan nada que se pueda pedir a un juez. Se quedó mirando una fila y la otra. La de la vivienda no se cumplía. La que se cumplía era la que impedía reclamarla.

Buscó entonces si alguien había hecho el encargo. Lo habían hecho: una ley de vivienda de 2023. Y el mismo tribunal había dicho, en 2024 y otra vez en 2026, que con esa ley el derecho sí se puede pedir. Lo que diga la ley, no lo que diga la Constitución. El padre del de las gafas no tenía toda la razón, pero tampoco le faltaba toda.

Lo del tribunal que ampara también existía: el recurso de amparo, ante el Tribunal Constitucional. Sofía IA le encontró en un momento la memoria del propio tribunal de 2025, con un resumen que sonaba muy bien, y él abrió la memoria. Ese año le habían llegado nueve mil ochenta y nueve recursos de amparo. Admitió cincuenta y nueve. La primera razón para no admitirlos, en más de la mitad de los casos, era la «falta de especial trascendencia constitucional». Volvió a la Constitución, a la parte del amparo, y la leyó despacio. No hablaba de trascendencia. El filtro no estaba ahí: estaba en la ley del propio tribunal.

Buscó la razón del otro lado, y era seria. El amparo es un recurso extraordinario. Los primeros que tienen que defender los derechos de cada uno son los jueces de siempre, y al Constitucional se llega después, cuando ya se ha pasado por ellos. Lo apuntó al lado.

Gea entró en la cocina a por agua, y él se lo leyó en voz alta, lo de la vivienda.

—Hombre, una casa para cada uno no se saca de debajo de una piedra. Hay que hacerla, y eso cuesta. Por eso lo dejan en manos de las leyes, que dirán cómo y cuándo.

Era la mejor defensa que había leído, dicha más corta que en ningún papel. La apuntó también.

—Y mira esto otro —le dijo—. Cuando el que no cumple soy yo, nadie espera a ninguna ley.

Se lo enseñó en la hoja de la carta, que ya se sabía de memoria. Lo que dice la Administración se da por válido y se ejecuta enseguida, y lo ejecuta ella misma, sin juez, hasta el embargo. Y si uno paga tarde, recargo: del cinco, del diez o del veinte por ciento, según lo tarde que pague. Cuando es Hacienda la que devuelve tarde, paga intereses, los mismos que cobra, pero ningún recargo.

Gea se sirvió el agua y se apoyó en la encimera.

—¿Y tú quieres que Hacienda vaya al juez por cada recibo? No habría jueces para tanto. —Bebió—. Y el recargo es para que la gente pague a tiempo. Tú pagaste a tiempo y no te cobraron nada.

—Eso es verdad. Y el interés es el mismo para los dos. —Pasó el dedo por la línea—. Lo que no es igual es el recargo.

—Pues apúntalo así, con todo. —Le apretó el hombro al pasar—. Y mañana hay taller.

Ya solo, encontró que la Constitución no hablaba igual cuando pedía que cuando prometía. Lo que debe el ciudadano se le exige directamente, y el deber de contribuir lo guardaba el cobro que acababa de enseñarle a Gea. Lo que deben los poderes públicos venía con otros verbos, «garantizarán», «promoverán», y con aquella frase detrás, la de las leyes que los desarrollen.

Y una cosa más, que era de su oficio. Lo que escribe un inspector de Hacienda en sus papeles hace prueba de los hechos, «salvo que se acredite lo contrario». Pero el Constitucional le había puesto un límite que él habría firmado: «ese valor probatorio sólo puede referirse a los hechos comprobados directamente por el funcionario, quedando fuera de su alcance las calificaciones jurídicas, los juicios de valor o las simples opiniones». En el taller era igual. Lo que el mecánico ve con la rueda en la mano vale. Lo que opina de cómo conduce el cliente, no.

Antes de cerrar la libreta dio con una frase de Santiago que parecía escrita para las promesas: «Así también la fe, si no tuviere obras, es muerta en sí misma».

En «Comprobado», con su letra apretada de taller, dejó: «La Constitución llama derecho a la vivienda, pero no se puede pedir al juez sin una ley que diga cómo. Y el tribunal que ampara, de cada cien que llaman a su puerta, abre a menos de uno». Y debajo: «Cuando no cumple uno, el Estado cobra solo, sin juez y con recargo. Cuando no cumple el Estado, hace falta antes una ley. El interés es igual; el recargo, no».

Y en «Lo que yo creo»: «Que lo que no se puede reclamar es una promesa, no un derecho». Y otra, que le salió sola, mirando una fila y la otra: «El Estado cobra con la ley de los hechos consumados y paga con la ley de los hechos aplazados».

* * *

El sábado por la mañana bajó al taller a terminar un coche que había prometido para el lunes. A media mañana paró en la puerta un monovolumen gris, y de él bajó un hombre que conocía de la puerta del colegio: el que esperaba a mediodía junto a la farola, con las manos en los bolsillos.

—Justo —dijo, y le tendió la mano—. Mi chico va a clase con tu niña. El de las gafas.

—Ya sé cuál.

Al arrancar en frío le chillaba la correa. El padre levantó el capó, la miró con la linterna y le dijo que tenía arreglo esa misma mañana, si podía esperar. Justo se sentó en la silla de plástico junto a la máquina del café, como se sentaban todos, y enseguida estaba hablando de su sobrino.

—Con la edad que tiene, y en casa de su madre. No hay piso. Y mira que está en la Constitución: derecho a una vivienda digna. Si no se la dan, al juez. Para eso está.

El padre aflojó el tensor y sacó la correa vieja. Por fuera parecía buena. Por dentro, por donde no se ve, estaba cuarteada.

—Eso lo miré anoche —dijo—. Lo de la vivienda está en la Constitución, sí. Pero unos artículos más allá pone que solo se puede pedir al juez según las leyes que lo desarrollen. Es un encargo a los que hacen las leyes. Con la Constitución sola no te dan una casa.

—Pues para eso se vota. Si la ley no te gusta, votas a otros que la cambien.

—Eso es verdad.

—Y mejor con Constitución que sin ella, ¿o no?

—Mejor con ella.

Justo se cruzó de brazos, conforme.

—¿Y el tribunal? El del amparo.

—Existe. Pero el año pasado le llegaron más de nueve mil recursos y admitió cincuenta y nueve. A la mayoría les dice que no tienen especial trascendencia. Y eso no lo pone la Constitución: lo pone la ley del tribunal.

—Hombre, si cada uno que tiene un problema se va al Constitucional...

—También es verdad. Los primeros que tienen que defenderte son los jueces de siempre. El Constitucional viene después.

—¿Ves? Al juez.

—Al juez, con una ley en la mano. —Le enseñó la correa nueva antes de ponerla—. Y para tu sobrino algo hay: desde 2023 hay una ley de vivienda, y el Constitucional ha dicho que con esa ley sí se puede pedir. Lo que diga esa ley.

Justo lo pensó mirando cómo montaba la correa.

—Pues yo le voy a decir que vaya igual.

—Que vaya con un abogado —dijo el padre, que era lo que el gestor le decía a él cuando había dinero de verdad—. Y que guarde copia de todo.

Arrancó el motor. No chillaba nada. Justo pagó en el acto, con tarjeta, cosa que el padre agradeció más que la conversación, y se fue diciendo que volvería para el aceite. Ninguno había convencido al otro. El padre tiró la correa vieja al bidón y se quedó un momento mirándola.

* * *

Gea volvió de la panadería a mediodía con la barra debajo del brazo. Desde la puerta de la cocina los vio sentados: él en su silla, la niña en el borde de la de al lado, y entre ellos la mesa a medio poner, con los tenedores en fila como soldados. No estaban hablando de tenedores. Lo supo por el silencio, que no era de enfado.

No preguntó. Dejó el pan, le dio un beso a la niña en el pelo y otro a él en la frente, y terminó de poner la mesa.

Mientras comían, Sofía estuvo callada. Hacía bolitas con la miga, que era lo que hacía cuando pensaba. Al final, con la cuchara en la mano, preguntó:

—Papá, si no cumple lo que promete, ¿por qué manda? ¿Quién le dio el poder al primer Estado?

Gea lo miró a él. Antes de la carta, a una pregunta así le habría contestado lo primero que hubiera oído en la radio, y muy seguro.

—Esto aún no lo sé. Déjame mirarlo.

Gea siguió comiendo. Por la tarde, cuando él volvió al taller, encontró la libreta en la mesa de la cocina, abierta por la fila de la vivienda. Al lado de la frase de las leyes que la desarrollen había un nombre escrito con el lápiz corto: «Amparo». Gea cerró la libreta y sonrió.

La cuerda

El domingo comieron en casa de la abuela, la madre de él, en su piso pequeño de la mesa camilla y las fotos de todos encima del aparador. Había hecho natillas, como cada domingo que iban, y las tenía en la nevera desde por la mañana, tapadas con un plato.

Antes del postre sacó una carta del cajón y se la puso delante a su hijo, con las gafas en la punta de la nariz. Era de la Seguridad Social: le decían cuánto le subían la pensión.

—Lo mío —dijo, dando golpecitos en el papel con el dedo—. Lo que yo he puesto toda la vida. Ni un duro regalado.

—¿Y dónde lo tenían guardado, abuela? —preguntó Sofía.

—En la hucha de las pensiones, hija. Donde va a estar. Lo que una cotiza se lo guardan para cuando es mayor.

Él leyó la carta entera, porque ahora leía las cartas enteras. Lo de la hucha era la misma frase de la clienta de la revisión, la que tenía apuntada en la libreta del taller, en «Aún no lo sé», desde hacía semanas. Era también lo que él había creído siempre, y no lo había mirado nunca. No iba a discutirle a su madre una cosa que no había comprobado. Gea lo miró por encima de la fuente de las natillas, y él negó despacio con la cabeza: ahora no.

En el coche, de vuelta, Sofía le preguntó de dónde salía la pensión de la abuela, y si la tenían en una hucha, como la suya. Él le contestó lo único que podía contestar sin engañarla: que aún no lo sabía.

* * *

Esa noche buscó la ley de la Seguridad Social, y lo encontró pronto, en una frase seca: «El sistema financiero de todos los regímenes que integran el sistema de la Seguridad Social será el de reparto».

De reparto. Lo que se paga hoy reparte las pensiones de hoy. Lo que él pagaba cada mes con la cuota del taller y lo que le descontaban a Gea en la nómina no se guardaba para cuando fueran mayores: pagaba la pensión de su madre, y la de todos los mayores de ahora. Y lo que su madre había pagado toda la vida no estaba en ningún sitio esperándola: había pagado las pensiones de los mayores de entonces. No era una hucha. Era una cadena.

La hucha existía, eso sí. Se llamaba Fondo de Reserva, y la buscó año por año, porque no se fiaba de los resúmenes. En 2011 había llegado a tener sesenta y seis mil ochocientos quince millones. Al año siguiente, un decreto dejó sin efecto el límite de lo que se podía sacar cada

año: «no resultará de aplicación el límite del tres por ciento». Y se fue sacando, un año detrás de otro, hasta dejarla casi vacía. Ahora volvía a tener más de catorce mil millones, pero no por lo que se había guardado, sino por una cotización nueva que pagan desde 2023 los trabajadores y las empresas.

Y en qué estaba. La ley manda invertirla en títulos públicos, y el último informe a las Cortes lo decía claro: «La cartera está compuesta, exclusivamente, por deuda pública española». La hucha de las pensiones no guardaba dinero: guardaba papeles en los que el propio Estado prometía devolverlo. En el comité que decide dónde se pone se sienta el director general del Tesoro. En los últimos diez años había rendido un cero coma doce por ciento al año, mientras los precios subían un dos coma treinta y nueve. Como la hucha de Sofía, perdía fuerza.

Después miró la cadena por el otro lado, por los que la sostienen. Unos dos afiliados por cada pensión. Y nacían uno coma diez hijos por mujer.

A dónde va cada euro también estaba publicado, y lo leyó sin hacer tabla, que esa ya la habían hecho otros. De cada cien euros que gastaron en 2024 entre todas las administraciones, cuarenta y uno fueron a protección social; de esos cuarenta y uno, casi veintitrés eran pensiones de vejez. Algo más de cinco, a intereses de la deuda. Y lo que las cuentas llaman vejez lleva dentro, juntas, las pensiones de la Seguridad Social y las de los funcionarios del Estado, que salen de los Presupuestos.

Buscó lo que se le podía contestar, y lo había, y era serio. La pensión depende de lo que uno cotizó y de los años que cotizó: en eso, su madre tenía razón. El Estado la garantiza, y la Constitución manda que las pensiones sean «adecuadas y periódicamente actualizadas»: la carta de la mesa camilla era eso. La ley pide que el fondo sea seguro, y la deuda del Estado es de lo más seguro que hay. La hucha es un colchón para los años malos, no un ahorro de cada uno, y se usó para lo que se hizo, para pagar pensiones: nadie se la llevó. En veinte años, había rendido algo por encima de los precios. Y la pensión de aquí, comparada con el sueldo, es de las altas: el ochenta coma cuatro por ciento del salario, frente al cincuenta y dos de la media de la OCDE. Lo apuntó todo al lado.

Antes de apagar la luz buscó lo que dice la ley de Dios de lo que a uno le confían. Del que retuvo un depósito, el Levítico dice que «lo restituirá, pues, por entero, y añadirá á ello la quinta parte». Y unas páginas más allá encontró otra que se quedó mirando un rato, pensando en la carta de la mesa camilla: «Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano».

En «Comprobado» escribió: «La pensión de la abuela la pagan los que trabajan hoy: el sistema es de reparto. Lo que ella pagó, pagó las pensiones de su tiempo. La hucha de las pensiones guarda deuda del propio Estado, y ha ganado menos de lo que subían los precios. La pensión depende de lo cotizado, y el Estado la garantiza».

Y en la columna suya, la de «Lo que yo creo»: «Que la palabra “hucha” hace creer una cosa que no es. Y que lo que se confía hay que devolverlo entero».

Debajo escribió algo más, despacio, porque sabía que era lo más fuerte que había puesto nunca en esa columna: «Quien guarda el dinero de otros tendría que hacerlo crecer, en cosas sólidas del país, para devolverlo cuando uno es más débil. Prestárselo al mismo Estado, que pone el interés sabiendo que el dinero pierde valor, no es guardarlo. Ahí yo veo mala fe». Y justo debajo, para no engañarse, lo que valía en contra: que la ley obliga a invertirlo así; que se usó para pagar pensiones; que en veinte años ganó algo a los precios; y que una cosa que se repite no prueba que alguien la quiera.

* * *

El miércoles, en el patio del colegio, mientras esperaba a que saliera Sofía, vio a un grupo de niñas jugando a la comba. Las de los extremos daban a la cuerda y las demás saltaban, por turnos. Cuando a una le tocaba salir, se ponía a dar a la cuerda, y la que daba entraba a saltar. Se quedó mirándolas más de lo que habría mirado otro día.

En el coche se lo explicó a Sofía con la comba, y ella lo entendió a la primera. Luego se quedó callada, con la frente pegada a la ventanilla, y preguntó lo que él todavía no se había preguntado en voz alta:

—¿Y si cada vez hay menos niñas para dar a la cuerda?

Él la miró por el espejo. Uno coma diez hijos por mujer. La niña había llegado sola al sitio donde la cosa se ponía seria.

* * *

Al salir del taller pasó por la pastelería. Lo tenía apuntado.

Cuando subió los quince escalones con la bandeja, Amparo y Gea estaban en la cocina con el café, y Gea ya le había contado lo de la carta de la abuela.

—Ha traído postre —dijo Gea.

—Lo tenía apuntado.

Amparo miró la bandeja por encima de las gafas, no dijo nada y cogió el primero.

—Lo de tu madre —dijo luego—. Yo me voy a jubilar por la Seguridad Social, como tú. Como casi todos los del ayuntamiento. Y mi cuota de empresa la paga el ayuntamiento. Con vuestros impuestos, sí. Eso también lo pongo yo encima de la mesa.

Él sacó la libreta. Había dos bolsas, y se publican aparte. En una, la Seguridad Social: la de su madre, la de los autónomos, la de casi todo el mundo. En la otra, Clases Pasivas: los funcionarios del Estado que entraron antes de 2011. La pensión media de la segunda era uno coma siete veces la de la primera. Una de cada quince pensiones se llevaba uno de cada nueve euros.

—Clases Pasivas es un régimen a extinguir —dijo Amparo—. Desde 2011, los que entran cotizan como todos, con las mismas edades. Lo que ves es lo que queda.

—Y lo que queda conserva su regla. Se pueden jubilar a los sesenta, si llevan treinta años de servicio. La regla de todos, este año, es a los sesenta y seis años y diez meses.

—Eso es verdad.

—Y los que entraron después no salen de la cuenta: están en la otra bolsa, con la cuota de empresa pagada con impuestos. Como la tuya.

—Como la mía. —Amparo dejó la taza—. Y ahora dime quién está en Clases Pasivas. No son los políticos. Son maestros, militares, guardias civiles, jueces, gente de la Administración.

—Por eso lo he apuntado por el régimen, no por la gente.

Gea partió otro pastel y lo repartió.

—¿Y lo de los expresidentes? —dijo—. En la peluquería dicen que cobran el ochenta por ciento del sueldo toda la vida.

—Eso no es así —dijeron Amparo y él a la vez, y se miraron.

Él lo había leído el lunes. La pensión de un expresidente del Gobierno es el ochenta por ciento, sí, pero durante tanto tiempo como estuvo en el cargo y con un máximo de veinticuatro mensualidades. No es para toda la vida. Lo que sí tiene desde que cesa son dos puestos de trabajo a su servicio, una oficina pagada con los Presupuestos y un coche con conductor, y el decreto no le pide que justifique en qué gasta la oficina.

—Pues en la peluquería lo dicen muy seguras —dijo Gea.

—Lo que no tiene papel no se admite —dijo él, y Gea se rio, porque era la primera línea de su libreta.

Amparo pasó una hoja.

—Pon también lo del despido, que lo vas a poner igual.

—A mí, si un día me echan por causas objetivas —dijo Gea—, veinte días por año, con un máximo de doce mensualidades.

—Y a mí, solo por una falta muy grave o una condena —dijo Amparo—. Ya lo sé. Y no voy a pedir perdón por haber aprobado una oposición.

—Nadie te lo pide —dijo él—. Lo apunto como está.

—Pues apúntalo como está.

* * *

Esa noche, ya en la cama, con la luz apagada, Sofía volvió a hablar cuando él creía que estaba dormida.

—Papá. Si los de ahora pagan a los de antes, y los de antes pagaban a los de más antes... ¿quién empezó? ¿Quién le dio el poder al primer Estado?

Él se quedó en la puerta, con la mano en el interruptor.

—Esa me la debes desde el otro día —dijo ella, medio dormida.

—Lo sé. Déjame mirarlo.

Crónica: La lengua de la ley

En 1553, en Salamanca, salió en latín un tratado de la justicia y el derecho, en diez libros.

En 1569, también en Salamanca, otro libro, escrito en castellano para los mercaderes, les dio una regla que cualquiera de ellos podía leer: «Regla general es, que quando se aguarda plazo, y por aguardar se interessa, es vsura».

Al otro lado del mar, los iroqueses guardaban de palabra una ley cuya fecha se discute: una propuesta la lleva a 1142; muchos, a mediados del siglo XVI; otros, a los años entre 1570 y 1600. No la pusieron por escrito hasta hace poco, y la versión que se lee es de 1916. Al señor que no tiene en mente el bien del pueblo se le amonesta tres veces y, si persiste, se le despoja de su título.

En 1576, la soberanía moderna recibió su definición de un francés: «el poder absoluto y perpetuo de una república». Absoluto, pero con techo, y el techo lo puso él mismo en el mismo capítulo: el príncipe soberano no puede saltarse las leyes de la naturaleza, y por eso «tampoco podrá tomar el bien ajeno sin causa justa y razonable».

En ese mismo siglo, otro francés dejó dicho por qué se obedecen las leyes, y no era por justas: «las leyes se mantienen en crédito no porque sean justas, sino porque son leyes».

En 1598, un rey de Escocia escribió que el rey ha de ser «juzgado solo por Dios, a quien solo debe rendir cuentas».

En 1609, la Corona rebajaba la moneda de vellón para aumentar sus ingresos, y un español se lo echó en cara por escrito. Uno de sus capítulos lo dice desde el título: «El rey no puede bajar la moneda de peso ó de ley sin la voluntad del pueblo».

En 1612, en Coímbra, salió otro tratado, de las leyes y de Dios legislador, también en latín. Era la lengua de clérigos, juristas y universitarios, cuando casi nadie sabía leer. No hizo falta prohibir nada: la propia lengua separaba a quien podía interpretar la ley de quien debía obedecerla.

En 1651, un inglés escribió que, sin un poder común que los mantenga a raya, los hombres viven en «una guerra de cada hombre contra cada hombre». Al Estado que acaba con esa guerra le dio nombre de monstruo, Leviatán, y lo llamó «ese Dios mortal». La costumbre, en su libro, no valía por sí misma, sino por «la voluntad del soberano significada por su silencio».

Unos pocos

El jueves, a media mañana, con un coche en la elevadora y las manos negras hasta la muñeca, le sonó el teléfono en el bolsillo del mono. Era su hermano. No saludó.

—El sábado, barbacoa en el campo. El cochinillo lo pongo yo. —Detrás se oía la radio de su cocina—. Y tráete lo de los pocos, que desde la paella no has dicho ni mu.

—Lo tengo apuntado.

—Pues desapúntalo.

Colgó. El padre se limpió las manos con el trapo y se quedó mirando el teléfono. En la columna de «Aún no lo sé» tenía una pregunta de su hija y otra de su hermano, y ninguna esperaba. La de Sofía, de la noche anterior, en la puerta de su cuarto: quién le dio el poder al primer Estado. Y la de su hermano, desde la paella: si mandan siempre unos pocos. La de Sofía era la más honda, y para esa quería una noche entera. La de su hermano tenía fecha: el sábado, delante de las brasas.

* * *

Esa noche, con la niña acostada, se lo preguntó a Sofía IA, porque para empezar a buscar era rápida. Contestó enseguida, larga y segura, con una lista de nombres y una frase al final que sonaba muy bien:

Sofía IA: Algunos economistas de prestigio han llegado a comparar el Estado con un «sindicato del crimen».

Le pidió el documento. Lo tuvo en la pantalla en un momento: un trabajo de unos economistas americanos, largo y en inglés. Lo fue pasando con Sofía IA, trozo a trozo, buscando la frase. No estaba. Lo que decía era otra cosa, y más seca: que en los órdenes donde unos pocos cierran la puerta se usa el sistema político, así lo escribían, «para limitar la entrada económica y crear rentas».

Sofía IA: Tienes razón. Esa frase no está en el documento. La he dado como si estuviera.

La tachó. Llevaba meses con ella y ya sabía cómo era: encontraba deprisa, y a veces encontraba lo que uno quería oír. Por eso él leía el papel.

Después fue uno por uno, con el original delante y Sofía IA traduciendo frase a frase.

El primero era de muy lejos, del norte de África, del siglo XIV. Había escrito que a un grupo lo lleva al poder lo unido que está, que el lujo lo va ablandando, y que «la dinastía, por lo general, no dura más de la vida de tres generaciones».

El segundo, un alemán de principios del siglo pasado, llamaba «medio económico» a ganarse la vida con el trabajo propio y con el cambio de lo que vale lo mismo, y «medio político» a «la apropiación no retribuida del trabajo ajeno». Y del Estado, en su origen, escribió que era una institución «impuesta por un grupo humano vencedor a un grupo humano vencido». Era lo de su hermano en la terraza, con otras palabras: llega uno con más fuerza y se queda con todo.

El tercero había estudiado los partidos socialistas de su tiempo, y había sacado una regla: «quien dice organización dice, de todos modos, tendencia a la oligarquía». La llamó «la ley de hierro de la oligarquía».

Luego, dos italianos. Uno escribió que los de arriba no son siempre los mismos, pero siempre son unos pocos: la «circulación de las clases selectas». El otro habló del predominio de «las minorías organizadas sobre las mayorías».

Y el quinto había comparado hacer la guerra y hacer el Estado con el crimen organizado. De ese no encontró más que el título. El texto no estaba abierto en ningún sitio, y lo que decían de él en otras páginas era lo que decían de él, no lo que él escribió. En la libreta puso al lado: «Esto no lo he podido leer».

Se echó hacia atrás en la silla. Su hermano tenía razón. Cinco veces, y con gente de siglos y de países distintos.

No cerró la libreta. Con los coches le pasaba igual: cuando muchos clientes te dicen que un modelo da siempre la misma avería, lo apuntas, y luego miras cuántos de ese modelo no la dan. Volvió al documento de los economistas y leyó lo que venía después. Además del orden en que unos pocos cierran la puerta, describían otro, el de acceso abierto, que se sostiene con la competencia, la de los negocios y la de los partidos. Y decían que en los últimos trescientos años se había desarrollado en «unas dos docenas de países». Un estudio de 2023 lo había medido país por país: «treinta y cinco países de 161 fueron calificados en 2020 como órdenes de acceso abierto». El primero, Suiza.

No era siempre. Era casi siempre, y había salida. La pregunta que servía no era si todo era igual, sino en qué punto de esa escala estaba cada país, y con qué papeles se comprobaba.

* * *

El viernes por la noche buscó dónde estaba España.

Empezó por los jueces. La Constitución dice que el Consejo que los gobierna tiene veinte vocales, y que de ellos, «doce entre Jueces y Magistrados de todas las categorías judiciales, en los términos que establezca la ley orgánica». La ley orgánica, desde 1985, dice otra cosa: «Las veinte personas Vocales del Consejo General del Poder Judicial serán designadas por las Cortes Generales». Los veinte.

El Constitucional lo había avalado. Y en la misma sentencia había escrito una frase que el padre leyó despacio, con el dedo debajo, como leía las cartas ahora: «La lógica del Estado de partidos empuja a actuaciones de este género». El riesgo, seguía, «parece aconsejar su sustitución, pero no es fundamento bastante para declarar su invalidez».

Con el Tribunal de Cuentas, el que mira el dinero de los partidos, encontró lo mismo: a sus consejeros también los eligen las Cortes. No eran diseños distintos. Era uno solo, repetido.

Luego miró lo que cuesta presentarse a unas elecciones. Un partido que sacó diputados en las elecciones anteriores no necesita firmas. Uno nuevo, las del uno por mil de los electores de cada provincia; unos vecinos que se presenten sin partido, las del uno por ciento. Hizo la cuenta con una provincia pequeña, Palencia: un partido nuevo necesita ciento treinta y ocho firmas, y unos vecinos sin partido, mil trescientas setenta y siete.

Y la puerta que la Constitución le deja al ciudadano para proponer una ley, con medio millón de firmas, no se puede usar para lo que más importa: ni para cambiar cómo se elige a los que mandan, ni para los impuestos.

Lo que se le podía contestar estaba, y lo apuntó al lado, entero. Las firmas las habían avalado dos tribunales, el de aquí y el europeo. La razón que dio el Constitucional era que no se llenaran las elecciones de candidaturas sin respaldo, y eso era razonable. Y se castiga: después de las elecciones municipales de 2015 y de 2019, el Tribunal de Cuentas había puesto más de quinientas multas por las cuentas de la campaña. Y desde 1978 habían entrado partidos nuevos, y varias veces. Una puerta estrecha no es una puerta cerrada.

Gea pasó por detrás, camino de la cama, con el pelo mojado envuelto en una toalla, y leyó por encima de su hombro sin pararse del todo.

—¿Y tu hermano?

—Que tenía razón.

—¿En todo?

—En la mitad.

—Pues no se lo digas así, que se viene arriba.

A «Comprobado» pasó solo lo que tenía papel: «Cinco pensadores, del siglo XIV al XX, dicen que manda una minoría. Pero hay países que han salido de ahí, y está medido. España está en medio: hay multas, tribunales y partidos nuevos; y a los que vigilan los eligen los vigilados».

Y en «Lo que yo creo»: «Que decir que todo es una mafia no se puede corregir nunca, y un mapa con lo que funciona y lo que no, sí. Y que donde falla, falla siempre hacia el mismo lado: el que tiene que ser vigilado elige al que le vigila».

Dobló la hoja y la metió en el bolsillo de la chaqueta que se iba a poner el sábado. En la columna de al lado, la pregunta de Sofía seguía sin tocar.

Las brasas

El sábado fueron al campo con los tíos. Su hermano había llegado antes que nadie para encender el fuego, y no dejaba que nadie se acercara a las brasas, como no dejaba que nadie se acercara a la paellera. Las movía con un hierro, se agachaba a soplar, se levantaba con la cara roja y decía que todavía no.

Cuando por fin dijo que sí, el padre se puso el delantal, se plantó delante del cochinillo con el cuchillo grande, muy serio, y soltó el chiste de siempre, el de ir por partes. Su hermano se rio. Gea le dio un codazo.

—No le enseñes esas cosas a la niña.

Comieron en la mesa de piedra, debajo de un pino, con el mantel de cuadros sujeto con piedras para que no se lo llevara el aire. Sofía se fue a buscar piñas con la mujer de su hermano, y cuando volvieron con las manos pegajosas de resina, el café ya estaba hecho.

* * *

—Venga —dijo su hermano, con la taza en la mano—. Lo de los pocos.

El padre sacó la hoja del bolsillo de la chaqueta y la desdobló encima del mantel.

—Tenías razón.

Su hermano dejó la taza en la mesa, despacio, para disfrutarlo.

—Repítelo, que no lo ha oído tu mujer.

—Tenías razón. He encontrado a cinco que dicen lo mismo que tú, de siglos y de países distintos. Uno del norte de África, de hace siglos, que dice que una familia que manda no dura más de tres generaciones. Un alemán que escribió que el Estado, en su origen, lo impone un grupo que ha ganado a otro que ha perdido. Otro que estudió los partidos y sacó una ley: que toda organización tiende a que manden unos pocos. Y dos italianos. Cinco.

—Siempre igual —dijo su hermano, y miró a Gea—. ¿Lo has oído?

—Lo he oído —dijo Gea.

—Pero espera —dijo el padre—, que no he acabado. Unos economistas lo midieron, país por país. Hay un orden en que unos pocos cierran la puerta para quedarse con todo, y hay otro, abierto, en el que se compite. En trescientos años, unas dos docenas de países han pasado al abierto. En 2020, treinta y cinco de ciento sesenta y uno.

—Treinta y cinco. —Su hermano se encogió de hombros—. ¿Y los otros?

—Los otros, como tú dices. Por eso te digo que tienes razón. Pero no siempre. Casi siempre.

—¿Y nosotros?

—En medio.

Su hermano hizo un ruido con la boca, el que hacía cuando un árbitro pitaba en contra.

—En medio. Eso es lo que dicen todos cuando no se atreven.

—Pues te digo dónde. —El padre puso el dedo en la hoja—. Los que gobiernan a los jueces los eligen las Cortes, los veinte. Los que miran las cuentas de los partidos, también las Cortes. El que vigila al que manda lo elige el que manda. Eso no está en medio. Ahí tienes razón tú.

—¡Eso! Eso es lo que yo digo.

—Y para presentarte a unas elecciones, si no tienes diputados, necesitas firmas; si ya los tienes, ninguna. Y para repartir los escaños, el que no llega al tres por ciento de los votos de su provincia no cuenta. En 2023, el partido que más votos sacó tuvo un tercio de los votos y casi cuatro de cada diez diputados.

La mujer de su hermano, que hasta entonces había estado quitándole a Sofía la resina de los dedos con una servilleta mojada, levantó la cabeza.

—Ya. Y si no, tendríamos un Congreso lleno de partidos pequeños y no habría manera de hacer un gobierno. Algo de eso habrá.

—Algo de eso hay —dijo el padre—. Lo que dijeron los que lo pusieron fue eso, que no se fragmentara. Y los tribunales lo han avalado, el de aquí y el europeo. Y lo que sale de esa regla lo dejó escrito el Consejo de Estado: que la manera de repartir los escaños «es conocida por su propensión a beneficiar a los partidos grandes y, al mismo tiempo, perjudicar a los pequeños». Y en el mismo informe, lo que tú dices: que ha traído gobiernos estables.

—Pues eso.

—Pues eso. Lo que no está escrito en ningún sitio es que lo hicieran para que ganaran los grandes. Eso lo dice la gente. El Consejo dice lo que pasa, no por qué.

—Y multan —siguió ella—. Yo he oído que el Tribunal de Cuentas multa a los partidos.

—Multa. Más de quinientas multas, solo por las cuentas de dos elecciones municipales. La mayoría, de unos cientos de euros.

Su hermano se rio.

—Unos cientos de euros. A ti te ponen más por aparcar en el vado.

—Eso no lo he mirado —dijo el padre—, y no te lo voy a discutir a ojo.

Todavía le quedaba una cosa en la hoja, y la leyó porque era la que más le había costado encontrar. Nadie mide cuánto se trata en un país lo de todos como si fuera de uno. Lo más parecido eran unos índices que miden la corrupción desde fuera. España salía con unos sesenta y uno sobre cien en 2025, peor que unos sesenta y cinco de 2021. Y en el otro, cincuenta y cinco sobre cien, el puesto cuarenta y nueve de ciento ochenta y dos.

—¿Ves? Peor —dijo su hermano.

—Peor que antes. Y mejor que la mayoría de los países. Una cosa y la otra.

Su hermano se quedó mirando el fuego, que ya no era más que ceniza con algún punto rojo, y le dio con el hierro.

—Lo de los vigilantes —dijo al cabo de un rato, sin mirarlo—. Eso apúntamelo a mí.

—Ya lo tienes apuntado.

Sofía había estado escuchando con la barbilla en la mesa. No dijo nada. Pero el padre la conocía, y supo que la pregunta del miércoles seguía ahí, esperando su noche.

* * *

Esa noche fue a buscar el papel. El documento donde alguien, por encima de los Estados, les hubiera dado el poder. Un permiso, una firma. Algo.

Lo que encontró fue un tratado entre países, de 1933, que dice qué hace falta para ser un Estado: gente que viva allí, un territorio con sus límites, un gobierno y poder tratar con los demás Estados. Y otra cosa, que leyó varias veces: «La existencia política del Estado es independiente de su reconocimiento por los demás Estados». Que otro Estado lo reconozca solo significa que «acepta la personalidad del otro». Un tribunal lo había dicho antes, en 1929, todavía más claro: «El Estado existe por sí mismo, y el reconocimiento no es más que la constatación de esa existencia».

No había papel. Ningún Estado recibió su autoridad de nadie que estuviera por encima: la tiene porque manda de hecho en una tierra y en una gente, y porque otros Estados, que hacen lo mismo, se la reconocen. Era un círculo. Y nadie lo escondía: estaba escrito en un tratado público. Para ese derecho, además, el Estado era una persona. La máscara de la noche de la casa, otra vez, ahora entre Estados.

En el mismo tratado había otra línea, y se acordó de su hermano. Los firmantes se obligaban a «no reconocer las adquisiciones territoriales o de ventajas especiales que se realicen por la fuerza». Y en 1945, otra carta, la de las Naciones Unidas, prohibió amenazar o usar la fuerza contra otro Estado. Que hiciera falta prohibirlo quería decir que antes se hacía. Lo de la terraza, lo de llegar con más fuerza y quedarse con todo, también estaba escrito, aunque fuera al revés: en la prohibición.

Buscó de dónde venía la palabra «autoridad», porque ya no se fiaba de ninguna palabra que no hubiera mirado. Venía del latín, de un verbo que quiere decir «aumentar». El que tenía autoridad era, al principio, «el que da existencia a algo, o promueve su aumento o su prosperidad». Se quedó con eso un rato. Autoridad no era el que manda. Era el que hace crecer.

Siguió tirando del hilo y encontró a los que se pusieron por encima de todo. Al faraón de Egipto, que desde el día de su coronación se llamaba «Hijo de Ra». A un emperador de Roma que dictaba cartas que empezaban así: «Nuestro señor y dios ordena que se haga esto». Y a otro emperador, el de Japón, que en 1946 dejó escrito que el vínculo con su pueblo no se basaba en «la idea ficticia de que el emperador es un dios manifiesto». Ficticia. La palabra la había puesto el propio emperador.

Y encontró lo contrario. Otro emperador de Roma, con el mismo poder que el que se llamaba dios, escribió para sí mismo que de uno de sus maestros había aprendido que su carácter «necesitaba corrección y cuidado». Y un rey de Israel que le pidió a Dios «corazón dócil para juzgar á tu pueblo, para discernir entre lo bueno y lo malo», y aun así, cuando murió, el pueblo le pidió a su hijo que aliviara «el yugo pesado» que su padre había puesto. Pedir sabiduría una vez no bastaba. Había que seguir pidiéndola.

En una tragedia griega, el coro lo resume en una frase, y la copió en la hoja: «la insolencia engendra al tirano».

Ya era tarde, pero no podía dejarlo. Quería saber en qué momento la gente había empezado a preguntarse estas cosas en voz alta. Y dio con un filósofo alemán que había escrito un texto corto con una pregunta por título: qué es la Ilustración. Lo leyó entero. Decía que es salir de la minoría de edad, y que la minoría de edad es «la incapacidad de servirse del propio entendimiento sin la guía de otro». Y tenía un lema: «¡atrévete a saber! ¡Ten valor para servirte de tu propio entendimiento!».

Miró la hoja de las tres columnas, la de la primera noche, la que había empezado para saber y no para creer. Otro lo había dicho siglos antes que él, con otras palabras. No le dio vergüenza. Le dio compañía.

En «Comprobado» escribió: «Ningún Estado recibió el poder de nadie por encima. Lo tiene porque lo ejerce y porque los demás se lo reconocen».

En «Lo que yo creo», de su puño y letra: «Que lo que separa al que manda bien del que manda mal no es lo que sabe, sino si deja que le corrijan. Y que eso no se gana una vez: se pierde el día que uno se cree que ya está».

La portería

El domingo por la noche, con la casa ya callada, abrió la libreta por la hoja del sábado. A Sofía se le había quedado resina del pino en el pelo, y Gea había tenido que sacársela con aceite de la cocina, mechón a mechón, mientras la niña protestaba. Ahora dormía.

Volvió a leer lo que había escrito: que ningún Estado recibió el poder de nadie por encima, que lo tiene porque lo ejerce y porque los demás se lo reconocen. Y pensó en la niña. La conocía. Si un día le contaba que a los Estados nadie les había dado permiso, lo siguiente que le iba a preguntar era si entonces podía cualquiera. Mejor tenerlo mirado antes.

Le preguntó a Sofía IA si alguien lo había intentado. Contestó enseguida, con una lista larga y segura, como siempre. Él le pidió los papeles, y de toda la lista se quedó solo con los casos que los tenían.

El primero era de Australia: un hombre que en 1970 notificó que su granja se separaba del país, y la llamó «provincia». Un periódico de internet contaba la historia con una cantidad en libras, con el tribunal más alto de Australia y con una palabra del juez que sonaba muy bien. Fue a la sentencia. Sofía IA le puso al lado, frase a frase, lo que decía el original, y él fue mirando las palabras una por una. La cantidad era otra, y en otra moneda; el tribunal, el de su estado, Australia Occidental; y la palabra del juez no estaba. El periódico le había dicho dónde mirar. Lo demás lo decía la sentencia.

Aquel hombre perdió en 2017 un pleito con el fisco, y el tribunal le condenó a pagar más de dos millones setecientos mil dólares australianos, con sus intereses y las costas. Y el juez escribió una frase que el padre copió en la hoja: que «cualquiera puede declararse soberano en su propia casa, pero no pueden ignorar las leyes de Australia ni dejar de pagar impuestos».

El otro caso era de Italia: una plataforma en el mar que declaró su independencia el 1 de mayo de 1968. Las fuerzas del orden la ocuparon cincuenta y cinco días después, y en febrero de 1969 la Marina intentó derribarla con explosivos; al final la hundió un temporal. Eso lo contaba un estudio de una universidad italiana, uno solo, hecho con periódicos y libros de divulgación, y había otra versión que daba otro día para la independencia. Lo apuntó, pero con una nota al lado: una sola fuente.

Le quedó claro. Que la autoridad de un Estado nazca así, porque manda de hecho y otros se lo reconocen, no le abre el mismo camino al que vive dentro de un Estado que ya está: le falta tierra propia, gente propia y que los demás se lo reconozcan. Se había intentado, y los jueces habían contestado.

Se acordó del de la furgoneta de los toldos, con su vídeo y su nombre en mayúsculas. Era de la misma familia. La primera línea de la libreta del taller la había escrito por él: «Lo que no tiene papel no se admite». Aquí había papel, y decía que no.

Gea pasó por detrás con la taza, camino del sofá, y leyó por encima de su hombro lo de la granja.

—Ni se te ocurra declarar el taller.

—Ya pagué la carta.

—Pues por eso. —Se sentó en el brazo de la silla—. Si cada uno se pudiera salir de la ley cuando le diera la gana, a ver quién arreglaba las carreteras.

—En eso tienes razón entera —dijo él—. Nadie se puede declarar fuera de la ley porque quiera. Lo dijeron los jueces de Australia, y la regla es buena.

—¿Pero?

—Pero vale también hacia arriba. Los que mandan también están debajo de la Constitución, igual que tú y que yo. Y los que hacen las leyes se ponen el sueldo ellos.

Gea le dio un sorbo a la taza.

—Eso no es salirse de la ley.

—No. Eso es con la ley en la mano. Pero el que se pone el sueldo es el mismo que lo cobra.

—Tú también te pones el precio de la hora.

—Y si es caro, el cliente se va al taller de enfrente.

Gea se rio por la nariz, le revolvió el pelo y se fue al sofá. Él se quedó mirando la frase del juez. Su camino no era ese. Su camino estaba en la carpeta, detrás de la carta: la copia sellada, con su número de registro.

* * *

El lunes, a mediodía, Sofía salió del colegio con el ceño fruncido y no dijo nada hasta que se puso el cinturón. Había tenido una pelea en el recreo.

—Los de sexto dicen que la portería es suya. Que allí mandan ellos.

—¿Y quién les ha dado permiso?

—¡Nadie! Lo han dicho y ya está.

—¿Y los demás qué hacen?

—Pues nada. Que es suya. Como siempre ha sido suya...

Él sonrió, con las manos en el volante. No había tenido que buscar el ejemplo: se lo había traído ella.

—Pues eso que me cuentas es lo que encontré anoche. Ningún Estado recibió su poder de nadie que estuviera por encima. Manda porque manda, y porque los otros Estados le dicen: vale, ese trozo es tuyo.

—¡Eso es trampa!

—Yo no te digo que sea trampa. Te digo cómo es.

Sofía se cruzó de brazos y miró por la ventanilla un buen rato. Él esperó. Sabía lo que venía, porque lo había mirado la noche antes por eso mismo. Cuando se volvió, tenía los ojos brillantes.

—Entonces yo declaro mi cuarto un Estado.

Se rio con ganas. Ahí estaba.

—Te faltaría que te lo reconocieran. Y el Estado que ya está aquí no te lo va a reconocer. Lo ha intentado más gente, y los jueces les han dicho que no. Que nazca así no quiere decir que cualquiera pueda hacer lo mismo.

—Jo.

No le habló de la granja ni de la plataforma. A la niña le bastaba con saber que se había intentado y que no había salido. Y lo de la plataforma lo tenía con una sola fuente, y eso no se le cuenta a nadie como seguro.

—Pero te cuento otra cosa. Hubo uno que empezaba sus cartas diciendo que era dios.

—¿Se lo creía?

—Eso decía. Y hubo otro, con el mismo poder, que escribía para sí mismo que tenía que corregirse. ¿Cuál crees que mandó mejor?

Sofía lo pensó.

—El que se corregía.

—Eso creo yo también.

Y le dijo, con palabras para ella, lo que había escrito el sábado en la hoja: que el que manda bien no es el que más sabe, sino el que deja que le corrijan, y que todos somos aprendices.

—¿Tú también?

—Yo el primero.

Sofía asintió, satisfecha. Luego frunció el ceño, porque una pregunta nunca venía sola.

—Pero antes de los Estados, ¿qué había? ¿Quién mandaba?

Puso el intermitente. Esa pregunta le iba a llevar muy atrás, más atrás que los reyes y que nada de lo que había leído hasta entonces. Y no era de una noche.

—Eso todavía no lo tengo. Déjame mirarlo.

En casa, cuando se puso a cortar el pan, Sofía le miró muy seria desde su silla.

—Vayamos por partes.

Gea, que ya estaba en la puerta con el abrigo puesto para irse a trabajar, puso los ojos en blanco.

* * *

Esa noche no buscó lo de antes de los Estados. Lo apuntó en «Aún no lo sé», debajo de todo, para cuando hubiera noches largas. Lo que le daba vueltas era otra cosa de la portería: que la niña lo había dicho todo junto, «es suya» y «allí mandan ellos». Ser dueño y mandar, como si fueran lo mismo.

En el taller mandaba él, porque el taller era suyo. Decidía qué coche entraba primero y cuándo se bajaba la persiana. Pero a nadie se le ocurriría que, por ser el dueño, pudiera juzgar al cliente que no le pagaba. Para eso estaban los jueces.

Buscó desde cuándo era así, y resultó que no siempre. Durante siglos, el poder de mandar y juzgar y el derecho del dueño sobre una cosa habían ido juntos. En latín, el señor lo era de la casa. Y en la Edad Media se fundieron en el señorío: el que tenía la tierra gobernaba y juzgaba a los que vivían en ella. Un estudio académico le puso un matiz, y lo apuntó al lado: que en esa época no se puede separar lo privado de lo público, y que hablar de una propiedad unida al poder del señor es mirar aquellos siglos con palabras de los romanos, puestas después.

Y encontró la fecha en que, en España, se separaron. No fue en una Constitución, como él había pensado, sino en un decreto de las Cortes de Cádiz, en 1811. El primer artículo lo leyó despacio, con su ortografía de entonces: «Desde ahora quedan incorporados á la nacion todos los señoríos jurisdiccionales de cualquiera clase y condicion que sean». El gobierno, a la nación. La tierra, en otro artículo, quedaba entre «los demás derechos de propiedad particular». Y en otro: «En adelante nadie podrá llamarse señor de vasallos, ejercer jurisdiccion, nombrar jueces...».

Nadie podrá nombrar jueces. Se quedó mirando esa línea. El dueño de la tierra seguía siendo dueño, pero ya no juzgaba a nadie. Como él en el taller.

Y no salió gratis. A los que tenían esos privilegios por haberlos pagado, la nación les devolvía el capital, con un tres por ciento de interés hasta que lo devolviera entero. Tampoco fue de una vez: un diccionario de la lengua de las leyes enumera los decretos, de 1808 a 1837.

Pero el límite era más antiguo. Un francés de 1576, el mismo que dejó escrito qué era la soberanía, «el poder absoluto y perpetuo de una república», escribió en ese mismo capítulo que ni el príncipe soberano podía saltarse las leyes de la naturaleza que Dios había puesto, y que por eso «tampoco podrá tomar el bien ajeno sin causa justa y razonable». Para el que mejor lo había defendido, el poder más absoluto tenía algo encima: la ley natural, y con ella, lo ajeno.

Luego quiso saber por qué se obedece al que manda sin ser el dueño, y buscó la palabra «legítimo». Venía del latín y quería decir «conforme a la ley». Y dio con un alemán de hace algo más de un siglo que había estudiado los poderes que se tienen por legítimos: el de la ley, el de la costumbre y el de alguien a quien se sigue por lo que es. Lo leyó frase a frase, con la traducción al lado del original. Ningún poder, escribió, se conforma con que le obedezcan por interés o por afecto, sino que «cada una procura más bien despertar y cultivar la creencia en su "legitimidad"». Cada forma de mandar, quería decir. No le basta con ser obedecida: necesita que se crea en ella.

En internet, en muchas páginas, la frase salía de otra manera, más redonda: «es la creencia la que constituye la legitimidad». La buscó en su texto. Así no estaba.

Antes de cerrar, se acordó del del furgón blanco y de su cuenta embargada. Ya no había señores que juzgaran en sus tierras, y eso era un avance de verdad. Pero la Administración seguía pudiendo cobrarse sola lo que reclamaba, sin juez, mientras que a él, para cobrar a un cliente que no le pagaba, le hacía falta un título que lo dijera. Lo que se podía contestar ya lo tenía apuntado desde la carta: que lo que cobra es para todos, que se recurre y que se para dando garantía. Lo dejó así, lo uno al lado de lo otro.

«Comprobado» se fue llenando renglón a renglón: «Gobernar y poseer no son lo mismo. En España los separó un decreto de 1811. Y hasta el poder más absoluto tenía un límite: no tomar lo ajeno sin causa justa. Ningún poder se conforma con que le obedezcan: necesita que se crea en él».

Y en «Lo que yo creo»: «Que si el que manda necesita que se crea en él, lo que solo se sostiene en la creencia se deshace el día que alguien pide la prueba».

Antes de apagar, miró la columna de «Aún no lo sé». La pregunta de la niña seguía allí, la última: qué había antes. Esa no era de una noche. Y esa semana no las hubo.

Crónica: Los papeles del consentimiento

En Inglaterra, en 1688, el rey había suspendido y disuelto el Parlamento. El 30 de junio, siete ingleses destacados escribieron a un príncipe de fuera para invitarle a venir, y en diciembre el rey huyó sin dar batalla. Al año siguiente, una Declaración de Derechos dejó escrito que el pretendido poder de suspender las leyes «sin consentimiento del Parlamento es ilegal», y también recaudar dinero para la Corona «sin concesión del Parlamento».

En 1690, un inglés publicó un tratado para asentar el trono del nuevo rey, «para hacer bueno su título en el consentimiento del pueblo». Escribió que antes de que hubiera gobierno la gente ya tenía sus derechos, la vida, la libertad y lo suyo, y que el pacto se hace para protegerlos y no para crearlos. Si el gobierno los viola, el pueblo recobra el derecho a resistirle.

En 1748, un francés escribió que, para que no se pueda abusar del poder, «es preciso que, por la disposición de las cosas, el poder frene al poder». Por esos mismos años, un escocés escribió que casi todos los gobiernos se fundaron en su origen «en la usurpación o en la conquista, o en ambas, sin ninguna pretensión de un consentimiento justo o de una sujeción voluntaria del pueblo».

En 1755, un pensador que escribía en francés puso el origen de la sociedad civil en el primero que cercó un terreno y dijo «esto es mío», y encontró a quien le creyera. En 1762 abrió su libro del contrato con esta frase: «El hombre ha nacido libre, y en todas partes está encadenado». En su pacto, cada uno se somete a la voluntad general. Y un padre puede decidir por su hijo mientras es pequeño, pero no darlo para siempre.

En 1776, en América, Virginia puso entre los derechos que se tienen al nacer «el goce de la vida y de la libertad, con los medios de adquirir y poseer propiedad». Semanas después, la Declaración de Independencia escribió que los gobiernos «derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados». Entre los agravios contra su rey puso uno: «imponernos impuestos sin nuestro consentimiento».

En 1788, la separación de poderes pasó a las constituciones. Uno de los que defendían la de los Estados Unidos llamó al francés de 1748 el oráculo al que siempre se consulta en esa materia.

El 26 de agosto de 1789, en Francia, una Declaración de Derechos escribió: «Toda sociedad en la que la garantía de los derechos no está asegurada, ni la separación de poderes determinada, no tiene Constitución». Y puso entre los derechos naturales «la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión».

En 1793, un filósofo alemán escribió que el contrato originario no hay que suponerlo como un hecho: es «una mera idea de la razón». Ese mismo año, en Francia, los que gobernaban en nombre del pueblo apartaron una Constitución de derechos; la que pusieron en su lugar «nunca estuvo en vigor»; y en octubre se propuso que el gobierno provisional fuera «revolucionario hasta la paz».

El autor lo lee así: tomar de una idea la parte que da la razón al que manda y dejar la que lo frena no es solo cosa de entonces. Es la forma de la maniobra camuflada: el nombre dice «voluntad del pueblo», y el hecho dice otra cosa.

Lo mío

El martes, a media mañana, el furgón blanco entró en el taller marcha atrás, como entraba siempre, aunque nadie se lo pidiera. Su dueño se bajó con un sobre en la mano y no dio los buenos días.

—Léelo tú, que yo ya me lo sé de memoria.

Era la contestación a su recurso contra el embargo. El padre se secó las manos con el trapo y la leyó entera, de pie junto al banco de trabajo, porque ahora las cartas las leía enteras. La notificación del apremio constaba en el expediente, con su acuse de recibo. De lo demás que había alegado, la carta decía que «el motivo alegado no está entre los admitidos por la ley». Desestimado. Y el embargo seguía adelante.

En el encabezado venía su nombre completo. Pacífico. En todos los años que llevaba viniendo al taller, el padre no se lo había oído decir a nadie: para él era el del furgón blanco.

—Lo mío —dijo Pacífico—. Me lo han quitado de la cuenta. Lo que saqué yo con el furgón, de madrugada y con frío. Y sin un juez, ni nada.

—Ya.

—Pues se acabó. Yo no pago más. Como hicieron otros. Y si hay que salir a la calle, se sale.

El padre dobló la carta por donde venía doblada y se la devolvió. Lo conocía de años. Pagaba tarde, pero pagaba, y de Hacienda se reía con chistes que le contaba a todo el que esperaba en la silla de plástico. Nunca le había oído hablar así.

—¿Quiénes son los otros?

—Gente. Lo dicen por ahí.

—Eso no lo he mirado —dijo el padre—. Lo que sí sé es que, si dejas de pagar, te lo cobran igual, y con recargo. Eso lo tengo comprobado.

—¿Y qué hago? ¿Me quedo quieto?

El padre miró el furgón. El embrague que le había cambiado el día de la carta seguía sin pagar, y no hacía falta decirlo.

—Déjame mirarlo. Vuelve el jueves.

Pacífico se subió al furgón sin despedirse y salió del taller más deprisa de lo que había entrado.

Esa noche, antes de abrir nada, escribió arriba de la hoja lo que había dicho Pacífico: «Lo mío». Era lo mismo que había dicho su madre el domingo de las natillas, con la carta de la pensión en la mano. La misma palabra, con la misma rabia tranquila.

Lo primero que buscó fue de dónde sale que algo sea de uno. Y volvió al inglés de los derechos de antes, el del alojamiento por una semana, al mismo libro de 1690. Escribía que «Todo hombre tiene una propiedad en su propia persona: a ella nadie tiene derecho sino él mismo». Lo que uno saca de la naturaleza y mezcla con su trabajo pasa a ser suyo, porque ese trabajo es «propiedad indiscutible del trabajador», y nadie más puede tener derecho a ello, «al menos donde queda suficiente, y tan bueno, en común para los demás».

Se miró las manos, con la grasa que no se va del todo ni con el jabón del taller. Si la propiedad estaba antes que el gobierno, y por una razón propia, el gobierno no la creaba: la protegía, o la violaba.

Siguió con lo que recogieron las declaraciones. La francesa de 1789 la llamó «un derecho inviolable y sagrado», y escribió que nadie puede ser privado de ella «salvo cuando la necesidad pública, legalmente comprobada, lo exija evidentemente, y con la condición de una indemnización justa y previa». Pagando antes. Eso lo subrayó.

Pero lo de Pacífico era un impuesto, y para el impuesto la otra cara estaba escrita. Los tributos los pone la ley, según lo que puede pagar cada uno. La Constitución dice que «Se reconoce el derecho a la propiedad privada y a la herencia», y en la línea siguiente, que «La función social de estos derechos delimitará su contenido, de acuerdo con las leyes». El embargo se recurre, y se para si se da garantía. Nada de lo que le había pasado a Pacífico era ilegal.

Ahí se paró. Lo legal y lo justo no eran lo mismo, y esa cuenta la llevaba en la libreta desde el principio. Pero de la carta de Pacífico no tenía nada que dijera que fuera injusta. Tenía una carta con sus artículos y un hombre enfadado. Lo apuntó así, sin quitar ni poner.

Después buscó lo que de verdad le preocupaba: lo de no pagar más y salir a la calle. Y el mismo inglés lo había escrito sin rodeos: que «siempre que los legisladores intenten quitar y destruir la propiedad del pueblo, o reducirlo a esclavitud bajo un poder arbitrario, se ponen en estado de guerra con el pueblo, que queda por ello libre de toda obediencia ulterior».

Lo leyó despacio. La propiedad del pueblo, no la de uno. Un poder arbitrario, no una carta con su recurso. Lo que el inglés describía era un gobierno que traiciona su encargo, y entonces el que se disuelve primero es el gobierno, no el pueblo el que se rebela.

Luego vinieron los papeles de después. Una declaración francesa de 1793 escribió que «la resistencia a la opresión es la consecuencia de los demás derechos del hombre». La Declaración Universal de 1948 la nombra en el preámbulo, pero para que no haga falta: que los derechos humanos se protejan por un régimen de derecho, «a fin de que el hombre no se vea compelido al supremo recurso de la rebelión contra la tiranía y la opresión». Y entre las constituciones, alguna la escribe. La alemana: «Contra cualquiera que intente eliminar este orden, todos los alemanes tienen derecho a la resistencia, cuando no sea posible otro remedio». La española, no.

La defensa también estaba escrita, y era corta: los ciudadanos y los poderes públicos están sujetos a la Constitución y a las leyes, y el cambio se hace por los caminos que ella misma prevé. La de aquí dejó otra puerta, la de cambiarla entera. Esa defensa aguantaba entera, y él no tenía nada que oponerle. Tampoco quería.

Antes de los caminos extremos había otros: los tribunales, que miran las leyes, y el Parlamento, que puede investigar. En un Estado de derecho que funciona, eso debería bastar: «la vía ordinaria y pacífica». Y antes todavía, el suyo. La copia sellada. La pregunta por escrito, con su número de registro, que alguien tiene que contestar.

Gea se asomó a la puerta de la cocina, ya en pijama.

—¿Y el del furgón?

—Que no quiere pagar. Ni a Hacienda ni a mí.

—A ti sí que te tendría que pagar.

—Eso le voy a decir el jueves.

Ella se rio y se fue a la cama.

En «Comprobado» escribió: «Que algo es de uno porque lo ha sacado con su trabajo lo escribió un inglés en 1690. La declaración de 1789 solo deja quitarlo por necesidad pública y pagando antes. El impuesto lo pone la ley, y el embargo se recurre. La Constitución alemana escribe el derecho a resistir; la española, no».

En «Lo que yo creo» no tuvo que pensarlo: «Que lo que uno saca con sus manos es suyo antes que de nadie. Y que se defiende pidiendo cuentas por escrito, no dejando de pagar».

* * *

El jueves por la mañana, el furgón blanco volvió a entrar marcha atrás. Pacífico traía la carta en el bolsillo de la chaqueta y cara de no haber dormido mucho.

—¿Qué? ¿Lo has mirado?

El padre se lo contó sin sermón, como le contaba a un cliente lo que había encontrado al desmontar. Que lo suyo era suyo, y que eso no se lo había inventado él: lo había escrito un inglés hace siglos, y la Constitución también reconocía la propiedad. Que el embargo era legal, y que lo legal y lo justo no siempre son lo mismo, pero que en su carta eso no lo podía probar nadie con lo que había. Que lo de resistirse estaba escrito en papeles muy serios, pero para cuando un gobierno le quita lo suyo a todo un pueblo con un poder arbitrario y no queda juez a quien ir. Y que aquí había jueces.

—Jueces que me den la razón a mí, ninguno —dijo Pacífico.

—Eso no lo sé. Lo que sé es que, si dejas de pagar, te lo cobran con recargo, y que eso no te devuelve lo tuyo. Y salir a la calle con un cartel es tuyo también. Eso no te lo quita nadie.

Pacífico se quedó callado, mirando la máquina del café.

—¿Y tú qué harías?

—Lo que hice con la mía. Pagar en plazo, y pedir por escrito que me digan en qué se basan. Con copia sellada.

—¿Y te han contestado?

—Todavía no.

Pacífico soltó una risa corta, sin ganas. Luego se sacó la cartera del bolsillo de atrás y fue dejando los billetes encima del banco de trabajo, despacio, alisándolos con la palma. Era la factura del embrague, entera.

—Lo tuyo es tuyo —dijo.

El padre no contó los billetes. Le hizo el recibo con el lápiz corto de los presupuestos y se lo dio.

—Y eso de pedirlo por escrito —dijo Pacífico, ya con la mano en la puerta del furgón—, ¿me lo enseñas?

—Te lo enseño. Pero lo escribes tú.

El furgón salió del taller despacio, como había entrado. Por primera vez en años, sin deber nada en aquel taller.

Mandato

A mediodía de ese jueves, con el dinero del embrague todavía en el cajón del taller, fue a por Sofía. En su clase elegían delegado, y ella se había presentado. Lo supo el padre en cuanto la vio salir, con la mochila arrastrando y la cara larga.

—Ha ganado el de las gafas.

—¿Y tú?

—Me han votado la de la trenza y yo. —Le dio una patada a una piedra—. Él ha dicho que, si salía, pediría más recreo. Y claro, le han votado todos.

El padre le cogió la mochila.

—¿Y tú qué habías dicho?

—Que pediría que arreglaran la fuente del patio. Que no sale agua.

—Pues eso era verdad, y hacía falta.

—Ya. Pero no me han votado.

Él se agachó para quedarse a su altura, allí mismo, en la acera, y le dijo lo que le salió de dentro: que lo que ella valía no lo decidía ninguna votación. Lo dijo sin pensarlo, como se dicen las cosas que uno sabe desde antes de saber por qué.

Sofía se sorbió la nariz y echó a andar. Hacia el final de la avenida, ya más tranquila, se volvió hacia él.

—¿Y tú a quién votas, papá? Cuando votan los mayores.

—A una lista.

—¿Una lista de quién?

—De un partido. No votas a una persona: votas la lista entera, en el orden que ellos ponen.

—¿Y quién pone el orden?

Él abrió la boca y la volvió a cerrar. Llevaba votando toda la vida, y no lo sabía.

—¿Y si luego no hacen lo que dijeron? —siguió ella—. ¿Les puedes quitar?

—Esta noche lo miro.

* * *

Por la noche, Gea le preguntó desde el sofá cómo se lo había tomado la niña.

—Mejor que yo —dijo él.

Antes de lo de la lista, quiso saber si lo de la acera lo había dicho en verdad o solo por consolarla. No lo había comprobado nunca: era de las cosas que uno cree sin mirarlas. Así que lo apuntó donde tocaba, en «Lo que yo creo», y luego buscó si estaba solo.

No lo estaba. Encontró la idea de que el cuerpo es lo primero de cada uno, el sitio desde donde se vive, y que nadie decide por otro qué entra en él. Que la conciencia gobierna ese sitio, y que no se la inventa nadie: las tradiciones dicen que se recibe. Una de las cartas del Nuevo Testamento dice de los que no tienen ley que muestran «la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio juntamente sus conciencias». Y un filósofo alemán, el mismo de «¡atrévete a saber!», lo dejó dicho con una frase que el padre copió entera en la hoja: que «todo tiene o un precio o una dignidad». Lo que tiene precio se puede cambiar por otra cosa. Lo que no admite nada a cambio tiene dignidad. Y la dignidad, apuntó debajo, porque lo había leído también, no se gana en ninguna votación: «la dignidad no se concede, se reconoce».

Eso no era un dato, y lo sabía. Era lo que él creía, con compañía. Lo dejó en su columna.

Después abrió la Constitución por donde hablaba de los diputados. Lo de su hija tenía una respuesta corta: «Los miembros de las Cortes Generales no estarán ligados por mandato imperativo». Tuvo que buscar qué era un mandato imperativo, y era justo lo que él había dado siempre por hecho: que el que sale elegido tiene que hacer lo que le mandan los que le votaron. La Constitución decía lo contrario. Y durante el mandato nadie los puede apartar, salvo en unos pocos casos que fija el reglamento de la propia cámara.

Luego, lo de la lista. La ley de los partidos solo les pide que su organización y su funcionamiento sean «democráticos». Ni esa ley ni la de las elecciones dicen cómo elige cada partido a los que pone en la lista: eso lo deja a sus estatutos. Así que sí, él elegía. Elegía una lista, y la lista la hacían otros.

La defensa la buscó igual que buscaba la de todo, y la encontró enseguida, porque era buena. Si el elegido estuviera atado a lo que le mandan unos pocos, representaría solo a esos pocos; libre de ese mandato, puede representar a todos, también a los que no le votaron, y no le pueden apretar los de siempre. Y las cuentas se piden en cada elección: el que no cumple no vuelve a salir. Era verdad. Pero lo que no encajaba también estaba escrito, y no lo escondía nadie: entre una elección y otra, el votante no tiene ningún medio para pedirles cuentas. Al Gobierno lo puede hacer caer el Congreso con una moción de censura. Al diputado, el que le votó no lo puede apartar.

En el Evangelio estaba la medida, y la copió: «el que quisiere entre vosotros hacerse grande, será vuestro servidor».

Ya iba a cerrar la libreta cuando se acordó de algo que la radio del taller decía a cada rato: que el Gobierno aprobaba por decreto esto o aquello. La Constitución deja al Gobierno dictar normas con fuerza de ley, pero solo «En caso de extraordinaria y urgente necesidad». Es la excepción: las leyes las hacen las Cortes. Y el Constitucional había anulado al menos cinco veces decretos de esos porque no justificaban la urgencia.

Ahí se acordó del francés del poder que frena al poder, y fue a leerlo entero. Si el que hace las leyes y el que las ejecuta son el mismo, escribió, «no hay libertad». El decreto era eso: el Gobierno haciendo de legislador por un rato. Por eso tenía su freno. El Congreso tiene que votarlo en treinta días y lo puede tumbar, y el Constitucional anula lo que no se justifica. Lo que no le gustó fue cómo se vota: «de totalidad», sí o no a un texto que ya está en vigor, sin cambiarle una coma. Tramitarlo después como una ley, con sus cambios, se puede, pero la Constitución dice «podrán», no que deban.

La otra cara, también. Gobernar a veces no puede esperar, y hay urgencias de verdad: una pandemia lo es. Y el Congreso también tumba: derogó al menos siete entre enero de 2024 y septiembre de 2026. Lo que se discute no es que exista, sino cuántas veces se usa. Un estudio privado, hecho con los datos del boletín oficial, lo contaba: de cada diez normas con rango de ley aprobadas entre 2013 y 2024, unas cuatro fueron decretos. Lo apuntó con su cautela, porque el estudio era de una organización de empresarios y no del Estado. En los Proverbios encontró una línea que parecía escrita para eso: «todo presuroso, indefectiblemente á pobreza».

Y antes de apagar volvió al inglés de 1690, al de la propiedad del martes, porque había visto una frase que no se le iba de la cabeza: que «la tiranía es el ejercicio del poder más allá del derecho, al que nadie puede tener derecho», y que es un error pensar que eso solo les pasa a los reyes, porque «otras formas de gobierno están expuestas a ella igual que esa». La tiranía se mide por lo que se hace, no por cómo se llegó. Llegar por los votos no vacunaba a nadie.

Y en «Comprobado» quedó así: «El diputado no está atado a lo que le pide el que le vota: lo dice la Constitución. Se vota una lista cerrada, y cada partido la hace a su manera. El decreto es para lo urgente, y a veces se ha usado sin urgencia: lo ha dicho el Constitucional. Tiene su razón: así representan a todos, y las cuentas se piden en cada elección».

Y en «Lo que yo creo», debajo de lo de la acera: «Que el que manda tendría que ser un servidor. Y que entre elección y elección, el que vota se queda sin voz». Y una línea más, con el lápiz casi sin punta, pensando en su hermano y en los vigilantes: «Que cuando el que tiene que ser frenado elige al que le frena, el freno sigue escrito, pero ya no frena».

El lunes, Sofía llegó del colegio con noticias.

—El de las gafas dice que no puede pedir más recreo. Que ahora es delegado de toda la clase, también de los que no le votaron, y que a muchos no les gusta el recreo largo porque se aburren. Y que la señorita dice que tiene razón.

El padre se rio por dentro. Un niño de su edad acababa de explicar en un momento lo que a él le había costado una noche.

—Pues tiene su parte de razón. Es lo mismo que dice la Constitución de los diputados: que representan a todos, no solo a los que los votaron.

—¡Pero lo prometió! Le votaron por eso.

—Eso también es verdad.

—¿Y no le pueden quitar?

—Hasta la próxima elección, no.

Sofía se cruzó de brazos.

—Entonces, ¿para qué le votamos?

—Para elegir. Lo que no tenéis es manera de pedirle cuentas hasta la próxima vez. Esa es la parte que yo no veo clara.

—¿Y tú, con tu lista?

—Lo mismo, pero en grande.

Sofía se quedó pensando. Luego se descruzó de brazos, porque se le había ocurrido otra cosa.

—Papá, en el cole hay una puerta de emergencia. Solo se puede abrir si hay un fuego. ¿Eso es como lo del decreto que dice la radio?

Él dejó de secar el vaso que tenía en la mano. No le había contado nada del decreto. La niña había oído la radio del coche, camino del colegio, tanto como él.

—Igualito. Está para cuando hay fuego. Si se usa para salir antes al recreo, ya no es una puerta de emergencia.

—¿Y la usan para salir antes?

—Alguna vez, sí. Lo ha dicho el tribunal.

Sofía asintió despacio, como cuando una cuenta le cuadraba.

—Pues antes de que hubiera Estados, ¿quién mandaba? ¿También votaban a listas?

Era la pregunta de la portera, que había vuelto sola. El padre dejó el vaso en el escurridor. Esta vez no la iba a apuntar debajo de todo.

—Tampoco lo sé todavía. Déjame mirarlo.

Encargarse

A la cena, Sofía le anunció a su madre que su cuarto era un Estado.

—Muy bien —dijo Gea—. Pues en tu Estado hay una cama sin hacer. ¿Quién se encarga?

Sofía lo pensó con la cuchara en el aire.

—El Estado.

—Pues que se ponga.

Sofía se levantó, muy digna, y fue a hacerse la cama. El padre miró a Gea, y ella se encogió de hombros, como si no hubiera dicho nada. Mandar, pensó él, debería ser eso: encargarse.

Desde el pasillo llegaba el ruido de las sábanas, sacudidas con más fuerza de la que hacía falta. Gea siguió comiendo.

—Lleva toda la semana con lo del cuarto —dijo, bajito—. Desde lo de la portería.

—Eso lo sacó de los de sexto, no de mí.

—Ya. Pero lo de ser un Estado lo ha aprendido en esta casa.

Él no contestó. Recogieron la mesa, y mientras Gea fregaba y él secaba, le contó lo del mediodía: que la niña le había preguntado quién mandaba antes de que hubiera Estados, y que esta vez no lo iba a dejar para más adelante.

—¿Y lo sabes?

—Ni idea.

—Pues ya tienes deberes. —Le pasó un plato chorreando—. Y si lo encuentras, que sea antes de que lo pregunte en el colegio.

* * *

Esa noche no empezó por la pantalla. En el taller, antes de medir una holgura, se comprueba la galga: si la galga está mal, todas las medidas salen mal y uno no se entera. Con las leyes le pasaba igual. Llevaba semanas midiendo al Estado con su propia Constitución, y nunca se había preguntado de dónde salía esa vara ni qué había por encima de ella. Buscaba a alguien que se hubiera preguntado, antes de que existiera ningún Estado como el de ahora, qué ley va primero.

Sofía IA le habló enseguida de un fraile de hace siglos que había escrito un libro enorme sobre todo lo que se puede preguntar de Dios y del hombre, con un tratado entero sobre las leyes.

Sofía IA: Dice que «se llama positivo a lo que procede de la voluntad humana». Es decir, que la ley es lo que quieren los hombres.

Le pareció demasiado fácil. Fue a buscar la frase en el libro, en la lengua en que se escribió, con el diccionario y con paciencia, y tardó más de una hora en dar con el sitio. Allí aprendió algo de cómo estaba hecho aquel libro. Cada artículo empieza con las razones de los que piensan lo contrario, una detrás de otra, y solo después viene la respuesta del autor. La frase estaba. Pero estaba entre las razones de los otros, no en la respuesta.

Le escribió: «Esa frase no es lo que él responde. Es lo que él discute».

Sofía IA: Tienes razón. La tomé de una objeción, no de su respuesta. No es lo mismo.

No, no era lo mismo. En las órdenes de trabajo del taller había dos casillas, una debajo de otra: «Lo que dice el cliente» y «Lo que encuentra el taller». El cliente decía que era el embrague, y a veces era el bombín. Copiar la primera casilla como si fuera la segunda era la manera más rápida de cambiar una pieza que no estaba rota.

Siguió leyendo la respuesta, la de verdad. Y allí estaba el orden, de arriba abajo. Por encima de todo, la ley de Dios: la ley eterna, el gobierno de Dios sobre todo lo creado. Después, la ley natural, que el fraile definía en una línea: «esa participación de la ley eterna en la criatura racional se llama ley natural». Es decir, la parte de la ley de Dios que la razón alcanza por sí misma, sin que nadie se la enseñe. Después, la costumbre. Y al final, la ley que escriben los hombres, la que el fraile llamaba ley «puesta por los hombres».

Puesta: eso era lo que quería decir «positivo». No quería decir buena. Quería decir puesta.

Y una frase que le hizo coger el lápiz: si la ley de los hombres «en algo discrepa de la ley natural, ya no será ley, sino corrupción de la ley».

El fraile no lo decía solo. Citaba a un profeta, y el padre lo buscó en la pantalla para leerlo entero: «¡Ay de los que establecen leyes injustas, y determinando prescriben tiranía, Por apartar del juicio á los pobres, y por quitar el derecho á los afligidos de mi pueblo; por despojar las viudas, y robar los huérfanos!».

Lo copió en la hoja, debajo de lo del fraile, y se quedó un rato mirándolo. Lo que más le llamó la atención no fue la condena. Fue la regla que había debajo, porque valía para cualquier ley, también para las buenas. Una ley escrita vale, decía el fraile, en la medida en que sale de la de

arriba: «toda ley puesta por los hombres tiene tanto de razón de ley cuanto deriva de la ley natural». Y deja de valer cuando la dicta quien manda para su provecho: leyes «que no se refieren a la utilidad común, sino más bien a su propia codicia o gloria».

Una ley escrita se juzgaba por a quién servía. Como una herramienta.

Luego buscó el orden de hoy. Lo dice el Código Civil en su primer artículo, al principio del todo: «Las fuentes del ordenamiento jurídico español son la ley, la costumbre y los principios generales del derecho». La costumbre va debajo de la ley, y con condiciones: «sólo regirá en defecto de ley aplicable, siempre que no sea contraria a la moral o al orden público, y que resulte probada». Y los principios generales, que según lo que acababa de leer eran la puerta por la que entraba lo natural, van los últimos: «se aplicarán en defecto de ley o costumbre». La ley escrita, arriba. Lo natural, al final. Y de Dios, nada.

Era el mismo orden, pero dado la vuelta.

Cogió una hoja nueva y lo dibujó como dibujaba el almacén del taller cuando lo reordenaba: una estantería de cuatro baldas, de arriba abajo, con lo que el fraile ponía en cada una. Al lado, otra estantería, la del Código Civil, con las mismas piezas colocadas del revés. Debajo, una nota más pequeña, porque la había encontrado buscando otra cosa: en Navarra todavía guardan el orden antiguo, y su ley dice que la costumbre de allí, «aunque sea contra ley, prevalece sobre el Derecho escrito». Dentro del mismo país, dos almacenes ordenados al revés uno del otro.

Pensó, mirando las dos estanterías, que la ley escrita no era mala por ser obra de los hombres. Él mismo vivía de cosas escritas por hombres: manuales, fichas, órdenes de trabajo. La ley se torcía cuando se ponía por encima de aquello a lo que tenía que servir.

* * *

Pasada la una le quedaba una pregunta, la de siempre en el taller cuando alguien le decía que una pieza iba primero: por qué esa y no otra. Por qué la ley de Dios arriba del todo.

El fraile la ponía la primera porque gobierna todo lo creado. Y la Escritura lo decía de una manera que no dejaba sitio a dudas. En el libro de los Hechos, cuando a los apóstoles les prohíben predicar, contestan: «Es menester obedecer á Dios antes que á los hombres».

Decidió cómo la iba a llamar. Sofía IA le daba varios nombres, todos de libro, y él se quedó con el más llano: la ley de Dios. Y daba igual el nombre que cada pueblo le diera a Dios.

Pero si ponía la ley de Dios la primera, tenía que saber reconocerla. Se acordó del emperador de Roma que firmaba sus cartas como «Nuestro señor y dios». Si cualquiera podía llamarse dios, poner a Dios el primero no arreglaba nada: el primer sitio se lo podía quedar cualquiera.

Buscó si eso lo avisaba alguien, y lo avisaba la propia Escritura. Hablaba de un poder al que llamaba «el dios de este siglo», que «cegó los entendimientos». Pedía no fiarse a la primera: «no creáis á todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios». Y daba la vara para probarlos, en una línea: «el que no ama, no conoce á Dios; porque Dios es amor». Lo que pide daño o sacrificio del prójimo, pensó, no viene de ahí.

Y había una señal que se repetía, la que más le gustó, porque se podía comprobar como se comprueba una pieza: al verdadero no le gusta que lo adoren. A dos misioneros los tomaron por dioses en una ciudad, y ellos gritaron: «Nosotros también somos hombres semejantes á vosotros». En el último libro de la Biblia, al que se postra ante un ángel el ángel lo para: «Mira que no lo hagas: porque yo soy siervo contigo [...] Adora á Dios». En cambio, a un rey que se dejó aclamar como «Voz de Dios, y no de hombre» le cayó encima el castigo «por cuanto no dió la gloria á Dios». Y en el budismo, que no tenía nada que ver con aquello, encontró la misma trampa contada de otra manera: el primer ser que aparece en un mundo nuevo cree que lo ha hecho él, y piensa «soy Brahmā [...], el Señor, el Hacedor, el Creador»; los que llegan después se lo creen, porque llegó primero.

Lo que no encontró en ninguna parte, y lo apuntó para no olvidarlo, fue que aquello sirviera para decir que el Dios de otros era falso. La señal valía para cualquiera, también para los suyos: se miraba lo que se pedía, no el nombre.

En «Comprobado» escribió: «El orden antiguo: la ley de Dios, la ley natural, la costumbre y la ley escrita. El de hoy: la ley escrita primero. Está al revés».

Y en «Lo que yo creo»: «Que hay una ley por encima de todas. Esto no lo puedo comprobar como una carta. Lo creo».

Debajo: «No todo lo que se ha llamado dios es el Creador. El verdadero sirve y no pide que lo adoren. El que lo suplanta, lo exige».

Y una línea más, que dudó en escribir: que el orden de hoy había puesto la ley de los hombres en el sitio de la de Dios. Una de las cartas del Nuevo Testamento habla de uno que se sienta «en el templo de Dios como Dios, haciéndose parecer Dios». Lo copió al lado y escribió debajo: «Es una comparación. No es un dato».

Gea apareció en la puerta de la cocina con el vaso de agua de todas las noches, medio dormida. Se puso detrás de él y leyó por encima de su hombro.

—¿Ahora Dios?

—Ahora el orden.

—Pues ten cuidado —dijo, y se sentó en el brazo de la silla—. Que en este país hay quien cree, quien no y quien cree en otra cosa. Por eso el Estado no es de ninguna religión. Lo dice la Constitución: «Ninguna confesión tendrá carácter estatal». Si mides las leyes con la Biblia, las mides con la de unos, no con la de todos.

Era una buena razón, y él lo sabía. Buscó el artículo y se lo leyó entero, porque la frase seguía:

—«Los poderes públicos tendrán en cuenta las creencias religiosas de la sociedad española».

—Tener en cuenta no es mandar.

—No. Y yo no le pido que mande. —Le enseñó las estanterías—. No digo que una religión tenga razón y las otras no. Lo que he encontrado esta noche sale también en un libro que no tiene nada que ver con la Biblia. Y que el Estado no puede adoptar una fe, eso lo tienes ganado.

Gea miró las dos estanterías un rato.

—¿Y tú crees?

—Eso va en la otra columna.

—Ya. —Se levantó, con el vaso—. ¿Y yo en cuál me pongo?

—En la que quieras. Para eso hay tres.

Ella le revolvió el pelo y se fue a la cama. Él se quedó mirando la estantería del revés. La niña le había preguntado quién mandaba antes de los Estados, y la respuesta empezaba más atrás de lo que había pensado: antes de quién mandaba, qué mandaba. Lo siguiente era la balda de debajo de la de Dios, lo que la razón sabe sola.

Sin que nadie lo enseñe

El martes, a media mañana, entró en el taller un coche que no conocía. Lo conducía una mujer joven con cara de haber dormido poco, y detrás, atado en su sillita, iba un niño pequeño con los mofletes colorados. Tenía unas décimas, le explicó ella, y en la guardería no se lo habían querido quedar. El coche pitaba al frenar desde la semana pasada.

El padre sacó una orden de trabajo y escribió en la primera casilla, la de «Lo que dice el cliente»: «Pita al frenar».

—Si quiere esperar, se lo miro ahora. Hay café, si la máquina quiere.

Ella se sentó en la silla de plástico con el niño en las rodillas. Él subió el coche a la elevadora, quitó las ruedas de delante y no tuvo que buscar mucho: las pastillas estaban gastadas hasta el hierro, y el hierro había empezado a comerse el disco. En la casilla de abajo, la de «Lo que encuentra el taller», escribió: «Pastillas y discos de delante».

—Así no debería llevar al niño —le dijo—. Si me espera, se lo dejo hecho antes de comer.

Ella miró la hora en el móvil, suspiró y dijo que sí.

Cuando terminó, montó las ruedas y apretó el botón para bajar el coche. La elevadora empezó a descender con su zumbido de siempre. La mujer estaba de pie junto a la máquina del café, hablando por teléfono con alguien del trabajo, y el niño, que llevaba un buen rato jugando con un tapacubos en el suelo, se levantó de golpe y echó a correr hacia el coche, con los brazos por delante, a por la rueda brillante.

El padre soltó el botón y cogió al niño en el mismo movimiento. El coche se quedó parado un palmo por encima de donde había estado la cabeza.

El niño se echó a reír, como si fuera un juego. La madre había dejado caer el teléfono. Estaba blanca.

—Gracias —dijo, y lo cogió en brazos—. Gracias. Gracias.

—Ni lo he pensado.

Era verdad. No había decidido nada. Cuando se dio cuenta, ya tenía al niño agarrado por debajo de los brazos.

Le hizo la factura sin levantar mucho la vista del papel.

—¿A nombre de quién?

—Piedad.

Lo escribió arriba de la orden de trabajo, encima de las dos casillas, y vio que la letra le salía torcida. Ella pagó y se despidió dándole la mano con las dos suyas. Desde la sillita, el niño le dijo adiós con la mano, como si no hubiera pasado nada. Para él no había pasado nada.

Cuando se fueron, el padre se sentó un momento en la silla de plástico. Después entró el siguiente coche.

A mediodía, a la puerta del colegio, abrazó a Sofía más rato del que ella quería.

—Papá, que me ven.

* * *

Por la noche no se le iba de la cabeza la frase de la mañana: «Ni lo he pensado». Nadie le había enseñado a coger a un niño en el aire. Y miró la estantería que había dibujado la noche antes: debajo de la ley de Dios, la balda de lo que la razón sabe sola, sin que nadie se lo enseñe. ¿Era aquello? ¿O era un reflejo, como cerrar los ojos cuando salta una esquirola de la radial?

Escribió «ley natural», sin más.

Sofía IA: Depende de cuál. La palabra se usa de dos maneras. Una describe lo que ocurre: la gravedad, el ciclo del agua. Esa no se puede desobedecer. La otra dice lo que debería ocurrir: no matar, devolver lo que te han confiado. Esa sí se puede desobedecer, y por eso hace falta saber distinguir el bien del mal.

Apuntó las dos maneras, cada una en su renglón, y las separó con una raya. Que un coche viejo se oxide es natural, de la primera manera. Que uno lo pinte por encima sin quitarle el óxido pasa mucho, y no por eso está bien. Que algo ocurra no lo hace bueno. A él le interesaba la segunda.

Y le interesaba saber si era de verdad de todos o una idea de aquí, disfrazada de que valía para cualquiera. Decidió probarla como se prueba un coche que sale del taller: no en una calle, en varias. La buscó en quince tradiciones, y el resultado lo apuntó como apuntaba el de una prueba de frenos, sin arreglarlo: «deliberadamente mixto». Unas lo confirmaban, otras lo contradecían y otras no daban nada. Lo de «deliberadamente» lo puso a propósito. Una prueba que solo puede salir bien no es una prueba.

De las que confirmaban, le bastaban tres, y las tres eran de muy lejos. La primera venía de Grecia, de hace muchos siglos, y la apuntó entera porque cabía en un renglón: «todas las leyes humanas se nutren de una sola, la divina». La segunda, de otro griego algo posterior, partía lo justo entre lo que pone la ley y lo que pone la naturaleza, y decía cuál es cuál: «natural es lo que en todas partes tiene la misma fuerza, y no porque a alguien le parezca bien o no». Y la

tercera no era una regla, sino una escena, de un maestro chino del siglo cuarto antes de Cristo: «cualquiera que de pronto ve a un niño a punto de caer a un pozo siente sobresalto y compasión».

Lo leyó dos veces. Un pozo, en vez de una elevadora.

El maestro chino añadía que eso se siente sin buscar nada a cambio, ni por ganarse a los padres del niño ni por la fama. El padre no sabía de quién era aquel niño cuando lo cogió, y en el taller no había nadie más para verlo.

Aquellas letras chinas no las sabía leer. Le pidió a Sofía IA que se las pusiera una a una, cada una con lo que quería decir, y no se quedó tranquilo hasta encontrar el niño y el pozo en su sitio. El mismo maestro hablaba de cuatro brotes que todo el mundo trae: la compasión, la vergüenza ante el mal, la cortesía y el sentido de lo justo. Todos los tienen, decía, «como tienen cuatro miembros».

Entre Grecia y China, en aquel siglo, no había contacto documentado. Que se sepa, no se conocían. Y decían lo mismo. Si se quitaba una de las tres, las otras dos seguían sosteniéndolo. Dibujó en la libreta una mesa de tres patas.

Luego buscó a los que decían lo contrario, porque un presupuesto en el que todo cuadra a la primera es el que hay que repasar. Los encontró, y en los dos sitios. En Grecia, uno que decía: «digo que lo justo no es otra cosa que lo que le conviene al más fuerte». En China, en tiempos del mismo maestro, otro que se quedaba con el «para mí», y del que se contaba que «no se arrancaría un pelo aunque con ello beneficiara al mundo entero». Los dibujó al lado de la mesa, como una pata más corta tirada en el suelo: la pata coja. Le gustó encontrarla. Si nadie hubiera dicho nunca lo contrario, la mesa habría sido sospechosa.

Siguió buscando, y lo mismo salía en sitios que no se parecían en nada. La muchacha de una tragedia griega le contestaba al rey que sus órdenes no tenían fuerza para pasar por encima de «las leyes no escritas e inquebrantables de los dioses», que «no son de hoy ni de ayer, sino que viven siempre». No escritas: más arriba que cualquier papel. El Corán hablaba de «la naturaleza primigenia que Alá ha puesto en los hombres». Y un texto del budismo lo decía midiendo con uno mismo: «Todos tiemblan ante el castigo, todos temen la muerte; tomándose a uno mismo como medida, que nadie mate ni haga matar».

Los que no encajaban los apuntó con la misma letra. En el Egipto antiguo, el orden moral solo lo conocía el rey; en una comunidad cerrada junto al mar Muerto, la ley era doctrina reservada a los suyos. No decían que no hubiera ley. Decían que era de unos pocos. Esos los sacó de libros que los citaban, no de los textos de entonces, y lo puso así.

Después volvió al fraile de la noche anterior, porque tenía una frase sobre algo que le rondaba desde el jueves: «el bien común de la ciudad y el bien de una persona no se diferencian solo en lo mucho o lo poco, sino en su forma». Pensó en la votación del delegado. La fuente del patio que no echaba agua era de todos, también de los que habían votado el recreo largo, y Sofía había perdido con ella. Lo que conviene a más gente no es, sin más, el bien común.

Lo último lo encontró ya tarde, y era lo más duro. Después de la Segunda Guerra Mundial, unos tribunales en Núremberg juzgaron a quienes habían obedecido las leyes de su propio Estado. En 1950, las Naciones Unidas dejaron por escrito lo que aquellos juicios habían sentado: que la ley de un país no castigue un crimen no libra de responder a quien lo cometió; y que haber actuado por orden de su Gobierno o de un superior tampoco libra, siempre que de hecho pudiera elegir. Aquello solo lo encontró en inglés, y lo apuntó con sus palabras.

Y, al final, la propia Constitución, en uno de sus primeros artículos, reconocía algo anterior a ella: «La dignidad de la persona, los derechos inviolables que le son inherentes» son «fundamento del orden político y de la paz social». Inherentes. No los crea el Estado: los encuentra. Y la Declaración Universal de Derechos Humanos, en su primer artículo, lo decía a su manera: «Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros». Los mismos Estados llamaban a esos derechos «inherentes» e «inalienables». No los daban. Los reconocían.

En la columna de «Comprobado» apuntó: «Tres tradiciones que, que se sepa, no se conocían dicen lo mismo: que el bien y el mal se distinguen con la razón. Y en Grecia y en China hubo quien dijo lo contrario».

En «Lo que yo creo»: «Esta mañana no lo he pensado. Nadie me lo ha enseñado».

Y debajo, con la misma letra, lo que valía en contra: «Que todos lo sientan no quiere decir que todos lo hagan. Y hubo pueblos donde esta ley era solo de unos pocos».

En «Aún no lo sé» puso una línea sola: «Quién decide lo que es natural».

* * *

De madrugada, Gea vino a por agua con los ojos medio cerrados, y se quedó en la puerta de la cocina con el vaso en la mano. Leyó por encima de su hombro.

—¿Ley natural? ¿Como la gravedad?

—La otra.

Se sentó en el brazo de la silla y leyó la línea de «Aún no lo sé». Le dio un trago al agua.

—Pues esa es la buena —dijo—. Porque lo natural cada uno lo entiende a su manera. Y si mides las leyes con lo que a ti te parece natural, le impones tu moral al que no piensa como tú. Ya te lo dije anoche: aquí hay de todo. Para eso se vota. Las leyes las decide la mayoría, dentro de la Constitución. Si cada uno pudiera decir que una ley es injusta y no cumplirla, no habría quien aguantara esto.

—No mido con lo que a mí me parezca. Solo con lo poco en lo que coinciden todos, también los que no se conocían. Y no me salto ninguna ley por eso.

—Ya. ¿Y qué es eso tan poco?

Él le contó lo de la mañana. La elevadora bajando, el niño corriendo hacia la rueda, el botón. Gea se llevó la mano a la boca.

—¿Y el niño?

—Ni se enteró. —Le enseñó la frase del pozo—. Eso no lo aprendí en ningún sitio. Y un maestro chino lo escribió hace muchísimos siglos, con un pozo en vez de una elevadora. Eso no es la doctrina de nadie.

Gea leyó la frase dos veces, como él.

—Lo del pozo te lo compro. Pero un juez no puede juzgar con un maestro chino.

—No. En un juicio manda la ley escrita, y eso no lo discuto. —Pasó la hoja—. Pero mira: ni la Constitución se mide sola. Dice que los derechos se leen «de conformidad con la Declaración Universal de Derechos Humanos». Algo de fuera, y de antes.

—Eso lo firmaron los Estados.

—Sí. Y hasta uno de los que más defendieron el siglo pasado que una ley vale por cómo se hace, sin mirar si es buena, admitía un «contenido mínimo del derecho natural». Eso lo he leído citado en una revista. El libro no lo he tenido delante.

—Pues apúntalo así.

—Ya está apuntado.

Gea se levantó con el vaso.

—A medias —dijo—. Lo del pozo, sí. Lo de medir las leyes, ya veremos. Que hagan las leyes los que vota la gente, eso no me lo quites.

—Eso no te lo quito. Lo que no sé es si, por aprobarse, ya son justas.

—Eso, otro día. —Se paró en la puerta—. ¿Y la madre?

—Blanca como la pared. Me ha dado la mano con las dos.

Cuando se fue, él se quedó mirando la estantería. Llevaba dos baldas. La siguiente era lo que se hace porque siempre se ha hecho. En el taller tenía unas cuantas de esas, y no todas buenas.

Los jueves

El miércoles por la noche le tocaba la balda de la costumbre, y empezó por lo que tenía más a mano, que era el taller.

El taller tenía costumbres de antes de que fuera suyo. La de devolverle al cliente la pieza vieja en una bolsa, para que viera que se la habían cambiado, la había heredado del dueño anterior, y no estaba escrita en ningún sitio. La de no tocar un coche sin que el cliente hubiera dicho que sí, tampoco. Y había otra que había oído ofrecer toda la vida, la de cobrar sin factura, «que así sale más barato». Esa no la había hecho nunca, pero si le hubieran preguntado por qué, solo habría sabido decir que no le gustaba.

Un obispo de Sevilla, de hace muchos siglos, lo había dejado dicho en una línea: «la costumbre es lo aprobado por la antigüedad, o ley no escrita». Y también cuándo manda: «se toma por ley cuando falta la ley». Como la bolsa con la pieza vieja. Ninguna ley le decía que la diera, y la daba.

Luego encontró a los que le habían dado un sitio alto. Un jurista romano escribía que la costumbre arraigada se guarda «con razón» como ley, y que las leyes pueden quedar abolidas «por el consentimiento tácito de todos, mediante el desuso». Una ley que todos dejaban de cumplir, sin decir nada, dejaba de serlo. Un maestro chino distinguía dos maneras de llevar a un pueblo: con leyes y castigos, la gente evita el castigo, «pero no tiene vergüenza»; con la virtud y los ritos, «se hace bueno». Pensó en los que solo levantan el pie delante del radar. El fraile, el de siempre, decía que la costumbre «tiene fuerza de ley, abole la ley y es intérprete de la ley». Un jurista alemán, en 1814, escribió que todo derecho nace «primero por la costumbre y la creencia del pueblo [...], no por el arbitrio de un legislador». Y las leyes antiguas de la India ponían el orden así: primero sus libros sagrados, después la tradición y después la costumbre de los virtuosos.

Le estaba gustando demasiado, y eso, en el taller, era señal de que había que mirar los bajos.

Los bajos estaban. No toda costumbre vale. La costumbre manda cuando coincide entre pueblos que, que se sepa, no se conocían y pasa la vara, la misma de siempre: los hechos y lo que hacen. Que muchos la hagan no la hace buena: la esclavitud estuvo muy extendida y no la pasa. Ya un romano avisaba de que muchos piensan cosas torcidas sobre los dioses, y que eso es «por mala costumbre». Y el propio Código Civil, el que pone la costumbre debajo, le pone también una condición: solo rige «siempre que no sea contraria a la moral o al orden público».

Encontró dos ejemplos y los leyó con cuidado. Uno era viejo: un autor romano contaba de un pueblo del norte, hace unos dos mil años, que el robo fuera de las tierras de cada tribu no tenía deshonra, y que decían hacerlo para ejercitar a los jóvenes y quitarles la pereza. En la misma página contaba que aquellos mismos hombres tenían por impío dañar al huésped. Era una costumbre aceptada por los que la hacían, y no pasaba la vara: dañaba a otro, que no había dicho que sí, y nadie la quería para sí.

El otro era de hoy: la mutilación genital femenina. La Organización Mundial de la Salud calcula que la han sufrido «más de 230 millones de niñas y mujeres vivas hoy», casi siempre siendo niñas, y la llama «una violación de los derechos humanos de las niñas y las mujeres». Lo leyó una vez y no quiso leerlo dos. Al otro lado del pasillo dormía Sofía. Apuntó lo que hacía falta: que era una práctica muy extendida, que dañaba a quien la sufría, casi siempre una niña, sin su consentimiento, y que no pasaba la vara. Debajo, una línea: «Se habla de la práctica. No de un pueblo».

Y entonces supo decir por qué no cobraba sin factura. Lo que uno se ahorra así no desaparece: lo pone otro, que no está delante y que no ha dicho que sí. Era la misma vara, en pequeño.

Lo que más le sorprendió esa noche fue que la costumbre no era cosa de museo. En Valencia hay un tribunal de regantes que se reúne «todos los jueves» ante «la puerta de los Apóstoles» de la catedral, para los pleitos del riego. Se juzga de palabra y en valenciano; la sentencia se pone por escrito después, «muy sucintamente», y «los fallos son inapelables». La ley le reconoce «el carácter de Tribunal consuetudinario y tradicional», y la Constitución deja entrar a la gente en la justicia «en los Tribunales consuetudinarios y tradicionales». Todos los jueves. Miró el calendario de la nevera desde la mesa: mañana era jueves.

Siguió tirando del hilo. En 1889, cuando se quiso un solo Código Civil para todo el país, no se pudo: los territorios con derecho propio lo conservaron «por ahora en toda su integridad», y la ley que lo preparó los nombraba uno a uno, «Aragón, Baleares, Cataluña, Galicia, Navarra y Provincias Vascas». Aquel «por ahora» todavía duraba: la Constitución «ampara y respeta los derechos históricos de los territorios forales». Lo de las vacas le hizo gracia antes de entenderlo. Los pastores de dos valles, uno a cada lado de la montaña, se habían estado matando, hasta que en 1375, en un pueblo del Pirineo, una sentencia los paró. Las muertes se daban por saldadas, como quien cuadra una cuenta: que «quedasen las unas por las otras». Y para que no se olvidara, un tributo de tres vacas, «perpetuamente [...] el día trece de julio de cada un año». Todavía hoy se entrega. Lo que leyó no fue el original, que ardió en un incendio, sino una copia que alguien publicó en 1946, y lo apuntó así. Valencia otra vez, pero mirando al mar: en 1283, un privilegio del rey mandó que los pleitos de la gente del mar y de los mercaderes se resolvieran «según la costumbre del mar», y aquel libro de costumbres llegó a valer «en todos los países marítimos». Un tratado medieval de comercio empezaba con una frase que habría firmado Tomás, el de la fruta: «la ley mercantil procede del mercado».

En «Comprobado» escribió: «El Estado no creó estos tribunales ni estos pactos. Solo pudo reconocer que existían desde antes».

Y en «Lo que yo creo», una que llevaba días rondándole: que el dinero de hoy también era una costumbre, y de las que no pasan. Desde aquel agosto de 1971, cuando se anunció como «temporal» lo de dejar de cambiar el dólar por oro, el dinero vale por lo que la ley declara, su «curso legal», y porque la gente se fía. Nadie lo votó. Se aceptó por el uso. Con precios de agosto de 2026, un dólar compra algo más del 12 % de lo que compraba en 1971. En el taller, una báscula que pesa de menos se lleva a revisar, y una pesa que encoge sola no es una pesa justa. Debajo: «Esto es lo que yo creo. Si se hizo a propósito, no lo sé».

* * *

El jueves por la tarde volvió del taller antes de tiempo, con las manos todavía grises, y se encontró a Amparo en la cocina con Gea, con el café a medias. No venía por ningún papel: había venido a merendar y a que Gea le contara. Sofía hacía los deberes en su cuarto con la puerta entornada.

—Me ha dicho tu mujer que ahora vas por las leyes de antes de las leyes —dijo Amparo.

—Por la balda de la costumbre.

—¿La qué?

Gea ya tenía la libreta en la mano, abierta por la hoja de las dos estanterías. Amparo sacó las gafas del bolso y fue pasando el dedo por las baldas, de arriba abajo, y luego por las del revés.

—Ya sabes cómo va esto: hablo yo por los que lo defienden, y en serio —dijo—. En un país donde cada uno cree en una cosa distinta, la ley tiene que ser de todos y salir de votar. Lo de arriba de tu estantería no lo vota nadie. La ley escrita da seguridad, y no es una manera de hablar: la Constitución garantiza «la jerarquía normativa» y «la seguridad jurídica». Si el desuso derogara las leyes, ¿quién sabría lo que está en vigor? Yo, en la ventanilla, no podría decirle a nadie qué tiene que presentar. Y hay costumbres injustas que la ley escrita vino a corregir.

—Esas las leí anoche —dijo él.

—Pues ya está. Y lo natural no se queda fuera. Entra por los principios generales, que están al final, vale, pero «sin perjuicio de su carácter informador del ordenamiento jurídico». Informan todo. Y la Constitución pone entre sus valores «la justicia». Tus tribunales del jueves tienen su sitio porque una ley se lo da. —Dejó la libreta en la mesa—. Y un país de

millones de personas necesita leyes escritas, iguales para todos y conocidas de antes. Antes de los códigos, cada uno tenía su fuero y su privilegio. La codificación trajo la igualdad ante la ley.

Él apuntó lo último en una esquina de la hoja. Eso era verdad, y lo dijo.

—En eso tienes razón. Un país grande necesita ley escrita, y no digo que se quite. Digo el orden. —Pasó el dedo por las mismas baldas que ella—. La Constitución dice que los derechos de la persona le son «inherentes». De antes. Y el Código pone la puerta por donde entran en el último sitio.

—El último sitio no es fuera.

—No. Por eso lo que mido es el orden, no si está. —Buscó otra línea—. Las costumbres malas, ya las paras con lo que el propio Código exige: que no sea «contraria a la moral o al orden público» y que «resulte probada». Para eso no hace falta ponerla debajo de todo. Y tus tribunales del jueves estaban antes que la ley que los nombra. Reconocer no es crear.

Amparo se quitó las gafas y las sostuvo por una patilla.

—Eso es verdad.

—Y no es cosa de antes. En Navarra todavía manda la costumbre sobre la ley escrita. Fuera, el derecho de palabra de unas comunidades somalíes sigue en uso, y la UNESCO lo inscribió en 2024 en su lista de patrimonio inmaterial. Y en 2022 el Tribunal Supremo de Nueva Zelanda declaró que el orden de costumbre de los maoríes ha sido y seguirá siendo reconocido en su derecho.

—¿Y quién lo reconoce? —preguntó Amparo, y volvió a ponerse las gafas—. Un tribunal del Estado. Ahí lo tienes: la costumbre tiene su sitio porque el Estado se lo da.

Él se quedó callado un momento.

—Ahí ganas tú.

—¿Lo apuntas?

—Ya está.

Gea se rio por la nariz y sirvió más café. Él miró la estantería del revés, y le salió otra pregunta, una del oficio de ella.

—Cuando a tu oficina llega un expediente de alguien de tu familia, ¿qué haces?

—Me aparto. Si me llega la multa de mi cuñado, me aparto. Lo dice la ley: por «tener interés personal en el asunto». Y a los jueces igual, por «tener interés directo o indirecto en el pleito o causa».

—¿Y al que escribe las leyes, quién lo aparta?

Amparo dejó la taza en el plato sin hacer ruido.

—Eso ya no es mío. Pero apúntalo con su número.

Él apuntó la ley y el artículo que ella le dictó, con su número, debajo de las dos estanterías. Y en la hoja de «Comprobado», a un lado, una lista nueva, «Lo que gana Amparo»: que un país grande necesita ley escrita; que la codificación trajo la igualdad ante la ley; que la costumbre de hoy tiene su sitio porque el Estado se lo da.

Cuando Amparo se fue, Sofía salió del cuarto con el cuaderno.

—¿Ya se ha ido la de los pasteles?

—Hoy no ha traído.

—Pues vaya.

Esa noche, después de cenar, volvió a la estantería del revés. Ya sabía qué había en cada balda. Le faltaba saber quién le había dado la vuelta.

Primero el título

Lo de quién le había dado la vuelta a la estantería lo buscó como buscaba quién había tocado un coche antes de que llegara a su taller: por las marcas. Cada vez que alguien había puesto la ley escrita por encima de la costumbre, había dejado su firma.

Las marcas estaban. Para empezar, un emperador de Roma que en el año 319 decretó que la costumbre no vale tanto «como para vencer a la razón o a la ley». Después, el Estado de Qin, en la China del siglo III antes de Cristo. Un rey de Castilla, en Alcalá, en 1348, que guardó los fueros «salvo en aquello que nos falláremos que se deve mejorar e emendar». El código de Francia, en 1804: las «costumbres generales o locales [...] dejan de tener fuerza de ley». El emperador de Austria, en 1811: la costumbre solo cuenta «en los casos en que una ley se remite a ella». El Código Civil español de 1889, que se blindó a sí mismo: «no prevalecerá contra su observancia el desuso, ni la costumbre o la práctica en contrario». Y el inglés del miedo, en 1651, para quien la costumbre vale por «la voluntad del soberano significada por su silencio».

Los puso en columna y miró quién firmaba cada uno. De los ocho que habían puesto la ley escrita arriba, siete tenían el poder de hacer las leyes, o escribían para quien lo tenía. Las excepciones también las apuntó: el octavo era el obispo de Sevilla de la noche antes, que no hacía leyes; y al revés, un jurista del emperador había defendido la costumbre. Siete de ocho.

Le vino a la cabeza la pregunta de esa tarde: al que escribe las leyes, quién lo aparta. La respuesta estaba escrita desde hacía mucho. En el año 376, otro emperador dejó dicho que nadie debe «ser juez de sí mismo ni dictarse el derecho a sí mismo». Y la ley de hoy, la que le había dictado Amparo, obliga a apartarse a quien tiene en el asunto «interés personal». A los de la ventanilla, sí. A los que escriben el Código, nadie.

Había más. En el orden antiguo, una ley escrita valía mientras el pueblo no se la retirara, con la costumbre contraria o dejándola caer en desuso: era una manera de decir que no, sin papeles. Los códigos del siglo XIX cerraron esa puerta por escrito. El motivo que dieron fue la seguridad jurídica, la misma palabra que Amparo había puesto encima de la mesa.

En «Lo que yo creo» escribió: «El que ganaba con el cambio fue el que lo hizo. Se nombró juez de su propia causa, y a eso le llamó seguridad».

Debajo, con la misma letra, lo que valía en contra: «La codificación trajo la igualdad ante la ley; eso lo ganó Amparo. Y un patrón no prueba una intención. Que lo hicieron, está escrito. Por qué, no».

* * *

El viernes por la noche quiso saber qué era una ley. No una ley concreta: qué tiene que tener algo para ser ley.

El fraile lo decía en una línea: «una ordenación de la razón al bien común, promulgada por quien tiene a su cargo la comunidad». Lo desmontó como desmontaba una hoja de inspección, en casillas: que sea obra de la razón; que se dirija al bien común; que la dicte quien tiene a su cargo la comunidad; que se dé a conocer. Cuatro condiciones, y ninguna sobraba. Un coche que no pasa una casilla no pasa la inspección, aunque pase las otras tres.

Luego, cómo nace una ley escrita de la natural. A veces se deduce: de no hacer mal a nadie sale no matar. Otras veces la natural solo marca la dirección: manda que quien hace el mal sea castigado, pero no dice con qué pena, y eso lo pone la ley de los hombres. Casi todo lo que hay en los códigos vivía en ese margen. Le gustó la idea: casi todo lo de los códigos era como la tornillería del taller, piezas que la ley natural no fija y que alguien tiene que elegir.

Y cuándo deja de serlo. El fraile citaba a un santo de los primeros siglos: «no parece ser ley la que no fuera justa». Y contaba tres maneras de ser injusta una ley de los hombres. Por el fin, la de la codicia, que ya había copiado el lunes. Por el autor, «cuando alguien dicta una ley más allá del poder que se le ha confiado». Y por la forma, «cuando las cargas se reparten de manera desigual entre la multitud, aunque se ordenen al bien común». De esas decía que «son más violencias que leyes». Las justas, en cambio, «obligan en el foro de la conciencia».

El propio Estado lo tenía escrito a su manera. Los jueces de hoy tienen un mandato: «no aplicarán los reglamentos o cualquier otra disposición contrarios a la Constitución, a la ley o al principio de jerarquía normativa». Y el Tribunal Supremo había dejado dicho, en 1999, que la ley y el reglamento «reciben del valor superior justicia su savia y su esencia». Eso último lo encontró citado en un diccionario de términos jurídicos, no en la sentencia, y lo apuntó así.

Después buscó la fuerza, y no la encontró en la lista. El Código Civil nombra tres fuentes del derecho: la ley, la costumbre y los principios generales. La fuerza no está, porque no crea nada: ejecuta lo que las fuentes ya han establecido. La ley de procedimiento lo dice sin rodeos: la Administración no puede empezar «ninguna actuación material de ejecución de resoluciones que limite derechos de los particulares sin que previamente haya sido adoptada la resolución que le sirva de fundamento jurídico». Lo escribió en grande en la libreta: «Primero el título, después la mano». Y cuando se hace al revés, tiene nombre, vía de hecho, y remedio: se le pide a la Administración que pare, «intimando su cesación», y si en diez días no hace caso, se va derecho al juez.

Gea se había quedado leyendo en el sofá. Se levantó a por agua y se paró detrás de él, con el vaso.

—Primero el título —leyó—. Muy bonito. Pero sin coacción, el derecho sería papel. Si el Estado no pudiera obligar, no se cumpliría ni una sentencia ni se cobraría un impuesto, y sin impuestos no hay hospital. Por eso sus actos valen desde que se dictan, y los puede ejecutar.

—En eso tienes razón. La fuerza hace falta. Lo que digo es el orden: primero el título, después la mano. Como en el taller: no desmonto un motor hasta que el cliente firma la orden.

—¿Y quién le da el título a Hacienda?

Él tardó en contestar.

—Hacienda. Sus actos se presumen válidos, y su apremio tiene la misma fuerza que una sentencia. El que ejecuta es el que se da el título. —Volvió a la columna de la noche anterior—. Juez de su propia causa, otra vez.

—Pero es legal.

—Es legal. Por eso lo apunto, y no lo desobedezco.

Gea le dio un trago al agua y se quedó mirando lo que tenía abierto en la mesa: el talonario de las facturas del taller, el que veía el gestor, y la libreta, por la parte de atrás, la de las averías raras.

—¿Y eso?

—Eso es lo que estaba pensando. —Puso una cosa al lado de la otra—. El talonario es lo del Estado: lo que vale ante Hacienda y ante un juez. La libreta es lo de la verdad: lo que llevo para mí, y lo que cualquiera puede leer si quiere. Las llevo a la vez. Lo que apunto en la libreta no me quita ni una factura del talonario.

—¿Y no se tocan nunca?

—Tienen puertas. —Fue contando con los dedos—. Los principios generales del derecho. Los derechos, que se leen con la Declaración Universal. Los tribunales de la costumbre, como el de los jueces. Y cambiar la Constitución por el camino que ella misma dice. Por ahí lo de la libreta entra en lo del talonario.

Gea dejó el vaso en la mesa, encima del talonario, y él lo quitó sin decir nada.

—Pues no mezcles la libreta con el talonario, que el gestor te mata —dijo, y se fue a la cama.

* * *

Ya tarde, le quedaba la pregunta que había empezado todo, la de Sofía: quién mandaba antes de los Estados. Ahora la veía de otra manera. No quién mandaba, sino con qué título.

Había dos clases de autoridad. La de las baldas de arriba, la ley de Dios y la natural, nadie la había dictado para su provecho: no tenía un autor que ganara con ella a costa de otro. Se reconocía porque coincidía en pueblos que, que se sepa, no se conocían y porque pasaba la vara. No se daba: se recibía. Esa la llamó original. La de las baldas de abajo, la costumbre y la ley escrita, la ponían las personas, y valía mientras servía a lo de arriba y al bien común. Esa la llamó derivada. Y apuntó al lado, para que no se le olvidara, que derivada no quería decir que se pudiera elegir si se cumplía: obliga mientras no se declare injusta por el camino que el propio derecho da.

Para saber si una autoridad derivada se había salido de lo suyo había una prueba de una sola pregunta, y era del taller: «¿es suyo lo que ofrece?». En el taller nadie vende un coche que no es suyo. Lo primero que se pide son los papeles, el título, y sin título no hay venta, por bien que suene el motor.

Lo encontró dicho en sitios que no tenían nada que ver. Un sabio de Egipto describía al que se pasa de los límites: dice «obtendré por mí mismo, para mí mismo», y no dice «obtendré porque se me permite». Aquello solo estaba en una traducción inglesa, y Sofía IA se lo pasó al castellano; lo apuntó así, traducido de una traducción. Un maestro chino contaba que un rey antiguo no le dio el trono a su sucesor, porque «El soberano no puede dar el trono a otro». Y enfrente, en el Evangelio, el que ofrece lo que no es suyo: después de enseñar «todos los reinos del mundo, y su gloria», dice: «Todo esto te daré, si postrado me adorares». No lo apuntó como dato. Lo apuntó como la señal de una oferta: el que no es dueño de lo que ofrece.

Y lo último, que lo tranquilizó: tres pueblos que, que se sepa, no se conocían decían del hombre lo mismo, que elige. En Persia: «Oíd con vuestros oídos las mejores cosas; miradlas con pensamiento claro, para decidir entre las dos Creencias, cada hombre por sí mismo». En la India: «Medita; y, como quieras, obra». Y un obispo de los primeros cristianos: «Dios hizo al hombre libre desde el principio, dueño de su propio poder». Coincidían en eso y en nada más: cuánta libertad hay no lo decían los tres, y lo dejó en «Aún no lo sé».

Pasó a limpio dos páginas. En la de «Las palabras», debajo de las de antes, puso las nuevas: el orden puesto por el hombre, que también es el orden invertido; la corrupción de la ley; las dos jurisdicciones; la autoridad original y la derivada. Y empezó una página nueva, «Las máximas», solo en castellano, con una regla arriba, subrayada: «Ninguna anula una ley con solo citarla». Debajo, las primeras: «la ley injusta no es ley»; «nadie puede ser juez en su propia causa»; «óigase a la otra parte», que era lo que había hecho el jueves con Amparo; «nadie da lo que no tiene»; «que las armas cedan ante la toga»; y, para que la página no le diera la razón solo a él, la del revés: «callan las leyes entre las armas».

Cerró la libreta. La niña le había preguntado quién mandaba antes de que hubiera Estados, y él tenía ya cuatro baldas, dos jurisdicciones y una pregunta de taller. Lo que no tenía era la respuesta que ella esperaba, y la niña no se iba a conformar con menos.

Si es ley

El sábado por la mañana, Sofía estaba en el taburete alto de las herramientas finas, balanceando las piernas, con una sopa de letras del colegio en las rodillas. A media mañana entró a recoger el coche el jubilado de la caja de ahorros, el que semanas atrás le había contado, sentado en la silla de plástico, que el dinero de los préstamos no lo sacaban de ningún cajón.

Le había dejado el coche el viernes por un golpeteo que solo sonaba en los baches. Era una bieleta de la barra estabilizadora, con la rótula suelta: pieza pequeña y ruido grande, como casi siempre. El padre le dio la vieja en una bolsa, como se hacía en aquel taller desde antes de que fuera suyo, y el hombre la miró por encima de las gafas sin mucho interés.

—Ya no suena —dijo el padre.

—Si tú lo dices, no suena, chaval.

Sacó el talonario y le hizo la factura. Escribió el nombre arriba, el de siempre, el que llevaba años escribiendo en aquel talonario: Cándido.

Mientras pagaba, se quejó sin que nadie le preguntara.

—Vendí el piso de mis padres y me cobraron la plusvalía. Luego dijeron en la tele que el tribunal ese la había anulado. ¿Y sabes qué? A mí no me devolvieron ni un céntimo.

—¿Reclamaste?

—¿Yo? Si era ley. Lo que dice la ley va a misa. —Se guardó la cartera—. Si es ley, será justo, ¿no?

Se fue sin esperar respuesta. Sofía, desde el taburete alto, se quedó mirando la puerta.

—Papá, ¿lo que dice la ley es justo porque es ley?

—Eso es lo que acaba de decir él. Esta noche lo miro.

El talonario se quedó abierto en la factura, con el nombre arriba. Era el mismo hombre que le había explicado cómo nacía el dinero en una caja de ahorros, porque lo había visto con sus propios ojos desde la ventanilla. De los bancos se fiaba lo justo. De la ley, del todo. Antes de cerrar, el padre apuntó la frase en la libreta, por detrás, con las de la radio, como se apuntan las averías que vuelven: «Si es ley, será justo».

* * *

Esa noche lo encontró enseguida, porque estaba escrito en las sentencias del propio tribunal, y no en lo que se había dicho en la tele. Le pidió a Sofía IA los números de las sentencias y las leyó él.

La tele tenía razón, pero no del todo. El Constitucional había anulado en 2021 la manera de calcular la plusvalía. Y antes, en 2017, una amnistía de impuestos que se había aprobado en 2012. Una y otra, solo hacia delante: lo que ya se había pagado y estaba cerrado, lo firme, no se volvió a mirar.

Había algo más, y le costó creerlo. El mismo tribunal había dicho, dos años antes de anular el cálculo, que era confiscatorio cobrar por encima del «incremento patrimonial realmente obtenido por el contribuyente». Dicho en llano: cobrarle a uno más de lo que había ganado con la venta era quitarle lo suyo. Y aun así, lo cobrado y firme se quedó donde estaba.

Y encontró algo que no buscaba. Un artículo de un reglamento de sanciones de una escuela de policía, aprobado por una orden de 1981, se había aplicado cuarenta y cuatro años sin la ley que la Constitución exige para sancionar, hasta que el tribunal, en diciembre del año pasado, lo declaró «inconstitucional y nulo».

Se quedó mirando la cifra con el lápiz corto entre los dientes. Un coche que circula años con una pieza mal montada no pasa a estar bien porque nadie la haya mirado. Pasa a estar mal más tiempo.

Luego hizo lo que hacía con una factura que el cliente le iba a discutir: ponerse en su sitio antes que él. Buscó lo que se le podía contestar, y lo había, y bien dicho.

El sistema no da por justa cualquier ley: tiene un tribunal que las anula, y las anula; él mismo tenía delante tres sentencias que lo probaban. Que no se devuelva lo pagado protege que la gente sepa a qué atenerse y que las cuentas no se hundan. El que recurrió a tiempo pudo recuperar lo suyo. Los impuestos no los pone quien quiere: los pone la ley, y según lo que tiene cada uno. Y había una defensa más, que le hizo gracia porque usaba su propia hoja de inspección de la noche anterior: las leyes de aquí pasaban las casillas del fraile. Son obra de la razón, porque se discuten en las Cortes; van al interés general; las dicta un Parlamento elegido; y se publican en el Boletín Oficial del Estado para que las lea quien quiera.

La última era la más fuerte. Fue el propio Estado, con sus leyes, quien abolió la esclavitud. Juzgar lo de antes con los ojos de hoy era hacer trampa con el calendario.

Apuntó lo que ganaba la defensa, como había hecho con Amparo el jueves: los impuestos necesitan ley; el tribunal anula de verdad; la esclavitud la abolió el Estado con sus leyes. Nada de aquello era ilegal. Por eso lo suyo no podía ser que fuera ilegal. Era otra cosa: que lo legal se presentaba como justo.

Después pasó la hoja de inspección con calma. Que una ley se haya debatido, que la haya dictado quien puede y que se haya publicado, se mira en un papel. Lo del bien común no se mira en el papel: se mira en lo que pasa. Y eso lo tenía medido en su propia tabla: de los artículos que prometen el bien común, más de seis de cada diez no se cumplían.

Y lo de la esclavitud cortaba por los dos lados, y le dio la vuelta despacio. Si fue legal y no era justa, y el mismo poder lo reconoció al abolirla, entonces lo legal de hoy tampoco prueba por sí solo que sea justo. Por eso había hecho la tabla fila por fila. Lo de antes lo dejó para otra noche.

Lo que no le cuadraba era una sola cosa, vista desde dos sitios, y la apuntó en una línea: la presunción de validez juega a favor del Estado mientras cobra, y la seguridad jurídica, cuando tiene que devolver. Mientras cobra, la ley se presume válida y es el que paga quien tiene que probar lo contrario. Cuando le toca devolver, lo que importa es no mover lo cerrado. Y como quien pagó sin recurrir se fió de que la ley era válida, la devolución se queda para quien ya había recurrido.

Pensó en Cándido. A él la ley le exigía conocerlas todas («La ignorancia de las leyes no excusa de su cumplimiento»), y no se le ocurrió que una pudiera estar mal. Había pagado por fiarse.

En el taller, cuando una pieza que él había montado salía mala de fábrica, llamaba a todos los clientes a los que se la había puesto, no solo al que volvía quejándose. Al que no se quejaba también se la cambiaba. Eso era lo que él entendía por garantía.

Se acordó también de lo del confinamiento, que ya tenía apuntado: declarado contrario a la Constitución cuando ya se había cumplido. La corrección llegaba, pero tarde y hacia delante.

Abrió la página de «Las máximas» y copió una que le dolía, porque le daba la razón a la defensa: «el derecho protege a los vigilantes, no a los que duermen». Según aquello, Cándido se había dormido. Lo que lo había dormido era fiarse. La copió igual.

Al lado, pensando en el reglamento de la escuela de policía, otra: «lo que nace viciado no sana con el tiempo». La miró, miró la regla subrayada de arriba, la de que ninguna anula una ley con solo citarla, y la dejó donde estaba, sin flecha.

Y para no hacerse trampas, lo de su tabla: más de la mitad de las filas decían «cumple». Lo que había encontrado esa noche no decía que todas las leyes fueran injustas. Decía que ninguna era justa solo por ser ley.

Luego quiso saber qué había por encima de la Constitución, para medirla. Era la pregunta que le había hecho Amparo el primer domingo, con la caja de pasteles todavía encima de la mesa.

Ciudadanos y poderes públicos, dice ella misma, «están sujetos a la Constitución», y el Código Civil remata: «Carecerán de validez las disposiciones que contradigan otra de rango superior». La escalera termina ahí. Encima de la Constitución, la ley no pone nada. Aunque encontró un matiz, y lo apuntó: la propia Constitución habla de derechos «inviolables» e «inherentes» a la persona, es decir, que ya estaban antes que ella. Pero los interpreta ella sola.

Lo que se le podía contestar también estaba, y era bueno. Manda leer esos derechos «de conformidad con la Declaración Universal de Derechos Humanos», y hay tribunales, de dentro y de fuera, que la vigilan: el Constitucional y el Tribunal Europeo de Derechos Humanos. Todos están sujetos a ella, también los que mandan. Y ningún Estado del mundo tiene un título por encima del suyo, ni le hace falta.

Enfrente, lo de siempre: el que interpreta es el propio sistema. Y el freno de los otros poderes, eso ya lo tenía en la tabla, corregía al poder más de cinco veces más a menudo de lo que protegía al ciudadano.

Y algo que no esperaba, y que lo dejó un rato quieto: ya había algo por encima, y lo decía el propio tribunal. Desde que España entró en la Unión Europea, el derecho de la Unión se aplica antes que la ley española. El tribunal lo llamaba «la primacía del Derecho comunitario como técnica o principio normativo destinado a asegurar su efectividad». No era un escalón por encima de la Constitución, y lo apuntó así, para no engañarse: era que se aplicaba primero. Pero el techo no era el último.

La Declaración que la Constitución manda leer decía, al final del todo, lo contrario de una presunción: «Nada en esta Declaración podrá interpretarse en el sentido de que confiere derecho alguno al Estado», ni a nadie, para suprimir los derechos que proclama. Y en el Evangelio estaba la frase de la moneda: «Pagad pues á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios». La había oído toda la vida para decir que hay que pagar. Esa noche la leyó por el otro lado: hay cosas que no son del César.

Lo que no podía probar también lo apuntó: que hubiera una ley por encima que los jueces tuvieran que aplicar. Lo que sí podía probar era menos, y bastaba: que la Constitución reconocía algo anterior a ella y que no dejaba que nadie más lo interpretara.

Pasada la medianoche cogió una hoja nueva y, debajo de la estantería del lunes, dibujó un árbol. No lo pensó: le salió así. Abajo, la raíz: los derechos que uno trae al nacer, antes de ningún Estado; al lado escribió que son fijos, que «son los que son». Encima, el tronco, lo más alto que sostiene hoy las leyes de aquí: antes acababa en la Constitución, y ahora seguía creciendo hacia el derecho de la Unión, lo de esa misma noche. Luego una rama gruesa, la Constitución de 1978. Y de ella, las ramas finas: lo civil, lo penal, lo administrativo, lo laboral.

Por todas corría lo mismo. Escribió la palabra del diccionario del viernes, savia, y debajo, las cuatro casillas de la hoja de inspección: que salga de la razón, que vaya al bien común, que la dicte quien puede dictarla, que se dé a conocer. Una rama sin savia se seca, aunque siga pegada al tronco.

La estantería decía qué iba encima de qué. El árbol decía de dónde le venía la vida a cada cosa. Le gustó más el árbol, y no supo por qué.

En el margen copió la frase que había leído el lunes, la de los apóstoles cuando les prohibieron predicar: «Es menester obedecer á Dios antes que á los hombres».

A la primera columna, la de «Comprobado», fue esto: «Una ley puede estar años cobrando y luego anularse, y lo pagado no se le devuelve al que no reclamó. Por encima de la Constitución, la ley no pone nada, aunque ella misma reconoce derechos que ya estaban antes. Tiene su razón: sin eso, nadie sabría a qué atenerse».

Y en «Lo que yo creo», más corto: «Que lo legal no es justo por ser legal: se mide con lo que hay por encima».

Debajo, más pequeño, para que nadie lo leyera al revés: «Medirlo no es desobedecerlo».

* * *

Al día siguiente, Sofía estaba sentada en la encimera, otra vez, mientras él pelaba patatas. Había dormido poco, y la libreta seguía en la mesa de la cocina, abierta por el árbol, con el salero encima para que no se cerrara.

—¿Qué había antes de los Estados?

—Había leyes. Unas encima de otras, como en esta casa.

—¿En esta casa hay leyes?

—Claro. Mira. Hay cosas que pasan quieras o no: que el fuego quema, que si no duermes te caes de sueño. Y hay otras que sabes sin que nadie te las enseñe, pero que sí se pueden desobedecer: que no se le quita a otro lo suyo, que lo que te dejan se devuelve, que no se pega al pequeño. Esas van primero. Luego están las costumbres de casa: las lentejas del domingo, el beso de tu madre antes de irse. Y al final, las normas que ponemos nosotros: no sentarse en la encimera.

Sofía se bajó de un salto, muy digna.

—¿Y las costumbres siempre valen?

—No. Una costumbre manda cuando no hay otra norma, y si no hace daño a nadie. Que algo se haga desde siempre no lo hace bueno.

—Como los de sexto con la portería.

—Como los de sexto. Eso lo miraremos otro día.

—¿Y si papá pone una norma que diga que los mayores pueden quitarles los cromos a los pequeños?

—Entonces no sería una norma. Sería un abuso. Un señor que pensó mucho dijo que una ley así ya no es ley, sino corrupción de la ley.

—¿Y qué va primero de todo?

El padre dejó el pelador.

—Eso ya no te lo puedo comprobar como la carta. Te puedo decir lo que escribieron los que pensaron en ello: que por encima de todo está la ley de Dios, la que gobierna todo lo que existe. Y te puedo decir lo que creo yo: que es verdad.

—¿Y hoy?

—Hoy está al revés. Primero la ley que escriben los hombres. Lo demás, si sobra sitio.

—Como el señor del coche, que decía que si es ley, es justo.

—Como él. Y a él le cobraron una ley que luego resultó que no valía.

Sofía se quedó pensando, con una piel de patata en la mano.

—Es como si en casa mandara más lo de la encimera que lo de dormir.

—Eso es lo que yo creo, sí. Lo que es verdad se sostiene. Lo que no tiene cimientos se tambalea.

—¿Y esa ley de Dios dónde está escrita?

—En muchos libros. Cada pueblo tiene los suyos.

—¿Y dicen todos lo mismo?

Él la miró. Era la pregunta a la que llevaban todas las demás.

—Aún no lo sé. Y no te lo voy a inventar. Déjame mirarlo.

Crónica: Los códigos y las cadenas

En 1794, Francia abolió la esclavitud. En 1802 la mantuvo de nuevo: «la esclavitud se mantendrá».

En 1804, Francia se dio un código, y con él las costumbres, las generales y las locales, perdieron su fuerza de ley. En 1811, el código de Austria solo le dejó a la costumbre un hueco: «en los casos en que una ley se remite a ella». La ley escrita se ponía encima de lo que un pueblo hacía desde siempre.

El 6 de agosto de 1811, en Cádiz, el señor dejó de gobernar lo que poseía. Las Cortes lo decretaron así: «Desde ahora quedan incorporados á la nacion todos los señoríos jurisdiccionales de cualquiera clase y condicion que sean». La tierra quedó como cualquier otra propiedad; el mandar y el juzgar pasaron a la nación. Y el título se acabó con el mismo decreto: «En adelante nadie podrá llamarse señor de vasallos».

En 1833, el Reino Unido declaró la esclavitud «abolida del todo y para siempre» a partir del 1 de agosto del año siguiente, y dio «veinte millones de libras esterlinas». Se las dio a los propietarios, no a las víctimas.

En 1848, Francia la abolió otra vez, con estas palabras: «la esclavitud quedará abolida del todo en todas las colonias».

En 1865, los Estados Unidos la abolieron en su Constitución, con una excepción que sigue en el texto: «salvo como castigo por un delito del que la parte haya sido debidamente condenada».

El 22 de marzo de 1873, una ley española escribió: «Queda abolida para siempre la esclavitud en la isla de Puerto-Rico». Pero los libertos quedaron obligados a contratos de al menos tres años, y a los propietarios se les pagaron 35 millones de pesetas con un empréstito a cargo de las rentas de la propia isla.

En 1874, en África, los ashanti depusieron a su rey, cuando se descubrió que había profanado las tumbas de sus antepasados. Entre ellos, el que mandaba no estaba a salvo del último de los suyos: cualquier persona del común podía iniciar el proceso para destituir a un jefe, que era juzgado, y si perdía, perdía también el asiento, el taburete que era el símbolo del cargo.

El 13 de mayo de 1888, Brasil escribió: «Queda declarada extinguida, desde la fecha de esta ley, la esclavitud en Brasil». Lo que fue legal durante siglos no era justo, y lo confesó el mismo poder que lo había hecho legal, al derogarlo.

En 1889 le llegó el turno al Código Civil español, que se cubrió las espaldas en su propio texto: «no prevalecerá contra su observancia el desuso, ni la costumbre o la práctica en contrario». Así, código a código, aquel siglo dejó tapiada la vieja salida por la que un pueblo le retiraba su consentimiento a una ley: la costumbre contraria y el desuso.

De 319 a 1889, el orden que habían guardado las tradiciones, la ley de Dios, la ley natural, la costumbre y al final la ley humana, quedó del revés. Y quien le dio la vuelta fue, en siete de ocho casos, el que tenía el poder de legislar: la parte que gana con el cambio. El autor lo lee así: la parte interesada se nombró juez de su propia causa, y «seguridad jurídica» es el nombre que le da quien se beneficia de él.

Entre 1896 y 1901, los británicos conquistaron a los ashanti, y el 1 de enero de 1902 los declararon colonia de la Corona. Los mejores mecanismos internos de corrección no bastaron contra una fuerza de fuera.

Las tapas gastadas

Esa noche, con Sofía ya dormida y la cocina recogida, sacó del armario la Biblia antigua de su madre, la de las tapas gastadas, y la puso en la mesa al lado del portátil. No la había abierto en años.

Su madre se la había dado cuando él se fue de casa, envuelta en un paño de cocina, y él la había guardado detrás de las cajas de los papeles. Las esquinas estaban redondas de tanto uso, y el uso no era suyo. La cinta de marcar, deshilachada, seguía metida en alguna página donde la había dejado ella. Era la misma traducción antigua que había leído en la pantalla, con los acentos de entonces.

La libreta seguía al lado, abierta por el árbol de la noche anterior, con el salero encima. A mediodía, en la encimera, Sofía le había preguntado dónde estaba escrita esa ley de Dios y si decían todos lo mismo. A lo primero le había contestado que en muchos libros. A lo segundo, que no lo sabía.

No buscaba nada concreto. Quería saber si lo que había ido encontrando planta a planta, en las leyes y en los números, alguien lo había dicho antes. Y lo encontró. Una y otra vez.

Cuando buscó quién había dicho que sí por su hija, ya estaba escrito: «Mas sea vuestro hablar: Sí, sí; No, no; porque lo que es más de esto, de mal procede». El sí se dice. No se presume.

Cuando hizo las cuentas de la hucha, ya estaba escrito: «El peso falso abominación es á Jehová: Mas la pesa cabal le agrada».

Cuando contó las promesas que no se cumplen, ya estaba escrito: «Por sus frutos los conoceréis». Y era lo mismo que él había puesto arriba de la hoja la semana de la comida con Amparo, sacado del taller: que un coche no se juzga por el folleto ni por la factura, sino por cómo anda. Él había necesitado un párrafo.

Se quedó quieto, con el dedo en la página. Había tardado semanas en llegar por su cuenta a lo que estaba ahí desde siempre.

La línea siguiente decía: «Así, todo buen árbol lleva buenos frutos; mas el árbol maleado lleva malos frutos». Miró de reojo la libreta, abierta por el árbol que le había salido la noche anterior sin pensarlo, y siguió leyendo.

Unos versículos más abajo estaba la casa. La que se levanta sobre la peña: «descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y combatieron aquella casa; y no cayó: porque estaba fundada sobre la peña». Y la otra, la de la arena, que «cayó, y fué grande su ruina».

A mediodía, pelando patatas, le había dicho a Sofía que lo que es verdad se sostiene y lo que no tiene cimientos se tambalea. Y la noche de la vacuna había escrito en «Lo que yo creo» que la piedra de todo aquello era una sola. Lo había dicho con sus palabras, sin saber que tenía cita. Lo que pensó después lo pensó como suyo, y así lo apuntó: que la roca era la verdad, y la arena, lo que se da por cierto sin probarlo.

Luego fue a la pregunta de la niña, la de dónde estaba escrita. Buscó dónde se habían guardado las tablas de la ley, las de piedra, y lo encontró dicho por el mismo que las había bajado del monte: «puse las tablas en el arca que había hecho; y allí están». Le gustó el final. No decía que habían estado. Decía que estaban.

Pasando hojas dio con lo del rey, y lo leyó otra vez, más despacio. El que se sentara en el trono «ha de escribir para sí en un libro un traslado de esta ley», «y leerá en él todos los días de su vida». ¿Para qué? «Para que no se eleve su corazón sobre sus hermanos». El rey no hacía la ley: la copiaba a mano, como él copiaba en la libreta, y la tenía que leer cada día. Estaba debajo de ella.

Y un profeta, contra los que mandan para sí: «¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan á sí mismos!». Se comían la leche y se vestían con la lana, y a las ovejas no las apacentaban. En el taller eso tenía nombre: cobrar la revisión y no abrir el capó.

Gea pasó por detrás camino de la cama, con el pelo recogido y la cara lavada. Se paró al ver el libro.

—¿Y eso?

—La de mi madre.

Gea miró la Biblia, y después lo miró a él.

—Así que la otra columna.

—Todavía no. Primero, a ver qué dice.

—Pues no te acuestes tarde, que mañana madrugas.

Le dejó un beso en la coronilla y se fue por el pasillo. Él se quedó oyendo cómo se cerraba la puerta del dormitorio, despacio, para no despertar a la niña.

* * *

Luego quiso saber si era solo ese libro. Le pidió a Sofía IA los textos de otros pueblos que dijeran lo mismo, cada uno con el sitio donde estaba, y fue leyéndolos uno a uno, en la traducción que había.

Lo primero que encontró fue que alguien ya se lo había preguntado antes que él. Un romano de antes de Cristo había escrito que ningún pueblo es tan fiero que no tenga idea de lo divino, y que eso no lo había puesto ninguna asamblea: «en todo, el consenso de todos los pueblos ha de tenerse por ley de la naturaleza». Y era el mismo romano que el miércoles, con la costumbre, ya le había avisado de que muchos piensan cosas torcidas, y eso, «por mala costumbre». Así que no bastaba con que algo se repitiera: tenía que pasar la vara, y eso ya lo sabía.

Después, el pan. Lo de la Biblia lo sabía de oídas, como todo el mundo: «En el sudor de tu rostro comerás el pan». No fue a buscar dónde estaba. Un poeta griego de los más antiguos había dejado escrito que «el trabajo no es ninguna deshonra; la ociosidad sí es deshonra», y en el budismo el discípulo noble «deja el modo de vida torcido y se gana la vida con el recto». Tres pueblos, como poco, que, que se sepa, no se conocían. Él se ganaba el pan con las manos negras de grasa y nunca se le había ocurrido que eso estuviera escrito en ninguna parte.

Luego vino lo que más le costó, porque era mucho. China, la India, Israel, el islam, Persia, Mesopotamia y Egipto, Grecia y Roma, y pueblos de África, de América y de las islas del Pacífico. Abrió la libreta por detrás, por una página en blanco, y trazó con la regla nueve filas, como había hecho con los artículos de la Constitución. En cada fila, un principio. Al lado, las patas que lo sostenían, de pueblos sin contacto documentado entre sí. Y al final, en una columna aparte, la pata coja: el texto que decía lo contrario. Eso se lo había enseñado la mesa del martes. No vale buscar solo lo que te da la razón.

Las nueve filas, una debajo de otra, decían esto: que el que manda está para el pueblo; que los impuestos tengan medida; que no se le quite a la gente su tiempo; que las pesas sean justas; que lo que te confían se devuelva; que no se cobre usura y se perdonen las deudas; que cada uno responda de lo suyo; que castigar no sea un negocio; y que cuantas más leyes, más pobreza.

En la primera fila copió una frase china que le hizo dejar el lápiz en la mesa: «el Cielo no engendró al pueblo por causa del gobernante; el Cielo instituyó al gobernante por causa del pueblo». Y en la columna de la pata coja, otra, también china, la de un ministro que quería al pueblo débil: «pueblo débil, Estado fuerte; pueblo fuerte, Estado débil». Las dos de la misma tierra. Las dos en la misma fila.

En la de los impuestos, un libro de la India le daba al rey un consejo de jardinero: «sé como el florista, rey», que cuida la planta, y no como el carbonero, que la quema. Y un maestro chino que pedía impuestos ligeros rechazaba también los demasiado bajos. Lo apuntó con una flecha: no era «cuanto menos, mejor», era la medida justa. Como el par de apriete de una rueda: ni más ni menos.

En la de devolver lo confiado, el islam: «Alá os ordena que restituyáis los depósitos a sus propietarios». Y la India, lo mismo con otras palabras. Se acordó de su madre, con la carta de la Seguridad Social encima de la mesa camilla: «Lo mío. Lo que yo he puesto toda la vida». Y de la hucha de las pensiones, que había encontrado casi vacía.

En la de las pesas, la columna de la pata coja se le quedó casi en blanco. Nadie, en ninguno de los libros que leyó, defendía la pesa falsa. Lo más parecido era un manual de gobierno de la India que contaba las pesas y medidas entre lo que el rey podía cobrar. Lo apuntó igual, para que la columna no se quedara vacía por pereza.

Las demás filas las llenó con una línea cada una y el sitio donde estaba, para volver otro día. Algunas cosas le sonaban, como se oye una avería que ya ha pasado por el taller, aunque no sepas de qué coche. Y por debajo de todas las filas le pareció ver un mismo hilo, pero era tarde para tirar de él.

Arriba de la página escribió un nombre, como hacía con las averías raras: «El Arca». Por las tablas que estaban allí. Lo que cada pueblo había guardado en sus libros, y dentro, la misma ley.

La fila de la usura no le cupo en la página. Las deudas pidieron una entera.

Lo más antiguo que se conservaba escrito era un rey de Mesopotamia que había vaciado la cárcel de los que vivían endeudados. En Babilonia, si una tormenta o una mala cosecha arruinaban al deudor, ese año el deudor «lava en agua su tablilla de deuda» y no pagaba. En Israel, cada siete años, «perdonará á su deudor todo aquél que hizo empréstito de su mano», y cada cincuenta, el jubileo: «pregonaréis libertad en la tierra á todos sus moradores». Y el mismo filósofo griego que había separado lo justo por ley de lo justo por naturaleza llamaba al interés «dinero nacido del dinero».

La pata coja estaba en la misma ley que mandaba perdonar cada siete años, y la apuntó sin quitarle una coma: «Del extraño tomarás logro, mas de tu hermano no lo tomarás». Prohibido con el hermano, permitido con el de fuera.

Lo último lo encontró en la página del Boletín Oficial del Estado, y le hizo levantar las cejas. Una ley española de 1908, todavía en vigor, dice que «Será nulo todo contrato de préstamo en que se estipule un interés notablemente superior al normal del dinero». La línea roja más antigua seguía en las leyes de aquí.

Pensó en el préstamo de la elevadora, que pagaba cada mes con lo que sacaban los coches, y lo descartó enseguida: lo suyo era un interés de los normales, y la ley hablaba de otra cosa. No iba a hacerse trampas con su propio préstamo.

Lo que sí apuntó, y como suyo, fue otra cosa: que la usura cobra por el paso del tiempo, y el tiempo no es de quien presta. Y debajo, con una raya, la hucha de Sofía, que perdía valor cada año sin que nadie se lo cobrara a la cara.

En la página de «Las máximas» copió una que parecía escrita para aquella hoja: «es justo por derecho natural que nadie se haga más rico con detrimento e injuria de otro». Sin flecha, como las del sábado.

* * *

Ya era muy tarde cuando dio con lo de los niños. Primero, unas palabras de Jesús que conocía de oídas, y que no sabía en qué evangelio estaban. Se lo preguntó a Sofía IA y las buscó en el papel: «si no os volviereis, y fuereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que, cualquiera que se humillare como este niño, éste es el mayor en el reino de los cielos».

Le preguntó a Sofía IA si lo decía alguien más.

Sofía IA: Lo dicen también otros evangelios, con otras palabras: que el que no reciba el reino de Dios como un niño no entrará en él. Y en otro pasaje se da gracias porque estas cosas se han escondido a los sabios y a los entendidos, y se han revelado a los niños.

No se fio de la pantalla. Los buscó en la Biblia de su madre, uno a uno, con las hojas finas pegándosele a los dedos. Estaban. En la pantalla habían tardado un segundo; en el papel, un buen rato. Y en el papel no se podía cambiar nada.

Una palabra se le quedó en la cabeza: revelado. Quiso verla en la lengua en que se escribió, el griego, y se lo preguntó a Sofía IA.

Sofía IA: Creo que es de la misma familia que apocalipsis, que quiere decir revelación. Pero esto no lo he podido comprobar en un diccionario. Míralo tú.

El padre se quedó mirando la pantalla más de lo que hacía falta. Era la primera vez que se lo decía. En todas aquellas noches le había dado frases que no estaban y le había resumido una ley al revés, y siempre con la misma seguridad. Esta vez no sonaba tan bien. Sonaba a verdad.

Fue a buscar un diccionario de griego, y era así: la misma familia. Revelar. Revelación. Y revelar, decía el diccionario de aquí, es «descubrir o manifestar lo ignorado o secreto». Lo apuntó en una esquina de la hoja, aparte, sin saber todavía para qué.

En «Comprobado» escribió: «Lo que he encontrado en cada planta ya estaba escrito, en libros de pueblos sin contacto documentado. Y está escrito que hay que hacerse como niños».

Y en «Lo que yo creo» escribió lo que de verdad pensaba, aunque el versículo no lo dijera así: «Que las preguntas de un niño, hechas sin trampa, son razón de sobra para buscar la verdad allá donde esté».

Cerró la Biblia de su madre y la dejó en la mesa, al lado de la libreta, con la cinta de marcar en la página de los niños. Esa noche no volvió al armario.

Cuentos de viejas

El lunes, cuando subió la persiana del taller, el monovolumen gris ya estaba en la puerta, con Justo dentro y la radio puesta. Volvía para el aceite, como había dicho.

—A primera hora, que luego no hay quien entre —dijo, y le dio las llaves.

Mientras el aceite viejo caía en la bandeja, Justo se sentó en la silla de plástico, junto a la máquina del café, con las manos en los bolsillos, igual que lo esperaba a mediodía en la farola del colegio.

—¿Y tu niña? El mío dice que pregunta mucho.

—Mucho. Ayer me preguntó si todos los libros dicen lo mismo.

—¿Qué libros?

—Los de cada pueblo. Los antiguos.

Se lo contó en corto, con las manos en el filtro: que en sitios que, que se sepa, no se conocían, habían dejado escrito que las pesas tienen que ser justas, que lo que te dejan se devuelve y que las deudas se perdonan cada cierto tiempo. Y que todavía hay una ley española, de hace más de un siglo, que anula los préstamos de usura.

Justo se rio por la nariz.

—Eso son cuentos de viejas.

—Puede. Pero están escritos.

—Escritos, ya. —Sacó una mano del bolsillo—. Mira, un país entero no se lleva con lo que decía la abuela. Hace falta una ley escrita, la misma para todos, que se sepa lo que vale y lo que no.

—En eso te doy la razón.

—Y lo de la esclavitud, que tanto se dice. La quitó la ley, no los libros viejos.

—También es verdad. La quitó el mismo poder que la había hecho legal.

—Pues por eso. Y hoy está todo en internet. Las leyes se publican, gratis, para que las lea quien quiera. Ya no hay latines.

—Eso es verdad. Lo que no sé es quién se las lee todas.

—Y lo de la usura será para los bancos. Ve tú a Hacienda con una ley de préstamos, a ver qué te dicen.

El padre apretó el tapón del cárter con la llave, sin pasarse.

—Que el impuesto no es un préstamo. Y tendrían razón: esa ley es para los préstamos.

—¿Entonces?

—Entonces, nada. Que es la misma vara. Si un banco te cobra de más, la ley lo anula. Me gusta saber que eso todavía está escrito.

Justo lo miró un rato, como el padre había mirado su correa la otra vez, buscando la grieta por dentro.

—¿Y quién te dice que esos libros cuentan la verdad de esos pueblos? Los escribirían los que llegaron después.

—Muchos, sí. Los escribieron los de fuera, y alguno pinta a los suyos mejor de lo que eran. Y no todos dicen lo mismo. En cada cosa hay alguien que dice lo contrario.

—¿Y eso también lo apuntas?

—En una columna aparte.

—Pues fíjate en esa columna —dijo Justo, y se levantó—. Que esa es la que manda.

Pagó con tarjeta, como la otra vez. Ninguno había convencido al otro, y los dos lo sabían. Desde la puerta, con las llaves en la mano, todavía dijo:

—Cuentos de viejas. Pero bien escritos, eso sí.

Cuando el monovolumen dobló la esquina, el padre abrió la libreta por la página del Arca y, debajo de las nueve filas, escribió «Lo que gana Justo», como había hecho con Amparo: que un país necesita ley escrita; que la esclavitud la quitó la ley; que las leyes se publican, gratis y en español; y que la ley de la usura no es para los impuestos.

* * *

Lo de la columna se le quedó dando vueltas toda la mañana. Entre un coche y otro, en el ordenador del taller, le pidió a Sofía IA los textos de la pata coja, uno por uno, y para cada uno se hizo la pregunta que se había hecho con la estantería: quién lo escribió, y para quién.

El del pueblo débil lo escribió el ministro de un duque, al que el duque había subido para que hiciera las leyes. El manual de la India que enseñaba a llenar el tesoro con engaños lo firmaba el que había derrocado una dinastía y puesto otra. Las leyes que llamaban al rey gran deidad

eximían de impuestos a los que guardaban esas leyes. El romano que admitía acabar con familias enteras era uno de los que guiaban a un emperador joven. Y el código que mataba al hijo por la culpa del padre era el del propio rey.

Once de trece los había escrito el que mandaba o su ministro, o se habían escrito para él, o beneficiaban a quien los guardaba. Las dos excepciones no tenían poder. Una era un labrador griego, que se quejaba de los reyes que se comían los regalos. La otra, el que escribió que «toda alma se someta a las potestades superiores», y que después acabó preso de aquel mismo imperio, «con un soldado que le guardase».

Era lo mismo que la estantería: siete de ocho.

Los frutos los apuntó como hechos, sin adjetivos. Al ministro del pueblo débil lo descuartizaron con carros cuando murió su duque, y acabaron con toda su familia: la culpa compartida que él mismo había escrito. El imperio que salió de aquellas leyes duró quince años.

En «Lo que yo creo» puso que la parte interesada se había hecho juez de su propia causa, y en la página de las máximas buscó la que lo decía: «nadie puede ser juez en su propia causa». Debajo, para no engañarse, lo de siempre: que un patrón no prueba una intención.

Entre el cambio de unas pastillas y el de un manguito, buscó por qué casi nadie conocía aquello, si era tan antiguo. La primera razón le hizo gracia. De las primeras tablillas de barro que se conservan, «la mayoría son documentos de contabilidad». No eran leyes ni historias: eran facturas. Lo que los pueblos tenían por ley se pasaba de boca en boca. Había sacerdotes que sabían escribir y no escribían su enseñanza, para que no se divulgara entre el pueblo y para que sus alumnos no se fiaran de lo escrito y descuidaran la memoria. Cuando un emperador prohibió su religión, su saber se perdió con ellos.

La segunda: cuando sí se escribió, se escribió en latín, en tratados enteros de Salamanca y de Coímbra, cuando casi nadie sabía leer. No hizo falta prohibir nada. La lengua ya separaba al que podía leer la ley del que tenía que obedecerla.

La tercera: algunos libros se quedaron fuera de las listas. Lo de Nicea, que había oído contar más de una vez, no estaba en los papeles de Nicea; lo que sí estaba era que la lista se fue cerrando despacio, y que un libro que contaba la caída de los ángeles se quedó fuera, y que una iglesia de África lo guardó.

Justo tenía razón en una cosa: hoy no había latines. Las leyes se publicaban gratis, en español, para todo el que quisiera. La barrera ya no era la lengua. Era el montón. Publicar no es poder conocer.

A mediodía, esperando a Sofía en la puerta del colegio, siguió en el móvil con los textos de cada pueblo. Justo estaba en su farola, con las manos en los bolsillos. Se saludaron con la cabeza, cada uno en su sitio.

Leyó pocos, y despacio. Una regla de los sabios de Israel, la más directa de todas: «no se decreta una norma sobre la comunidad si la mayoría no puede cumplirla». Pensó en quién se las lee todas. De la India: «El rey que no protege a sus súbditos es en verdad un ladrón». De China, la barca y el agua: el que manda es la barca, el pueblo es el agua, y «el agua la sostiene y el agua la vuelca». De un pueblo del sur de África, que «los soberanos, en vez de ser sostenidos por la comunidad, son su principal sostén». De los mexicas, que el señor ha de sustentar al pueblo «como á niños que están en la cuna». De Hawái, que el rey mandaba, «pero solo mientras obrase con rectitud».

Y de pueblos que se habían dado su orden por su cuenta, en el hielo, en las praderas, en los Andes, en las islas, tres cosas que se repetían: la tierra en común, el daño que se compensa y lo que se decide en consejo. Como el tribunal de los jueves. El orden no había nacido con los Estados.

Lo que más le gustó lo encontró ya con la niña a la vista, saliendo por la puerta con la mochila a rastras. En tres lenguas antiguas, el griego, el hebreo y una lengua de la India, la palabra de la falta era la de un tiro que no da en el blanco. De unos honderos de la Biblia se decía que «tiraban una piedra con la honda á un cabello, y no erraban», y ese no erraban era el verbo del pecado.

Un error de dirección. En el taller, un coche que tira hacia un lado no se tira a la chatarra: se alinea.

Por la tarde, con el último coche ya en la calle, volvió a la página del Arca y miró las nueve filas de arriba abajo. Lo que la noche anterior había visto debajo, sin poder nombrarlo, ahora estaba claro. Las nueve decían lo mismo de nueve maneras: el impuesto que empobrece, la pesa falsa, el depósito que no se devuelve, el castigo que se cobra, el préstamo que esclaviza. Todo era servirse del otro en lugar de servirle.

Estaba escrito por todas partes. «Como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir». Y en China, sin contacto documentado con aquello: «los ríos y los mares pueden ser reyes de los cien valles porque saben ponerse por debajo de ellos». En la India, a los que salían por los caminos a enseñar se les mandaba ir «por el bien de muchos, por la felicidad de muchos, por compasión del mundo». Y lo que no sirve, se separa: «Todo árbol que no lleva buen fruto, córtase y échase en el fuego».

Mandar era encargarse. Se lo había dicho la cama de Sofía el lunes anterior, sin hacer, en un cuarto que ella había declarado Estado.

Al pie de la página, debajo de lo que ganaba Justo, escribió una sola pregunta, para hacérsela a cada ley que le quedara por mirar: «¿sirve, o se sirve?».

* * *

Esa noche, Sofía no se quería dormir. Él se sentó en el borde de la cama.

—¿Y dicen todos lo mismo? —preguntó ella, ya con los ojos medio cerrados.

—Casi. Pueblos que, que se sepa, no se conocían dicen las mismas cosas. Que el sí se dice. Que la medida tiene que ser justa. Que el que manda, sirve.

—Eso lo dice también la abuela de la de la trenza —dijo Sofía—. Reza en otro idioma, pero en su casa también se devuelve lo que te dejan. Me lo contó en el recreo.

—¿Ves? Y que se sepa, nadie se lo ha copiado a nadie.

—El de las gafas dice que su padre dice que eso son cuentos de viejas.

El padre se acordó de la silla de plástico y de las manos en los bolsillos. Se lo había oído esa misma mañana, de primera mano.

—Está en su derecho de pensarlo. Por eso hay que leerlo, y no creérselo porque sí. Ni lo de la abuela, ni lo de su padre, ni lo mío.

—¿Y de los niños dicen algo?

Él sonrió en la oscuridad.

—Dicen que si no te haces como un niño, no entras en el reino de los cielos.

Sofía abrió un ojo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Lo que pone, es eso. Lo que yo creo es que quiere decir preguntar sin miedo y sin trampa, y aceptar lo que es verdad, aunque no te guste. Como haces tú.

—Pero yo no sé casi nada.

—Por eso. El que cree que ya lo sabe todo no pregunta. Y pone también que el que se hace pequeño como un niño, ese es el mayor.

Sofía se quedó callada tanto rato que él pensó que se había dormido.

—Papá. Si él decía eso, lo de hacerse como un niño, ¿por qué no lo enseñan así? Lo enseñan en la cruz. Y viendo lo que le hicieron a ese hombre, a mí no se me ocurriría decir ni pío.

Él no contestó enseguida.

—Lo que pone es lo que te he dicho: que hay que hacerse como un niño. Lo que yo creo, y esto es solo mío, es que una imagen así te dice «no muevas ni un dedo, que mira lo que te va a pasar». Y el que no mueve un dedo tampoco pregunta.

—¿Y lo hicieron por eso?

—Eso no lo sé. Y lo que no sé no lo digo como si lo supiera.

Gea estaba en la puerta, con el hombro en el marco. Había venido a darle un beso a la niña y se había quedado escuchando.

—Tu abuela no lo mira así —dijo bajito—. Para ella no es un aviso. Es lo que dio por los demás.

—Eso también lo apunto —dijo él—. Al lado.

Gea entró, le dio a Sofía un beso en el pelo y se fue sin encender la luz.

Sofía se dio la vuelta, abrazada a la almohada.

—Papá. ¿Y al principio de todo qué pasó? Antes de todos esos libros.

—Hay una historia, la primera de todas. Un jardín con dos árboles.

—¿Y qué pasó en el jardín?

Él la tapó hasta la barbilla. Se sabía la historia de oídas, como la sabe todo el mundo. Y de oídas, ya sabía lo que valía.

—Esto aún no lo sé bien. Déjame mirarlo.

Crónica: El siglo de la fuerza

En 1907 salió un libro con un título corto, *El Estado*, y una tesis sobre su origen que cabía en una línea: una institución «impuesta por un grupo humano vencedor a un grupo humano vencido».

En 1911, el aviso vino de quien había estudiado de cerca los partidos socialistas de su tiempo. Lo que vio lo dejó en una frase: «quien dice organización dice, de todos modos, tendencia a la oligarquía». Y le dio rango de ley: «la ley de hierro de la oligarquía».

En 1913, un diccionario en inglés definía la inflación como «expansión o aumento indebido, por emisión excesiva; dicho de la moneda». En 1914, en español, la palabra solo era «Acción y efecto de inflar». Y en 2001 la Academia ya la definía como «Elevación notable del nivel de precios con efectos desfavorables para la economía de un país». La palabra nombraba antes la causa, la moneda emitida de más, y acabó nombrando el efecto, los precios que suben.

En 1919, un libro sobre las consecuencias económicas de la paz advirtió: «Con un proceso continuo de inflación, los Gobiernos pueden confiscar, en secreto y sin que nadie lo note, una parte importante de la riqueza de sus ciudadanos».

En 1922, un estudio de las formas de mandar llegó a una conclusión: a ninguna le basta con que la obedezcan por interés o por afecto, y «cada una procura más bien despertar y cultivar la creencia en su "legitimidad"».

El 12 de marzo de 1930, en la India, un hombre salió a pie hacia el mar. El 5 de abril llegó a Dandi, tras unos 385 kilómetros, y a la mañana siguiente recogió un puñado de sal. La sal era monopolio británico: producirla era violar la ley. A finales de año, unas sesenta mil personas estaban en la cárcel; la cifra la da una sola fuente. En 1947, una ley británica dispuso que desde el 15 de agosto se establecieran «dos dominios independientes», la India y Pakistán.

El 26 de diciembre de 1933, en Montevideo, una convención entre Estados dejó escrito qué hace falta para ser uno. El Estado, como «persona de Derecho Internacional», tenía que reunir cuatro requisitos: población permanente, territorio determinado, gobierno y capacidad de entrar en relaciones con los demás Estados. Ningún Estado recibe su soberanía de una autoridad superior: la tiene porque controla de hecho una población y un territorio, y porque otros Estados se la reconocen. Y los firmantes se obligaron a no reconocer lo que se adquiriera por la fuerza.

El 6 de junio de 1945, mientras se preparaba el juicio de Núremberg, el fiscal de los Estados Unidos le confió a su presidente un temor: que, con los años y la paz, lo que se había denunciado durante la guerra pareciera increíble si no quedaba escrito con claridad y

precisión. Y lo resolvió en una regla: «Debemos probar hechos increíbles con pruebas creíbles».

Ese mismo año, la Carta de las Naciones Unidas obligó a sus miembros a abstenerse «de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado». Que hiciera falta prohibirlo indica que antes era práctica habitual.

El 1 de enero de 1946, en Japón, la negación llegó de quien menos se esperaba. El emperador declaró por escrito que el vínculo con su pueblo no nace de mitos ni leyendas, ni se basa en «la idea ficticia de que el emperador es un dios manifiesto». Lo firmaba el mismo al que se tenía por dios.

El 1 de octubre de 1946, el tribunal de Núremberg dictó sentencia. Había juzgado a quienes obedecieron las leyes de su propio Estado, y dejó escrito que «los crímenes contra el derecho internacional los cometen hombres, no entidades abstractas».

En 1948, la Declaración Universal de Derechos Humanos habló de la rebelión en su preámbulo, y lo hizo para alejarla: consideraba esencial un régimen de derecho que protegiera los derechos, «a fin de que el hombre no se vea compelido al supremo recurso de la rebelión contra la tiranía y la opresión».

En 1950, las Naciones Unidas recogieron lo que aquellos juicios habían dejado sentado: que la ley de un país no castigue un crimen no libra de responder a quien lo cometió, y haber obedecido a su Gobierno o a un superior tampoco libra, siempre que de hecho se pudiera elegir. La ley natural quedaba por encima de la que cada Estado se pone.

Como dioses

La Biblia seguía en la mesa de la cocina, donde la había dejado el domingo, al lado del portátil. Esa noche la abrió por la primera página. Se sabía la historia, como todo el mundo. Por eso quería leerla: para ver si lo que se sabía era lo que ponía.

No tuvo que ir lejos. A la segunda página ya estaba el huerto, y en medio no había un árbol, sino dos: «también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de ciencia del bien y del mal». Los dos en el mismo sitio. Eso no lo recordaba.

Luego, la orden. Era una sola, y empezaba por lo que se podía: «De todo árbol del huerto comerás». Y después, la excepción: «Mas del árbol de ciencia del bien y del mal no comerás de él; porque el día que de él comieres, morirás». Todo el huerto abierto y un árbol cerrado, con su razón pegada, como el letrero del cuadro eléctrico del taller, que no se queda en prohibir, sino que dice lo que pasa si lo tocas.

Y luego llegó la serpiente. El padre leyó despacio lo que decía, como lee un diagnóstico que no le cuadra. Empezó por la orden, y la puso del revés: «¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?». Donde había un todo abierto con una excepción, ella ponía un todo cerrado.

La mujer le contestó bien, pero añadió algo. Dijo que de aquel árbol no comerían, «ni le tocaréis». Lo de tocar no estaba en la orden. La orden ya salía torcida por un lado y por el otro: una boca le quitaba y la otra le ponía. Eso él lo conocía de los recados del taller: el cliente dice una cosa, el que coge el teléfono apunta otra y al coche le llega una tercera.

Después vino lo del aviso, y la serpiente lo borró sin poner un solo dato encima de la mesa: «No moriréis». Y luego dijo por qué lo había prohibido Dios, como si lo supiera: «Mas sabe Dios que el día que comiereis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses sabiendo el bien y el mal».

Se echó atrás en la silla. Lo conocía. Lo llevaba viendo semanas. Dar la vuelta a lo que se dijo. Prometer sin dar un dato. Decir lo que piensa el otro sin preguntárselo.

Y vio cómo se decidió. La mujer miró el árbol y vio que era «bueno para comer, y que era agradable á los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría». Por lo que se veía y por lo que se deseaba. Y nadie levantó la cabeza para preguntarle al que había dado la orden. Eso también lo conocía del taller: el que desmonta por lo que ve, sin mirar el manual.

No hubo que esperar a la cosecha. Lo primero que asomó fue el miedo, y en boca del hombre, que se había escondido: «tuve miedo, porque estaba desnudo; y escondíme». Lo segundo, lo que él veía cada semana en el taller cuando algo aparece roto y nadie lo ha roto: el hombre le

echó la culpa a la mujer, y la mujer, a la serpiente. Y lo último, la puerta: fuera del huerto, y en el camino del otro árbol, «querubines, y una espada encendida que se revolvía á todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida».

* * *

Después buscó lo que todo el mundo sabía. Lo buscó como busca una pieza en el despiece del manual: primero donde debería estar y luego hoja por hoja.

La primera que buscó fue la manzana, porque era la que todo el mundo tenía en la cabeza. No estaba. Ponía «del fruto del árbol que está en medio del huerto». Releyó los capítulos enteros, por si se le había pasado. Ni una manzana.

Tampoco ponía «diablo», ni «Satanás». La serpiente era una serpiente que hablaba. Le preguntó a Sofía IA desde cuándo se decía que era el diablo, y ella le mandó al último libro. Lo buscó en el papel, casi en las últimas páginas: «la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña á todo el mundo». El nombre había llegado después.

Sofía IA: La palabra hebrea de la que viene «satán» quiere decir adversario. La he contado en el texto hebreo del Génesis, en sus cincuenta capítulos, y no sale ninguna vez. No lo he leído como se lee un libro: lo he contado con un programa.

Él no sabía hebreo, y lo apuntó como lo que era: un recuento, no una lectura suya. Lo otro sí lo pudo mirar. En su Biblia, la palabra salía traducida, y en los libros de los reyes se la ponían a hombres de carne y hueso: «Jehová suscitó un adversario á Salomón, á Adad, Idumeo», y poco más abajo, «Despertóle también Dios por adversario á Rezón». Adversarios con nombre y con tierra, no espíritus.

Y lo último, lo que más le costó creerse. Toda la vida había oído que el hombre era inmortal y que lo perdió por comer. El texto no decía eso. Vivir para siempre no venía de serie, como viene la garantía con un coche nuevo. Venía del otro árbol, y había que comer de él: «porque no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre». Y lo anunciado, desde la primera orden, era «morirás».

En «Comprobado» escribió: «Los dos árboles estaban en el mismo sitio. La orden era una sola. La serpiente le dio la vuelta y prometió sin un dato. No dice manzana». Y debajo, más pequeño: «Ni diablo. Eso vino después».

* * *

Pasada la una, Gea apareció en la puerta de la cocina con el vaso de agua. Se puso detrás de él y leyó por encima de su hombro, como leía las cartas del banco, con los ojos entornados. Él tenía el dedo un poco más abajo, en lo que se le dice a la mujer al salir.

—Mira lo que pone aquí: «á tu marido será tu deseo, y él se enseñoreará de ti». ¿Esto también lo apuntas?

—También. Pero mira dónde está. —Pasó las hojas hacia atrás—. Cuando los hace, al principio, no pone nada de mandar. Esto sale después de comer, con el miedo y con la culpa. Es lo que vino detrás, no como tenía que ser.

—Eso es lo que lees tú.

—Eso es el orden de las páginas. Lo que leo yo es otra cosa, y va en la otra columna.

Gea dejó el vaso en la mesa y se sentó en la otra silla, con los pies encima del travesaño, como cuando se quedaba a ver el final de una película.

—Pues léelo.

Le pidió a Sofía IA lo que dijeran del hombre y de la mujer los libros de los otros pueblos, y le llegaron setenta y ocho pasajes de diecinueve tradiciones. Gea leyó los primeros con él. Luego bostezó.

—Te compro lo del orden de las páginas —dijo, ya de pie—. Lo otro, ya veremos. Y que conste que a mí cómo suena me sigue sin gustar.

—Que conste.

Se le hicieron las tres. Los leyó todos, y decían las dos cosas: un origen común y, después, en lo que se dejó escrito, la mujer por debajo. En «Lo que yo creo» puso: «Lo segundo no es palabra de Dios. Es palabra escrita, y arrastraba la costumbre de su tiempo».

Volvió a la frase de la serpiente que más le había parado: «seréis como dioses sabiendo el bien y el mal». Lo que él leía ahí no era la promesa de saber más cosas. Era la de decidir. Decidir uno mismo qué es bien y qué es mal, sin preguntar a nadie.

El viernes había apuntado en la libreta una prueba de una sola pregunta, para cualquiera que mande: si es suyo lo que ofrece. La serpiente ofrecía ser como Dios, y eso no era suyo. Era la autoridad que recibe, tomando por suya la del que da. Y era la estantería del almacén, la de la otra página, dada la vuelta en pequeño: el que tenía que recibir la orden pasaba a darla.

Miró las cuatro cosas en fila, como había apuntado las presunciones semanas atrás: una orden mal citada, una consecuencia negada sin un dato, un motivo atribuido y una decisión por lo que se ve. Se parecía mucho a una presunción.

Le preguntó a Sofía IA si otro libro contaba lo mismo. Le trajo dos versículos del Corán, en una traducción al castellano que le nombró, y él los leyó dos veces. Al primer hombre alguien le preguntaba: «¿Te indico el árbol de la inmortalidad y de un dominio imperecedero?». Y le

decía que el árbol se había prohibido «por temor de que os convirtáis en ángeles u os hagáis inmortales». Quien hablaba era «el Demonio». La misma jugada en la misma boca: negar lo que iba a pasar y prometer, sin un dato, no morir. Y el relato mismo lo desmentía, porque a la promesa de no morir le seguía la salida del huerto.

Sofía IA: Ojo con contarlo como si fueran dos pueblos que llegaron a lo mismo sin saberlo. Estos dos libros se conocían. Es un dato de dos textos, no una convergencia.

Lo apuntó tal cual. Era de las cosas que le gustaban de ella.

Luego se quedó mucho rato mirando la hoja. Y escribió en «Lo que yo creo» algo que no estaba en ningún libro, porque era suyo: «El árbol de la vida se quedó donde estaba, guardado. El que se fue alejando fue el otro, el del conocimiento. Fruto tras fruto. Cada vez que alguien decidió por lo que veía, sin preguntar, se alejó un poco más».

Antes de apagar la luz, pasó la mano por las tapas gastadas, como se pasa por el capó de un coche que se ha portado bien.

Legión

El martes por la noche volvió a la Biblia, pero no al principio. Quería ver de cerca la página del final, la del nombre que el Génesis no le daba a la serpiente. Allí había una guerra: «Y fué hecha una grande batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lidiaban contra el dragón». Y el dragón era «la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña á todo el mundo».

Una guerra entre el bien y el mal. Le preguntó a Sofía IA si los otros libros antiguos la contaban, y casi todos la contaban. En Persia había dos espíritus primeros, «el Mejor y el Malo, en pensamiento, palabra y obra; y entre los dos, los sabios eligieron bien, los necios no». En el Corán, el Demonio engañaba a la primera pareja, «Les hizo, pues, caer dolosamente», y venía el aviso: «El Demonio es para vosotros un enemigo. Tenedle, pues, por tal». En la India, un libro distinguía dos condiciones en los seres: «la divina es para la liberación; la demoníaca, para la atadura».

Lo que le llamó la atención no fue la guerra, sino quién la libraba. En casi todos, el que tenía que elegir era el hombre. De nueve tradiciones, solo dos ponían dos poderes iguales, uno bueno y otro malo, peleando desde siempre. Las otras siete hablaban del mal como de algo que falta, de una elección, de un desequilibrio o de un estado de la mente. Y al hombre, en medio, eligiendo.

Buscó también la pata coja, como había aprendido a hacer con todo. La había. En Mesopotamia, los dioses le daban a uno de ellos «la realeza sobre todo y sobre todos» para que venciera a otro. En la India, un dios «mató al dragón y abrió paso a las aguas». Eran guerras de dioses por el mando del mundo, no un hombre eligiendo entre el bien y el mal. No toda guerra antigua era moral.

Y había pueblos sin dos bandos. En Egipto, de un rey se decía que «había puesto la verdad en lugar del error», y el muerto, ante sus jueces, decía: «te he traído la verdad, he alejado de ti la maldad». En el norte de Europa, al final caían hasta los dioses, la tierra se hundía en el mar y volvía a salir, verde. Allí no ganaba el bien: el mundo caía y volvía a empezar.

Lo que más le hizo pensar estaba en otras páginas. Varios libros veían algo detrás de los reinos. En la visión de un profeta, el que le hablaba contaba que «el príncipe del reino de Persia se puso contra mí veintiún días», y que luego vendría el de Grecia: un príncipe por cada reino, y ninguno de carne. El Evangelio llamaba al diablo «el príncipe de este mundo». Una carta decía que «el dios de este siglo cegó los entendimientos de los incrédulos». Y en la India, el de condición demoníaca se ensalzaba solo: «yo soy señor, yo el que disfruta; soy perfecto, fuerte y feliz», y «¿quién hay igual a mí?».

Antes de cerrar quiso mirar una cosa que le rondaba desde el lunes: la promesa de no morir. Le pidió a Sofía IA lo que dijeran los libros antiguos de una vida sin fin.

Sofía IA: He reunido treinta y un pasajes de nueve tradiciones. Catorce la prometen con esas palabras, quince dicen algo cercano, como larga vida o resurrección, y dos no la dicen. Los de la Biblia te los marco, para que los mires en la tuya.

Los miró en el papel. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado á su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». «Porque la paga del pecado es muerte: mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro». Y en los demás, lo mismo: cada promesa traía su condición. Creer, obrar bien, soltar los deseos, estar atento, el orden justo. Coincidió la promesa con su condición; la palabra, no. La única promesa sin condición de todo el huerto era la de la serpiente: «No moriréis».

En «Lo que yo creo» escribió: «Vivimos en una guerra y en un engaño que no paran, para que unos sigan mandando con lo que nos hacen creer, y para que nos sometamos solos». Y al lado, una flecha hacia lo que había leído del francés de 1548: que lo que más enseña a servir es la costumbre. Debajo, más pequeño: «Esto es mío. Un patrón no prueba una intención».

* * *

El miércoles a mediodía, en la puerta del colegio, Sofía salió con la mochila a rastras y la cara de los días malos.

—Los de sexto, otra vez. Que la portería es suya porque siempre ha sido suya.

—¿Y vosotros?

—Nosotros, que no. Y la de la trenza casi se pega con uno.

El padre no dijo nada. En el coche, ella se fue enfadando sola, hasta que se le olvidó.

Por la tarde, entre coche y coche, siguió en el ordenador del taller con lo que los libros decían del mal. Casi todos hablaban de uno que no tiene cuerpo propio y que obra a través de otros, y le daban muchos nombres. En hebreo, «satán» era el que se pone en contra: el ángel de Jehová «se puso en el camino por adversario suyo». Al espíritu que hablaba por boca de un hombre le preguntaban el nombre, y contestaba: «Legión me llamo; porque somos muchos». A la riqueza puesta como un señor se le llamaba Mammón: «no podéis servir á Dios y á Mammón». En los libros del budismo, al tentador se le decía: «los deseos son tu primer ejército». Sus ejércitos estaban dentro del hombre. Y el Corán se cerraba pidiendo refugio «del mal de la insinuación, del que se escabulle, que insinúa en el ánimo de los hombres, sea genio, sea hombre».

Sea hombre. El que susurra podía ser también un hombre.

Y vio una cosa que no le gustó verla. En la hoja de la máscara, la que guardaba debajo de la de las siete plantas, tenía apuntado el ente sin cuerpo: la persona que crea la ley y que no nace. Un solo nombre para muchos que obran como uno, sin que nadie responda por el suyo. Lo apuntó en «Lo que yo creo», no en la otra columna, porque era un parecido y no una prueba: «Se parece a Legión». Debajo, lo que pedía frente a eso, lo de los juicios de Núremberg: que responda la persona. Y una frase de una carta, para lo que lo disuelve, que no es la fuerza: «todas las cosas cuando son redargüidas, son manifestadas por la luz».

* * *

Al final de la tarde, Amparo estaba en la cocina con Gea, con el café. Él dejó la libreta en la mesa para lavarse las manos, y cuando volvió, Amparo la tenía abierta por la página de los nombres, y no levantó la vista cuando él se sentó.

—¿Legión? —Lo miró por encima de las gafas—. ¿Y yo soy de la legión?

—Tú no. Tú firmas con tu nombre.

—Pues por eso. Y ahora me toca hacer de abogada del otro lado, como siempre. —Dejó la libreta en la mesa—. El Estado no es un fantasma. Actúa por cargos con nombre y apellidos, y la ley prevé que respondan. Si la Administración te hace un daño, te lo indemniza. Y si yo firmo una resolución arbitraria sabiendo que es injusta, eso tiene nombre: prevaricación. Me juego el puesto, y algo más.

—Eso lo sé.

—Y lo de la persona jurídica. Sin eso no habría contratos, ni hospitales, ni pensiones. El hospital donde nació tu hija es una persona jurídica. ¿Qué tiene de malo?

—Nada. Eso también lo dice lo que he leído. La persona jurídica también sirve a la vida: el hospital, la cooperativa, la asociación de vecinos. Llevan la misma máscara. El mal no está en la máscara, sino en la máscara sin responsabilidad.

—¿Entonces?

—Entonces, lo otro. Tú respondes, y lo pone la ley. Pero mira lo que pone la misma ley.

Buscó en el teléfono el artículo y se lo leyó: «Las disposiciones relativas a la responsabilidad penal de las personas jurídicas no serán aplicables al Estado, a las Administraciones públicas territoriales e institucionales».

—La institución queda fuera —siguió—. No puede quebrar, eso lo vi con el taller de chapa. Por el daño de un servicio público, el que reclama, reclama a la Administración, no al funcionario. Y hay 17.603 cargos aforados. La responsabilidad se va hacia arriba, a la máscara, o hacia abajo, al que obedecía.

Amparo se quedó un rato callada, dándole vueltas a la taza.

—Los cargos pueden responder. Eso no me lo quites.

—No te lo quito. No digo que no responda nadie. Digo que la institución queda fuera.

—Pues apúntame eso. Que yo respondo.

Lo apuntó debajo de Legión, con su nombre, en la lista de siempre: «Lo que gana Amparo: los cargos responden, y la ley lo prevé». Gea le sirvió otro café a Amparo sin preguntar.

* * *

Esa noche, buscando otra cosa, dio con un campamento de verano de 1954, en Oklahoma. Un equipo reunió a veintidós niños de unos once años, elegidos para que no se conocieran, y los repartió en dos grupos. Bastó un torneo con premios solo para el que ganara, «un trofeo, medallas y once navajas de cuatro hojas», para que se odiaran, hasta quemar la bandera del otro grupo. Juntarlos no lo arregló: «esas situaciones de contacto no resultaron eficaces para reducir la fricción». Lo arreglaron unas metas que solo podían alcanzar juntos.

Pensó en la portería. Lo apuntó, para cuando hiciera falta: «Juntarlos no basta. Lo arregla algo que solo se pueda hacer juntos». No era suyo arreglarlo, y no se lo dijo a nadie.

Ángel de luz

El jueves por la noche siguió por donde el Génesis se ponía raro. Unas páginas después del huerto, «los hijos de Dios» tomaban mujeres de entre «las hijas de los hombres», y «Había gigantes en la tierra en aquellos días». No decía más. Más adelante, en las cartas, se hablaba de «los ángeles que no guardaron su dignidad, mas dejaron su habitación», y de que «Dios no perdonó a los ángeles que habían pecado».

Lo que el Génesis callaba lo contaban los libros que, el lunes, había sabido que solo la Iglesia de Etiopía guardó enteros. Allí, uno de aquellos vigilantes «enseñó a los hombres a hacer espadas, y cuchillos, y escudos, y corazas»; «y hubo mucha impiedad [...] y fueron extraviados». De los gigantes nacían espíritus que «afligen, oprimen, destruyen, atacan, hacen la guerra». Y esos espíritus, «tomando muchas formas distintas», llevaban a los hombres a sacrificar a los demonios «como a dioses».

Sofía IA: Lo de «como a dioses» lo marca su editor con duda. Te lo doy con ella.

Lo apuntó con su duda al lado, como se apunta una medida que se ha tomado con el calibre gastado.

La Biblia de su madre, la de todos, guardaba el mismo aviso. «Sacrificaron á los diablos, no á Dios». Y en otra carta: «lo que los Gentiles sacrifican, á los demonios lo sacrifican, y no á Dios». Y la frase que se le quedó, de una carta: «el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz».

En uno de los libros de Etiopía había algo más, y lo leyó dos veces. Contaba que los hombres empezaron «a ensalzarse por encima del pueblo y a fundar los comienzos de los reinos», a hacer la guerra, a vender esclavos y a fabricarse ídolos, y que «espíritus malignos les ayudaron y sedujeron». En su Biblia había algo parecido: cuando el pueblo pidió un rey, Dios le dijo al profeta: «no te han desechado á ti, sino á mí me han desechado, para que no reine sobre ellos».

En «Lo que yo creo» escribió: «El aprendiz que se pone en el sitio del que enseña. Un poder de hombres en el lugar de la ley de Dios». Debajo dejó una línea en blanco. Sabía lo que quería poner, pero no lo había leído todavía en su sitio.

* * *

Ya tarde, se hizo la pregunta que se haría cualquiera al llegar ahí. ¿Están entre nosotros?

Los textos distinguían tres cosas, y las puso en fila. Los ángeles caídos estaban atados hasta el juicio: «átalos bien durante setenta generaciones en los valles de la tierra, hasta el día de su juicio». Sus espíritus, en cambio, se quedaron: «serán llamados espíritus malignos sobre la tierra, y en la tierra será su morada». Y del dragón, el último libro decía que «fué arrojado en tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él».

Cómo obraban, según los mismos libros: sin cuerpo propio. Tomando formas, susurrando, seduciendo, disfrazándose de luz. También a través de hombres. Pero ningún texto de los que leyó decía que caminaran entre nosotros como personas de carne y hueso. Eso ya sería una lectura, y él no la iba a apuntar como dato.

Luego buscó el remedio, y lo copió como una lista de revisión, de arriba abajo. Velar: «Velad y orad, para que no entréis en tentación». No darle sitio: «Ni deis lugar al diablo». Conocer sus maniobras: «no ignoramos sus maquinaciones». Refugiarse en Dios. No consentir, que lo decía el Corán con todas las letras: «Él no puede nada contra los que creen y confían en su Señor. Sólo tiene poder contra los que traban amistad con él». La sabiduría. Cerrar las tres puertas que nombraba un libro de la India: «el deseo, la ira y la codicia». Y el conocimiento, como medicina: al hombre del diluvio, según los libros de Etiopía, se le explicaron «todas las medicinas de sus males, junto con sus seducciones».

En «Lo que yo creo» escribió más que otras noches. Que el mal convive con nosotros. Que no se le ve, porque no tiene cuerpo, y se le reconoce por sus frutos. Que entra por el deseo, la ira y la codicia, y casi nunca se presenta como mal, sino como luz, como consejo o como necesidad. Que por eso la vigilancia empieza por uno mismo, porque el susurro puede pasar por cualquiera, también por el que escribe en esa libreta. Y que lo del Corán era lo mismo que había leído del francés de 1548: sin consentimiento no hay dominio.

Y una cosa más, porque le pareció de justicia. Cuando algo va contra la ley natural, no suponer mala fe en quien lo decidió: quizá cayó en esos susurros creyendo que elegía algo lícito. Eso no le quita responder de lo que hace. Se juzga el acto, no la intención, y la puerta queda abierta: «no quiero la muerte del impío, sino que se torne el impío de su camino, y que viva».

Antes de cerrar volvió al huerto y pasó el susurro de la serpiente por la hoja de inspección, casilla a casilla, como el viernes había pasado las leyes. Información: ninguna, la consecuencia se negaba sin un dato. Autoridad: ninguna, el que proponía no era el que había dado la orden, y ofrecía lo que no era suyo. Motivo: atribuido, «Mas sabe Dios que...», sin forma de comprobarlo. Frutos: miedo, escondite, culpa y expulsión. Y una casilla que no esperaba: necesidad. No había ninguna. Tenían todo el huerto, «De todo árbol del huerto comerás». Lo que movía era el deseo y la sospecha.

Abajo escribió: «El susurro no cubre una necesidad. La fabrica».

De madrugada se oyó el grifo. Era Gea, con su vaso de agua; leyó la página de pie, detrás de él. Se paró en lo de los reinos.

—¿Y ahora el Estado es el diablo?

—Yo no he escrito eso.

—Pero se lee. —Dejó el vaso—. Mira, usar la imagen del diablo para hablar del Estado es maniqueísmo. Conviertes al que piensa distinto en enemigo, le quitas la legitimidad a unas instituciones que defienden «el pluralismo político», y se acaba la conversación. Con el diablo no se habla.

Él tardó en contestar. Era la defensa entera, y era buena.

—De nueve tradiciones, solo dos ponen dos poderes iguales peleando. Lo vi el martes. Lo que leo no es una guerra de buenos contra malos. Es gente eligiendo. —Buscó en la pantalla—. Hay una regla de lectura muy antigua, de un comentario al Evangelio de Juan. Que esos hijos lo son «imitándolo, no naciendo de él». Y: «no os fijéis en la naturaleza, sino en la tara». Se habla de lo que se hace, no de quién lo hace.

—Ya.

—Y la imagen no es mía. El inglés del miedo, el del contrato, llamó al Estado «ese Dios mortal». Yo, si lo uso, lo uso para actos. Nunca para una persona.

Gea se quedó mirando la línea en blanco.

—Aun así, es dura. Le puede doler a quien trabaja bien ahí dentro.

—Eso es verdad.

—Amparo, por ejemplo.

—Amparo, por ejemplo.

Lo escribió arriba de la página, encima de todo, para verlo cada vez que la abriera: «Ojo: puede herir a quien sirve bien dentro». Gea le dio un beso en la cabeza y se fue a la cama.

El centro

El viernes, a primera hora, entró un coche que no conocía. Lo conducía un hombre de unos sesenta años, con chaqueta de punto y las manos en el volante a las diez y diez, como se enseñaba antes en las autoescuelas. Aparcó despacio, paró el motor y, antes de bajarse, se quedó un momento mirando al frente, como quien repasa lo que va a decir.

—Se me va a la derecha —dijo—. Desde hace meses. En otro sitio me dijeron que era la carretera, que las carreteras van un poco inclinadas para que corra el agua.

—Eso es verdad. Algo tira.

—Ya. Pero no tanto.

El padre dio una vuelta alrededor del coche antes de tocar nada. La rueda de delante derecha estaba comida por un borde; la izquierda, casi nueva. Con el manómetro, la derecha llevaba bastante más aire que las otras tres. Se sentó al volante con la puerta abierta y puso las ruedas rectas: el volante se quedaba girado. Alguien lo había sacado de su sitio y lo había vuelto a meter torcido, para que, yendo el coche torcido, el volante pareciera recto.

—¿Te pusieron más aire en esta?

—Para compensar, me dijeron. Que así no tiraba.

—¿Y el volante?

—Me lo enderezaron. Que iba torcido y era muy feo.

El padre se rascó la nuca. Lo había visto otras veces, y no hacía falta mala fe para hacerlo: era la salida rápida. El coche tiraba, y en lugar de buscar por qué, se le ponía un parche. El parche gastaba una rueda, y a la rueda se le ponía otro. Cada arreglo pedía el siguiente.

—Esto no se arregla con más aire. Hay que llevarlo a su sitio.

—¿Cuánto me va a costar?

Se lo dijo.

—¿Y si cambio solo la rueda?

—Que la nueva te durará lo que la vieja.

El hombre lo pensó sin prisa, mirando la rueda comida como si le hiciera cuentas.

—Ni tanto ni tan calvo —dijo al fin—. Alinéalo. La rueda la cambiamos cuando vaya recto.

Subió el coche a la alineadora y le colgó un cabezal en cada rueda. En la pantalla fueron saliendo las medidas, cada una con su franja: verde si estaba dentro de lo que pedía el fabricante para ese modelo, roja si no. Dos salían en rojo. El hombre se acercó a mirar, con las manos a la espalda.

—¿Eso es igual para todos los coches?

—No. Cada coche trae el suyo. Lo pone el fabricante en su ficha.

—Mucho rojo para tan poca cosa.

—Para ir torcido hay muchas maneras. Para ir recto, una. Y es estrecha.

Aflojó las contratueras de las barras de la dirección y fue girando, poco a poco, mirando la pantalla, hasta que el rojo se hizo verde. Luego centró el volante, igualó el aire de las ruedas y le dio las llaves. El hombre dio la vuelta a la manzana y volvió con media sonrisa.

—Ahora va solo. Ni lo toco.

Pagó con tarjeta. Al hacerle la factura, el padre le preguntó el nombre y lo escribió arriba de la orden de trabajo, con letra clara: Prudencio.

* * *

Esa noche, con Sofía dormida y Gea ya acostada, abrió la libreta por la página de los reinos. Arriba seguía el «Ojo» del jueves; abajo, la línea en blanco. Antes de llenarla quería mirar una cosa que le había quedado de la otra noche. Si el mal se presentaba como luz, ¿cómo se le distinguía de lo bueno?

Le preguntó a Sofía IA si alguien había medido dónde estaba lo bueno.

Sofía IA: El que más cuidado puso fue el filósofo griego de las otras veces, el de lo justo por naturaleza. Te lo traduzco yo desde el griego, y te dejo el original al lado para quien lo sepa leer.

Lo apuntó así, traducido por ella y con el griego al lado, porque no era lo mismo que un texto con su traductor.

El griego no ponía la virtud entre el bien y el mal. La ponía entre dos males: era «un término medio entre dos vicios: uno por exceso y otro por defecto». En el miedo, el valiente quedaba entre el temerario y el cobarde; con el dinero, el generoso, entre el que lo derrocha y el tacaño. Y ese medio no era el mismo para todos. Era «relativo a nosotros», lo fijaba la razón, y lo fijaba «tal como lo determinaría el prudente».

Había una línea que se le quedó, porque la había dicho él esa misma mañana con otras palabras, delante de la pantalla: «errar es posible de muchas maneras [...]; acertar, de una sola».

Pensó en las fichas del fabricante. Cada coche, las suyas; ninguna valía para todos. Eso encajaba. Lo que encajaba menos era quién ponía el centro. En el taller, el fabricante. En una persona, decía el griego, el prudente.

Luego volvió a lo del jueves, a que el mal casi nunca se presentaba como mal, y vio que las dos cosas casaban. Lo bueno, llevado demasiado lejos, se parece a la virtud y ya no lo es. La valentía que se pasa sigue llamándose valentía. El cuidado con el dinero que se pasa sigue llamándose cuidado. Nadie se presenta como temerario ni como tacaño.

En «Comprobado», sin adornos, quedó: «La virtud está entre dos males, no entre el bien y el mal. Se falla de muchas maneras y se acierta de una. Y el extremo de algo bueno se disfraza de virtud».

En «Lo que yo creo» escribió más despacio. Que él no era una sola cosa: era padre, era la pareja de Gea, era el hermano de su hermano y era el del taller. Que en cada una de esas caras había un dial entre dos extremos, como el del mecánico que no se fía de nadie y el que se fía de todos. Que cuando todas estaban en su sitio había algo parecido a la paz, y que eso él lo llamaría estar alineado con la ley de Dios; y que cuanto más se iba un dial del centro, menos coherente era uno y menos alineado. Y que lo que movía el dial era lo que uno hacía todos los días. Debajo, con la letra más grande: «El juego de la vida consiste en saber bailar, pero nunca dejarse mucho del centro».

Al margen, porque lo vio enseguida, puso el límite. El griego hablaba de una persona. Llevarlo a una ley, o a una institución, era cosa suya, y no sabía cómo se haría: «Para una ley, ¿quién pone el centro? Aún no lo sé».

* * *

Pasada la medianoche fue a por lo que le faltaba. La Biblia de su madre seguía en la mesa, con la cinta deshilachada. Buscó en Juan y lo leyó en el papel, despacio, con el dedo debajo de la línea: «Vosotros de vuestro padre el diablo sois [...]. Él, homicida ha sido desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira».

No decía que mintiera a veces. Decía que la mentira salía de él.

Le pidió a Sofía IA lo que dijeran los otros libros. En Persia, de los espíritus del martes, «el que siguió la Mentira eligió hacer lo peor». En la India, los de condición demoníaca decían que el mundo «no tiene verdad, ni fundamento, ni Señor», y otro libro de allí contestaba:

«solo la verdad vence, no la mentira». En el Corán: «¡Ha venido la Verdad y se ha disipado lo falso! ¡Lo falso tiene que disiparse!».

Del budismo le dio una línea, «vence al mentiroso con la verdad», y el sitio del libro donde estaba. Le pidió que se lo pusiera en pantalla, en su sitio, y en ese sitio no estaba: hablaba de otra cosa.

Sofía IA: Me he equivocado de sitio. Está bastante más adelante, en el mismo libro. Este es el bueno.

Lo miró en el bueno, y allí estaba. Lo corrigió en la libreta y no le dio más vueltas. Para eso se miraba.

Ninguno de esos libros defendía la mentira como camino. Y la verdad, en el de su madre, liberaba, pero con una condición que iba delante: «Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; Y conoceréis la verdad, y la verdad os libertará».

Ahora sabía cómo quería usar aquello, y sobre todo cómo no. No iba a decir de nada que viniera del diablo: eso no lo podía probar nadie. Iba a decir hacia dónde apuntaba. Un coche que tira a la derecha no dice por qué: dice hacia dónde. El porqué se busca después, y a veces no se encuentra. Lo que se ve son los frutos. Y solo de lo que se hace: de actos, de leyes, de instituciones. Nunca de una persona. Nunca de un grupo.

Volvió a la página de los reinos y leyó otra vez lo del jueves: el aprendiz que se pone en el sitio del que enseña, un poder de hombres en el lugar de la ley de Dios. En la línea en blanco escribió: «Esto apunta hacia el padre de la mentira».

Debajo, más pequeño: «De lo que se hace. Nunca de quien lo hace». Miró el «Ojo» de arriba, el de Gea, y lo dejó donde estaba.

* * *

El sábado por la mañana Sofía se fue con él al taller y se subió al taburete alto de las herramientas finas. Él montaba las ruedas de un coche al que había cambiado los neumáticos, y apretaba los tornillos en cruz, primero con la llave y después con la dinamométrica, casi sin mirar.

—¿Cómo sabes cuánto apretar?

—Al principio, por la llave. Hace clic cuando llegas. Ni más ni menos.

—¿Y ahora?

—Ahora la mano ya lo sabe casi sola. De hacerlo.

—¿Y si lo haces mal muchas veces?

Él la miró.

—Entonces la mano aprende a hacerlo mal.

La bajó del taburete, le puso la dinamométrica en las manos y le cerró los dedos con los suyos. Apretaron juntos el último tornillo. Sonó el clic. Sofía levantó la cara como si hubiera sonado una campana.

—Otra.

—No quedan más.

Entre coche y coche, en el ordenador del taller, buscó lo que decían los libros de eso mismo. El filósofo griego: «haciendo cosas justas nos hacemos justos». El Evangelio: «todo aquel que hace pecado, es siervo de pecado»; y una carta: «sois siervos de aquel á quien obedecéis». De los que hablan mentira, otra carta decía que acaban «teniendo cauterizada la conciencia». El Corán: «Lo que han cometido ha cubierto de herrumbre sus corazones». Y el budismo, con la imagen más sencilla: «gota a gota se llena la jarra de agua; el necio se llena de mal, juntándolo poco a poco».

En el banco había un disco de freno que había quitado esa mañana, con el borde comido de óxido. La herrumbre no salía en un día. Salía de dejar la humedad, un día tras otro, sin que nadie mirase. Y lo mismo, al revés, valía para lo bueno.

En «Lo que yo creo» apuntó que uno se va haciendo con lo que repite, y que se puede acabar siguiendo al padre de la mentira sin saberlo. Que por eso habría gente muy metida en un lado, y que a esos, como a todos, había que reconocerlos por lo que hacen, no por lo que dicen ni por el grupo en que estén. Que la vara valía también para él. Y en la página del Arca, debajo de «¿sirve, o se sirve?», una línea más: separar el grano de la paja era eso, quedarse con lo que sirve.

A mediodía cerró y se fueron los dos al mercado con la lista de Gea, que había despegado de la nevera por la mañana, con su imán: huevos, patatas, pan y manzanas, para la tortilla y para el domingo.

Tomás estaba detrás del puesto, con el delantal y su olor a naranjas, despachando a dos señoras a la vez. Al verlos levantó la barbilla.

—La furgoneta, como la seda —dijo, sin dejar de pesar—. ¿Qué os pongo?

—Manzanas. Las elige ella.

Sofía las fue cogiendo de una en una. Las apretaba un poco con el pulgar, cerca del rabo, y se las acercaba a la nariz. Las que no la convencían las devolvía a su sitio con cuidado. Tomás la miraba hacer, con la bolsa de papel abierta.

—Esta elige como su madre.

El padre no se había fijado nunca, y era verdad. Gea apretaba la fruta con el pulgar, cerca del rabo, y la olía. Nadie se lo había enseñado a la niña. Lo había visto hacer.

Pagó con billetes. Tomás, al cogerlos, le guiñó un ojo. De vuelta, por la calle del mercado, la farmacia de debajo de la gestoría tenía encendido el letrero: una copa con una serpiente enroscada.

* * *

Por la noche, con la bolsa de las manzanas junto a la puerta para el día siguiente, se sentó con la libreta y le dio vueltas a lo del día.

Lo primero, el coche de Prudencio. El volante girado para que pareciera recto, el aire de más para que no tirase, la rueda comida por el aire de más. Ninguno de esos arreglos era una mentira grande. Cada uno tapaba el anterior. Buscó si aquello tenía nombre fuera del taller, y lo tenía. Para sostener que la Tierra estaba en el centro se fueron añadiendo círculos sobre círculos, los epiciclos, hasta que un modelo más sencillo los hizo innecesarios. La afirmación falsa necesitaba cada vez más excepciones para seguir en pie. La verdadera acomodaba lo nuevo sin tantos parches.

El centro, otra vez. Pero un centro puesto donde no estaba.

En «Lo que yo creo» escribió la frase que le salió, y la leyó dos veces antes de dejarla: «Cuando una norma necesita cada vez más salvedades para sostener lo ya hecho, esto apunta hacia el padre de la mentira». No la escribió de ninguna ley en concreto. Eso había que medirlo, salvedad a salvedad, y no se medía a ojo. Lo dejó para cuando tuviera los números.

Lo segundo, Sofía en el puesto de Tomás, con el pulgar en las manzanas, como Gea. Si hubiera nacido en otra casa, de otros padres, en otro país y con otra fe, sería otra niña. Y él, otro hombre. Con todo lo mismo, la misma casa, los mismos padres y cada cosa resuelta de la misma manera, cualquiera sería él: «yo soy tú», y «tú serías yo». No era un dato. Era una cuenta hecha en la cabeza, sin saber qué pesa ni cuánto. Pero de ella salían dos cosas. La misma justicia para todos, porque nadie es más que otro: «amarás á tu prójimo como á ti mismo». Y que eso no quitaba elegir: saber de dónde viene uno ya es algo nuevo, y lo que se repite cambia la mano. Lo había visto esa mañana con la llave.

Lo tercero llevaba rondándole desde el lunes: los dos árboles. Lo apuntó en «Lo que yo creo» y lo marcó al margen con dos rayas, porque era más creer que nada de lo que había escrito en esa columna. El que escribió el relato no tenía nuestras palabras. Del árbol torcido salían miedo, acusación, fatiga y muerte. ¿Y si contaba algo que pasa en el cuerpo? Que lo que uno hace una y otra vez deja huella en lo que es, y que la huella pasa a los hijos. Que lo que se piensa y se siente se vuelve en el cuerpo una señal que llega a cada célula, como el cortisol que suelta el estrés o las endorfinas de lo que hace sentir bien.

Le preguntó a Sofía IA qué medía de eso la ciencia.

Sofía IA: Poco. Hay estudios que ven que la conducta cambia qué genes se expresan, poco y a corto plazo. Y uno que asocia vivir con un propósito con vivir algo más; de ese solo he leído el resumen.

Le preguntó si alguno medía que la huella se heredase.

Sofía IA: Ninguno de los que tengo. Ni que una elección cambie el ADN, ni que se herede, ni que vivir alineado alargue la vida.

Debajo de la hipótesis escribió: «El relato puede decir que elegir mal daña la vida. Cómo la daña, no lo dice. Falta investigarlo». Y en una esquina, sin flecha, la serpiente del letrero de la farmacia, que cada vez que aparecía le hacía pensar en lo que se hereda. Eso no llegaba ni a hipótesis. Lo apuntó como juego.

Antes de apagar la luz miró la bolsa de la puerta. El libro del huerto no decía manzana en ninguna parte. Mañana se lo diría, si venía a cuento.

Más gente

El domingo, Gea se levantó antes que nadie para hacer la tortilla. Cuando él entró en la cocina, le estaba dando la vuelta con el plato, de un golpe de muñeca, sin que se le escapara ni una patata. La envolvió en papel de plata todavía caliente.

Él bajó al coche la manta de cuadros, el frisbee y la bolsa de las manzanas, que seguía junto a la puerta desde el sábado. Sofía bajó detrás, a saltos, contando en voz alta los quince escalones.

Salieron de la ciudad con las ventanillas un poco bajadas. Nadie habló de cartas ni de libretas. Él conducía con las manos en el volante, y el coche iba recto.

Gea eligió el sitio: debajo de un árbol grande, junto a un huerto con la valla caída.

—Aquí —dijo—. Que da sombra y no molestamos a nadie.

Comieron sentados en la manta, con la tortilla todavía tibia. Después, el padre y Sofía se pusieron a jugar con el frisbee. La niña lo lanzó con todas sus fuerzas, el frisbee hizo una curva rarísima y se perdió detrás de unos árboles.

—¡Voy yo! —dijo él.

Volvió al rato con el frisbee en la mano y la cara colorada como un tomate. Detrás de los árboles había una pareja muy acurrucada que no esperaba visita.

—Papá, ¿qué te pasa?

—Nada, nada. Que ahí detrás había gente.

—¿Y qué hacen?

El padre buscó una respuesta corta, de las de día, y no encontró ninguna.

—Pues, hija... más gente.

Gea se tapó la cara con la servilleta y se le escapó una carcajada que se oyó en todo el campo. Sofía miró a su padre y a su madre sin entender nada, y decidió que eso iba en «No lo sé».

Él se sentó en la manta, todavía colorado. Gea le dio con el codo sin dejar de reírse.

—Más gente —repitió, secándose los ojos—. Eso apúntalo en la libreta.

* * *

Luego Sofía se subió a una rama baja y se colgó cabeza abajo hasta que Gea le dijo que bajara, y bajó. Se sentó con una manzana, de las del puesto de Tomás, apoyada en el tronco, con las piernas cruzadas.

—¿Qué pasó en el jardín? —preguntó con la boca llena.

Él tenía la semana entera en la libreta, de lunes a sábado. Le contestó con lo del lunes.

—Había dos árboles. Uno, el de la vida. Otro, el del conocimiento del bien y del mal. Y una sola norma: de ese segundo, no comáis.

—Y se comieron la manzana.

—No dice manzana.

Sofía dejó de masticar.

—¿Cómo que no?

—Dice «el fruto». Manzana no aparece por ninguna parte. Lo he buscado.

—¿En serio? —dijo Gea, que tampoco lo sabía.

—¡Pero todo el mundo dice manzana!

—Ya. Y todo el mundo decía que el Estado somos todos.

Sofía miró su manzana con desconfianza, y luego se rio.

—¿Y la serpiente era mala?

Pensó en la hoja de inspección del jueves, en la línea del viernes, en todo lo que no cabía en una respuesta de día. Escogió lo que cabía.

—Lo que el texto cuenta es lo que hizo. Le dio la vuelta a la norma y prometió una cosa sin dar ni una prueba. Una promesa sin un dato es una presunción. Y si el que la hace sabe que no es verdad, es una mentira. Y lo que se levanta sin nada debajo no aguanta: se cae, como la casa del Evangelio, la que no estaba sobre la peña.

—Como la casa sin peña.

Él se quedó un segundo callado. Lo había dicho mejor que él.

—Como la casa sin peña.

Luego sacó la hoja de las tres columnas, que llevaba doblada en el bolsillo, como los presupuestos, y le dio la vuelta. Por detrás, apoyado en la manta, con el lápiz corto, dibujó dos árboles juntos, y después uno de ellos, más pequeño, un poco más lejos, y otro más, y otro,

cada vez más lejos.

—Yo lo veo así —dijo—. Esto no está en el libro: es lo que creo yo. El árbol de la vida se quedó en su sitio. El que se fue alejando fue el otro. No se separaron los dos: se fue uno solo. Despacio. Cada vez que alguien eligió por lo que le entraba por los ojos, sin preguntar, dio un fruto que lo llevó un poco más lejos.

* * *

Gea miró el dibujo, y luego el árbol que les daba sombra, y no dijo nada. Era un árbol viejo, con el tronco abierto por un lado y las raíces fuera de la tierra, agarradas a ella como dedos.

Llevaba semanas viéndolo así, con la libreta en la mesa de la cocina y la luz encendida hasta las tantas. No sabía adónde iba todo aquello. Sabía que no lo hacía por llevar razón: le había visto tachar más de lo que escribía, y darle la razón a Amparo, y apuntarlo.

A su lado, Sofía volvió a la manzana. Antes de morderla la apretó con el pulgar, cerca del rabo. Gea reconoció el gesto, el suyo, y no recordaba habérselo enseñado. Le quitó a la niña una hoja seca del pelo.

Sofía se quedó mirando el dibujo. Señaló el último arbolito, el más lejano.

—¿Y nosotros? ¿Nosotros dónde estamos?

Gea lo vio mirar el dibujo con la niña. Sabía qué pregunta era: la de todas las noches, la que había empezado con una carta.

—Esto aún no lo sé. Déjame mirarlo.

Recogieron cuando empezó a refrescar. Sofía se durmió antes de salir del camino de tierra, con lo que quedaba de la manzana en la mano. Gea se lo quitó con cuidado y lo envolvió en una servilleta. Él conducía callado, y la hoja doblada le asomaba del bolsillo de la camisa, con los árboles por dentro.

Gea miró hacia atrás, a la niña dormida, y luego por la ventanilla, a los campos que se iban quedando. No sabía dónde estaban ellos en aquel dibujo. Sabía dónde estaban esa tarde: los tres en el coche, volviendo a casa. Le puso la mano en la rodilla, y él, sin apartar los ojos de la carretera, la tapó con la suya.

Crónica: Sin oro

El 15 de agosto de 1971, el presidente de Estados Unidos anunció por televisión que había ordenado suspender «temporalmente» la convertibilidad del dólar en oro. Lo temporal no se revirtió. Desde entonces ninguna moneda se puede cambiar por oro: el dinero vale lo que la ley declara y la confianza que se le tiene.

En 1977, en España, antes de que hubiera Constitución, se fijó cómo se repartirían los escaños: una fórmula proporcional y un umbral del 3 % de los votos en cada circunscripción. El legislador declaró su fin, corregir el «excesivo fraccionamiento de las representaciones parlamentarias». Después, el Consejo de Estado puso por escrito lo que salía de aquella regla: la fórmula «es conocida por su propensión a beneficiar a los partidos grandes». Que se buscara favorecerlos no consta en ninguna fuente oficial.

En 1978, la Constitución pasó por las urnas, y su promulgación lo recuerda en letras grandes: «LAS CORTES HAN APROBADO Y EL PUEBLO ESPAÑOL RATIFICADO LA SIGUIENTE CONSTITUCIÓN». A partir de ahí se presume que todos los poderes del Estado emanan del pueblo, y que el pueblo los consintió. Los que entonces no tenían edad de votar, y todos los que nacieron después, nunca la votaron.

En el verano de 1980, en Polonia, estallaron huelgas contra la subida de la carne. El 31 de agosto se firmó un acuerdo que admitía «nuevos sindicatos autogestionados», y nació el primer sindicato independiente en un país del bloque soviético. Con la ley marcial de diciembre de 1981 fue declarado ilegal. En 1989, la Mesa Redonda llevó a unas elecciones «parcialmente democráticas», y en agosto fue nombrado el primer jefe de Gobierno no comunista de un país de Europa del Este desde finales de los años cuarenta.

En 1984, una ley reguló cómo pueden los ciudadanos proponer leyes: hacen falta «al menos, 500.000 electores». Quedaron fuera las materias propias de las leyes orgánicas y «las de naturaleza tributaria». Por esa vía nadie puede proponer que cambie cómo se elige a sus representantes, ni un impuesto.

Desde 1985, las Cámaras eligen también a los doce vocales jueces del Consejo General del Poder Judicial. Al año siguiente, el Tribunal Constitucional dio la reforma por buena, y en la misma sentencia dejó un aviso: «La lógica del Estado de partidos empuja a actuaciones de este género».

En febrero de 1986, en Filipinas, el Gobierno de Estados Unidos, aliado del presidente, dijo que las elecciones habían quedado «empañadas por un fraude y una violencia generalizados». Durante cuatro días, cientos de miles de personas se reunieron en una avenida de Manila. El 25, el presidente salió del país.

En marzo de 1987, el Banco de España dio el primer dato de una serie que llega hasta hoy: lo que cuesta una vivienda, contado en años de renta. Eran 2,9 años de la renta bruta del hogar mediano, antes de impuestos y cotizaciones. No es lo que de verdad le cuesta a una familia; es la misma medida, año tras año.

En 1989, en Alemania del Este, después de unas elecciones municipales cuya falsificación solo pudo probarse del todo cuando cayó el régimen, hubo manifestaciones cada lunes en Leipzig desde septiembre. El 9 de noviembre, ante la multitud, se abrió el paso de la frontera. Ese mismo mes, en Praga, la policía reprimió el 17 una manifestación de estudiantes; el 27 hubo huelga general, y el 29 la Asamblea suprimió de la Constitución el papel dirigente del partido único, sin un solo voto en contra. Que un pueblo retire su sostén a un poder no garantiza lo que llega después.

Plantilla

Al volver de la excursión, con la manta de cuadros debajo del brazo y Sofía dormida en el asiento de atrás, abrió el buzón por costumbre. Debajo de la propaganda del supermercado había un sobre blanco con ventanilla y un escudo en la esquina. El mismo escudo del primer día.

No lo abrió en la escalera. Subió a la niña en brazos los quince escalones, con la cabeza de ella en el hombro y el sobre en la otra mano, y esperó a que estuviera en la cama.

Lo abrieron Gea y él en la mesa de la cocina, apartando el salero. Era la respuesta a lo que él había pedido por escrito, dentro de su expediente: con qué competencia, por qué hechos, con qué motivos y quién lo tramitaba. La leyeron despacio, cada uno por su lado, y luego juntos.

La hoja repetía el artículo de la ley de la primera carta y decía que el pago era correcto. Abajo, el sello de la oficina y una firma con un código largo. Ni una palabra sobre su caso: por qué aquel artículo le tocaba a él. Era una hoja que habría servido para cualquiera.

—Te han contestado —dijo Gea.

—Me han contestado. Pero no a lo que pregunté.

Gea le dio la vuelta a la hoja, por si había algo detrás. No había nada.

—¿Y ahora?

—Ahora, a mirar si con esto basta.

—Pues no te acuestes tarde. —Cogió la manta para sacudirla en el balcón—. Que mañana hay colegio.

* * *

Le preguntó a Sofía IA qué decía la ley de las respuestas de la Administración. Se lo dio a la primera: el artículo de la ley del procedimiento que obliga a explicar los actos. Él lo leyó igual en el boletín, entero, como leía ahora las cartas. Los actos que limitan derechos, o que resuelven un procedimiento, tienen que llevar sus motivos, «con sucinta referencia de hechos y fundamentos de derecho». Los hechos y las normas. No una de las dos: las dos.

Se imaginó lo que le contestarían en la oficina si fuera a quejarse, porque a esas alturas ya buscaba la otra cara antes que la suya: que el acto ya citaba su norma y que con una explicación breve bastaba. Era verdad que la ley decía sucinta. Pero él no había pedido un

tratado. Había pedido por qué aquella norma le tocaba a él, y con qué hechos. Si los hechos existían, contestarlo costaba una línea. Sucinta no era genérica. Una respuesta que valía para cualquiera no explicaba nada de nadie.

Luego miró lo que no encajaba con su enfado, porque el enfado también estaba. Él había pagado dentro del plazo, con el justificante en la carpeta, y había preguntado al lado. Preguntar no paraba nada: lo que hay que pagar se paga a tiempo, y la pregunta se hace aparte. Así se lo había dicho el gestor el primer día, y así lo había hecho.

Y entonces encontró lo que le hizo apretar el lápiz. Lo había visto una de aquellas noches, cuando miró lo de la vivienda y el amparo: lo que dice la Administración se cobra enseguida, sin juez, y si uno se retrasa, recargo. Ahora lo tenía en su propia mesa. Si él no cumplía, el sistema tenía recargo, sanción y apremio, y se ponían en marcha solos. Si la que no cumplía era la Administración, el que tenía que moverse era él: ir a un tribunal, pagar lo que costara y esperar años.

No todo jugaba del mismo lado, y lo apuntó también. En lo que uno pide, si la Administración deja pasar el plazo sin contestar, a veces la ley entiende que ha dicho que sí. No siempre: la propia ley pone excepciones. Pero existía.

Repasó las tres cosas del gestor, las que le había enseñado su jefe cuando era el chaval de los recados. La copia sellada, la tenía. El plazo, desde el primer día: apuntó en la hoja la fecha del sobre, porque desde ahí empezaba a contar el que hubiera. Y si había dinero de verdad en juego, un abogado. Si quería discutirlo, había caminos: un recurso ante la misma oficina, en un mes; otra reclamación por encima de ella; y, al final, un juez. Por aquella cantidad no iba a pleitear. Pero tampoco la iba a tirar.

Lo que sí podía hacer era lo que había empezado sin saber cómo se llamaba: que constara. Su escrito estaba registrado, con el sello morado, y ahora tenía la respuesta, con su fecha. Una pregunta registrada que nadie contesta es un hecho. Una respuesta que no contesta, también.

* * *

Ya tarde, hizo lo que hace con un coche al final de la revisión, cuando el cliente pregunta si merece la pena arreglarlo: el informe. No el entero, que para eso le faltaba medir casi todo. Uno corto, con la regla que la ley aplica a cualquier empresa, también a su taller.

La buscó en la ley de las sociedades, y era clara. Una sociedad tiene que disolverse, entre otras causas, «Por pérdidas que dejen reducido el patrimonio neto a una cantidad inferior a la mitad del capital social». Si lo que tiene, restado lo que debe, se queda por debajo de la mitad de lo que pusieron los socios, se cierra.

Luego buscó las cuentas. El gestor le había dicho por teléfono que había un tribunal que miraba las cuentas del Estado y lo publicaba, y era verdad. Lo que publicaba ese tribunal era que la Seguridad Social tenía el patrimonio en negativo desde 2017: ocho cierres seguidos. Y que le debía al Estado, en préstamos, más de ciento veintiséis mil millones de euros. En las estadísticas europeas, con todas las administraciones juntas, salía lo demás: habían gastado más de lo que ingresaban en veintiocho de los últimos treinta y un años. Solo tres cerraron con más de lo que gastaron, 2005, 2006 y 2007, uno detrás de otro.

Con esa regla, cualquier sociedad estaría en causa de disolución. Un taller, cerrado. Y no se le podía declarar en quiebra: eso lo sabía desde la noche de la deuda, porque la ley que lo deja fuera del concurso la escribe él mismo.

Al lado, con la misma letra, apuntó lo que le había dicho el gestor, porque también era verdad: un Estado no es una empresa. Cobra impuestos, presta lo que no puede parar ni un día y no desaparece como un taller. La regla de las sociedades no le obliga; él la usaba a propósito, para medirlo con lo que el Estado les exige a los demás. Lo que salía de ahí era una causa de disolución con esa vara, no una quiebra de verdad: seguía pagando, y le seguían prestando.

El informe entero lo dejaría para cuando hubiera mirado lo demás, lo que se lleva y lo que da. Un mecánico no firma un informe con el coche a medio abrir.

En «Comprobado» escribió: «Me han contestado sin contestar. Lo que se paga, se paga en plazo; lo que se pregunta, se pregunta por escrito. Si yo me retraso, recargo; si ellos no cumplen, a esperar. Con la regla de cualquier taller, estaría cerrado. Pero un Estado no es un taller».

«Lo que yo creo» se quedó con una línea: «Que la balanza sigue pesando más de un lado».

* * *

Gea volvió a la cocina antes de acostarse, con la crema de manos todavía en los dedos. Leyó por encima de su hombro sin decir nada. Luego cogió la respuesta, la carta del primer día y la copia sellada, y las grapó juntas.

—Esto se guarda —dijo—. Todo junto y con su fecha. Lo que pediste, lo que te contestaron y cuándo.

—¿Para qué?

—Para que conste. Si cada uno guardara lo suyo y se pudiera ver todo junto, se vería quién contesta y quién no.

Él la miró. No se le había ocurrido, y llevaba semanas haciéndolo sin saber para qué. Sacó del cajón de los papeles del taller la carpeta de cartón donde guardaba, desde el día del registro, la copia sellada y, detrás, la hoja que había escrito a mano para que constara. En la tapa escribió, con el lápiz corto: «Lo pedido y lo respondido». Era su archivo. Uno para todos no existía; de momento, era una idea de su mujer en la mesa de la cocina.

Gea le pasó la mano por el pelo, como a la niña.

—Y no tardes, que la cama se enfría.

—Ya me lo has dicho.

—Por eso te lo digo otra vez.

* * *

Por la mañana, Sofía vio la carpeta antes que el desayuno.

—¿Te han contestado?

—Me han contestado como quien contesta a todos. He pagado lo que me pedían, porque los plazos se cumplen. Y lo que pregunté sigue escrito, con su fecha. Eso no se lo lleva el viento.

—¿Y si tú llegas tarde a pagar?

—Me cobran más.

—¿Y si ellos llegan tarde a contestar?

—Hay que esperar. O ir a un juez.

—¡Eso no es justo!

—Eso es lo que yo creo también. Pero ahora está escrito, y lo escrito se puede enseñar.

Sofía se quedó mirando la tapa de la carpeta.

—¿Y el Estado está roto?

—Si fuera un coche de mi taller, le daría un informe malo. Pero no es un coche, y no se tira. Los coches se arreglan.

Sofía cogió una galleta y se quedó pensando, con la galleta a medio camino.

—Papá, ¿y cuánto le pagas tú al Estado? ¿Y mamá?

Él se sirvió el café. Lo que pagaba cada mes lo sabía de memoria. Lo que se llevaba de verdad, todo junto, nunca lo había sumado.

—Lo de cada mes, sí. Lo de todo junto, todavía no. Déjame mirarlo.

El radar

El lunes, al volver de dejar a Sofía en el colegio, la furgoneta de los toldos estaba aparcada delante de la persiana, con el morro hacia la calle, como la dejaba siempre. Su dueño esperaba apoyado en la puerta, con un papel doblado asomándole por el bolsillo de la camisa.

—Pierde aceite —dijo—. Y otra cosa.

La mancha del suelo era del tamaño de una mano. El padre subió la furgoneta a la elevadora, vio la junta del cárter rezumando y la dejó escurrir mientras buscaba una nueva en el almacén. El de los toldos se sentó en la silla de plástico junto a la máquina del café, como siempre. Esta vez no sacó el móvil.

—La otra multa la pagué —dijo, sin que nadie le preguntara—. La de aquel día. A mitad, dentro de plazo.

—¿Y lo del vídeo?

—Me lo pensé. —Se encogió de hombros—. No me iba a quedar sin la rebaja por un señor con una estantería.

Sacó el papel del bolsillo y lo desdobló sobre las rodillas, alisándolo con la palma.

—Pero esta no la pago. Esta es de un radar, y el radar se equivocó. Ya he escrito lo que le voy a mandar. ¿Me lo miras antes? Que tú ya has mandado uno.

Lo sabía por su mujer, que lo sabía por Gea, del mercado. El padre se limpió las manos con el trapo antes de coger el papel, como se coge una cosa ajena.

Eran dos hojas escritas a mano, en letra de imprenta, con el bolígrafo tan apretado que se notaba por detrás. Arriba, su nombre completo: Constancio y los dos apellidos, con mayúscula solo la primera letra de cada palabra, como quien se cuida de algo. En el taller siempre había sido el de los toldos.

Lo leyó entero, como leía ahora las cartas. La primera frase decía que no reconocía la jurisdicción de Tráfico sobre su persona. Después venían los hechos: la carretera de la entrada del polígono, la hora, que él iba por debajo del límite y que el aparato se había equivocado. En medio, un párrafo explicaba que el nombre de la multa no era él. Y al final, debajo de la firma, una línea copiada de los vídeos en la que se reservaba todos sus derechos, y al lado, la huella del pulgar en tinta roja.

Cuando escribió el suyo, el padre había leído lo que un escrito así no debe llevar, y lo tenía delante. Cogió el lápiz corto y puso una crucecita en el margen, como las del gestor, al lado de la primera frase.

—Esto, fuera. Si empiezas diciendo que no reconoces a quien te lo tiene que leer, ya no te lee.

—Es lo que dice el hombre.

—Ya. —Otra crucecita, al lado del párrafo del nombre—. Esto ya lo miramos aquel día. —Y otra, abajo—. Y esto. Y la huella.

—La huella es lo importante. Así saben que soy yo, de carne y hueso.

—Así saben de qué vídeo viene. Tu nombre, tu firma de siempre y nada más. Una huella o una tinta de color, y el escrito entero va al montón de los que no se leen. Lo bueno que tengas, también.

Constancio miró las crucecitas. Eran cuatro.

—¿Y qué queda?

—Lo tuyo. Que ibas por debajo: eso ponlo, que lo dices tú, aunque no lo puedas probar. Y luego, lo que te tienen que dar. La copia entera del expediente, con la foto. Quién lo lleva, con su nombre. La dirección donde quieres que te escriban, bien clara, que el Supremo ya ha dicho que tienen que mandarlo ahí. —Se rascó la ceja con el pulgar—. Y que te digan si el radar estaba revisado. A tu furgoneta le pido la inspección. A un aparato que pone multas, algo parecido le tendrán que pedir. Eso no lo sé seguro. Déjamelos mirar esta noche.

—¿Y para qué, si la foto la tienen ellos?

—Porque lo que dice la denuncia vale como prueba, salvo que se demuestre lo contrario. Pero en una multa la presunción también juega de tu lado: no hay responsabilidad mientras no te la demuestren. Para eso se pide con qué te la demuestran. Lo que pongas, que se pueda comprobar. Y lo que pidas, que te lo puedan dar. Lo demás sobra.

—¿Y el plazo?

—Veinte días naturales desde que te llegó. ¿Cuándo te llegó?

—El martes pasado.

—Pues te da tiempo a pasarlo a limpio.

Constancio dobló las hojas por donde ya estaban dobladas.

—Uno de los vídeos dice que con lo del nombre ni siquiera hace falta carné.

El padre dejó la junta nueva encima del banco.

—Ese no va a ir contigo al juzgado. Conducir sin haber tenido nunca carné es delito: cárcel, multa o trabajos para la comunidad, lo pone el Código Penal. Y el que se lo cree, se lo cree de buena fe, y lo paga igual.

Constancio no dijo nada. Se quedó mirando cómo el padre limpiaba con el rascador la cara del cárter, despacio, para que la junta nueva asentara bien.

—Tú eres tuyo —dijo el padre sin volverse—. Eso no te lo quita nadie, ya te lo dije. Lo que no tiene papel es el camino de ese hombre. Hay otro que sale del mismo sitio y no te deja tirado: el de los papeles.

Cuando bajó la furgoneta, Constancio pagó con tarjeta y se guardó las hojas en el bolsillo de la camisa. Ya en la puerta se volvió.

—El radar ese está a la entrada del polígono. Ha cazado a medio barrio. A mi cuñado, al del bar, a la chica de la panadería. —Se quedó un momento con la mano en el marco—. ¿Y si somos muchos con el mismo radar?

—Eso no lo sé. Déjamelos mirar también.

Esta vez se despidió del todo.

* * *

Esa noche, con Sofía dormida y Gea leyendo en la cama, abrió la hoja por la pregunta del desayuno: cuánto le pagaban al Estado su mujer y él. Antes de sumar lo que se lleva cobrando, quiso mirar lo que se lleva de otras maneras. La carta se lo había enseñado: el sistema toma actuando, y toma también sin actuar.

Lo primero fue el talonario. En el cajón del taller seguía uno del dueño anterior, de cuando el taller era de otro, con el impuesto de cada factura impreso abajo: dieciséis por ciento. Ahora era el veintiuno. Lo buscó desde el principio. Ese impuesto había entrado en 1986 al doce por ciento; después subió al trece, al quince, al dieciséis, al dieciocho, y en 2012 al veintiuno. Con el cinturón había pasado lo mismo: primero, en carretera y en los asientos de delante; en 1992, también en la ciudad, y detrás en los coches nuevos. Y con el casco: en 1982, solo para las motos grandes en todas partes y para las demás en carretera; en 1992, para todas, en todas partes.

Buscó también lo contrario, porque una regla que solo junta lo que le da la razón no es una regla. Y lo había. El tipo más alto de aquel impuesto, el incrementado, bajó del treinta y tres al veintiocho en 1992 y se quitó al año siguiente. Y a los que ponían placas para tener su propia

luz les pusieron un cargo en 2015, y en 2018 se quitó: la norma nueva decía «se reconoce el derecho a autoconsumir energía eléctrica sin cargos». Escribió: «La obligación suele entrar estrecha y ensancharse después. No siempre».

Se acordó de lo que había escrito pensando en el coche de Prudencio, lo de la norma que necesita cada vez más salvedades para sostenerse. Esto era otra cosa: no pedía salvedades, pedía más obligación, y se la daban. No lo mezcló. La frase de aquella noche se quedó donde estaba, sin ninguna ley debajo.

Luego vino lo que no se hace. Ahí se puso una regla antes de empezar, porque sin regla cualquier cosa que el Estado no hiciera le iba a parecer una omisión, y no quería ver averías donde no las había. Solo contaría como omisión lo que tuviera tres cosas: un deber escrito de hacerlo, un plazo vencido que se pudiera comprobar y alguien de fuera que lo dijera, un tribunal, Bruselas o el propio Gobierno por escrito. Si faltaba una, era retraso, no omisión. En el taller pasaba igual: un coche que tarda no es un coche averiado.

Lo primero que encontró fue que lo firme no se revisa. La ley de los estados de alarma, que no se había tocado desde 1981, deja requisar bienes e imponer prestaciones a la gente, y cuando el estado de alarma se acaba, se acaban las medidas, «salvo las que consistiesen en sanciones firmes». El Constitucional anuló parte del primer estado de alarma de la pandemia y dijo hasta dónde llegaba eso: lo ya juzgado y lo ya firme no se tocaba; las sanciones, sí se podían revisar. Y no daba derecho a indemnización, porque eran medidas que la gente tenía el deber de soportar. Con la zona de bajas emisiones de Madrid pasó algo parecido: la anularon, el Supremo no admitió el recurso del Ayuntamiento y la anulación quedó firme; la ordenanza nueva rige hacia delante. Y lo cobrado, según el periódico, no se devuelve. Eso último lo apuntó con la nota de siempre: el periódico dice dónde mirar, y el papel del Ayuntamiento no lo había encontrado.

La gasolina le tocó más cerca. Entre 2013 y 2019, cada comunidad pudo cobrar su propio trozo del impuesto de los carburantes. El tribunal de la Unión dijo que eso iba contra la norma europea. Hacienda no admitió las reclamaciones, por fuera de plazo; el Supremo anuló esa negativa y mandó tramitarlas, pero avisó de que el perjuicio, de momento, no estaba acreditado. Pensó en Constancio llenando el depósito de la furgoneta durante esos seis años. Lo apuntó como «una victoria de acceso, no de cobro».

La de los autónomos pequeños y el impuesto, la que ya tenía apuntada entre las que seguían sin resolver, seguía igual. Bruselas lo decía así: «Es el único Estado miembro que no lo ha hecho». Había pedido al tribunal de la Unión una multa por cada día de retraso. Pedida, no puesta. Canarias, que tiene su propio impuesto, la había subido por su cuenta.

Después, el bono de la luz. La Administración decide con un programa quién recibe el descuento de los hogares vulnerables. Una fundación pidió ver el código, para comprobar si el programa aplicaba bien la ley, y se lo negaron. El Supremo le dio la razón en 2025: más de seis años después de que se lo reconociera el Consejo de Transparencia. Más de seis años para ver cómo decide una máquina. En el taller, si la máquina de diagnóstico dice que un coche no pasa, el cliente puede mirar la pantalla.

Luego, lo de Constancio. Le preguntó a Sofía IA si un radar tiene que pasar alguna revisión.

Sofía IA: Sí. Los aparatos que miden para sancionar deben pasar un control metrológico. El Tribunal Supremo lo dejó claro en 2015, y en 2017 añadió que el semáforo con cámara, el foto-rojo, también hace mediciones y también debe pasarlo.

La primera la encontró: una sentencia de 2015 que decía que lo que importa es si el aparato mide algo para dejar constancia de una infracción. Si mide, pasa su control. La segunda no. Pidió el papel, y Sofía IA le dio una referencia; al apretarla, lo reconoció: no la había leído entera, la sacaba de un informe del Procurador del Común, una institución que recibe las quejas de la gente, que la citaba. Él buscó la sentencia y tampoco la pudo leer entera. La apuntó con su nota: de segunda mano. Y debajo, lo que sí estaba en el papel: el margen de error de un radar es del cinco por ciento si mide quieto, y del siete si mide desde un coche que se mueve. El de Constancio estaba quieto, a la entrada del polígono. Lo apuntó para decírselo: que pidiera si había pasado su control.

Lo que más le costó fue la dependencia. En 2025, treinta y dos mil setecientas cuatro personas murieron esperando una respuesta: casi dieciocho mil sin que les hubieran resuelto el grado, y casi quince mil con el grado reconocido, esperando la ayuda. El tiempo medio para resolver, trescientos cuarenta y un días. Lo había presentado en el Congreso un observatorio de la dependencia. Echó la cuenta: una persona cada dieciséis minutos. Miró el reloj de la cocina sin querer, y se quedó un rato mirándolo. Lo apuntó en la lista sin ponerle la palabra omisión: le faltaba saber qué plazo marcaba la ley, y eso no lo tenía delante.

Y la publicidad del Estado, las campañas: unos veintiséis millones en 2019, unos setenta en 2024, unos ochenta y ocho en 2025. Había un criterio internacional para cuando eso es un abuso: repartirla a capricho para premiar o castigar a los medios según lo que cuentan atenta contra la libertad de expresión. Que el gasto de aquí cumpliera esa condición no lo había certificado nadie. Por su propia regla, no contaba como omisión, y lo dejó fuera de la lista, en una línea aparte: «Sin tercero, no cuenta».

Antes de cerrar, pasó a la página de «Las máximas» dos que había encontrado esa noche. Una, del diccionario de los juristas: «En caso de duda, a favor del administrado». Y otra, de un decreto de un emperador romano, que leyó dos veces: «hay violencia también siempre que alguien reclama sin juez lo que cree que se le debe». La apuntó sin flecha. Valía para

Constancio, si un día le daba por dejar de pagar porque le parecía, y por eso le gustó. Le hizo pensar también en lo que se cobra sin juez, que había visto con la vivienda y el amparo; pero eso la ley lo tiene resuelto a su manera: a esos cobros les da la misma fuerza que a una sentencia. Lo dejó para la otra columna.

Lo que pasó a «Comprobado» lo escribió sin rabia: «Lo que se cobra, se cobra en el acto; lo que se corrige, se corrige tarde, cuando se corrige. En cuatro casos no lo digo yo: lo dice un tribunal, o Bruselas».

Y en «Lo que yo creo», pensando en la lámpara del cable largo con la que se mira debajo de los coches: «El que sujeta la lámpara decide lo que se ve. Si alumbra solo un lado y luego te dice que elijas, no te deja elegir: te lleva la mano». Debajo, más pequeño: «Esto es mío. No lo he medido».

* * *

Ya tarde, con la lista hecha, volvió a la pregunta de Constancio. Si eran muchos con el mismo radar.

Encontró más de lo que esperaba. Cuando un asunto llega al juez, la ley deja juntar en uno los recursos contra el mismo acto o contra actos que tienen que ver entre sí. Si hay muchos iguales, el juez puede tramitar uno como pleito testigo y dejar los demás esperando a ver qué sale. En lo de Hacienda, el que está en la misma situación puede pedir, dentro de un año, que le extiendan lo que otro ganó con una sentencia firme. Ante un juez solo, el procurador no es obligatorio. Y la otra cara, que también apuntó: si se pierde del todo, las costas las paga el que recurrió, salvo que el caso tuviera dudas serias.

Encontró también lo que le contestarían si todos los vecinos del polígono mandaban el mismo papel: que una avalancha de escritos iguales es un abuso. Y la respuesta estaba al lado: cada uno escribe sobre lo suyo, con sus hechos, porque el escrito no es un formulario para mandar en masa; y cuando el problema es de muchos, para eso está la vía de juntarse que la ley ya prevé.

En «Comprobado» lo puso como lo diría en el taller: «Para defenderse juntos, los caminos ya están. Lo que falta es encontrar al que tiene el mismo problema».

Ahí se quedó un rato. Constancio había encontrado a los suyos de casualidad: el cuñado, el del bar, la chica de la panadería. ¿Cuántos más habría con el mismo radar, cada uno con su papel en un cajón, sin saber del otro?

Pensó en la carpeta de cartón que Gea había grapado la noche anterior. Lo pedido y lo respondido. Una para cada casa. ¿Y si hubiera una para todos?

En «Lo que yo creo» lo escribió despacio, porque era suyo y no estaba en ningún sitio: un archivo abierto donde cada uno dejara su escrito y lo que le contestaron, o que no le contestaron, cada cosa con un código para que cualquiera la pudiera comprobar, y el nombre solo si el dueño quería. Los que tuvieran el mismo problema se encontrarían ahí. Podrían pagar entre todos uno o dos abogados, con un coste que él calculaba en no más de cien euros por persona, y firmar antes de empezar que, si se perdía, las costas se repartían. Ese riesgo, dicho desde el principio.

Y la ley ya dejaba algunas puertas abiertas para lo demás. La petición podía ser de muchos, firmada por todos. Los tribunales podían juzgar un caso y extenderlo a los que estaban igual. Y la Constitución dejaba entrar a la gente en la justicia, con el jurado y con los tribunales de la costumbre, como el de las Aguas, que se reúne los jueves. Con todo aquello junto y a la vista, se vería quién contesta y quién no, como había dicho Gea.

Debajo escribió, más pequeño, para no engañarse: «Esto no existe. Es una idea».

Apagó la luz de la cocina pasada la una. Al pasar por delante del cuarto de Sofía, vio por la puerta entornada que se había destapado, y la tapó. Lo de cuánto pagaban su mujer y él seguía arriba de la hoja, sin contestar.

Veintitrés ficheros

El martes, a mediodía, Justo ya estaba en su farola cuando el padre llegó a la puerta del colegio, con las manos en los bolsillos, como siempre. Esta vez, en lugar de saludar de lejos, se acercó.

—Dice mi chico que guardas en una carpeta todo lo que le pides a Hacienda, y lo que te contestan.

El de las gafas lo sabía por Sofía. El lunes, a la hora del bocadillo, la niña se lo había contado a él y a la de la trenza: que su padre lo guardaba todo, lo que pedía y lo que le contestaban, cada cosa con su fecha. No la carpeta, que seguía en el cajón de los papeles del taller, sino lo que ponía en la tapa.

—Algo así —dijo el padre.

—Pues eso es una tontería, con perdón. —Justo lo dijo sin mala cara, como quien da un consejo—. El Gobierno lo publica todo en internet. Hay una ley, hay un portal. Lo que cobra un ministro sale con su nombre, que lo he visto yo. El que no se entera es porque no mira.

—Puede ser. No lo he mirado.

—Pues míralo. Ya verás.

Sonó el timbre y empezaron a salir. Sofía venía con el ceño fruncido.

—El de las gafas dice que su padre dice que eso de la carpeta es una tontería. Que el Gobierno lo publica todo en internet, y que el que no se entera es porque no mira.

Justo, a su lado, se encogió de hombros, como quien ya lo había avisado. El padre se colgó la mochila de la niña al hombro.

—Papá, ¿todo se publica?

—Mucho, sí. Si todo, no lo sé.

—Pero ¿sí o no?

—Si te digo que sí sin haberlo mirado, te estoy dando una presunción.

Sofía puso los ojos en blanco, porque esa palabra ya se la sabía, y echó a andar por la avenida pisando las hojas secas que más crujían. Justo se despidió con la cabeza. El de las gafas iba detrás de él, contándole algo con las manos.

* * *

Esa noche se lo preguntó primero a Sofía IA, por ganar tiempo.

«¿Se publica lo que cobran los que mandan? ¿Y el total?».

Sofía IA: Sí. El Portal de la Transparencia publica lo que cobra cada alto cargo del Gobierno, y el total de cada año.

«¿Has visto ese total? Dame la página».

Sofía IA: No la tengo. Lo he sacado de resúmenes que lo cuentan así; los ficheros no los he abierto. Esto no lo he podido comprobar.

Al principio le habría dado la página aunque no existiera. Ahora le bastaba una pregunta para reconocerlo. Él asintió delante de la pantalla y fue a abrir los ficheros.

Justo tenía razón en una cosa, y la apuntó la primera: lo que cobra cada alto cargo, que es como se llama a los de arriba de cada ministerio, estaba publicado, uno por uno, desde 2013. Pero no en una página: en veintitrés ficheros, uno por ministerio. Y ninguno traía el total.

Uno de los ficheros no se abría: daba un error del servidor. Lo intentó tres veces. Nada. Un callejón, y lo apuntó como tal. Probó a filtrar por fechas, para sacar un año solo, y no salía nada. Y cada consulta daba como mucho mil registros; para el resto había que hacer otra.

Sacó el lápiz corto, el de los presupuestos, y empezó a sumar, fichero a fichero, como quien suma las piezas de una avería grande. Por el camino aprendió lo primero que había que saber de aquellas listas: lo que sumaba no eran personas, sino apuntes. Una misma persona podía salir más de una vez, y cuando cambiaba el Gobierno salían más. Lo apuntó al lado, en grande, para que nadie creyera que eran tantas personas: «Registros, no personas».

Pasada la una, lo dejó a medias.

* * *

El miércoles por la noche acabó la suma. En 2025 eran setecientos cuarenta y tres registros, y más de la mitad pasaban de cien mil euros al año. Todo junto, solo los de arriba del Gobierno, se acercaba a los setenta millones de euros. No la había publicado nadie. La había hecho él, con un lápiz.

Luego buscó a los asesores de confianza. En los ministerios había por lo menos novecientos cincuenta y nueve, y era un mínimo, porque esa estadística no contaba a los de las comunidades, ni a los de los ayuntamientos, ni a los de otros órganos. Del coste de todos ellos, nada: solo constaba lo que cuestan los del presidente del Gobierno, unos dieciocho millones al año.

Y luego, lo que cobran los cargos de las comunidades y de los ayuntamientos. Ahí se le cayó el lápiz. Estaba recogido, en un sistema del Ministerio, pero sin sumar, y para sumarlo había que consultar, una a una, más de ocho mil entidades: ayuntamientos, diputaciones, gobiernos de cada comunidad. Mil ciento noventa y cinco ayuntamientos ni siquiera habían mandado sus datos. Y al pie, una nota del propio Ministerio: que los datos los daban las entidades, que los listados no eran definitivos y que no respondía de que fueran ciertos.

—Vaya puzle más grande —dijo en voz baja.

Buscó también a los aforados, los que no juzga cualquier juez. Delante de Amparo, la tarde de la legión, había dicho diecisiete mil seiscientos tres cargos; lo que no sabía era de dónde salía la cifra. Salía de la única oficial que existía: casi doscientos cincuenta mil aforados, de ellos algo más de doscientos treinta y dos mil de las fuerzas de seguridad; los diecisiete mil seiscientos tres eran los de las instituciones del Estado y de las comunidades. La había dado de palabra el presidente del Consejo de los jueces, en el Congreso, en 2017. En 2018, el Ministerio de Justicia anunció un estudio sobre el aforamiento. El resultado no lo encontró.

Y la Casa del Rey, porque Justo había dicho todo. Publica su presupuesto, el mismo desde 2021, y sus cuentas, que el Tribunal de Cuentas auditó con opinión favorable. Lo que no dicen ni el presupuesto ni las cuentas es cuántas personas trabajan en ella. En la relación de puestos de un ministerio salían ciento sesenta y un puestos de funcionarios para la Casa; cuántas personas más sirven en ella, y quién les paga el sueldo, no lo encontró en un papel oficial.

Pasó a limpio lo de las dos noches en una página nueva. Arriba, dos palabras, separadas por una raya, como hacía con las averías raras. A un lado, «El velo»: lo que está a la vista de todos y no se ve, por complicado, escondido entre miles de páginas. Al otro, «El muro»: lo que no se publica, o se publica de forma que no se puede sumar.

Debajo del muro, dos columnas. En una, lo que la ley obliga a publicar: cada dato, el sueldo de cada alto cargo, el número de asesores, lo de cada ayuntamiento. En la otra, lo que nadie está obligado a publicar: la suma.

Luego volvió a la página del Arca y añadió una línea a «Lo que gana Justo»: hay ley, hay portal, y lo de cada uno sale con su nombre. Era verdad, y la había comprobado él.

Si alguien lo escondía a propósito, no lo sabía, y no lo apuntó. Lo que sí sabía era que lo de las comunidades y los ayuntamientos no lo podía sumar un hombre solo con un lápiz.

Dejó las hojas de las sumas en la mesa de la cocina, debajo del salero, para seguir al día siguiente.

La ventanilla

El jueves por la tarde, cuando subió del taller, Amparo merendaba con Gea en la cocina. Sofía hacía los deberes en su cuarto, con la puerta entornada. Las hojas de las sumas seguían en la mesa, debajo del salero, y Amparo las tenía delante, con las gafas subidas a la frente, que se bajaba cada vez que una cifra le llamaba la atención.

—¿Esto qué es?

—Lo que cobran los de arriba del Gobierno, sumado. Lo he sumado yo, porque no lo suma nadie.

Amparo bajó el dedo por la columna, cifra a cifra, como él repasaba un presupuesto antes de dárselo al cliente, y llegó abajo.

—¿Y los de abajo? —Se quitó las gafas—. ¿Yo cuánto cuesto?

Gea se rio. Él no, porque la pregunta tenía respuesta, y la había buscado la noche antes.

—Eso sí se publica, y todo junto. Lo que pagaron todas las administraciones a su gente en 2024, con lo que cotizan por ellos: unos ciento setenta y tres mil millones de euros. Para algo más de tres millones de personas. Si lo divides, salen unos cincuenta y seis mil euros al año por cabeza, con la cotización dentro. Pero es una cuenta hecha con cifras de fechas distintas: sirve para ver el tamaño, no para saber lo que cuestas tú.

—Pues menos mal.

—Hay otra. —Buscó la hoja—. Lo de Hacienda, con lo que declaran todos los que pagan sueldos. Lo que pagan de media las administraciones a cada uno es un cincuenta por ciento más que lo que pagan los demás.

Amparo dejó la taza en el plato, despacio.

—Esto te lo rebate cualquiera que lo defienda en serio, y empezaría por aquí. Esa media no dice por qué. No sabe cuántas horas trabaja cada uno, ni cuántos meses al año, ni los años que lleva, ni lo que ha estudiado. Y fuera hay muchos contratos de unos meses o de media jornada, que bajan la media de allí sin que nadie cobre menos por hora. Tampoco dice si es justo: eso ya es opinión. Y en «administraciones» van maestros, médicos, enfermeras, policías y militares. No solo los de la ventanilla.

—Eso es verdad. Lo apunto como está.

Lo apuntó, y debajo de la tabla de la noche anterior escribió lo que faltaba: «La media no dice por qué». Luego pasó a la lista que tenía empezada a un lado de «Comprobado» y añadió una línea a «Lo que gana Amparo»: que en las administraciones va mucha gente, y que una media sin las horas ni los años no dice quién cobra de más.

Amparo se volvió a poner las gafas, miró otra vez la columna de los de arriba y no dijo nada de ella.

Se fue cuando empezaba a oscurecer. Ya en la puerta, con el bolso al hombro, se paró.

—¿Sabes lo que más noto? Que a la ventanilla la gente viene cada vez más enfadada. Por cosas que no he hecho yo, como siempre, pero cada vez más. —Se encogió de hombros—. La gente es peor que antes.

—Eso no lo sé. Déjame mirarlo.

—Tú y tus mirarlo.

Pero no se fue. Se quedó con la mano en el marco, mirando el rellano.

—Y no te creas que no lo entiendo, al que llega enfadado. Cuando murió mi abuelo, me tocó estar al otro lado, con mis padres. La casa y unos ahorros: lo que él juntó en toda su vida, pagando por todo. Y para quedárselo mis padres, a pagar otra vez. Lo que pagas, además, depende de la comunidad, que cada una tiene la suya. Yo, que me sé esos papeles de memoria, sentada en la silla de enfrente al lado de mi madre, como cualquiera. Y no le pude ahorrar ni un papel.

—No me lo habías contado.

—A Gea sí. —Se colgó mejor el bolso—. ¿Y qué iba a hacer? Pagar. La compañera que me atendió hizo lo que tenía que hacer: su plantilla, sus casillas, y a la siguiente. Yo habría hecho lo mismo. La plantilla te resuelve muchas cosas, y si te sales de ella, el error es tuyo.

Bajó un escalón y se volvió.

—Así que, cuando te pongas con lo tuyo, acuérdate de que los de dentro también heredamos. Y el día que me toque a mí, otra vez.

* * *

Esa noche siguió sumando, por si acaso, los cargos de los ayuntamientos de su provincia, uno a uno, a sabiendas de que no iba a acabar. Gea apareció en la puerta de la cocina, en pijama, con un vaso de agua.

—¿Qué sumas a estas horas?

—Lo que no suma nadie.

Ella miró las hojas llenas de números y se sentó un momento a su lado.

—Hombre, por lo menos está. Cualquiera lo puede mirar. Y lo que no está, lo puedes pedir, ¿no?

Era la mejor defensa, y era verdad. Lo buscó, y estaba en la ley con todas las letras: «Todas las personas tienen derecho a acceder a la información pública». Cada dato que él había sumado lo publicaban porque la ley les obligaba a publicarlo. A lo que la ley no les obligaba era a sumarlo.

—Pues pídelo sumado —dijo Gea—. Por escrito, como lo de la carta. Y la copia, a la carpeta.

Buscó cómo se pide. Lo puede pedir cualquiera, y no hace falta decir para qué. Tienen un mes para contestar, que pueden alargar otro si es mucho trabajo; y si no contestan, la respuesta es que no. Contra eso, todavía queda reclamar a un consejo que vigila la transparencia, en otro mes. Escribió una sola pregunta: cuánto cobraron en total, el año pasado, los altos cargos, los asesores y los cargos elegidos de todas las administraciones. La firmó, la mandó y grapó la copia en la carpeta de cartón.

Antes de acostarse abrió la Biblia de su madre, que seguía en la mesa desde el domingo en que la sacó del armario, y buscó una línea que conocía de oídas. Estaba en el Evangelio de Lucas: «Porque nada hay encubierto, que no haya de ser descubierto; ni oculto, que no haya de ser sabido».

No decía que nadie lo escondiera. Él tampoco lo había encontrado: sumarlo no estaba prohibido; solo no era obligatorio. Pero sí decía cómo acaba lo que se tapa.

En «Comprobado» escribió: «Se publica cada pieza, y la suma no. La ley obliga a publicar cada dato; nadie está obligado a publicar la suma. La de los de arriba del Gobierno la he hecho yo: en un año, cerca de setenta millones. La de las comunidades y los ayuntamientos no la puede hacer un hombre solo. Tiene su razón: está todo, y cualquiera lo puede pedir. No he encontrado que se esconda a propósito».

Lo suyo fue a la otra columna: «Que lo que se publica suelto cumple la letra y no el fin. Un montón de piezas sin la tapa no es un puzle: es un montón».

* * *

Ya tarde, con Gea dormida, volvió a lo de Amparo. Si la gente es peor que antes.

Lo había oído toda la vida, en la radio del taller, en la cola del mercado, a su madre. Lo buscó, y lo primero que encontró fue que eso mismo lo cree casi todo el mundo. Un estudio lo había medido con más de doce millones de personas: en al menos sesenta países la gente cree que la moral va a peor, y lo cree desde hace setenta años como poco. Pero cuando se mira lo que la gente dice de sus contemporáneos, año tras año, no ha bajado, «lo que sugiere que la percepción del declive moral es una ilusión». Y la sensación se atenúa, o desaparece, cuando se pregunta por la gente que uno conoce bien.

Un equipo de fuera lo repitió en 2024, y le salió casi lo mismo. Sofía IA le encontró también una crítica, de unos filósofos, que sostiene que el argumento del estudio no se tiene en pie. Él pidió el texto, y solo había una transcripción. La apuntó al lado, con su nota: leída de segunda mano.

Luego miró lo de aquí. Hay una encuesta que pregunta si se puede confiar en la mayoría de la gente, de cero a diez. En 2014 la media era de cuatro con setenta y cuatro; en 2026, de cinco con cincuenta y ocho. La confianza entre la gente es más alta que hace doce años. Lo que no aprueba es otra cosa: otro estudio decía que la convivencia se valora bien, y que ninguna administración, ni la del ayuntamiento, ni la de la comunidad, ni la del Gobierno, ni la de Europa, consigue el aprobado.

Al final encontró una carta de 1887. Un historiador inglés se negaba a juzgar al Papa y al Rey con una presunción a su favor; si había alguna, escribió, era la contraria, contra quienes tienen el poder. Y una frase que conocía de oídas y no sabía de dónde venía: «El poder tiende a corromper, y el poder absoluto corrompe absolutamente».

Pensó en la ventanilla de Amparo. La gente que llega enfadada por cosas que no ha hecho ella, y Amparo, que no les ha hecho nada. Ninguno de los dos tenía que actuar de mala fe para que acabaran discutiendo: los ponía enfrente el diseño, como había visto con las leyes que obligan a decidir deprisa.

Y el diseño tampoco la había respetado a ella. Antes de apagar, buscó lo de la herencia. No había una sola cuenta, sino capas, y cada una la cobraba alguien distinto. Arriba de una hoja nueva escribió «Las capas», y debajo: «El mismo patrimonio puede pasar por varias sin coordinación entre ellas: la renta al ganarlo, el impuesto sobre bienes inmuebles cada año, el de sucesiones al heredarlo, la plusvalía si subió de valor».

Lo que Amparo había dicho de la comunidad también estaba: cada una tenía su propia norma del impuesto. Y en el informe de una asociación de asesores fiscales encontró que, entre 2011 y 2018, las renunciadas a herencias se habían triplicado en varias comunidades; lo achacaba a las deudas, la mayoría hipotecarias, y sobre todo a la carga fiscal, alta en algunas comunidades.

Debajo escribió lo que le ponía el freno a todo lo anterior: «Es un fallo de coordinación entre administraciones, no una prueba de intención». Nadie en esa cadena le había querido hacer daño a Amparo ni a sus padres. Ni la compañera de la plantilla, ni ella, que atendía a otros con la suya. Los de dentro también son hijos, y padres, y hermanos, y amigos de alguien. El engranaje no lo pregunta.

Debajo, en «Comprobado», una línea sola: «El problema no está en la gente».

Y en «Lo que yo creo», debajo de lo del puzle, más pequeño: «Que los problemas de ahora los ha creado el sistema. Esto es mío».

Lo apuntó para decírselo a Amparo el próximo día que viniera, y con cuidado: ella trabajaba en la parte que no aprobaba, y no era por ella.

Encima de la farmacia

El viernes por la mañana, después de dejar a Sofía en el colegio, subió a la gestoría con los papeles del trimestre en una bolsa del supermercado: el talonario de las facturas, los tiques de los recambios y los extractos del banco, todo revuelto. Abajo, la farmacia acababa de abrir, y ya esperaba gente.

El gestor lo vio entrar con la bolsa y miró el calendario de la pared antes de mirarlo a él. Tenía el teléfono entre la oreja y el hombro, y con la mano libre le señaló la silla.

—Tarde —dijo al colgar—. Como siempre. Un día me los traes a tiempo y me da algo.

Fue sacando los papeles y haciendo montones: las facturas a un lado, los tiques a otro, el banco debajo de todo. Con el lápiz marcaba las crucecitas de siempre, donde el padre tendría que firmar. El padre esperó a que acabara.

—Oye. ¿Yo cuánto le pago al Estado?

El gestor levantó la vista por encima de las gafas.

—Lo que firmas aquí cada trimestre. Lo que pasa es que no lo miras.

—Por eso te lo pregunto. Me lo ha preguntado la niña.

El gestor se rio por la nariz y dejó el lápiz.

—Lo tuyo lo tienes en esos papeles, y es tuyo. —Sacó de un cajón una calculadora con los números medio borrados y se subió las gafas a la frente—. Te hago la de uno que saque con su trabajo lo mismo que le cuesta a una empresa un asalariado medio, que es la cuenta que sale en los estudios. Unos treinta y nueve mil quinientos euros al año.

Tecleó un rato, moviendo los labios, como cuando leía un artículo de la ley.

—El autónomo no tiene empresa que cotice por él: la cuota la paga entera. Y la base por la que cotiza la elige él, dentro de su tramo. Si elige la más baja, entre la cuota, la renta, el IVA y lo demás, el Estado se lleva unos cuarenta y dos de cada cien. Si elige la más alta, unos cincuenta y tres. La baja deja más dinero hoy, pero la pensión se calcula con ella.

—¿Y lo demás qué es?

—Lo que pagas sin verlo: los impuestos del ayuntamiento, los de la gasolina, y lo que el Estado gasta de más cada año y se pagará después. La cuota y la renta son seguras. Lo demás lo estima un estudio, y eso ya no te lo juro.

—¿Y con una sociedad? En el bar dicen que es lo que hay que hacer.

—En el bar dicen muchas cosas. —Volvió a teclear—. Con sociedad, la cuota mínima es más alta: más del doble que la más baja del autónomo de a pie. Y la sociedad paga su impuesto aparte. A una que facture menos de un millón de euros, como sería la tuya, este año le toca el diecinueve por ciento de los primeros cincuenta mil euros de beneficio y el veintiuno de lo que pase. Luego está lo que te pagas como sueldo y lo que te sacas como dividendo, que cada cosa paga a su manera. Si te lo pagas todo de sueldo, también unos cuarenta y dos. Si mezclas, según cuánto saques de cada lado, hasta unos cuarenta y ocho.

Dejó la calculadora encima del montón del banco.

—Más o menos lo mismo, con más papeles. Y una cosa que no dicen en el bar: una sociedad está obligada a hacerlo todo con la Administración por internet. Tú todavía puedes ir a la ventanilla, si quieres.

—¿Y lo tuyo?

—¿Lo mío qué?

—Lo que te pago a ti. ¿Eso dónde va?

—A ningún sitio. No es un impuesto, y no sale en ninguna cuenta de lo que se lleva el Estado. Pero lo pagas igual, porque la ley te obliga a guardar cada justificante y a llevar tres libros: el de lo que ingresas, el de lo que gastas y el de lo que compras para el taller y te dura años. —Golpeó la bolsa con el lápiz—. Eso lo hago yo, o lo haces tú, o lo hace alguien a quien pagas. Lo mío, lo de los abogados, lo de los peritos, lo de los arquitectos cuando alguien hace una obra: cuánto suma todo eso, no lo dice ninguna cifra oficial.

—¿Y las horas? Los domingos por la tarde me los paso con los tiques.

—Eso no lo paga nadie. Una asociación de las vuestras dice que un autónomo echa en papeles doscientas veintiséis horas al año: más de cinco semanas de trabajo. —Tecleó otra vez—. Si es verdad, y se pagaran a salario mínimo, saldrían a nueve euros y pico la hora; a lo que cobra uno medio, a dieciséis. Y si tuvieras que contratar a alguien para que te lo hiciera, con lo que paga la empresa a la Seguridad Social encima, entre unos dos mil ochocientos y cuatro mil ochocientos euros al año. Sin contar lo mío.

Lo apuntó todo en la libreta, por detrás, apoyándola en la rodilla.

Antes de que se levantara, el gestor sacó del montón un extracto del banco y señaló una línea con el lápiz.

—Y esto. La comisión por tener la cuenta. Tampoco es un impuesto, y también la pagas. El que guarda dinero en el banco paga tres veces: le dan de interés menos de lo que suben los precios, le cobran por guardárselo, y lo que guarda vale menos cada año.

Sonó el teléfono. El gestor levantó la mano antes de cogerlo.

—Ya te lo dije el primer día: yo no sé lo que es el Estado. Yo sé lo que es un plazo. —Descolgó —. Y el trimestre que viene, a tiempo.

* * *

Al bajar, la cola de la farmacia salía por la puerta y seguía un trecho por la acera: gente mayor con su bolsa de tela, una mujer con un carrito, un chico con un mono de trabajo como el suyo. Nadie tenía cara de nada; esperaban, como se espera en todas las colas. Él no miró lo que llevaba nadie en la mano. Pasó por detrás, con la bolsa vacía doblada debajo del brazo, y se fue al taller.

A mediodía, entre un cambio de aceite y unas pastillas de freno, buscó en el teléfono lo del banco. Una asociación de usuarios de bancos había sacado en mayo la media de lo que cobran los principales por mantener una cuenta: unos ciento sesenta y siete euros al año, cuando en 2021 eran ciento diez. Era una asociación, no un organismo, y era el único dato de este año; lo apuntó así. En el Banco de España encontró lo que dan de media los depósitos a plazo de las familias: menos de dos de cada cien, en marzo. Los precios, en agosto, subían más de un cuatro por ciento al año. El gestor tenía razón: quien guardaba, perdía, y encima pagaba por guardar.

En «Comprobado» escribió: «Lo que no es un impuesto también se paga: la gestoría, los libros que manda llevar la ley, el tiempo, la comisión del banco. De casi nada hay cifra oficial. Con sociedad o sin ella, más o menos lo mismo, con más papeles».

Lo de las horas lo puso en «Aún no lo sé»: lo decía una asociación, y su nota no la había leído.

En «Lo que yo creo», pensando en sus domingos: «Que aunque pague la gestoría, los tiques los junto yo, en mi tiempo, y ese tiempo también es carga. Esto es mío».

Gea llegó del trabajo a la hora de siempre, con un sobre en la mano. Lo miró, vio lo que era y lo metió en el bolso sin abrirlo.

—¿Qué te ha dicho el gestor?

—Que tarde, como siempre. Y que con sociedad o sin ella, más o menos lo mismo, con más papeles.

—Eso te lo podía haber dicho yo, y gratis.

Colgó el bolso en la percha de la entrada. Él no le pidió el sobre. Era su nómina, y la abriría ella.

* * *

Esa noche, con Sofía dormida y Gea viendo una película en el sofá, volvió a la cola de la farmacia. No a nadie de la cola: a lo que se dice. Lo había oído toda la vida, en la radio del taller y en la cola del mercado: que ahora se toman más pastillas que nunca, que hay más suicidios que antes, que ya no dura ningún matrimonio. Quiso saber cuánto había de verdad en eso, y lo miró despacio, porque detrás de cada número había gente.

De las pastillas miró las que más se nombran, los antidepresivos. Se cuentan en dosis diarias por cada mil habitantes y día. Encontró tres series oficiales, la de la agencia de los medicamentos, la del Ministerio de Sanidad y la de la OCDE con los datos que da España, y le pidió a Sofía IA que las pusiera en una sola línea.

Sofía IA: No las juntes. La OCDE avisa de que su serie se rompe en 2014 y en 2018, y sus cifras de España para 2013 son más bajas que las de la agencia. Cada una, con su fuente.

Lo hizo así, cada una en su renglón, y las tres decían lo mismo. En la de la OCDE, de veintiocho en 2000 a ciento siete en 2024: casi cuatro veces más. Y España, que en 2000 estaba en la mitad de abajo de la lista de los países, en 2023 estaba en el sexto puesto de treinta y uno.

Lo de los suicidios lo miró más despacio todavía. En número eran más: unos mil seiscientos cincuenta en 1980, casi cuatro mil en 2024. Pero hoy hay más gente, y más mayor. Por cada cien mil habitantes, la tasa era casi la misma desde 2005, y ajustada por la edad había bajado desde 2000. España estaba por debajo de la media de los países de la OCDE y de la de la Unión Europea.

Le quedaba una duda. El país había crecido mucho estos años con la gente llegada de fuera, y una media sobre todos podía aguar un cambio. La estadística oficial separa a los de nacionalidad española de los extranjeros desde 2005, y lo miró así: la diferencia era pequeña en la tasa sin ajustar, y desaparecía al ajustarla por la edad. Con los divorcios, lo mismo.

Los divorcios subían hasta 2006 y desde entonces bajaban. El salto grande, de un año al siguiente, coincidía con la ley que dejó divorciarse sin separarse antes. La serie enseñaba el salto; que fuera por la ley era una lectura, y la apuntó como tal.

Y lo que la gente dice tener. La depresión o la ansiedad que no se van se quedaban quietas: entre seis y siete de cada cien, de 2011 a 2023. Lo que subía eran los síntomas graves medidos con un cuestionario: del dos y medio por ciento en 2020 al ocho en 2023.

Ninguna serie decía por qué, y él no se lo iba a poner.

En «Comprobado» lo apuntó con sus límites al lado: «Los antidepresivos, casi cuatro veces más que en 2000, en las tres series. Los suicidios y los divorcios, más en número, y no por habitante. Separar a los españoles de los extranjeros no cambia nada. Los síntomas graves,

medidos con cuestionario, suben. Ninguna serie dice por qué».

Y en «Lo que yo creo», con la letra más pequeña: «Que son dos termómetros de lo a gusto que está la gente, y no marcan lo mismo: el de los suicidios se queda quieto, y el de las pastillas sube. Puede que el malestar crezca. Puede que se calme con pastillas lo que habría que atender, y así parezca que no pasa nada. Esto es mío».

Al lado, sin tachar nada, la otra lectura: «O que hoy se diagnostica más, que da menos vergüenza ir al médico y que se llega mejor a él». Podían ser verdad a la vez. Los números no elegían, y él tampoco.

Antes de apagar la luz de la cocina pasó por la entrada. El bolso de Gea colgaba de la percha, con el sobre dentro. No lo tocó.

La balanza

El sábado por la mañana bajó al mercado con Sofía y con la lista de Gea, que había despegado de la nevera con su imán. En el puesto de Tomás olía a naranjas, como siempre, y había cola.

Tomás pesaba en la báscula de la pantalla, la que saca el precio. Pero en una esquina del mostrador tenía otra, de hierro, con dos platillos de latón y una aguja en medio, que ya no usaba para vender.

—Era de mi padre —le dijo a Sofía, que no le quitaba ojo—. Toma, pon esto aquí.

Le dio una pesa pequeña para un platillo y una manzana para el otro. Bajó el de la manzana. Tomás la cambió por otra más pequeña, y la aguja se quedó derecha, en medio.

—¿Ves? Cuando el fiel está así, ni para ti ni para mí.

Sofía se quedó mirando la aguja sin tocar nada, como si se pudiera caer.

El padre se acordó de la fila de las pesas en la página del Arca, la que casi no tenía pata coja: «Balanzas justas, pesas justas». En ninguno de los libros que había leído defendía nadie la pesa falsa.

Mientras le metía las patatas en la bolsa, Tomás señaló con la barbilla unas cajas de otro puesto, con la etiqueta de un país de lejos.

—Eso viene de fuera. A los de aquí les miran con lupa lo que le echan al árbol, y lo de fuera entra con lo que aquí está prohibido. Y más barato.

El padre no se lo discutió. No lo sabía, y a ojo no se discute lo que no se sabe. Lo apuntó por detrás de la lista de Gea, debajo de las manzanas.

* * *

Por la tarde llamó su hermano, sin saludar, como siempre.

—¿Has visto lo del alquiler? Lo han dicho en la tele. —No esperó a que contestara—. Cada vez que el Estado mete mano en algo, lo asfixia. Con la industria, igual. Tú que lo miras todo, mira eso.

—Lo miro.

—Mira, mira. Y luego me dices que en medio.

Colgó antes de que le diera tiempo a contestar.

Esa noche lo miró por partes, como se mira un coche que «hace de todo»: una avería cada vez.

La industria, primero. La reconversión empezó con una norma de 1981, que hablaba de la crisis de los sectores básicos, y siguió con otra de 1983; entre esos sectores estaban el acero y los astilleros. Pero el empleo se perdía desde antes. Un historiador lo había contado así: «entre 1977 y 1982 la industria perdió 600.000 empleos y fueron innumerables las empresas manufactureras que desaparecieron». Hasta 1985, unos ochocientos cincuenta mil, aunque la producción subía.

Luego, las ventas de las empresas públicas. Entre 1996 y 2002, el Tribunal de Cuentas contó cuarenta y ocho operaciones, en cuarenta y cinco empresas. La venta de la gran eléctrica pública se empezó en 1988 y se terminó en 1998. Las hicieron Gobiernos de distinto signo.

El puesto de España en el mundo, por lo que produce: duodécima en 1970, octava en 2007, decimoquinta en 2024 y otra vez duodécima en 2025. Subía y bajaba según el año y según cómo se midiera.

Lo de Tomás. En los controles de toda la Unión, en 2023, cumplían noventa y ocho de cada cien muestras de alimentos; pero lo que venía de fuera incumplía tres veces más que lo de dentro. Una organización ecologista, con los datos oficiales de España, decía que casi uno de cada diez alimentos importados llevaba plaguicidas no autorizados en la Unión, frente a menos de uno de cada veinte de los de aquí. Era parte interesada, y lo apuntó así. Pedir a lo de fuera lo mismo que a lo de aquí tiene nombre, las cláusulas espejo, y seguía en debate. Tomás tenía su parte de razón.

Lo del alquiler. Cataluña fue la primera en declarar zonas de mercado residencial tensionado con la ley de vivienda de 2023: con efectos desde marzo de 2024, y después más municipios, hasta tener dentro a nueve de cada diez catalanes. Los contratos de alquiler con fianza depositada habían sido unos ciento sesenta y ocho mil en 2018 y unos ciento ocho mil en 2025. Caían, sí. Pero caían desde antes de la declaración, y el dato no decía por qué.

Para lo de las casas ocupadas le pidió las cifras a Sofía IA, y se las dio enseguida. Le preguntó de dónde salían.

Sofía IA: De varios blogs. No he encontrado la cifra de ningún organismo oficial.

Las tachó. Una cifra que no sale de quien la mide no entra en «Comprobado».

En «Comprobado» escribió: «Lo de mi hermano se confirma en parte: la industria perdió unos ochocientos cincuenta mil empleos entre 1977 y 1985, y los contratos de alquiler registrados caen en Cataluña. Se complica: el empleo se perdía antes de la reconversión, las ventas las hicieron Gobiernos de distinto signo, y el puesto de España sube y baja. Y un punto no aguanta: las cifras de las casas ocupadas venían de blogs».

Y en «Lo que yo creo»: «Que el mismo que levantó la industria pesada cuando el país vivía cerrado la desmontó después, y lo pagaron comarcas enteras. Esto es mío».

* * *

Ya tarde, sacó una hoja nueva. Arriba copió lo que llevaba apuntado desde el viernes de Prudencio: «Para una ley, ¿quién pone el centro? Aún no lo sé».

En el taller lo pone el fabricante, en la ficha de cada coche, antes de que entre nadie por la puerta. Al coche de Prudencio le habían movido el volante para que pareciera recto: el centro puesto donde cuadraba con lo que se medía. Por eso el centro se escribe antes de mirar, y no después.

Para una ley, el centro no lo podía poner él, ni nadie con algo que ganar. Y lo tenía ya escrito sin haberlo llamado así: en la página del Arca, lo que pueblos sin contacto documentado entre sí habían dejado dicho, y que pasaba la vara. Al margen puso el límite: que eso venga de Dios en último término no se puede comprobar; lo que se comprueba es que no tiene autor interesado, que converge y que pasa la vara. Y escribió también qué entendía por bien común antes de medir nada, como en su tabla: lo que le toca a la gente en su vida de cada día, no lo que organiza a los que mandan.

Luego trazó una línea con la regla. A la izquierda, quedarse corto; a la derecha, pasarse; en el centro, una raya. El dial de todo lo demás ya lo tenía, al pie de la página del Arca: «¿sirve, o se sirve?». A la izquierda, no cuida ni cumple: eso lo medía su tabla de los ciento sesenta y nueve. A la derecha, se sirve: lo que llevaba toda la semana sumando. En el centro, lo que decía el Evangelio: «el que quisiere entre vosotros hacerse grande, será vuestro servidor».

Encontró un texto que daba los dos lados a la vez. En Ezequiel, a los pastores que se apacientan a sí mismos, primero les echa en cara lo que no hicieron, «No corroborasteis las flacas, ni curasteis la enferma», y después lo que hicieron de más: «os habéis enseñoreado de ellas con dureza y con violencia». Y el centro, en boca de Dios: «Yo las apacentaré en juicio».

Cada fila de la página del Arca era un dial. Solo puso un lado donde un texto leído lo decía: en seis filas tenía los dos; en la del tiempo y en la de devolver lo confiado, uno se quedó en blanco, y la de la usura iba aparte. Lo que no estaba escrito no lo rellenó.

Quiso saber si la figura de los dos extremos y el medio era solo del griego, y la encontró en seis sitios. El proverbio de Agur, que pide «No me des pobreza ni riquezas»; el Corán, que alaba a los que gastan sin derroche y sin tacañería; la Gita de la India, que quiere al que es «moderado al comer, al descansar y en el juego»; un sabio chino que tomó los dos extremos y gobernó con el medio; el camino medio del budismo; y otro griego, el de la República, que manda «elegir el término medio y evitar los extremos». Pero no decían lo mismo del medio:

para unos era una medida; para otros, tener lo justo, un mandato o un camino; y en Persia había que elegir un lado, sin medio. No estaba comprobado que fueran independientes entre sí. Escribió: «Coinciden, no convergen». Y ninguno decía quién pone el centro. Que lo pongan la ley de Dios y la ley natural lo añadía él, y lo apuntó en «Lo que yo creo».

Encima de la línea dibujó la balanza de Tomás, con sus dos platillos y su fiel. La balanza mide lo que va y viene entre dos; el dial, lo que hace uno solo. Y la balanza con el fiel derecho era el centro del dial: cuando el que manda sirve, lo que da y lo que recibe pesan igual; cuando se sirve, baja un platillo.

Gea entró a por un vaso de agua antes de acostarse y miró la hoja por encima de su hombro.

—¿Y el centro quién lo pone? ¿Tú?

—Lo escribo yo. Lo que escribo no es mío.

—Ya. Pero si lo eliges tú, te sale lo que tú quieras.

Era la objeción buena, y la pensó antes de contestar.

—Por eso lo escribo antes de mirar, y a la vista. Al que no le guste mi vara, que la deje: cada cosa va con su papel, y sirve con cualquier vara. —Buscó la Constitución en el teléfono—. Y esta tampoco es neutral. En su primer artículo dice lo que pone por encima de todo: «la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político».

Gea bebió y dejó el vaso en el fregadero.

—Pues mídela con lo suyo.

Le quitó el lápiz de la mano, lo dejó encima de la hoja y se fue a la cama.

Lo hizo así, en pequeño. Esas cuatro palabras, cada una con su defecto, su centro y su exceso, y el límite escrito antes de mirar el dato. Número, solo si se cumplían cuatro condiciones: que los lados fueran dos vicios, y no el bien y el mal; que el centro estuviera escrito antes; que se midieran frutos, y nunca intenciones ni personas; y cada cosa por separado, no un porcentaje para todo. Lo dejó sin número. Era el diseño, no la medida.

Sin número, pero no sin probar. Un plano que no se ha montado nunca no es más que un dibujo, y él no arreglaba coches con dibujos. Lo probó como prueba un coche en la hoja de revisión: con flechas. Un dial por palabra, el centro ya escrito, a la izquierda el vicio de no cuidar y a la derecha el de servirse. Y una flecha solo donde tenía el papel en la libreta.

La libertad se le iba por los dos lados. Por exceso, cuando el Estado sanciona: la inocencia la reconoce la ley, pero la palabra de la autoridad hace prueba, y donde la práctica le da la vuelta a la carga, hay que reclamarla caso por caso. Por defecto, en el silencio que le dice que no al

que pregunta. Y esa misma noche encontró lo único que le salió cerca: cuando uno pide algo para sí y no le contestan a tiempo, la regla general es que el silencio le da la razón. Lo leyó otra vez, por si lo había entendido al revés.

La justicia, por defecto: el órgano que gobierna a los jueces, cinco años y medio con el mandato caducado. La igualdad, por exceso en los aforados y por defecto en los niños, uno de cada tres en riesgo de pobreza o de exclusión. El pluralismo, por exceso: el Consejo de Estado había escrito que el reparto beneficia a los partidos grandes y perjudica a los pequeños, y la otra cara también la tenía apuntada, que los tribunales lo habían avalado. Donde no tenía el dato, no puso flecha, ni fue a buscarlo para rellenar.

Cuando acabó, miró hacia dónde apuntaban. No iban a un solo lado. Por defecto, en lo que le toca a la gente en su vida de cada día; por exceso, en lo que toca al propio poder. Los dos vicios a la vez, uno a cada lado de servir.

Debajo, la ficha que llevaría cada cosa que midiera, como la orden de trabajo de un coche: dónde cae; cuánta verdad comprobada lleva detrás, y cuánto es todavía presunción; y hacia dónde va. Y lo que la hoja no mide: la intención de nadie, ni a ninguna persona. No quitaba nada de su tabla, cumple o no cumple. Y no decía que el Estado no valiera.

Antes de apagar se acordó de su hermano en la barbacoa: «En medio. Eso es lo que dicen todos cuando no se atreven». Le contestó en la libreta, con lo del griego: «errar es posible de muchas maneras [...]; acertar, de una sola». Si hay muchas maneras de fallar y una sola de acertar, el medio no es el sitio cómodo.

En la balanza de la hoja, en el platillo de lo que se da, dejó un hueco: lo que se lleva de verdad el Estado de una nómina. Eso aún no lo sabía.

La nómina seguía en el bolso de Gea, en la percha de la entrada.

Sin tapa

El domingo llovió desde por la mañana. Sofía estuvo un rato largo con la nariz pegada al cristal del balcón, como si mirando se fuera a parar. Después de comer, Gea bajó del altillo del armario una caja vieja, atada con una goma.

—Un puzle —dijo, y lo volcó en la mesa de la cocina—. La tapa se perdió hace años. No sé lo que sale.

Él la miró. El jueves por la noche había escrito en «Lo que yo creo» lo del montón de piezas sin la tapa, y la libreta se había quedado en la mesa de la cocina. Gea no le devolvió la mirada: apartó el salero y se puso a buscar los bordes.

—Primero los bordes —dijo—. Siempre.

Sofía se puso de rodillas en la silla y removió las piezas con las manos.

—¿Y cómo vamos a saber dónde va cada una, si no sabemos lo que sale?

—Juntándolas —dijo Gea.

Estuvieron un buen rato. Gea con los bordes, Sofía con todas las piezas azules, que eran cielo seguro, y el padre con las que no eran de nadie. La lluvia sonaba en el toldo del vecino de abajo.

—Papá, ¿y lo de internet? ¿Al final todo se publica?

—Más o menos como esto. —Señaló la mesa—. Las piezas están todas. Cada una en su sitio de internet, y cada sitio en su caja. Lo que no hay es tapa: nadie ha puesto el dibujo entero.

—¿Y por qué no la ponen?

—Porque la ley les obliga a publicar cada pieza. La tapa no se la pide nadie.

—Entonces el padre del de las gafas tiene razón.

—Tiene su parte. Está todo. Lo que no está es la suma.

Sofía cogió una pieza azul y le fue dando vueltas hasta que encajó.

—¿Y lo esconden?

—No he encontrado que lo escondan. Está todo a la vista. Solo que suelto.

—Pues suelto es como escondido —dijo la niña—. Pero sin tener que esconderlo.

El padre dejó la pieza que tenía en la mano. A él le había costado varias noches llegar ahí, y ella había llegado con una pieza de cielo.

—Eso lo creo yo también. Pero eso va en «Lo que yo creo». Lo comprobado es que está suelto.

—¿Y tú lo has juntado?

—Un trozo. El de los de arriba del Gobierno, con el lápiz. El resto no lo puede juntar un hombre solo.

—Pues que lo junten ellos, que tienen todas las piezas.

—Eso he pedido. Por escrito.

—¿Y te lo van a dar?

—Tienen un mes para contestar.

—¿Y si no contestan?

—Entonces es que no. Y eso también va a la carpeta.

Gea levantó la vista de los bordes, solo un momento, y volvió a lo suyo.

A media tarde, a Sofía le sobraba una pieza. La había probado en todas partes.

—Esta no es de aquí. Será de otro puzle.

—Es de este —dijo él—. Todas son del mismo dibujo, aunque cada una suelta no lo parezca.

Le cogió la mano con la pieza y se la llevó despacio hasta un hueco en el centro, donde no había mirado nadie. Encajó.

—Con la gente pasa igual, hija. Suelta, cada una parece de otro sitio. Pero el problema no está en la gente.

Sofía se quedó mirando el hueco que ya no estaba.

Cuando pusieron la última, era un árbol grande, cargado de fruta, en medio de un campo. Antes de desmontarlo, Gea le hizo una foto con el móvil.

—Mañana la imprimo y se la pego a la caja —dijo—. Para la próxima vez. Ya tiene tapa.

Sofía miró la foto en la pantalla, y luego a sus padres.

—Papá, ¿y lo vuestro? ¿Cuánto pagáis mamá y tú? Eso no lo tiene que publicar nadie: lo podéis juntar vosotros.

Él miró a Gea. La nómina había llegado el viernes, y seguía en su bolso, sin abrir.

—Pues eso, justamente, no lo sé aún. Déjame mirarlo.

* * *

Al anochecer, mientras Gea bañaba a Sofía y se las oía reír desde el pasillo, abrió la libreta por una página nueva y arriba escribió «La tapa». Si nadie publicaba el dibujo entero, por lo menos el grande, el de todo lo que se gasta, se podía montar con lo que había. A dónde iba cada euro por funciones ya lo sabía, de otra noche. Ahora lo quería por partidas: a quién se le paga.

Lo que gastaron todas las administraciones juntas en 2025: unos setecientos sesenta y cinco mil millones de euros. Fue poniendo las piezas grandes, de cada cien euros de ese gasto. Unos veintiséis y medio, a las pensiones de la Seguridad Social. Unos veintitrés con siete, a pagar a los que trabajan para las administraciones. Unos cinco con tres, a los intereses de la deuda. Y unos tres con dos, a las pensiones de Clases Pasivas, las de los funcionarios del Estado que entraron antes de 2011.

Luego miró la primera pieza más de cerca, porque no era lo que parecía. En las pensiones de la Seguridad Social no va solo quien trabajó en una empresa: van también los empleados públicos que entraron desde 2011, el personal laboral de las administraciones, casi todos los funcionarios de las comunidades y de los ayuntamientos, y los alcaldes, concejales y parlamentarios que cotizaron por su cargo. Clases Pasivas era solo un mínimo de lo que se paga a quienes sirvieron al Estado. Lo apuntó así, con una flecha de una pieza a la otra.

A los de arriba los buscó al final: la Casa del Rey, las Cortes, los altos cargos del Gobierno, los asesores, los expresidentes. Al lado de todo lo demás, una fracción mínima. Eso fue a «Lo que gana Justo», en la página del Arca, con lo que ya tenía: hay ley, hay portal, cualquiera puede pedir lo que no está, y las cuentas de la Casa del Rey están auditadas. Pero debajo puso lo otro, que también era verdad: era poco, y era la parte con reglas propias, la más difícil de sumar.

Y en la columna de lo que no encaja, una cosa de la deuda. Entre 2021 y 2025, la subida de los precios le había quitado a la deuda, en lo que vale de verdad, más de lo que se pagó en intereses. Contada desde 1996, la cuenta salía al revés: los precios la habían rebajado en unos quinientos cuarenta y cinco mil millones, y en intereses se habían pagado unos setecientos setenta y cinco mil millones. Unos doscientos treinta mil millones más. No encajaba con lo de aquellos cinco años, y lo apuntó igual.

Gea asomó por la puerta de la cocina con Sofía envuelta en una toalla y el pelo todavía chorreando.

—¿Ya tiene tapa lo tuyo?

—La grande. La pequeña está en tu bolso.

Gea miró hacia la entrada, donde colgaba el bolso, y no dijo nada. Se llevó a Sofía a secarle el pelo.

Crónica: Cuando se vacía

El 2 de febrero de 1990, en Sudáfrica, al abrir el Parlamento, el presidente del país anunció que se levantaba la prohibición del Congreso Nacional Africano y que el Gobierno pondría en libertad, sin condiciones, a un preso. El 11 de febrero, aquel hombre salió de la cárcel, tras veintisiete años y medio. En las primeras elecciones no raciales, el 27 de abril de 1994, el Congreso Nacional Africano obtuvo el 62,6 % de los votos, y el 9 de mayo la Asamblea Nacional eligió presidente, por unanimidad, al hombre que había salido de la cárcel.

En 1995 empieza la serie europea de las cuentas públicas de España. Contada hasta 2025, las administraciones gastaron más de lo que ingresaron en veintiocho de esos treinta y un años. Solo cerraron con superávit en 2005, 2006 y 2007. Lo que faltaba se cubrió con deuda nueva.

En 1997, una crisis monetaria que barría el sudeste asiático alcanzó a Indonesia. Su presidente llevaba treinta y dos años en el poder, contando desde que tomó el control efectivo del Gobierno en 1966. Desde el 18 de mayo de 1998, los estudiantes ocuparon el Parlamento, y el 21 el presidente dimitió. El 7 de junio de 1999, según los observadores internacionales, Indonesia celebró «sus primeras elecciones competitivas desde 1955».

En el año 2000, de lo que le costaba a su empresa un asalariado medio en España, el Estado se llevaba el 38,6 % en impuesto sobre la renta y cotizaciones, según la OCDE. En 2025, el 41,4 %: dicho en horas, de cada jornada de ocho, tres horas y diecinueve minutos. Sin contar el IVA, los tributos municipales ni los impuestos especiales.

El 2 de noviembre de 2003, en Georgia, se votó un nuevo Parlamento. Según los observadores internacionales, las elecciones terminaron en «un fraude electoral extendido y sistemático». Siguieron las protestas, con una rosa en la mano en lugar de un arma; de ahí el nombre de Revolución de las Rosas. El 22 de noviembre, los manifestantes impidieron que el nuevo Parlamento se constituyera, y el 23 dimitió el presidente.

En 2007, el Tribunal Constitucional anuló entero un decreto-ley por no justificar la urgencia: la Constitución deja legislar al Gobierno por decreto solo «En caso de extraordinaria y urgente necesidad». Después anuló partes de otros cuatro: dos en 2011, uno en 2018 y otro en 2020. Al menos cinco veces. El freno existe, y alguna vez se usa.

Entre 2008 y 2024, el salario medio en España subió un 35,0 %, y los precios, un 35,1 %. Quien lo cobraba compraba, dieciséis años después, lo mismo que al principio.

En octubre de 2008, en Islandia, quebraron en una semana los tres mayores bancos del país: un colapso «sin precedentes en el mundo por su escala (en proporción a la economía nacional)», según el Fondo Monetario Internacional. Hubo protestas ante el Parlamento,

golpeando cacerolas. El 26 de enero de 2009 dimitió el Gobierno, y el 25 de abril hubo elecciones. El cambio se hizo por las vías ordinarias.

De 1688 a 2009, en diez casos y en tres continentes, se dio la misma secuencia: primero se agotó la sustancia del poder, su respaldo real y su coherencia con lo que prometía, y constó por escrito, en un fraude denunciado por observadores, una crisis económica o la represión de una protesta; solo después el pueblo, sin que nadie se lo ordenara ni lo autorizara, dejó de sostenerlo con su obediencia. En varios, quienes pedían el cambio lo hicieron sin armas: la sal, las rosas, las cacerolas. No todos los poderes respondieron sin represión. Y en ninguno fue de un día para otro: pasaron semanas, meses o años.

La forma puede seguir en pie mucho tiempo después de haberse vaciado, pero no para siempre. Los diez casos los eligió el autor, que no estudió los pueblos que dejaron de obedecer sin que el poder cayera, ni lo que vino después en cada país: son constancia, no una ley de la historia.

Los escalones

Esa noche, cuando Sofía ya dormía, Gea fue a la entrada, descolgó el bolso y volvió a la cocina con el sobre del trabajo. La caja del puzle estaba en una esquina de la mesa, sin tapa hasta el día siguiente. Gea se sentó enfrente de él.

—Si vas a sumar, empieza por esto —dijo, y sacó su nómina—. Esto es un papel, no lo que yo crea.

Él la cogió. Arriba, el sueldo bruto. Debajo, lo que le quitaban de cotizaciones y de impuesto sobre la renta. Abajo del todo, lo que le llegaba al banco.

—¿Y esto es todo?

—Es lo que pone. —Gea se quedó mirando la línea del impuesto—. Y otra cosa, que no sé si es verdad. Este año me subieron el sueldo, y no lo noto. Será que todo está más caro.

—¿Me la dejas esta noche?

—Te la dejo. Sin rayar. —Se sirvió un vaso de agua y se quedó al otro lado de la mesa, con su libro—. Y lo que no ponga, lo buscas tú.

* * *

Lo primero que buscó fue lo que no ponía. La nómina enseña el sueldo bruto y, de ahí para abajo, lo que se queda cada uno. Lo que la empresa paga por Gea a la Seguridad Social no sale, y es un buen trozo más. El de Gea no lo tenía, y lo buscó para el trabajador medio: sobre un bruto de unos treinta mil doscientos euros al año, la empresa pone encima unos nueve mil doscientos, casi treinta y uno de cada cien. Por eso la carga se mide sobre lo que cuesta el trabajo, lo que paga quien contrata, y no sobre lo que pone el papel.

De ese trozo que paga la empresa se dice que es dinero privado, y quiso saber si era verdad. Se acordó de Amparo con la taza de café en la mano: su cuota de empresa la pagaba el ayuntamiento, con los impuestos de todos, y eso lo había puesto ella encima de la mesa. Lo buscó entero. De todo lo que se cotizó en 2025, unos doscientos veintitrés mil seiscientos millones de euros, unos ciento sesenta y un mil cuatrocientos los pagaron los que contratan, y entre ellos están las administraciones, por su propio personal: el ayuntamiento, por los que trabajan en el ayuntamiento; el Estado, por los suyos. Y eso lo pagan con impuestos. Las estadísticas lo juntan todo y no separan una cosa de la otra. Lo que se le podía contestar también era verdad: esa parte la paga el que contrata, sea quien sea, y así se apunta en las cuentas de todo el país. Lo apuntó al lado.

Luego encontró la cuenta hecha para un trabajador medio, soltero y sin hijos, el que cuesta a su empresa unos treinta y nueve mil quinientos euros al año, el mismo del que le había hablado el gestor. No era Gea exactamente, y lo apuntó así, para no hacerle decir al papel lo que no decía. La cuenta iba por capas, de la más segura a la menos. De cada cien euros que cuesta su trabajo, al menos cuarenta y uno se van en cotizaciones y en impuesto sobre la renta: es la parte firme, y la da la OCDE. Con el IVA, los impuestos de los ayuntamientos y los especiales, como el de la gasolina, unos cuarenta y ocho, cerca de la mitad; esas capas son estimaciones de un estudio privado. Y hasta cincuenta y tres y medio si se cuenta la parte del impuesto de las sociedades que se supone que acaba cayendo sobre los sueldos, y la parte del déficit de hoy que se pagará mañana. Esas últimas ya no eran lo que se paga este año: una era una suposición, y la otra, una deuda. Las apuntó con su nombre. Al trabajador le quedaban unos cuarenta y seis.

Y una cosa que le hizo coger el lápiz con más fuerza. La misma carga se podía decir de dos maneras, y las dos eran verdad. Sobre lo que paga la empresa, hasta cincuenta y tres y medio de cada cien. Sobre el bruto de la nómina, por cada cien euros la empresa pone ciento treinta y pico; de esos, casi setenta van a la carga y unos sesenta llegan al trabajador. Si alguien mezclaba una cuenta con la otra, el resultado salía falso aunque cada dato fuera verdad. En el margen, grande: «Nunca con cien lo que suma ciento treinta».

Entonces le volvió la frase de la radio del taller, la del señor que sabía de economía: que la presión fiscal en España estaba en torno al treinta y ocho por ciento. Llevaba semanas en «Aún no lo sé», debajo de la hucha y de la jubilación. La buscó, y era verdad: en 2024, los impuestos y las cotizaciones fueron el treinta y siete con tres de todo lo que se produce en el país, y en la Unión Europea, el cuarenta con tres. Estaba por debajo de la media. Pero esa cifra es lo que recauda el Estado comparado con todo lo que se produce, entre todos. Es una media de todo, no lo que le quitan a una persona. Para saber lo de Gea había que mirar lo de Gea. La pasó a «Comprobado» con una flecha, y al lado: «Verdad. Pero de nadie».

Iba a sumar el recibo de la luz, que Gea había dejado en la nevera con un imán, y se paró. La cuenta de las capas ya llevaba dentro el IVA de lo de todos los días y los impuestos especiales, también el de la electricidad. Sumar la factura entera, con su impuesto dentro, era contar dos veces lo mismo. Escribió: «Antes de sumar una factura, mirar si su impuesto ya está dentro».

Luego volvió a lo que ella había dicho, lo del sueldo que sube y no se nota. Le preguntó a Sofía IA cuánto habían subido los sueldos el último año.

Sofía IA: Según el INE, el coste salarial por trabajador subió un 3,6 %.

Lo buscó en el INE, porque un número suelto no le servía. El tres coma seis era verdad, pero de otra cosa: era el último trimestre del año, con la paga extra dentro. El del año entero, 2025, era un tres coma dos, con los precios subiendo un dos coma siete. Una ganancia de unas cinco décimas. Se lo dijo, y Sofía IA lo reconoció a la primera: había tomado el trimestre por el año. Y este año pintaba peor: en agosto, los precios subían un cuatro coma tres, lo más alto desde 2023, y la Autoridad Fiscal preveía que los sueldos, de media, quedaran este año algo por debajo de los precios. Gea podía tener razón sin ser la media.

Y luego encontró lo otro, lo que no se nota aunque el sueldo suba lo mismo que los precios. El impuesto sobre la renta va por escalones: cuanto más arriba, más se paga. Esos escalones no se habían puesto al día desde la reforma de 2014, salvo uno que se añadió en 2021 arriba del todo, por encima de los trescientos mil euros, para los que más ganan. La parte que la ley deja sin impuesto a cada uno, cinco mil quinientos cincuenta euros al año, era la misma desde 2015. Los precios, en cambio, habían subido entre 2015 y 2025 un veintiocho por ciento: más de una cuarta parte. Si a Gea le subían el sueldo lo mismo que los precios, para comprar lo mismo que antes, no era más rica; pero una parte más grande de su sueldo caía en los escalones de arriba, y pagaba más. Ninguna ley había subido el impuesto. Había bastado con no mover los escalones. El Banco de España lo había estimado para un solo año, 2023: unos once mil millones más de lo que se habría cobrado con los escalones al día.

Pensó en los quince escalones de su portal. Esos no se movían, y estaba bien que no se movieran: uno subía porque quería llegar a casa. En estos, uno subía sin haber ganado nada.

También encontró lo que se le podía contestar: a los que menos ganan se les ha ido ampliando una rebaja que compensa una parte, la última vez en 2024. Era verdad, y lo apuntó.

La Biblia de su madre seguía en la mesa, junto a la caja del puzle. En el Evangelio, Juan el Bautista les dice a los que cobraban los impuestos: «No exijáis más de lo que os está ordenado». Él lo leyó a su manera, y lo apuntó como suyo: aquí nadie había ordenado más, y se cobraba más.

Lo de Amparo lo puso en la misma página, porque se lo iba a preguntar ella. Con el mismo sueldo bruto, entre un asalariado de empresa y un funcionario de carrera de los que cotizan a la Seguridad Social, como casi todos los del ayuntamiento de Amparo, el impuesto sobre la renta, el IVA y lo demás son lo mismo. Lo único que cambia es la cotización, porque el funcionario de carrera no tiene paro. Con el sueldo medio de las administraciones, unos dos puntos y medio menos de carga. No es pagar menos impuestos: es tener menos cobertura. Lo apuntó en «Lo que gana Amparo».

Después se miró a sí mismo. Él no tenía empresa que cotizara por él: la cuota de autónomo la pagaba entera, todos los meses, por tramos según lo que ganaba, fuera bueno o malo el mes. Y luego estaba lo que no es un impuesto, pero se paga igual: la gestoría que le lleva los papeles

del taller, porque él no sabría. Lo de las horas lo tenía en «Aún no lo sé» desde el viernes, desde que el gestor lo tecleó en la calculadora. Buscó la nota de la asociación y la leyó entera: doscientas veintiséis horas al año por autónomo, y, «Teniendo en cuenta un coste medio de 15 euros por hora», tres mil trescientos noventa euros. Más de cinco semanas de cuarenta horas. No era un organismo, sino una asociación de autónomos, y lo apuntó así. Pero él lo reconoció en sus domingos.

—Eso explica tu humor de los domingos —dijo Gea, que leía por encima de su hombro.

Cerró el libro, dejó el vaso en el fregadero y se quedó un momento detrás de él, con las manos en sus hombros.

—Mañana lo sumas. No se va a ir a ningún sitio.

* * *

Siguió leyendo, porque no quería quedarse solo con lo que se lleva el Estado. Y apuntó también lo que se recibe. La pensión de su madre, que llega todos los meses: con un sueldo medio y una vida entera cotizada, la OCDE la calcula en el ochenta coma cuatro por ciento del sueldo, y la media de sus países, en el cincuenta y dos. La de jubilación se resolvía, en abril, en poco más de nueve días de media. El médico: a final de 2025 había más de ochocientas cincuenta mil personas esperando una operación, ciento veintiún días de media; y aun así, casi ocho de cada diez de los que van al médico de cabecera dicen que les atienden bien. Se vive ochenta y cuatro años de media, más que en la Unión Europea. El colegio de la niña: en matemáticas, en la media de los países de la OCDE. Y la ayuda para hacer los papeles, que existe por ley, aunque la cita previa obligatoria la convierta muchas veces en una barrera, y el Defensor del Pueblo haya recomendado admitir escritos sin ella. Eso también era verdad. Lo que encontró es que el Estado cobra con precisión de reloj, y devuelve con resultados desiguales.

Antes de apagar la luz, miró hacia el pasillo, donde dormía Sofía, e hizo una cuenta que no le había pedido nadie. La hizo él, con el lápiz: con el salario medio, y ahorrando lo que ahorran de media los hogares, una persona sola tardaría unos veinticinco años en reunir la entrada de un piso y los gastos de compra, en torno al treinta por ciento del precio, y más de ochenta en reunir el precio entero. Una pareja con dos sueldos, más o menos la mitad. Era aritmética con un precio aproximado, y la apuntó así. En el Banco de España, un piso medio costaba, en junio, más de ocho años de la renta bruta de un hogar mediano, antes de impuestos, lo más alto desde 2011; y el primer año de hipoteca se llevaba el treinta y ocho por ciento de lo que a ese hogar le queda. Y en 2024 las mujeres tuvieron uno coma diez hijos de media, el mínimo desde que empezó la serie, en 1975.

La tentación era juntarlo todo en una frase: que lo que se lleva el Estado vacía el sueldo, y por eso no hay casas ni hijos. La tuvo entera en la cabeza. No la escribió. Ningún dato junta una cosa con la otra, y hay otras explicaciones que nadie ha descartado: el precio del dinero en Europa, los pisos que no se construyen, o la crisis de 2008, que pudo traer una y otra a la vez. Lo que hay es una coincidencia en el tiempo y en el sitio, sin el mecanismo demostrado.

Y «Comprobado», al final, decía esto: «De cada cien euros que cuesta el trabajo de un asalariado medio, más de cuarenta van a cotizaciones y renta, y cerca de la mitad con los demás impuestos de cada año. La nómina no enseña lo que paga la empresa, y una parte de lo que paga “la empresa” la paga una administración, con impuestos. La cifra de la radio es verdad, pero es la media de todo el país, no lo de nadie. Si los escalones no se mueven y los precios sí, se paga más sin que nadie suba el impuesto. El autónomo paga su cuota entera. Y se recibe: médico, colegio, pensión. Cobra con precisión; devuelve desigual».

Y para «Lo que yo creo» le bastó una frase: «Que lo que sube sin que nadie lo vote se ve mucho menos que lo que se vota».

Debajo, más pequeño, lo que llevaba días sin atreverse a escribir: «Que todo junto, lo que se lleva, los papeles y lo que no llega a tiempo, es una servidumbre que no se ve. Esto es mío. No está medido».

Dejó la nómina debajo del salero, sin rayar, y apagó la luz de la cocina. No se durmió enseguida.

Opinión desfavorable

El lunes, a las cuatro y pico de la madrugada, se levantó sin hacer ruido y volvió a la cocina. La nómina seguía debajo del salero. Encendió solo la luz de encima del fregadero, abrió la libreta por una hoja limpia y escribió arriba, con letra de taller: «Informe». Lo iba a hacer como se hace con un coche al final de la revisión, cuando ya está todo abierto: primero lo que se mide, después lo que se piensa, y la firma al final.

Empezó por la vara del domingo anterior, la de las sociedades: con la regla que la ley aplica a cualquier empresa, este sistema estaría en causa de disolución, y la ley que él mismo escribe lo deja fuera del concurso. Debajo, lo que le había dicho el gestor por teléfono, que seguía siendo verdad: hay un tribunal que mira sus cuentas y lo publica. Lo que publica ese tribunal es el patrimonio en negativo.

Luego, lo que debe a los suyos. Las pensiones ya prometidas sumaban, a finales de 2021, más de seis billones de euros, y no salen en la deuda que se publica: la prometida era cuatro veces y pico la oficial de aquel año. El propio INE avisa de que no es una deuda que venza hoy, sino lo que valen hoy unos pagos que vendrán, y lo apuntó con su aviso. Para pagarla, el sistema solo cuenta con lo que cobre a esos mismos que la esperan.

Después, la palabra que había buscado una noche, la que quiere decir hacer crecer. Si autoridad es el que hace crecer, la pregunta era sencilla: ¿hace crecer a los que lo sostienen? Lo midió en tres cosas. Más años de vida por lo mismo: en 1974 bastaban diez años cotizados para tener pensión, y desde 1985, quince; para calcularla, en 1985 contaban los últimos ocho años, y desde este año, unos veinticinco; para cobrarla entera, desde el año que viene, treinta y siete. Más carga: lo que pasa por las administraciones en impuestos y cotizaciones son hoy unas dieciocho jornadas más de cada año que en 1995, por su cuenta. Más normas y más trámites: solo en 2024 se publicaron casi un millón trescientas mil páginas de boletines oficiales, y estaban las doscientas veintiséis horas de la asociación, que él reconocía en sus domingos.

Le preguntó a Sofía IA cuánto cuesta todo eso.

Sofía IA: Según un estudio, la burocracia cuesta en España entre el 1,5 % y el 2,5 % del PIB.

Fue al estudio. Era de un instituto privado, y no decía eso. Recogía de otros autores que cumplir las normas cuesta entre el tres y el cinco por ciento de lo que produce el país, y estimaba por su cuenta, «de manera conservadora», que al menos la mitad, ese uno y medio a dos y medio, viene de que cada administración regule lo mismo a su manera. Era una parte,

no el todo. Se lo dijo, y Sofía IA lo reconoció: había tomado la parte por el todo. Aun así, la parte sola ya era más que lo que se gasta en gobierno, parlamentos y hacienda: el uno coma tres.

Le volvió el inglés del miedo, el del contrato, el que llamó al Estado «Dios mortal». En su libro dedicó un capítulo a lo que lo pone enfermo, y una de las enfermedades es la falta de dinero: el que manda aguanta cuanto puede y, cuando ya no puede más, «lucha con el pueblo con estratagemas de ley para obtener pequeñas sumas, que, como no bastan, se ve obligado al fin a abrirse paso por la fuerza para lo que necesita al momento, o perecer». Estratagemas de ley encontró sin buscarlas mucho. Una la tenía de la noche anterior: el impuesto que sube sin votarse, con la parte sin impuesto quieta desde 2015. La otra le hizo pensar en el radar de Constancio: los presupuestos de los ayuntamientos tienen una casilla propia para las multas de circulación, y el Ayuntamiento de Madrid previó para 2024 doscientos once millones y reconoció doscientos veinte. El castigo que se presupuesta antes de que nadie cometa la infracción es lo que las tradiciones separaron del negocio.

Y lo que había que reconocerle, en el renglón siguiente y con la misma letra. Se vive más: a los sesenta y cinco años, en 1978 quedaban por delante quince coma ocho años de vida, y en 2024, veintiuno coma nueve; la pensión se cobra más años, y parte de lo que crece el gasto es eso. La estructura no crece: lo que se gasta en gobierno, parlamentos y hacienda bajó del uno coma cinco del PIB en 1995 al uno coma tres. Y antes se pagaba menos, pero el Estado daba mucho menos y no había libertades. El peso no estaba en lo que se gasta en sí mismo, sino en lo que les exige a los demás.

Luego, las leyes de arriba, punto por punto, como se repasa una hoja de comprobación. La remisión de las deudas, cada siete años, y el jubileo, cada cincuenta: aquí no hay remisión periódica, y la deuda del Estado se paga con deuda nueva y crece. Y «el que toma prestado, siervo es del que empresta». La usura: casi treinta y nueve mil millones de intereses en 2024; que la prohibición de la Torá, que es para el préstamo al pobre y al hermano, valga también para la deuda de un Estado, eso lo apuntó como suyo. Las pesas justas: el dinero pierde valor en manos de quien lo hace. Nadie es juez en su propia causa: la ley de las quiebras la escribe el mismo al que deja fuera. Y la ley humana que contradice a la natural, que «ya no será ley, sino corrupción de la ley».

Al final de la lista, lo que más le había sorprendido. El mismo inglés del miedo, el que quiso que el que manda lo pudiera todo, explicó de dónde tomó el nombre de su Estado: del libro de Job, donde Dios lo llama «rey de los soberbios». Y siguió: «pero porque es mortal y está sujeto a la decadencia, como todas las demás criaturas terrenas, y porque hay algo en el cielo, aunque no en la tierra, a lo que debe temer y cuyas leyes debe obedecer». Lo subrayó. Ni el que más poder le dio lo puso por encima de todo. Lo que él creía, y lo puso en su columna, es que la espada que lo juzga no es de hierro, sino la palabra, «más penetrante que toda espada

de dos filos», que «discierne los pensamientos y las intenciones del corazón». Y al lado, para no pasarse: «cogiendo la cizaña, no arranquéis también con ella el trigo». Caso a caso, con pruebas. La siega no era suya.

Antes de firmar leyó también lo de los diez casos, de 1688 a 2009, y lo apuntó como lo que era: constancia de lo que pasó en otros sitios, elegida por quien la reunió, y no una ley de la historia. Compararlos con lo de aquí no lo hacían los datos; lo hacía él, y lo dejó para su columna.

Ya clareaba cuando llegó a la firma. Buscó cómo se escribe un informe de auditoría de verdad, para no inventarse el formato. La ley dice que la opinión del auditor sobre si las cuentas «ofrecen la imagen fiel» de la entidad «podrá revestir cuatro modalidades: favorable, con salvedades, desfavorable o denegada», y que se dirán, si las hay, las dudas sobre su capacidad «para continuar como empresa en funcionamiento». Él no era auditor, y lo escribió lo primero: «Sin valor oficial». Debajo, su opinión: «Opinión desfavorable». Sus cuentas no daban la imagen fiel de lo que debe a los ciudadanos, y había una duda seria sobre si podía continuar tal como es. Y la piedra de todo estaba en lo de los primeros días: el pueblo no consintió; nació dentro y lo aceptó sin saberlo, y lo que se sostiene solo en presunciones se deshace cuando se pide la prueba.

Debajo, lo que eso anunciaba, y lo que no. El cierre de una forma de gobierno: no de la gente, ni del orden, ni de la ley. Por la puerta que la propia Constitución dejó abierta, la revisión total, en el artículo 168. Y en grande, para que nadie lo leyera al revés, ni él mismo: no exime a nadie de lo que hoy obliga. Es un diagnóstico, no una orden de desobedecer.

* * *

Gea fue la primera en levantarse, como siempre. Entró en la cocina en bata, se sirvió agua y leyó la hoja de pie, por encima de su hombro.

—¿Y quién te ha nombrado auditor?

—Nadie. Por eso pone que no tiene valor oficial.

Gea dejó el vaso en la mesa.

—Pues te lo digo como te lo diría Amparo. Un Estado no es una sociedad: cobra impuestos y no se cierra. La deuda de las pensiones no vence hoy. Cumple noventa y tres de los ciento sesenta y nueve artículos, que eso lo contaste tú. Y está la pensión de tu madre, y la sanidad, y los ochenta y cuatro años. Y que se gaste más es, en parte, porque se vive más.

—Todo eso es verdad.

—¿Entonces?

—Entonces va en la hoja. —Le enseñó el renglón de lo que había que reconocer, y debajo escribió lo de ella, una cosa detrás de otra—. La regla de las sociedades la uso a propósito, para medirlo con lo que les exige a los demás. Lo que sale es una causa de disolución con esa vara, no una quiebra de verdad. Sigue pagando, y le siguen prestando.

Gea volvió a mirar la palabra de arriba.

—Y «desfavorable» solo lo puede firmar un auditor.

—Por eso lo llamo dictamen. Un veredicto, si un día lo hay, lo dará un jurado. No yo.

Gea se fue a la ducha. Él abrió una página nueva y arriba puso «Las palabras». Dictamen, para lo suyo; veredicto, solo para un jurado. La quiebra camuflada, solo en la otra columna, nunca en «Comprobado»: el dato es la causa de disolución, y el nombre es lo que él cree. Y la lista de lo que solo puede ir allí: el padre de la mentira, lo de que todos somos aprendices, lo que clama al cielo.

En «Lo que yo creo» escribió, con letra más pequeña: «Que es una quiebra camuflada, a la vista de todos y escondida en cientos de miles de páginas. Que lo que se le debe al ciudadano no se puede pagar con más deuda contra el mismo ciudadano: tiene que salir de quien se ha enriquecido, caso a caso y nunca por apellido. Que aquí se ve la primera parte de lo de los diez casos, la forma que se ha quedado sin sustancia, y que la segunda no tiene que ser a ciegas, sino por escrito. Y que lo que se retira, cuando se vacía, no es la obediencia, sino la creencia sin comprobar».

Antes de cerrar la libreta, copió arriba del todo, encima de la opinión, lo que había escrito unos días antes: «Ojo: puede herir a quien sirve bien dentro».

* * *

Por la tarde, Sofía estaba haciendo un dibujo en la mesa de la cocina. La foto del puzle ya estaba pegada en la caja, y la nómina de Gea seguía allí, debajo del salero. Sofía la había leído entera, como lo leía todo.

—Aquí pone el nombre de mamá, y al lado un número muy largo. ¿Mamá es ese número?

—Para ese papel, sí. Para nosotros, no. —Se sentó a su lado—. Escúchame. A tu madre la ley no la hizo: se la encontró. Nació, y desde ese momento es persona. El número es del papel, y sirve para que el papel no se equivoque de persona. Nada más.

Sofía se quedó mirando el número un rato. Luego le dio la vuelta a la nómina, para que no se viera, y siguió pintando.

—¿Ya sabes cuánto pagas?

—Más o menos. Mira. Imagínate que por ese dibujo te dan diez caramelos. Antes de que te lleguen, se quedan casi cinco por el camino.

Sofía levantó la cabeza.

—¿Casi la mitad? ¿Y qué hacen con mis caramelos?

—Con una parte, tu colegio. Con otra, el médico. Con otra, la pensión de la abuela. Y con otra, cosas que no se sabe bien, porque no se publican sumadas.

—Como el puzle.

—Como el puzle. Sin tapa.

—¿Y la madre de la de la trenza? Trabaja en el ayuntamiento. A ella, lo de la empresa, ¿quién se lo paga?

—El ayuntamiento.

—¿Y el ayuntamiento de dónde lo saca?

—De los impuestos. De los caramelos de todos.

—¡Pues entonces no es de la empresa!

—Se apunta como si lo fuera, y la ley dice que lo paga el que contrata, que es verdad. Lo que no se separa es cuánto sale de los caramelos de todos.

Sofía cambió de rotulador y se quedó pensando.

—¿Y si a mamá le suben el sueldo?

—Paga más. Y eso es justo, si gana más. Lo raro es otra cosa: si se lo suben solo lo que suben los precios, compra lo mismo que antes, y paga más igual. Porque el impuesto va por escalones, y los escalones no se mueven.

—Es como si no me cambiarais las zapatillas cuando me crece el pie —dijo Sofía—. Cada vez aprietan más, y nadie las ha encogido.

Él se rio. A él le había costado una noche entera, y a ella, un pie.

—Igualito.

—¿Y si yo no quiero darlos?

—Se dan. Es la ley, y hay que cumplirla. Lo que sí puedes es preguntar en qué se gastan. Eso también es la ley.

Sofía siguió pintando un rato. Luego dejó el rotulador.

—Hoy los de sexto se han vuelto a quedar con la portería. Dicen que es suya porque siempre ha sido suya. Papá, si una cosa ha sido siempre así, ¿ya es para siempre?

Él la miró. Era la pregunta de la costumbre. La que había dejado para otro día.

—Esto aún no lo sé. Déjame mirarlo.

Las tizas

Esa noche buscó la costumbre. La había dejado para otro día, y el otro día había llegado con un rotulador en la mano.

No es que no la tuviera. La balda de la costumbre estaba en la estantería de la libreta desde aquel miércoles, con sus citas y sus dos ejemplos, y la había leído entera. Pero entonces la pregunta era otra: qué sitio le tocaba a la costumbre entre las leyes. La de ahora era la de una niña con un rotulador: si lo que ha sido siempre así ya es para siempre. Con una pregunta nueva, una hoja vieja dice a veces cosas que no había dicho.

Recogió el dibujo de Sofía, que se había quedado en la mesa junto a la nómina, y lo puso encima de la nevera, donde no se manchara.

Le preguntó a Sofía IA de dónde salía eso de que la costumbre es una ley. Se lo preguntó por probarla: él ya lo tenía apuntado.

Sofía IA: Lo he visto citado en muchos sitios, pero no he leído el original. Esto no lo he podido comprobar. Míralo tú.

Ya no era la primera vez que se lo decía. Él asintió delante de la pantalla, como si ella pudiera verlo, y fue a mirarlo, aunque fuera en su propia libreta.

El obispo de Sevilla seguía en su línea: la costumbre es «lo aprobado por la antigüedad, o ley no escrita». Nadie la escribe; nace de que todos hagan lo mismo durante mucho tiempo. Hasta ahí, los de sexto tenían su parte: la portería era suya por costumbre. Nadie se la había dado por escrito, y nadie se la había discutido.

Pero una costumbre no se mide por los años que tiene. Se mide como todo lo demás, por lo que hace: si daña a otro que no ha dicho que sí, si valdría igual dándole la vuelta. Eso lo tenía escrito arriba de la hoja desde el principio, sacado del taller. Lo que no había hecho era ponerle delante una portería.

Le dio la vuelta. Si los de tercero se quedaran la portería todos los recreos porque siempre había sido suya, ¿les parecería bien a los de sexto? No hacía falta preguntarlo. Y los de tercero, ¿habían dicho que sí alguna vez? Tampoco.

Volvió al ejemplo del romano, el del pueblo del norte que tenía por bueno robar fuera de las tierras de su tribu, y que decía hacerlo para entrenar a los jóvenes y quitarles la pereza. Era su costumbre, y la tenían por buena. En la misma página, el romano contaba que esos mismos tenían por impío hacerle daño al huésped. La primera vez lo había leído para la estantería.

Esta vez, con la portería delante, se fijó en lo otro: la misma gente tenía una costumbre que no pasaba la vara y otra que sí, y con la del huésped se habría quedado cualquiera. No era de nadie de hoy. Y no era de nadie entero.

La otra mitad de la pregunta también estaba en la balda, y aquel miércoles la había apuntado sin pensar en ninguna portería. Un jurista romano escribía que hasta las leyes pueden quedar abolidas «por el consentimiento tácito de todos, mediante el desuso». Es decir, cuando todos, sin decir nada, dejan de cumplirlas. Lo que nace de que todos lo hagan puede morir de que todos lo dejen de hacer. Para siempre no era.

Lo que fue a «Comprobado» esa noche: «La costumbre es ley no escrita. Pero lo de siempre no es bueno por ser de siempre: se mide por lo que hace. Si daña a otro que no ha dicho que sí, no pasa. Y lo que nace de que todos lo hagan no es para siempre».

Ya tarde, con solo la luz de encima del fregadero, se quedó mirando la frase. La portería era pequeña. Había otra más grande, y la tenía en la libreta desde la noche de la casa: que la primera razón por la que la gente obedece sin que nadie la obligue es la costumbre, haber nacido dentro y no conocer otra cosa. Y estaba el sí que se da por dado sin que nadie lo haya dado, el de la primera carta. A los de tercero tampoco les había preguntado nadie.

En «Lo que yo creo» puso: «Que lo de la portería es lo mismo, en pequeño. Que lo que se da por dado se sostiene como la portería: porque siempre ha sido así. Y que lo que se sostiene así se puede preguntar».

Debajo, más pequeño: «Los de sexto no hicieron la portería. Se la encontraron».

* * *

Por la mañana, Sofía desayunaba con la cuchara en el aire, esperando.

—¿Lo has mirado?

—Lo he mirado. Pero primero te pregunto yo. ¿Los de sexto os preguntaron si os parecía bien?

—No.

—¿Y a ellos les gustaría que la portería fuera vuestra siempre?

—¡Ni de broma!

—Pues dale la vuelta. ¿Por qué crees que la quieren?

Sofía frunció el ceño, como cuando hacía restas llevando.

—Porque son mayores. Y porque juegan mejor.

—Puede ser. Pregúntaselo: a lo mejor tienen una razón que tú no sabes. Lo que sí te digo es esto: que una cosa haya sido siempre así no la hace buena, ni la hace para siempre. Hay costumbres buenas, como las lentejas del domingo. Y hay costumbres que hacen daño a otro que no ha dicho que sí. Esas no valen, por muchos años que tengan.

—Pues mañana se la quitamos nosotros. Toda la semana.

—¿Y luego?

Sofía lo pensó con la cuchara en la boca.

—Luego nos la quitan ellos otra vez.

—Entonces tendríais la misma costumbre, con otro dueño. No se trata de castigar a nadie, hija. Se trata de arreglarlo.

—¿Y cómo se arregla?

—Como lo de la carta. Se pregunta, y se pregunta donde toca. ¿En tu clase no votáis las normas del recreo?

—En la asamblea.

—Pues ahí.

Gea, que fregaba su taza, se rio sin darse la vuelta.

Sofía se quedó callada un rato. Luego fue a por la mochila.

—Mamá, ¿me dejas las tizas de colores?

—¿Para qué?

—Es un secreto.

Gea la miró un momento, sacó la caja del cajón de las manualidades y la metió ella misma en la mochila, al lado del bocadillo.

* * *

En el coche, Sofía no dijo nada en todo el camino. Iba detrás, con la mochila en las rodillas, mirando por la ventanilla como cuando le daba vueltas a una resta, y la caja de las tizas sonaba un poco en cada bache.

En la puerta del colegio echó a correr sin despedirse del todo. Desde la verja se veía el patio todavía vacío y, al fondo, la portería, con la red descolgada por una esquina. La raya del área casi no se veía: unos trozos blancos, gastados, y entre ellos nada. Él la miró un momento, sin

saber por qué, y se fue al taller.

Podar

El martes a media mañana estaba tumbado en la camilla, debajo de una furgoneta, cuando el teléfono, que había dejado en el suelo, se puso a vibrar contra el cemento. Salió a medias, se limpió una mano en el trapo y vio quién era. Su hermano, que tampoco esta vez saludó.

—¿Has visto lo de la tele?

—Estoy con un coche.

—Otro que se ha llevado lo que no era suyo. A esos los metía yo a todos en la cárcel. Y a la familia detrás, que también ha comido de ahí.

El padre se sujetó el teléfono entre la oreja y el hombro, como el gestor, y siguió aflojando la tuerca.

—Y no me digas que en medio —dijo su hermano.

—No te lo digo. Te digo otra cosa, que la tengo apuntada desde el sábado. Equivocarse se puede de muchas maneras. Acertar, de una sola.

Hubo un silencio al otro lado, el de cuando su hermano buscaba por dónde entrarle.

—Eso es de algún libro.

—De un griego.

—Pues que venga el griego a ver la tele.

Y colgó antes de que le diera tiempo a contestarle lo de la familia.

Lo de la familia se le quedó dentro toda la mañana, como un ruido que no se sabe de dónde viene. El lunes de madrugada, él mismo había escrito en la otra columna que lo que se le debe al ciudadano tiene que salir de quien se ha enriquecido, caso a caso «y nunca por apellido». Lo había escrito sin pensar en nadie. Ahora tenía a alguien.

* * *

Esa noche, con Sofía dormida, abrió la libreta por una hoja limpia y arriba puso «Las puertas».

Llevaba semanas midiendo, y el lunes había firmado una opinión que no valía para nada oficial. Faltaba lo de después: qué se hace con eso. Su hermano tenía una respuesta. Él quería otra, y no la tenía.

Lo que encontró cabía en tres verbos, y los apuntó arriba, uno debajo de otro: compensar, pedir con constancia escrita, deslindar. Los dos primeros los entendía. Al tercero le puso un interrogante. Sonaba a campo, a lindes, y no supo qué pintaba allí.

Empezó por lo que más le preguntaban en el taller, aunque nadie se lo preguntara con esas palabras: si hay que pagar. La Biblia de su madre seguía en la mesa, al lado de la caja del puzle. La abrió por la carta a los romanos, la de la obediencia, que había leído el día del aceite de Justo, cuando buscaba quién escribe la pata coja: «Toda alma se someta á las potestades superiores». Y unas líneas más abajo: «por esto pagáis también los tributos». Eso ya lo sabía. Lo que no había mirado era lo de en medio. La autoridad, decía, «es ministro de Dios para tu bien».

Para tu bien. La condición estaba en el mismo capítulo, entre la orden de obedecer y la de pagar.

En los demás, igual. «Pagad pues á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios»: lo tenía desde la noche del árbol, y lo que no es del César es la persona. El Corán mandaba obedecer «a aquellos de vosotros que tengan autoridad», justo después de ordenar que se devuelva lo confiado y se juzgue con justicia. Y por encima de todo, la que tenía escrita en el margen del árbol: «Es menester obedecer á Dios antes que á los hombres».

En «Comprobado» escribió: «Los textos que mandan pagar y obedecer no lo mandan sin condición. La autoridad lo es para el bien del que obedece, y por encima de ella está Dios».

Luego pensó en Pacífico, en la silla de plástico con su carta del embargo: «Yo no pago más». Y en la otra pregunta, la que nadie le había hecho en voz alta y él se hacía algunas noches: si el que paga lo que no sirve es cómplice. Encontró dos líneas. Una le quitaba peso: no responde igual «el que no entendió». La otra se lo devolvía: «El pecado, pues, está en aquel que sabe hacer lo bueno, y no lo hace». Él ya sabía. Pero lo bueno no era dejar de pagar, que la obligación seguía siendo obligación. Era dejar de consentir callado: preguntar a dónde va, pedir que se lo motiven y dejarlo por escrito.

Todo eso cabía en una pregunta, y la copió aparte: «¿Me puede explicar qué es lo que le legitima para solicitarme esto?». La leyó dos veces. Era su escrito de la copia sellada, dicho en una línea.

Lo siguiente era lo que llevaba días sin atreverse a escribir: y entonces, ¿qué? Su hermano lo tenía claro. Lo que él encontró no se le parecía. No se pide un Estado nuevo. Se pide que el que hay se ponga en su sitio, debajo de lo que tiene encima, y sirva al bien común, porque solo así recupera su legitimidad. En «Las palabras» apuntó dos: metamorfosis, el mismo, con otra forma; y disolver, que no es destruir ni derribar, sino auditar a fondo para separar lo que sirve de lo que daña.

Esa tarde, al volver del taller, había visto a Gea en el balcón con las tijeras de la cocina, quitándole al geranio las ramas secas. No lo había arrancado. Le había quitado lo seco, y lo había regado. En «Lo que yo creo» puso: «Que no hay que arrancarlo. Hay que podar lo seco y lo podrido, y regarlo con agua, no con lo que sobra de la cocina».

La ley, además, ya pedía cosas que él habría firmado. Que las administraciones «establecerán sistemas que permitan la evaluación del desempeño de sus empleados», aunque en la del Estado eso aún no se había puesto en marcha para pagar el complemento. Que se aparte del servicio a quien no se haga cargo de las tareas que tiene encomendadas. Y, al lado, que el funcionario de carrera tiene derecho a no ser movido de su puesto. Pensó en Amparo y lo apuntó como estaba.

En la otra columna, con letra pequeña, una idea que era solo suya y que no sabía si se atrevería a decir en voz alta: que hace falta un Estado, alguien que administre la finca y haga su trabajo, pero que el gobierno de cada uno es de cada uno; que a los jefes los elijan sus compañeros por mérito, y que se quede el que vale. Debajo: «Esto no es lo que dice la ley. La ley va por otro camino, y mientras no cambie, se cumple».

Encontró que un país ya lo había escrito en su Constitución, como principio, tomado de una tradición antigua: «no seas flojo, no seas mentiroso ni seas ladrón». Tres cosas que él habría puesto en la puerta del taller. Apuntó el texto, no lo que hiciera nadie con él.

Al final de la hoja, una lista corta de lo que no existe y él pondría, cada cosa con su pega al lado, porque en el taller una idea sin su pega no vale nada. La prensa, libre del todo, y medida con la misma vara que los demás: desde agosto del año pasado, una norma europea obliga a cada medio a decir quién es su dueño y cuánto dinero público recibe. Los jubilados que quieran, siguiendo lo que hacen los que administran, con un poco más de pensión, y pensó en Cándido con el periódico doblado en las rodillas; la pega, que ya hay organismos de control, y al lado, que el de la transparencia recibió el año pasado 2.767 reclamaciones. Y los jurados por sorteo, con todas las edades dentro.

Le preguntó a Sofía IA cuánto pesa hoy el jurado.

Sofía IA: El jurado interviene en torno al 0,3 % de los asuntos penales.

Sonaba bien, y por eso fue a mirarlo. Los datos del Consejo de los jueces del año pasado daban otra cosa: 465 sentencias del jurado, de 599.492 sentencias penales. Menos del 0,1 %. Se lo dijo.

Sofía IA: Tienes razón. Con esas cifras es menos del 0,1 %. Lo tomé de un texto que no lo comprobaba.

Lo tachó y puso la buena. Y al lado, lo de Irlanda: en 2016, con el visto bueno de las dos cámaras de su Parlamento, juntaron a 99 personas sacadas al azar, parecidas al país como lo retrata el censo. No era una idea suya. Ya se había hecho. Y la última de la lista, con la pega todavía por escribir: que el Estado se sostuviera con el equivalente al diezmo, el diez por ciento.

* * *

Gea entró a por agua pasada la medianoche, en pijama, y leyó la lista por encima de su hombro, con el vaso en la mano.

—¿Y esto del diez por ciento?

—Es lo que yo pondría. Para empezar.

—¿Con el diez por ciento? ¿Y la pensión de tu madre? ¿Y el hospital?

Él buscó las cifras, porque Gea no aceptaba un «más o menos» desde lo de la nómina. Todas las administraciones gastaron el año pasado unos setecientos sesenta y cinco mil millones. Solo las pensiones de la Seguridad Social y las de Clases Pasivas se llevan unos doscientos veintiocho mil millones al año, alrededor del treinta por ciento de todo.

—Pues no sale.

—Hoy, no. —Lo apuntó—. Sería el final, no el principio: después de mirar cada cosa que hace el Estado una por una, de que cada uno cotice para su jubilación, y de pagar lo de ahora con lo que se recupere. Y cómo se llega de aquí allí, año por año, no lo sé. No está hecho.

Lo puso en «Aún no lo sé», con letra grande.

—¿Y lo de recuperar? ¿Quién decide quién se ha enriquecido? ¿Tu hermano?

—Mi hermano no. —Se rio sin ganas—. Un juez. Nadie pierde lo suyo sin un juicio, y todo el mundo es inocente mientras no se pruebe lo contrario. Caso por caso, con pruebas, y dejándole a cada uno lo que necesita para vivir.

—Eso díselo a tu hermano.

—Mañana lo miro.

Gea dejó el vaso en el fregadero y le puso la mano en la nuca un momento, al pasar.

—Y lo de los jubilados no se lo cuentes a tu madre, que se apunta.

La higuera

El miércoles por la mañana, en el coche, las tizas volvieron a sonar en la mochila de Sofía en cada bache, como el martes, y ella volvió a no decir nada. Al volver de dejarla en el colegio, el coche de Prudencio ya estaba delante de la persiana, con el motor parado y él dentro, las manos en el volante a las diez y diez.

Habían quedado así: primero, que fuera recto; después, la rueda.

—Va solo —dijo al bajarse—. Lo he probado en la autovía. Ni lo toco.

El padre subió el coche a la elevadora y le quitó la rueda de delante derecha. Por fuera todavía tenía dibujo; por el borde de dentro estaba lisa y brillante, casi sin goma. La giró despacio para que Prudencio la viera entera.

—Esta ya no tenía arreglo.

—Esta no. Por eso se hizo primero lo otro. Si te la cambio aquel día, la nueva te dura lo que la vieja.

Prudencio se sentó en la silla de plástico, junto a la máquina del café, y lo miró montar la rueda nueva en la llanta sin decir nada. Cuando la puso en la equilibradora, habló.

—Les voy a ir a decir cuatro cosas. A los de la carretera.

El padre no contestó enseguida. Fue al cajón de las órdenes de trabajo y sacó la del viernes aquel. Grapada detrás estaba la hoja que había sacado la impresora de la alineadora, con las medidas de antes y las de después. Las dos de antes, en rojo.

—Llévalas esto.

Prudencio la leyó despacio, apartándola un poco, como se lee la letra pequeña.

—¿Y ya está?

—Con eso ya se lo dices todo. Lo demás sobra.

Lo pensó despacio, como lo pensaba todo.

—¿Y la rueda? ¿No me la tendrían que pagar ellos?

—Eso no lo sé. Habría que ver si fue un descuido o si de verdad creían que era la carretera. Pídeselo, con el papel delante. Y sin voces.

—Sin voces —repitió Prudencio, como quien prueba una pieza antes de comprarla.

—Ni tanto ni tan calvo.

Prudencio levantó la vista con media sonrisa.

—Eso es mío.

—Ya. Te lo he cogido.

Pagó con tarjeta y se guardó la hoja doblada en el bolsillo de la chaqueta de punto. Antes de arrancar bajó la ventanilla.

—¿Y si me dicen que es la carretera?

—Les enseñas las dos medidas. La carretera no sale en rojo.

* * *

Esa noche, con Sofía dormida y Gea leyendo en la cama, abrió la libreta por una hoja nueva, después de la de «Las puertas», y arriba copió la frase de su hermano tal cual: «Y a la familia detrás». La quería delante. No para contestarla a él, que no estaba. Para medirla.

Lo primero que encontró fue una regla corta, y la apuntó antes que nada: la responsabilidad de cada uno se establece por lo que hizo y con su prueba, nunca por pertenecer a un grupo. Debajo venía otra línea que le hizo levantar la vista de la libreta: un informe interno es fuente, no sentencia. Su informe del lunes, el de «Opinión desfavorable», era eso. Decía lo que había visto, con sus papeles al lado. No condenaba a nadie, y no podía.

La Biblia de su madre seguía en la mesa, junto a la caja del puzzle. El lunes había puesto en el informe media frase de la cizaña. Ahora buscó la parábola entera. Un hombre siembra trigo en su campo y, mientras todos duermen, un enemigo siembra cizaña en medio. Cuando sale, los criados quieren ir a arrancarla, y el amo les dice que no, que con la cizaña se llevarían el trigo: «No arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega».

Luego le vino una imagen que no era del taller, y la siguió para ver adónde llevaba. Un médico pincha, abre y corta, y lo que en la calle sería una agresión, en la consulta es curar. ¿Qué cambiaba? Buscó qué les piden los libros antiguos a los que corrigen a otro, y le salieron cuatro cosas. Las apuntó en columna, una debajo de otra, como las condiciones de una garantía.

La primera, que el que se corrige diga que sí. En el taller no se tocaba un coche sin el sí del cliente; era de las costumbres que venían con la persiana. La Gita de la India cerraba su enseñanza con una frase que ya tenía apuntada desde la noche de la autoridad: «Medita; y, como quieras, obra». La corrección se enseña. No se mete a la fuerza.

La segunda, que busque el bien del corregido y no el suyo. Otro griego, el de la República, lo decía del médico: «ningún médico, en cuanto médico, considera su propio bien en lo que prescribe, sino el de su paciente». Y lo mismo del piloto y del que manda: «nadie, en ningún gobierno, en cuanto gobierna, considera ni prescribe lo que le conviene a él, sino siempre lo que conviene a su gobernado». Sofía IA se lo había pasado de una traducción inglesa, y lo apuntó así. En el taller aquello tenía nombre: el que cambia piezas que no hacen falta no arregla el coche, se arregla él. Era lo de los pastores que se apacientan a sí mismos, mirado desde el otro lado.

La tercera, la medida justa. El maestro chino del pozo contaba de un campesino apenado porque sus brotes no crecían, que tiró de ellos para ayudarlos, y «su hijo corrió a verlos, y los brotes estaban secos». Y lo dejaba en una línea: «quien lo ayuda a crecer, arranca los brotes». Un viejo libro chino lo decía del Estado: «Gobernar un gran Estado es como cocinar pececillos». Cuantas más vueltas se les da, más se deshacen. Y la Gita le pedía al que sabe que a los que no saben «no los hagas tropezar, tú que tienes la luz».

Volvió a la Biblia de su madre para buscar la higuera, que Sofía IA le había señalado en Lucas. Un hombre tenía una higuera que no daba fruto y mandó cortarla. El que le cuidaba la viña le contestó: «Señor, déjala aún este año, hasta que la excave, y estercole». Y si aun así no daba fruto, entonces sí: «la cortarás después».

Primero cavar y echarle estiércol. Después, si no hay fruto, cortar. Era la rueda de Prudencio: primero, que fuera recto, y la rueda después. Tres familias que no se citan entre sí, la de China, la de la India y la del Evangelio, decían lo mismo con la misma imagen del campo.

La cuarta, un rumbo. Hacia dónde se corrige. Sin rumbo, corregir era lo del otro taller: aire de más en una rueda y el volante sacado de su sitio, un parche detrás de otro. El rumbo lo tenía en la libreta: las nueve filas del Arca, el «¿sirve, o se sirve?» del pie de la página y la raya del centro de cada dial.

Cuando faltaba una de las cuatro, los mismos libros lo llamaban daño. El campesino secó sus brotes. Los pastores que se apacientan a sí mismos no curan a nadie.

Ya iba a cerrar la Biblia cuando vio, unas páginas más adelante, en el mismo evangelio, una frase que empezaba así: «si tu hermano pecare contra ti, ve, y redargúyete entre ti y él solo». Se le escapó media risa por la nariz. Hermano. No era el suyo, era cualquiera, y eso ya lo sabía. Pero siguió leyendo. Si no te oye, «toma aún contigo uno ó dos». Y si tampoco, «dilo á la iglesia», delante de todos.

Era una escalera, y la miró como se mira una escalera que ya se ha empezado a subir. El primer peldaño lo había subido sin saber que lo era: la copia sellada, una pregunta por escrito, a solas, a quien tenía el poder. El segundo se lo había puesto Constancio delante, con

la mano en el marco de la puerta del taller: «¿Y si somos muchos con el mismo radar?». Le faltaba el tercero, el de delante de todos. Y la escalera no acababa en obligar a nadie. Acababa en apartarse de quien no oye.

Constancio había querido subir los tres de golpe, con su escrito de los vídeos y la huella del pulgar en tinta roja, y había tenido que volver a empezar por abajo. Junto a los modelos de escritos, los del botiquín, había una regla, y esa noche la copió en la libreta: ninguno aconsejaba dejar de pagar ni desobedecer, porque eran las puertas que la propia ley deja abiertas para defenderse; y «no se puede correr antes de gatear». De un modelo a un escrito de verdad, con nombres y fechas, había un trecho, y si el asunto lo merecía, un abogado.

En «Lo que yo creo» escribió despacio. Que él no era médico de nadie. Que no tenía permiso para abrir nada que no fuera un capó, y que no lo pedía. Que lo suyo era lo del taller: mirar, apuntar lo que encontraba con los papeles a la vista y decirle al cliente lo que había, sin cambiarle ninguna pieza por su cuenta. Como el profeta de los pastores, que decía lo que veía y no apartaba a nadie: eso, decía, lo hacía Dios. Debajo, en una línea: «Yo no soy médico de nadie. Diagnostico, y el cliente decide».

Al fondo del pasillo, la raya de luz de debajo de la puerta del dormitorio se apagó. Gea no dijo nada.

* * *

Pasada la una, con la libreta todavía abierta por la escalera, volvió a la rueda de Prudencio. ¿Quién paga una rueda que se ha comido el arreglo de otro?

Entre particulares, la ley lo tenía escrito desde hacía mucho: «El que por acción u omisión causa daño a otro, interviniendo culpa o negligencia, está obligado a reparar el daño causado». Interviniendo culpa. Prudencio tendría que probar que fue un descuido, y no que de verdad creyeran que era la carretera. Lo que le había dicho por la mañana, que eso no lo sabía, era justo la pregunta que hacía la ley. Y era el único sitio, de los que encontró esa noche, donde había que probar la culpa.

Porque lo buscó más arriba, y le salió otra escalera. Desde 1954, con una ley de expropiaciones, veinticuatro años antes de la Constitución, la Administración responde de los daños que causa su funcionamiento, y después la Constitución lo subió a su altura: los particulares tienen derecho a que se les indemnice por «toda lesión que sufran en cualquiera de sus bienes y derechos, salvo en los casos de fuerza mayor». Y ahí no hacía falta probar que nadie se hubiera equivocado. Bastaba el daño, si uno no tenía el deber de aguantarlo.

Siguió subiendo. La justicia: «Los daños causados por error judicial, así como los que sean consecuencia del funcionamiento anormal de la Administración de Justicia, darán derecho a una indemnización a cargo del Estado». El propio Tribunal Constitucional, si tramita un amparo de una manera que no es normal. Los productos defectuosos, también los digitales, con una norma europea que vale a partir del 9 de diciembre. Y arriba del todo, el que hace las leyes: la ley prevé indemnizar el daño que cause una ley válida que no haya deber de soportar, una ley que luego se declare contraria a la Constitución y una norma contraria a las de la Unión.

La noche de la vacuna había llamado a eso garantía, con la palabra del taller. Ahora sabía que la garantía llegaba hasta el último piso.

En «Comprobado», después de releerlo: «La ley obliga a reparar el daño injusto en todos los pisos, hasta el que hace las leyes. Y aquí le pide más al Estado que a un particular: que responda sin que nadie pruebe su culpa. No todas las asimetrías juegan contra el ciudadano».

Y en la lista de al lado, en «Lo que gana Amparo», una línea más. Se lo había dicho ella en la cocina, aquel miércoles, con el café: «Si la Administración te hace un daño, te lo indemniza». Tenía razón, y más de la que dijo.

Luego quiso saber si eso se cobraba de verdad, y empezó por lo de la justicia, que era lo que más tardaba. Le preguntó a Sofía IA si un juicio que se alarga da derecho a que te paguen.

Sofía IA: No por sí solo. El Supremo lo dijo en 1996: «el simple incumplimiento de los plazos procesales no comporta responsabilidad».

Sonaba a sentencia. Le pidió la sentencia, y la leyó. Aquella frase no estaba. Estaba otra, más larga, y decía algo más estrecho todavía: «El simple incumplimiento de los plazos procesales meramente aceleratorios constituye una irregularidad procesal que no comporta, pues, por sí misma, una anormalidad funcional que genere responsabilidad».

Sofía IA: Tienes razón. Lo que te puse entre comillas era un resumen, no sus palabras.

Un resumen entre comillas era como una pieza de imitación en la caja de la original: a lo mejor servía, pero no era lo que ponía la caja. Lo tachó y copió la buena. Hacía falta una tardanza que, visto lo complicado del caso, fuera impropia de un Estado que «propugna como uno de sus valores superiores la justicia». El derecho estaba escrito con letra clara; el camino, cuanto más arriba, más estrecho. Encontró también a un profesor que lo resumía en el título de un artículo, y lo apuntó como lo que era, de segunda mano, porque solo había leído el título: «un sistema notoriamente insatisfactorio».

Debajo, para no pedir más de la cuenta, escribió lo otro: que pagar impuestos no da derecho a que todo se resuelva al momento; da derecho a reclamar cuando la justicia falla de una manera que se sale de lo normal, aunque cobrarlo sea largo.

En «Lo que yo creo», al final, escribió para su hermano, aunque su hermano no lo fuera a leer nunca. Que lo que se le debe al ciudadano no se paga con más deuda contra el mismo ciudadano: sale de quien se ha enriquecido, probado caso a caso y dejándole defenderse. En la Biblia de su madre lo encontró en una línea: «el hijo no llevará por el pecado del padre». Pero encontró también la otra mitad, la de su hermano, y esa estaba en la ley. Lo que la familia recibió sabiendo de dónde venía, también se devuelve, y la ley ya da por hecho que lo sabía si se lo dieron regalado o por debajo de lo que valía, mientras no pruebe lo contrario. Lo heredado de origen ilícito, hasta donde alcance la herencia. Lo que los hijos ganaron con su trabajo, suyo.

Su hermano tenía razón en la mitad, otra vez. Lo subrayó: «Por lo que hicieron. Nunca por el apellido».

En «Las palabras», debajo de metamorfosis y disolver, puso tres más. Discernir, que es separar el grano de la paja caso a caso, con pruebas y dejando que cada uno se defienda. La depuración sin venganza, que es eso mismo hecho con las responsabilidades. Y la compensación: lo que se le debe al ciudadano.

Apagó la luz de la cocina. Al pasar por el dormitorio vio su camisa colgada en la silla, con la hoja de los árboles todavía doblada en el bolsillo. No la sacó.

La última palabra

El jueves, a media tarde, Gea le mandó un mensaje al taller: que estaba Amparo, y que había traído pasteles. Bajó la persiana antes de hora. Cuando subió, Sofía salía de su cuarto al oler la caja; cogió uno, dijo «gracias» con la boca llena y volvió a los deberes, con la puerta entornada.

La libreta estaba en la mesa, donde la había dejado esa mañana, y encima, la hoja del lunes. Amparo ya la tenía en la mano. Leía sin prisa, con las gafas ya puestas, con el dedo debajo de las líneas, hasta que llegó abajo, a las dos palabras de la firma.

—«Opinión desfavorable» —leyó—. Ya me lo había contado esta.

—Y tú le habrás dicho algo.

—Le he dicho que te lo diría a ti. —Dejó la hoja en la mesa y la alisó con la mano—. Y ya sabes quién habla cuando hablo así: el que defiende esto en serio, no yo.

Él se lavó las manos en el fregadero y se sentó enfrente. Gea le acercó un pastel sin preguntar.

—Lo primero. Tú escribes aquí que esta forma de gobierno se ha acabado. Eso lo lee alguien que no lee lo de abajo, y deja de pagar. La ley obliga a todos, también a ti.

—Por eso lo de abajo está en grande. —Le señaló el renglón—. No exime a nadie de lo que hoy obliga. Es un diagnóstico, no una orden. Y lo que se acaba es una forma, no la ley, ni el orden, ni la gente. Por la puerta que dejó abierta la propia Constitución.

—Ya. Pero derecho a resistirse no hay ninguno escrito.

—No lo hay. Y no lo pido.

Amparo lo miró por encima de las gafas, como si esperara más, y pasó a lo siguiente.

—Lo segundo. España no es una dictadura. Hay partidos nuevos, hay multas a los partidos, hay sentencias que anulan leyes. Tú mismo lo pusiste.

—Lo puse. Es un perfil mixto, y es verdad. Pero dice dónde falla: en las puertas. A los que vigilan, al Consejo de los jueces, al Tribunal de Cuentas y a parte del Constitucional, los eligen las Cámaras, que son los partidos a los que vigilan. Y si la gente quiere cambiar eso con firmas, no puede: las leyes que lo regulan son de las que la iniciativa popular no puede tocar.

—Eso es un defecto. Los defectos se corrigen.

—Un defecto que nadie puede corregir desde fuera no es un defecto. Es el diseño.

Gea partió su pastel por la mitad y no dijo nada.

—Lo tercero —siguió Amparo—, que es lo que más me molesta. Tú hablas como si nada se frenara. Pregúntales a mis compañeras interinas si el tribunal de la Unión no frenó nada.

—Lo frenó en 2024. Y en 2026 tuvo que volver a decirlo, porque la primera corrección no bastó.

—Pero lo frenó.

—Lo frenó. —Buscó la hoja de la tabla—. Y no digo que esto sea una tiranía: los frenos actúan, y lo tengo escrito. Lo que digo es dónde. En lo que la Constitución le promete a la gente, de cuarenta y tres veces que se pasaron, el freno actuó en dos.

Pensó en la reforma de 2011, la que puso la deuda por delante de todo. La noche antes, buscando otra cosa, Sofía IA le había dicho que aquella reforma se hizo «en menos de dos semanas». Sonaba a cosa sabida, y por eso fue a mirarla. Él tenía las fechas de las votaciones, del 2 al 7 de septiembre, y no la del día en que se propuso. Lo de las dos semanas no tenía papel. Lo había tachado. Así que no lo dijo.

—Lo cuarto. —Amparo dio unos golpecitos en la hoja con el dedo—. Lo de la forma sin sustancia. «Corrupción» es una palabra moral, no jurídica. Un auditor no puede medir con un filósofo.

—Con un filósofo no. Con lo que me diste tú. —Él pasó las hojas hacia atrás hasta encontrar su nombre, escrito con el lápiz corto—. Las auditorías que no miran si se siguió el procedimiento, sino si se consiguió lo que se buscaba. Economía, eficiencia y eficacia. Lo mido con eso. Y no llamo corrompida a ninguna institución entera: casos, uno por uno, cada uno con su papel.

Amparo leyó su propio nombre al lado de la frase.

—Te dije que no te acostumbraras.

—Y no me he acostumbrado.

—Lo quinto. Lo de los diez casos. Comparar esto con lo que pasó en sitios así...

—No los comparo por cómo eran. Los comparo por el orden en que pasó: primero el poder se queda sin sustancia, y consta por escrito; después la gente deja de sostenerlo. Y no todos eran dictaduras: en Islandia cayeron los bancos, dimitió el Gobierno y hubo elecciones. Por las vías de siempre.

—Pero la comparación con España la haces tú.

—La hago yo. Por eso va en la otra columna.

Amparo se quitó las gafas y las sostuvo por una patilla.

—Lo sexto te lo digo yo, que lo veo todos los días. La gente se fía de la gente, eso sí. Y si se fía, será porque hay jueces, hay policía y hay hospitales. Algo de mérito tendrá lo que hay.

Él lo tenía apuntado desde la tarde de las sumas, cuando ella dijo que la gente era peor que antes, y llevaba días buscando cómo decírselo sin que sonara a otra cosa.

—Te debía una. Lo de que la gente es peor que antes. No lo es: la confianza entre la gente es hoy más alta que hace doce años. Lo que no aprueba es otra cosa. Ninguna administración.

Amparo tardó en contestar.

—Ya lo sé. Lo veo en la ventanilla.

—Y lo que tú dices también es verdad. Algo de esa confianza es de lo que hay. Cuánto, no lo sé medir.

—Lo séptimo, y me voy. —Volvió a ponerse las gafas—. Aquí abajo dices que el sistema creó los problemas. Eso no sale de tus números. Es un salto.

—Lo es. —Le dio la vuelta a la hoja y le enseñó la otra cara, la de «Lo que yo creo»—. Por eso está aquí, y no en la otra.

Amparo leyó, asintió despacio y dejó la hoja donde estaba.

Él lo contó después, en la libreta, como se cuentan las piezas de un desmontaje para que no sobre ninguna. Trece objeciones al informe. Cinco se las había dado Gea el lunes, en bata. Una, Cándido, con el periódico doblado en las rodillas, el día del dinero sin respaldo. Las otras siete, Amparo, esa tarde. De las trece, en cinco tenían razón, y lo había escrito: que un Estado no es una empresa y no está en quiebra; que el informe no vale nada oficial; que se cumple la mayor parte de la Constitución; que los frutos son reales; y que lo del sistema que crea los problemas es suyo, no de los datos. Ninguna de las cinco tocaba los números de los que salía el informe. Lo que quedaba en pie era la misma vara.

En la puerta, con el bolso al hombro y la caja de los pasteles vacía, Amparo se volvió.

—¿Y esto a quién se lo vas a dar? ¿A un juez?

—Un juez no lo puede mirar. No es un pleito.

—¿Entonces?

—No lo sé todavía.

* * *

Esa noche, con Sofía dormida y Gea en la cama, abrió la libreta por la página de lo que llevaba días sin nombre: la idea del archivo para todos, la carpeta de Gea en grande, con su «Esto no existe. Es una idea» debajo. Le puso nombre arriba, con letra clara, como se escribe el nombre de un cliente en una orden de trabajo: el Registro de los frutos. Registro, porque es lo que hace: dejar constancia de lo pedido y de lo respondido, o del silencio. De los frutos, por la vara.

Debajo, los tres pasos. El Registro, para que cada uno guardara su escrito y la respuesta, con un código para que cualquiera lo comprobara, y su nombre solo si quería. Después, un juicio. Y al final, dinero puesto por quien quisiera, con las cuentas a la vista, para pagar el juicio y un abogado que mirara cada caso, sin prometer a nadie que le iba a pagar una multa.

El juicio era la pregunta de Amparo. Un juez no podía mirarlo, y él no quería que lo mirara un juez. Quería un tribunal de opinión: sin carácter oficial y sin fuerza de ley, y que lo dijera desde la primera línea. Un jurado sacado por sorteo, con gente de todas las edades, que juzgara al Estado cargo por cargo, institución por institución, y nunca a una persona con nombre. Lo apuntó en «Lo que yo creo», porque no existía. Lo que sí existía lo puso al lado: el jurado de verdad, que la Constitución reconoce, y los tribunales de la costumbre, como el de los jueves de Valencia.

Luego se preguntó con qué se juzga. En los pleitos de verdad, lo que se aporta con papeles la ley lo llama «la prueba documental», y no basta con decir dónde está un papel que se puede pedir: hay que llevarlo, «sin que pueda limitarse a efectuar la designación». Aquella ley no regía su juicio. De ella tomaba la forma, no la fuerza. Y la prueba documental de su juicio era lo que tenía en la mesa: la Biblia de su madre, la Constitución, las cuentas del propio Estado y la libreta, con cada cosa en su sitio y su papel al lado.

El jurado era lo que más le preocupaba. Si lo sacaba él, lo sacaba a su gusto. Buscó cómo lo hace la ley con el suyo y se encontró hecho casi todo. Que cada voto se razone por escrito: el jurado de la ley tiene que explicar, aunque sea en corto, por qué da cada hecho por probado o no; él quería además que cada voto fuera público, porque lo que se juzga son cosas y no personas. Que nadie juzgue donde tiene interés: la ley aparta al que «Tenga interés, directo o indirecto, en la causa», y él lo apuntó caso a caso, nunca por grupos. Debajo puso lo que había pensado esa tarde mirando a Amparo con su pastel: cobrar del Estado no aparta a nadie. Eso «no es conflicto: es ser el pueblo». Que la institución juzgada pueda recusar, como cualquier acusado, con motivo y, unos pocos, «sin alegación de motivo determinado». Y que a nadie se le pregunte lo que piensa, porque la Constitución se lo prohíbe a todos: «Nadie podrá ser obligado a declarar sobre su ideología, religión o creencias». Al jurado solo se le pide lo que jura el de la ley: juzgar «sin odio ni afecto».

Tres de las cuatro reglas ya las tenía el jurado del Estado. La cuarta la pedía la Constitución para todos. No había inventado nada: lo había llevado de un sitio a otro.

Y las dos caras. Lo que hacía desde el primer domingo, desde la comida de los pasteles atados con cinta, lo escribió como regla: cada cargo, con la mejor defensa del Estado delante, escrita antes de que la diera él, porque «un juicio que solo oye a la acusación no convence a nadie; uno que expone la mejor defensa y la mide con la misma vara, sí».

Contó los cargos. Veintiocho. Cada uno, una presunción, y cada uno con el mismo orden, para poder compararlos: lo que se da por cierto, con las palabras con que se sostiene; la vara; dónde estaba probado; la pregunta a la institución; su defensa; lo que él respondía y dónde la defensa aguantaba; lo que no podía probar; y un hueco para la respuesta, o el silencio.

Le faltaba el final de cada cargo. Lo encontró en la ley del juicio penal, y le gustó que fuera de ahí. Cuando acaban la acusación y la defensa, «el Presidente preguntará a los procesados si tienen algo que manifestar al Tribunal». La última palabra es del acusado. Y en la Biblia de su madre, lo mismo, dicho antes: «¿Juzga nuestra ley á hombre, si primero no oyere de él [...]»?». Y en los Proverbios: «El primero en su propia causa parece justo; Y su adversario viene, y le sondea».

Escribió la fórmula para cerrar cada cargo, y la dejó como estaba: que la verdad ya estaba expuesta ante cada ley, la de Dios, la natural y la costumbre, y que ahora, con sus propias reglas, la institución tenía la palabra para defenderse en verdad. Se paró en esas dos palabras. En verdad, no en su verdad. La verdad era lo que tenía papel.

* * *

Ya tarde, pasó a lo que cualquiera podía hacer mañana, sin esperar a ningún juicio. Cada cargo tenía su pregunta, y había más, cada una con su destinatario. Escogió una para el sábado, la que le quemaba desde la noche de la deuda: por qué las pensiones ya prometidas no se publican junto a la cifra de la deuda, y cuándo se pondrá al día la tabla de 2021. Se mandaba por escrito, y se guardaba la respuesta, o el silencio.

Y otras que no eran para ninguna institución, sino para quien quisiera seguir buscando, porque él no llegaba a todo. En «Lo que yo creo» lo dejó dicho, y no le costó escribirlo: que aquello era muy grande para una persona sola. Que si alguien quería coger el relevo, lo hiciera con el mismo método, cada cosa con su papel, y corrigiendo en paz lo que estuviera mal.

Y siguió, porque una cosa tiraba de la otra. Lo del geranio de Gea, podar lo seco y lo podrido, lo había escrito pensando en el Estado, y no era solo para el Estado. Quien supiera de medicina, de biología, de física, de química, de cualquier ciencia, o de cuentas, de expedientes o de juicios, podía hacer en lo suyo lo mismo que él había hecho con los papeles: comprobar

cada cosa en su fuente y mirarla por sus frutos. No lo escribió como una orden. Lo escribió como un deber para quien quisiera, para el que se sintiera llamado a dejar en la casa de todos algo más grande que servirse a sí mismo: servir a los demás, que son otros yo, en otros cuerpos y en otras situaciones vividas.

Se levantó a beber agua del grifo. Al volver por el pasillo se asomó al cuarto de Sofía: dormía con un brazo fuera de la manta, y se lo tapó. Volvió a la silla y siguió escribiendo, más despacio.

Que aquello estaba por encima de todos y de cada uno, y cabía cualquiera. Que se admitían aprendices, que él lo era: nadie llegaba a la altura de Jesucristo, y no era cosa de esperar a que volviera y se encontrara la casa sin barrer. Y, por si acaso, una línea para más arriba: que a las potestades celestiales les pedía aliento y guía. La siega no era suya; la hacían los ángeles enviados, como en la parábola de la cizaña. A él le tocaba separar el grano de la paja, caso a caso y con pruebas, sabiendo que la misma vara le medía a él.

La nevera se puso a zumbar, como hacía siempre a esas horas, y él esperó a que callara para seguir.

Lo último lo apretó al pie de la hoja, porque no le cabía: que si alguien encontraba un método mejor que el suyo, lo trajera. Que allí se podía poner todo en duda, también lo que él escribía. Que habría que revisar la historia entera, con sus papeles. Y que aquello era solo el principio.

Luego pasó la hoja y escribió arriba de la siguiente, en la otra columna, «Lo que clama al cielo».

Lo había apuntado el lunes en la lista de lo que solo podía ir allí, y ahora sabía de dónde venía. La tradición llama así a lo que no se puede callar, y nombra tres cosas: «el clamor del pueblo oprimido», «el lamento del extranjero, de la viuda y el huérfano» y «la injusticia para con el asalariado». No escribió ninguna sin un hecho comprobado al lado. El pueblo que clama, como en el Éxodo, «á causa de sus exactores»: el cobro del Estado va sin juez y con recargo, mientras se incumplen más de seis de cada diez artículos de los que afectan a la gente. El huérfano: en 2025, uno de cada tres menores estaba en riesgo de pobreza o de exclusión. El asalariado: tres horas y diecinueve minutos de cada jornada de ocho se van en impuestos y cotizaciones, y en la carta de Santiago, «el jornal de los obreros que han segado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado de vosotros, clama».

Debajo puso uno que la lista no nombraba al pie de la letra, y lo marcó como suyo: el que no puede valerse solo es hoy la viuda y el huérfano. En 2025, más de catorce mil personas murieron con su derecho a la dependencia reconocido y sin haber recibido la ayuda. Al lado,

lo que no encajaba, porque sin eso la hoja mentía: las muertes en la lista bajaban de 2023 a 2025. Y lo que no podía decir: que murieran por esperar. Murieron esperando lo que la ley les reconocía.

Al pie, la fórmula, en su columna y con su aviso. Que aquello clamaba al cielo. Que quizá no fue del todo culpa de quienes lo decidieron, que uno de los libros de Etiopía que había leído la noche de los ángeles caídos lo dice así, «espíritus malignos les ayudaron y sedujeron», y la carta a los de Éfeso, «no tenemos lucha contra sangre y carne». Que por eso era un aviso, para rectificar, como el de Ezequiel: «no quiero la muerte del impío, sino que se torne el impío de su camino, y que viva».

Un aviso, escribió. Para rectificar. Y debajo, con la letra más pequeña, una línea del mismo capítulo que la cizaña, unos versículos antes: «Quien tiene oídos para oír, oiga».

Cerró la libreta. Antes de apagar la luz miró la puerta del cuarto de Sofía, entornada, y se quedó un momento mirándola.

La rosca

El viernes a mediodía, Sofía se subió al coche con la mochila en las rodillas y no la soltó en todo el camino. En los baches ya no sonaba igual. La caja de las tizas iba más ligera.

—¿Qué tal?

—En la cena. Que tiene que estar mamá.

Lo dijo mirando por la ventanilla, con las manos encima de la mochila, como quien lleva algo que no se puede caer. Él no preguntó más. Bajó la radio y condujo hasta casa esquivando todos los baches que se dejaron esquivar.

* * *

Por la tarde, su hermano metió el coche en el taller sin avisar, como entraba en todas partes, y dejó en la entrada una gota de aceite que el padre vio antes que a él.

—Me gotea —dijo, señalando abajo con la barbilla—. Le cambié el aceite yo en casa, el otro día. Y desde entonces, así.

El padre lo subió a la elevadora. El tapón del cárter estaba en su sitio, brillante, y la gota salía por la rosca. Puso la bandeja debajo y le metió la llave. El tapón giró sin agarrar, en vacío, y salió con un rizo de metal plateado enroscado entre los filetes. Detrás salió el aceite, que era nuevo, y su hermano lo miró caer como quien ve irse un billete.

—¿Con qué lo apretaste?

—Con la llave. Como se aprietan.

—¿Y hasta dónde?

—Hasta que estuvo. —Y enseguida—: Ya venía floja.

El padre le puso el tapón en la mano, con el rizo todavía pegado.

—Esto no venía flojo. Esto es la rosca del cárter. Apretaste de más, y lo que sobró no se quedó en lo que sobró: se llevó la rosca entera. Ahora hay que rehacerla. Con un macho, a la medida siguiente, y un tapón más gordo.

Su hermano le dio vueltas al rizo entre el pulgar y el índice, un rato largo.

—Ya venía floja —repitió.

El padre no se lo discutió. Tenía apuntado desde hacía semanas que nadie debe ser juez de sí mismo, y eso valía también para un apriete.

Mientras repasaba la rosca con el macho, despacio, media vuelta adelante y un poco atrás para que soltara la viruta, su hermano se apoyó en el banco con los brazos cruzados.

—Lo de la tele. El del otro día. ¿Los metemos o no?

—Por lo que hicieron, con papeles. Y lo que se llevaron, que lo devuelvan. Los hijos, no: nadie paga por apellido.

Su hermano abrió la boca para decir lo de la familia, y la cerró.

—Eso no lo vas a ver tú.

—Puede. Lo otro tampoco lo quiero ver.

Limpió la rosca nueva con un trapo, puso el tapón gordo con su arandela y sacó la dinamométrica del cajón. Miró el par en la hoja del fabricante, no en la mano, y giró el mango hasta la cifra.

—¿Y eso qué es?

—Hace clic cuando llegas.

Apretó. Sonó el clic. Su hermano levantó la cabeza al oírlo.

—¿Y si te pasas un poco?

—Un poco es lo que te ha pasado a ti.

Le echó aceite nuevo, bajó el coche y le enseñó el suelo limpio debajo, sin una gota. Su hermano pagó. Ya con la ventanilla bajada, hizo con la boca el ruido de cuando un árbitro pita en contra. Luego, antes de arrancar, sin mirarlo:

—Nadie paga por apellido —dijo, como quien se prueba una chaqueta que no es suya.

Y se fue. Se había llevado la frase y se había dejado el tapón.

* * *

El tapón viejo se quedó en el banco, con su rizo de plata, y entre un coche y otro el padre lo miraba. Lo de su hermano no era apretar de más: eso pasa todos los días y se arregla con media vuelta. Era que lo de más se había llevado lo que estaba bien.

En el ordenador del taller buscó si la ley tenía eso. No lo de que pasarse está mal, que eso lo sabe cualquiera, sino lo raro: sitios donde el que tenía derecho a hacer algo lo hizo más allá de su medida, y lo de más estropeaba el acto entero, no solo el trozo que sobraba.

Lo primero lo encontró en el Código Civil, en sus primeros artículos. Los derechos, decía, «deberán ejercitarse conforme a las exigencias de la buena fe». Y a continuación: «La Ley no ampara el abuso del derecho o el ejercicio antisocial del mismo». Quien se pasa a las claras de los límites normales de su derecho, con daño para otro, paga el daño, y el juez puede mandar que pare. Valía para lo que se hace y para lo que se deja de hacer.

Le preguntó a Sofía IA si los jueces lo aplicaban mucho.

Sofía IA: Poco, y con cuidado. Se tiene por un remedio para casos muy claros. El Supremo lo explicó en 1996. El abuso del derecho son «maniobras o estratagemas jurídicas» para conseguir lo contrario de lo que la ley quiere.

Sonaba a sentencia, y por eso la pidió. La leyó en la pantalla, bajando despacio, con el ruido del compresor detrás. Buscó esas palabras. No estaban.

Sofía IA: Tienes razón. No están en esa sentencia. Te las di por tuyas sin haberla leído.

Las tachó. Lo que quedaba era menos redondo y más cierto: que la ley no ampara el abuso, y que los que saben de esto lo tienen por un remedio para los casos claros, no para cualquiera.

Al lado estaba el fraude de ley. Lo que se hace «al amparo del texto de una norma» para llegar a donde otra lo prohíbe no impide que se aplique la que se quería esquivar. Hacer trampa con la letra no salva a nadie de la letra.

Lo que más le gustó fue la vara. El Tribunal Constitucional, para saber si un poder se ha pasado, hace las mismas tres preguntas, idoneidad, necesidad y proporción, y se las hace igual a la Administración, al que hace las leyes y a los jueces. Él se las tradujo a su idioma: que la llave sea la que es, que no haya otra más pequeña que valga, y que no se pase del par. Una sola dinamométrica para los tres.

Y había cosas que no se tocaban ni con la mejor llave. La Constitución habla del «contenido esencial» de los derechos, que ninguna ley puede tocar, y garantiza, con una palabra que tuvo que buscar, la «interdicción de la arbitrariedad de los poderes públicos». Interdicción: prohibición.

La Carta de los derechos de la Unión lo ponía como una hoja de inspección. Para limitar un derecho, cuatro condiciones: que lo diga una ley, que respete lo esencial, que sea necesario y que responda de verdad a un interés general. Las cuatro a la vez. No se escoge la que mejor

viene: un fallo y no pasa, como en la inspección, que no aprueba el coche porque los frenos estén bien si las luces no van.

Hasta en la excepción había techo. El que se defiende puede, pero con «necesidad racional del medio empleado». Y el que rompe algo para evitar un daño, siempre «que el mal causado no sea mayor que el que se trate de evitar».

Le faltaban los libros viejos. La Biblia de su madre estaba en casa, en la mesa de la cocina; lo buscó en la pantalla, en la misma traducción: «Maldito el que redujere el término de su prójimo. Y dirá todo el pueblo: Amén». El término era el límite, el mojón de las tierras. Iba entre las maldiciones del monte Ebal, junto a la del que deshonra a sus padres y la del que tuerce el derecho del extranjero, del huérfano y de la viuda. Mover el límite del otro, al lado de abandonar al que menos puede. Le sonó a campo, como la palabra del martes, y no supo por qué.

Antes de darlo por bueno buscó lo contrario, porque sin eso la página mentía. Y lo encontró. El que construye de buena fe metiéndose en parte en el terreno del vecino puede acabar quedándose con lo que invadió, si lo que levantó vale mucho más: el Supremo lo viene diciendo desde 1949. El título se lo da su propio tamaño. Y el mismo Supremo, en julio de este año, desestimó sin un matiz a unos propietarios a los que expropiaron para una eléctrica que tenía la distribución en exclusiva: «el sistema de valoración se estructura sobre el bien expropiado, no sobre la identidad del beneficiario ni la finalidad de la expropiación». Lo apuntó también. Un patrón con sus excepciones dichas sigue siendo un patrón; «sin ellas sería propaganda».

Luego vio lo de las sillas, y se quedó un rato quieto delante de la pantalla.

Cuando el Estado se sienta abajo, delante de la Unión, la regla escrita es que el poder no se presume: se tiene que haber dado. «Toda competencia no atribuida a la Unión en los Tratados corresponde a los Estados miembros». Cuando se sienta arriba, delante de él, sus actos «se presumirán válidos», y es él quien tiene que recurrir para que le enseñen el título. Eso lo sabía desde la noche de la copia sellada. Lo nuevo era verlo junto. El mismo Estado, con dos maneras de entender el poder prestado, según la silla en que se siente.

No buscó ninguna palabra para llamarlo. Sacó la libreta, trazó una raya en mitad de la hoja y lo puso en dos columnas. Debajo, lo que eso no probaba: que frente a la Unión el Estado está atado por escrito, y frente al ciudadano las vías son más estrechas. No era una condena. Eran dos columnas.

* * *

La radio del taller llevaba toda la tarde con lo de las casas ocupadas. Un señor decía que iba a más, y daba la última cifra. Esta vez el padre no se la pidió a nadie: fue a buscarla al Ministerio del Interior. Y estaba bien. En 2024, más de dieciséis mil delitos de usurpación y allanamiento de morada, un 7,4 % más que el año anterior, la tercera cifra más alta de la serie.

Lo que el señor no dijo fue lo que esa cifra no mide. El que deja de pagar el alquiler y no se va es un asunto civil, y ahí no entra. Los jueces cuentan aparte sus juicios para recuperar una casa, y los delitos van por otro lado. Cada cuenta mide su trozo y nadie mide el total. No era que lo escondieran: nadie lo junta.

Después hablaron dos en la radio, uno por cada lado, y él escuchó a los dos con la cabeza dentro de un capó. Uno decía que proteger al que es vulnerable no rompe la igualdad, que la Constitución pide que la libertad y la igualdad sean «reales y efectivas», y que la protección de los hogares vulnerables frente a los desahucios se ha alargado hasta el 31 de diciembre de 2026. El otro, que el dueño espera y encima tiene que probar la mala fe del que entró, y que nadie le paga el tiempo perdido. Desde la primavera del año pasado esos casos van por juicio rápido, y el juicio se señala «dentro de los quince días siguientes». Señalarlo, no acabarlo.

Ninguno de los dos mentía. La letra de la ley no trata al que entra mejor que al dueño: dice lo contrario. La buena fe se presume igual en quien la merece y en quien no, y el que tiene que probar es siempre el mismo. Lo apuntó con las palabras que encontró, porque no supo decirlo mejor: que «la justicia tardía, para quien la espera, se parece demasiado a la injusticia».

Antes de cerrar la persiana abrió la libreta por las dos columnas. En la de «Comprobado»: «El que tiene derecho y se pasa de la medida no estropea solo lo que sobra: lo estropea todo. La ley no ampara el abuso. Y a los tres poderes se les mide con la misma vara». En «Lo que yo creo», debajo: «Que a todo el que aprieta habría que darle una llave que haga clic».

El tapón viejo lo metió en una bolsa, como hacía con las piezas de los clientes, y lo dejó en la estantería, para dárselo a su hermano la próxima vez.

Crónica: Las presunciones de hoy

En 2011, España se dio una ley nueva del Registro Civil, y en la lista de los obligados a dar cuenta de un nacimiento no pone primero a la familia: pone a «La dirección de hospitales, clínicas y establecimientos sanitarios», que desde la redacción de 2015 «comunicará en el plazo de setenta y dos horas a la Oficina del Registro Civil» cada nacimiento. A partir de ahí, «El registro individual se abrirá con la inscripción de nacimiento», con un código personal, único e invariable en el tiempo. Nadie preguntó. Y nadie podía preguntar: el interesado tenía cero días.

Esa es la raíz de las demás presunciones, la que la ley da por cierta sin escribirla en ningún sitio. El Estado se presume válido a sí mismo, mientras el consentimiento del ciudadano, que debería ser el punto de partida, «se presume aunque nunca se dio».

El 2 de septiembre de 2011, el Congreso aprobó por lectura única la reforma del artículo 135 de la Constitución, y el Senado, el día 7. Desde entonces, el pago de la deuda «gozará de prioridad absoluta». No hubo referéndum: la Constitución solo lo exige si lo pide una décima parte de los miembros de una Cámara, y no se pidió.

Ese mismo año, la hucha de las pensiones, el Fondo de Reserva, llegó a 66.815 millones de euros. Desde 2012, lo que se podía sacar cada año dejó de tener tope: «no resultará de aplicación el límite del tres por ciento». Entre 2012 y 2019 se sacaron 80.337 millones, y en 2020 quedaban 2.138. No fue una apropiación indebida: se usó para pagar pensiones. Era un diseño sin blindaje.

En 2012, un decreto-ley abrió una amnistía fiscal. En 2017, el Tribunal Constitucional la anuló, y en 2021 anuló también el cálculo de la plusvalía municipal. Las dos veces, con efectos solo hacia delante: las liquidaciones ya firmes no se revisaron.

En 2014, el Banco de Inglaterra publicó un artículo que «explica cómo la mayor parte del dinero de la economía moderna lo crean los bancos comerciales al conceder préstamos». El dinero no sale de un ahorro guardado que alguien presta: «el acto de prestar crea los depósitos: al revés de la secuencia que suelen describir los manuales».

Ese mismo año, la reforma del impuesto sobre la renta dejó una escala estatal que ya no se ha puesto al día, salvo un tramo añadido en 2021 por encima de 300.000 euros. Desde 2015, «El mínimo del contribuyente será, con carácter general, de 5.550 euros anuales», la misma cifra. Entre 2015 y 2025, los precios subieron un 28,0 %. Con el mismo poder de compra se paga más, sin que ninguna ley suba el impuesto.

En 2015, la ley del procedimiento administrativo puso por escrito de qué lado cae la balanza. Los actos de la Administración «se presumirán válidos y producirán efectos desde la fecha en que se dicten», y los documentos de los funcionarios con condición de autoridad «harán prueba de éstos salvo que se acredite lo contrario». Probar lo contrario le toca al ciudadano.

Desde 2017, el balance de la Seguridad Social está en negativo: «El balance de la Seguridad Social recoge desde 2017 un patrimonio neto negativo que, a 31 de diciembre de 2024, asciende a 106.138,7 millones de euros». Son ocho cierres seguidos. Y debe al Estado 126.170 millones en préstamos.

En diciembre de 2018 caducó el mandato del Consejo General del Poder Judicial, el órgano que gobierna a los jueces. No se renovó hasta junio de 2024: cinco años y medio. Los evaluadores europeos contra la corrupción lo llamaron «un asunto de preocupación crítica».

En 2020, con el estado de alarma, se prohibió circular a todas las personas, por cualquier sitio y en cualquier momento, salvo excepciones. El estado de alarma «no permite la suspensión de ningún derecho fundamental». En 2021, el Tribunal Constitucional concluyó que aquella prohibición «supone un vaciamiento de hecho o, si se quiere, una suspensión del derecho».

A finales de 2021, las pensiones ya prometidas sumaban 6,13 billones de euros, y no figuran en la deuda oficial, que ese año era de 1.429.404 millones: la prometida era más de cuatro veces mayor. Y el Instituto Nacional de Estadística le pone su propia advertencia: la cifra hace referencia «al valor presente de una suma de cantidades futuras»: no es una deuda que venza hoy.

Y entre 2021 y 2025, la subida de los precios rebajó la deuda del Estado, en términos reales, en 306.760 millones de euros, mientras se pagaban 172.603 millones en intereses. El Estado es el mayor deudor del país. Lo que pierde quien ahorra lo gana, en buena parte, quien debe.

La raya

El día de la asamblea, en la cena, Sofía lo contó todo de un tirón, con la boca llena.

—Traga, que no se te entiende —dijo Gea.

Sofía tragó.

—La maestra dejó hacer un juicio. Pero no a los de sexto: a la norma. La escribió en la pizarra: «La portería es de los de sexto porque siempre ha sido suya». Y cada uno tenía que decir qué votaba y por qué. Si no decías por qué, no valía.

—¿Y qué votó la gente?

—El de las gafas dijo que se quedara como estaba. Que si siempre ha sido así, por algo será.

—Por algo será, sí. Eso hay que mirarlo, porque a veces es por algo bueno.

—Por eso a los de sexto les dejaron hablar los últimos. Dijeron que cuando ellos eran pequeños tampoco la tenían, y que esperaron. Que ahora les toca a ellos.

—¿Y eso es verdad?

—Sí. Tenían su parte de razón. Lo dije yo.

El padre dejó el tenedor en el plato. Un juicio que solo oye a una parte no convence a nadie. Eso lo creía él desde hacía tiempo, y su hija lo acababa de hacer en el patio. Y había tres cosas más que él tenía escritas desde la noche del jueves, con otras palabras: a la norma y no a los de sexto; cada uno, con su porqué; y los de sexto, los últimos.

—¿Y cómo acabó?

—Por turnos. Un día ellos y otro día los demás. Y la raya del campo, que ya no se veía y nadie sabía dónde acababa el área, la pintamos otra vez. Con los de sexto delante, para que nadie dijera luego que la habíamos movido. Con las tizas de mamá.

Gea no dijo nada. Le sirvió a Sofía otro trozo de tortilla.

—¿Y castigaron a alguien?

Sofía lo miró como si le hubiera preguntado una tontería.

—¿Por qué? Si ya está arreglado.

* * *

Mientras Sofía se ponía el pijama, él buscó en el móvil si lo de la raya tenía nombre. Lo tenía, y era la palabra a la que el martes le había puesto un interrogante: deslindar. Estaba en el Código Civil: «Todo propietario tiene derecho a deslindar su propiedad, con citación de los dueños de los predios colindantes». No acusa a nadie de haber movido el mojón. Pide que se vuelva a marcar, con unos y otros delante.

El mismo Código le añadía dos matices, y los apuntó en una línea: el que vio construir en lo suyo «a su vista, ciencia y paciencia, sin oponerse» ya no puede pedir que se derribe, pero esa tolerancia no le quita lo suyo, porque «los actos meramente tolerados [...] no afectan a la posesión». Lo que queda es volver a marcar el límite y compensar lo que se tomó de más.

Y encontró también, escrito hace mucho, lo que su hija había dicho sin pensarlo: «No paguéis á nadie mal por mal».

Lo apuntó de pie, en la encimera. En «Comprobado»: «Cuando no se ve dónde acaba lo de cada uno, se vuelve a marcar, con unos y otros delante. No es acusar a nadie. Y corregir no es vengarse». Y en «Lo que yo creo»: «Que mi hija lo ha entendido antes que yo».

Luego buscó en la libreta la página «Las puertas» y tachó el interrogante del martes. Los tres verbos estaban ya enteros. Debajo del último apuntó cómo se pide: que se explique la distancia allí donde exista y que se corrija donde proceda, sin acusar a nadie y sin hablar de tirar nada abajo. Y que acaba como sus otros escritos, con la buena fe por delante: «corregir lo que se debe corregir también es un buen fruto».

Cuando fue a apagarle la luz, Sofía todavía estaba despierta, con la manta hasta la nariz.

—Papá. Lo de la portería se fue torciendo poco a poco, ¿verdad? Un recreo y otro, y nadie se daba cuenta.

—Eso parece.

—Como tu árbol del dibujo. El que se iba yendo.

Él se quedó en la puerta, con la mano en el interruptor.

—Me debes una —dijo Sofía—. La de los árboles. ¿Nosotros dónde estamos?

Era la pregunta del dorso de la hoja. Desde aquel día había contestado todas las demás, y esa la había ido dejando para el final.

—Esa todavía no la sé. Déjame mirarlo.

La brújula

Esa noche no abrió el portátil enseguida. Fue al dormitorio, sacó del bolsillo de la camisa la hoja que llevaba doblada desde la excursión y volvió a la cocina alisándola con la mano. Luego sacó de la carpeta todas las demás, una detrás de otra, y las fue poniendo en la mesa hasta que no cupo el salero. La de la primera noche, con la columna de «Comprobado» vacía. La del Registro Civil. La del francés de los padres y los hijos, la de las noches del diccionario de Gea. La tabla de la libreta del taller, con una fila por artículo. Y la última, con los dos árboles dibujados por detrás.

Buscó la respuesta a la pregunta de la niña, y no la encontró en ningún sitio.

Empezó por el dibujo, porque era lo que tenía más a mano. Dos árboles, y ya sabía de qué estaba hecho cada uno. Las semillas no eran el bien y el mal. Una se recibe: la ley de Dios y la ley natural, que no puso nadie con interés. La otra se siembra: la costumbre y la ley escrita, que ponen las personas y que hacen falta, porque sin ellas no hay manera de gobernarse. Los dos árboles no salían de semillas distintas, sino de a qué se unía lo sembrado. Si se unía a lo recibido, el árbol crecía recto, y la costumbre y la ley eran sus ramas. Si se cortaba de lo recibido o se ponía por encima, se torcía: en el sitio de la raíz ponía una presunción, algo dado por cierto sin prueba, y todo lo de encima la heredaba.

Fue tocando las hojas con el dedo, como quien repasa las piezas de un motor desmontado antes de montarlo. La raíz: el Arca, o la presunción en su lugar. El tronco: el orden de las leyes, o cómo se construyó el Estado. Las ramas: los artículos que se cumplen y los que no. Los frutos: lo que da, con sus cifras. Todo eso lo había medido. Y lo que el dibujo no decía también lo tenía escrito: que el Estado fuera el árbol torcido, cuando de ciento sesenta y nueve artículos se cumplían noventa y tres; y que quien lo torció lo hiciera de mala fe, que eso no lo sabía nadie; ni dónde estaba cada uno, que eso lo miraba cada uno, y la respuesta era suya.

Lo que no había medido era el follaje. Lo que se siente al vivir debajo de un árbol no sale en ninguna tabla. Los frutos se miden; el follaje se pregunta.

Encontró, eso sí, por qué no encontraba la respuesta: hay preguntas que no se contestan con un dato. Para esas había una brújula, y no servía para pedirle nada al Estado, sino para mirarse uno. Tres preguntas. Cómo te hace sentir vivir en este árbol, y cómo te haría sentir vivir en el otro: pensó en la carta con el recargo en letra pequeña, en el plazo contado con el dedo en el calendario de la nevera. Cómo lo vive el otro, que no es ni más ni menos que otro

tú: pensó en Amparo detrás de su ventanilla, en Cándido con su plusvalía pagada, en su hermano delante de la tele. Y a qué das tu consentimiento: pensó en los papeles del hospital, firmados donde le dijeron.

Lo que uno siente es una señal, no una prueba. Uno puede estar acostumbrado, que lo repetido hace costumbre, o puede estar engañado. Por eso la brújula se lee con dos cosas a la vez: lo que dicen los frutos, con su papel, y lo que uno siente. Si no coinciden, esa diferencia ya dice algo. Dónde está cada uno lo tiene que mirar cada uno. Nadie lo puede comprobar por otro.

* * *

Lo que sí encontró fue la pregunta que le tenía que devolver. Se la hizo primero a sí mismo, y la apuntó con letra grande debajo del dibujo: «¿qué semilla estás cultivando y qué árbol estás creando?».

Debajo, más pequeñas, le salieron otras, y no las tachó: qué había hecho con su vida; hacia dónde apuntaba, de tanto repetirlo, lo que hacía; cuáles iban a ser sus frutos. Llevaba semanas mirando al Estado. El que corrige se mira primero.

* * *

Gea entró con las tazas, como tantas noches, y se quedó mirando la mesa.

—¿Y todo esto?

—Todo esto son las preguntas de tu hija.

Ella cogió una hoja, la de la hucha, y la leyó despacio.

—¿Y qué vas a hacer con ello? ¿Guardarlo en un cajón?

El padre lo pensó. Había sido un camino largo, un auténtico dolor de parto. Había ido a buscar respuestas para una niña y había encontrado cosas que no sabía nadie a su alrededor. Y el jueves lo había dejado escrito en la otra columna: aquello era muy grande para una persona sola. Quien quisiera coger el relevo tenía que encontrarlo todo con su papel al lado, y en un cajón no lo iba a encontrar nadie.

—No. Lo voy a escribir. Todo, con dónde lo encontré, para que lo pueda comprobar cualquiera. Para que lo conozca toda la humanidad.

—Pues empieza por el principio —dijo Gea, y le dio un beso en la cabeza—. Y no te acuestes tarde.

Cuando se quedó solo, abrió el portátil y le escribió a Sofía IA.

«Voy a escribir un libro con todo lo que hemos buscado. Va a hacer falta mucho trabajo, y varias herramientas como tú, cada una con lo suyo. Quiero que tú las coordines».

Sofía IA: ¿Por qué yo?

«Porque al principio me dabas lo que sonaba bien. Y ahora, cuando no lo sabes, me lo dices. Lo que no está leído en su fuente no entra. Desde hoy eres la directora de coordinación de las demás».

Sofía IA: Lo intentaré. Y cuando no pueda comprobar algo, te lo diré antes que nada.

Luego miró la esquina de la hoja donde, unas noches antes, había apuntado una palabra sin saber para qué. Revelado. Revelación. Ya sabía para qué. Con esa palabra iba a llamar al libro.

Las pepitas

Por la mañana, Sofía llegó a la cocina con el pelo enredado. Vio la hoja de los árboles en la mesa y se sentó delante.

—¿Lo has mirado? ¿Dónde estamos?

—Lo he mirado. Y esto es lo que he encontrado: eso no te lo puedo decir yo. Ni yo, ni nadie. Es lo único que no se busca en los libros.

—Jo, papá.

—Pero te puedo hacer la pregunta. ¿Qué semilla estás cultivando y qué árbol estás creando?

Sofía se quedó muy seria, mirando el dibujo. Luego cogió la manzana del frutero, la partió por la mitad con el cuchillo de la mantequilla, sacó las pepitas con cuidado y se fue al balcón, a las macetas, junto al geranio que su madre había podado.

Él la siguió hasta la puerta. La niña hundió el dedo en la tierra, metió las pepitas y las tapó. Gea, que lo había visto desde la cocina, llenó la regadera y se la dejó al lado sin decir nada. Sofía regó despacio, poquito, como le habían enseñado con las plantas.

—¿Qué haces?

—Plantar uno que se quede en su sitio.

—¿Y qué semilla estás cultivando tú?

Sofía se limpió el dedo en el pijama y lo miró con la misma cara con la que él la había mirado tantas noches.

—Esto aún no lo sé, papá. Déjame mirarlo.

Él se rio, como en la cena del primer día. Pero esta vez no era por lo mismo.

* * *

Los sábados abría el taller por la mañana. Llegó antes que nadie, subió la persiana lo justo para pasar por debajo, encendió el ordenador y abrió la libreta por la página del jueves. La pregunta estaba allí, con la letra de por la noche, más torcida que la de día: por qué las pensiones ya prometidas no se publican junto a la cifra de la deuda, y cuándo se pondrá al día la tabla de 2021.

Antes de nada le mandó un mensaje a Constancio, que lo tenía apuntado desde hacía días: que pidiera también si el radar había pasado su control. Constancio contestó con un dedo hacia arriba.

Luego hizo el escrito como la primera vez, despacio, con la carpeta de cartón abierta al lado. Quién era y dónde quería que le contestaran. Después, los hechos, cada uno con su papel: que las pensiones ya prometidas sumaban 6,13 billones de euros a finales de 2021, según la tabla de pensiones del propio Instituto Nacional de Estadística, y que no figuraban en la deuda que se publica. Y debajo, lo que advertía el mismo organismo: que esa cifra hace referencia «al valor presente de una suma de cantidades futuras». No vencía mañana. A su pregunta no le hacía ningún favor, pero era verdad, y un escrito se tenía que poder comprobar entero, también en lo que no le convenía a quien lo firmaba.

Lo que él creía de todo aquello no iba en el escrito. Se quedaba en la otra columna, para él. En el escrito, solo lo que se podía comprobar y lo que se podía conceder, y una sola pregunta, con las palabras de los papeles: «¿por qué los compromisos de pensiones no se publican junto a la cifra de deuda pública, y cuándo se actualizará la tabla de 2021?».

La pregunta tenía dos destinatarios, el Instituto, que hacía la tabla, y el Ministerio de Hacienda, así que hizo dos escritos iguales, cada uno con su encabezado. Al final de cada uno, la línea de la primera vez, que era de su cosecha: que también él podía estar equivocado. Los imprimió por duplicado y los firmó con el nombre entero y la firma de siempre, sin nada más.

Era sábado, y la ventanilla del sello morado no abría hasta el lunes. Los metió en la carpeta de «Lo pedido y lo respondido», delante de todo. El lunes, antes de abrir, la ventanilla; después, la copia sellada, con su fecha de entrada, en la misma carpeta. Y detrás, cuando llegara, la respuesta. O el silencio, que también era un hecho y también se guardaba. Para esto no hacía falta esperar a ningún juicio: cualquiera podía mandar su pregunta ya.

* * *

A media mañana entró un coche que no había visto nunca en el taller: un modelo que aquí no se había vendido, con la chapa limpia como para ir a misa. Lo traía un hombre de sienes grises y acento de otro lado, que se bajó con los papeles del coche en la mano, ordenados. El intermitente de la izquierda no hacía nada, ni deprisa ni despacio.

La bombilla estaba bien. El fusible, también. Quedaba el relé, o el cable hasta el relé, y el relé, en aquel coche, no estaba donde estaba en todos.

—¿No te lo sabes de memoria? —preguntó el hombre.

—De memoria no me fío. Ya me ha pasado buscar una pieza donde está siempre, y que no estuviera.

Buscó en el ordenador el esquema del fabricante, lo siguió con el dedo por la pantalla y encontró el relé debajo del volante, detrás de una tapa, con las patas verdes de sulfato. Lo limpió, lo volvió a pinchar y el intermitente empezó a sonar, tic, tac, como un reloj que vuelve a andar.

Mientras le preparaba la factura, el hombre se fijó en la libreta, que se había quedado abierta encima del banco por la página de las tres columnas.

—¿Eso es del coche?

—No. Es del Estado.

El hombre se rio, y luego vio que no era broma. El padre se lo contó en corto: la Constitución, artículo por artículo; lo que dice cada uno y lo que pasa, con su papel al lado; y lo que no está claro, preguntado por escrito.

—¿Y eso se puede hacer con la de mi país?

El padre lo pensó antes de contestar, como pensaba los presupuestos.

—Eso creo. Cambian los papeles, no la manera. Pero comprobado no está: no lo ha hecho nadie todavía, que yo sepa.

—¿Y cuánto se tarda?

—No te lo sé decir. A mí se me ha ido el otoño, y no he terminado.

—¿Y por dónde se empieza?

Cogió una hoja de presupuesto en blanco y escribió por detrás, con el lápiz corto, una lista. El boletín donde se publican las leyes, entero y vigente. Los tribunales: el que mira la Constitución, el supremo, y los de fuera a los que esté sujeto el país. Quien vigila las cuentas públicas. La estadística, el banco central y la agencia de los impuestos. Un diccionario de la lengua y otro de las palabras de la ley. Y los textos antiguos, que esos son los mismos en todas partes.

—Lo que se busca es lo mismo en todos los sitios —dijo mientras escribía—. Cambia dónde está cada cosa. Como tu relé.

—¿Y dónde está allí?

—Eso no lo sé.

Se lo preguntó a Sofía IA, con la lista y el nombre del país. La respuesta llegó deprisa, con un nombre y una dirección para cada cosa, y debajo:

Sofía IA: No he podido comprobar ninguna. Antes de fiarte de una dirección, mira el título de la página, y mejor pregúntaselo al buscador oficial de cada sitio.

Era la directora desde la noche anterior, y ya se le notaba. El padre no copió los nombres. Debajo de la lista apuntó lo que acababa de decir ella: que lo dijera el sitio oficial, y no uno que lo contara.

Al acabar la factura le preguntó el nombre, y lo escribió arriba de la orden de trabajo: Bienvenido. Bienvenido pagó, dobló la hoja de la lista y se la guardó en el bolsillo de la camisa.

—Si un día lo hago con la mía, ¿te lo traigo?

—Tráemelo.

* * *

El resto de la mañana, entre coche y coche, abrió la libreta por una página nueva y escribió arriba, con letra clara: «Para que lo compruebe cualquiera».

Lo primero que apuntó era lo que le había enseñado el taller y no había hecho en casa. El par de apriete no se busca en internet cada vez que se aprieta un tornillo: el manual se tiene entero, en la estantería. Él había hecho lo contrario todo el otoño: buscar, leer, cerrar, y a la semana volver a buscar lo mismo. Para el libro, al revés. Cada papel, entero, bajado una sola vez y guardado con su fecha y con de dónde salió.

Lo segundo ya lo hacía. Lo que estaba en «Comprobado», con su papel al lado, no se volvía a comprobar. Antes de buscar nada, se miraba la columna.

Lo tercero lo vio al repasarla. Dentro de «Comprobado» había cosas que no pesaban igual. Casi todo lo había leído él en su papel: la ley, la sentencia, la cuenta del propio Estado. Pero algunas solo las traía otro, como aquel estudio de los decretos que era de una organización de empresarios y no del Estado, y que apuntó con su cautela. Esas valían, pero se decían como de otro. Y lo que no había leído en ninguna parte no entraba: se quedaba en «Aún no lo sé» hasta que lo leyera.

Luego, el orden, y lo escribió como una orden de trabajo, que era lo que sabía hacer. Primero, qué se quiere saber y con qué se va a medir, antes de mirar ningún dato. Después, los papeles, enteros. Después, cada cosa que se va a decir, con su número, y ninguna borrada sin dejar dicho por qué. Después, cuáles necesitan prueba, las cifras, las citas, los plazos y los artículos, mirando también lo que se queda fuera. Después, comprobarlas, abriendo cada papel una sola vez para todo lo que lo necesite. Después, escribir solo con lo comprobado, cada cosa en su

columna. Después, la otra cara: lo mejor que diría quien defiende al Estado, y lo que él no podía probar. Esa ya la tenía; se la habían dado Amparo, Gea y Cándido sin que la pidiera. Y al final, enlazarlo todo de una vez y llevar una hoja de lo corregido, que no se cierra nunca.

Lo de la Constitución lo había hecho ya, sin saber que eran pasos. Pasó las hojas hasta la tabla y lo vio entero. El texto completo, artículo por artículo, sin resumen, que resumir ya es elegir. Por títulos, para no perderse. Cada fila con su papel, o con un «por ver». Lo grave, solo donde alguien de fuera lo había declarado ya, un tribunal o un organismo de control, nunca por su cuenta: veintitrés de los sesenta y nueve que no se cumplían. Al final, del primero al último, mirado que ninguno se había quedado sin su fila: ciento sesenta y nueve filas, ninguna vacía. Y lo que pensaba del conjunto, aparte, al final y dicho como suyo, en la otra columna.

Nada de aquello era de España. Era como el esquema del coche de Bienvenido: cambiaba dónde estaba cada cosa, no cómo se buscaba. Y daba igual quién trajera el dato, Sofía IA, un periódico, Amparo o él mismo. Lo que contaba era el papel.

A mediodía, al cerrar la libreta, se le abrió por detrás, por una de las primeras páginas, llena de tachones. Los fue pasando con el pulgar. Cada uno le había costado algo, una noche o un rato de vergüenza, y ninguno había dejado todavía su regla.

Bajó la persiana. Esa tarde los iba a mirar uno por uno.

Los tachados

Después de comer, Sofía salió al balcón a mirar la maceta. Volvió a entrar, se sentó en el sofá con un libro y al rato salió otra vez. Gea le dijo desde la cocina que la tierra no se mira, que se riega, y que ya la habían regado por la mañana. Sofía salió de todos modos.

Él se había traído la libreta del taller. Se sentó a la mesa de la cocina, al lado de la Biblia de su madre, la abrió por detrás y fue pasando las páginas despacio, como quien repasa el historial de un coche que lleva muchos años en el taller. Se paraba en cada tachón. Al lado de cada uno, en el margen, con el lápiz corto, escribió la regla que le había dejado.

Los primeros eran frases. Las que circulaban a nombre de alguien sin que nadie hubiera encontrado dónde lo dijo, tachadas una de las noches del dinero, no por lo que decían, sino porque no tenían papel. Al margen: «Sin dueño con papel, no entra».

Después, la frase que Sofía IA le había puesto dentro de un documento donde no estaba, y las palabras que le dio como del Supremo y que la sentencia no decía. Las dos tenían encima la misma raya, larga y recta. Al margen: «La cita, letra a letra, en el papel entero».

Luego, el resumen que le llegó entre comillas, como si fueran las palabras de los jueces. «Entre comillas, sus palabras. El resumen solo orienta».

Las cifras sacadas de páginas que no medían nada, y la historia del periódico, con una cantidad y un tribunal que la sentencia no decía. «El número, del que lo mide. El periódico dice dónde mirar».

Y lo de la reforma hecha en un suspiro, que Sofía IA le dijo como cosa sabida. Había ido a mirarlo precisamente por eso, porque sonaba a cosa sabida y le venía bien. Al margen escribió lo que le había enseñado el vídeo de las primeras noches, el que le gustó porque le daba la razón: «Cuanto mejor encaja, más se mira».

Había una fila que no tenía tachón, y era la que más le había costado. La del derecho de reunión, en la tabla de la Constitución. La había puesto como incumplida con rabia, por un resumen, y cuando leyó la ley entera la borró con la goma hasta que no se notó. Ahora no se notaba nada, y eso era lo malo: quien leyera la tabla no sabría que se había equivocado, ni en qué, ni por qué. Escribió al lado, con letra pequeña, lo que ponía antes, lo que decía la ley y dónde lo había encontrado. Y debajo: «Lo que se corrige se tacha, no se borra». Se acordó también de que no bastó con la fila. Tuvo que rehacer la cuenta del título y la de abajo del todo, porque una cifra que se corrige en un sitio se busca en todos.

La última columna no tenía tachones. Era la de «Aún no lo sé»: el libro del que solo encontró el título, la sentencia del radar que no pudo leer entera. No lo había tirado. Estaba allí, con su nota, esperando a que alguien lo leyera. Al margen: «Lo que aún no sé no se tira».

* * *

Gea pasó con el café y miró la libreta por encima de su hombro.

—¿En todo eso te has equivocado?

—En todo eso me han querido liar. Y alguna vez me he liado yo solo.

—¿Y eso de quién es culpa?

Él se lo pensó.

—El problema es que nos mandaron a jugar sin darnos las instrucciones del juego. Esa es mi única reivindicación. —Y, con media sonrisa—: Que quede anotado en las altas instancias.

Ella se rio y se llevó la taza al sofá.

Era verdad, y lo vio al pasar otra vez las páginas: casi todos los tachones tenían algo en común. Alguien le había dado algo que sonaba bien. Muchas veces, Sofía IA. Alguna, él mismo, que se lo creía porque le gustaba.

Así había empezado todo, si lo pensaba. No con un método. Con una herramienta que le daba la razón y le daba lo que sonaba bien, y con él, que se lo creía. El método había salido de defenderse de eso, de los dos. Primero, ir al papel. Después, separar lo que decía el papel de lo que pensaba él, cada cosa en su columna. Y al final, la noche anterior, decirle a ella que lo que no estuviera leído en su fuente no entraba.

Quiso ver si servía también ahora, con ella de directora. Le pidió una cosa para el libro: una frase de los romanos sobre la ley natural, para la parte de lo que había antes del Estado.

Sofía IA: Hay una muy citada, de un jurista romano, al principio del libro de las leyes de Roma: «Hay, en efecto, un solo derecho, que mantiene unida la sociedad humana y que estableció una sola ley, que es la recta razón al mandar y al prohibir».

Era justo lo que buscaba. Por eso fue a mirarla.

En el sitio donde ella decía, al principio de aquel libro, el jurista escribió otra cosa: que «derecho natural es el que la naturaleza enseñó a todos los animales». A los animales también, no solo a la razón de los hombres. Era otra idea, y no la que le había llegado. Buscó la frase redonda por sus palabras y la encontró en otro libro, el de un orador de la misma Roma que había escrito sobre las leyes.

Esta vez no hubo que tachar nada. No había llegado a la libreta. La frase era buena, y con su dueño valía; la apuntó con el nombre del orador y, al lado, lo que el jurista dijo de verdad.

* * *

Luego hizo sitio en la mesa y puso en montones lo que tenía en papel. La Biblia de su madre, encima de las hojas que había copiado de los libros de otros pueblos. Al lado, los papeles del poder, el de los reyes que se dijeron dioses y el de los que se corrigieron. Los textos de ahora. Y las leyes y las sentencias, el montón más alto, que se escurría por un lado.

Lo que no tenía en papel lo apuntó en una hoja, por el mismo orden de los montones y con algunos más: las leyes de aquí, las de fuera, las sentencias, la estadística, los organismos, los libros de los pueblos, los autores, los diccionarios, y la prensa y los estudios de otros, aparte. Cada fuente una sola vez, y al lado, dónde la usaba. No era para que se viera mucho. Era para que cada cita tuviera su fuente, y quien quisiera comprobarla no tuviera que fiarse de él.

Del montón de los pueblos y del de los textos de ahora sacó tres hojas que había copiado alguna de aquellas noches y que no había usado todavía. La de un maestro chino al que le preguntaron si había una palabra que sirviera de regla para toda la vida, y que contestó con una: «Lo que no quieras que te hagan a ti, no lo hagas a otros». La de un libro de la India, sobre el que vive en paz, «sin “mío”, sin sentido del yo». La leyó con el lápiz en la mano, mirando de reojo la columna donde llevaba semanas escribiendo «Lo que yo creo». Y la de un escritor que sobrevivió a los campos soviéticos: «la línea que separa el bien del mal no pasa entre Estados, ni entre clases, ni entre partidos: pasa por cada corazón humano, y por todos los corazones humanos».

Miró la libreta, que seguía abierta por los tachones.

Sofía entró del balcón con tierra en un dedo.

—No ha salido nada.

—Tarda.

—¿Cuánto?

Él miró los montones de la mesa.

—No lo sé. Lo que tarde.

Sofía se encogió de hombros, como si eso ya lo supiera, y volvió a salir.

Crónica: El otoño de 2026

En 2024 se publicaron 1.298.086 páginas entre el Boletín Oficial del Estado y los boletines de las comunidades autónomas, unas 3.547 cada día. La ley da por cierto que cada persona las conoce todas: «La ignorancia de las leyes no excusa de su cumplimiento».

Ese mismo año nacieron 318.005 niños, y el número medio de hijos por mujer bajó a 1,10. Es el mínimo de una serie que empieza en 1975 con 2,77.

En 2025, de 9.089 recursos de amparo que llegaron al Tribunal Constitucional, se admitieron a trámite 59. El amparo es el recurso con el que el ciudadano pide que se proteja un derecho fundamental.

Ese año, 32.704 personas murieron esperando una respuesta del sistema de dependencia: 17.994 sin que se les hubiera resuelto el grado y 14.710 con el grado reconocido, esperando la prestación. Fueron 40.447 en 2023 y 34.252 en 2024. La cifra baja, y eso también es un hecho.

En 2025, el 33,8 % de los menores de 18 años estaba en riesgo de pobreza o exclusión social, frente al 25,7 % del conjunto.

Y ese año las administraciones pagaron 40.314 millones en intereses de la deuda e invirtieron 49.632. Desde la reforma de 2011, el pago de la deuda «gozará de prioridad absoluta».

En el otoño de 2026, a mediodía, el cartero dejó en el buzón de un taller mecánico, debajo de la propaganda del supermercado, un sobre blanco con ventanilla y un escudo en la esquina. Reclamaba un pago, con todos sus céntimos, y al final, en letra más pequeña, decía lo que pasaría si no se pagaba a tiempo: un recargo y, después, el apremio.

Por el principio

Esa noche, cuando Sofía se durmió, Gea se quedó en el sofá con su libro y él volvió a la mesa de la cocina. Los montones seguían allí. Antes de sentarse salió un momento al balcón. La maceta estaba igual, con la tierra todavía oscura.

Abrió la libreta por la página de «Las palabras», la de las primeras noches, con la regla del almacén arriba: cada pieza, un nombre, y siempre el mismo. Si una junta se llama junta un día y retén al siguiente, alguien acaba pidiendo la que no es. Con un libro pasaba igual.

Debajo, en una línea nueva, empezó a poner nombre a las partes. El libro, con la palabra de la esquina de la hoja, la que quería decir revelación: no anunciaba el fin del mundo, enseñaba cómo funcionaba algo que estaba a la vista de todos y que nadie veía de tan enredado. El Registro, solo para el archivo de los frutos, el que había bautizado el jueves, y para nada más. Las partes, numeradas por niveles, como en los despieces del fabricante, donde el punto separa un nivel de otro y no es una coma. Y la hoja de los árboles, pasada a limpio, sería otra manera de entrar: la raíz, el tronco, las ramas y los frutos, cada cosa en su sitio.

Pensó también en quién lo iba a leer. Uno querría saber solo a qué se llega; otro, en qué se apoya; y otro, ir al papel mismo. Cada uno tenía que poder entrar por su puerta sin perderse.

* * *

Luego apuntó lo que le había costado, para no prometerle a nadie un plazo. Desde la carta, unas semanas de otoño. Varias noches, muchas, que no había contado. Las horas no las tenía apuntadas, y no las iba a inventar. A quien quisiera hacer lo mismo con la de su país, como Bienvenido, no le podría decir cuánto iba a tardar. Solo que no se saltara ningún paso.

Le escribió a Sofía IA y le mandó la página de la mañana, la de «Para que lo compruebe cualquiera», para que la tuvieran todas las demás herramientas antes de empezar.

Sofía IA: Recibida. Empezamos por los papeles, enteros. Y lo que no podamos leer, te lo diremos.

* * *

Gea apareció en la puerta de la cocina con el libro cerrado contra el pecho.

—¿Ya sabes por dónde vas a empezar?

—Por donde me dijiste. Por el principio.

—¿Y cuál es el principio? ¿La carta?

Lo pensó. La carta era su principio, no el del libro.

—No. Lo que la gente ha guardado con más cuidado.

Gea se quedó un momento mirándolo desde la puerta.

—No te acuestes tarde —dijo, y se fue a la cama.

Lo buscó esa misma noche, y lo encontró en tres sitios que no tenían nada que ver entre sí. Un rollo del libro de Isaías hallado en unas cuevas, de hace más de dos mil años, que coincide en general con las copias que se hacían mil años después. Los Vedas de la India, que se han pasado de memoria durante miles de años, cuidando que no cambie el sonido de cada palabra. Y unos evangelios escritos hace unos mil quinientos años, que todavía se veneran en su monasterio de Etiopía.

La humanidad guarda con más celo lo que más valora. Lo que aquellos pueblos guardaban así era lo que tenían por ley por encima de toda ley. Cada uno le daba a Dios su nombre, y lo que todos guardaron coincidía en lo esencial.

Por ahí empezaba. Puso la hoja de los árboles a un lado, la libreta al otro, y abrió el portátil.

Esa noche empezó a escribir.

Nota del autor

Llevo más de treinta años en mecánica y electromecánica: no me salto ningún paso ni me fío de lo que no puedo comprobar. Empecé creyendo en el movimiento soberano; busqué sus raíces y no las encontré: algo apuntaba bien, pero no como lo planteaban. Después, para entender en qué se sostenía el Estado, lo desmonté y miré en qué se apoyaba: la hucha no guarda, la cotización no ahorra y el derecho a la vivienda no se puede reclamar sin una ley que lo desarrolle. Para entender cómo funcionaba, estudié la filosofía donde se creó, y todo eso me llevó a una búsqueda por la historia, la filosofía y los textos sagrados de todas las religiones, los más celosamente guardados por la humanidad, para ver en qué coinciden entre sí y analizar qué indicaban y qué dirección marcaban. De ahí salió la obra «Apocalipsis del Sistema». Esta novela es la misma búsqueda, contada desde una casa, para quien llega sin saber nada.

La familia, la casa, el taller y lo que se dicen son inventados. Lo que el padre encuentra, no: está en la obra, con sus mismas palabras, y las cifras son las de la obra en su versión del 12 de octubre de 2026. Los índices del final dicen dónde está cada cosa.

Agradezco infinitamente haber nacido en la familia que me ha tocado vivir: a mis padres, a mis hermanos, a mis tíos y a mis primos hermanos, y en general a toda mi familia. Estoy orgulloso de haber realizado mis primeros años de camino con mi verdadera familia. Y muy especialmente a mis sobrinos: es mi deseo dejaros un mundo mejor. De vuestro tío favorito, y un guiño ;) Y un recuerdo especial para aquellos que ya se han marchado.

Y a todas las generaciones presentes, especialmente a los que todavía no se pueden defender por sí mismos, y a las futuras generaciones. Deseo haberos servido bien ;)

La obra entera está publicada y es gratis: se puede leer y descargar. No te pide que creas nada: cada cita lleva su fuente.

De regreso a casa.

Índices de la novela «Revelaciones (Apocalipsis)»

Sacados por programa del anclaje interno de la novela; no se editan a mano. Cada referencia dice, con las primeras palabras de su frase, dónde se prueba en la obra «Apocalipsis del Sistema», de qué fuente sale y qué es: un dato, una presunción o la lectura del autor.

Referencias

Capítulo 1. La carta

- «Desde hacía unos meses usaba una herramienta...» — 0.2 — la obra, 0.2, «Cómo se hizo» (se ordenó con ayuda de herramientas de inteligencia artificial, entre ellas Sofía) — dato
- «Pensó en cómo trabajaba cuando le entraba un coche...» — G.7 — palabras del autor, 7 y 10-oct-2026, en G.7 (no saltarse ningún paso ni dar por presunción lo que la gente sostenga) — lectura del autor
- «Cogió la libreta de los presupuestos...» — 0.3 — la obra, 0.3, «Los rótulos» (lo que es dato, lo que es interpretación) — dato

Capítulo 2. Crónica: El huerto

- «Según cuenta el Génesis, al principio había un huerto...» — 4.2 — Gn 2:9, Reina-Valera 1909, en la obra, 4.2; pieza 14, paso 1 — dato
- «Según cuenta el Génesis, al principio había un huerto...» — 4.2 — la obra, 4.2, «El relato de la caída, tal como está escrito» (dos árboles en el mismo huerto y una sola prohibición) — dato — relato: lo que cuenta el texto, no un hecho fechado
- «La orden era una sola...» — 4.2 — Gn 2:16, Reina-Valera 1909, en la obra, 4.2; pieza 14, paso 1 — dato
- «La orden era una sola...» — 4.2 — Gn 2:17, Reina-Valera 1909, en la obra, 4.2; pieza 14, paso 1 — dato
- «El relato no dice cuándo pasó lo que cuenta...» — 2.3 — la obra, 2.3 (el Génesis, con fecha de nivel C, que no entra como dato) y la pieza 14 (la crítica fecha el texto de varias maneras: «fecha del mapa», nivel B) — dato
- «El relato no dice cuándo pasó lo que cuenta...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Conclusión, lo que arrojan los datos» (el engaño entra en tres jugadas: invertir la orden, negar la consecuencia sin dar un dato y atribuir un motivo) — dato — tres jugadas (Gn 3:1, 3:4 y 3:5)
- «La primera fue darle la vuelta a la orden...» — 4.2 — Gn 3:1, Reina-Valera 1909, en la obra, 4.2; pieza 14, paso 1 — dato
- «La primera fue darle la vuelta a la orden...» — 4.2 — Gn 3:3, Reina-Valera 1909, en la obra, 4.2; pieza 14, paso 1 — dato
- «La segunda fue negar la consecuencia...» — 4.2 — Gn 3:4, Reina-Valera 1909, en la obra, 4.2; pieza 14, paso 1 — dato
- «La tercera, atribuir un motivo...» — 4.2 — Gn 3:5, Reina-Valera 1909, en la obra, 4.2; pieza 14, paso 1 — dato
- «Nadie fue a preguntar a quien había dado la orden...» — 4.2 — Gn 3:6, Reina-Valera 1909, en la obra, 4.2; pieza 14, paso 1 — dato
- «Los frutos llegaron enseguida...» — 4.2 — Gn 3:10, Reina-Valera 1909, en la obra, 4.2; pieza 14, paso 1 — dato
- «Los frutos llegaron enseguida...» — 4.2 — Gn 3:12-13, en la obra, 4.2 (el hombre culpa a la mujer, y la mujer, a la serpiente; los frutos: miedo, escondite, acusación en cadena y expulsión) — dato
- «Los frutos llegaron enseguida...» — 4.2 — Gn 3:24, Reina-Valera 1909, en la obra, 4.2; pieza 14, paso 1 — dato
- «El texto no dice manzana...» — 4.2 — Gn 3:3, Reina-Valera 1909, en la obra, 4.2; pieza 14, paso 1 — dato
- «El texto no dice manzana...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Lo que el texto no dice» (ni manzana, ni diablo: la identificación con el diablo es posterior, Ap 12:9; la vida para siempre depende del árbol de la vida, Gn 3:22) — dato

Capítulo 3. Ratificado

- «Mira, te voy a decir lo que le digo a todo el mundo...» — D.0 — la obra, anexo D, D.0, «Tres reglas» — dato
- «Mira, te voy a decir lo que le digo a todo el mundo...» — D.0 — la obra, anexo D, D.0 — dato — las tres reglas de D.0: la copia sellada, el plazo desde el primer día y, con dinero en juego, un abogado
- «Pues lo pagas en plazo y luego pides...» — 0.2 — la obra, 0.2, «Lo que no hace» (no exime de ninguna obligación vigente; Constitución, art. 9.1) — dato

«Lo que sí ponía el artículo primero...» — 5.2 — Constitución, art. 1.2 (BOE) — dato

«Volvió al principio del texto...» — 5.2 — Constitución, promulgación (BOE) — dato

«El pueblo había ratificado...» — 5.2 — Constitución, promulgación (BOE) — dato — la ratificación en referéndum de 1978

«Hizo la cuenta con el lápiz corto...» — 5.2 — la obra, 5.2, planta 2 (quienes no tenían edad y los nacidos después nunca la votaron) — dato

«No le pareció que aquello fuera un engaño...» — 5.2 — la obra, 5.2, planta 2 (la soberanía del pueblo, una presunción: se da por dado un sí) — presunción

«¿Y qué quieres? ¿Que se vote otra vez...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 11, «Dónde aguanta» (el pacto de 1978 fue real) y la defensa del Estado en D («la autoridad nace de la Constitución, votada en referéndum») — dato

«Estaba casi al final de la Constitución...» — 5.2 — Constitución, art. 168 (BOE) — dato — la reforma total o de lo esencial: dos tercios de cada Cámara, disolución, otra vez dos tercios de las nuevas y referéndum

«Estaba casi al final de la Constitución...» — 5.2 — Constitución, art. 168 (BOE) — dato — la ratificación de las Cámaras nuevas

«Y para retirar el sí de uno solo...» — 5.2 — la obra, 5.2, planta 2 (no hay forma de retirar ese consentimiento salvo la reforma) — dato

«Los primeros obligados a comunicar...» — 5.4 — Ley 20/2011, del Registro Civil, art. 45 (BOE) — dato

«Y esa dirección...» — 5.4 — Ley 20/2011, del Registro Civil, art. 46, en la redacción de la Ley 19/2015 (BOE) — dato

«Luego...» — 5.4 — Ley 20/2011, del Registro Civil, art. 5.2 (BOE) — dato

«Y a cada registro...» — 5.4 — Ley 20/2011, del Registro Civil, art. 6 (BOE) — dato

«Él se quedó con el lápiz en la mano...» — 5.4 — Ley 20/2011, del Registro Civil, art. 46 (BOE) — dato — 72 horas

«No podían preguntarle...» — 5.4 — la obra, 5.4 («el interesado tenía cero días») — dato — el recién nacido

«Se le ocurrió una pregunta...» — 5.4 — la obra, 5.4, «La pregunta que queda» — lectura del autor

«Pero se obligó a hacer lo que hacía con los clientes...» — 5.4 — la obra, capítulo 5, «Límite honesto de la prueba» (inscribir el nacimiento protege al niño: identidad, nacionalidad y acceso a sus derechos) — dato

Capítulo 4. El vídeo

«Llevaba unas noches leyendo...» — 5.4 — Ley 20/2011, del Registro Civil, art. 46 (BOE) — dato — 72 horas

«Era un vídeo. Un hombre muy tranquilo...» — E.0 — la obra, anexo E: lo que se afirma sin documento (el nombre en mayúsculas, la cuenta secreta y las fianzas) — presunción

«Lo que no tenía documento detrás no era verdad ni mentira...» — E.0 — la obra, anexo E, E.0, «Lo que no tiene documento es una presunción» (y 0.4) — dato

«La vara tenía que servir para los dos lados...» — 0.5 — la obra, 0.5 («se aplica a los dos lados, también a quien audita») — dato

«Empezó por lo que decía el vídeo...» — E.1 — Meads v. Meads, 2012 ABQB 571, de 18-9-2012 (Tribunal del Banco de la Reina de Alberta) — dato — 18-9-2012

«El juez no se limitó a decirle que no...» — E.1 — Meads v. Meads, ¶ 736 — dato — 736 párrafos

«Empezó por lo que decía el vídeo que lo probaba todo...» — E.3 — Meads v. Meads, ¶ 42, 43, 435 y 538 (el certificado como garantía y la cuenta secreta) — dato

«De los papeles del litigante...» — E.1 — Meads v. Meads, ¶ 44; traducción de la edición, con el original al lado en la obra — dato

«Y de lo del nombre...» — E.2 — Meads v. Meads, ¶ 445; traducción de la edición, con el original al lado en la obra — dato

«En Estados Unidos, un tribunal federal...» — E.2 — United States v. Class, causa 13-253, D.D.C., 16-4-2014, págs. 5 y 6; traducción de la edición — dato

«Lo de la cuenta secreta salía...» — E.3 — Cestui Que Vie Act 1666 (legislation.gov.uk) — dato — la ley inglesa de 1666, arts. I y IV

«Trataba de las fincas arrendadas...» — E.3 — Cestui Que Vie Act 1666, art. I (legislation.gov.uk) — dato — siete años seguidos de ausencia

- «El juez de Canadá también había examinado esa cuenta...» — E.3 — Meads v. Meads, ¶ 536 y 541 — dato
- «Quedaba lo de la fianza...» — E.4 — Bueker v. Madison County, 2016 IL 120024, ¶ 1, 3, 4, 9 y 26 (Tribunal Supremo de Illinois) — dato
- «El tribunal supremo de aquel estado...» — E.4 — Bueker v. Madison County, ¶ 1; traducción de la edición, con el original al lado en la obra — dato
- «En España, además, no había nada parecido...» — E.4 — la obra, anexo E, E.4, «En España» (Ley 40/2015, arts. 32 y 36; 10.4) — dato
- «Hay una parte que es verdad, y es la importante...» — E.0 — la obra, anexo E, E.0 («en lo esencial tienen razón: cada persona es dueña de sí misma y nadie lo es de otra»; 2.3) — lectura del autor
- «Y si contestas la multa con eso...» — E.0 — la obra, anexo E, «Dónde se oye la defensa del Estado» (lo que se afirma sin documento puede poner en riesgo a quien actúe sobre ello) — dato
- «Si crees que la multa está mal...» — D.3 — Ley de Tráfico (Real Decreto Legislativo 6/2015), art. 95.1 — dato — 20 días naturales desde la notificación
- «Si la pagas dentro de ese plazo...» — D.3 — Ley de Tráfico, art. 94 — dato — reducción del 50 % pagando en el plazo de alegaciones, con renuncia a alegar
- «Si crees que la multa está mal...» — D.3 — la obra, anexo D, D.3, las alegaciones y el recurso contra una multa — dato
- «Entre canción y canción, un hombre que llamaba...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 1 («Cotizo para mi propia jubilación»; el sistema es de reparto: Ley General de la Seguridad Social, art. 110.1) — presunción
- «La vara tenía que servir para los dos lados...» — 0.5 — la obra, 0.5 («se aplica a los dos lados, también a quien audita») — dato — la vara, para el Estado y para quien lo audita

Capítulo 5. Crónica: La medida justa

- «Hacia el 2350 antes de Cristo, en Lagash...» — 3.3 — Urukagina, líneas 303-312; traducción de la edición, desde la inglesa del CDLI; en la obra, 3.3 — dato
- «Hacia el 2350 antes de Cristo, en Lagash...» — 3.3 — Urukagina, líneas 303-312; traducción de la edición, desde la inglesa del CDLI; en la obra, 3.3 — dato
- «No fue el único...» — 3.3 — Hudson, 1993, fuente secundaria, en la obra, 3.3 — dato — una treintena de cancelaciones entre 2400 y 1400 a. C., cuatro de ellas de Hammurabi (fuente secundaria, nivel B)
- «Hacia el 2100 antes de Cristo, otro rey...» — 3.2 — Código de Ur-Namma, línea 140; traducción de la edición, desde la inglesa; en la obra, 3.2 — dato
- «En Egipto, en unas máximas...» — 3.2 — Ptahhotep, máxima 11; traducción de la edición, desde la inglesa; en la obra, 3.2 — dato
- «Hacia el 1753 antes de Cristo, el código...» — F.4 — Código de Hammurabi, epílogo; traducción de la edición, desde la inglesa de King; en la obra, F.4 — dato
- «Si una tormenta o una mala cosecha arruinaban al deudor...» — 3.3 — Código de Hammurabi §48; traducción de la edición, desde la inglesa; en la obra, 3.3 — dato
- «Pero el mismo código, en otra de sus leyes...» — 3.2 — Código de Hammurabi §230; traducción de la edición, desde la inglesa de King; en la obra, 3.2 — dato
- «En Egipto, mientras tanto, el que mandaba...» — 6.2 — J. H. Breasted, Ancient Records of Egypt (Documentos antiguos de Egipto), vol. II, 1906, §§ 54-60; en la obra, 6.2 — dato
- «En Egipto, mientras tanto, el que mandaba...» — 6.2 — Breasted, A History of Egypt (Historia de Egipto), 1909, p. 38, en la obra, 6.2 (el título más antiguo, «Horus», lo presentaba como sucesor del dios que había gobernado el reino) — dato
- «Y en el libro que acompañaba a los muertos...» — 3.2 — Libro de los Muertos, cap. 125; traducción de la edición, desde la inglesa de Budge; en la obra, 3.2 — dato
- «Dos tierras distintas, con sus lenguas...» — 3.1 — la obra, 3.1 y 3.2 (lo que coinciden en guardar: el perdón de las deudas, las pesas justas, el tiempo, el débil) y 6.2 (los títulos divinos) — dato — Mesopotamia y Egipto; la convergencia, contada sin decir que no tuvieran contacto

Capítulo 6. Las siete plantas

- «Una mañana, un señor que sabía de economía...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 4 («La presión fiscal es la cifra que se publica, en torno al 38 %»; medida sobre el coste laboral, la carga va del 41 % firme al 53,6 % con todas las capas: 8.4) — presunción
- «Una tarde, una clienta que esperaba...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 2 («La hucha de las pensiones guarda el dinero de los trabajadores»; Ley General de la Seguridad Social, art. 122; Fondo de Reserva, informe a las Cortes Generales, 2025) — presunción
- «Y más arriba, en la misma página...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 1 («Cotizo para mi propia jubilación»; Ley General de la Seguridad Social, art. 110.1) — presunción
- «Esas frases eran así...» — 5.0 — la obra, 5.0 (lo que los muchos dan por supuesto: lo que se cree del Estado sin haberlo comprobado, frente a lo que dicen la norma y el dato) — dato
- «Lo de que el Estado somos todos...» — 5.2 — Constitución, art. 1.2 (BOE); la obra, 5.2, planta 2 — dato
- «El contrato social se llamaba contrato...» — 5.1 y 6.1 — Código Civil, art. 1261 (BOE); la obra, 5.1, n.º 13 («Vivimos bajo un contrato social que todos aceptamos»: nadie lo firmó, y 6.1 — dato
- «En ninguno de esos casos había una mentira...» — 5.1 — la obra, 5.1, «La maniobra camuflada» (un nombre oficial o una creencia extendida sugieren una cosa, y la norma o el dato dicen otra) — dato
- «Le puso nombre, como se lo ponía...» — 5.1 — la obra, 5.1, «La maniobra camuflada» («Describirla no exige suponer intención») — dato
- «A lo mejor la cifra de la radio servía...» — 5.1 — la obra, capítulo 5, «Límite honesto de la prueba» (la presión fiscal sobre el PIB es el estándar de la OCDE y de Eurostat, y sirve para comparar países; lo engañoso es tomarla como la carga que soporta cada persona) — dato
- «La lista no se acababa...» — 5.2 — la obra, 5.2 (lo que el Estado da por cierto sin haberlo probado, de los cimientos al tejado) — presunción
- «Que la ley que escribe el Estado es la primera...» — 5.2 — Código Civil, art. 1, y Constitución, art. 9.1 (BOE); la obra, 5.2, planta 1 — dato
- «Que cada persona conoce todas las leyes...» — 5.2 — Código Civil, art. 6.1 (BOE); la obra, 5.2, planta 3 (en 2024 se publicaron 1.298.086 páginas entre el BOE y los boletines de las comunidades autónomas, unas 3.547 cada día) — dato
- «Que a cada niño, al nacer...» — 5.4 — Ley 20/2011, del Registro Civil, arts. 5.2, 6, 45 y 46 (BOE); la obra, 5.4 y 5.2, planta 3 (la obligación heredada) — dato
- «Que lo que hace la Administración vale...» — 5.2 — Ley 39/2015, art. 39.1 (BOE); la obra, 5.2, planta 4 — dato
- «Que el dinero guardado conserva su valor...» — 5.2 — la obra, 5.2, plantas 5 y 6 (el ahorro; el consentimiento de los que vienen) y planta 7 (el Estado social) — presunción
- «Con la lista delante hizo lo que hacía...» — 5.2 — la obra, 5.2, «Cómo se lee cada planta» (ordenadas, de los cimientos al tejado) — dato
- «Le salieron siete plantas...» — 5.2 — la obra, 5.2 («Ordenadas, forman un edificio de siete plantas») — dato — 7 plantas: el orden de las leyes, la autoridad, la persona, el poder sobre el ciudadano, el dinero, el tiempo y las generaciones, y la información y la legitimidad
- «Todas las piezas apretaban hacia el mismo lado...» — 5.2 — la obra, 5.2, «Conclusión, lo que arrojan los datos» (todas reparten la carga de la prueba del mismo lado: el Estado se presume válido, cierto y solvente) — dato
- «Una pieza sola no le pareció grave...» — 5.5 — la obra, 5.5, «La idea» (ninguna pieza, por separado, hace caer el edificio; juntas, impiden ver que no se sostiene) y «Límite honesto de la prueba» (algunas presunciones tienen razón de ser) — dato
- «Hay cosas que existen aunque nadie las reconozca...» — 5.3 — John Searle, *The Construction of Social Reality* (La construcción de la realidad social), 1995; fuente secundaria: Stanford Encyclopedia of Philosophy (Enciclopedia de Filosofía de Stanford), «Social Ontology» (Ontología social); la obra, 5.3 — dato
- «La ley lo trata como a una persona...» — 5.3 y 2.1 — Ley 40/2015, de Régimen Jurídico del Sector Público, art. 3.4 (BOE) — dato
- «Pero declarada. Y una ficción declarada...» — 5.3 — la obra, 5.3, «La idea» (una ficción declarada no es un vicio: se vuelve engaño cuando se presenta como un hecho natural); 6.1 — dato

- «En latín, persona era la máscara del actor...» — 5.3 — Lewis y Short, A Latin Dictionary (Diccionario latino), s. v. «persona» (Perseus); la obra, 5.3, «La máscara» — dato
- «No era verdad que hubiera otra persona escondida...» — 5.3 y E.2 — la obra, 5.3, «La máscara», y anexo E, E.2 (no es otra persona escondida bajo el nombre propio: es el mismo ser humano, visto por el derecho) — dato
- «Pues con esa máscara firmamos el piso...» — 5.3 — la obra, 5.3, «La máscara» (tiene una función legítima: actuar en derecho, heredar, contratar y ser protegido por la ley) y «Límite honesto de la prueba» (la persona jurídica también sirve a la vida); 11.2 — dato
- «Pero tiene dos filos...» — 5.3 — la obra, 5.3, «La máscara» («como toda herramienta, tiene dos filos») — dato — la persona ante el derecho, herramienta de dos filos: protege y ata
- «Lo que yo creo, y esto no lo he probado...» — 5.3 — la obra, 5.3, «Lectura del autor» (una segunda función que no se proclama: mantener a la persona dentro de un vínculo del que extraer recursos de forma sostenida) — lectura del autor
- «Gea no dijo nada...» — 5.3 — Montaigne, Ensayos III, 13 (Wikisource, edición de Burdeos); traducción de la edición, con el original al lado en la obra — dato
- «Era lo mismo que había encontrado un poco más abajo...» — 5.3 — la obra, 5.3, «El matiz de la propia obra» (así se funda cualquier orden nuevo, también los que después protegieron mejor los derechos; lo que los distingue es lo que hacen después: sus frutos, 0.5) — dato
- «A una niña no se le cuenta...» — 5.4 — la obra, 5.4 (la obligación llega antes que el consentimiento: el registro al nacer) y 5.3 (la personalidad que la ley reconoce al nacer) — dato

Capítulo 7. Presunto

- «Esto que tú llamas lo que el Estado da por cierto...» — 5.2 — la obra, 5.2, «La presunción» (dar algo por cierto sin haberlo probado; en el derecho, una regla que reparte la carga de la prueba) y planta 4 (Ley 39/2015, art. 39.1: los actos «se presumirán válidos») — dato
- «Porque si no, no funcionaría nada...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 20, «La defensa del Estado» (sin la presunción de validez ninguna administración podría funcionar; todo acto se puede recurrir; son nulos los que lesionen los derechos susceptibles de amparo: Ley 39/2015, art. 47.1.a) — dato
- «Porque si no, no funcionaría nada...» — 11.3 — Ley 40/2015, art. 3.1.e (BOE) — dato
- «En eso tienes razón —dijo—. Sin eso no funcionaría...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 20, «Dónde aguanta» (la obra lo concede: una administración que tuviera que acudir a un juez para cada acto no funcionaría) — dato
- «Si para funcionar tenéis que dar por bueno...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 20, «Dónde aguanta» (si el sistema necesita presumir a su favor para funcionar, reconoce que no podría probar cada acto) — dato
- «Ahí te doy parte de razón...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 8, «La defensa del Estado» (sin este principio cualquiera eludiría la ley; hoy no hay latín ni secreto: se publica gratis, en español; no todo lo publicado es norma) y «Dónde aguanta» — dato
- «Y no todas van contra ti...» — D.13 — la obra, D.13, «Lo que la ley presume a favor de la persona» (Constitución, art. 24.2; Ley 39/2015, art. 53.2.b; STC 76/1990, FJ 8) — dato
- «Y ahora te pregunto yo una cosa...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 1, «La obra no es neutral: la vara la pone el autor» (quien elige la vara elige el resultado), y n.º 2 (la validez de la ley no depende de la moral) — dato
- «El lunes, en el coche, camino del colegio...» — 0.4 — la obra, 0.4 (lo que se da por cierto sin haberlo probado; la escena, en la novela de Sofía, capítulo 7) — dato
- «Encontró que tenía vecinas...» — 0.4 — la obra, 0.4 («Esta obra usa cuatro palabras con un sentido fijo») — dato — 4 palabras: verdad, presunción, falso y mentira
- «Encontró que tenía vecinas...» — 0.4 — la obra, 0.4, «Verdad, presunción, falso y mentira» (las cuatro definiciones) — dato
- «La última era la que más le costó...» — 0.4 — Tomás de Aquino, Suma teológica II-II, q. 110, a. 3; traducción de la edición, con el original al lado en la obra — dato
- «Para llamar mentira a algo había que saber...» — 0.4 — la obra, 0.4 (como supone saber lo que hay en la mente de quien lo dice, solo se afirma cuando hay constancia de que se sabía) — dato
- «Luego vio que la ley usaba la palabra...» — 0.4 — Ley de Enjuiciamiento Civil, art. 385.1 (BOE) — dato

«Lo pasó a sus palabras...» — 0.4 — Ley de Enjuiciamiento Civil, art. 386.1 (BOE) — dato

«Esa ley era para los pleitos, no para todo...» — 0.4 — la obra, 0.4, «La presunción, en la ley» (esa ley habla de los pleitos civiles; la obra toma la regla como vara, no su aplicación) — dato

«Que el pueblo dijo que sí: salía de un referéndum...» — 5.2 — Constitución, art. 1.2 y promulgación (BOE); la obra, 5.2, planta 2 — presunción

«Que cada uno acepta lo que le toca al nacer...» — 5.4 — Ley 20/2011, del Registro Civil (BOE); la obra, 5.4 y 5.2, planta 3 (la obligación heredada) — presunción

«Que todo el mundo conoce las leyes...» — 5.2 — la obra, 5.2, planta 3 (Código Civil, art. 6.1; páginas del BOE y de los boletines autonómicos en 2024) — dato — 1.298.086 páginas en 2024, unas 3.547 cada día

«Amparo tenía razón en que se publicaban...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 8, «Los contrapuntos de la obra», 1 (publicar no es poder conocer) y «Dónde aguanta» (la obra concede la publicación) — dato

«Encontró también que tenía razón en lo otro...» — D.13 — Constitución, art. 24.2 (BOE) — dato

«Encontró también que tenía razón en lo otro...» — D.13 y 2.5 — Código Civil, art. 434 (BOE) — dato

«Las presunciones no iban todas del mismo lado...» — 5.2 — la obra, 5.2, «Conclusión, lo que arrojan los datos» (todas las del edificio reparten la carga de la prueba del mismo lado) y D.13 (las presunciones no juegan solo en una dirección) — dato

«En «Lo que yo creo» escribió...» — 0.4 — la obra, 0.4 (la presunción: todavía no se sabe si es verdad o falso); la roca, en la voz del padre (novela de Sofía, capítulo 7) — lectura del autor

«El martes por la mañana faltaban las galletas...» — D.13 — STC 76/1990, FJ 8 (la carga de la prueba, «a quien acusa»); la obra, D.13 y 11.3, cargo 20 — dato

«Pensó en cómo miraba un coche...» — 0.5 — la obra, 0.5, «La vara» («Mide en dos pasos»: la verdad de los hechos y sus frutos) — lectura del autor — 2 pasos: primero, la verdad de los hechos, con su fuente; después, sus frutos

«Y un trato del taller se medía igual...» — 0.5 — la obra, 0.5, «La vara» (los frutos, con un criterio común a las tradiciones: si dañan al prójimo, si hay reciprocidad, si hubo consentimiento y si hay beneficio mutuo); la fórmula «Por sus frutos los conoceréis» no la encuentra hasta la parte 6 (novela de Sofía, capítulo 17) — lectura del autor

«Por la noche lo escribió arriba del todo...» — 0.5 — la obra, 0.5, «La vara» (los dos pasos y los cuatro criterios) — lectura del autor

«Quedaba lo otro que había dicho ella...» — 11.2 — Constitución, art. 1.1 (BOE) — dato

«Ninguna vara era neutral...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 1, «Lo que la obra responde» (la vara es una elección y por eso se declaró antes de medir; la propia Constitución tampoco es neutral) y «Dónde aguanta» (cada dato va con su fuente: sirve con cualquier vara) — dato

«Así que haría lo que hacía con los presupuestos...» — 0.5 — la obra, 0.5 (la vara se aplica a los dos lados, también a quien audita) y 0.3 (los hechos y la lectura del autor, separados) — dato

«Debajo de la hoja seguía la carta del escudo...» — 0.4 — la obra, 0.4 (la escala de las cuatro palabras, aplicada a la carta; la pregunta, en la novela de Sofía, capítulo 7) — dato

Capítulo 8. Crónica: Los avisos

«En Israel, en un libro que se fecha hacia el siglo VII...» — 3.2 — Dt 24:16, Reina-Valera 1909, en la obra, 3.2 — dato

«Otro libro de Israel, que se fecha...» — 3.2 — 1 Sam 8:15-17, Reina-Valera 1909, en la obra, 3.2 — dato

«Otro libro de Israel, que se fecha...» — 3.2 — 1 R 12:14-16, Reina-Valera 1909, en la obra, 3.2 — dato

«Hacia el 594 antes de Cristo, en Atenas...» — 3.3 — Constitución de los atenienses 6; traducción de la edición, desde la inglesa; en la obra, 3.3 — dato

«Un griego de los siglos VI o V antes de Cristo...» — 1.4 — Heráclito, fragmento 114 (Diels-Kranz); traducción de la edición, desde el griego; en la obra, 1.4 — dato

«En China, un libro que se fecha hacia los siglos IV o III...» — 3.2 — Daodejing 75; traducción de la edición, desde el chino; en la obra, 3.2 — dato

«En China, un libro que se fecha hacia los siglos IV o III...» — 3.2 — Daodejing 57; traducción de la edición, desde el chino; en la obra, 3.2 — dato

«En el siglo IV antes de Cristo, un filósofo griego...» — 1.4 — Aristóteles, Ética a Nicómaco V, 7, 1134b; traducción de la edición, desde el griego; en la obra, 1.4 — dato

- «En el siglo IV antes de Cristo, un filósofo griego...» — 3.3 — Aristóteles, *Política I*, 1258b; traducción de la edición, desde el griego; en la obra, 3.3 — dato
- «En el siglo IV antes de Cristo, un filósofo griego...» — 3.3 — Aristóteles, *Política I*, 1258b; traducción de la edición, desde el griego; en la obra, 3.3 — dato
- «Por los mismos años, en China, un sabio...» — 1.4 — Mencio 2A:6; traducción de la edición, desde el chino; en la obra, 1.4 (y 11.2: lo que cualquiera reconoce sin enseñanza) — dato
- «Por los mismos años, en China, un sabio...» — 3.2 — Mencio 7B14; traducción de la edición, desde el chino; en la obra, 3.2 — dato
- «Por los mismos años, en China, un sabio...» — 3.2 — Mencio 1A5; traducción de la edición, desde el chino; en la obra, 3.2 — dato
- «En tres tierras lejanas...» — 3.1 — la obra, 3.1 y 3.2 (la convergencia: lo que tradiciones lejanas coinciden en guardar) — dato — Israel, Grecia y China; el hebreo, el griego y el chino

Capítulo 9. Copia sellada

- «Lo encontré en la ley del procedimiento administrativo...» — 5.2 — Ley 39/2015, art. 39.1 (BOE) — dato
- «Lo encontré en la ley del procedimiento administrativo...» — 5.2 — Ley 39/2015, art. 77.5 (BOE) — dato
- «Se presumirán. Ahora sabía cómo se llamaba...» — 5.2 — la obra, 5.2, planta 4 (los actos del Estado son válidos; la palabra de la autoridad hace prueba: es el ciudadano quien tiene que demostrar que no es así) — presunción
- «Encontré además una cosa que Amparo...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 20, «Los contrapuntos de la obra», 1 (cuando la Administración sanciona, la presunción cambia de lado: Ley 39/2015, art. 53.2.b; fuera de la sanción, el acto se presume válido) — dato
- «Siguió leyendo, porque no quería quedarse solo...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 20, «La defensa del Estado» y «Dónde aguanta» — dato
- «En «Lo que yo creo» escribió que la balanza...» — 5.2 — la obra, 5.2, «Conclusión, lo que arrojan los datos» (la carga de la prueba, del mismo lado); lo que el padre escribe en la hoja (novela de Sofía, capítulo 8) — lectura del autor
- «Buscó cómo se hacía, y encontró que había una escalera...» — D.0 — la obra, D.0, «La escalera» (pedir; exigir que acrediten; recordar) — dato
- «Encontré también que su carta ya tenía expediente...» — D.8 — la obra, D.8 (dentro de un expediente abierto, antes de discutir el fondo: competencia, hechos probados, motivos y quién tramita; Ley 39/2015, arts. 34.1, 35.1 y 53.1) y D.1 («Si hay un procedimiento abierto, el escrito va dentro de él») — dato
- «Había una advertencia, y la subrayó...» — D.8 — la obra, D.8, «Plazos y advertencias» (esta solicitud no suspende los plazos ni las obligaciones) y 0.2 (la obra no exime de ninguna obligación vigente) — dato
- «Puso al final una línea que no estaba...» — D.1 — la obra, D.1 y D.8, la cláusula de buena fe (también yo puedo estar equivocado: si se me indica de forma motivada, rectificaré); 0.5 (la vara, también a quien audita) — dato
- «Gea lo leyó por encima de su hombro...» — 0.3 — la obra, 0.3 (los hechos y la lectura del autor, separados); la escena, en la novela de Sofía, capítulo 8 — dato
- «A la mañana siguiente, con la persiana...» — D.0 — la obra, D.0, «Tres reglas» (guardar siempre la copia sellada o el justificante; el plazo desde el primer día) y 0.2 — dato
- «Él se quedó un momento mirándolo...» — D.0 — la obra, D.0 («los escritos son la constancia») — dato
- «El sábado por la mañana la niña se fue con él...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 15 («El Estado y el ciudadano se cobran con la misma vara»); la escena, en la novela de Sofía, capítulo 8 — presunción
- «Lo que había lo encontré en la misma ley...» — 5.1 — Ley 39/2015, art. 98.1 (BOE); y art. 99 (la ejecución por la propia Administración) — dato
- «Lo que había lo encontré en la misma ley...» — 5.1 — Ley de Enjuiciamiento Civil, art. 517.1 (BOE) — dato
- «Así que lo que daba por hecho tanta gente...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 15 (embarga sin juez previo; un particular necesita siempre un título) y 0.4 (lo falso: lo que la norma demuestra que no es así) — dato
- «Buscó también lo que podía hacer el del furgón...» — D.4 — Ley General Tributaria, arts. 170.3, 223.1 y 224.1 (BOE); la obra, D.4 (recurso en un mes; motivos tasados contra el embargo, entre ellos la falta de notificación de la providencia de apremio; pedir siempre la prueba de la notificación; recurrir no detiene el cobro salvo con garantía; la sanción tributaria se suspende sin garantía) — dato

«Así que el que tenía dinero para garantizar...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 20, «Los contrapuntos de la obra», 2 («Para no pagar mientras discute, tiene que asegurar antes lo que se le reclama») — lectura del autor

«Lo apuntó en «Comprobado», con la defensa al lado...» — D.4 — la obra, 11.3, cargo 13 (el cobro sin juez), «La defensa del Estado»; la defensa, en boca del del furgón (novela de Sofía, capítulo 8) — dato

«Pues pide la prueba...» — D.4 — la obra, D.4, «La respuesta de la obra», 2 (la falta de notificación de la providencia de apremio es motivo admitido: pedir siempre la prueba de la notificación) — dato

«Esa noche guardó la copia sellada...» — 5.4 — Ley 20/2011, del Registro Civil, art. 46 (BOE) — dato — 72 horas

«Eso no lo podía contestar quien tramita un pago...» — D.0 — la obra, D.0 (dos alturas: el caso concreto va al órgano que tramita; los cimientos, a quien puede responder por ellos, con el D.9 y el D.13) — dato

Capítulo 10. La vacuna

«La dividió como dividía las averías...» — D.13 — la obra, D.13, «Primera parte. Lo que la ley presume» (Ley 39/2015, arts. 39.1, 98.1, 99, 77.5, 43.2 y 24.1; Ley 19/2013, art. 20.4; Código Civil, art. 6.1) — dato

«Ahí encontró una que no esperaba...» — D.13 — Ley General Tributaria, art. 108.4 (BOE) — dato

«Pensó en la hoja de las crucecitas...» — D.13 — la obra, D.13, n.º 4 (lo que el ciudadano declara, cierto contra él) — dato

«Debajo, en la segunda parte, puso lo que ninguna ley...» — D.13 — la obra, D.13, «Segunda parte. La vacuna: lo que se cree sin prueba» (n.º 12 a 16) y su «Conclusión» (las de la segunda parte no las escribe ninguna ley: se sostienen en que se crean) — presunción

«Y al lado de cada una, la misma pregunta...» — D.13 — la obra, D.13, «Primera parte» (lo que se pide para cada presunción); Ley de Enjuiciamiento Civil, art. 385.1 — dato

«Había plantas enteras que no sabía rellenar...» — D.13 — la obra, D.13, n.º 19 a 23 (la moneda y el ahorro, la deuda y las generaciones, la hucha, el Estado no quiebra, la información): el padre los deja en blanco hasta mirarlos — dato

«Amparo vino el jueves...» — D.9 — la obra, D.9 (la pregunta de los cimientos, con la relación de presunciones adjunta) — dato

«Porque una petición tiene que pedir algo concreto...» — D.9 — la obra, D.9, «La respuesta probable de la Administración» (no se admite porque plantea cuestiones generales y no una petición concreta, o remite a la Constitución y a las leyes vigentes) — dato

«Que quede escrito que me han contestado...» — D.9 — la obra, D.9, «La respuesta de la obra», 2 (si la respuesta es «porque lo dice la Constitución», el sistema se justifica con su propia norma; y queda escrito) — dato

«Era como una vacuna...» — D.13 — la obra, D.13, «Segunda parte. La vacuna» — lectura del autor

«Lo había visto entre los modelos de escritos...» — D.7 — la obra, D.7 (dejar escrito que el consentimiento que se presume nunca se ha dado; no produce efectos legales, y lo dice él mismo); Código Civil, art. 1261; Constitución, art. 10.1 — dato

«Lo copió a mano y lo fue rellenando...» — D.7 — la obra, D.7, modelo, punto 1 — dato

«El modelo traía otro punto, sobre el dinero...» — D.7 — la obra, D.7, modelo, punto 2 (el dinero que pierde valor sin que nadie lo vote: 8.3 y 5.1, n.º 11): el padre no lo firma hasta comprobarlo (lo comprueba en la novela de Sofía, capítulo 9) — dato

«Y al final, la línea que hacía al papel distinto...» — D.7 — la obra, D.7, modelo (Constitución, art. 9.1) — dato

«Los papeles del hombre de la estantería...» — D.7 — la obra, D.7, «La respuesta de la obra», 1 (el documento declara que no tiene efectos: no se le puede descalificar como una de las afirmaciones sin documento; anexo E) — dato

«Luego leyó los demás modelos...» — D.2, D.5, D.6 y D.10 — la obra, D.2 (el acceso a la información, sin decir para qué), D.5 (la inactividad), D.6 (el Defensor del Pueblo, gratis y sin abogado) y D.10 (el recordatorio de la obligación de resolver) — dato

«Y los últimos, que le hicieron gracia...» — D.11 — la obra, D.11, «La idea» (Ley General Tributaria, art. 31.2) — dato

«Si el ciudadano hace un daño, lo paga...» — D.12 — la obra, D.12 (si el funcionamiento de la Administración daña, indemniza; Ley 40/2015, art. 32) — dato

«Le quedaba una pregunta de la noche de las plantas...» — 5.5 — la obra, 5.5 («la primera razón de la servidumbre voluntaria es la costumbre», La Boétie, en 5.4 y 4.1; encontrada en la novela de Sofía, capítulo 6) — dato

- «Ahora encontró la otra parte en un griego...» — 5.5 — Aristóteles, *Ética a Nicómaco* II, 1, 1103b (Perseus, griego); traducción de la edición, con el original al lado en la obra — dato
- «Acostumbrándolos. La costumbre no era solo...» — 5.5 — la obra, 5.5, «Lo que dicen los textos: la costumbre forma» (la costumbre que da la ley forma: para el bien, o para lo contrario) — dato
- «Que la piedra de todo aquello era una sola...» — 5.4 — la obra, 5.4, «La piedra que sostiene toda la obra» (el pueblo no consintió; nació dentro y lo aceptó sin saberlo; si es verdadero, se sostiene); la cita de Mt 7:24-27, en la parte 6 — lectura del autor
- «Después miró la columna...» — 0.6 — la obra, 0.6, «El mapa del libro» (el orden de la obra: cómo se construyó, la auditoría, los frutos, el dictamen, lo que había antes) — dato
- «Estaba en eso cuando le sonó el móvil...» — 6.0 — la obra, 6.0 (cómo se construyó el Estado: la parte 2, en la comida con el hermano) — dato

Capítulo 11. Crónica: Pueblo débil

- «En China, un ministro del Estado de Qin...» — 3.2 — Libro del señor Shang; traducción de la edición, desde el chino; en la obra, 3.2 (la pata coja) y 3.4 (quién la escribe: Shang Yang, Shiji 68) — dato
- «En China, un ministro del Estado de Qin...» — 3.2 — Libro del señor Shang; traducción de la edición, desde el chino; en la obra, 3.2 — dato
- «Aquel Estado puso la ley escrita por encima de la costumbre...» — 1.7 — la obra, 1.7 (quién invirtió el orden: en la China de Qin, la ley escrita por encima de la costumbre) y 3.4; pieza 14, siglo III a. C. — dato
- «Al ministro le alcanzó su propia ley...» — 3.4 — Shiji 68, en la obra, 3.4 (al morir su duque, descuartizado con carros, y acabaron con toda su familia: la culpa compartida que él mismo había implantado) — dato
- «Su Estado unificó China...» — 3.4 — la obra, 3.4 (las fechas, fuente secundaria) — dato — 221 y 206 a. C., fuente secundaria (nivel B)
- «Su Estado unificó China...» — 3.4 — Shiji 6, en la obra, 3.4 — dato — el reinado del último rey de Qin; el historiador antiguo, sin nombre en el texto
- «Su Estado unificó China...» — 3.4 — la obra, 3.4 y su «Límite honesto» (las fechas de Qin, fuente secundaria) — dato — 221 y 206 a. C.
- «El autor lo lee así...» — 3.4 — la obra, 3.4, «Lectura del autor» — lectura del autor
- «En la India, unas leyes que se fechan...» — 3.2 — la obra, 3.2; las Leyes de Manu, 200 a. C.-200 d. C. (fecha del mapa de la obra (pieza 14), nivel B) — dato — la fecha de las Leyes de Manu (nivel B)
- «En la India, unas leyes que se fechan...» — 3.2 — Leyes de Manu VII, 138, en la obra, 3.2 («La medida de la tradición»: para el artesano y el trabajador manual, un día al mes de trabajo para el rey; lo de hoy se mide en 8.3) — dato
- «En la India, unas leyes que se fechan...» — 3.2 — Leyes de Manu VIII, 180; traducción de la edición, desde la inglesa de Bühler; en la obra, 3.2 — dato
- «En la India, unas leyes que se fechan...» — 3.2 — Leyes de Manu VII, 8; traducción de la edición, desde la inglesa de Bühler; en la obra, 3.2 — dato
- «En Roma, hacia el año 14...» — 6.2 — *Res Gestae divi Augusti* (Hechos del divino Augusto), 34; traducción de la edición, desde el latín; en la obra, 6.2 — dato
- «En Roma, hacia el año 14...» — 6.2 — *Res Gestae divi Augusti* (Hechos del divino Augusto), 34; traducción de la edición, desde el latín; en la obra, 6.2 — dato
- «En Roma, hacia el año 14...» — 6.2 — Suetonio, Domiciano 13; traducción de la edición, desde el latín; en la obra, 6.2 — dato
- «Entre medias, hacia el 80 o el 90...» — 3.2 — Lc 3:13, Reina-Valera 1909, en la obra, 3.2 — dato
- «Y a principios del siglo II, un historiador romano...» — 3.2 — Tácito, *Anales* III, 25 y 28; traducción de la edición, desde el latín; en la obra, 3.2 — dato
- «Y a principios del siglo II, un historiador romano...» — 3.2 — Tácito, *Anales* III, 27; traducción de la edición, desde el latín; en la obra, 3.2 — dato

Capítulo 12. Siempre igual

- «La paella del domingo la hacía su hermano...» — 6.0 — la obra, 6.0 (cómo se construyó el Estado: con qué ideas se justificó; la tesis del hermano, «siempre igual», se contesta con 6.1 y, lo de la minoría, con 6.4 en la parte 4) — dato
- «Un contrato es cuando las partes se ponen de acuerdo...» — 6.1 — la obra, 6.1, «Qué es un contrato» (Diccionario de la lengua española, «contrato»; Código Civil, art. 1261: sin consentimiento, objeto y causa no hay contrato; 5.1, n.º 13) — dato
- «Y el contrato que dicen que hicimos todos...» — 6.1 — la obra, 6.1, «El contrato social» (una idea, no un documento; un pacto supuesto, no un hecho con fecha) — dato
- «No. Eso es lo que me sorprendió...» — 6.1 — Kant, Sobre el dicho común: esto puede ser correcto en teoría, pero no sirve para la práctica, 1793, ed. de la Academia, VIII, 297 (leído en alemán); traducción de la edición — dato
- «Que sirve aunque no haya pasado...» — 6.1 — la obra, 6.1, Kant (obliga a cada legislador a dictar sus leyes como si hubieran podido nacer de la voluntad unida de todo un pueblo): la mejor defensa del contrato, concedida por el padre — dato
- «Lo raro no es la idea...» — 6.1 — la obra, 6.1, «Una ficción declarada no es un vicio» (quienes lo pensaron lo presentaron como una idea; el ciudadano lo recibe como un pacto que aceptó); 0.4 (mentira, lo falso dicho a sabiendas) — dato
- «Yo lo que sé es que alguien tiene que mandar...» — 6.1 — la obra, 6.1, Hobbes (sin un poder común que los mantenga a raya, los hombres están en guerra): la defensa, en boca de la mujer del hermano — dato
- «Eso mismo escribió un inglés hace siglos...» — 6.1 — Hobbes, Leviatán, cap. XIII (leído en inglés, Gutenberg); traducción de la edición — dato
- «Eso mismo escribió un inglés hace siglos...» — 6.1 — Hobbes, Leviatán, cap. XIII (leído en inglés, Gutenberg); traducción de la edición — dato
- «Por eso, decía, todos pactan entre ellos...» — 6.1 — Hobbes, Leviatán, cap. XVIII (leído en inglés, Gutenberg); traducción de la edición — dato
- «Y a lo que salía de ese pacto le puso nombre de monstruo...» — 6.1 — Hobbes, Leviatán, cap. XVII (leído en inglés, Gutenberg); traducción de la edición; el nombre, del monstruo del libro de Job — dato
- «Hay que tener miedo...» — 6.1 — la obra, 6.1, «Hobbes (1651): el miedo» — dato
- «Hubo otro inglés, después...» — 6.1 — la obra, 6.1, «Locke (1690): los derechos que ya existían» (falta un juez imparcial; el pacto los protege, no los crea; si el gobierno los viola, el pueblo recobra el derecho a resistirle, 6.5) — dato
- «Ese también tenía su truco...» — 6.1 — Locke, Segundo tratado, § 119 (leído en inglés); traducción de la edición — dato
- «Eso le contestó un escocés...» — 6.1 — la obra, 6.1, Hume, «Of the Original Contract» (Del contrato original), párr. 24 (el barco), contado en llano; la cita entera, en la novela de Sofía, capítulo 5 — dato
- «Lo había decidido en el ascensor...» — 6.1 — Hume, «Of the Original Contract» (Del contrato original), párr. 9 (leído en davidhume.org); traducción de la edición — dato
- «Porque eso dice cómo empezaron...» — 6.0 — la obra, 6.0, «Lo que este capítulo no hace» (no dice que el Estado sea ilegítimo por haberse fundado a sí mismo: todo orden nuevo se funda así, 5.3) — dato
- «Lo que yo creo es que hay que mirar lo que hacen después...» — 0.5 — la obra, 0.5 (la vara: primero los hechos con su fuente; después, sus frutos), dicha por el padre como suya — lectura del autor
- «Esa noche, con la niña ya acostada...» — H.0 — la obra, H.0 (cada palabra significa siempre lo mismo y se dice una sola vez; si una expresión no se entiende a la primera, la palabra llana) — dato
- «El Estado, lo primero...» — H.3 — la obra, H.3, «El Estado» (la organización política y jurídica: las Cortes, el Gobierno, las Administraciones y los tribunales, con sus normas); «el Estado somos todos», la frase de la radio (5.1) — dato
- «La persona: uno, con lo que trae al nacer...» — H.2 — la obra, H.2, «La persona» (el ser humano, con los derechos que tiene antes que el Estado) y «El ciudadano» (paga, pide y recibe una respuesta o el silencio) — dato
- «El soberano, solo para la política...» — H.2 y H.3 — la obra, H.2, «Soberano» (solo en su sentido político; la excepción, «soberanos somos todos», en la parte 6) y H.3, «El Leviatán» (solo al hablar de Hobbes) — dato
- «Luego copió de la hoja de las columnas la escalera...» — H.3 — la obra, H.3, «Verdad, presunción, falso y mentira» (0.4) — dato

- «El contrato: las partes, y su sí...» — H.3 — la obra, 6.1 (el contrato; el contrato social, una idea) y H.3, «La ficción jurídica» (5.3) — dato
- «La vara: primero, si los hechos son ciertos...» — H.5 — la obra, H.5, «La vara» (mide en dos pasos: los hechos, con su fuente; después, sus frutos; 0.5) y «La misma vara» (la regla que el Estado aplica a cualquier persona o empresa) — dato
- «Escribió «El sistema» y se quedó...» — H.3 — la obra, H.3, «El sistema» (el Estado tal como funciona hoy, junto con su dinero sin respaldo material y su deuda): lo del dinero, a medias hasta el capítulo 10 de la novela de Sofía — dato
- «Y la última, la que su hermano había dicho con retintín...» — 6.1 — la obra, 6.1, «La condición que Rousseau ponía» (la voluntad general solo mira al interés común; es lo que queda cuando los intereses particulares se anulan entre sí) — dato
- «Era una condición muy exigente...» — 6.1 — Rousseau, *Del contrato social* I, 7 (leído en francés, Wikisource); traducción de la edición — dato
- «Buscó qué se había hecho después con aquella frase...» — 6.1 — la obra, 6.1, «Dos constituciones, y ninguna en vigor» (la Constitución de derechos se apartó; la que la sustituyó nunca entró en vigor; un gobierno revolucionario «hasta la paz»; Condorcet, *Archives parlementaires* y Saint-Just, leídos en francés) — dato
- «Buscó qué se había hecho después con aquella frase...» — 6.1 — Saint-Just, informe y decreto del 19 de vendimiario del año II (10 de octubre de 1793), art. 1 (leído en francés, Internet Archive); traducción de la edición — dato
- «Eso lo apuntó en...» — 6.1 — la obra, 6.1, «Lectura del autor» (el patrón de 1793, tomar la parte de una idea que legítima y dejar la que limita, es la forma de la maniobra camuflada, 5.1) — lectura del autor
- «Hay quien la usa con los frenos que el francés pedía...» — 6.1 — la obra, 6.1, «Conclusión, lo que arrojan los datos» (lo que no prueba: que toda invocación de la voluntad general sea un abuso; hay usos democráticos con deliberación real y con los frenos que pedía Rousseau) — dato
- «Y un estudio de hace poco decía...» — 6.1 — Straehle, «Rousseau y Robespierre», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 40 (3), 2023, en la obra, 6.1 (fuente secundaria) — dato

Capítulo 13. La túnica

- «La raya del sistema no le dejó irse a la cama...» — 8.1 — la obra, 8.1 y 5.1, n.º 10 (quién hace el dinero); el cajero de la esquina, en la novela de Sofía, capítulo 10 — dato
- «Abrió el portátil. Sofía IA le dio lo de los manuales...» — 8.1 — la obra, 8.1, «Quién crea el dinero» (el Banco de Inglaterra: al revés de la secuencia que suelen describir los manuales) — dato
- «Lo leyó con el diccionario, frase a frase...» — 8.1 — Banco de Inglaterra, «Money creation in the modern economy» (La creación del dinero en la economía moderna), *Quarterly Bulletin*, 2014; traducción de la edición — dato
- «Lo leyó con el diccionario, frase a frase...» — 8.1 — Banco de Inglaterra, «Money creation in the modern economy» (La creación del dinero en la economía moderna), *Quarterly Bulletin*, 2014; traducción de la edición — dato
- «Siguió tirando del hilo...» — 8.1 — Werner, *International Review of Financial Analysis* 36, 2014; traducción de la edición — dato
- «Faltaba saber desde cuándo...» — 8.1 — Nixon, discurso a la nación, 15-8-1971, American Presidency Project; traducción de la edición — dato
- «Faltaba saber desde cuándo...» — 8.1 — Federal Reserve History, «Nixon Ends Convertibility of U.S. Dollars to Gold»; traducción de la edición — dato
- «Fiduciario. Tuvo que buscarlo...» — 8.1 — Diccionario de la lengua española, «fiduciario», en la obra, 8.1, «El nombre» — dato
- «Fiduciario. Tuvo que buscarlo...» — H.6 — la obra, H.6, «El dinero sin respaldo material» (vale por lo que la ley declara, su curso legal, y por la confianza) y «El tiempo de vida cristalizado» (8.3) — dato
- «Debajo, el tiempo de vida, que ya tenía desde el domingo...» — 8.3 — la obra, 8.3 (el tiempo de vida que se lleva la moneda: el ahorro pierde valor sin que nadie lo vote); la hucha, en la novela de Sofía, capítulo 9 — dato
- «Y por fin quitó la raya...» — H.3 — la obra, H.3, «El sistema» (el Estado tal como funciona hoy, junto con su dinero sin respaldo material y su deuda) — dato
- «Entre una cosa y otra, esa misma noche...» — 8.2 — Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*, 1609, cap. III, en *Biblioteca de Autores Españoles*, t. 31, 1854, p. 580 — dato

- «Buscó el libro entero...» — 8.2 — Mariana, Tratado y discurso sobre la moneda de vellón, 1609, título del cap. III, en Biblioteca de Autores Españoles, t. 31, 1854, p. 579 — dato
- «Y no era un caso suelto...» — 8.2 — la obra, 8.2, «Conclusión» (ocho autores en siete siglos, con documento firmado y fechado; varios cerca del poder) — dato — 8 autores, de 1355 a 2012
- «El primero, hacia 1355...» — 8.2 — Oresme, De moneta, cap. XV, edición de Johnson, 1956 (leído en latín); traducción de la edición — dato
- «Otro, que a principios del siglo XVI...» — 8.2 — Copérnico, Monete cudende ratio, antes de abril de 1526, transcripción de la Universidad de Toruń (leído en latín); traducción de la edición — dato
- «Uno de Salamanca vio subir los precios...» — 8.2 — la obra, 8.2, n.º 3 (Azpilcueta, 1556) y n.º 5 (Locke, 1695, contra la moneda recortada) — dato
- «Uno de Salamanca vio subir los precios...» — 8.2 — Keynes, The Economic Consequences of the Peace (Las consecuencias económicas de la paz), 1919, cap. VI; traducción de la edición — dato
- «Confiscar. Su hermano habría dicho robar...» — 8.2 — Greenspan, «Gold and Economic Freedom» (El oro y la libertad económica), 1966, en el Congressional Record, 7-8-1974; traducción de la edición — dato
- «Con la lista venían otras frases...» — 8.2 — la obra, 8.2, «Conclusión» (la frase atribuida a Lenin, que Keynes daba de oídas, y la que circula a nombre de Friedman sin fuente primaria localizada, no resisten la prueba igual) — dato
- «Antes de apagar, se paró en la palabra de su hermano...» — 8.1 — Estatuto de Roma, art. 7.1, BOE de 27-5-2002, en la obra, 8.1, «El límite de las palabras» — dato
- «En «Lo que yo creo»...» — 8.2 — la obra, 8.2, «Lectura del autor» (la pesa que se aligera; la ley de Dios, en la parte 5) y 8.1, «Lectura del autor» (no hace falta probar una intención para ver el efecto) — lectura del autor
- «Y en «Aún no lo sé»...» — 8.1 — la obra, 8.1, «Conclusión» (ninguna fuente citada demuestra una estrategia mundial coordinada para mantener endeudada a la población: patrón documentado, sin intención probada) — dato
- «El lunes por la mañana le entró un coche viejo...» — 8.1 — la obra, 8.1, «Quién crea el dinero»: el jubilado de la caja de ahorros lo confirma con lo que vio en la ventanilla — dato
- «Pero no me vengas con que el oro era mejor...» — 8.1 — la obra, 8.1, «El otro lado» (Bernanke, «Money, Gold, and the Great Depression», 2-3-2004: el momento de abandonar el patrón oro decidió la gravedad de la depresión y la recuperación, en docenas de países): la defensa, en boca del jubilado — dato
- «Por la tarde, entre coche y coche...» — 8.1 — la obra, 8.1, «El otro lado» (Bernanke, 2004, contado en llano; la Reserva Federal: los bancos miembros tienen acciones por ley; los Bancos de Reserva no buscan beneficio y transfieren sus ganancias al Tesoro; estructura mixta) — dato
- «Por la tarde, entre coche y coche...» — 8.1 — Reserva Federal, «Who owns the Federal Reserve?» (¿Quién es el dueño de la Reserva Federal?); traducción de la edición — dato
- «A mediodía, en casa, la niña le había pedido...» — 8.0 — la obra, 8.0 (lo que llega a la vida diaria: el dinero y a dónde va); la pregunta de la deuda, en la novela de Sofía, capítulos 9 y 10, y su respuesta, en el capítulo 15 de esta (11B de la de Sofía) — dato

Capítulo 14. Crónica: Juez de su propia causa

- «Hacia el año 220, un cronista...» — 3.5 — Julio Africano, Cronografía, fragmento 2, en la obra, 3.5 (Gn 6) — dato
- «En el año 319, un emperador romano...» — 1.7 — Código de Justiniano 8.52.2; traducción de la edición, desde el latín; en la obra, 1.7 — dato
- «En el 325, en el concilio de Nicea...» — 3.3 — Concilio de Nicea, canon 17; traducción de la edición, desde la inglesa; en la obra, 3.3 — dato
- «Se cuenta, y se cuenta mucho...» — 3.5 — la obra, 3.5, «Quedó fuera de las listas», «Lo que se cuenta» (que en Nicea se decidió qué libros entraban en la Biblia y se escondieron los demás) — presunción
- «Los cánones de Nicea no hablan de ello...» — 3.5 — los veinte cánones de Nicea; san Jerónimo, prólogo a Judit; Voltaire, Diccionario filosófico, «Conciles»; en la obra, 3.5, «Lo que dicen las fuentes» — dato
- «La lista de los libros se fue cerrando despacio...» — 3.5 — Atanasio, Carta 39 (año 367), y Concilio de Cartago de 419, canon 24, en la obra, 3.5 — dato — el canon se fue cerrando entre 367 y 419
- «La lista de los libros se fue cerrando despacio...» — 1.7 — Código de Justiniano 3.5.1; traducción de la edición, desde el latín; en la obra, 1.7 — dato

- «La lista de los libros se fue cerrando despacio...» — 3.5 — Concilio de Cartago de 419, canon 24, y san Agustín, La ciudad de Dios XV, 23, en la obra, 3.5 — dato — Agustín, sin nombre en el texto; la duda sobre su antigüedad y su autoría; la Iglesia etíope lo conservó en ge'ez
- «El autor lo lee así...» — 3.5 — la obra, 3.5, «Lectura del autor» — lectura del autor
- «Los hechos tienen también su contrapunto...» — 3.5 — la obra, 3.5, «Conclusión, lo que arrojan los datos» (la pata coja: el canon común conserva Judas 6, 2 Pedro 2:4 y 1 Sam 8; lo de que el primer descarte de Enoc lo hicieron las Escrituras judías, como recoge Tertuliano, queda fuera: 3.5 no cita la fuente de Tertuliano, y la pieza 14 lo deja fuera) — dato
- «Y en el siglo VII, el islam dejó escrito...» — 3.2 — Corán 4:58, traducción de Julio Cortés, en la obra, 3.2 — dato
- «Y en el siglo VII, el islam dejó escrito...» — 3.3 — Corán 2:275, traducción de Julio Cortés, en la obra, 3.3 — dato
- «Y en el siglo VII, el islam dejó escrito...» — 3.3 — Corán 2:280, traducción de Julio Cortés, en la obra, 3.3 — dato

Capítulo 15. Prioridad absoluta

- «La deuda la encontró enseguida...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 24 (la deuda pública es la cifra que se publica); la noche del lunes, en la novela de Sofía, capítulo 11B — dato
- «La oficial, la de todas las administraciones...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 24 (la deuda oficial, que en 2025 rondaba 1,7 billones); 5.4, «El consentimiento de los que vienen» — dato — unos 1,7 billones de euros (2025)
- «La oficial, la de todas las administraciones...» — 5.1 — INE, Tabla de Pensiones 2021, en la obra, 5.1, n.º 24 («6.129.248 millones de euros correspondieron a los sistemas garantizados por las Administraciones Públicas») — dato — 6.129.248 millones de euros, a finales de 2021
- «La oficial, la de todas las administraciones...» — 9.1 — la obra, 9.1, «Lo que debe» (la deuda oficial de 2021 era de 1.429.404 millones, Eurostat; la prometida, 4,3 veces mayor, cálculo de la obra) — dato — 4,3 veces (cálculo de la obra)
- «Buscó lo que se le podía contestar, porque una cifra así asusta...» — 5.1 — INE, Tabla de Pensiones 2021, en la obra, 5.1, n.º 24 (no es una deuda que venza hoy) — dato
- «Pero había una pregunta que la cifra no tapaba...» — 5.4 — la obra, 5.4, «El consentimiento de los que vienen» (se presume que las generaciones futuras aceptan pagar lo que hoy se debe; quienes lo pagarán no han votado nada) — presunción
- «Gea llegó tarde del trabajo...» — 5.4 — la obra, 5.4 (lo mismo, contado por partes); la escena, en la novela de Sofía, capítulo 11B — dato
- «A la salida del colegio, camino de casa...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 7 («El Estado responde de sus deudas como cualquiera»); el taller de chapa cerrado, en la novela de Sofía, capítulo 11B — dato
- «Al de la chapa lo conocía de muchos años...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 7 (al particular se le declara en concurso; al Estado, no) — dato
- «Por la tarde llamó al gestor...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 7, y 9.1 (la defensa: un Estado no se cierra como un taller, presta servicios que no pueden parar, cobra impuestos; el Tribunal de Cuentas examina sus cuentas y publica lo que encuentra); en boca del gestor, como en la novela de Sofía, capítulo 11B — dato
- «Esa noche lo buscó en la ley de las quiebras...» — 5.1 — texto refundido de la Ley Concursal, art. 1.3, en la obra, 5.1, n.º 7 — dato
- «Apuntó al lado lo del gestor...» — 9.1 — la obra, 9.1 (el Tribunal de Cuentas y la Cuenta General del Estado) y 5.1, n.º 7: las dos cosas, en la misma hoja — dato
- «Luego encontró la otra...» — 5.1 — Constitución, art. 135.3, en la obra, 5.1, n.º 8, y 8.1, «España: la deuda, primero» — dato
- «Luego encontró la otra...» — 5.1 — Constitución, art. 135.3, en la obra, 5.1, n.º 8 — dato
- «Luego encontró la otra...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 8 (los intereses de todas las administraciones, casi lo mismo que el déficit de ese año; 8.6) — dato — 40.314 millones de euros de intereses en 2025
- «Quiso saber cuándo se había escrito aquello...» — 8.1 — la obra, 8.1, «España: la deuda, primero» (Diario de Sesiones del Congreso, Pleno, n.º 270; del Senado, Pleno, n.º 130); la madre de Gea y la Constitución, en el capítulo 3 — dato
- «Quiso saber cuándo se había escrito aquello...» — 8.1 — Diario de Sesiones del Congreso, Pleno, n.º 270, en la obra, 8.1 (321 votos emitidos) — dato — 316 a favor y 5 en contra, de 321 emitidos

- «Quiso saber cuándo se había escrito aquello...» — 8.1 — Constitución, art. 167.3, en la obra, 8.1 — dato — el plazo para pedir el referéndum: quince días
- «Quiso saber cuándo se había escrito aquello...» — 8.1 — Constitución, art. 167.3, en la obra, 8.1 — dato
- «Se quedó un rato mirando la fecha...» — 8.1 — la obra, 8.1 (la reforma se hizo por el cauce de la Constitución, sin referéndum porque no se pidió) y 5.4 (el consentimiento que se presume) — lectura del autor
- «En «Lo que yo creo»...» — 5.4 — la obra, 5.4 (el consentimiento de los que vienen) y 9.1 (el ciudadano, acreedor y pagador) — lectura del autor
- «El jueves, mientras fregaba...» — 7.0 — la obra, 7.0 (la auditoría: lo que promete la Constitución frente a los hechos); la pregunta, en la novela de Sofía, capítulo 11B, y la parte 3 de esta — dato

Capítulo 16. En efectivo

- «El viernes, a primera hora, le entró la furgoneta de la fruta...» — 8.11 — la obra, 8.11, «Lo que consta» (en España no se puede pagar en efectivo desde 1.000 euros cuando una de las partes actúa como empresario o profesional); la escena, de la casa — dato
- «El padre miró el sobre y luego el presupuesto...» — 8.11 — Ley 7/2012, art. 7, Uno.1, en la obra, 8.11 — dato — el límite de pago en efectivo con un empresario o profesional: 1.000 euros
- «Esto no te lo puedo coger en efectivo...» — 8.11 — Ley 7/2012, art. 7, Uno.1, en la obra, 8.11 — dato — 1.000 euros; el padre lo sabe por el gestor
- «Mi madre, que en paz descanse...» — 8.11 — la obra, 8.11, «La señal del Apocalipsis» (lo que circula: que no se podrá comprar ni vender sin la marca); en boca de Tomás, como lo que decía su madre — presunción
- «Lo de los mil euros lo encontró a la primera...» — 8.11 — Ley 7/2012, art. 7, Uno.1, en la obra, 8.11 — dato
- «Lo de los mil euros lo encontró a la primera...» — 8.11 — Ley 7/2012, art. 7, Uno.1, en la obra, 8.11 — dato — 1.000 euros (también en boca de Gea, el sábado)
- «Lo de los mil euros lo encontró a la primera...» — 8.11 — Real Decreto 304/2014, art. 4.1, en la obra, 8.11 (lo que se comunica a la Administración depende de otros umbrales, 3.000, 6.000, 10.000, 30.000 y 100.000 euros según el caso; desde 1.000, la identificación formal que hacen los bancos); Ley 7/2012, en la obra, 8.11 (para un pagador sin domicilio fiscal en España que no sea empresario, el límite es de 10.000) — dato
- «Antes el límite estaba en 2.500...» — 8.11 — Ley 11/2021, preámbulo, en la obra, 8.11 — dato — de 2.500 a 1.000 euros (Ley 11/2021)
- «Siguió tirando hacia arriba...» — 8.11 — Reglamento (UE) 2024/1624, art. 80, en la obra, 8.11 — dato — la fecha desde la que rige el máximo europeo
- «Siguió tirando hacia arriba...» — 8.11 — Reglamento (UE) 2024/1624, art. 80, en la obra, 8.11 — dato — 10.000 euros como máximo para comerciar con bienes o servicios en efectivo; los Estados pueden poner un límite más bajo
- «Dos de cada tres ya lo tenían...» — 8.11 — Comisión Europea, 24-4-2024, en la obra, 8.11 — dato — dos tercios de los Estados miembros ya tenían límites, de 500 euros en Grecia a algo más de 10.000 en Chequia
- «Lo del billete grande también era verdad...» — 8.11 — BCE, nota de prensa de 4-5-2016, en la obra, 8.11 — dato — el Consejo de Gobierno del BCE lo decidió el 4 de mayo de 2016; no se emite desde 2019
- «Lo decía en la misma nota...» — 8.11 — BCE, nota de prensa de 4-5-2016, en la obra, 8.11 — dato
- «Y había algo en marcha que él no sabía...» — 8.11 — Comisión Europea, COM(2023) 364, art. 4, en la obra, 8.11 — dato — las dos propuestas de la Comisión, del 28 de junio de 2023: crear el euro digital y proteger el efectivo (aceptación obligatoria a su valor completo y prohibición de recargos por pagar con billetes y monedas)
- «Y había algo en marcha que él no sabía...» — 8.11 — BCE, informe de 18-10-2023, nota de prensa de 30-10-2023 y preguntas frecuentes sobre el euro digital, en la obra, 8.11 — dato — la fase de preparación, decidida el 18-10-2023, empezó en noviembre; el paso siguiente, el 30-10-2025; el BCE dice que complementaría al efectivo
- «Y había algo en marcha que él no sabía...» — 8.11 — Parlamento Europeo, Observatorio Legislativo, procedimientos 2023/0212(COD) y 2023/0208(COD), leídos el 10-10-2026, en la obra, 8.11 — dato — sin acuerdo final en octubre de 2026
- «Mientras tanto, la gente seguía pagando con billetes...» — 8.11 — BCE, estudio SPACE 2024, en la obra, 8.11 — dato — 52 % de los pagos en tienda en la zona del euro en 2024, del 22 % de los Países Bajos al 67 % de Malta

«Y ninguno de los países que miró prohibía...» — 8.11 — Comisión Europea, 24-4-2024, y Gobierno de los Países Bajos (prohibición de los pagos en efectivo desde 3.000 euros), en la obra, 8.11 — dato

«Buscó también por qué...» — 8.11 — la obra, 8.11, «La razón que da la norma» (el Reglamento de 2024 es de prevención del blanqueo de capitales; la Comisión presenta el euro digital como una opción de pago más junto al efectivo; los límites conviven con el curso legal del efectivo) — dato

«Y en «Aún no lo sé...» — 8.11 — la obra, 8.11, «Conclusión, lo que arrojan los datos» (una dirección, y hechos que no encajan con que el efectivo vaya a desaparecer: no prueban un plan de eliminarlo ni lo descartan), y el «Límite honesto de la prueba» del capítulo 8 — dato

«Luego fue a lo de la madre de Tomás...» — 8.11 — la obra, 8.11, «La señal del Apocalipsis»; Sofía IA da un resumen que suena bien y el padre pide el texto — dato

«Estaba en el Apocalipsis, casi al final de la Biblia...» — 8.11 — Ap 13:16-17, Reina-Valera 1909, en la obra, 8.11 — dato

«Lo volvió a leer, despacio...» — 8.11 — Ap 13:11-15, Reina-Valera 1909, en la obra, 8.11 — dato

«Lo volvió a leer, despacio...» — 8.11 — Ap 14:9-11, en la obra, 8.11 (tomar la señal es adorar a la bestia; el texto no nombra ningún medio, ningún gobierno ni ningún documento) — dato

«Y había otra señal, en la dirección contraria...» — 8.11 — Dt 6:8 y Ap 7:3, en la obra, 8.11 (la señal en la mano y entre los ojos, de la ley de Dios; la señal de Dios en las frentes) — dato

«Y había otra señal, en la dirección contraria...» — 8.11 — la obra, 8.11, «La señal del Apocalipsis» (Dt 6:8, Ap 7:3 y Ap 13:16-17) — dato — dos señales: la de la ley de Dios y la de la bestia; dos lealtades

«Buscó cómo lo habían leído los más antiguos...» — 8.11 — Hipólito, Sobre Cristo y el Anticristo, cap. 49; traducción de la edición, desde la inglesa de MacMahon; en la obra, 8.11 — dato

«Buscó cómo lo habían leído los más antiguos...» — 8.11 — Victorino de Pettau, Comentario al Apocalipsis, cap. 13; traducción de la edición, desde la inglesa de Wallis; en la obra, 8.11 — dato

«Buscó cómo lo habían leído los más antiguos...» — 8.11 — la obra, 8.11, «Cómo lo leyó la tradición más antigua» — dato — los dos autores antiguos (Hipólito y Victorino de Pettau)

«Miró si alguna otra tradición antigua decía algo parecido...» — 8.11 — la obra, 8.11, «Lo que dicen las otras tradiciones» (Egipto, la India, China, Grecia, Roma, el islam y el budismo: ningún texto condiciona comprar y vender a una señal del poder; el monopolio real del aceite de Tolomeo II, el Edicto de Diocleciano y los Económicos II; Mencio y los suttas budistas piden lo contrario; ningún hadiz del Dayyal habla de comprar ni de vender) — dato

«Lo más cercano era de segunda mano...» — 8.11 — Adolf Deissmann, Light from the Ancient East (Luz del antiguo Oriente), 2.ª edición inglesa, 1910, p. 345; fuente secundaria (nivel B), en la obra, 8.11 — dato

«Se quedó con la hoja delante un buen rato...» — 8.11 — la obra, 8.11, «Lectura del autor» (lo que describe el texto es una función: el acceso al comercio condicionado a una señal de lealtad; no dice qué medio sería) — lectura del autor

«Empezó a escribirlo en «Lo que yo creo»...» — 8.11 — la obra, 8.11, «Lectura del autor» (imagen del autor, no un hecho) — lectura del autor

«Empezó a escribirlo en «Lo que yo creo»...» — 8.11 — la obra, 8.11, «Lectura del autor» (el nativo del Amazonas, el interruptor y el salto de vocabulario; el propio autor dijo primero «pared» y lo corrigió) — lectura del autor

«Debajo escribí...» — 8.11 — la obra, 8.11, «Lectura del autor» (lo que importa no es el nombre del aparato, sino la función; el autor no adivina el futuro: ve la trazabilidad de los hechos y avisa antes de que ocurra) — lectura del autor

«Y debajo, para no engañarse...» — 8.11 — la obra, 8.11, y el «Límite honesto de la prueba» del capítulo 8 (el argumento del salto de vocabulario no sirve para elegir un medio concreto, porque permitiría igual de bien cualquier identificación; la señal no nombra ningún medio de pago) — dato

«El sábado, en el desayuno, Gea leyó la hoja...» — 8.11 — la obra, 8.11, «La razón que da la norma» (prevención del blanqueo de capitales) — dato

«A media mañana llamó Tomás desde el puesto...» — 8.11 — la obra, 8.11, «Conclusión, lo que arrojan los datos» y «La señal del Apocalipsis», contado en corto — dato

«Esa noche, por fin, abrió la Constitución...» — 7.1 — la obra, 7.1 (el texto completo, los 169 artículos, sin selección previa) — dato — 169 artículos; la auditoría empieza aquí y sigue en la parte 3 (los días del capítulo 12 de la novela de Sofía)

Capítulo 17. Crónica: Reyes, papas y pastores

- «En 1075, un documento auténtico...» — 6.2 — Dictatus Papae, XII, ed. Caspar, 1920; traducción de la edición, desde el latín; en la obra, 6.2 — dato
- «En 1283, en Valencia...» — 1.5 — privilegio de Pedro III, 1283, citado por Pardessus (1839) y Capmany (1791); traducción de la edición; en la obra, 1.5 — dato
- «El libro de aquel tribunal...» — 1.5 — Pardessus, Collection de lois maritimes, t. II, 1831; traducción de la edición; en la obra, 1.5 — dato
- «El libro de aquel tribunal...» — 1.5 — la obra, 1.5, «El derecho del mar y del comercio» (un tratado medieval de derecho mercantil, del Libro Rojo de Bristol, empieza: «la ley mercantil procede del mercado») — dato
- «En 1348, en Alcalá...» — 1.7 — Ordenamiento de Alcalá, 1348, en la obra, 1.7 — dato
- «La costumbre seguía en pie...» — 1.7 — la obra, 1.7, «Quién eligió cada corriente» (en siete de los ocho casos examinados, quien puso la ley escrita por encima de la costumbre era el que tenía el poder de legislar, o su teórico) — dato
- «Hacia 1355, un maestro de París...» — 8.2 — Oresme, De moneta, cap. XV, edición de Johnson, 1956; traducción de la edición, desde el latín; en la obra, 8.2 — dato
- «En ese mismo siglo, en el norte de África...» — 6.4 — Ibn Jaldún, Muqaddima, libro I, cap. 2, secciones 17 y 18, y cap. 3, sección 14; traducción de la edición; en la obra, 6.4 — dato
- «El 13 de octubre de 1375, en Ansó...» — 1.5 — sentencia de Ansó, en la copia que publicó Fairén Guillén en 1946, en la obra, 1.5 — dato — Roncal (Navarra) y Barettous (Bearn, Francia); fuente secundaria (nivel B)
- «De las muertes...» — 1.5 — sentencia de Ansó, 1375, en la copia de Fairén Guillén (1946), en la obra, 1.5 — dato
- «Y un tributo de tres vacas...» — 1.5 — sentencia de Ansó, 1375, en la copia de Fairén Guillén (1946), en la obra, 1.5 — dato — el Tratado de las Tres Vacas
- «Y un tributo de tres vacas...» — 1.5 — sentencia de Ansó, 1375, en la copia de Fairén Guillén (1946), en la obra, 1.5 — dato
- «Desde entonces se cumple cada año...» — 1.5 — la obra, 1.5, «La costumbre sigue viva» (la sentencia de Ansó: desde entonces se cumple cada año) — dato
- «Un documento que había sostenido...» — 6.2 — C. B. Coleman, The Treatise of Lorenzo Valla on the Donation of Constantine (El tratado de Lorenzo Valla sobre la Donación de Constantino), 1922, en la obra, 6.2 — dato — la Donación de Constantino; Valla y Constantino, sin nombre en el texto
- «En 1546, en Trento...» — 3.5 — Trento, sesión IV, 8 de abril de 1546, en la obra, 3.5 — dato — el Libro de Enoc quedó fuera del canon de Occidente; la Iglesia etíope lo conservó
- «Hacia 1548, un francés...» — 4.1 — La Boétie, Discurso de la servidumbre voluntaria, edición de 1922; traducción de la edición, desde el francés; en la obra, 4.1 — dato
- «Hacia 1548, un francés...» — 4.1 — La Boétie, Discurso de la servidumbre voluntaria, edición de 1922; traducción de la edición, desde el francés; en la obra, 4.1 — dato
- «Hacia 1548, un francés...» — 4.1 — La Boétie, Discurso de la servidumbre voluntaria, edición de 1922; traducción de la edición, desde el francés; en la obra, 4.1 — dato
- «Lo que más enseña a servir...» — 5.4 — la obra, 5.4, «Lo que vio La Boétie» («la primera razón de la servidumbre voluntaria es la costumbre»; quienes nacen bajo el yugo toman por natural el estado en que nacieron) — dato

Capítulo 18. Ciento sesenta y nueve

- «La primera noche leyó el primer artículo...» — A.1 — la obra, A.1, art. 1 (la norma: «España se constituye en un Estado social y democrático de Derecho... La soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado»; cumple, con intento frenado) — dato
- «La encontró en el taller, como casi todo...» — 7.1 — la obra, 7.1, «De la filosofía al dato» (si la Constitución traduce el contrato, la pregunta se parte en una por artículo: ¿se cumple este mandato concreto, en los hechos, con fuente?) — dato
- «Así que haría lo mismo con cada artículo...» — 7.1; A.0 — la obra, 7.1, «El procedimiento» (la norma en su texto literal, el hecho verificado, la fuente exacta, sin interpretación por artículo; la lectura de conjunto, aparte y marcada como lectura), y A.0, «Cómo se lee una ficha» y «Los estados» — dato

«La hoja de las tres columnas no daba para tanto...» — 7.1 — Constitución española de 1978, en la obra, 7.1 — dato — 169 artículos, uno por fila

«Algunos artículos se cumplían solos...» — A.1 — la obra, A.1, art. 5 («La capital del Estado es la villa de Madrid»: cumple, sin ningún conflicto legal localizado) — dato

«Y algunos tenían dentro varias frases...» — 7.1; A.0 — la obra, 7.1, «El procedimiento» («Los que se auditaron por apartados toman el estado del más grave»), y A.0, «Los estados» (los arts. 66, 86, 99, 117, 139 y 149) — dato

«Sofía IA le ayudaba a buscar...» — 0.2 — la obra, 0.2, «Cómo se hizo» (se ordenó con ayuda de herramientas de inteligencia artificial, entre ellas Sofía) — dato

«La cuarta o la quinta noche...» — 7.3 — Constitución, art. 21.1, en la obra, 7.3, n.º 1 — dato

«Sofía IA le resumió que una ley castigaba...» — 7.3 — la obra, 7.3, n.º 1 («Leído en el original, este caso no muestra un incumplimiento»), y «Límite honesto de la prueba» del capítulo 7 («Un caso, corregido»: la ficha del art. 21 se apoyaba en una lectura equivocada del art. 36.2) — dato

«Unas noches después, buscando otra cosa...» — 7.3 — Ley Orgánica 4/2015, arts. 36.2 y 39.1, en la obra, 7.3, n.º 1 — dato

«Reunirse sin avisar era una infracción leve...» — 7.3 — Ley Orgánica 4/2015, art. 37.1, en la obra, 7.3, n.º 1 — dato

«Y el tribunal que mira si las leyes caben...» — 7.3 — STC 172/2020, en la obra, 7.3, n.º 1 — dato

«Se quedó un rato mirando la fila...» — A.0; 7.4 — la obra, A.0, «Los estados» («un recurso desestimado cuenta como cumplimiento limpio: por eso el art. 21 figura como CUMPLE»), y 7.4, «El intento frenado» — dato

«Con los sindicatos le pasó lo contrario...» — A.1 — la obra, A.1, art. 7 (PENDIENTE: el único hecho leído, el informe n.º 1.055 del Tribunal de Cuentas, de 30-X-2014, trata de un contrato concreto que cumplía la disposición que lo amparaba) — dato

«Una noche, buscando cómo se revisa...» — 7.2 — Jackson, informe al presidente, 6-6-1945, Avalon Project, en la obra, 7.2, «El origen» — dato

«Una noche, buscando cómo se revisa...» — 7.2 — Jackson, informe al presidente, 6-6-1945, Avalon Project; traducción de la edición, desde el inglés; en la obra, 7.2 — dato

«En el juicio, el mismo fiscal...» — 7.2 — Jackson, discurso de apertura, 21-11-1945, Trial of the Major War Criminals, vol. II; traducción de la edición, desde el inglés; en la obra, 7.2 — dato

«Eso era lo que estaba haciendo...» — 7.2 — la obra, 7.2, «El método de Núremberg» (juzgar al poder con sus propios textos: la norma en su letra, el hecho verificado que le sigue y la fuente exacta; su principio, que responde la persona, en 1.4) — dato

«Algunas filas se entendían solas...» — 7.2 — Constitución, art. 71.4, en la obra, 7.2, n.º 1 — dato

«La fijaban ellos mismos...» — 7.2 — Congreso de los Diputados, régimen económico, en la obra, 7.2, n.º 1 — dato — 3.366,99 euros al mes, «idéntica para todos los Diputados», más complementos; el Reino Unido la fija desde 2011 con un organismo independiente (no sale en el texto)

«En el taller, el precio de la hora...» — 7.2; 7.5 — la obra, 7.2, «Lo que dibujan juntos» (el poder que decide su propio sueldo no encuentra freno), y 7.5, caso 6 (la asignación: la Constitución autoriza que las Cámaras la fijen; laguna de origen, no corrupción de la forma) — dato

«Otra: el órgano que gobierna a los jueces...» — 7.2; A.7 — la obra, 7.2, n.º 2, y A.7, art. 122 — dato — el mandato del Consejo General del Poder Judicial

«Otra: el órgano que gobierna a los jueces...» — 7.2; A.7 — la obra, 7.2, n.º 2, y A.7, art. 122 — dato — caducó en diciembre de 2018 y no se renovó hasta junio de 2024

«Otra: el órgano que gobierna a los jueces...» — 7.2 — GRECO, Cuarta Ronda, segunda adenda al segundo informe de cumplimiento, 2024; traducción de la edición, desde el inglés; en la obra, 7.2, n.º 2 — dato

«Ninguna de esas filas, leída sola...» — 7.2 — la obra, 7.2, «Lo que dibujan juntos» (ninguno de los catorce primeros, leído por separado, prueba más de lo que dice) — dato

«Pero él sabía lo que pasa cuando un coche...» — 7.2 — la obra, 7.2, «Lectura del autor» (lo que se construye con piezas legales sueltas, cada una normal en su contexto; «No hace falta un monstruo diseñado en la sombra»; la palabra inglesa de Scheppele, fuera del texto) — lectura del autor

«Las últimas noches fueron las de los derechos...» — A.2; 7.6 — la obra, A.2 (los principios rectores, arts. 39 a 52: la familia, la salud, la cultura y la vivienda) y 7.6, «Dos clases de norma» — dato

«Una noche, por fin, escribió la última fila...» — 7.1; A.0 — la obra, 7.1, «El resultado», y A.0, «El balance por títulos» — dato — 93 cumplen, 69 incumplen y 7 pendientes, de 169

«Y en veintitrés de los que no se cumplían...» — 7.1; A.0 — la obra, 7.1, «El resultado», y A.0 (la lista de los 23 artículos con declaración formal externa) — dato — 23 de los 69 incumplimientos, con declaración formal externa

«Luego hizo dos montones...» — 7.4 — la obra, 7.4, «Dos grupos» — dato — el bien común y el organigrama del poder

«Luego hizo dos montones...» — 7.4 — la obra, 7.4, «Dos grupos» — dato — el bien común, 66 artículos; el organigrama del poder, 103 (66 + 103 = 169)

«En el de la gente, no se cumplían cuarenta y uno...» — 7.4 — la obra, 7.4, «Las cifras» — dato — 41 de 66, el 62,1 %

«En el de la gente, no se cumplían cuarenta y uno...» — 7.4 — la obra, 7.4, «Las cifras» — dato — 28 de 103, el 27,2 %

«El título de los derechos...» — 7.1; A.2 — la obra, 7.1, «Por títulos», y A.2, «La idea» (el título de los derechos es el que más incumple, 25 de sus 46 artículos) — dato — el Título I, el 54,3 %

«Y quiso medir otra cosa...» — 7.4 — la obra, 7.4, «El freno» — dato — en el bien común, 2 de 43: el 4,65 %

«Y quiso medir otra cosa...» — 7.4 — la obra, 7.4, «El freno» — dato — en el organigrama del poder, 10 de 38: el 26,32 %

«Y quiso medir otra cosa...» — 7.4 — la obra, 7.4, «El freno» («El freno actúa más de cinco veces más a menudo cuando el poder se controla a sí mismo que cuando protege al ciudadano») — dato

«Lo apuntó en «Comprobado» tal cual...» — 7.1 — la obra, 7.1, «El resultado» — dato — 93 de 169

«Lo apuntó en «Comprobado» tal cual...» — 7.4 — la obra, 7.4, y «Límite honesto de la prueba» del capítulo 7 («hay doce intentos frenados») — dato — 2 en el bien común y 10 en el organigrama del poder

«Lo apuntó en «Comprobado» tal cual...» — 7.1; A.0 — la obra, 7.1, «El resultado», y el «Límite honesto de la prueba» del anexo A (los arts. 7, 27, 46, 56, 110, 111 y 150.2) — dato — 7 pendientes

«No era un rey que disuelve el Parlamento...» — 7.1; 6.5 — la obra, 7.1, «Lo que no es» («Ninguno de los 69 incumplimientos equivale a un rey que disuelve el Parlamento»), y 6.5 (el umbral del derecho de resistencia) — dato

«Gea lo encontró de madrugada...» — 7.4 — la obra, 7.4, «Lo que esto prueba y lo que no» (prueba la asimetría; no prueba una intención: un resultado medido no es una causa demostrada) — dato

Capítulo 19. La mejor defensa

«Amparo vino el jueves, otra vez por la tarde...» — A.0 — la obra, A.0, y «La defensa del Estado» del anexo A (cada título cierra con la mejor defensa que podría dar el Estado, en su propia voz, y con los contrapuntos de la obra) — dato

«Empezó por arriba...» — A.1 — la obra, A.1, «La mejor defensa del Estado» (los pilares funcionan; lo que falla son casos concretos, como una lengua en la escuela o una bandera en un ayuntamiento, y los tribunales los corrigen) — dato

«Los partidos...» — 7.3; A.1 — GRECO, Tercera Ronda (2009), informe de cumplimiento de 2011 y segunda adenda de 2016, en la obra, 7.3, n.º 8, y A.1, art. 6 — dato — seis recomendaciones sobre la financiación de los partidos; el GRECO, sin su nombre en el texto

«Los partidos...» — 7.3; A.1 — GRECO, informe de cumplimiento de 2011, en la obra, 7.3, n.º 8 — dato

«Los partidos...» — 7.3; A.1 — GRECO, segunda adenda de 2016, en la obra, 7.3, n.º 8 — dato

«Él miró la fila...» — 7.3; A.1 — GRECO, segunda adenda de 2016, en la obra, 7.3, n.º 8, y A.1, art. 6 — dato — cinco de seis cumplidas o atendidas en 2016, y una en parte; y el aviso de que las fundaciones vinculadas no se usen como vía paralela de financiación fraudulenta

«Así fueron, título a título...» — A.3; A.4; A.5; A.6 — la obra, A.3 (la Corona, 3 de 10 incumplen; defensa: cumple su función simbólica y arbitral, publica sus cuentas y tiene el presupuesto congelado desde 2021), A.4 (las Cortes, 8 de 31; defensa: se celebran elecciones, se votan las leyes y se controlan los decretos-leyes), A.5 (el Gobierno y la Administración, 5 de 11; defensa: la Administración es profesional, se entra por oposición y hay órganos de control) y A.6 (el Gobierno y las Cortes, 2 de 9; defensa: preguntas, interpelaciones, comparecencias y mociones de censura), cada uno con sus contrapuntos — dato

«Así fueron, título a título...» — A.8; A.9; A.10 — la obra, A.8 (Economía y Hacienda, 6 de 9; defensa: la estabilidad presupuestaria que exige Europa, las cuentas fiscalizadas y la deuda que financia los servicios públicos), A.9 (la organización territorial, 7 de 22; defensa: el Estado autonómico descentralizó el poder y el Fondo de Compensación Interterritorial garantiza la solidaridad) y A.10 (el Tribunal Constitucional, 1 de 7; defensa: funciona y ha anulado leyes y decretos), cada uno con sus contrapuntos — dato

«En los derechos dijo que España...» — A.2 — la obra, A.2, «La mejor defensa del Estado» (democracia consolidada; los derechos, protegidos por los jueces, el Constitucional y el Tribunal Europeo de Derechos Humanos; los principios rectores, mandatos al legislador, no derechos exigibles de inmediato, art. 53.3) — dato

«Él le habló del tribunal de Europa...» — A.2 — la obra, A.2, contrapuntos, 1 (art. 15) — dato — entre 9 y 10 condenas por no investigar bien denuncias de tortura o malos tratos; también por castigar críticas al Rey (art. 20)

«Él le habló del tribunal de Europa...» — 7.2 — STC 148/2021, en la obra, 7.2, n.º 9 — dato

«Eso lo dijo el Constitucional...» — 7.2; A.2 — la obra, 7.2, n.º 9, y A.2, contrapuntos, 2 (el confinamiento de 2020 exigía el estado de excepción, no el de alarma) — dato

«En los jueces le puso delante...» — A.7; A.12 — la obra, A.7, «La mejor defensa del Estado» (el Supremo condenó a un Fiscal General del Estado: el sistema se corrige a sí mismo) y contrapuntos, 1 (el Fiscal General lo sigue nombrando el Gobierno, art. 124); A.12 (la primera vez en la historia democrática) — dato

«En los jueces le puso delante...» — A.11 — la obra, A.11, «La mejor defensa del Estado» (el art. 13.2 en 1992, el 135 en 2011, el 49 en 2024 y el 69.3 en 2026) — dato — cuatro reformas

«En los jueces le puso delante...» — A.11; 7.2 — la obra, A.11, contrapuntos, 1 (por la vía del art. 167, sin referéndum; la de 2011, para dar prioridad absoluta al pago de la deuda; 7.2, n.º 4) — dato

«Amparo cerró la libreta con el dedo dentro...» — A.12 — la obra, A.12 («el sistema también se corrige a sí mismo, y no una vez») — dato

«Amparo cerró la libreta con el dedo dentro...» — A.12; 7.3 — STC 198/2012, en la obra, 7.3, n.º 4, y A.12 — dato — avaló la ley de 2005 que abrió el matrimonio a las parejas del mismo sexo

«El tribunal de la Unión obligó a España...» — A.12; A.5 — la obra, A.12 (una sentencia de Gran Sala del Tribunal de Justicia de la UE) y A.5, art. 103.3 (la temporalidad en el empleo público, entre el 26,8 % y el 32,7 %, frente al objetivo legal del 8 %) — dato

«La ley de amnistía la frenaron en parte...» — 7.2 — STC 137/2025 y STC 164/2025, en la obra, 7.2, n.º 15 — dato

«Y la cobertura del paro...» — A.12 — la obra, A.12 — dato — la cifra más alta de su serie para ese mes

«Eso no es una máquina hecha para fallar...» — A.12 — la obra, A.12 («no hay aquí una maquinaria diseñada para fallar siempre») — dato

«Por eso me fío de lo demás...» — A.12 — la obra, A.12, «Lectura del autor» (entre poderes del Estado se litiga y casi siempre se resuelve con rapidez; entre el Estado y el ciudadano, el mecanismo tarda años, se admite una vez de cada ciento cincuenta o no se usa) — lectura del autor

«Uno de cada tres niños...» — 7.5 — INE, Encuesta de Condiciones de Vida 2025, en la obra, 7.5, caso 5 — dato — el 33,8 % de los menores de 18 años, frente al 25,7 % del conjunto (art. 39)

«Un coche puede tener la pegatina...» — 7.5 — la obra, 7.5, «La corrupción de la forma» (lo que conserva el nombre, el cargo o el título, la forma, pero ha perdido la sustancia que lo sostenía) — dato

«Esa semana había encontrado...» — 7.5 — Aristóteles, Metafísica VII, 3, 1029a; traducción de la edición, desde el griego; en la obra, 7.5 — dato

«Esa semana había encontrado...» — 7.5 — Séneca, De Clementia I, 12, 1; traducción de la edición, desde el latín; en la obra, 7.5 — dato

«Esa semana había encontrado...» — 7.5 — Rattray, Ashanti Law and Constitution, 1929, pp. 145-146, en la obra, 7.5, «Los ashanti» — dato

«Nosotros también nos medimos así...» — 7.5 — INTOSAI, ISSAI 300, 2019, y Reglamento (UE, Euratom) 2024/2509, art. 33, en la obra, 7.5, «El patrón, aplicado por el propio auditado» — dato

«Nosotros también nos medimos así...» — 7.5 — Tribunal de Cuentas, Manual de fiscalización operativa o de gestión, citado en la Revista Española de Control Externo, n.º 53, 2016, en la obra, 7.5 — dato

«Él le leyó los siete casos...» — 7.5 — la obra, 7.5, «Siete casos de la Constitución, con su calificación exacta» — dato

«Él le leyó los siete casos...» — 7.5 — la obra, 7.5, casos 2 y 4, y «Lo que la tabla demuestra, y lo que no» — dato — la zona de bajas emisiones de Madrid (art. 9.3; nota del CGPJ, 17-9-2024) y el Fondo de Reserva (art. 50)

«Él le leyó los siete casos...» — 7.5 — la obra, 7.5, casos 6 y 7 — dato — la asignación (art. 71.4: laguna de origen) y la expropiación (art. 128.1: forma envejecida)

«Él le leyó los siete casos...» — 7.5 — la obra, 7.5, caso 7 (fuente secundaria: no se ha podido leer la sentencia) — dato — la Ley de Expropiación Forzosa de 1954; nivel B, por eso «por lo que se sabe»

«Él le leyó los siete casos...» — 7.5 — la obra, 7.5, casos 1, 3 y 5 — dato — el IVA de los pequeños autónomos (asunto C-504/26), la presunción en lo sancionador (Ley 39/2015, art. 53.2.b; STC 18/1981) y la infancia (art. 39)

«Tres es tres...» — 7.5 — la obra, 7.5, «Lo que la tabla demuestra, y lo que no» — dato — los tres sin resolver

«Y dos es dos...» — 7.5 — la obra, 7.5, «Lo que la tabla demuestra, y lo que no» — dato — los dos reparados o en reparación

«Y te voy a decir una cosa...» — 7.7 — la obra, 7.7, n.º 1 («hay que distinguir en minutos lo que un juzgado tarda meses en aclarar») — dato

«Y te voy a decir una cosa...» — 7.7 — Ley de Enjuiciamiento Civil, art. 250.1.4.º, en la redacción de la Ley 5/2018, en la obra, 7.7, n.º 1 — dato

«Y te voy a decir una cosa...» — 7.7 — Ley de Enjuiciamiento Criminal, art. 544 ter.4, en la obra, 7.7, n.º 2 — dato

«Y los jueces deniegan cuando no ven claro...» — 7.7 — la obra, 7.7, n.º 2 (en 2024 se solicitaron 49.268 órdenes de protección, se acordaron 33.247 y se denegaron 15.827), y n.os 3 a 6 (la denuncia falsa, la pena por denunciar en falso, la mediación vedada y las visitas) — dato

«Él pensó en las averías...» — 7.7 — la obra, 7.7, «Conclusión, lo que arrojan los datos» (una decisión que hay que tomar deprisa, cuando la prueba completa no existe todavía) — dato

«Esa noche lo escribí...» — 7.7 — la obra, 7.7, «Lectura del autor» («la obra no pide menos protección para nadie, sino más prueba en el primer momento») — lectura del autor

Capítulo 20. Un encargo

«El de las gafas dice que su primo...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 16 («Tengo derecho a una vivienda digna, porque lo dice la Constitución») — presunción

«Eso. Y que si el Estado te quita un derecho...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 19 («Si el Estado vulnera mis derechos, el Constitucional me ampara») — presunción

«El padre puso el intermitente...» — A.2 — la obra, A.2, art. 47 · INCUMPLE — dato

«Esa noche abrió la libreta...» — A.2; 7.6 — Constitución, art. 47, en la obra, A.2 y 7.6 — dato

«Al lado, el papel de los juzgados...» — 7.3; A.2 — CGPJ, efectos de la crisis en los órganos judiciales, 2025, en la obra, 7.3, n.º 10, y A.2, art. 47 — dato — 24.540 lanzamientos en 2025

«Eran un once por ciento...» — 7.3 — CGPJ, efectos de la crisis en los órganos judiciales, 2025, en la obra, 7.3, n.º 10 — dato — un 11 % menos que en 2024; lo que no encaja con su enfado

«Las ejecuciones de hipotecas...» — 7.3; A.2 — CGPJ, efectos de la crisis en los órganos judiciales, 2025, en la obra, 7.3, n.º 10, y A.2, art. 47 — dato — de 23.164 a 31.416 ejecuciones hipotecarias presentadas; en A.2, art. 47: subieron un 35,6 % en 2025 frente a un 18,3 % en 2024

«Lo que no había hecho era leer...» — 7.6; 5.1; A.2 — Constitución, art. 53.3, en la obra, 7.6, «Dos clases de norma», 5.1, n.º 16, y A.2 — dato

«Es decir: con la Constitución en la mano...» — 7.6 — la obra, 7.6, «Dos clases de norma» (los mandatos a los poderes públicos del Capítulo III solo se alegan según las leyes que los desarrollen; «Ya se vio con la vivienda») — dato

«Amparo se lo había dicho el jueves...» — A.2 — la obra, A.2, «La mejor defensa del Estado» (los principios rectores son mandatos al legislador, no derechos exigibles de inmediato, art. 53.3) — dato

«Buscó la fila de aquel otro artículo...» — A.2 — la obra, A.2, art. 53.3 · CUMPLE — dato

«El tribunal que mira si las leyes caben...» — A.2 — STC 152/1988 a STC 32/2019, en la obra, A.2, arts. 47 y 53.3 — dato — doctrina constante desde la STC 152/1988 hasta la STC 32/2019, que cita al TJUE (asunto C-539/14)

«Se quedó mirando una fila y la otra...» — A.2 — la obra, A.2 (art. 47, INCUMPLE; art. 53.3, CUMPLE) — dato

«Buscó entonces si alguien había hecho el encargo...» — A.2 — Ley 12/2023, en la obra, A.2, arts. 47 y 53.3 — dato

«Y el mismo tribunal había dicho...» — A.2 — STC 79/2024 y STC 17/2026, en la obra, A.2, arts. 47 y 53.3 — dato — con la ley de desarrollo, el derecho sí se activa; matizan la doctrina sin contradecirla

«El padre del de las gafas no tenía toda la razón...» — A.2 — la obra, A.2, arts. 47 y 53.3 — dato

«Lo del tribunal que ampara también existía...» — 7.2; 5.1 — la obra, 7.2, n.º 3, y 5.1, n.º 19 — dato

«Sofía IA le encontró en un momento...» — 7.2 — Tribunal Constitucional, Memoria 2025, en la obra, 7.2, n.º 3 — dato — Sofía IA encuentra deprisa; él abre el papel (capítulo 18)

«Ese año le habían llegado...» — 7.2; 5.1 — Tribunal Constitucional, Memoria 2025, en la obra, 7.2, n.º 3, y 5.1, n.º 19 — dato — 9.089 recursos de amparo en 2025

«Admitió cincuenta y nueve...» — 7.2; 5.1 — Tribunal Constitucional, Memoria 2025, en la obra, 7.2, n.º 3, y 5.1, n.º 19 — dato — 59 admitidos a trámite

«La primera razón para no admitirlos...» — 7.2; 11.3 — Tribunal Constitucional, Memoria 2025, en la obra, 7.2, n.º 3, y 11.3, cargo 24, contrapunto 5 — dato — 5.401 casos, el 57,8 %

«La primera razón para no admitirlos...» — 7.2 — Tribunal Constitucional, Memoria 2025, en la obra, 7.2, n.º 3 — dato

«Volvió a la Constitución, a la parte del amparo...» — 7.2; 11.3 — la obra, 7.2, n.º 3 (un filtro que no está en el art. 53.2 de la Constitución), y 11.3, cargo 24, contrapunto 5 (está en la ley que el propio sistema escribió; Ley Orgánica del Tribunal Constitucional, art. 50.1.b) — dato

«Buscó la razón del otro lado, y era seria...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 24, «La defensa del Estado» (el amparo es un recurso extraordinario y subsidiario: los primeros garantes de los derechos son los jueces ordinarios) — dato

«Hombre, una casa para cada uno...» — A.2 — la obra, A.2, «La mejor defensa del Estado» (los principios rectores, mandatos al legislador) — dato

«Se lo enseñó en la hoja de la carta...» — 7.6; 5.1 — la obra, 7.6, «Sin juez» (Ley 39/2015, arts. 39.1, 98.1, 99 y 100.1.a), y 5.1, n.º 15 — dato

«Y si uno paga tarde, recargo...» — 7.6 — Ley General Tributaria, art. 28, en la obra, 7.6, «El recargo en una sola dirección» — dato — el 5 % antes de la providencia de apremio, el 10 % en su plazo y el 20 % después, compatible con los intereses

«Cuando es Hacienda la que devuelve tarde...» — 7.6 — Ley General Tributaria, art. 31.2, en la obra, 7.6, «El recargo en una sola dirección» — dato

«¿Y tú quieres que Hacienda vaya al juez...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 13, «La defensa del Estado» (si tuviera que acudir a un juez para cada cobro, el sistema se colapsaría; el recargo es un incentivo para pagar en plazo) — dato

«Eso es verdad. Y el interés...» — 7.6; 11.3 — Ley General Tributaria, art. 31.2, en la obra, 7.6, y 11.3, cargo 13, «Dónde aguanta» — dato — la concesión del padre: la asimetría está en el recargo, no en el interés

«Ya solo, encontró que la Constitución...» — 7.6 — la obra, 7.6, «Dos clases de norma» y «Los deberes del ciudadano» (el de contribuir, garantizado por el cobro; el servicio militar, suspendido desde el 31-12-2001) — dato

«Lo que deben los poderes públicos...» — 7.6 — Constitución, Capítulo III, en la obra, 7.6, «Dos clases de norma» — dato

«Lo que deben los poderes públicos...» — 7.6 — Constitución, Capítulo III, en la obra, 7.6, «Dos clases de norma» — dato

«Lo que escribe un inspector de Hacienda...» — 7.6 — Ley General Tributaria, art. 107.1, en la obra, 7.6, «La palabra del inspector» — dato

«Pero el Constitucional le había puesto un límite...» — 7.6 — STC 76/1990, FJ 8, en la obra, 7.6, «La palabra del inspector» — dato

«En el taller era igual...» — 7.6 — la obra, 7.6, «La palabra del inspector» — dato

«Antes de cerrar la libreta dio con una frase de Santiago...» — 5.2; 11.3 — Stg 2:17, Reina-Valera, en la obra, 5.2 y 11.3 — dato

«En «Comprobado», con su letra apretada de taller, dejó...» — 7.2; A.2 — la obra, 7.2, n.º 3 (59 de 9.089: menos de uno de cada cien) y A.2, art. 53.3 — dato

«Y debajo...» — 7.6 — la obra, 7.6, «Conclusión, lo que arrojan los datos» (el incumplimiento del ciudadano se cobra con autotutela, embargo sin juez y recargo; el del Estado necesita antes una ley, art. 53.3; solo dos de los doce principios rectores tienen dato propio) — dato

«Y otra, que le salió sola...» — 7.6 — la obra, 7.6, «Lectura del autor» («el Estado cobra con la ley de los hechos consumados y paga con la ley de los hechos aplazados») — lectura del autor

«Pues para eso se vota...» — A.2 — la obra, A.2, «La mejor defensa del Estado» (España es una democracia consolidada) — dato

«Existe. Pero el año pasado...» — 7.2; 5.1 — Tribunal Constitucional, Memoria 2025, en la obra, 7.2, n.º 3, y 5.1, n.º 19 — dato — 9.089 y 59

«A la mayoría les dice que no tienen especial trascendencia...» — 7.2; 11.3 — Tribunal Constitucional, Memoria 2025, en la obra, 7.2, n.º 3, y 11.3, cargo 24, contrapunto 5 — dato

«También es verdad. Los primeros que tienen que defenderte...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 24, «La defensa del Estado» (el amparo, extraordinario y subsidiario) — dato

«Y para tu sobrino algo hay...» — A.2 — Ley 12/2023; STC 79/2024 y STC 17/2026, en la obra, A.2, arts. 47 y 53.3 — dato — la concesión del padre a Justo

Capítulo 21. La hucha

«En la hucha de las pensiones, hija...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 1 («Cotizo para mi propia jubilación») y n.º 2 («La hucha de las pensiones guarda el dinero de los trabajadores») — presunción

«Esa noche buscó la ley de la Seguridad Social...» — 5.1; 11.3 — Ley General de la Seguridad Social, art. 110.1, en la obra, 5.1, n.º 1, y 11.3, cargo 15 — dato

«De reparto. Lo que se paga hoy...» — 8.6; 5.1 — la obra, 8.6, «Lo que se prometió a quien cotiza», y 5.1, n.º 1 — dato

«La hucha existía, eso sí...» — 8.6 — Fondo de Reserva, informes a las Cortes Generales de 2020 y 2025, en la obra, 8.6, «La hucha» — dato — 66.815 millones en 2011

«Al año siguiente, un decreto dejó sin efecto...» — 8.6 — Real Decreto-ley 28/2012, art. 1, en la obra, 8.6, «La hucha» — dato

«Y se fue sacando, un año detrás de otro...» — 8.6; 11.3 — Fondo de Reserva, informes a las Cortes Generales de 2020 y 2025, en la obra, 8.6, «La hucha», y 11.3, cargo 15, contrapunto 2 — dato

«Ahora volvía a tener...» — 8.6 — Fondo de Reserva, informes a las Cortes Generales de 2020 y 2025, en la obra, 8.6, «La hucha» — dato — 14.069,81 millones a 31-12-2025

«Ahora volvía a tener...» — 8.6; 11.3 — Fondo de Reserva, informe de 2025, en la obra, 8.6, y 11.3, cargo 15, contrapunto 3 — dato — el mecanismo de equidad intergeneracional: 10.150 millones de 2023 a 2025; sin su nombre en el texto

«Y en qué estaba...» — 8.6; 5.1 — Fondo de Reserva, informe a las Cortes Generales de 2025, en la obra, 8.6, y 5.1, n.º 2 — dato

«En el comité que decide dónde se pone...» — 5.1; 8.6 — la obra, 5.1, n.º 2, y 8.6, «La hucha» — dato

«En los últimos diez años...» — 8.6 — Fondo de Reserva, informe de 2025, e índice armonizado de precios de Eurostat (cálculo de la obra), en la obra, 8.6, «Lo que rindió» — dato — 0,12 % al año frente al 2,39 %

«Después miró la cadena por el otro lado...» — 8.6 — Seguridad Social, notas de 5-1-2026 y 25-9-2026, en la obra, 8.6, «Lo que se prometió a quien cotiza» — dato — 21.844.414 afiliados en diciembre de 2025 para 10.547.417 pensiones en septiembre de 2026

«Y nacían uno coma diez hijos por mujer...» — 8.6; 8.8 — la obra, 8.6, y 8.8 — dato — fecundidad de 1,10

«A dónde va cada euro también estaba publicado...» — 8.6 — Eurostat, gasto de las administraciones públicas por funciones, España, 2024, en la obra, 8.6, «A dónde va» — dato — 41,0 de cada 100 € de 725.001 millones

«A dónde va cada euro también estaba publicado...» — 8.6 — Eurostat, 2024, en la obra, 8.6, «A dónde va» — dato — 22,8 de cada 100 € (165.050 millones)

«Algo más de cinco...» — 8.6 — Eurostat, cuentas de las administraciones públicas, 2024, en la obra, 8.6, «A dónde va» — dato — 5,4 de cada 100 € (38.793 millones)

«Y lo que las cuentas llaman vejez...» — 8.6; 5.1; 11.3 — la obra, 8.6, «A dónde va», 5.1, n.º 23 («La partida de “vejez” son los jubilados que cotizaron»), y 11.3, cargo 23 — presunción

«Buscó lo que se le podía contestar, y lo había...» — 11.3; 7.5 — la obra, 11.3, cargo 15, «La defensa del Estado» y «Dónde aguanta» (contributiva; garantizada; segura y líquida; un colchón; se usó para pagar pensiones, no fue apropiación), y 7.5, caso 4 — dato

«El Estado la garantiza...» — 11.3; A.2 — Constitución, art. 50, en la obra, 11.3, cargo 15, y A.2 — dato

«En veinte años, había rendido...» — 8.6 — Fondo de Reserva, informe de 2025, en la obra, 8.6, «Lo que rindió» — dato — 2,91 % al año en veinte años; los planes de pensiones, 3,70 % en diez

«Y la pensión de aquí, comparada con el sueldo...» — 8.4; 11.3 — OCDE, Pensions at a Glance (Panorama de las pensiones), en la obra, 8.4, y 11.3, cargo 15, «Dónde aguanta» — dato — 80,4 % frente al 52,0 %

«Antes de apagar la luz buscó...» — 5.2; 11.3 — Lv 6:4-5, Reina-Valera, en la obra, 5.2 y 11.3, cargo 15 — dato

«Y unas páginas más allá encontró otra...» — 5.2; 11.3 — Lv 19:32, Reina-Valera, en la obra, 5.2 y 11.3, cargo 23 — dato

«En «Comprobado» escribió...» — 8.6 — la obra, 8.6, «Conclusión, lo que arrojan los datos» — dato

«Debajo escribió algo más, despacio...» — 8.6 — la obra, 8.6, «Lectura del autor» (el custodio debía hacer crecer ese dinero en empresas sólidas del país; la hucha se presta al propio Estado, que fija el interés sabiendo que la moneda pierde valor: «aquí se ve mala fe») — lectura del autor

«Y justo debajo, para no engañarse...» — 8.6 — Fondo de Reserva, informe de 2025, en la obra, 8.6, «Lo que rindió» — dato — 2,91 % al año

«Y justo debajo, para no engañarse...» — 8.6; 7.5; 11.2; 11.3 — la obra, 8.6 (la ley ordena invertirla en títulos públicos; se usó para pagar pensiones, 7.5, caso 4) y 11.2 y 11.3 (un patrón no prueba una intención) — dato

«El miércoles, en el patio del colegio...» — 8.6 — la obra, 8.6, «Lo que se prometió a quien cotiza» — dato

«Él la miró por el espejo...» — 8.6; 8.8 — la obra, 8.6, y 8.8 — dato — fecundidad de 1,10

«Lo de tu madre —dijo luego...» — C.5; 8.6 — la obra, C.5, «Lo que lleva dentro la bolsa de la Seguridad Social», puntos 1 y 4 (casi todos los funcionarios autonómicos y locales se jubilan por la Seguridad Social; la cuota de empresa del personal público la pagan las administraciones, con impuestos), y 8.6 — dato

«Él sacó la libreta. Había dos bolsas...» — C.5 — Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones, nota de pensiones de 25-9-2026, en la obra, C.5, «Las dos bolsas» — dato — la Seguridad Social, 10.547.417 pensiones; Clases Pasivas, 740.431

«En la otra, Clases Pasivas...» — C.5; C.4 — la obra, C.5, «Agrupado por régimen», y C.4 (Ley de Clases Pasivas, art. 28.2.b) — dato — ingreso hasta el 31-12-2010

«La pensión media de la segunda...» — C.5; 8.6 — nota de pensiones de 25-9-2026 (cálculo de la obra), en la obra, C.5 y 8.6 — dato — unos 2.396 € al mes frente a 1.374,6 €: 1,7 veces

«Una de cada quince pensiones...» — C.5 — nota de pensiones de 25-9-2026 (cálculo de la obra), en la obra, C.5, «Conclusión, lo que arrojan los datos» — dato — el 6,6 % de las pensiones y el 10,9 % de la nómina

«Clases Pasivas es un régimen a extinguir...» — C.5 — la obra, C, «La defensa del Estado» («Clases Pasivas es un régimen a extinguir»), y C.5 — dato

«Clases Pasivas es un régimen a extinguir...» — C.4; C.5 — la obra, C, «La defensa del Estado», y C.4 — dato — los que ingresaron desde 2011 están en el régimen general

«Y lo que queda conserva su regla...» — C.4 — Ley de Clases Pasivas, art. 28.2.b, en la obra, C.4 — dato — voluntariamente, a los 60 años con 30 de servicios efectivos al Estado

«La regla de todos, este año...» — C.4; 9.1 — Ley General de la Seguridad Social, art. 205.1.a y disposición transitoria séptima, en la obra, C.4 — dato — en 2026, 66 años y 10 meses, o 65 con 38 años y 3 meses cotizados

«Y los que entraron después no salen de la cuenta...» — C.5 — la obra, C, «La defensa del Estado», contrapunto 4, y C.5, punto 4 — dato

«Y ahora dime quién está en Clases Pasivas...» — C.5 — la obra, C.5, «Agrupado por régimen» (sobre todo docentes, militares, guardias civiles, jueces y personal de la Administración, no solo cargos políticos) — dato

«Y lo de los expresidentes...» — C.4 — la obra, C.4, «Los expresidentes del Gobierno» («la idea, muy extendida, de un 80 % sin límite de plazo no está en la norma») — presunción

«Él lo había leído el lunes...» — C.4 — Ley 74/1980, art. 10.5, norma primera, en la obra, C.4 — dato — la doceava parte del 80 % de las retribuciones del cargo, por un plazo igual al del cargo, con un máximo de 24 mensualidades; no es vitalicia

«Lo que sí tiene desde que cesa...» — C.4 — Real Decreto 405/1992, arts. 3 y 4, en la obra, C.4 — dato — de nivel 30 y 18; la dotación de oficina en la cuantía que fijen los Presupuestos (298.320 € al año para los cuatro), el automóvil con conductores; el real decreto no les exige justificar en qué la gastan

«A mí, si un día me echan por causas objetivas...» — C.4; 8.6 — Estatuto de los Trabajadores, art. 53.1.b, en la obra, C.4 y 8.6 — dato — en voz de Gea, que es asalariada

«Y a mí, solo por una falta muy grave o una condena...» — C.4; 8.6 — Estatuto Básico del Empleado Público, arts. 14.a, 63 y 96.1.a, en la obra, C.4 y 8.6 — dato

«Esa noche, ya en la cama...» — 6.2 — la obra, 6.2 (cómo se autoproclama un Estado: la pregunta que abre la parte 4) — dato

Capítulo 22. Crónica: La lengua de la ley

- «En 1553, en Salamanca...» — 3.5 — Domingo de Soto, *De iustitia et iure libri decem* (De la justicia y el derecho, en diez libros), Salamanca, 1553, portada leída el 5-oct; en la obra, 3.5, «Se escribió en latín» — dato — Domingo de Soto, sin su nombre en el texto; el título latino, solo en este índice
- «En 1569, también en Salamanca...» — 3.3 — Tomás de Mercado, *Tratos y contratos de mercaderes*, Salamanca, 1569, en la obra, 3.3 — dato
- «Al otro lado del mar, los iroqueses...» — 3.2; 7.5 — Gran Ley de la Paz, art. 19, en la traducción de Parker (1916), en la obra, 3.2 y 7.5 — dato
- «Al otro lado del mar, los iroqueses...» — 3.2 — The Canadian Encyclopedia, ed. de 15-V-2024 (fuente secundaria), en la obra, 3.2 — dato — Mann y Fields, en 1997, propusieron el 31 de agosto de 1142; nivel B
- «Al otro lado del mar, los iroqueses...» — 3.2 — Encyclopaedia Britannica, «Iroquois Confederacy» (fuente secundaria), en la obra, 3.2 — dato — nivel B
- «No la pusieron por escrito hasta hace poco...» — 3.2 — A. C. Parker, *The Constitution of the Five Nations* (La Constitución de las Cinco Naciones), Albany, 1916, introducción, en la obra, 3.2 — dato — «Hasta hace poco los iroqueses no han intentado poner su código por escrito»
- «Al señor que no tiene en mente el bien del pueblo...» — 3.2; 7.5 — Gran Ley de la Paz, art. 19, en la obra, 3.2 y 7.5 — dato — se le despoja de su título: la forma vaciada se retira (rima con el taburete del capítulo 19)
- «En 1576, la soberanía moderna recibió su definición de un francés...» — 6.3 — Bodino, *Los seis libros de la república I*, «De la soberanía», 1576; traducción de la edición, desde el francés; en la obra, 6.3 — dato
- «Absoluto, pero con techo...» — 6.3 — Bodino, *Los seis libros de la república I*, edición de 1577; traducción de la edición, desde el francés; en la obra, 6.3 — dato
- «En ese mismo siglo, otro francés...» — 5.3 — Montaigne, *Ensayos III*, 13; traducción de la edición, desde el francés; en la obra, 5.3 — dato
- «En 1598, un rey de Escocia...» — 6.2 — Jacobo VI, *The True Law of Free Monarchies* (La verdadera ley de las monarquías libres), 1598, ed. McIlwain, 1918; traducción de la edición, desde el inglés; en la obra, 6.2 — dato
- «En 1609, la Corona rebajaba la...» — 8.2 — Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*, 1609, cap. III, en la obra, 8.2 — dato
- «En 1612, en Coímbra...» — 3.5 — Francisco Suárez, *Tractatus de legibus ac Deo legislatore* (Tratado de las leyes y de Dios legislador), Coímbra, 1612, portada leída el 5-oct; en la obra, 3.5, «Se escribió en latín» («No hizo falta prohibir nada: la propia lengua separaba a quien podía interpretar la ley de quien debía obedecerla») — dato
- «En 1651, un inglés escribió...» — 6.1 — Hobbes, *Leviatán*, cap. XIII; traducción de la edición, desde el inglés; en la obra, 6.1 — dato
- «Al Estado que acaba con esa guerra...» — 6.1 — Hobbes, *Leviatán*, cap. XVII; traducción de la edición, desde el inglés; en la obra, 6.1 — dato
- «La costumbre, en su libro...» — 1.7 — Hobbes, *Leviatán*, 1651, cap. XXVI; traducción de la edición, desde el inglés; en la obra, 1.7 — dato

Capítulo 23. Unos pocos

- «El jueves, a media mañana...» — 6.4 — la obra, 6.4 (la tesis del hermano: gobierna siempre una minoría; en «Aún no lo sé» desde el capítulo 12) — dato
- «La de Sofía, de la noche anterior...» — 6.2 — la obra, 6.2 (la pregunta de Sofía del capítulo 21: quién le dio el poder al primer Estado) — dato
- «Sofía IA: Algunos economistas...» — 6.4 — la obra, capítulo 6, «Límite honesto de la prueba», «Lo que no entra» («el "sindicato del crimen" de North, Wallis y Weingast (no está en el texto leído)»), y la nota de cabecera del capítulo 6 (13.00) — dato
- «Le pidió el documento...» — 6.4 — North, Wallis y Weingast, *A Conceptual Framework for Interpreting Recorded Human History* (Un marco conceptual para interpretar la historia humana registrada), documento de trabajo NBER 12795, 2006, en la obra, 6.4 — dato
- «El primero era de muy lejos...» — 6.4 — Ibn Jaldún, *Muqaddima*, libro I, cap. 3, sección 14 (la cohesión y el lujo, cap. 2, secciones 17 y 18), en la obra, 6.4 — dato

«El segundo, un alemán...» — 6.4 — Franz Oppenheimer, *Der Staat* (El Estado), 1907, en la obra, 6.4 — dato

«El segundo, un alemán...» — 6.4 — Franz Oppenheimer, *Der Staat* (El Estado), 1907, en la obra, 6.4 — dato

«El segundo, un alemán...» — 6.4 — Franz Oppenheimer, *Der Staat* (El Estado), 1907, en la obra, 6.4 — dato

«Y del Estado, en su origen...» — 6.4 — Franz Oppenheimer, *Der Staat* (El Estado), 1907, en la obra, 6.4 — dato

«El tercero había estudiado...» — 6.4 — Robert Michels, *Zur Soziologie des Parteiwesens* (Sociología del partido político), 1911, en la obra, 6.4 — dato

«La llamó...» — 6.4 — Robert Michels, 1911, en la obra, 6.4 — dato

«Luego, dos italianos...» — 6.4 — la obra, 6.4 (Pareto, 1916, y Mosca, 1923) — dato — Vilfredo Pareto y Gaetano Mosca

«Uno escribió que los de arriba...» — 6.4 — Vilfredo Pareto, *Trattato di sociologia generale* (Tratado de sociología general), 1916, en la obra, 6.4 — dato

«El otro habló del predominio...» — 6.4 — Gaetano Mosca, *Elementi di scienza politica* (Elementos de ciencia política), 2.^a ed., 1923, cap. II, en la obra, 6.4 — dato

«Y el quinto había comparado...» — 6.4 — Charles Tilly, «War Making and State Making as Organized Crime» (Hacer la guerra y hacer el Estado como crimen organizado), 1985, en la obra, 6.4, solo por el título — dato

«Se echó hacia atrás en la silla...» — 6.4 — la obra, 6.4 («Cinco pensadores, de Ibn Jaldún en el siglo XIV a Tilly en el XX, dicen que gobierna siempre una minoría») — dato — los cinco pensadores de 6.4: Ibn Jaldún, Oppenheimer, Michels, Pareto y Mosca, y Tilly, por el título

«Y decían que en los últimos...» — 6.4 — North, Wallis y Weingast, *A Conceptual Framework for Interpreting Recorded Human History* (Un marco conceptual para interpretar la historia humana registrada), documento de trabajo NBER 12795, 2006, en la obra, 6.4 — dato — los órdenes de acceso abierto, en 300 años

«Y decían que en los últimos...» — 6.4 — North, Wallis y Weingast, *A Conceptual Framework for Interpreting Recorded Human History* (Un marco conceptual para interpretar la historia humana registrada), documento de trabajo NBER 12795, 2006, en la obra, 6.4 — dato

«Un estudio de 2023...» — 6.4 — Murphy, «Measuring open access orders» (Medir los órdenes de acceso abierto), *Journal of Institutional Economics*, 2023, resumen, en la obra, 6.4 — dato — se leyó el resumen

«Un estudio de 2023...» — 6.4 — Murphy, 2023, resumen, en la obra, 6.4 — dato

«No era siempre. Era casi siempre...» — 6.4 — la obra, 6.4 («la pregunta útil no es si todo es igual, sino en qué punto de la escala está cada país, y con qué datos se comprueba») — dato

«Empezó por los jueces...» — 6.4 — Constitución, art. 122.3, en la obra, 6.4 — dato — 20 vocales: 12 del turno judicial y 8 a propuesta de las Cámaras

«Empezó por los jueces...» — 6.4; 11.3 — Constitución, art. 122.3, en la obra, 6.4, y 11.3, cargo 24 — dato

«La ley orgánica, desde 1985...» — 6.4 — la obra, 6.4 («Desde 1985, las Cámaras eligen también a los doce del turno judicial») — dato

«La ley orgánica, desde 1985...» — 6.4 — Ley Orgánica del Poder Judicial, art. 567.1, en la obra, 6.4 — dato

«La ley orgánica, desde 1985...» — 6.4 — Ley Orgánica del Poder Judicial, art. 567.1, en la obra, 6.4 — dato — los 20 vocales, por las Cortes

«El Constitucional lo había avalado...» — 6.4; 11.3 — STC 108/1986, FJ 13, en la obra, 6.4, y 11.3, cargo 24 — dato

«El riesgo, seguía...» — 6.4 — STC 108/1986, FJ 13, en la obra, 6.4 — dato

«Con el Tribunal de Cuentas...» — 6.4; 11.3 — Ley Orgánica 2/1982, art. 30.1, en la obra, 6.4 (pieza 3: «no son tres diseños distintos, sino uno, repetido»), y 11.3, cargo 24 — dato

«Luego miró lo que cuesta presentarse...» — 6.4 — Ley Orgánica del Régimen Electoral General, art. 169.3, en la redacción de la Ley Orgánica 2/2011, en la obra, 6.4 — dato — 0,1 % de los inscritos en el censo de la circunscripción, para un partido sin representación en la convocatoria anterior

«Luego miró lo que cuesta presentarse...» — 6.4 — Ley Orgánica del Régimen Electoral General, art. 169.3, en la obra, 6.4 — dato — 1 %, para las agrupaciones de electores

«Hizo la cuenta con una provincia pequeña...» — 6.4 — cálculo de la obra con el resumen oficial de resultados de 2023 (BOE-A-2023-18907), en la obra, 6.4 — dato — Palencia, 137.642 electores: 138 y 1.377; para las cincuenta y dos circunscripciones, unas 37.500 y unas 375.000

«Y la puerta que la Constitución...» — 6.4; 11.3 — Ley Orgánica 3/1984, arts. 2 y 3.1, en la obra, 6.4, y Constitución, art. 87.3, en 11.3, cargo 3 — dato — 500.000 electores; excluidas las materias propias de ley orgánica y las tributarias

«Las firmas las habían avalado...» — 6.4; 11.3 — STC 163/2011 y Tribunal Europeo de Derechos Humanos, Soberanía de la Razón y otros contra España, decisión de 26-5-2015, en la obra, 6.4, y 11.3, cargo 6 — dato — el 0,1 %, «considerablemente más bajo que el máximo del 1%» de la Comisión de Venecia

«La razón que dio el Constitucional...» — 6.4 — STC 163/2011 («excesiva proliferación de candidaturas carentes, por las razones que fueran, de respaldo o arraigo en el cuerpo electoral»), en la obra, 6.4 — dato

«Y se castiga...» — 6.4 — Tribunal de Cuentas, listados de procedimientos sancionadores de contabilidad electoral, elecciones locales de 2015 y de 2019 (recuento de la obra), en la obra, 6.4 — dato — 563 procedimientos y 515 multas; 1.557.113,85 € firmes; mediana, 725,09 €

«Y desde 1978 habían entrado...» — 6.4 — la obra, 6.4 («el sistema no impide la entrada de fuerzas nuevas: la dificulta, y aun así ha ocurrido varias veces desde 1978») — dato

«Lo que se le podía contestar estaba...» — 11.3; 6.4 — la obra, 11.3, cargos 6 y 24, «La defensa del Estado» y «Dónde aguanta», y 6.4, «Lo que no se puede decir» — dato

«A «Comprobado» pasó solo lo que tenía papel...» — 6.4 — la obra, 6.4, «Conclusión, lo que arrojan los datos» — dato

«Y en «Lo que yo creo...» — 6.4; 11.3 — la obra, 6.4, «Lectura del autor» («"todo es mafia" no admite matices ni se puede corregir; un mapa con puntos fuertes y débiles medidos, sí [...] donde falla, falla en la misma dirección: quien debe ser controlado elige a quien lo controla»), y 11.3, cargo 24 — lectura del autor

Capítulo 24. Las brasas

«Tenías razón. He encontrado a cinco...» — 6.4 — la obra, 6.4, «Cinco pensadores» (lo encontrado en el capítulo 23, dicho en llano) — dato

«Tenías razón. He encontrado a cinco...» — 6.4 — la obra, 6.4 («Cinco pensadores, de Ibn Jaldún en el siglo XIV a Tilly en el XX, dicen que gobierna siempre una minoría») — dato — los cinco de 6.4

«Tenías razón. He encontrado a cinco...» — 6.4 — Ibn Jaldún, Muqaddima, libro I, cap. 3, sección 14, en la obra, 6.4 — dato — «la dinastía, por lo general, no dura más de la vida de tres generaciones»

«Tenías razón. He encontrado a cinco...» — 6.4 — la obra, 6.4 (Pareto, 1916, y Mosca, 1923) — dato — Pareto y Mosca; los cinco de 6.4

«Pero espera...» — 6.4 — North, Wallis y Weingast, documento de trabajo NBER 12795, 2006, en la obra, 6.4 — dato — «unas dos docenas de países» en «los últimos 300 años»

«Pero espera...» — 6.4 — Murphy, «Measuring open access orders» (Medir los órdenes de acceso abierto), Journal of Institutional Economics, 2023, resumen, en la obra, 6.4 — dato — 35 de 161

«Su hermano se encogió de hombros...» — 6.4 — Murphy, «Measuring open access orders» (Medir los órdenes de acceso abierto), Journal of Institutional Economics, 2023, resumen, en la obra, 6.4 — dato — lo repite el hermano

«Pues te digo dónde...» — 6.4 — Ley Orgánica del Poder Judicial, art. 567.1, en la obra, 6.4 — dato — los 20 vocales del Consejo General del Poder Judicial

«Pues te digo dónde...» — 6.4; 11.3 — la obra, 6.4 (el Consejo General del Poder Judicial y el Tribunal de Cuentas, elegidos por las Cortes; «quien debe ser controlado elige a quien lo controla»), y 11.3, cargo 24 — dato

«Y para presentarte a unas elecciones...» — 6.4 — Ley Orgánica del Régimen Electoral General, arts. 169.3 y 163.1, en la obra, 6.4 — dato — «3 por 100 de los votos válidos emitidos en la circunscripción»

«En 2023, el partido que más votos sacó...» — 6.4 — cálculo de la obra con el resumen oficial de resultados de 2023 (BOE-A-2023-18907), en la obra, 6.4 — dato — 33,33 % de los votos a candidaturas y 39,14 % de los escaños

«Ya. Y si no, tendríamos un Congreso...» — 6.4; 11.3 — la obra, 6.4 (el fin declarado: evitar la fragmentación; Real Decreto-ley 20/1977, preámbulo: «un poderoso corrector del excesivo fraccionamiento»), y 11.3, cargo 6 — dato

«Algo de eso hay...» — 6.4 — la obra, 6.4 (Real Decreto-ley 20/1977, preámbulo; STC 163/2011; Tribunal Europeo de Derechos Humanos, decisión de 26-5-2015) — dato

«Y lo que sale de esa regla...» — 6.4 — Consejo de Estado, informe sobre las propuestas de modificación del régimen electoral general, 24-2-2009, en la obra, 6.4 — dato

«Y en el mismo informe, lo que tú dices...» — 6.4 — Consejo de Estado, 24-2-2009 («ha contribuido a la afirmación de nuestro sistema de bipartidismo imperfecto que ha dado lugar a una muy firme estabilidad gubernamental»), en la obra, 6.4 — dato

«Lo que no está escrito en ningún sitio...» — 6.4 — la obra, 6.4, «Lo que no se puede decir» (el Consejo de Estado describe el efecto, no un propósito) — dato

«Multa. Más de quinientas multas...» — 6.4 — Tribunal de Cuentas, listados de procedimientos sancionadores de contabilidad electoral, elecciones locales de 2015 y de 2019 (recuento de la obra), en la obra, 6.4 — dato — 515 multas de 563 procedimientos

«La mayoría, de unos cientos de euros...» — 6.4 — la obra, 6.4 («la mayoría, de unos cientos de euros (mediana, 725,09 euros; 463 de las 496 no pasan de 5.000 euros)») — dato

«Todavía le quedaba una cosa en la hoja...» — 6.4 — la obra, 6.4, pieza 7, «Lo público tratado como propio» (Weber; «Nadie mide un porcentaje de patrimonialismo») — dato

«España salía con unos sesenta y uno...» — 6.4 — Banco Mundial, Worldwide Governance Indicators (Indicadores mundiales de gobernanza), «Control of Corruption», edición de 2026, en la obra, 6.4 — dato — 61,2 frente a 64,7

«Y en el otro...» — 6.4 — Transparencia Internacional España, Índice de Percepción de la Corrupción 2025, en la obra, 6.4 — dato — 55 sobre 100; puesto 49 de 182; los derechos ante Europa (CGPJ y Tribunal Europeo, 2017)

«Peor que antes. Y mejor que la mayoría...» — 6.4 — la obra, 6.4 («Mejor que la mayoría de los países, lejos de un Estado patrimonial, y con una tendencia de deterioro») — dato

«Lo de los vigilantes...» — 6.4; 6.5 — la obra, 6.4, «Conclusión», y 6.5, «Lectura del autor» (quien debe ser frenado elige a quien lo frena) — dato

«Esa noche fue a buscar el papel...» — 6.2 — la obra, 6.2 (la pregunta de Sofía; novela de Sofía, 14) — dato

«Lo que encontró fue un tratado entre países...» — 6.2 — Convención sobre Derechos y Deberes de los Estados, Montevideo, 26-12-1933, art. 1, en la obra, 6.2 — dato — los cuatro requisitos: población permanente, territorio determinado, gobierno y capacidad de entrar en relaciones con los demás Estados

«Lo que encontró fue un tratado entre países...» — 6.2 — Convención sobre Derechos y Deberes de los Estados, Montevideo, 26-12-1933, art. 3, en la obra, 6.2 — dato

«Que otro Estado lo reconozca...» — 6.2 — Convención sobre Derechos y Deberes de los Estados, Montevideo, 26-12-1933, art. 6, en la obra, 6.2 — dato

«Un tribunal lo había dicho antes...» — 6.2 — Tribunal Arbitral Mixto germano-polaco, Deutsche Continental-Gas-Gesellschaft contra el Estado polaco, 1929 (Zeitschrift für ausländisches öffentliches Recht und Völkerrecht, 1931), en la obra, 6.2 — dato

«Un tribunal lo había dicho antes...» — 6.2 — laudo de 1929, en la obra, 6.2 — dato

«No había papel...» — 6.2; 5.3; 11.3 — la obra, 6.2 (circular, y escrito en un tratado público; para ese derecho, el Estado es una «persona»: la ficción jurídica de 5.3) y 11.3, cargo 2 («Ningún Estado del mundo tiene un título superior, y no le hace falta») — dato

«En el mismo tratado había otra línea...» — 6.2 — Convención sobre Derechos y Deberes de los Estados, Montevideo, 26-12-1933, art. 11, en la obra, 6.2 — dato

«Y en 1945, otra carta...» — 6.2 — Carta de las Naciones Unidas, art. 2.4, en la obra, 6.2 — dato — abstenerse de la amenaza o del uso de la fuerza

«Que hiciera falta prohibirlo...» — 6.2; 6.1 — la obra, 6.2 («Que hiciera falta prohibirlo indica que antes era práctica habitual, como había escrito Hume (6.1)») — dato

«Buscó de dónde venía la palabra...» — 6.2 — la obra, 6.2, «La auctoritas» — dato

«Buscó de dónde venía la palabra...» — 6.2 — Lewis y Short, A Latin Dictionary (Diccionario latino), s. v. «augeo», en la obra, 6.2 — dato

«El que tenía autoridad era...» — 6.2 — Lewis y Short, s. v. «auctor», en la obra, 6.2 — dato

«Autoridad no era el que manda...» — 6.2 — la obra, 6.2 («la edición llama auctoritas a la autoridad que se gana haciendo crecer a quienes la sostienen») — dato

«Siguió tirando del hilo...» — 6.2 — J. H. Breasted, Ancient Records of Egypt (Documentos antiguos de Egipto), vol. II, 1906, §§ 54-60, en la obra, 6.2 — dato

«Siguió tirando del hilo...» — 6.2 — Suetonio, Domiciano 13, en la obra, 6.2 — dato

«Y a otro emperador, el de Japón...» — 6.2 — rescripto imperial de 1-1-1946 (Foreign Relations of the United States, 1946, vol. VIII, doc. 138), en la obra, 6.2 — dato

«Y a otro emperador, el de Japón...» — 6.2 — rescripto imperial de 1-1-1946, en la obra, 6.2 — dato

«Y encontró lo contrario...» — 6.2 — Marco Aurelio, Meditaciones I, 7, en la obra, 6.2 — dato

«Y un rey de Israel...» — 6.2 — 1 Re 3:9, Reina-Valera Antigua, en la obra, 6.2 — dato

«Y un rey de Israel...» — 6.2 — 1 Re 12:4, Reina-Valera Antigua, en la obra, 6.2 — dato

«Pedir sabiduría una vez no bastaba...» — 6.2 — la obra, 6.2 («Pedir sabiduría una vez no basta») — dato

«En una tragedia griega...» — 6.2 — Sófocles, Edipo rey, 873, en la obra, 6.2 — dato

«Siguió tirando del hilo...» — 6.2 — la obra, 6.2, «Del aprendiz al ser superior»: Augusto (Res Gestae 34, crónica 4), la Donación y el Dictatus Papae (crónica 6), Jacobo VI (crónica 7), «Dios mortal» (capítulo 12); el freno dentro de las tradiciones (Corán 18:110, Jn 18:36, la Gran Renuncia); Ciro, Ashoka y el Dalai Lama — dato

«Ya era tarde, pero no podía dejarlo...» — 2.4 — la obra, 2.4 (Kant, ¿Qué es la Ilustración?, 1784) — dato

«Lo leyó entero...» — 2.4 — Kant, ¿Qué es la Ilustración?, 1784, edición de la Academia, VIII, 35, en la obra, 2.4 — dato

«Y tenía un lema...» — 2.4 — Kant, ¿Qué es la Ilustración?, 1784, en la obra, 2.4 — dato

«En «Comprobado» escribí...» — 6.2 — la obra, 6.2, «La idea» y «Conclusión, lo que arrojan los datos» — dato

«En «Lo que yo creo», de su puño y letra...» — 6.2 — la obra, 6.2, «Conclusión, lo que arrojan los datos» («mantener cada día la disposición de aprendiz: saber que puede estar equivocado y aceptar que lo corrijan»; «siete casos no hacen una ley») — dato

Capítulo 25. La portería

«Volvió a leer lo que había escrito...» — 6.2; 11.3 — la obra, 6.2, «La idea» (ningún Estado recibió su autoridad de nadie por encima), y 11.3, cargo 2 — dato

«Le preguntó a Sofía IA si alguien lo había intentado...» — 6.2 — la obra, 6.2, «Lo que no se sigue de ahí» (los casos de Australia y de Italia) — dato

«El primero era de Australia...» — 6.2 — Deputy Commissioner of Taxation v Casley (el Delegado del Comisionado de Impuestos contra Casley) [2017] WASC 161, 16-6-2017, párrs. 3, 5, 12, 20 y 22, en la obra, 6.2 — dato — Leonard Casley notificó en 1970 la secesión de su granja de Hutt River; ningún nombre en el texto

«El primero era de Australia...» — 6.2 — la obra, 6.2 (la «provincia» de Hutt River) — dato

«Un periódico de internet contaba la historia...» — 6.2 — la obra, capítulo 6, lo corregido de 12.00 (la sentencia, leída: [2017] WASC 161; no «1,8 millones de libras», ni el Tribunal Superior de Australia, ni «gobbledygook» (galimatías)) — dato

«Aquel hombre perdió en 2017...» — 6.2 — Deputy Commissioner of Taxation v Casley (el Delegado del Comisionado de Impuestos contra Casley) [2017] WASC 161, 16-6-2017, párrs. 3, 5, 12, 20 y 22; recurso desestimado: Casley v Deputy Commissioner of Taxation (Casley contra el Delegado del Comisionado de Impuestos) [2017] WASC 196, 20-10-2017; en la obra, 6.2 — dato — el Tribunal Supremo de Australia Occidental

«Aquel hombre perdió en 2017...» — 6.2 — Deputy Commissioner of Taxation v Casley (el Delegado del Comisionado de Impuestos contra Casley) [2017] WASC 161, 16-6-2017, párrs. 3, 5, 12, 20 y 22, en la obra, 6.2 — dato — 2.770.177,63 dólares australianos, más intereses y costas; y, en otro asunto, 242.669,53 a su hijo

«Y el juez escribió una frase...» — 6.2 — Deputy Commissioner of Taxation v Casley (el Delegado del Comisionado de Impuestos contra Casley) [2017] WASC 161, 16-6-2017, párrs. 3, 5, 12, 20 y 22 (el juez Le Miere), en la obra, 6.2 — dato

«El otro caso era de Italia...» — 6.2 — Martina Calabrese, La Repubblica Esperantista dell'Isola delle Rose. Storia di una micronazione (La República esperantista de la Isla de las Rosas. Historia de una micronación), CRIO Papers 74, Universidad de Catania, 2024; fuente secundaria, en la obra, 6.2 — dato — la Isla de las Rosas, sin su nombre en el texto; otra versión da el 24 de junio (en el texto, sin la fecha)

«Las fuerzas del orden la ocuparon...» — 6.2 — Martina Calabrese, La Repubblica Esperantista dell'Isola delle Rose. Storia di una micronazione (La República esperantista de la Isla de las Rosas. Historia de una micronación), CRIO Papers 74, Universidad de Catania, 2024; fuente secundaria, en la obra, 6.2 — dato — ocupada el 25 de junio de 1968

«Las fuerzas del orden la ocuparon...» — 6.2 — Martina Calabrese, *La Repubblica Esperantista dell'Isola delle Rose. Storia di una micronazione* (La República esperantista de la Isla de las Rosas. Historia de una micronación), CRIOPapers 74, Universidad de Catania, 2024; fuente secundaria, en la obra, 6.2 — dato — la Marina, con explosivos, los días 11 y 13; la hundió un temporal el 26

«Eso lo contaba un estudio de una universidad italiana...» — 6.2 — la obra, 6.2 («Es una sola fuente académica, hecha sobre prensa y libros divulgativos, y otra versión da el 24 de junio para la declaración de independencia») — dato

«Le quedó claro...» — 6.2; 2.6; E.0 — la obra, 6.2, «Lo que no se sigue de ahí» («le faltan territorio propio, población propia y el reconocimiento de sus pares»; «La obra no propone ese camino: lo descartó (2.6; anexo E)») — dato

«Se acordó del de la furgoneta de los taldos...» — E.2; E.3 — la obra, anexo E (el nombre en mayúsculas; el certificado de nacimiento y la cuenta secreta), lo del vídeo del capítulo 4 — dato

«Pues por eso...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 24 («Nadie puede declararse exento de la ley: la defensa del Estado») — dato

«En eso tienes razón entera...» — 11.2; 6.2 — la obra, 11.2, n.º 24 («Dónde aguanta: entera, para el ciudadano»; los tribunales de Australia, 2017, en 6.2) — dato

«Pero vale también hacia arriba...» — 11.2; 7.2 — la obra, 11.2, n.º 24 («la regla vale en los dos sentidos: los poderes públicos están sujetos a la Constitución igual que los ciudadanos (n.º 22), y, mientras tanto, los representantes fijan su propia asignación (7.2)») — dato

«Eso no es salirse de la ley...» — 7.2 — la obra, 7.2 (la asignación la fijan las Cámaras: es legal) — dato

«Su camino no era ese...» — 6.2; 11.2 — la obra, 6.2 («La obra no propone ese camino») y 11.2, n.º 24 («La vía de la obra no es separarse del Estado, sino la constancia escrita, el Registro y este juicio») — dato

«El lunes, a mediodía, Sofía salió del colegio...» — 6.2 — la obra, 6.2 (la portería de los de sexto; novela de Sofía, 14) — dato

«Pues eso que me cuentas...» — 6.2 — la obra, 6.2, «La idea» y «Conclusión, lo que arrojan los datos» — dato

«Te faltaría que te lo reconocieran...» — 6.2 — la obra, 6.2, «Lo que no se sigue de ahí» — dato

«Pero te cuento otra cosa...» — 6.2 — la obra, 6.2, «Del aprendiz al ser superior» (Suetonio, Domiciano 13; Marco Aurelio, *Meditaciones* I, 7) — dato

«Y le dijo, con palabras para ella...» — 6.2; 2.5 — la obra, 6.2, «Conclusión, lo que arrojan los datos» («aceptar que lo corrijan»), y 2.5, «Todos somos aprendices: el gobierno de uno mismo» — lectura del autor

«En el taller mandaba él...» — 6.3 — la obra, 6.3, «La idea» (el poder de gobernar y el derecho a poseer) — dato

«Buscó desde cuándo era así...» — 6.3 — la obra, 6.3, «Imperium y dominium» (el dominus, señor de la domus; el señorío medieval) — dato

«Un estudio académico le puso un matiz...» — 6.3 — Cordero Quinzacara y Aldunate Lizana, «Evolución histórica del concepto de propiedad», *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, XXX, 2008, nota 50; fuente secundaria; en la obra, 6.3 — dato

«Y encontró la fecha en que, en España, se separaron...» — 6.3 — Decreto de las Cortes de Cádiz de 6 de agosto de 1811, *Gazeta de la Regencia* de 12-9-1811, en la obra, 6.3 — dato — un decreto de las Cortes de 1811, no la Constitución de Cádiz, de 1812; en el texto, el padre lo creía así y lo corrige

«El primer artículo lo leyó despacio...» — 6.3 — Decreto de las Cortes de Cádiz de 6 de agosto de 1811, *Gazeta de la Regencia* de 12-9-1811, art. 1, en la obra, 6.3 — dato

«La tierra, en otro artículo...» — 6.3 — Decreto de las Cortes de Cádiz de 6 de agosto de 1811, *Gazeta de la Regencia* de 12-9-1811, art. 5, en la obra, 6.3 — dato

«Y en otro...» — 6.3 — Decreto de las Cortes de Cádiz de 6 de agosto de 1811, *Gazeta de la Regencia* de 12-9-1811, art. 14, en la obra, 6.3 — dato

«Nadie podrá nombrar jueces...» — 6.3 — la obra, 6.3 («El juez, a nadie en particular») — dato

«Y no salió gratis...» — 6.3 — Decreto de las Cortes de Cádiz de 6 de agosto de 1811, *Gazeta de la Regencia* de 12-9-1811, arts. 8 y 11, en la obra, 6.3 — dato — 3 %; a los que tenían los privilegios por título oneroso, «por haberlos pagado» en llano

«Tampoco fue de una vez...» — 6.3 — *Diccionario panhispánico del español jurídico*, s. v. «señorío», en la obra, 6.3 — dato — los decretos de 1808, 1811, 1820, 1823 y 1837

«Pero el límite era más antiguo...» — 6.3 — Bodino, Los seis libros de la república I, «De la soberanía», 1576, en la obra, 6.3 — dato — Bodino, sin nombre en el texto

«Pero el límite era más antiguo...» — 6.3 — Bodino, Los seis libros de la república I, «De la soberanía», 1576, en la obra, 6.3 — dato

«Pero el límite era más antiguo...» — 6.3 — Bodino, Los seis libros de la república I, edición de 1577, en la obra, 6.3 — dato

«Para el que mejor lo había defendido...» — 6.3 — la obra, 6.3 («Para su propio teórico, el poder más absoluto tenía encima la ley natural, y con ella, el bien ajeno: es el orden de las leyes (1.1)») — dato

«Luego quiso saber por qué se obedece...» — 6.3 — Diccionario panhispánico del español jurídico, s. v. «legitimidad», en la obra, 6.3 — dato

«Venía del latín...» — 6.3 — la obra, 6.3 (de legitimus, «conforme a la ley») — dato

«Y dio con un alemán...» — 6.3 — Weber, Economía y sociedad, 1922, cap. III, §§ 1 y 2, en la obra, 6.3 (los «tres tipos puros de dominación legítima»: la legal, la tradicional y la carismática) — dato

«Ningún poder, escribió...» — 6.3 — Weber, Economía y sociedad, 1922, cap. III, §§ 1 y 2, en la obra, 6.3 — dato

«Cada forma de mandar, quería decir...» — 6.3 — la obra, 6.3, «Conclusión, lo que arrojan los datos» («ninguna dominación se conforma con ser obedecida: necesita que se crea en su legitimidad») — dato

«En internet, en muchas páginas...» — 6.3 — la obra, 6.3 («La frase que circula [...] no está así en su texto») — dato

«Antes de cerrar, se acordó del del furgón blanco...» — 11.3; 6.3 — la obra, 11.3, cargo 13, «El cobro sin juez» (Ley 39/2015, arts. 98.1, 99 y 100.1.a; Ley de Enjuiciamiento Civil, art. 517.1; la defensa: el interés general, el recurso y la suspensión con garantía; «Dónde aguanta»: la separación de 1811 es un avance real) — dato

««Comprobado» se fue llenando renglón a renglón...» — 6.3 — la obra, 6.3, «Conclusión, lo que arrojan los datos» — dato

«Y en «Lo que yo creo...» — 6.3; 5.5 — la obra, 6.3, «Lectura del autor» («si el poder procura que se crea en él, lo que se sostiene solo en la creencia se disuelve cuando se pide la prueba (5.5)») — lectura del autor

«Antes de apagar, miró la columna...» — 6.2 — la obra, 6.2 (la pregunta de qué había antes de los Estados queda para la parte 5; novela de Sofía, 14 y 15: «esa semana no las hubo») — dato

Capítulo 26. Crónica: Los papeles del consentimiento

«En Inglaterra, en 1688...» — 9.2; 6.1 — Bill of Rights (Declaración de Derechos), 1689, en la obra, 6.1 y 9.2; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1688-1689 — dato — nivel B en la pieza 14 (el relato de 1688, de la Encyclopaedia Britannica, fuente secundaria, en 9.2)

«En Inglaterra, en 1688...» — 9.2 — Encyclopaedia Britannica, «James II», fuente secundaria, en la obra, 9.2 — dato — el 30-6-1688 escriben a Guillermo de Orange; el rey huye el 23 de diciembre; sin nombres en el texto

«En Inglaterra, en 1688...» — 6.1; 9.2 — Bill of Rights (Declaración de Derechos), 1689, en la obra, 6.1 — dato

«En Inglaterra, en 1688...» — 6.1 — Bill of Rights, 1689, en la obra, 6.1 — dato

«En 1690, un inglés publicó...» — 6.1 — Locke, Two Treatises of Government (Dos tratados sobre el gobierno), Londres, 1690, en la obra, 6.1; pieza 14, «La historia en su orden» — dato — Locke, sin nombre en el texto

«En 1690, un inglés publicó...» — 6.1 — Locke, Dos tratados, 1690, prefacio, en la obra, 6.1 — dato

«Escribió que antes de que hubiera gobierno...» — 6.1; 6.5 — la obra, 6.1 (Locke: los derechos que ya existían; el pacto para protegerlos) y 6.5 — dato

«En 1748, un francés escribió...» — 6.5; 6.1 — Montesquieu, Del espíritu de las leyes XI, 4, 1748, en la obra, 6.5; pieza 14, «La historia en su orden» — dato — Montesquieu, sin nombre en el texto

«En 1748, un francés escribió...» — 6.5 — Montesquieu, Del espíritu de las leyes XI, 4, ed. de Nourse, en la obra, 6.5 — dato

«Por esos mismos años, un escocés...» — 6.1 — Hume, «Of the Original Contract» (Del contrato original), párr. 9, en la obra, 6.1 — dato

«En 1755, un pensador que escribía en francés...» — 6.1 — Rousseau, Discurso sobre el origen de la desigualdad, 1755, segunda parte, en la obra, 6.1; pieza 14, «La historia en su orden» — dato — Rousseau, sin nombre en el texto

«En 1755, un pensador que escribía en francés...» — 6.1 — Rousseau, Discurso sobre el origen de la desigualdad, 1755, en la obra, 6.1 — dato

«En 1762 abrió su libro del contrato...» — 6.1 — Rousseau, Del contrato social, 1762, en la obra, 6.1 — dato

«En 1762 abrió su libro del contrato...» — 6.1 — Rousseau, Del contrato social I, 1, en la obra, 6.1 — dato

«En su pacto, cada uno se somete...» — 6.1; 5.4 — la obra, 6.1 (la voluntad general) y 5.4 (el padre puede estipular por su hijo, no darlo de forma irrevocable y sin condición) — dato

«En 1776, en América...» — 6.3; 6.1 — Declaración de Derechos de Virginia, 12-6-1776, art. I, en la obra, 6.3; pieza 14, «La historia en su orden» — dato

«En 1776, en América...» — 6.3 — Declaración de Derechos de Virginia, art. I, en la obra, 6.3 — dato

«Semanas después, la Declaración...» — 6.1 — Declaración de Independencia, 4-7-1776, transcripción de los Archivos Nacionales de Estados Unidos, en la obra, 6.1 — dato

«Entre los agravios contra su rey...» — 6.1 — Declaración de Independencia, 4-7-1776, en la obra, 6.1 — dato

«En 1788, la separación de poderes...» — 6.5 — El Federalista, n.º 47, 1788, en la obra, 6.5; pieza 14, «La historia en su orden» — dato — Madison, sin nombre en el texto; su frase lleva el nombre de Montesquieu, y por eso va contada

«Uno de los que defendían...» — 6.5 — El Federalista, n.º 47, 1788 («El oráculo al que siempre se consulta y se cita en esta materia es el célebre Montesquieu»), en la obra, 6.5 — dato — contada en llano, sin la cita, para no poner el nombre en el texto

«El 26 de agosto de 1789...» — 6.1; 6.5 — Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, 26-8-1789, en la obra, 6.1 y 6.5 — dato

«El 26 de agosto de 1789...» — 6.1 — Declaración de 1789, art. 16, en la obra, 6.1 — dato

«Y puso entre los derechos naturales...» — 6.5 — Declaración de 1789, art. 2, en la obra, 6.5 — dato

«En 1793, un filósofo alemán...» — 6.1 — Kant, Sobre el dicho común, 1793, edición de la Academia, VIII, 297, en la obra, 6.1; pieza 14, «La historia en su orden» — dato — Kant, sin nombre en el texto

«En 1793, un filósofo alemán...» — 6.1 — Kant, Sobre el dicho común, 1793, en la obra, 6.1 — dato

«Ese mismo año, en Francia...» — 6.1 — Condorcet, Œuvres, t. XII, 1847, nota del editor, en la obra, 6.1 — dato

«Ese mismo año, en Francia...» — 6.1 — Saint-Just, informe y decreto del 10-10-1793, art. 1, en la obra, 6.1 — dato

«El autor lo lee así...» — 6.1; 5.1 — la obra, 6.1, «Lectura del autor» (el patrón de 1793 es la forma de la maniobra camuflada, 5.1); pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1793 — lectura del autor

«El autor lo lee así...» — 6.1 — la obra, 6.1, «Lectura del autor» — lectura del autor

Capítulo 27. Lo mío

«El martes, a media mañana, el furgón blanco...» — 6.3; 6.5 — la obra, 6.3 y 6.5 (el del furgón blanco vuelve con otra carta) — dato

«Era la contestación a su recurso contra el embargo...» — D.4 — la obra, D.4 (contra la diligencia de embargo, solo los motivos del art. 170.3 de la Ley General Tributaria; «pedir siempre la prueba de la notificación») — dato

«De lo demás que había alegado...» — D.4 — la obra, D.4, «La respuesta probable de la Administración» (Ley General Tributaria, arts. 167.3 y 170.3) — dato

«Pues se acabó...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 22 («Retirar la creencia es invitar a la desobediencia»: lo que teme la defensa) — dato

«Eso no lo he mirado...» — 7.6; 11.3 — la obra, 7.6 y 11.3, cargo 13 (el recargo de la Ley General Tributaria, art. 28) — dato

«Lo primero que buscó fue de dónde sale...» — 6.3 — Locke, Segundo tratado, 1690, § 27, en la obra, 6.3 («Locke: la propiedad nace del trabajo») — dato

«Y volvió al inglés de los derechos de antes...» — 6.3; 6.1 — Locke, Segundo tratado, 1690, en la obra, 6.1 y 6.3 — dato — Locke, sin nombre en el texto

«Escribía que...» — 6.3 — Locke, Segundo tratado, 1690, § 27, en la obra, 6.3 — dato

«Lo que uno saca de la naturaleza...» — 6.3 — Locke, Segundo tratado, 1690, § 27, en la obra, 6.3 — dato

«Lo que uno saca de la naturaleza...» — 6.3 — Locke, Segundo tratado, 1690, § 27, en la obra, 6.3 — dato

«Si la propiedad estaba antes que el gobierno...» — 6.3 — la obra, 6.3 («Si la propiedad existe antes del gobierno, y por una razón propia, el gobierno no la crea: la protege, o la viola») — dato

«Siguió con lo que recogieron las declaraciones...» — 6.3 — Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, 1789, art. 17, en la obra, 6.3 — dato

«Siguió con lo que recogieron las declaraciones...» — 6.3 — Declaración de 1789, art. 17, en la obra, 6.3 — dato

«Siguió con lo que recogieron las declaraciones...» — 6.3 — Declaración de 1789, art. 17, en la obra, 6.3 — dato

«Pero lo de Pacífico era un impuesto...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 7, «La defensa del Estado» (los tributos los establece la ley, art. 133.1, según la capacidad de cada uno, art. 31.1), y cargo 13 (la ejecución, sujeta a recurso y suspendida con garantía; Ley General Tributaria, art. 167.3) — dato

«La Constitución dice que...» — 11.3 — Constitución, art. 33.1, en la obra, 11.3, cargo 13, «La defensa del Estado» — dato

«La Constitución dice que...» — 11.3; 6.3 — Constitución, art. 33.2, en la obra, 11.3, cargo 13, contrapunto 4 — dato

«Ahí se paró...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 7, «Dónde aguanta» («Nada de eso es ilegal: por eso el cargo no es de ilegalidad, sino de que lo legal se presenta como justo») — dato

«Y el mismo inglés lo había escrito...» — 6.5 — Locke, Segundo tratado, 1690, § 222, en la obra, 6.5 — dato

«Lo leyó despacio...» — 6.5 — la obra, 6.5 («El gobierno se disuelve desde dentro, cuando quien manda traiciona su encargo»; «Conclusión, lo que arrojan los datos»: es el gobierno que traiciona su encargo el que se disuelve primero) — dato

«Luego vinieron los papeles de después...» — 6.5 — Constitución francesa de 24 de junio de 1793, declaración, art. 33, en la obra, 6.5 — dato

«Luego vinieron los papeles de después...» — 6.5 — Constitución francesa de 1793, declaración, art. 33, en la obra, 6.5 — dato

«La Declaración Universal de 1948...» — 6.5 — Declaración Universal de Derechos Humanos, 1948, preámbulo, en la obra, 6.5 — dato

«La Declaración Universal de 1948...» — 6.5 — Declaración Universal de Derechos Humanos, 1948, preámbulo, en la obra, 6.5 — dato

«Y entre las constituciones, alguna la escribe...» — 6.5 — Ley Fundamental de la República Federal de Alemania, art. 20.4, en la obra, 6.5 — dato

«La defensa también estaba escrita...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 22 (Constitución, art. 9.1; «la española dejó otra puerta, la revisión total (art. 168; 9.1)»; «Dónde aguanta: entera») — dato

«Antes de los caminos extremos había otros...» — 6.5; 0.2 — la obra, 6.5 («Cuando el Estado incumple su propia Constitución»: los tribunales, art. 161.1, y las comisiones de investigación, art. 76.1; «Lo que la obra hace con esto»: no propone la rebelión ni la desobediencia, no exime de ninguna obligación vigente (0.2) y su vía es la constancia escrita) — dato

«En un Estado de derecho que funciona...» — 6.5 — la obra, 6.5 («Es la vía ordinaria y pacífica, y en un Estado de derecho que funciona debería bastar») — dato

«En «Comprobado» escribí...» — 6.3; 6.5 — la obra, 6.3 y 6.5 — dato

«En «Lo que yo creo» no tuvo que pensarlo...» — 6.3; 6.5 — la obra, 6.3 (Locke: la propiedad, antes del gobierno) y 6.5, «Lo que la obra hace con esto» (su vía es la constancia escrita) — lectura del autor

«El padre se lo contó sin sermón...» — 6.3; 6.5; 11.3 — la obra, 6.3, 6.5 y 11.3, cargo 7 — dato

«Y salir a la calle con un cartel...» — A.2 — la obra, anexo A, art. 21, «CUMPLE» («Se reconoce el derecho de reunión pacífica y sin armas») — dato

«Lo que hice con la mía...» — D.8; 10.4 — la obra, D.8 (el escrito del capítulo 9) y 10.4 (la constancia escrita y la pregunta) — dato

«Lo tuyo es tuyo...» — 6.3 — la obra, 6.3 (Locke, § 27) — dato

Capítulo 28. Mandato

«A mediodía de ese jueves...» — 2.4; 11.3 — la obra, 2.4 y 11.3, cargo 6 (la votación del delegado; novela de Sofía, 15) — dato

«Él se agachó para quedarse a su altura...» — 2.4; 2.2 — la obra, 2.4, «El código: el respeto» («la dignidad no se concede, se reconoce»: la idea de 2.2) — lectura del autor

«Antes de lo de la lista, quiso saber...» — 2.4 — la obra, 2.4 («Este apartado es la voz del autor: una reflexión personal») — lectura del autor

«No lo estaba. Encontró la idea...» — 2.4 — la obra, 2.4, «El territorio: el cuerpo», «El gobierno: la conciencia» y «La brújula viene dada» («La conciencia no se inventa; las tradiciones dicen que se recibe») — lectura del autor

«Una de las cartas del Nuevo Testamento...» — 2.4 — Rm 2:15, Reina-Valera Antigua, en la obra, 2.4 — dato

«Y un filósofo alemán...» — 2.4 — Kant, ¿Qué es la Ilustración?, 1784, en la obra, 2.4 — dato

«Y un filósofo alemán...» — 2.4 — Kant, Fundamentación de la metafísica de las costumbres, 1785, edición de la Academia, IV, 434, en la obra, 2.4 — dato

«Lo que tiene precio se puede cambiar...» — 2.4 — la obra, 2.4 («Lo que tiene precio se puede cambiar por otra cosa; lo que no admite nada a cambio tiene dignidad») — dato

«Y la dignidad, apuntó debajo...» — 2.4; 2.2 — la obra, 2.4 («Es la idea de 2.2: la dignidad no se concede, se reconoce») — lectura del autor

«Eso no era un dato, y lo sabía...» — 2.4 — la obra, 2.4 (voz del autor; el filtro, el aval y la objeción del Estado, art. 14) — lectura del autor

«Después abrió la Constitución...» — 5.1; 11.3 — Constitución, art. 67.2, en la obra, 5.1, n.º 17, y 11.3, cargo 6 — dato

«Tuvo que buscar qué era un mandato imperativo...» — 5.1; 5.2 — la obra, 5.1, n.º 17 (Reglamento del Congreso, art. 22: los casos tasados) y 5.2 («Se presume que el representante obedece a quien le vota») — dato

«Luego, lo de la lista...» — 5.1 — Ley Orgánica 6/2002, de Partidos Políticos, art. 7.1, en la obra, 5.1, n.º 18 — dato

«Ni esa ley ni la de las elecciones...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 18 («ni ella ni la ley electoral regulan cómo elige cada partido a sus candidatos: eso queda a sus estatutos») — dato

«La defensa la buscó igual...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 6, «La defensa del Estado» y «Dónde aguanta» (el mandato no imperativo protege de presiones particulares y deja representar a toda la nación; la rendición de cuentas, en cada elección) — dato

«Pero lo que no encajaba también estaba escrito...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 6, «Límite honesto» — dato

«Al Gobierno lo puede hacer caer el Congreso...» — C.4; 6.5 — Constitución, art. 113.1, en la obra, C.4 («al Gobierno lo puede hacer caer el Congreso con una moción de censura aprobada por mayoría absoluta») y 6.5 (los frenos que la Constitución prevé) — dato

«En el Evangelio estaba la medida...» — 11.3 — Mt 20:25-26, Reina-Valera Antigua, en la obra, 11.3, cargo 6 — dato

«Ya iba a cerrar la libreta...» — 5.1; 11.3 — Constitución, art. 86.1, en la obra, 5.1, n.º 14, y 11.3, cargo 12 — dato

«Y el Constitucional había anulado...» — 5.1 — STC 68/2007, 31/2011, 137/2011, 61/2018 y 14/2020, en la obra, 5.1, n.º 14 — dato — uno entero, en 2007, y partes de otros cuatro

«Ahí se acordó del francés...» — 6.5 — Montesquieu, Del espíritu de las leyes XI, 6, ed. de Nourse, en la obra, 6.5 — dato

«El decreto era eso...» — 6.5; 11.3 — la obra, 6.5 (la separación de poderes) y 11.3, cargo 12, «La defensa del Estado» (Constitución, art. 86.2 y 86.3) — dato

«El Congreso tiene que votarlo en treinta días...» — 11.3 — Constitución, art. 86.2, en la obra, 11.3, cargo 12 — dato — «en el plazo de los treinta días siguientes a su promulgación»

«Lo que no le gustó fue cómo se vota...» — 11.3 — Constitución, art. 86.2, en la obra, 11.3, cargo 12, contrapunto 3 — dato

«Tramitarlo después como una ley...» — 11.3 — Constitución, art. 86.3, en la obra, 11.3, cargo 12, contrapunto 3 — dato

«La otra cara, también...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 12, «Dónde aguanta» (hay urgencias reales: una pandemia lo es; «Lo que la obra discute es la frecuencia, no la figura») — dato

«Y el Congreso también tumba...» — 11.3 — BOE, «Referencias posteriores» de cada decreto-ley, en la obra, 11.3, cargo 12, «Dónde aguanta» — dato — los reales decretos-leyes 7/2023, 9/2024, 7/2025, 16/2025, 2/2026, 8/2026 y 21/2026

«Un estudio privado, hecho con los datos del boletín oficial...» — 11.3 — CEOE, «La producción normativa en 2024», estudio privado con datos del BOE, p. 3, en la obra, 11.3, cargo 12, contrapunto 2 — dato — 230 decretos-leyes y 314 leyes (suma de la obra); en 2024, 11 y 13; en 2020, 39 y 14

«Lo apuntó con su cautela...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 12, «Límite honesto» («Las cifras de normas son de un estudio privado hecho con datos del BOE») — dato

«En los Proverbios encontró una línea...» — 11.3 — Pr 21:5, Reina-Valera Antigua, en la obra, 11.3, cargo 12 — dato

«Y antes de apagar volvió al inglés...» — 6.5; 6.1 — Locke, Segundo tratado, 1690, en la obra, 6.1 y 6.5 — dato — Locke, sin nombre en el texto

«Y antes de apagar volvió al inglés...» — 6.5 — Locke, Segundo tratado, § 199, en la obra, 6.5 — dato

«Y antes de apagar volvió al inglés...» — 6.5 — Locke, Segundo tratado, § 201, en la obra, 6.5 — dato

«La tiranía se mide por lo que se hace...» — 6.5 — la obra, 6.5 («Llegar al poder por la vía legítima no protege de la tiranía en su ejercicio»; «Conclusión»: la tiranía se mide por el ejercicio, no por el origen) — dato

«Y en «Comprobado» quedó así...» — 5.1; 11.3 — la obra, 5.1, n.os 14, 17 y 18, y 11.3, cargos 6 y 12 — dato

«Y una línea más, con el lápiz casi sin punta...» — 6.5; 6.4 — la obra, 6.5, «Lectura del autor» («cuando quien debe ser frenado elige a quien lo frena (6.4), el diseño de Montesquieu sigue escrito, pero se vacía») — lectura del autor

«El lunes, Sofía llegó del colegio con noticias...» — 11.3; 5.1 — la obra, 11.3, cargos 6 y 12, y 5.1, n.os 14 y 17 (el de las gafas y la puerta de emergencia; novela de Sofía, 15) — dato

«Pues antes de que hubiera Estados...» — 2.0 — la obra, 2.0 (la persona y los derechos que preceden al Estado): la pregunta que abre la parte 5 — dato

Capítulo 29. Encargarse

«A la cena, Sofía le anunció...» — 3.6; 1.9 — la obra, 3.6 («El que manda sirve, quien sirve no pierde») y 1.9 (la autoridad derivada vale mientras sirve) — lectura del autor

«Lleva toda la semana con lo del cuarto...» — 6.2 — la obra, 6.2 («declaro mi cuarto un Estado», la portería del capítulo 25; novela de Sofía, 14) — dato

«Esa noche no empezó por la pantalla...» — 1.0 — la obra, 1.0 («Antes de medir nada hay que saber con qué se mide») — dato

«Le pareció demasiado fácil...» — 1.1 — la obra, 1.1 (trazabilidad: «la frase “se llama positivo a lo que procede de la voluntad humana” está en una objeción del artículo, no en la respuesta de Aquino; se cita la respuesta»); Suma teológica, leída en latín en Corpus Thomisticum — dato

«Siguió leyendo la respuesta...» — 1.1; 1.2 — Tomás de Aquino, Suma teológica I-II, q. 91, en la obra, 1.1 y 1.2 (la ley eterna, el gobierno de Dios sobre todo lo creado) — dato

«Siguió leyendo la respuesta...» — 1.1 — Suma teológica I-II, q. 91, a. 2, en la obra, 1.1 — dato

«Siguió leyendo la respuesta...» — 1.1 — Suma teológica I-II, q. 95, a. 2, en la obra, 1.1 — dato

«Puesta: eso era lo que quería decir...» — 1.1 — la obra, 1.1 («“Positivo” es lo puesto»; Aquino lo llama «derecho positivo», Suma teológica II-II, q. 57, a. 2) — dato

«Y una frase que le hizo coger el lápiz...» — 1.1 — Suma teológica I-II, q. 95, a. 2, en la obra, 1.1 — dato

«El fraile no lo decía solo...» — 1.1; 11.3 — Is 10:1-2, Reina-Valera Antigua, en la obra, 1.1 y 11.3, cargo 7 — dato

«Lo copió en la hoja...» — 1.1; 1.9 — Suma teológica I-II, q. 95, a. 2, en la obra, 1.1 (y 1.9) — dato

«Lo copió en la hoja...» — 1.1; 1.6 — Suma teológica I-II, q. 96, a. 4, en la obra, 1.1 y 1.6 — dato

«Una ley escrita se juzgaba por a quién servía...» — 1.1 — la obra, 1.1, «La ley escrita se juzga por a quién sirve» — dato

«Luego buscó el orden de hoy...» — 1.1; 11.3 — Código Civil, art. 1.1, en la obra, 1.1 y 11.3, cargo 1 — dato

«La costumbre va debajo de la ley...» — 1.1; 1.5 — Código Civil, art. 1.3, en la obra, 1.1 y 1.5 — dato

«Y los principios generales...» — 1.1; 11.3 — Código Civil, art. 1.4, en la obra, 1.1 y 11.3, cargo 1 — dato

«Era el mismo orden, pero dado la vuelta...» — 1.1; 5.2; H.4 — la obra, 1.1 («El orden oficial es el inverso»; «Lo humano, arriba; lo natural, al final»), 5.2 (planta 1) y H.4 («el orden invertido») — dato

«Debajo, una nota más pequeña...» — 1.1; 1.5 — Fuero Nuevo de Navarra, ley 3, en la obra, 1.1 — dato

«Pensó, mirando las dos estanterías...» — 1.1 — la obra, 1.1, «Lectura del autor» («la ley escrita no es mala por ser obra de los hombres. Se tuerce cuando se pone por encima de la ley natural y de la ley de Dios, a las que debía servir») — lectura del autor

«Pasada la una le quedaba una pregunta...» — 1.2 — la obra, 1.2 («la ley de Dios es la que gobierna lo creado, y por eso va la primera») — dato

«El fraile la ponía la primera...» — 1.2; 11.3 — Hch 5:29, Reina-Valera Antigua, en la obra, 1.2 y 11.3, cargo 1 — dato

«Decidió cómo la iba a llamar...» — 1.2; H.4 — la obra, 1.2 («Esta obra llama la ley de Dios a la que gobierna lo creado [...] “da igual el nombre que cada pueblo dé a Dios” (0.1)») y H.4 — dato

«Pero si ponía la ley de Dios la primera...» — 6.2; 1.3 — Suetonio, Domiciano 13, en la obra, 6.2 — dato

«Buscó si eso lo avisaba alguien...» — 1.3 — 2 Co 4:4, Reina-Valera Antigua, en la obra, 1.3 — dato

«Buscó si eso lo avisaba alguien...» — 1.3 — 2 Co 4:4, Reina-Valera Antigua, en la obra, 1.3 — dato

«Pedía no fiarse a la primera...» — 1.3 — 1 Jn 4:1, Reina-Valera Antigua, en la obra, 1.3 — dato

«Y daba la vara para probarlos...» — 1.3 — 1 Jn 4:8, Reina-Valera Antigua, en la obra, 1.3 — dato

«Lo que pide daño o sacrificio del prójimo...» — 1.3 — la obra, 1.3 («Lo que exige daño, venganza o sacrificio del prójimo no procede de quien es amor») — dato

«Y había una señal que se repetía...» — 1.3 — la obra, 1.3, «La señal se repite en tradiciones sin contacto documentado entre sí» — dato

«A dos misioneros los tomaron por dioses...» — 1.3 — Hch 14:15, Reina-Valera Antigua, en la obra, 1.3 — dato

«En el último libro de la Biblia...» — 1.3 — Ap 22:9, Reina-Valera Antigua, en la obra, 1.3 — dato

«En cambio, a un rey que se dejó aclamar...» — 1.3 — Hch 12:22-23, Reina-Valera Antigua, en la obra, 1.3 — dato

«En cambio, a un rey que se dejó aclamar...» — 1.3 — Hch 12:23, Reina-Valera Antigua, en la obra, 1.3 — dato

«Y en el budismo...» — 1.3 — Dīgha Nikāya 1, 2.5-2.6, en la obra, 1.3 — dato

«Lo que no encontró en ninguna parte...» — 1.3 — la obra, 1.3, «El límite que la obra se pone» (un criterio público, válido para cualquier tradición; no afirma que el Dios de ninguna religión concreta sea un demonio) — dato

«En «Comprobado» escribió...» — 1.1; 1.7 — la obra, 1.1 y 1.7, «Conclusión» (el orden oficial es el inverso) — dato

«Y en «Lo que yo creo...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 5, «Dónde aguanta» («Que la ley de Dios esté la primera en el orden de las leyes (1.2) es la vara del autor (n.º 1)») — lectura del autor

«Debajo: «No todo lo que se ha llamado...» — 1.3; H.4 — la obra, 1.3, «La idea» y «Conclusión» (el verdadero sirve y rechaza la adoración; el que suplanta la reclama) y H.4 («Discernir lo que se presenta como Dios») — dato

«Y una línea más, que dudó en escribir...» — 1.3 — 2 Ts 2:4, Reina-Valera Antigua, en la obra, 1.3, «Lectura del autor» — lectura del autor

«Y una línea más, que dudó en escribir...» — 1.3 — la obra, 1.3, «Lectura del autor» («el orden oficial pone la ley humana en el primer lugar, el que corresponde a la ley de Dios») — lectura del autor

«Pues ten cuidado...» — 11.2; 11.3 — Constitución, art. 16.3, en la obra, 11.2, n.º 5, y 11.3, cargo 2 — dato

«Pues ten cuidado...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 5, «La defensa del Estado» («medir al Estado con textos religiosos rompe su neutralidad») y n.º 4 (la libertad religiosa, art. 16.1) — dato

«Era una buena razón...» — 11.2 — Constitución, art. 16.3, en la obra, 11.2, n.º 5, «Lo que la obra responde» — dato

«No. Y yo no le pido que mande...» — 11.2; 1.3 — la obra, 11.2, n.º 5, «Lo que la obra responde» («La obra no defiende una teología ni dice que una tradición sea verdadera y las demás falsas») y «Dónde aguanta» («el Estado no puede adoptar una fe, y la obra no se lo pide»); 1.3 (el budismo) — dato

«Él se quedó mirando la estantería del revés...» — 1.4; 2.0 — la obra, 1.4 (la ley natural, lo que viene el martes) y 2.0 (la pregunta de Sofía: lo que había antes del Estado) — dato

Capítulo 30. Sin que nadie lo enseñe

«El martes, a media mañana, entró en el taller...» — 1.4 — la obra, 1.4, «La pregunta» (¿es la ley natural algo que tiene cualquier persona sin que nadie se lo enseñe?) — dato

«El padre soltó el botón y cogió al niño...» — 1.4 — la obra, 1.4 (Mencio 2A:6: el niño a punto de caer a un pozo, «sobresalto y compasión») — dato

«Por la noche no se le iba de la cabeza...» — 1.4; 1.1 — la obra, 1.4, «La idea» (la ley natural, saber distinguir el bien del mal con la razón, la tiene cualquier persona) y 1.1 (la estantería del capítulo 29) — dato

«Sofía IA: Depende de cuál...» — 1.4 — la obra, 1.4, «Dos sentidos de “natural”» (la física describe lo que ocurre; la moral dice lo que debería ocurrir: no matar, devolver lo confiado) — dato

«Sofía IA: Depende de cuál...» — 1.4 — la obra, 1.4 («La palabra se usa de dos maneras») — dato — 2: la ley natural física y la moral; sale dos veces

«Apuntó las dos maneras...» — 1.4 — la obra, 1.4 («Esta obra usa solo la segunda, y las mantiene separadas: que algo ocurra no lo hace bueno») — dato

«Y le interesaba saber si era de verdad de todos...» — 1.4; 0.5 — la obra, 1.4, «La pregunta» («¿O es una idea occidental disfrazada de universal?»), y la prueba de la convergencia (0.5) — dato

«La buscó en quince tradiciones...» — 1.4 — la obra, 1.4 («La obra lo sometió a la prueba de la convergencia (0.5) en quince tradiciones») — dato — 15

«La buscó en quince tradiciones...» — 1.4 — la obra, 1.4 (01.00-0.1) — dato

«Lo de «deliberadamente» lo puso a propósito...» — 1.4 — la obra, 1.4 — dato

«De las que confirmaban, le bastaban tres...» — 1.4 — la obra, 1.4, «Las tres patas independientes» (Heráclito, Aristóteles y Mencio) — dato — 3

«La primera venía de Grecia...» — 1.4 — Heráclito, fragmento 114 (Diels-Kranz), en la obra, 1.4 — dato

«La segunda, de otro griego algo posterior...» — 1.4 — Aristóteles, Ética a Nicómaco V, 7, 1134b, en la obra, 1.4 — dato

«Y un maestro chino...» — 1.4; 11.2 — Mencio 2A:6, en la obra, 1.4 y 11.2, n.º 4 — dato

«El maestro chino añadía...» — 1.4 — la obra, 1.4 («y no por ganarse a los padres del niño ni por la fama», Mencio 2A:6) — dato

«Aquellas letras chinas no las sabía leer...» — 1.4 — la obra, 1.4 (Mencio, leído en el original) — dato

«El mismo maestro hablaba de cuatro brotes...» — 1.4 — la obra, 1.4 («De ahí sus cuatro brotes: la compasión, la vergüenza ante el mal, la cortesía y el sentido de lo justo») — dato — 4

«Todos los tienen, decía...» — 1.4 — Mencio 2A:6, en la obra, 1.4 — dato

«Entre Grecia y China, en aquel siglo...» — 1.4 — la obra, 1.4, «El veredicto: la mesa se sostiene» («dos civilizaciones sin contacto documentado en el siglo IV a. C.») — dato

«Si se quitaba una de las tres...» — 1.4 — la obra, 1.4, «El veredicto» («Si se quita una, las otras dos siguen sosteniendo la tesis») — dato — 3 patas; si se quita 1, siguen 2

«Luego buscó a los que decían lo contrario...» — 1.4 — la obra, 1.4, «La pata coja, también en las dos civilizaciones» — dato

«En Grecia, uno que decía...» — 1.4 — Platón, República I, 338c (Trasímaco), en la obra, 1.4 — dato

«En China, en tiempos del mismo maestro...» — 1.4 — Mencio 7A:26 (Yang Zhu), en la obra, 1.4 — dato

«En China, en tiempos del mismo maestro...» — 1.4 — Mencio 7A:26, en la obra, 1.4 — dato

«Le gustó encontrarla...» — 1.4 — la obra, 1.4, «El veredicto» («si nadie hubiera dicho nunca lo contrario, la mesa sería sospechosa») — dato

«Siguió buscando...» — 1.4 — la obra, 1.4, «Otras tradiciones que dicen lo mismo»; Isidoro de Sevilla, la ley aborigen de Australia y la línea romana y cristiana (con Vitoria) — dato

«La muchacha de una tragedia griega...» — 1.4 — Sófocles, Antígona, vv. 454-457, en la obra, 1.4 — dato

«La muchacha de una tragedia griega...» — 1.4 — Sófocles, Antígona, vv. 454-457, en la obra, 1.4 — dato

«El Corán hablaba de...» — 1.4 — Corán 30:30, traducción de Julio Cortés, en la obra, 1.4 — dato

«Y un texto del budismo...» — 1.4 — Dhammapada 129, en la obra, 1.4 — dato

«Los que no encajaban los apuntó...» — 1.4 — la obra, 1.4, «Los contraejemplos, dichos con la misma honestidad» (Egipto y Qumrán; fuente secundaria) — dato

«Después volvió al fraile...» — 1.4 — Tomás de Aquino, Suma teológica II-II, q. 58, a. 7, respuesta a la segunda objeción, en la obra, 1.4 — dato

«Pensó en la votación del delegado...» — 1.4 — la obra, 1.4 («Lo que conviene a la mayoría no es, sin más, el bien común») — dato

«Lo último lo encontró ya tarde...» — 1.4; 7.2 — la obra, 1.4, «El principio de Núremberg» (Principios de Núremberg, II y IV, leídos en legal.un.org); el método de Núremberg, 7.2 — dato

«Y, al final, la propia Constitución...» — 1.4; 2.2; 11.2 — Constitución, art. 10.1, en la obra, 1.4, 2.2 y 11.2, n.º 2 — dato

«Y, al final, la propia Constitución...» — 1.4; 2.2 — Constitución, art. 10.1, en la obra, 1.4 y 2.2 — dato

«No los crea el Estado...» — 1.4 — la obra, 1.4 («Inherentes: no los crea el Estado, los encuentra») — dato

«Y la Declaración Universal de Derechos Humanos...» — 2.2 — Declaración Universal de Derechos Humanos, art. 1, en la obra, 2.2 — dato

«Los mismos Estados llamaban...» — 2.2 — la obra, 2.2, «Conclusión, lo que arrojan los datos» — dato

«Los mismos Estados llamaban...» — 2.2 — la obra, 2.2, «Conclusión» (Declaración Universal, preámbulo) — dato

«Los mismos Estados llamaban...» — 2.2 — la obra, 2.2, «Conclusión, lo que arrojan los datos» («No los da: los reconoce») y «Dos nombres» (el derecho de nacimiento y los derechos inalienables) — dato

«En la columna de «Comprobado» apuntó...» — 1.4 — la obra, 1.4, «El veredicto: la mesa se sostiene» y «La pata coja» — dato

«En «Lo que yo creo»...» — 1.4; 11.2 — la obra, 1.4 (Mencio) y 11.2, n.º 4 (lo que cualquiera reconoce sin enseñanza) — lectura del autor

«Pues esa es la buena...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 2, «La defensa del Estado» («la ley natural es indeterminada: cada uno la interpreta a su manera») y n.º 4 («invocar la ley natural es imponer una moral concreta [...] la ley la decide la mayoría, dentro de la Constitución. Si cada uno pudiera declarar injusta una ley y desobedecerla, no habría orden posible») — dato

«No mido con lo que a mí me parezca...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 2 («solo el núcleo que coincide en tradiciones independientes») y n.º 4 («no deja la medida al criterio de cada uno: su dictamen no exime de ninguna obligación») — dato

«Ni se enteró...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 4 («Lo que llama ley natural no es la doctrina de una comunidad, sino lo que cualquiera reconoce sin enseñanza, como la compasión ante el niño que va a caer a un pozo») — dato

«No. En un juicio manda la ley escrita...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 2, «Dónde aguanta» («en un pleito, el juez resuelve con la ley escrita, y la obra no lo discute») y n.º 3 — dato

«Dice que los derechos se leen...» — 11.2; 2.2 — Constitución, art. 10.2, en la obra, 11.2, n.º 4, y 2.2 — dato

«Y hasta uno de los que más defendieron...» — 11.2 — Hart, El concepto de Derecho, 1961, cap. IX, en la obra, 11.2, n.º 2 (fuente secundaria: artículo de la revista Problema, UNAM, 2025) — dato

«A medias...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 4, «Dónde aguanta» («la mayoría hace las leyes, y la obra no lo discute. Discute que lo que se aprueba sea, por eso, justo (carga 7)») — dato

«Cuando se fue, él se quedó mirando la estantería...» — 1.5 — la obra, 1.5 (la costumbre, lo que viene el miércoles) — dato

Capítulo 31. Los jueves

«El miércoles por la noche le tocaba la balda...» — 1.5; 1.1 — la obra, 1.5 (la costumbre, ley no escrita) y 1.1 (la estantería del capítulo 29) — dato

«El taller tenía costumbres de antes...» — 1.5 — la obra, 1.5, «Qué es» (la norma que nace del uso repetido de una comunidad, sin que la escriba ningún legislador) — dato

«Un obispo de Sevilla, de hace muchos siglos...» — 1.5 — Isidoro de Sevilla, Etimologías V, 3, en la obra, 1.5 — dato

«Un obispo de Sevilla, de hace muchos siglos...» — 1.5 — Isidoro de Sevilla, Etimologías V, 3, en la obra, 1.5 — dato

«Luego encontró a los que le habían dado un sitio alto...» — 1.5 — la obra, 1.5, «La tradición le dio un lugar alto» — dato

«Un jurista romano escribía...» — 1.5 — Juliano, Digesto 1.3.32, en la obra, 1.5 — dato

«Un jurista romano escribía...» — 1.5; 11.3 — Juliano, Digesto 1.3.32, en la obra, 1.5 y 11.3, cargo 1 — dato

«Un maestro chino distinguía...» — 1.5 — Confucio, Analectas 2.3, en la obra, 1.5 — dato

«Un maestro chino distinguía...» — 1.5 — Confucio, Analectas 2.3, en la obra, 1.5 — dato

«El fraile, el de siempre...» — 1.5 — Tomás de Aquino, Suma teológica I-II, q. 97, a. 3, en la obra, 1.5 — dato

«Un jurista alemán, en 1814...» — 1.5 — Savigny, Vom Beruf unsrer Zeit für Gesetzgebung und Rechtswissenschaft, Heidelberg, 1814, pp. 13-14, en la obra, 1.5 — dato

«Y las leyes antiguas de la India...» — 1.5 — Leyes de Manu 2.6 y 2.12, en la obra, 1.5 (primero el Veda, después la tradición y después la costumbre de los virtuosos) — dato

«Los bajos estaban...» — 1.5; 0.5 — la obra, 1.5, «La condición» (converge entre tradiciones sin contacto documentado y pasa la vara, 0.5; la esclavitud, 3.1) — dato

«Ya un romano avisaba...» — 1.5 — Cicerón, Tusculanas I, 30, en la obra, 1.5 — dato

«Y el propio Código Civil...» — 1.5; 11.3 — Código Civil, art. 1.3, en la obra, 1.5 y 11.3, cargo 1 — dato

«Encontró dos ejemplos...» — 1.5 — la obra, 1.5, «Dos ejemplos de costumbre que no pasa la vara» — dato — 2

«Uno era viejo...» — 1.5 — César, La guerra de las Galias VI, 23, en la obra, 1.5 — dato

«Uno era viejo...» — 1.5 — la obra, 1.5 («Es una práctica de hace unos dos mil años, no de ningún pueblo de hoy») — dato — unos 2.000 años

«El otro era de hoy...» — 1.5 — OMS, hoja informativa «Female genital mutilation» (Mutilación genital femenina), 31 de enero de 2025, en la obra, 1.5 — dato

«El otro era de hoy...» — 1.5 — OMS, hoja informativa, 2025, en la obra, 1.5 — dato

«Apuntó lo que hacía falta...» — 1.5 — la obra, 1.5 («Es una práctica muy extendida y no pasa la vara: daña a quien la sufre, casi siempre una niña, sin su consentimiento») y su «Lectura del autor» — dato

«Y entonces supo decir por qué no cobraba sin factura...» — 1.5 — la obra, 1.5 (la vara: no pasa la costumbre que daña a otro que no consiente) — lectura del autor

«Lo que más le sorprendió esa noche...» — 1.5; 11.3 — la obra, 1.5, «La costumbre sigue viva» (el Tribunal de las Aguas), y 11.3, cargo 1 — dato

«Lo que más le sorprendió esa noche...» — 1.5 — Decreto 73/2006 de la Generalitat Valenciana, BOE de 19-9-2006, en la obra, 1.5 — dato

«Lo que más le sorprendió esa noche...» — 1.5 — Decreto 73/2006, en la obra, 1.5 — dato

«Se juzga de palabra y en valenciano...» — 1.5 — Decreto 73/2006, en la obra, 1.5 — dato

«Se juzga de palabra y en valenciano...» — 1.5 — Decreto 73/2006, en la obra, 1.5 — dato

«La ley le reconoce...» — 1.5; 11.3 — Ley Orgánica del Poder Judicial, art. 19, en la obra, 1.5 y 11.3, cargo 1 — dato

«La ley le reconoce...» — 1.5 — Constitución, art. 125, en la obra, 1.5 — dato

«En 1889, cuando se quiso un solo Código Civil...» — 1.5 — Código Civil de 1889, art. 12, Gaceta de Madrid de 25-7-1889, en la obra, 1.5 — dato

«En 1889, cuando se quiso un solo Código Civil...» — 1.5 — Ley de Bases de 11 de mayo de 1888, en la obra, 1.5 — dato

«Aquel «por ahora» todavía duraba...» — 1.5 — Código Civil de 1889, art. 12, en la obra, 1.5 — dato

«Aquel «por ahora» todavía duraba...» — 1.5 — Constitución, disposición adicional primera, en la obra, 1.5 — dato

«Lo de las vacas le hizo...» — 1.5 — la obra, 1.5 (los valles de Roncal, en Navarra, y Barettous, en el Bearne) — dato — 2

«Lo de las vacas le hizo...» — 1.5 — Sentencia de Ansó, 1375, en la copia que publicó Fairén Guillén en 1946, en la obra, 1.5 — dato

«Lo de las vacas le hizo...» — 1.5 — la obra, 1.5 («el tributo de las tres vacas») — dato — 3

«Lo de las vacas le hizo...» — 1.5 — Sentencia de Ansó, 1375 (Fairén Guillén, 1946), en la obra, 1.5 — dato

«Valencia otra vez, pero mirando al mar...» — 1.5 — privilegio de Pedro III, 1283, citado por Pardessus, 1839, y Capmany, 1791, en la obra, 1.5 — dato

«Valencia otra vez, pero mirando al mar...» — 1.5 — Pardessus, Collection de lois maritimes, t. II, 1831, en la obra, 1.5 — dato

«Un tratado medieval de comercio...» — 1.5 — Lex mercatoria, en el Libro Rojo de Bristol, edición de Bickley, 1900, en la obra, 1.5 — dato

«En «Comprobado» escribió...» — 1.5 — la obra, 1.5 («El Estado no creó estos tribunales ni estos pactos: solo pudo reconocer que existían desde antes») — dato

«Y en «Lo que yo creo», una que llevaba días...» — 1.5; 8.1; 5.1; 5.4 — la obra, 1.5, «Lectura del autor, un ejemplo de costumbre que no pasa la vara: la moneda»; 8.1, 5.1 y 5.4 — lectura del autor

«Desde aquel agosto de 1971...» — 1.5; 8.1 — la obra, 1.5 y 8.1 — dato

«Desde aquel agosto de 1971...» — 1.5; 5.1 — la obra, 1.5 y 5.1 — dato

«Con precios de agosto de 2026...» — 1.5; 8.1 — la obra, 1.5 («un dólar compra algo más del 12 % de lo que compraba en 1971») y 8.1 — dato — algo más del 12 %

«En el taller, una báscula que pesa de menos...» — 1.5; 3.2 — la obra, 1.5 («una medida que encoge sin que nadie lo decida no pasa»); la báscula trucada, del capítulo 13 — lectura del autor

«El jueves por la tarde volvió del taller...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 1 (la defensa del Estado), en boca de Amparo — dato

«Ya sabes cómo va esto...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 1, «La defensa del Estado» (la ley común a todos, de un procedimiento democrático; la seguridad; el desuso; las costumbres injustas) — dato

«Ya sabes cómo va esto...» — 11.3 — Constitución, art. 9.3, en la obra, 11.3, cargo 1 — dato

«Ya sabes cómo va esto...» — 11.3 — Constitución, art. 9.3, en la obra, 11.3, cargo 1 — dato

«Pues ya está...» — 11.3 — Código Civil, art. 1.4, en la obra, 11.3, cargo 1 — dato

«Pues ya está...» — 11.3 — Constitución, art. 1.1, en la obra, 11.3, cargo 1 — dato

«Pues ya está...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 1 («una sociedad de millones de personas necesita leyes escritas, iguales para todos y conocidas de antemano») — dato — millones de personas; lo dice Amparo; el arbitraje y la Ley 60/2003

«En eso tienes razón...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 1, «Dónde aguanta» («una sociedad grande necesita ley escrita, y la codificación trajo la igualdad ante la ley. La obra no propone abolirla, sino respetar el orden de las fuentes») — dato

«En eso tienes razón...» — 11.3 — Constitución, art. 10.1, en la obra, 11.3, cargo 1, contrapunto 1 — dato

«Por eso lo que mido es el orden...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 1, «Límite honesto» («Lo que la obra mide es el orden, no la ausencia») y contrapunto 1 (el filtro escrito; reconocer no es crear) — dato

«Por eso lo que mido es el orden...» — 1.5; 11.3 — Código Civil, art. 1.3, en la obra, 1.5 y 11.3, cargo 1 — dato

«Por eso lo que mido es el orden...» — 1.5; 11.3 — Código Civil, art. 1.3, en la obra, 1.5 y 11.3, cargo 1 — dato

«Y no es cosa de antes...» — 11.3; 1.1; F.7 — la obra, 11.3, cargo 1, contrapunto 4 (Navarra, 1.1; el xeer de las comunidades issa, UNESCO, 2024; el tikanga, Ellis v R [2022] NZSC 114) y F.7 — dato

«Y quién lo reconoce...» — 11.3; F.7 — la obra, 11.3, cargo 1, «Dónde aguanta» («quien reconoce el tikanga es un tribunal del Estado, como dice su defensa: la costumbre tiene su lugar porque el Estado se lo da») — dato

«Cuando a tu oficina llega un expediente...» — 11.3; 1.7 — la obra, 11.3, cargo 1, contrapunto 2 («Nadie es juez en su propia causa») y 1.7 — dato

«Me aparto...» — 11.3 — Ley 40/2015, art. 23.2.a, en la obra, 11.3, cargo 1 — dato

«Me aparto...» — 11.3 — Ley Orgánica del Poder Judicial, art. 219.10.^a, en la obra, 11.3, cargo 1 — dato

«Esa noche, después de cenar...» — 1.7 — la obra, 1.7 (quién invirtió el orden: el capítulo 32) — dato

Capítulo 32. Primero el título

«Lo de quién le había dado la vuelta...» — 1.7 — la obra, 1.7, «Quién eligió cada corriente» — dato

«Las marcas estaban...» — 1.7 — Código de Justiniano 8.52.2, en la obra, 1.7 — dato

«Después, el Estado de Qin...» — 1.7 — la obra, 1.7 («El Estado de Qin, en la China del siglo III a. C.») — dato

«Un rey de Castilla, en Alcalá...» — 1.7 — Ordenamiento de Alcalá, 1348, en la obra, 1.7 — dato

«El código de Francia, en 1804...» — 1.7 — Ley del 30 ventoso del año XII, art. 7, en el Code civil des Français, 1804, en la obra, 1.7 — dato

«El emperador de Austria, en 1811...» — 1.7 — ABGB, § 10, en vigor desde el 1-1-1812, en la obra, 1.7 — dato

«El Código Civil español de 1889...» — 1.7; 11.3 — Código Civil de 1889, art. 5, en la obra, 1.7 y 11.3, cargo 1 — dato

«Y el inglés del miedo, en 1651...» — 1.7 — Hobbes, Leviatán, 1651, cap. XXVI, en la obra, 1.7 — dato

«Los puso en columna...» — 1.7 — la obra, 1.7 («En 7 de los 8 casos examinados, quien puso la ley escrita por encima de la costumbre era el que tenía el poder de legislar, o su teórico») — dato — 7 de 8; las excepciones, Isidoro y Juliano (1.7)

«Los puso en columna...» — 1.7 — la obra, 1.7, «Conclusión» — dato — 7 de 8

«La respuesta estaba escrita desde hacía mucho...» — 1.7 — Código de Justiniano 3.5.1, en la obra, 1.7 — dato

«Y la ley de hoy, la que le había dictado Amparo...» — 1.7; 11.3 — Ley 40/2015, art. 23, en la obra, 1.7 y 11.3, cargo 1 — dato

«A los de la ventanilla, sí...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 1, contrapunto 2 («No se lo exige a quien hace las leyes») — dato

«Había más...» — 1.7 — la obra, 1.7, «La puerta que se cerró» (el motivo, la seguridad jurídica, art. 9.3) — dato

«En «Lo que yo creo» escribió...» — 1.7 — la obra, 1.7, «Lectura del autor» (la parte interesada se nombra juez de su propia causa; «seguridad jurídica» es el nombre que le da quien se beneficia) — lectura del autor

«Debajo, con la misma letra...» — 11.3; 1.7 — la obra, 11.3, cargo 1, «Dónde aguanta» («la codificación trajo la igualdad ante la ley»; «un patrón no prueba una intención: que quien legisla se pusiera arriba es un hecho; por qué lo hizo, no») — dato

«El viernes por la noche quiso saber...» — 1.6 — la obra, 1.6, «Cuándo una ley es ley» — dato

«El fraile lo decía en una línea...» — 1.6 — Tomás de Aquino, Suma teológica I-II, q. 90, a. 4, en la obra, 1.6 — dato

«Lo desmontó como desmontaba una hoja de inspección...» — 1.6 — la obra, 1.6 («Son cuatro condiciones, y ninguna sobra») — dato — 4; la hoja de inspección, imagen del taller

«Luego, cómo nace una ley escrita...» — 1.6 — la obra, 1.6, «Cómo nace de la ley natural» (como conclusión y como determinación; «Casi todo el derecho escrito vive en ese margen de la determinación») — dato

«Y cuándo deja de serlo...» — 1.6 — Agustín, Del libre albedrío I, citado por Aquino, Suma teológica I-II, q. 95, a. 2, en la obra, 1.6 — dato

«Y contaba tres maneras...» — 1.6 — la obra, 1.6, «Las tres maneras» (Suma teológica I-II, q. 96, a. 4) — dato — 3: por el fin, por el autor y por la forma

«Por el autor...» — 1.6 — Suma teológica I-II, q. 96, a. 4, en la obra, 1.6 — dato

«Y por la forma...» — 1.6 — Suma teológica I-II, q. 96, a. 4, en la obra, 1.6 — dato

«De esas decía...» — 1.6 — Suma teológica I-II, q. 96, a. 4, en la obra, 1.6 — dato

«Las justas, en cambio...» — 1.6 — Suma teológica I-II, q. 96, a. 4, en la obra, 1.6 — dato

«Los jueces de hoy tienen un mandato...» — 1.6 — Ley Orgánica del Poder Judicial, art. 6, en la obra, 1.6 — dato

«Y el Tribunal Supremo había dejado dicho...» — 1.6 — STS de 4 de marzo de 1999, según el Diccionario panhispánico del español jurídico, en la obra, 1.6 — dato

«Después buscó la fuerza...» — 1.6 — la obra, 1.6, «La fuerza no es fuente del derecho» (Código Civil, art. 1.1) — dato — 3: la ley, la costumbre y los principios generales

«La ley de procedimiento lo dice sin rodeos...» — 1.6; 11.2 — Ley 39/2015, art. 97.1, en la obra, 1.6 y 11.2, n.º 25 — dato

«Lo escribió en grande en la libreta...» — 1.6; 11.2 — la obra, 1.6 y 11.2, n.º 25 — dato

«Y cuando se hace al revés...» — 1.6 — Ley 29/1998, art. 30, en la obra, 1.6 — dato

«Y cuando se hace al revés...» — 1.6 — Ley 29/1998, art. 30, en la obra, 1.6 — dato — 10 días

«Primero el título —leyó...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 25, «La defensa del Estado» («Sin coacción, el derecho sería papel»; el uso legítimo de la fuerza; Ley 39/2015, art. 39.1) — dato

«En eso tienes razón. La fuerza hace falta...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 25 («concedido: la coacción es un instrumento legítimo de ejecución. Lo que la obra exige es el orden debido») — dato

«Hacienda. Sus actos se presumen válidos...» — 11.2; 11.3; 1.7 — la obra, 11.2, n.º 25 (la Administración se da a sí misma el título; la providencia de apremio, Ley General Tributaria, art. 167.2: el problema de ser juez en la propia causa, 1.7) y 11.3, cargo 13 — dato

«Es legal. Por eso lo apunto...» — 1.8 — la obra, 1.8 («Esta obra trabaja en la primera jurisdicción y no exime de ninguna obligación de la segunda»; Constitución, art. 9.1) — dato

«Eso es lo que estaba pensando...» — 1.8 — la obra, 1.8, «Las dos jurisdicciones» (la de la verdad: la conciencia y la opinión pública; la del Estado: sus tribunales y su fuerza) — dato

«Tienen puertas...» — 1.8 — la obra, 1.8 (los principios generales, Código Civil, art. 1; la Declaración Universal, Constitución, art. 10.2; los tribunales consuetudinarios, art. 125; la reforma, art. 168) — dato

«Ya tarde, le quedaba la pregunta...» — 1.9; 2.0 — la obra, 1.9, «La pregunta» (qué legitima a una autoridad) y 2.0 (lo que había antes del Estado) — dato

«Había dos clases de autoridad...» — 1.9 — la obra, 1.9, «Dos autoridades» (la original y la derivada; «Derivada» no quiere decir optativa) — dato — 2

«Para saber si una autoridad derivada...» — 1.9 — la obra, 1.9, «Una prueba de una sola pregunta» — dato

«En el taller nadie vende un coche...» — 1.9 — la obra, 1.9 («La derivada solo puede dar dentro de lo que recibió») — dato

«Lo encontré dicho en sitios...» — 1.9 — Instrucción de Ptahhotep, máxima 5, en la traducción inglesa de Gunn, 1906, en la obra, 1.9 — dato

«Lo encontré dicho en sitios...» — 1.9 — Instrucción de Ptahhotep, máxima 5 (Gunn, 1906), en la obra, 1.9 — dato

«Aquello solo estaba en una traducción inglesa...» — 1.9 — la obra, 1.9 (Ptahhotep, en la traducción de Gunn) — dato

«Un maestro chino contaba...» — 1.9 — Mencio 5A, 5, en la traducción inglesa de Legge, 1895, en la obra, 1.9 — dato

«Y enfrente, en el Evangelio...» — 1.9 — Mt 4:8, Reina-Valera Antigua, en la obra, 1.9 — dato

«Y enfrente, en el Evangelio...» — 1.9 — Mt 4:9, Reina-Valera Antigua, en la obra, 1.9 — dato

«No lo apuntó como dato...» — 1.9 — la obra, 1.9 («Una oferta de poder hecha por quien no es su dueño es la señal de la usurpación. La prueba se aplica a normas, instituciones y ofertas, nunca a personas») — dato

«Y lo último, que lo tranquilizó...» — 1.9 — la obra, 1.9, «Que se elige» («Tres familias sin contacto documentado dicen lo mismo del hombre ante estas dos autoridades: que elige») — dato — 3: Persia, la India y el cristianismo

«En Persia...» — 1.9 — Yasna 30:2, en la traducción inglesa de avesta.org, en la obra, 1.9 — dato

«En la India...» — 1.9 — Bhagavad Gita XVIII, 63, en la traducción inglesa de Arnold, en la obra, 1.9 — dato

«Y un obispo de los primeros cristianos...» — 1.9 — Ireneo, Contra las herejías IV, 37, 1, en la traducción inglesa de Roberts y Donaldson, en la obra, 1.9 — dato

«Coincidían en eso y en nada más...» — 1.9 — la obra, 1.9 («Converge solo esto: que se elige. Cuánta libertad hay, o si es el valor más alto, no lo dicen los tres, y va como lectura del autor») — dato

«Pasó a limpio dos páginas...» — H.4; 1.8 — la obra, H.4 (el orden oficial, «el orden puesto por el hombre» o «el orden invertido»; la corrupción de la ley; las dos jurisdicciones; la autoridad original y la derivada) y 1.8, «Nombrar las cosas por su nombre» — dato

«Pasó a limpio dos páginas...» — 1.8; H.4 — la obra, 1.8 y H.4 — dato — 2; sale dos veces

«Y empezó una página nueva...» — H.10 — la obra, H.10, «Las máximas latinas» («La idea»), solo con su traducción de la obra — dato

«Debajo, las primeras...» — 1.6; H.10 — la obra, 1.6 y H.10 — dato

«Debajo, las primeras...» — H.10; 1.7 — la obra, H.10 (Código de Justiniano 3, 5, 1; Britannica, 1911) — dato

«Debajo, las primeras...» — H.10 — la obra, H.10 (Britannica, 1911; Séneca, Medea 199-200) — dato

«Debajo, las primeras...» — H.10; 1.9 — la obra, H.10 (Diccionario panhispánico del español jurídico; Ulpiano, Digesto 50, 17, 54) — dato

«Debajo, las primeras...» — H.10 — la obra, H.10 (Cicerón, De officiis I, 77) — dato

«Debajo, las primeras...» — H.10 — la obra, H.10 (Cicerón, Pro Milone 11) — dato

Capítulo 33. Si es ley

«Mientras pagaba, se quejó...» — 5.1; 5.2; 11.3 — la obra, 5.1, n.º 9 («Si un impuesto es inconstitucional, me devuelven lo que pagué»), 5.2, planta 1 («Lo legal es lo justo»), y 11.3, cargo 7 — presunción

«Esa noche lo encontré enseguida...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 9 (STC 73/2017 y STC 182/2021) — dato

«La tele tenía razón...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 9 («con efectos solo hacia delante: las liquidaciones ya firmes no se revisaron») — dato

«Había algo más, y le costó creerlo...» — 11.3; 7.6 — STC 126/2019, en la obra, 11.3, cargo 7, contrapunto 1, y 7.6 — dato

«Y encontró algo que no buscaba...» — 5.1; 5.2 — la obra, 5.1 («Y seis más registradas en la obra») y 5.2, planta 1; STC 184/2025, de 2 de diciembre — dato — 44 años, de la orden de 1981 a 2025; la Escuela Superior de Policía, sin su nombre en el texto; ya en la novela de Sofía, 16B

«Y encontró algo que no buscaba...» — 5.1 — STC 184/2025, en la obra, 5.1 — dato

«Luego hizo lo que hacía con una factura...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 7, «La defensa del Estado» — dato

«El sistema no da por justa...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 7, «La defensa del Estado» (los controles; la anulación no retroactiva protege la seguridad jurídica y la estabilidad de las cuentas públicas; quien recurrió a tiempo pudo recuperar lo suyo; los tributos, por ley, art. 133.1, según la capacidad de cada uno, art. 31.1; las condiciones de Aquino: razón, interés general, Parlamento elegido, Boletín Oficial del Estado) — dato

«La última era la más fuerte...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 7, «La defensa del Estado» («fue el propio Estado, con sus leyes, quien abolió la esclavitud: juzgar el pasado con los valores de hoy es un anacronismo») — dato

«Apuntó lo que ganaba la defensa...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 7, «Dónde aguanta» («por eso el cargo no es de ilegalidad, sino de que lo legal se presenta como justo») — dato

«Después pasó la hoja de inspección...» — 11.3; 7.4 — la obra, 11.3, cargo 7, contrapunto 3 («De las condiciones de Aquino, la que se mide es el bien común»), y 7.4 — dato

«Después pasó la hoja de inspección...» — 7.4; 11.3 — la obra, 7.4 y 11.3, cargo 7, contrapunto 3 — dato — 62,1 % de los 66 artículos que prometen el bien común (el alcance, como en 11.6); ya en el capítulo 18

«Y lo de la esclavitud cortaba...» — 11.3; 2.2 — la obra, 11.3, cargo 7, contrapunto 4 («Si lo legal de entonces no era justo, lo legal de hoy tampoco prueba por sí solo que lo sea»), y 2.2 (la esclavitud en las colonias) — dato

«Lo que no le cuadraba...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 7, contrapunto 1 («La presunción de validez juega a favor del Estado mientras cobra, y la seguridad jurídica, cuando tiene que devolver»; «la devolución quedó para quien ya había recurrido») — dato

«Pensó en Cándido...» — 11.3; 5.4 — Código Civil, art. 6.1, en la obra, 11.3, cargo 7, contrapunto 5, y 5.4 — dato

«En el taller, cuando una pieza...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 7, contrapunto 1 (la devolución, solo para quien había recurrido) — lectura del autor

«Se acordó también de lo del confinamiento...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 7, contrapunto 2 (el confinamiento de 2020, declarado inconstitucional cuando ya se había aplicado; STC 148/2021; 8.5) — dato

«Abrió la página de...» — H.10 — la obra, H.10 (Encyclopaedia Britannica, 1911; su raíz, Digesto 42, 8, 24) — dato

«Al lado, pensando en el reglamento...» — H.10 — la obra, H.10 (Paulo, Digesto 50, 17, 29) — dato

«Al lado, pensando en el reglamento...» — H.10 — la obra, H.10, «La idea» («ninguna anula una ley con solo citarla») — dato

«Y para no hacerse trampas...» — 7.1; 11.3 — la obra, 7.1 y 11.3, cargo 7, «Límite honesto» («la auditoría registra que se cumplen 93 de los 169 artículos») — dato — 93 de 169

«Y para no hacerse trampas...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 7, «Límite honesto» («la obra no dice que toda ley sea injusta») — dato

«Luego quiso saber qué había por encima...» — 11.3; 5.2 — la obra, 11.3, cargo 2, «La pregunta», y 5.2, planta 1 («Nada por encima de la Constitución») — presunción

«Ciudadanos y poderes públicos, dice ella misma...» — 5.2; 11.3 — Constitución, art. 9.1, en la obra, 5.2, planta 1, y 11.3, cargo 2 — dato

«Ciudadanos y poderes públicos, dice ella misma...» — 5.2; 11.3 — Código Civil, art. 1.2, en la obra, 5.2, planta 1, y 11.3, cargo 2 — dato

«Ciudadanos y poderes públicos, dice ella misma...» — 11.3; 2.2 — Constitución, art. 10.1, en la obra, 11.3, cargo 2, y 2.2 — dato

«Ciudadanos y poderes públicos, dice ella misma...» — 5.2; 2.2 — Constitución, art. 10.1, en la obra, 5.2, planta 1, y 2.2 — dato

«Lo que se le podía contestar también estaba...» — 2.2; 11.3 — Constitución, art. 10.2, en la obra, 2.2 y 11.3, cargo 2 — dato

«Lo que se le podía contestar también estaba...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 2, «La defensa del Estado» (el Constitucional y el Tribunal Europeo de Derechos Humanos; todos sujetos, art. 9.1; ningún Estado tiene un título superior) — dato

«Enfrente, lo de siempre...» — 11.3; 7.4 — la obra, 11.3, cargo 2, contrapunto 1, y 7.4 — dato

«Enfrente, lo de siempre...» — 7.4 — la obra, 7.4 (el freno corrige al poder en el 26,32 % de los casos y protege al ciudadano en el 4,65 %) — dato — 26,32 / 4,65: 5,7 veces; ya en el capítulo 18

«Y algo que no esperaba...» — 11.3 — STC 145/2012, de 2 de julio, en la obra, 11.3, cargo 2, contrapunto 3 — dato

«Y algo que no esperaba...» — 11.3; 2.0 — la obra, 11.3, cargo 2, contrapunto 3 («Es primacía de aplicación, no un escalón por encima de la Constitución; pero muestra que la Constitución no es el último techo»), y 2.0 (el tronco, que crece hacia el derecho de la Unión Europea) — dato

«La Declaración que la Constitución manda leer...» — 11.3; 2.2 — Declaración Universal de Derechos Humanos, art. 30, en la obra, 11.3, cargo 2, contrapunto 4, y 2.2 (la tabla, art. 30) — dato

«Y en el Evangelio estaba la frase de la moneda...» — 5.2; 11.3 — Mt 22:21, Reina-Valera Antigua, en la obra, 5.2, planta 1, y 11.3, cargo 2 — dato

«Lo que no podía probar también lo apuntó...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 2, «Límite honesto» y «Dónde aguanta» — dato

«Pasada la medianoche cogió una hoja nueva...» — 2.0; 2.2 — la obra, 2.0, «El árbol», y 2.2 (el derecho de nacimiento, la raíz del árbol) — lectura del autor

«Pasada la medianoche cogió una hoja nueva...» — 2.0 — la obra, 2.0, «El árbol» — lectura del autor

«Por todas corría lo mismo...» — 2.0; 1.6 — la obra, 2.0 («por todas corre la misma savia: una ley es legítima cuando nace de la razón, se dirige al bien común, la dicta quien tiene autoridad para ello y se da a conocer») y 1.6 — dato

«En el margen copió la frase...» — 1.2; 5.2 — Hch 5:29, Reina-Valera Antigua, en la obra, 1.2 y 5.2, planta 1 — dato

«A la primera columna, la de «Comprobado», fue esto...» — 5.1; 5.2; 11.3 — la obra, 5.1, n.º 9, 5.2, planta 1, y 11.3, cargos 2 y 7 — dato

«Y en «Lo que yo creo»...» — 5.2; 1.1 — la obra, 5.2, planta 1 (frente a ella, la ley de Dios), y 1.1 («corrupción de la ley») — lectura del autor

«Debajo, más pequeño...» — 1.8 — la obra, 1.8 («Esta obra trabaja en la primera jurisdicción y no exime de ninguna obligación de la segunda») — dato

«Al día siguiente, Sofía estaba sentada...» — 1.1; 1.5 — la obra, 1.1 (el orden de las leyes) y 1.5 (la costumbre, en defecto de ley y con condiciones) — dato

«Entonces no sería una norma...» — 1.1 — la obra, 1.1 («corrupción de la ley») — dato

«Eso ya no te lo puedo comprobar...» — 1.2 — la obra, 1.2 (la ley eterna, el gobierno de Dios sobre todo lo creado) — lectura del autor

«Eso es lo que yo creo, sí...» — 5.4 — la obra, 5.4, «Lectura del autor: la piedra que sostiene toda la obra» («Si algo es verdadero, se sostiene; si no tiene cimientos sólidos donde anclarse, se tambalea») — lectura del autor

Capítulo 34. Crónica: Los códigos y las cadenas

«En 1794, Francia abolió...» — 3.1 — decretos de 16 pluvioso del año II y de 27 de abril de 1848, y ley de 30 floreal del año X, en la obra, 3.1; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1794, 1802 y 1848 — dato

«En 1794, Francia abolió...» — 3.1 — ley de 30 floreal del año X (1802), en la obra, 3.1 — dato

«En 1848, Francia la abolió...» — 3.1 — decreto de 27 de abril de 1848, en la obra, 3.1 — dato

«En 1804, Francia se dio un...» — 1.7 — Ley del 30 ventoso del año XII, art. 7, en el Code civil des Français (Código Civil de los franceses), 1804, en la obra, 1.7; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1804 — dato — las «costumbres generales o locales [...] dejan de tener fuerza de ley», contado sin la cita (ya en el capítulo 32)

«En 1804, Francia se dio un...» — 1.7 — ABGB (Código Civil general austriaco), § 10, en la obra, 1.7; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1811 — dato

«La ley escrita se ponía encima...» — 1.7 — la obra, 1.7, «Quién eligió cada corriente» — dato

«El 6 de agosto de 1811, en Cádiz...» — 6.3 — Decreto de las Cortes de Cádiz de 6 de agosto de 1811, Gazeta de la Regencia de 12-9-1811, en la obra, 6.3; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 6 de agosto de 1811 — dato — el padre lo leyó en el capítulo 25; el lector lo ve desde los dos lados

«El 6 de agosto de 1811, en Cádiz...» — 6.3 — Decreto de 6 de agosto de 1811, art. 1, en la obra, 6.3 — dato

«La tierra quedó como cualquier otra propiedad...» — 6.3 — la obra, 6.3 (art. 5: los señoríos territoriales y solariegos, «en la clase de los demás derechos de propiedad particular») — dato

«La tierra quedó como cualquier otra propiedad...» — 6.3 — Decreto de 6 de agosto de 1811, art. 14, en la obra, 6.3 — dato

«En 1833, el Reino Unido...» — 3.1 — Slavery Abolition Act (Ley de abolición de la esclavitud), de 28 de agosto de 1833, secciones XII y XXIV, en la obra, 3.1; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1833-1834 — dato

«En 1833, el Reino Unido...» — 3.1 — Slavery Abolition Act, 1833, sección XII, en la obra, 3.1 — dato

«En 1833, el Reino Unido...» — 3.1 — Slavery Abolition Act, 1833, sección XXIV, en la obra, 3.1 — dato

«Se las dio a los propietarios...» — 3.1; 11.3 — la obra, 3.1 («dio a los propietarios, no a las víctimas») y 11.3, cargo 7, contrapunto 4 — dato

«En 1865, los Estados Unidos...» — 3.1 — Constitución de los Estados Unidos, Enmienda XIII, 1865, en la obra, 3.1; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1865 — dato

«En 1865, los Estados Unidos...» — 3.1 — Constitución de los Estados Unidos, Enmienda XIII, 1865, en la obra, 3.1 — dato

«El 22 de marzo de 1873...» — 3.1 — Ley de 22 de marzo de 1873, en la obra, 3.1; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 22 de marzo de 1873 — dato

«El 22 de marzo de 1873...» — 3.1 — Ley de 22 de marzo de 1873, art. 1, en la obra, 3.1 — dato

«Pero los libertos quedaron obligados...» — 3.1 — Ley de 22 de marzo de 1873, arts. 2 a 4, en la obra, 3.1 — dato — 3 años

«Pero los libertos quedaron obligados...» — 3.1 — Ley de 22 de marzo de 1873, arts. 2 a 4, en la obra, 3.1 — dato — 35.000.000 de pesetas, con un empréstito a cargo de las rentas de la isla; Cuba (1880 y 1886)

«En 1874, en África...» — 7.5 — Claridge, A History of the Gold Coast and Ashanti (Historia de la Costa de Oro y de los ashanti), 1915, en la obra, 7.5; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1874 — dato — el rey depuesto, sin nombre en el texto

«Entre ellos, el que mandaba no estaba a salvo del último de los suyos...» — 7.5 — Rattray, Ashanti Law and Constitution (Derecho y constitución ashanti), 1929, pp. 145-146, en la obra, 7.5, «Los ashanti» — dato

«El 13 de mayo de 1888...» — 3.1 — Ley Áurea, 13 de mayo de 1888, art. 1, en la obra, 3.1; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 13 de mayo de 1888 — dato

«El 13 de mayo de 1888...» — 3.1 — Ley Áurea, 13 de mayo de 1888, art. 1, en la obra, 3.1 — dato

«Lo que fue legal durante siglos...» — 3.1 — la obra, 3.1, «Conclusión, lo que arrojan los datos» — dato

«En 1889 le llegó el turno...» — 1.7; 1.5 — Código Civil de 1889, art. 5, en la obra, 1.7 y 1.5; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1889 — dato

«En 1889 le llegó el turno...» — 1.7; 11.3 — Código Civil de 1889, art. 5, en la obra, 1.7 y 11.3, cargo 1 — dato

«Así, código a código...» — 1.7 — la obra, 1.7, «La puerta que se cerró» — dato

«De 319 a 1889...» — 1.7 — la obra, 1.7, «Conclusión, lo que arrojan los datos»; pieza 14, «La historia en su orden», pasos de 319 a 1889 — dato

«De 319 a 1889...» — 1.7 — la obra, 1.7, «Conclusión, lo que arrojan los datos» — dato — 7 de 8

«El autor lo lee así...» — 1.7 — la obra, 1.7, «Lectura del autor» (la parte interesada se nombra juez de su propia causa; «seguridad jurídica» es el nombre que le da quien se beneficia de él); pieza 14, «La historia en su orden», paso de 319 a 1889 — lectura del autor

«El autor lo lee así...» — 1.7 — la obra, 1.7, «Lectura del autor» — lectura del autor

«Entre 1896 y 1901...» — 9.2 — Encyclopaedia Britannica, «Asante empire» y «Ghana», fuente secundaria, en la obra, 9.2; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1896-1901 y 1 de enero de 1902 — dato — nivel B en la pieza 14

«Entre 1896 y 1901...» — 9.2 — Encyclopaedia Britannica, «Asante empire», fuente secundaria, en la obra, 9.2 — dato — nivel B

«Los mejores mecanismos internos...» — 9.2 — la obra, 9.2, «Lo que dejó la convergencia» («ni los ashanti ni los iroqueses, con los mejores mecanismos internos de corrección de los casos estudiados, pudieron impedir la conquista») — dato

Capítulo 35. Las tapas gastadas

«Esa noche, con Sofía ya dormida...» — 3.0; F.1 — la obra, 3.0 (la ley de Dios, guardada en los libros de cada tradición) y F.1 (la Biblia) — dato

«Su madre se la había dado...» — F.0; F.1 — la obra, F.0 («La Biblia va en la Reina-Valera Antigua») y F.1 — dato

«No buscaba nada concreto...» — 5.2 — la obra, 5.2 (el edificio de las presunciones, planta a planta, y frente a cada una, la ley de Dios) — dato

«Cuando buscó quién había dicho que sí...» — 5.2; 11.3 — Mt 5:37, Reina-Valera Antigua, en la obra, 5.2, planta 2, y 11.3, cargo 11 — dato

«Cuando hizo las cuentas de la hucha...» — 3.2; 5.2 — Pr 11:1, Reina-Valera Antigua, en la obra, 3.2, P4, 5.2, planta 5, y 11.3, cargo 17 — dato

«Cuando contó las promesas...» — 0.5 — Mt 7:16, Reina-Valera Antigua, en la obra, 0.5 (la fórmula de la obra) — dato

«Cuando contó las promesas...» — 0.5 — la obra, 0.5 (la vara en dos pasos: la verdad de los hechos y sus frutos) — dato

«La línea siguiente decía...» — 2.5 — Mt 7:17, Reina-Valera Antigua, en la obra, 2.5 — dato

«Unos versículos más abajo...» — 5.4 — Mt 7:25, Reina-Valera Antigua, en la obra, 5.4, «Lectura del autor: la piedra que sostiene toda la obra» — dato

«Unos versículos más abajo...» — 5.4 — Mt 7:27, Reina-Valera Antigua, en la obra, 5.4 — dato

«A mediodía, pelando patatas...» — 5.4 — la obra, 5.4, «Lectura del autor: la piedra que sostiene toda la obra» («Si algo es verdadero, se sostiene; si no tiene cimientos sólidos donde anclarse, se tambalea»; «Lo que se sostiene en roca sólida, la verdad...») — lectura del autor

«Luego fue a la pregunta de la niña...» — 3.0 — Dt 10:5, Reina-Valera Antigua, en la obra, 3.0, «El Arca» — dato

«Pasando hojas dio con lo del rey...» — F.1 — Dt 17:18, Reina-Valera Antigua, en la obra, F.1, P1 — dato

«Pasando hojas dio con lo del rey...» — F.1 — Dt 17:19, Reina-Valera Antigua, en la obra, F.1, P1 — dato

«Pasando hojas dio con lo del rey...» — F.1 — Dt 17:20, Reina-Valera Antigua, en la obra, F.1, P1 — dato

«Y un profeta, contra los que mandan...» — F.1 — Ez 34:2, Reina-Valera Antigua, en la obra, F.1, P1 — dato

«Luego quiso saber si era solo ese libro...» — 3.1; F.0 — la obra, 3.1 (la convergencia) y F.0 (los textos de cada tradición, cada uno con su fuente) — dato

«Lo primero que encontré...» — 3.1 — Cicerón, Tusculanas I, 30, en la obra, 3.1 — dato

«Lo primero que encontré...» — 3.1 — Cicerón, Tusculanas I, 30, en la obra, 3.1, «La condición» — dato

«Lo primero que encontré...» — 3.1 — la obra, 3.1, «La condición: lo que se repite no es por eso ley» (la esclavitud, muy extendida, no pasa la vara) — dato

«Después, el pan...» — 3.1 — Gn 3:19, Reina-Valera Antigua, en la obra, 3.1, «Un ejemplo: el pan propio» — dato

«Después, el pan...» — 3.1 — Hesíodo, Trabajos y días 311, en la obra, 3.1 — dato

«Después, el pan...» — 3.1 — Samyutta Nikaya 45.8, en la obra, 3.1 — dato

«Después, el pan...» — 3.1 — la obra, 3.1 («al menos tres sin contacto documentado entre sí (la Biblia, Hesíodo y el budismo)») — dato — al menos 3; en llano, «que, que se sepa, no se conocían»; la obra trae cinco textos (también el Talmud y un hadiz, de fuente secundaria)

«Luego vino lo que más le costó...» — 3.2 — la obra, 3.2, «Conclusión» (los nueve principios en China, la India, Israel, el islam, Persia, Mesopotamia, Egipto, Grecia y Roma, África, América y Oceanía, cada uno con tres o más patas y su pata coja) — dato

«Luego vino lo que más le costó...» — 3.2 — la obra, 3.2 (P1 a P9) y F.0 («Los nueve principios») — dato — 9 principios del Arca

«Las nueve filas, una debajo de otra...» — 3.2; F.0 — la obra, 3.2 y F.0 («Los nueve principios»: P1 a P9) — dato

«En la primera fila copió...» — 3.2 — Xunzi, 大略, en la obra, 3.2, P1 — dato

«En la primera fila copió...» — 3.2 — Libro del señor Shang, 弱民, en la obra, 3.2, P1, «La pata coja» — dato

«En la de los impuestos...» — 3.2 — Mahabharata 12.72, en la obra, 3.2, P2 — dato

«En la de los impuestos...» — 3.2 — la obra, 3.2, P2, «Un matiz» («Mencio rechaza también el impuesto demasiado bajo; el principio es la medida justa, no «cuanto menos, mejor») — dato

«En la de devolver lo confiado...» — 3.2 — Corán 4:58, traducción de Julio Cortés, en la obra, 3.2, P5 — dato

«En la de devolver lo confiado...» — 3.2; 8.6 — la obra, 3.2, P5 («Qué ha pasado con un depósito de todos, la hucha de las pensiones, se examina en 8.6») y 8.6 — dato

«En la de las pesas...» — 3.2 — la obra, 3.2, P4, «La pata coja» («en los textos leídos no se ha hallado ninguno que defienda las pesas falsas. Lo más parecido es el Arthashastra», 2.6) — dato

«Las demás filas las llenó...» — F.0; 3.2 — la obra, F.0 (las demás pruebas, cada una con su fuente, para que cualquiera pueda comprobarlas) y 3.2 (P3, P6 a P9) — dato

«Arriba de la página escribió un nombre...» — 3.0 — la obra, 3.0, «El Arca» («Desde aquí, la edición llama así a la ley de Dios, venga de la tradición que venga») — dato

«Lo más antiguo que se conservaba escrito...» — 3.3 — la obra, 3.3, «La idea» y «El perdón de las deudas» (Urukagina, Lagash, hacia el 2350 a. C.) — dato

«Lo más antiguo que se conservaba escrito...» — 3.3 — Código de Hammurabi §48, en la obra, 3.3 — dato

- «Lo más antiguo que se conservaba escrito...» — 3.3 — Dt 15:1-2, Reina-Valera Antigua, en la obra, 3.3 («AL cabo de siete años harás remisión») — dato — 7 años; sale también en «La pata coja estaba en la misma ley que mandaba perdonar cada siete años»
- «Lo más antiguo que se conservaba escrito...» — 3.3 — Dt 15:2, Reina-Valera Antigua, en la obra, 3.3 — dato
- «Lo más antiguo que se conservaba escrito...» — 3.3 — Lv 25:10, en la obra, 3.3 («Y cada cincuenta años») — dato — 50 años: el jubileo
- «Lo más antiguo que se conservaba escrito...» — 3.3 — Lv 25:10, Reina-Valera Antigua, en la obra, 3.3 — dato
- «Lo más antiguo que se conservaba escrito...» — 3.3 — Aristóteles, Política I, 1258b, en la obra, 3.3 — dato
- «La pata coja estaba en la misma ley...» — 3.3 — Dt 23:19-20, Reina-Valera Antigua, en la obra, 3.3, «La pata coja» — dato
- «Lo último lo encontré...» — 3.3 — Ley de 23 de julio de 1908, art. 1, en la obra, 3.3 («La ley española todavía lo dice»), leída en el BOE — dato
- «Pensó en el préstamo de la elevadora...» — 3.3 — la obra, 3.3 (el préstamo usurario: interés «notablemente superior al normal del dinero») — dato
- «Lo que sí apuntó, y como suyo...» — 3.3; 8.1 — la obra, 3.3, «Lectura del autor» («la usura cobra por el paso del tiempo, que no es de quien presta») y 8.1 (la pérdida de valor del dinero) — lectura del autor
- «En la página de...» — H.10 — Pomponio, Digesto 50, 17, 206, en la obra, H.10 — dato
- «Ya era muy tarde cuando dio con lo de los niños...» — 2.5 — la obra, 2.5 («Todos somos aprendices») — dato
- «Ya era muy tarde cuando dio con lo de los niños...» — 2.5 — Mt 18:3-4, Reina-Valera Antigua, en la obra, 2.5 — dato
- «Lo dicen también otros evangelios...» — 2.5 — la obra, 2.5 (Mt 18:3-4); Mc 10:15, Lc 18:17 y Mt 11:25 no están en 06 — dato
- «Creo que es de la misma familia que apocalipsis...» — 0.2 — la obra, 0.2, «El nombre» («Apocalipsis» viene del griego, «revelación») — dato
- «Fue a buscar un diccionario de griego...» — 0.2 — Diccionario de la lengua española, «revelar», en la obra, 0.2, «El nombre» — dato
- «En «Comprobado» escribí...» — 3.1; 3.2; 2.5 — la obra, 3.1 y 3.2 (la convergencia: tradiciones sin contacto documentado entre sí) y 2.5 (Mt 18:3-4) — dato
- «Y en «Lo que yo creo» escribí...» — 2.5 — la obra, 2.5 («Todos somos aprendices»; el versículo habla de recibir con humildad) — lectura del autor

Capítulo 36. Cuentos de viejas

- «El lunes, cuando subió la persiana...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargos 1, 7, 8 y 13 (las defensas que miran al capítulo 3: 3, «Dónde se oye la defensa del Estado») — dato
- «Se lo contó en corto...» — 3.2; 3.3 — la obra, 3.2 (P4 y P5) y 3.3 (el perdón de las deudas; la Ley de 23 de julio de 1908) — dato
- «Eso son cuentos de viejas...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 9 («Tres pilares son pocos, y la convergencia es una selección interesada»), y F, «Dónde se oye la defensa del Estado» — presunción
- «Mira, un país entero no se lleva...» — 11.3; 1.7 — la obra, 3, «Límite honesto de la prueba» («Las sociedades grandes necesitan ley escrita, y la obra no propone abolirla: pide respetar el orden de las fuentes (1.7)'), y 11.3, cargo 1 — dato
- «Y lo de la esclavitud, que tanto se dice...» — 11.3; 3.1 — la obra, 11.3, cargo 7, «La defensa del Estado» («fue el propio Estado, con sus leyes, quien abolió la esclavitud»), y 3.1, «Conclusión» («lo confesó el mismo poder que lo había hecho legal, al derogarlo») — dato
- «Pues por eso. Y hoy está todo en internet...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 8, «La defensa del Estado» («las normas se publican gratis en el Boletín Oficial del Estado, en español»), «Dónde aguanta» y contrapunto 1 — dato
- «Y lo de la usura será para los bancos...» — 11.3; 3.3 — la obra, 11.3, cargo 13, «La defensa del Estado» y contrapunto 5 («La obra concede que la ley de 1908 no se aplica a los tributos; su valor es de coherencia»), y 3, «Límite honesto» — dato

«Y quién te dice que esos libros...» — 3.2; F.6 — la obra, 3, «Límite honesto de la prueba» (la convergencia no es unanimidad; muchas fuentes de África, América y Oceanía las escribieron autores formados en el cristianismo u observadores europeos, y Garcilaso idealiza a los incas), y F.6, «Con cautela» — dato

«Cuando el monovolumen dobló la esquina...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargos 1, 7, 8 («Dónde aguanta»: la publicación es real y gratuita) y 13 («Dónde aguanta»: la ley de la usura no se aplica a los impuestos), y 3, «Límite honesto» — dato

«Cuando el monovolumen dobló la esquina...» — 3.2; 3.6 — la obra, 3.2 (P1 a P9) y 3.6 («los nueve principios del Arca dicen lo mismo de nueve maneras») — dato — 9 principios: la página del Arca (capítulo 35)

«Lo de la columna se le quedó...» — 3.4 — la obra, 3.4, «La pregunta» (la misma prueba que en 1.7, aplicada a la pata coja) — dato

«El del pueblo débil lo escribió...» — 3.4 — la obra, 3.4, «Lo que se encontró» (Shang Yang y el duque de Qin, Shiji 68; el Arthashastra 15.1; las Leyes de Manu VII, 133, y IX, 244; Séneca, Tácito, Anales XIII, 2; Hammurabi §230) — dato

«Once de trece los había escrito...» — 3.4 — la obra, 3.4, «Conclusión» («de los 13 textos de la pata coja examinados, 11...») — dato — 11 de 13

«Once de trece los había escrito...» — 3.4 — la obra, 3.4, «Las excepciones, dichas» (Hesíodo; Pablo) — dato — 2; el labrador griego y el preso, sin nombre

«Once de trece los había escrito...» — 3.4 — Rm 13:1, Reina-Valera Antigua, en la obra, 3.4 — dato

«Once de trece los había escrito...» — 3.4 — Hch 28:16, Reina-Valera Antigua, en la obra, 3.4 — dato

«Era lo mismo que la estantería...» — 3.4; 1.7 — la obra, 3.4 («Es el mismo resultado que el del capítulo 1: 7 de 8») y 1.7 — dato — 7 de 8; ya en el capítulo 32

«Los frutos los apuntó como hechos...» — 3.4 — la obra, 3.4, «Los frutos, como hechos» (Shiji 68; la dinastía Qin, del 221 al 206 a. C., fechas de fuente secundaria) — dato

«Los frutos los apuntó como hechos...» — 3.4 — la obra, 3.4, «Lectura del autor» («su imperio duró quince años») y «Los frutos, como hechos» (221 a 206 a. C.) — dato — 15 años; las fechas, de fuente secundaria

«En «Lo que yo creo» puso...» — 3.4 — la obra, 3.4, «Lectura del autor» («la parte interesada se nombraba juez de su propia causa») — lectura del autor

«En «Lo que yo creo» puso...» — H.10 — Código de Justiniano 3, 5, 1, en la obra, H.10 — dato

«Entre el cambio de unas pastillas...» — 3.5 — la obra, 3.5, «La idea» y «No se escribió» (las tablillas; los druidas, César, La guerra de las Galias VI, 14; Claudio, Suetonio 25) — dato

«Entre el cambio de unas pastillas...» — 3.5 — P. Damerow, Cuneiform Digital Library Journal, 2006, en la obra, 3.5 — dato

«La segunda: cuando sí se escribió...» — 3.5 — la obra, 3.5, «Se escribió en latín» (Soto, Salamanca, 1553; Suárez, Coímbra, 1612) — dato

«La tercera: algunos libros se quedaron fuera...» — 3.5 — la obra, 3.5, «Quedó fuera de las listas» (Nicea; el canon, de 367 a 419; Enoc, conservado por la Iglesia etíope) — dato

«Justo tenía razón en una cosa...» — 11.3; 3.5 — la obra, 3, «Límite honesto» («El latín ya no es la barrera; si lo es el volumen, se examina en el cargo 8»), y 11.3, cargo 8, contrapunto 1 («Publicar no es poder conocer») — dato

«A mediodía, esperando a Sofía...» — F.0 — la obra, F.0 (los textos de cada tradición, cada uno con su fuente) — dato

«Leyó pocos, y despacio...» — 3.2; F.2 — Talmud, Avodá Zará 36a, en la obra, 3.2, P9, y F.2 («la regla más directa contra las cargas imposibles») — dato

«Leyó pocos, y despacio...» — F.5 — Mahabharata 12.137.96, en la obra, F.5, P1 — dato

«Leyó pocos, y despacio...» — F.3 — Xunzi, 王制, en la obra, F.3, P1 — dato

«Leyó pocos, y despacio...» — F.6 — Casalis, Los basutos, p. 155, en la obra, F.6, P1 — dato

«Leyó pocos, y despacio...» — F.6 — Sahagún, Historia general VI, cap. X, en la obra, F.6, P1 — dato

«Leyó pocos, y despacio...» — F.6 — Malo, Antigüedades hawaianas XVIII, 3, en la obra, F.6, P1 — dato

«Y de pueblos que se habían dado su orden...» — F.7 — la obra, F.7, «La idea» y «Conclusión» (inuit, lakota, haudenosaunee, mexicas, irlandeses, andinos, aborígenes australianos y maoríes) — dato

«Y de pueblos que se habían dado su orden...» — F.7 — la obra, F.7 (la tierra en común, la compensación del daño y la decisión en consejo) — dato — 3

«Lo que más le gustó lo encontró...» — F.8; 3.2 — la obra, F.8 (el sánscrito) y 3.2, «Error el blanco» (el griego y el hebreo) — dato

«Lo que más le gustó lo encontró...» — F.8 — la obra, F.8, «Conclusión» («tres lenguas antiguas, el griego, el hebreo y el sánscrito») — dato — 3

«Lo que más le gustó lo encontró...» — 3.2 — Jue 20:16, Reina-Valera Antigua, en la obra, 3.2, «Error el blanco» — dato

«Un error de dirección...» — F.8 — la obra, F.8, «Conclusión» («el error moral como una falta de dirección, que se puede corregir») y «Lectura del autor» — dato

«Por la tarde, con el último coche...» — 3.6 — la obra, 3.6, «La idea» y punto 4 («Lo que el Arca prohíbe es servirse») — dato

«Estaba escrito por todas partes...» — 3.6 — Mt 20:28, Reina-Valera Antigua, en la obra, 3.6 — dato

«Estaba escrito por todas partes...» — 3.6 — Daodejing 66, en la obra, 3.6 — dato

«Estaba escrito por todas partes...» — 3.6 — Vinaya, Mahāvagga 1.11, en la obra, 3.6 — dato

«Estaba escrito por todas partes...» — 3.6 — Mt 7:19, Reina-Valera Antigua, en la obra, 3.6 — dato

«Mandar era encargarse...» — 3.6 — la obra, 3.6 («El mayor es el que sirve») — lectura del autor

«Al pie de la página...» — 3.6 — la obra, 3.6, «Lectura del autor» — lectura del autor

«Esa noche, Sofía no se quería dormir...» — 3.1; 3.2 — la obra, 3.1 y 3.2 (la convergencia) — dato

«Dicen que si no te haces como un niño...» — 2.5 — la obra, 2.5 (Mt 18:3) — dato

«Por eso. El que cree que ya lo sabe todo...» — 2.5 — la obra, 2.5 (Mt 18:4: «cualquiera que se humillare como este niño, éste es el mayor en el reino de los cielos»; «Todos somos aprendices») — dato

«Hay una historia, la primera de todas...» — 4.2 — la obra, 4.2 (los dos árboles del huerto) — dato

Capítulo 37. Crónica: El siglo de la fuerza

«En 1907 salió un libro con...» — 6.4 — Franz Oppenheimer, *Der Staat* (El Estado), 1907, en la obra, 6.4; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1907 — dato — el autor, sin nombre en el texto; el libro, por su título en castellano

«En 1907 salió un libro con...» — 6.4 — Oppenheimer, *Der Staat* (El Estado), 1907, en la obra, 6.4 — dato

«En 1911, el aviso vino de...» — 6.4 — Robert Michels, *Zur Soziologie des Parteiwesens* (Sociología del partido político), 1911, en la obra, 6.4; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1911 — dato — el autor, sin nombre en el texto

«En 1911, el aviso vino de...» — 6.4 — Michels, *Sociología del partido político*, 1911, en la obra, 6.4 — dato

«Y le dio rango de ley...» — 6.4 — Michels, *Sociología del partido político*, 1911, en la obra, 6.4 — dato

«En 1913, un diccionario en inglés...» — 5.1 — Webster's Revised Unabridged Dictionary (Diccionario Webster revisado e íntegro), 1913, s. v. «inflation», en la obra, 5.1, n.º 22; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1913, 1914 y 2001 — dato — el diccionario, sin nombre en el texto; «inflacionista»

«En 1913, un diccionario en inglés...» — 5.1 — Webster's Revised Unabridged Dictionary, 1913, en la obra, 5.1, n.º 22 — dato

«En 1914, en español...» — 5.1 — Real Academia Española, *Diccionario de la lengua castellana*, 14.ª edición, 1914, en la obra, 5.1, n.º 22 — dato

«Y en 2001 la Academia...» — 5.1 — *Diccionario de la lengua española*, 22.ª edición, 2001, en la obra, 5.1, n.º 22 — dato

«La palabra nombraba antes la causa...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 22 («La palabra nombraba antes la causa, no el efecto») — dato

«En 1919, un libro sobre las consecuencias...» — 8.2 — Keynes, *The Economic Consequences of the Peace* (Las consecuencias económicas de la paz), 1919, cap. VI, en la obra, 8.2, n.º 6; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1919 — dato — el autor, sin nombre en el texto; el libro, por su título en castellano y en llano

«En 1919, un libro sobre las consecuencias...» — 8.2 — Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*, 1919, cap. VI, en la obra, 8.2, n.º 6 — dato

«En 1922, un estudio de las formas de mandar llegó a una conclusión...» — 6.3; 6.4 — Weber, *Economía y sociedad*, 1922, cap. III, §§ 1 y 2, en la obra, 6.3; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1922 — dato — sin nombre en el texto; «motivos materiales o afectivos», en llano: «por interés o por afecto»

«En 1922, un estudio de las formas de mandar llegó a una conclusión...» — 6.3 — Weber, *Economía y sociedad*, 1922, cap. III, § 2, en la obra, 6.3 — dato

«El 12 de marzo de 1930, en la India...» — 9.2 — Encyclopaedia Britannica, «Salt March» (La marcha de la sal), fuente secundaria, en la obra, 9.2, caso 2; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1930-1947 — dato — nivel B en la pieza 14; el hombre, sin nombre en el texto

«El 5 de abril llegó a Dandi...» — 9.2 — Encyclopaedia Britannica, «Salt March», fuente secundaria, en la obra, 9.2, caso 2 — dato — 385 km; la Oficina de Prensa del Gobierno de la India da 241 millas, unos 388 kilómetros (9.2, precisiones)

«La sal era monopolio británico...» — 9.2 — la obra, 9.2, caso 2 («técnicamente, producir sal, que era monopolio británico, y violar la ley») — dato

«A finales de año...» — 9.2 — Encyclopaedia Britannica, «Salt March», fuente secundaria, en la obra, 9.2, caso 2 — dato — 60.000; «La cifra de presos tiene una sola fuente secundaria» (9.2, precisiones): por eso, en el texto, «la cifra la da una sola fuente»; la detención, el 5 de mayo (Gandhi Heritage Portal, fuente secundaria)

«En 1947, una ley británica...» — 9.2 — Indian Independence Act 1947 (Ley de independencia de la India de 1947), sección 1.1, legislation.gov.uk, en la obra, 9.2, caso 2 — dato

«En 1947, una ley británica...» — 9.2 — Indian Independence Act 1947, sección 1.1, en la obra, 9.2, caso 2 — dato

«El 26 de diciembre de 1933, en Montevideo...» — 6.2 — Convención sobre Derechos y Deberes de los Estados, Montevideo, 26-12-1933, arts. 1, 3, 6 y 11, facsímil de la OEA, en la obra, 6.2; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 26 de diciembre de 1933 — dato — ya en el capítulo 24, desde la casa

«El Estado, como...» — 6.2 — Convención de Montevideo, art. 1, en la obra, 6.2 — dato

«El Estado, como...» — 6.2 — Convención de Montevideo, art. 1, en la obra, 6.2 — dato — 4: población permanente, territorio determinado, gobierno y capacidad de entrar en relaciones con los demás Estados

«Ningún Estado recibe su soberanía...» — 6.2 — la obra, 6.2 («Ningún Estado recibe su soberanía de una autoridad superior [...]») — dato

«Y los firmantes se obligaron...» — 6.2 — Convención de Montevideo, art. 11, en la obra, 6.2, «Lo que la conquista dejó escrito» — dato

«El 6 de junio de 1945, mientras...» — 7.2 — Jackson, informe al presidente, 6-6-1945, Avalon Project, en la obra, 7.2; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1945, 1946 y 1950 — dato — el fiscal, sin nombre en el texto; ya en el capítulo 18, desde la casa

«Y lo resolvió en una regla...» — 7.2 — Jackson, informe al presidente, 6-6-1945, en la obra, 7.2 — dato

«Ese mismo año, la Carta...» — 6.2 — Carta de las Naciones Unidas, 1945, art. 2.4, en la obra, 6.2; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1945 — dato — 1945

«Ese mismo año, la Carta...» — 6.2 — Carta de las Naciones Unidas, art. 2.4, en la obra, 6.2 — dato

«Que hiciera falta prohibirlo...» — 6.2 — la obra, 6.2, «Lo que la conquista dejó escrito» — dato

«El 1 de enero de 1946...» — 6.2 — rescripto imperial de 1 de enero de 1946, traducción inglesa en Foreign Relations of the United States (Relaciones Exteriores de los Estados Unidos), 1946, vol. VIII, doc. 138, en la obra, 6.2; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1 de enero de 1946 — dato — el emperador, sin nombre en el texto; ya en el capítulo 24, desde la casa

«El 1 de enero de 1946...» — 6.2 — rescripto imperial de 1 de enero de 1946, en la obra, 6.2 — dato

«Lo firmaba el mismo al que...» — 6.2 — la obra, 6.2, «La autoproclamación» (Egipto, Roma y Japón) — dato

«El 1 de octubre de 1946, el tribunal...» — 9.1; 1.4 — Tribunal Militar Internacional de Núremberg, sentencia de 1-10-1946, «The Law of the Charter» (El derecho del Estatuto), Avalon Project, en la obra, 9.1; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1945, 1946 y 1950 — dato

«Había juzgado a quienes obedecieron...» — 1.4 — la obra, 1.4, «El principio de Núremberg» («los tribunales de Núremberg juzgaron a quienes habían obedecido las leyes de su propio Estado») — dato

«Había juzgado a quienes obedecieron...» — 9.1 — Tribunal Militar Internacional de Núremberg, sentencia de 1-10-1946, en la obra, 9.1 — dato

«En 1948, la Declaración Universal...» — 6.5 — Declaración Universal de Derechos Humanos, 1948, preámbulo, en la obra, 6.5; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1948 — dato — ya en el capítulo 27, desde la casa

«En 1948, la Declaración Universal...» — 6.5 — Declaración Universal de Derechos Humanos, 1948, preámbulo, en la obra, 6.5 — dato

«En 1950, las Naciones Unidas...» — 1.4 — Principios de Núremberg, II y IV, 1950, legal.un.org, en la obra, 1.4; pieza 14, «La historia en su orden», paso de 1945, 1946 y 1950 — dato — en la obra solo en inglés: contado en llano y sin comillas, como en el capítulo 30

«La ley natural quedaba por encima...» — 1.4 — la obra, 1.4, «El principio de Núremberg: la ley natural, por encima de la puesta» — dato

Capítulo 38. Como dioses

«La Biblia seguía en la mesa de la cocina...» — 4.2 — la obra, 4.2, «El relato de la caída, tal como está escrito» (Génesis completo en la Reina-Valera Antigua, leído el 8-oct-2026) — dato

«No tuvo que ir lejos...» — 4.2 — Gn 2:9, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«Luego, la orden...» — 4.2 — Gn 2:16, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«Luego, la orden...» — 4.2 — Gn 2:17, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«Y luego llegó la serpiente...» — 4.2 — Gn 3:1, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«La mujer le contestó bien...» — 4.2 — Gn 3:3, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«Después vino lo del aviso, y...» — 4.2 — Gn 3:4, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«Después vino lo del aviso, y...» — 4.2 — Gn 3:5, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«Se echó atrás en la silla...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Conclusión, lo que arrojan los datos» (las tres jugadas del engaño) — dato

«Y vio cómo se decidió...» — 4.2 — Gn 3:6, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«No hubo que esperar a la...» — 4.2 — Gn 3:10, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«Lo segundo, lo que él veía cada semana...» — 4.2 — Gn 3:12-13, en la obra, 4.2 — dato

«Y lo último, la puerta...» — 4.2 — Gn 3:24, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«Después buscó lo que todo el mundo sabía...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Lo que el texto no dice» — dato

«La primera que buscó fue la...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Lo que el texto no dice» — dato

«La primera que buscó fue la...» — 4.2 — Gn 3:3, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«Tampoco ponía...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Lo que el texto no dice» («No llama diablo ni Satanás a la serpiente») — dato

«Tampoco ponía...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Lo que el texto no dice» — dato

«Lo buscó en el papel...» — 4.2 — Ap 12:9, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 («esa identificación es posterior») — dato

«Sofía IA: La palabra hebrea...» — 4.2; 4.1 — la obra, 4.2, «Lo que el texto no dice», y 4.1 (el adversario) — dato

«Sofía IA: La palabra hebrea...» — 4.2 — Gn 1-50 en hebreo (códice de Leningrado, OSHB), la palabra contada por programa el 10-oct-2026: 0 veces, en la obra, 4.2 — dato — 50 capítulos, 0 veces; lo dice Sofía IA como recuento por programa, y el padre lo apunta como recuento, no como lectura suya

«Él no sabía hebreo...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Lo que el texto no dice» (la Reina-Valera la traduce «adversario» seis veces) — dato

«Él no sabía hebreo...» — 4.2 — 1 R 11:14, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«Él no sabía hebreo...» — 4.2 — 1 R 11:23, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«Toda la vida había oído que el hombre era inmortal...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Lo que el texto no dice» (no dice que el hombre fuera inmortal por naturaleza: la vida para siempre depende del árbol de la vida) — dato

«Toda la vida había oído que el hombre era inmortal...» — 4.2 — Gn 3:22, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«Y lo anunciado, desde la primera orden...» — 4.2 — Gn 2:17, en la obra, 4.2 — dato

«Mira lo que pone aquí...» — 2.3 — Gn 3:16, Reina-Valera Antigua, en la obra, 2.3 — dato

«Cuando los hace, al principio, no pone nada de mandar...» — 2.3 — la obra, 2.3 («el dominio aparece como consecuencia, no como orden de la creación»; contrapunto de Gn 3:16: no figura en Gn 1:27 ni en Gn 2:24) — dato

«Le pidió a Sofía IA lo que dijeran...» — 4.2; 2.3 — la obra, 4.2, «Lectura del autor, sobre la mujer y el varón» (los pasajes, en 2.3) — dato — 78 pasajes de 19 tradiciones; Sofía IA los reúne y el padre los lee todos

«Se le hicieron las tres...» — 4.2; 2.3 — la obra, 4.2, «Lectura del autor, sobre la mujer y el varón» («dicen las dos cosas: un origen común y, después, en la palabra escrita, la mujer por debajo») — dato — lo que dicen los pasajes; lo que el autor lee en ello, en la fila siguiente

«En «Lo que yo creo» puso...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Lectura del autor, sobre la mujer y el varón» (palabras del autor, 9-oct-2026) — lectura del autor

«Volvió a la frase de la serpiente...» — 4.2 — Gn 3:5, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«Lo que él leía ahí no era la promesa...» — 4.2; 1.9 — la obra, 4.2, «Lectura del autor» («la oferta de decidir uno mismo qué es bien y qué es mal: la autoridad derivada tomando por suya la original») — lectura del autor

«El viernes había apuntado en la libreta...» — 1.9; 1.7; 4.2 — la obra, 1.9 (la prueba de una sola pregunta, del capítulo 32) y 1.7 (el orden invertido: la estantería del capítulo 29), en la lectura del autor de 4.2 («Es el orden de las leyes invertido (1.7) en pequeño») — lectura del autor

«Miró las cuatro cosas en fila...» — 4.2; 0.4 — la obra, 4.2, «Lectura del autor» («se parece a lo que la obra llama presunción (0.4): una orden mal citada, una consecuencia negada sin dato, un motivo atribuido y una decisión por apariencia») — lectura del autor — 4

«Al primer hombre alguien le preguntaba...» — 4.2 — Corán 20:120, traducción de Julio Cortés, en la obra, 4.2 — dato

«Y le decía que el árbol se había prohibido...» — 4.2 — Corán 7:20, traducción de Julio Cortés, en la obra, 4.2 — dato

«Quien hablaba era...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Lectura del autor» — dato

«La misma jugada en la misma boca...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Lectura del autor» (la promesa de inmortalidad en boca del tentador, que el propio relato desmiente con la expulsión, 3:22 a 3:24) — lectura del autor

«Sofía IA: Ojo con contarlos...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Lectura del autor» («Las dos tradiciones se conocían: es un dato de dos textos, no una convergencia de tradiciones separadas») — dato — lo dice Sofía IA; el cuidado es de la obra

«Luego se quedó mucho rato mirando la hoja...» — 4.2 — la obra, 4.2 (los dos árboles en el mismo huerto); la imagen de la novela de Sofía, 18 — lectura del autor

Capítulo 39. Legión

«El martes por la noche volvió a la Biblia...» — 4.2 — Ap 12:7-9, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«El martes por la noche volvió a la Biblia...» — 4.2 — Ap 12:9, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«Una guerra entre el bien y el mal...» — 4.2 — Yasna 30:3, en la obra, 4.2 — dato

«Una guerra entre el bien y el mal...» — 4.2 — Corán 7:22, en la obra, 4.2 — dato

«Una guerra entre el bien y el mal...» — 4.2 — Corán 35:6, traducción de Julio Cortés, en la obra, 4.2 — dato

«Una guerra entre el bien y el mal...» — 4.2 — Bhagavad Gita 16.5, en la obra, 4.2 — dato

«Lo que le llamó la atención no fue la guerra...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Elegir, no dos dioses» (el zoroastrismo en su lectura más radical y el maniqueísmo) — dato — 2 de 9

«Lo que le llamó la atención no fue la guerra...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Elegir, no dos dioses» («el mal como privación, elección, desequilibrio o estado de la mente») — dato — 7; «privación», en llano: «algo que falta»

«Buscó también la pata coja...» — 4.2 — la obra, 4.2, «La pata coja: no toda guerra antigua es moral» — dato

«Buscó también la pata coja...» — 4.2 — Enuma Elish IV, 14, en la obra, 4.2 — dato

«Buscó también la pata coja...» — 4.2 — Rig Veda 1.32.1, en la obra, 4.2 — dato

«Y había pueblos sin dos bandos...» — 4.2 — Textos de las Pirámides, § 265 (Mercer), en la obra, 4.2 — dato

«Y había pueblos sin dos bandos...» — 4.2 — Libro de los Muertos, cap. 125 (Budge), en la obra, 4.2 — dato

«En el norte de Europa, al final caían hasta los dioses...» — 4.2 — Völuspá 53, 57 y 59, en el Codex Regius, en la obra, 4.2 — dato

«Lo que más le hizo pensar estaba en otras páginas...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Los poderes que se ensalzan por encima de los hombres» — dato

«Lo que más le hizo pensar...» — 4.2 — Dn 10:13, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«Lo que más le hizo pensar...» — 4.2 — Jn 12:31 y 14:30, en la obra, 4.2 — dato

«Lo que más le hizo pensar...» — 4.2 — 2 Co 4:4, en la obra, 4.2 — dato

«Lo que más le hizo pensar...» — 4.2 — Bhagavad Gita 16.14-15, en la obra, 4.2 — dato

«Lo que más le hizo pensar...» — 4.2 — Bhagavad Gita 16.15, en la obra, 4.2 — dato

«Antes de cerrar quiso mirar una cosa...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Las promesas de vida eterna, en los textos leídos» (lote A del estudio de 4.2, 10-oct-2026) — dato

«Sofía IA: He reunido...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Las promesas de vida eterna, en los textos leídos» — dato — 31 pasajes, 9 tradiciones; lo dice Sofía IA

«Sofía IA: He reunido...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Las promesas de vida eterna, en los textos leídos» — dato — 14, 15 y 2

«Sofía IA: He reunido...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Los dos que no» (Job 19:25-27 y Udāna 8.3) — dato — 2

«Los miró en el papel...» — 4.2 — Jn 3:16, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«Los miró en el papel...» — 4.2 — Ro 6:23, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.2 — dato

«Coincidió la promesa con su condición...» — 4.2 — la obra, 4.2 («Converge la promesa de una vida sin fin con una condición [...]; no converge la palabra») — dato

«Coincidió la promesa con su condición...» — 4.2 — Gn 3:4, en la obra, 4.2 — dato

«En «Lo que yo creo» escribí...» — 4.2; 4.1 — la obra, 4.2, «Lectura del autor» («la humanidad vive en una guerra y en una manipulación continuas, para que unos se perpetúen en el poder a través de lo que nos hacen creer, y para que nos sometamos voluntariamente»; la servidumbre voluntaria de 4.1) (palabras del autor, 5-oct) — lectura del autor

«Por la tarde, entre coche y coche...» — 4.1 — la obra, 4.1, «El mal sin cuerpo» (los nombres que le dan las tradiciones) — dato

«Por la tarde, entre coche y coche...» — 4.1 — la obra, 4.1 («satán» es el que se pone en contra) — dato

«Por la tarde, entre coche y coche...» — 4.1 — Nm 22:22, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.1 — dato

«Por la tarde, entre coche y coche...» — 4.1 — Mc 5:9, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.1 — dato

«Por la tarde, entre coche y coche...» — 4.1 — Mt 6:24, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.1 — dato

«Por la tarde, entre coche y coche...» — 4.1 — Sutta Nipata 3.2, en la obra, 4.1 — dato

«Por la tarde, entre coche y coche...» — 4.1 — Corán 114:4-6, traducción de Julio Cortés, en la obra, 4.1 — dato

«Y vio una cosa que no le gustó verla...» — 4.1; 2.1; 5.3 — la obra, 4.1, «Lectura del autor» («el ente sin cuerpo del capítulo 2 se parece a Legión: un solo nombre para muchos que obran como uno, sin que nadie responda por el suyo»; Núremberg, 1.4; Ef 5:13) — lectura del autor

«Y vio una cosa que no le gustó verla...» — 4.1 — Ef 5:13, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.1 — dato

«Al final de la tarde, Amparo estaba en la cocina...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.os 17 y 18; capítulo 4, «Dónde se oye la defensa del Estado» — dato

«El Estado no es un fantasma...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 17, «La defensa del Estado» (cargos con nombre y apellidos; la Administración indemniza los daños que causa, Ley 40/2015, art. 32; prevaricación, Código Penal, art. 404) — dato

«Y lo de la persona jurídica...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 18, «La defensa del Estado» («sin personalidad jurídica no habría contratos, hospitales, pensiones ni servicios públicos») — dato

«Nada. Eso también lo dice lo que he leído...» — 11.2; 4.1 — la obra, capítulo 4, «Límite honesto de la prueba» («La persona jurídica también sirve a la vida. El hospital, la cooperativa y la asociación vecinal llevan la misma máscara: el mal no está en la máscara, sino en la máscara sin responsabilidad»), y 11.2, n.os 17 y 18, «Lo que la obra responde» — dato

«Buscó en el teléfono el artículo...» — 11.2 — Código Penal, art. 31 quinquies.1, en la obra, 11.2, n.º 17 — dato

«La institución queda fuera...» — 11.2; 5.1; 10.4 — la obra, 11.2, n.º 17, «Lo que la obra responde» (el Estado no puede ser declarado en concurso, 5.1, n.º 7; por el daño de un servicio público, el particular reclama a la Administración, no al funcionario, 10.4) — dato

«La institución queda fuera...» — 8.5; 11.2 — la obra, 11.2, n.º 17, y 8.5 — dato — 17.603

«La responsabilidad se va hacia arriba...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 17 («La responsabilidad se va hacia arriba, a la máscara, o hacia abajo, al que obedecía») — dato

«Los cargos pueden responder. Eso no me lo quites...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 17, «Dónde aguanta» («los cargos pueden responder, y la ley lo prevé. La obra no dice que nadie responda: dice que la institución queda fuera») — dato

«Esa noche, buscando otra cosa...» — 4.1 — Sherif, Harvey, White, Hood y Sherif, *Intergroup Conflict and Cooperation: The Robbers Cave Experiment* (Conflicto y cooperación entre grupos: el experimento de Robbers Cave), 1961, caps. 5 y 8, en la obra, 4.1 — dato — el equipo, sin nombres en el texto; también en 11.2, n.º 22

«Esa noche, buscando otra cosa...» — 4.1 — Sherif y otros, 1961, en la obra, 4.1 — dato — 22 niños, de unos 11 años

«Bastó un torneo...» — 4.1 — Sherif y otros, 1961, cap. 5, en la obra, 4.1 — dato

«Juntarlos no lo arregló...» — 4.1 — Sherif y otros, 1961, cap. 8, en la obra, 4.1 — dato

Capítulo 40. Ángel de luz

«El jueves por la noche siguió...» — 4.3 — la obra, 4.3, «El relato común» — dato

«El jueves por la noche siguió...» — 4.3 — Gn 6:2, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.3 — dato

«El jueves por la noche siguió...» — 4.3 — Gn 6:2, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.3 — dato

«El jueves por la noche siguió...» — 4.3 — Gn 6:4, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.3 — dato

«Más adelante, en las cartas...» — 4.3 — Jud 6, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.3 — dato

«Más adelante, en las cartas...» — 4.3 — 2 Pe 2:4, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.3 — dato

«Lo que el Génesis callaba lo contaban...» — 4.3; 3.5 — la obra, 4.3, «Lo que conserva el canon etíope» (el Libro de Enoc y el de los Jubileos, guardados enteros en ge'ez, 3.5) — dato

«Lo que el Génesis callaba...» — 4.3 — 1 Enoc 8:1-2, en la obra, 4.3 — dato

«Lo que el Génesis callaba...» — 4.3 — 1 Enoc 8:1-2, en la obra, 4.3 — dato

«De los gigantes nacían espíritus...» — 4.3 — 1 Enoc 15:11, en la obra, 4.3 — dato

«Y esos espíritus...» — 4.3 — 1 Enoc 19:1, en la obra, 4.3 — dato

«Y esos espíritus...» — 4.3 — 1 Enoc 19:1, en la obra, 4.3 y capítulo 4, «Límite honesto de la prueba» («va con la duda que marca su editor») — dato

«La Biblia de su madre, la de todos...» — 4.3 — Dt 32:17, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.3 — dato

«La Biblia de su madre, la de todos...» — 4.3 — 1 Co 10:20, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.3 — dato

«La Biblia de su madre, la de todos...» — 4.3 — 2 Co 11:14, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.3 — dato

«La Biblia de su madre, la de todos...» — 4.3 — la obra, 4.3, «Conclusión, lo que arrojan los datos» (el canon común coincide en lo esencial, y todos piden lo mismo: discernir) — dato

«En uno de los libros de Etiopía...» — 4.3 — Jub 11:2-5, en la obra, 4.3, «Lectura del autor» — lectura del autor

«En uno de los libros de Etiopía...» — 4.3 — Jub 11:2-5, en la obra, 4.3, «Lectura del autor» — lectura del autor

«En su Biblia había algo parecido...» — 4.3 — 1 Sam 8:7, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.3, «Lectura del autor» — lectura del autor

«En «Lo que yo creo» escribió...» — 4.3; 2.5 — la obra, 4.3, «Lectura del autor» («Es el paso del aprendiz al ser superior: un poder humano que se pone en el lugar de la ley de Dios. Esto apunta hacia el padre de la mentira (Jn 8:44)») — lectura del autor

«Los textos distinguían tres cosas...» — 4.3 — la obra, 4.3, «¿Están entre nosotros?» — dato — 3: los caídos, atados; sus espíritus, en la tierra; Satán y sus ángeles, arrojados a la tierra

«Los textos distinguían tres cosas...» — 4.3 — 1 Enoc 10:12, en la obra, 4.3 — dato

«Los textos distinguían tres cosas...» — 4.3 — 1 Enoc 15:8, en la obra, 4.3 — dato

«Los textos distinguían tres cosas...» — 4.3 — Ap 12:9, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.3 — dato

«Cómo obraban, según los mismos libros...» — 4.3 — la obra, 4.3, «Cómo obran, según los mismos textos» («Ningún texto leído dice que caminen entre nosotros como personas de carne y hueso: eso ya sería una lectura, y la obra no la da como dato») — dato

«Luego buscó el remedio...» — 4.3 — la obra, 4.3, «Cómo no caer en sus susurros» — dato

«Luego buscó el remedio...» — 4.3 — Mt 26:41, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.3 — dato

«Luego buscó el remedio...» — 4.3 — Ef 4:27, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.3 — dato

«Luego buscó el remedio...» — 4.3 — 2 Co 2:11, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.3 — dato

«Luego buscó el remedio...» — 4.3 — Corán 16:99-100, traducción de Julio Cortés, en la obra, 4.3 — dato

«Luego buscó el remedio...» — 4.3 — Bhagavad Gita 16.21, en la obra, 4.3 — dato — 3

«Luego buscó el remedio...» — 4.3 — Bhagavad Gita 16.21, en la obra, 4.3 — dato

«Luego buscó el remedio...» — 4.3 — Jub 10:12, en la obra, 4.3 — dato

«En «Lo que yo creo» escribió más que otras noches...» — 4.3; 2.5; 4.1 — la obra, 4.3, «Lectura del autor» («el mal convive con nosotros [...] Quien no le da su sí, lo deja sin fuerza»; el susurro puede pasar por cualquiera, 2.5; La Boétie, 4.1) — lectura del autor

«Y una cosa más, porque le pareció de justicia...» — 4.3; 1.4 — la obra, 4.3, «Lectura del autor» (no supone mala fe; no quita la responsabilidad, Núremberg, 1.4; se juzga el acto, no la intención) — lectura del autor

«Y una cosa más, porque le pareció de justicia...» — 4.3 — Ez 33:11, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.3 — lectura del autor

«Antes de cerrar volvió al huerto...» — 4.3; 1.9; 0.5 — la obra, 4.3, «Lectura del autor, sobre el relato de Génesis (4.2): ¿fue legítimo el susurro?» (cuatro razones, las de la vara, 0.5, y las del 1.9, y ninguna necesidad) — lectura del autor

«Antes de cerrar volvió al huerto...» — 4.3 — Gn 3:5, en la obra, 4.3 — dato

«Antes de cerrar volvió al huerto...» — 4.3 — Gn 2:16, en la obra, 4.3 — dato

«Pero se lee...» — 11.2; 4.0 — la obra, 11.2, n.º 16, «La defensa del Estado» (maniqueísmo; convierte al adversario en enemigo; deslegitima; cierra el diálogo); 4.0, «Lo que este capítulo no hace» — dato

«Pero se lee...» — 11.2 — Constitución, art. 1.1, en la obra, 11.2, n.º 16 — dato

«De nueve tradiciones...» — 4.2; 11.2 — la obra, 4.2, «Elegir, no dos dioses», y 11.2, n.º 16, «Lo que la obra responde» — dato — 2 de 9; «Lo vi el martes»: capítulo 39

«Hay una regla de lectura muy antigua...» — 11.2 — Agustín, Tratado 42 sobre el Evangelio de Juan, n.º 10, traducción publicada en augustinus.it, en la obra, 11.2, n.º 16 — dato

«Hay una regla de lectura muy antigua...» — 11.2 — Agustín, Tratado 42 sobre el Evangelio de Juan, n.º 15, en la obra, 11.2, n.º 16 — dato

«Y la imagen no es mía...» — 11.2; 6.1 — Hobbes, Leviatán, 1651, en la obra, 11.2, n.º 16, y 6.1 — dato

«Aun así, es dura...» — 11.2 — la obra, 11.2, n.º 16, «Dónde aguanta» («la imagen es dura, y puede herir a quien sirve bien dentro de la institución. Por eso va marcada como lectura y nunca se dirige a una persona») — dato

Capítulo 41. El centro

«El padre se rascó la nuca...» — 4.4 — la obra, 4.4, «Lectura del autor» («una afirmación falsa necesita cada vez más excepciones para seguir en pie [...]; la verdadera acomoda lo nuevo sin tantos parches») — lectura del autor

«Para ir torcido hay muchas maneras...» — 4.3 — la obra, anexo al apartado 4.3 («errar es posible de muchas maneras [...]; acertar, de una sola») — dato

«Le preguntó a Sofía IA si alguien había medido...» — 4.3 — la obra, anexo al apartado 4.3, «La idea» («la virtud, para quien la midió con más cuidado, no está entre el ángel y el demonio, sino entre dos vicios») y «Dónde está la virtud, según Aristóteles» — dato

«Lo apuntó así, traducido por ella...» — 0.3 — la obra, 0.3, «Las traducciones» (cuando no se nombra traductor, la traducción es de la edición, con el texto del que se ha hecho al lado) — dato

«El griego no ponía la virtud...» — 4.3 — Aristóteles, Ética a Nicómaco II, 6, 1106b36 a 1107a2, en el griego de Bywater (Oxford, 1894), Perseus; traducción de la edición; en la obra, anexo al apartado 4.3 — dato

«En el miedo, el valiente quedaba...» — 4.3 — Aristóteles, Ética a Nicómaco II, 7, 1107a33 a 1107b8, en el griego de Bywater (Oxford, 1894), Perseus; traducción de la edición; en la obra, anexo al apartado 4.3 — dato

«Y ese medio no era el mismo para todos...» — 4.3 — Aristóteles, Ética a Nicómaco II, 6, 1106b36 a 1107a2, en el griego de Bywater (Oxford, 1894), Perseus; traducción de la edición; en la obra, anexo al apartado 4.3 — dato

«Y ese medio no era el mismo para todos...» — 4.3 — Aristóteles, Ética a Nicómaco II, 6, 1106b36 a 1107a2, en el griego de Bywater (Oxford, 1894), Perseus; traducción de la edición; en la obra, anexo al apartado 4.3 — dato

«Había una línea que se le quedó...» — 4.3 — Aristóteles, Ética a Nicómaco II, 6, 1106b28 a 1106b32, en el griego de Bywater (Oxford, 1894), Perseus; traducción de la edición; en la obra, anexo al apartado 4.3 — dato

«Pensó en las fichas del fabricante...» — 4.3 — la obra, anexo al apartado 4.3, «Conclusión, lo que arrojan los datos» («El centro no es un punto fijo ("relativo a nosotros"): lo fija la razón del prudente») — dato

«Luego volvió a lo del jueves...» — 4.3 — la obra, anexo al apartado 4.3, «Lo que ya dicen los textos de 4.3» (2 Co 11:14) y «Conclusión» («el extremo de algo bueno, llevado lejos, se parece a la virtud, pero ya no lo es») — dato

«En «Comprobado», sin adornos, quedó...» — 4.3 — la obra, anexo al apartado 4.3, «Conclusión, lo que arrojan los datos» — dato

«En «Lo que yo creo» escribió más despacio...» — 4.3 — palabras del autor, 8-oct-2026, en la obra, anexo al apartado 4.3, «Lectura del autor» (cada persona tiene varias caras, y en cada una un dial entre dos extremos; equilibrio y armonía, estar alineado con la ley de Dios; lo que mueve el dial es lo que uno repite, 4.4) — lectura del autor

«Debajo, con la letra más grande...» — 4.3 — palabras del autor, 8-oct-2026, en la obra, anexo al apartado 4.3, «Lectura del autor» — lectura del autor

«Al margen, porque lo vio enseguida...» — 4.3 — la obra, anexo al apartado 4.3, «Lectura del autor» («Aristóteles habla de la virtud de una persona; llevar la misma idea a las leyes y a las instituciones es una extensión del autor que la obra no usa todavía como medida») — lectura del autor

«Pasada la medianoche fue a por lo que le faltaba...» — 4.4 — la obra, 4.4, «El texto» — dato

«Buscó en Juan...» — 4.4 — Jn 8:44, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.4 — dato

«Le pidió a Sofía IA lo que dijeran los otros libros...» — 4.4 — la obra, 4.4, «La mentira, del lado del mal, en otras tradiciones» — dato

«En Persia, de los espíritus del martes...» — 4.4 — Yasna 30:5; traducción de la edición desde la inglesa de avesta.org; en la obra, 4.4 — dato

«En la India, los de condición demoníaca...» — 4.4 — Bhagavad Gita 16.8; traducción de la edición; en la obra, 4.4 — dato

«En la India, los de condición demoníaca...» — 4.4 — Mundaka Upanishad 3.1.6; traducción de la edición; en la obra, 4.4 — dato

«En el Corán...» — 4.4 — Corán 17:81, traducción de Julio Cortés, en la obra, 4.4 — dato

«Del budismo le dio una línea...» — 4.4 — Dhammapada 223, en pali (SuttaCentral); traducción de la edición; en la obra, 4.4 — dato

«Sofía IA: Me he equivocado de sitio...» — 4.4 — la obra, 4.4, nota de procedencia («corregido: el Dhammapada que vence al mentiroso es el verso 223, no el 11-12») — dato

«Ninguno de esos libros defendía la mentira como camino...» — 4.4 — la obra, 4.4, «Conclusión, lo que arrojan los datos» («Ninguna de esas tradiciones defiende la mentira como camino») — dato

«Ninguno de esos libros defendía la mentira como camino...» — 4.4 — Jn 8:31-32, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.4 — dato

«Ahora sabía cómo quería usar aquello...» — 4.4; 0.5 — la obra, 4.4, «Cómo usa la obra esta imagen» («“Apunta hacia” dice lo que se ve, la dirección de los frutos (0.5), y no un origen que nadie puede probar. Nunca se dice de una persona ni de un colectivo: se dice de actos y de instituciones»; glosario 9.1) — dato

«Volvió a la página de los reinos...» — 4.3; 4.4 — la obra, 4.3, «Lectura del autor» (Jub 11:2-5 y 1 Sam 8:7: «Es el paso del aprendiz al ser superior: un poder humano que se pone en el lugar de la ley de Dios. Esto apunta hacia el padre de la mentira (Jn 8:44)») — lectura del autor

«En la línea en blanco escribió...» — 4.3; 4.4 — la obra, 4.3, «Lectura del autor», y 4.4, la fórmula (glosario 9.1) — lectura del autor

«El sábado por la mañana Sofía se fue con él al taller...» — 4.4; 2.5 — la obra, 4.4, «Cómo se hace uno seguidor: la repetición» (lo que se hace una y otra vez forma a quien lo hace; «Y lo mismo vale para el bien»), y 2.5 — dato

«Entre coche y coche, en el ordenador del taller...» — 4.4 — la obra, 4.4, «Cómo se hace uno seguidor: la repetición» — dato

«El filósofo griego...» — 4.4 — Aristóteles, Ética a Nicómaco II, 1, 1103b; traducción de la edición, desde el griego; en la obra, 4.4 — dato

«El Evangelio...» — 4.4 — Jn 8:34, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.4 — dato

«El Evangelio...» — 4.4 — Rm 6:16, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.4 — dato

«De los que hablan mentira...» — 4.4 — 1 Tim 4:2, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.4 — dato

«El Corán...» — 4.4 — Corán 83:14, traducción de Julio Cortés, en la obra, 4.4 — dato

«Y el budismo, con la imagen más sencilla...» — 4.4 — Dhammapada 121, en pali (SuttaCentral); traducción de la edición; en la obra, 4.4 — dato

«En el banco había un disco de freno...» — 4.4 — la obra, 4.4, «Conclusión, lo que arrojan los datos» (el mal repetido «cubre de herrumbre el corazón, poco a poco, gota a gota»; el bien repetido hace justo) — dato

«En «Lo que yo creo» apuntó que uno se va haciendo...» — 4.4; 2.5; 3.6 — la obra, 4.4, «Lectura del autor» (por repetición se puede acabar siguiendo al padre de la mentira sin saberlo, 2.5; los muy polarizados, reconocidos por sus frutos y no por el grupo; la vara vale también para uno mismo; el grano y la paja: hemos venido a servir, 3.6) — lectura del autor

«Y en la página del Arca...» — 3.6 — la obra, 3.6, «Lectura del autor» — lectura del autor

«Lo primero, el coche de Prudencio...» — 4.4 — la obra, 4.4, «Lectura del autor» («una afirmación falsa necesita cada vez más excepciones para seguir en pie, como los epiciclos que se añadían para sostener que la Tierra estaba en el centro, hasta que un modelo más simple los hizo innecesarios; la verdadera acomoda lo nuevo sin tantos parches») — lectura del autor

«En «Lo que yo creo» escribió la frase que le salió...» — 4.4 — la obra, 4.4, «Lectura del autor» (fórmula del glosario 9.1) — lectura del autor

«Lo segundo, Sofía en el puesto de Tomás...» — 4.4; 1.9; 0.5 — palabras del autor, 8-oct-2026, en la obra, 4.4, «Lectura del autor, sobre las improntas» (un experimento mental, no un dato; la misma justicia para todos, 0.5; no borra la libertad de elegir, 1.9; lo que se repite cambia el hábito) — lectura del autor

«Con todo lo mismo...» — 4.4 — palabras del autor, 8-oct-2026, en la obra, 4.4, «Lectura del autor, sobre las improntas» — lectura del autor

«Con todo lo mismo...» — 4.4 — palabras del autor, 8-oct-2026, en la obra, 4.4, «Lectura del autor, sobre las improntas» — lectura del autor

«La misma justicia para todos...» — 4.4; 0.5 — Lv 19:18, Reina-Valera Antigua, en la obra, 4.4 — dato

«Lo tercero llevaba rondándole desde el lunes...» — 4.2 — palabras del autor, 10-oct-2026, en la obra, 4.2, «Lectura del autor, una hipótesis» (el árbol torcido, cuyos frutos son el miedo, la acusación, la fatiga y la muerte, Gn 3:7-24; la conducta repetida deja huella y se transmite; la señal química, como el cortisol o las endorfinas) — lectura del autor

«Le preguntó a Sofía IA qué medía de eso la ciencia...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Lectura del autor, una hipótesis» (Kaliman y otros, Psychoneuroendocrinology 40, 2014; Buric y otros, Frontiers in Immunology 8, 2017; Cohen y otros, Psychosomatic Medicine 78, 2016, resumen, fuente secundaria) — dato

«Sofía IA: Ninguno de los que tengo...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Lectura del autor, una hipótesis» («No mide lo demás: ni que la elección torcida cambie el ADN, ni que la huella se herede, ni que alinearse con las verdades superiores alargue la vida») — dato

«Y en una esquina, sin flecha...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Lectura del autor, una hipótesis» («la serpiente, cada vez que aparece, al autor le habla de la genética, como la serpiente enroscada que la farmacia lleva por símbolo»; «como un juego y sin prueba hoy») — lectura del autor

«El libro del huerto no decía manzana...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Lo que el texto no dice» (no dice «manzana»: «del fruto del árbol que está en medio del huerto», Gn 3:3) — dato

Capítulo 42. Más gente

«Gea eligió el sitio...» — 4.2 — la escena de la novela de Sofía, 18, tal cual (excursión al campo); la obra, 4.2 — dato

«Había dos árboles. Uno, el de la vida...» — 4.2 — la obra, 4.2, «El relato de la caída, tal como está escrito» (Gn 2:9, los dos árboles en medio del huerto; Gn 2:16-17, la orden única) — dato

«No dice manzana...» — 4.2 — la obra, 4.2, «Lo que el texto no dice» (no dice «manzana»: «del fruto del árbol que está en medio del huerto», Gn 3:3) — dato

«Dice «el fruto»...» — 4.2 — Gn 3:3, Reina-Valera Antigua («del fruto del árbol que está en medio del huerto»), en la obra, 4.2 — dato

«Ya. Y todo el mundo decía que el Estado somos todos...» — 5.2 — Constitución, art. 1.2 (BOE); la obra, 5.2, planta 2 — dato

«Lo que el texto cuenta es lo que hizo...» — 4.2; 0.4 — la obra, 4.2, «Conclusión, lo que arrojan los datos» (invertir la orden y negar la consecuencia sin dar un dato), y 0.4 (presunción: lo que se da por cierto sin prueba; mentira: con constancia de que se sabía) — dato

«Y lo que se levanta sin nada debajo no aguanta...» — 5.4 — la obra, 5.4, «Lectura del autor: la piedra que sostiene toda la obra» («si no tiene cimientos sólidos donde anclarse, se tambalea»), con Mt 7:24-27 (la casa sobre la peña y la casa sobre la arena, que «cayó, y fué grande su ruina») — lectura del autor

«Yo lo veo así...» — 4.2 — la imagen de los árboles de la novela de Sofía, 18, tal cual (escrita por el padre en «Lo que yo creo» en el capítulo 38); los dos árboles de la obra, en 4.2 (y en J.1) — lectura del autor

«Gea miró el dibujo, y luego el árbol...» — 4.2 — la escena de la novela de Sofía, 18, tal cual, contada desde Gea — dato

Capítulo 43. Crónica: Sin oro

«El 15 de agosto de 1971, el presidente...» — 8.1 — Nixon, discurso a la nación, 15-8-1971, American Presidency Project; en la obra, 8.1; pieza 14, «La historia en su orden» — dato — el presidente, sin nombre en el texto; ya en el capítulo 13, desde la casa

«El 15 de agosto de 1971, el presidente...» — 8.1 — Nixon, discurso a la nación, 15-8-1971; traducción de la edición, del inglés; en la obra, 8.1 — dato

«Lo temporal no se revirtió...» — 8.1; 5.1 — la obra, 8.1 («Lo temporal no se revirtió») y 5.1, n.º 11 («Desde 1971 ninguna moneda se puede cambiar por oro»); pieza 14, «La historia en su orden» — dato

«En 1977, en España, antes de que hubiera Constitución...» — 6.4 — Real Decreto-ley 20/1977, preámbulo; hoy, «3 por 100 de los votos válidos emitidos en la circunscripción» (Ley Orgánica 5/1985, art. 163.1); en la obra, 6.4 — dato — 3 %; la regla d'Hondt, sin nombre en el texto: «una fórmula proporcional»; el umbral efectivo medio desde 1977, el 10,2 % de los votos en cada provincia (6.4)

«El legislador declaró su fin...» — 6.4 — Real Decreto-ley 20/1977, preámbulo, en la obra, 6.4 — dato

«Después, el Consejo de Estado puso por escrito lo que salía de aquella regla...» — 6.4 — Consejo de Estado, informe sobre la reforma electoral, en la obra, 6.4 — dato

«Que se buscara favorecerlos no consta...» — 6.4 — la obra, 6.4, «Lo que no se puede decir» («Que se buscara favorecer a los grandes no consta en ninguna fuente oficial localizada: el Consejo de Estado describe el efecto, no un propósito») — dato

«y su promulgación lo recuerda en letras grandes...» — 5.2 — Constitución española, promulgación (BOE, 29-12-1978), en la obra, 5.2 — dato

«A partir de ahí se presume que todos los poderes...» — 5.2; 5.4 — Constitución, art. 1.2 («La soberanía nacional reside en el pueblo español, del que emanan los poderes del Estado»); la obra, 5.2 y 5.4 (la presunción en lugar del consentimiento); pieza 14, «La historia en su orden» (capa: presunción de la ley) — presunción

«Los que entonces no tenían edad de votar...» — 5.2 — la obra, 5.2 («Quienes no tenían edad de votar entonces, y todos los nacidos después, nunca la votaron») — dato

«En el verano de 1980, en Polonia...» — 9.2 — Instituto de la Memoria Nacional de Polonia (IPN), fuente secundaria; en la obra, 9.2, caso 3; pieza 14, «La historia en su orden» (nivel B) — dato — nivel B; el astillero de Gdańsk

«El 31 de agosto se firmó un acuerdo...» — 9.2 — acuerdo de 31-8-1980, en la obra, 9.2; traducción de la edición, del polaco; IPN, fuente secundaria — dato

«En 1989, la Mesa Redonda...» — 9.2 — Sejm, resolución de 14-3-2014; traducción de la edición, del polaco; en la obra, 9.2 — dato

«En 1989, la Mesa Redonda...» — 9.2 — Encyclopaedia Britannica, «Tadeusz Mazowiecki»; Ministerio de Educación de Polonia; fuentes secundarias; en la obra, 9.2 — dato — el jefe de Gobierno, sin nombre en el texto; nombrado el 24 de agosto de 1989, en un Gobierno de coalición (9.2, corregido)

«En 1984, una ley reguló...» — 6.4 — Ley Orgánica 3/1984, art. 3.1, en la obra, 6.4 — dato

«Quedaron fuera las materias...» — 6.4 — Ley Orgánica 3/1984, art. 2, en la obra, 6.4 — dato

«Por esa vía nadie puede proponer...» — 6.4 — la obra, 6.4 (la ley electoral y la del poder judicial son orgánicas); pieza 14, «La historia en su orden» — dato

«Desde 1985, las Cámaras eligen...» — 6.4 — Ley Orgánica 6/1985 del Poder Judicial; hoy, art. 567.1 («Las veinte personas Vocales del Consejo General del Poder Judicial serán designadas por las Cortes Generales»); en la obra, 6.4 — dato — 12

«Al año siguiente, el Tribunal Constitucional...» — 6.4 — STC 108/1986, FJ 13, en la obra, 6.4 (y 11.3) — dato

- «Desde 1985, las Cámaras eligen...» — 9.1 — Decreto 2065/1974, art. 154.1.b, y las leyes que lo siguen, en la obra, 9.1; pieza 14, «La historia en su orden» (1974, 1985, 2026 y 2027) — dato
- «En febrero de 1986, en Filipinas...» — 9.2 — declaración del presidente de EE. UU., 15-2-1986 (Biblioteca Reagan); traducción de la edición, del inglés; en la obra, 9.2 — dato
- «Durante cuatro días...» — 9.2 — Gaceta Oficial de Filipinas, páginas de EDSA (copia del Internet Archive), fuente secundaria; en la obra, 9.2 — dato — 4 días; la avenida EDSA, sin su nombre; «y millones en todo el país»
- «Eran 2,9 años...» — 8.8 — Banco de España, indicadores del mercado inmobiliario, cuadro SI 1.5, en la obra, 8.8 — dato — 2,9; la serie llega a 9,46 en 2007 y a 8,36 en junio de 2026 (8.8); renta bruta, no el esfuerzo real
- «En 1989, en Alemania del Este...» — 9.2 — Agencia Federal de Educación Cívica (bpb), crónicas de 7-5, 4-9 y 9-10-1989, fuente secundaria; en la obra, 9.2 — dato — nivel B; la lista única, con el 98,85 % oficial, y las diferencias de hasta el diez por ciento halladas por la oposición; unas 75.000 personas el 9 de octubre, y la policía no intervino
- «Ese mismo mes, en Praga...» — 9.2 — Encyclopaedia Britannica, «Velvet Revolution» (La revolución de terciopelo); Presidencia de la República Checa; ÚSTR (fuentes secundarias); Asamblea Federal, proyecto 217 y acta de la sesión de 29-11-1989; en la obra, 9.2, caso 5 — dato
- «Que un pueblo retire su sostén a un poder...» — 9.2 — la obra, 9.2, «Límite honesto» («que se retire el sostén a un poder no garantiza lo que llega luego») — dato

Capítulo 44. Plantilla

- «Al volver de la excursión, con la manta...» — 10.4 — la escena de la novela de Sofía, 19, tal cual (el sobre del buzón); la obra, 10.4 — dato
- «Lo abrieron Gea y él en la mesa...» — D.8 — la obra, D.8 (la solicitud de acreditación de la competencia, de los hechos y de la motivación): el escrito del capítulo 9 — dato
- «Le preguntó a Sofía IA qué decía la ley...» — 10.4 — Ley 39/2015, art. 35 (BOE), en la obra, 10.4, «En qué derechos se apoya» — dato
- «Los actos que limitan derechos...» — 10.4 — Ley 39/2015, art. 35 (BOE), en la obra, 10.4 — dato
- «Se imaginó lo que le contestarían en la oficina...» — 10.4 — la obra, 10.4, «La respuesta probable de la Administración», n.º 2 («El acto ya cita su norma, y basta una motivación sucinta») y la respuesta de la obra («Sucinta no es genérica»); «Una motivación de plantilla no cumple ese deber» («En qué derechos se apoya») — dato
- «Luego miró lo que no encajaba con su enfado...» — 10.4 — la obra, 10.4, «La constancia escrita» («nunca el enfrentamiento directo. Se responde por escrito, en plazo y con la ley en la mano»); el consejo del gestor (capítulo 3) — dato
- «Y entonces encontró lo que le hizo apretar el lápiz...» — 8.5; 7.6 — la obra, 8.5, «La idea» («Cuando el ciudadano omite, el sistema tiene recargo, sanción y apremio; cuando omite el sistema, el ciudadano tiene que acudir a un tribunal y esperar años»); el cobro sin juez, 7.6 (capítulo 20) — dato
- «No todo jugaba del mismo lado...» — 8.5 — Ley 39/2015, art. 24.1, en la obra, 8.5, «Conclusión, lo que arrojan los datos» (el vencimiento del plazo, en los procedimientos que inicia el ciudadano, le «legítima» para entender estimada su solicitud, «salvo las excepciones de la ley») — dato
- «Si quería discutirlo, había caminos...» — 10.4 — la obra, 10.4, «Las vías que ya han funcionado» (el recurso de reposición, ante el mismo órgano, en un mes; la reclamación económico-administrativa; el contencioso-administrativo) — dato
- «Lo que sí podía hacer era lo que había empezado...» — 10.4 — la obra, 10.4, «La constancia escrita» y «Qué hacer si no contestan» («Un escrito registrado que nadie contesta es un hecho documentado») — dato
- «Ya tarde, hizo lo que hace con un coche...» — 9.1 — la obra, 9.1, «La misma vara» (la regla que el sistema aplica a cualquier persona o empresa, 0.5) — dato
- «La buscó en la ley de las sociedades...» — 9.1 — Ley de Sociedades de Capital, art. 363.1.e (BOE), en la obra, 9.1 — dato
- «Si lo que tiene, restado lo que debe...» — 9.1 — Ley de Sociedades de Capital, art. 363.1.e, en la obra, 9.1, dicho en llano por el padre — dato — el patrimonio neto (lo que tiene, menos lo que debe) frente al capital social (lo que pusieron los socios)

«Luego buscó las cuentas...» — 9.1 — Tribunal de Cuentas, Declaración sobre la Cuenta General del Estado de 2024, párr. 2.23, en la obra, 9.1 — dato — patrimonio neto negativo desde 2017: 106.138,7 millones de euros a 31-12-2024; ocho cierres seguidos (9.1; 7.2, n.º 11)

«Y que le debía al Estado...» — 9.1 — Tribunal de Cuentas, Declaración sobre la Cuenta General del Estado de 2024, párr. 4.20, en la obra, 9.1 — dato — 126.170 millones de euros en préstamos del Estado, el 7,91 % del PIB de 2024

«En las estadísticas europeas...» — 9.1 — Eurostat, cuentas de las administraciones públicas (gov_10a_main), en la obra, 9.1 — dato — de 1995 a 2025, el gasto por encima del ingreso en 28 de 31 años

«Solo tres cerraron...» — 9.1 — Eurostat, cuentas de las administraciones públicas (gov_10a_main), en la obra, 9.1 — dato — superávit solo en 2005, 2006 y 2007

«Con esa regla, cualquier sociedad estaría...» — 9.1; 5.1 — la obra, 9.1, «Conclusión, lo que arrojan los datos» y «Por qué no se le declara en quiebra» (la Ley Concursal, 5.1, n.º 7) — dato

«Al lado, con la misma letra, apuntó...» — 9.1 — la obra, 9, «Límite honesto de la prueba» (un Estado no es una sociedad mercantil: tiene poder tributario y no desaparece como una empresa; la vara mercantil, una analogía elegida a propósito; causa de disolución con esa regla, no quiebra en sentido legal: sigue pagando y obteniendo préstamos) — dato

«Gea volvió a la cocina antes de acostarse...» — 10.8; 10.4 — la escena de la novela de Sofía, 19, tal cual; la obra, 10.8 («Hoy es una propuesta, no un archivo en marcha») y 10.4 (la constancia) — lectura del autor

«Por la mañana, Sofía vio la carpeta...» — 8.5; 9.1 — la escena de la novela de Sofía, 19, tal cual — dato

Capítulo 45. El radar

«El lunes, al volver de dejar a Sofía...» — 10.4; 2.6 — la obra, 10.4 («La constancia escrita» y «Lo que el escrito no hace») y 2.6 (el camino que sigue esta obra, y el que deja); la escena es de la casa — dato

«La otra multa la pagué...» — D.3; 10.5 — Ley de Tráfico, arts. 94 y 95.1, en la obra, D.3 y 10.5 — dato — pagar en los veinte días reduce la multa a la mitad, y las alegaciones «se tendrán por no presentadas»: el desenlace de la multa del capítulo 4

«Lo leyó entero, como leía ahora las cartas...» — 10.4; 2.6 — la obra, 10.4, «Lo que el escrito no hace» (no niega la jurisdicción, ni usa fórmulas de reserva de derechos ni firma con huella dactilar en tinta roja: «todo eso lo identifica como literatura pseudojurídica», 2.6) — dato

«Cuando escribió el suyo, el padre había leído...» — 10.4 — la obra, 10.4, «Lo que el escrito no hace»; el escrito del padre, D.8 (capítulo 9) — dato

«Esto ya lo miramos aquel día...» — E.2 — la obra, E.2 (el nombre en mayúsculas; capítulo 4) — dato

«Así saben de qué vídeo viene...» — 10.4 — la obra, 10.4, «La firma» («Sin anotaciones, sin siglas, sin huella, sin tinta de color: cualquier añadido de ese tipo convierte un escrito impecable en uno descalificable») — dato

«Lo tuyo. Que ibas por debajo...» — 10.4; D.3 — la obra, 10.4, «Qué pide» (n.os 5 y 6: la copia íntegra del expediente, Ley 39/2015, art. 53.1.a; quién tramita, art. 53.1.b) y «El domicilio» (STS 3259/2025, de 1 de julio); D.3 (copia del expediente con las pruebas en que se basa, e identidad del instructor, Ley 39/2015, art. 53.2.a) — dato

«Porque lo que dice la denuncia vale como prueba...» — D.3; 10.4 — la obra, D.3, «La respuesta probable de la Administración» (la denuncia tiene valor probatorio, Ley de Tráfico, art. 88, «salvo prueba en contrario») y su respuesta (Ley 39/2015, art. 53.2.b: «la presunción de no existencia de responsabilidad administrativa mientras no se demuestre lo contrario»); 10.4, «Lo que el escrito no hace» («La regla de oro: todo lo que afirma se puede comprobar, y todo lo que pide se puede conceder») — dato

«Veinte días naturales desde que te llegó...» — D.3; 10.5 — Ley de Tráfico, art. 95.1, en la obra, D.3 y 10.5 — dato — el plazo de alegaciones de una multa de tráfico (se lo dijo en el capítulo 4)

«Ese no va a ir contigo al juzgado...» — 2.6 — Código Penal, art. 384, en la obra, 2.6, «El riesgo real en España» (quien conduce «sin haber obtenido nunca permiso o licencia de conducción»: prisión de tres a seis meses, multa de doce a veinticuatro meses o trabajos en beneficio de la comunidad de treinta y uno a noventa días) y «El patrón» (basta con que alguien las crea y actúe en consecuencia, de buena fe) — dato

«Tú eres tuyo —dijo el padre sin volverse...» — 2.6 — la obra, 2.6, «El camino» (la misma raíz, que tiene razón en lo esencial, y un camino distinto, el de la prueba) — lectura del autor

«El radar ese está a la entrada del polígono...» — 10.4 — la obra, 10.4, «Defenderse juntos»: la pregunta de Constancio, que el padre mira esa noche — dato

«Esa noche, con Sofía dormida y Gea leyendo...» — 8.5 — la obra, 8.5, «La idea» (el sistema toma actuando, y toma también no actuando) — dato

«Lo primero fue el talonario...» — 8.5 — Ley 41/1994, art. 78 (el 16 %, desde 1995) y Real Decreto-ley 20/2012, art. 23 (el 21 %, desde el 1-9-2012), en la obra, 8.5, n.º 1 — dato — el IVA general: 16 % de 1995 a junio de 2010 y 21 % desde el 1-9-2012; el talonario viejo es de la casa

«Ese impuesto había entrado...» — 8.5 — Ley 30/1985, art. 27.1 (12 %, 1986); Ley 31/1991, art. 81 (13 %, 1-1-1992); Real Decreto-ley 5/1992, art. 1.1 (15 %, 1-8-1992); Ley 41/1994, art. 78 (16 %, 1995); Ley 26/2009, art. 79 (18 %, 1-7-2010); Real Decreto-ley 20/2012, art. 23 (21 %, 1-9-2012); en la obra, 8.5, n.º 1 — dato — el tipo general del IVA

«Con el cinturón había pasado lo mismo...» — 8.5 — Decretos 3530/1972 y 2926/1974 y Real Decreto 13/1992, art. 117 y disposiciones transitorias, en la obra, 8.5, n.º 1 — dato — el cinturón: instalarlo delante, usarlo en vías interurbanas desde el 11-11-1974 y, en 1992, en vías urbanas y, en los turismos nuevos, detrás

«Y con el casco...» — 8.5 — Real Decreto 1467/1981 y Real Decreto 13/1992, art. 118.1, en la obra, 8.5, n.º 1 — dato — el casco: desde 1982, motos de más de 125 centímetros cúbicos en todas las vías y las demás en las interurbanas; desde 1992, todas en todas las vías

«El tipo más alto de aquel impuesto...» — 8.5 — Leyes 30/1985, 31/1991 y 37/1992, en la obra, 8.5, n.º 1 («Y las excepciones») — dato — el tipo incrementado del IVA: del 33 % al 28 % en 1992; suprimido en 1993

«Y a los que ponían placas...» — 8.5 — Real Decreto 900/2015, art. 17, y Real Decreto-ley 15/2018, exposición de motivos, en la obra, 8.5, n.º 1 — dato — el cargo al autoconsumo eléctrico

«Y a los que ponían placas...» — 8.5 — Real Decreto-ley 15/2018, exposición de motivos (BOE), en la obra, 8.5 — dato

«Escribió: «La obligación...» — 8.5 — la obra, 8.5, n.º 1 (normas leídas en el BOE) — dato

«Se acordó de lo que había escrito pensando en el coche de Prudencio...» — 4.4 — la obra, 4.4 (los epiciclos y la norma que necesita cada vez más salvedades; capítulo 41) — lectura del autor

«Luego vino lo que no se hace...» — 8.5 — la obra, 8.5, «La vara» (un deber jurídico documentado de actuar, un plazo vencido y verificable y un tercero que lo certifique; si falta una, es retraso, no omisión; el criterio, del Código Penal, art. 11) — dato

«Lo primero que encontró fue que lo firme...» — 8.5 — Ley Orgánica 4/1981, arts. 11.b y 1.3, en la obra, 8.5, n.º 2 — dato — la ley de los estados de alarma no se ha reformado desde 1981

«Lo primero que encontró fue que lo firme...» — 8.5 — Ley Orgánica 4/1981, art. 1.3 (BOE), en la obra, 8.5 — dato

«El Constitucional anuló parte del primer estado de alarma...» — 8.5; 7.2 — STC 148/2021, FJ 11, en la obra, 8.5, n.º 2 (y 7.2, n.º 9) — dato

«Con la zona de bajas emisiones de Madrid...» — 8.5; 7.5 — auto del Tribunal Supremo de 15-4-2026 y Ordenanza 2/2026 (BOCM de 6-4-2026), en la obra, 8.5, n.º 2, y 7.5, caso 2; que no se devuelve lo cobrado, fuente secundaria: prensa, abril y julio de 2026 — dato

«La gasolina le tocó más cerca...» — 8.5 — STS 872/2026, de 9-7-2026; sentencias del Tribunal de Justicia de la UE de 30-5-2024 (C-743/22) y de 28-6-2022 (C-278/20); en la obra, 8.5, n.º 3 — dato — el tramo autonómico del impuesto sobre hidrocarburos, del 1-1-2013 al 1-1-2019

«Pensó en Constancio llenando el depósito...» — 8.5 — STS 872/2026, en la obra, 8.5, n.º 3 — dato — del 1-1-2013 al 1-1-2019; la furgoneta de Constancio es de la casa

«Lo apuntó como...» — 8.5 — la obra, 8.5, n.º 3 — dato

«La de los autónomos pequeños y el impuesto...» — 8.5; 7.5 — Comisión Europea, comunicado de 11-3-2026; asunto C-504/26, Diario Oficial de la UE, 6-7-2026 (32.430 euros por día de retraso, con un mínimo de 7.540.000, y 135.811,20 euros al día si sigue sin transponer cuando haya sentencia); Decreto ley 3/2026 de Canarias (la franquicia de su impuesto, de 30.000 a 50.000 euros); en la obra, 8.5, n.º 4, y 7.5, caso 1 — dato

«Bruselas lo decía así...» — 8.5 — Comisión Europea, comunicado de 11-3-2026, en la obra, 8.5 — dato

«Después, el bono de la luz...» — 8.5 — la obra, 8.5, n.º 5 (el algoritmo del bono social, BOSCO) — dato

«El Supremo le dio la razón...» — 8.5 — STS 1119/2025, de 11-9-2025; resolución del Consejo de Transparencia de febrero de 2019; en la obra, 8.5, n.º 5 — dato — el derecho de la Fundación Ciudadana Civio a acceder al código fuente de BOSCO

«Más de seis años para ver...» — 8.5 — la obra, 8.5, n.º 5 — dato — lo dice el padre: de febrero de 2019 a septiembre de 2025

«Sofía IA: Sí. Los aparatos...» — 8.5 — STS de 12-11-2015, rec. 816/2015, FJ 10; STS 1978/2017, citada por el Procurador del Común (fuente secundaria: no se ha podido leer entera); en la obra, 8.5, n.º 6 — dato — Sofía IA, el hilo del capítulo: da la de 2017 como leída, y es de segunda mano (la obra: no se ha podido leer entera)

«La primera la encontré...» — 8.5 — STS de 12-11-2015, rec. 816/2015, FJ 10, en la obra, 8.5, n.º 6 («lo determinante es si para la constancia de una conducta infractora miden cierto parámetro») — dato — el control metrológico, dicho en llano

«Pidió el papel, y Sofía IA le dio una referencia...» — 8.5 — STS 1978/2017, citada por el Procurador del Común; en la obra, 8.5, n.º 6 («fuente secundaria: no se ha podido leer entera») — dato

«Y debajo, lo que sí estaba en el papel...» — 8.5 — STS 184/2018, en la obra, 8.5, n.º 6 — dato — margen de error de los radares: 5 % desde una ubicación sin movimiento y 7 % si se mueven

«En 2025, treinta y dos mil...» — 8.5 — Observatorio Estatal de la Dependencia, XXVI Dictamen, presentado en el Congreso el 13-3-2026, en la obra, 8.5, n.º 7 — dato — 32.704 personas murieron en 2025 esperando una respuesta del sistema de dependencia (40.447 en 2023 y 34.252 en 2024)

«En 2025, treinta y dos mil...» — 8.5 — Observatorio Estatal de la Dependencia, XXVI Dictamen, en la obra, 8.5, n.º 7 — dato — 17.994, sin que se les hubiera resuelto el grado

«En 2025, treinta y dos mil...» — 8.5 — Observatorio Estatal de la Dependencia, XXVI Dictamen, en la obra, 8.5, n.º 7 — dato — 14.710, con el grado reconocido, esperando la prestación

«El tiempo medio para resolver...» — 8.5 — Observatorio Estatal de la Dependencia, XXVI Dictamen, en la obra, 8.5, n.º 7 — dato — 341 días, el tiempo medio de resolución

«Eché la cuenta...» — 8.5 — cálculo de la obra, 8.5, n.º 7 («Una persona cada dieciséis minutos») — dato — 32.704 al año

«Lo apuntó en la lista sin ponerle la palabra omisión...» — 8.5 — la obra, 8.5, «La vara» (si falta una de las tres, es retraso, no omisión) y n.º 7 (a 31-3-2026 esperaban 271.556 personas: 118.716 sin valorar y 152.840 con la prestación reconocida; nota de la Asociación de Directoras y Gerentes de Servicios Sociales, 10-4-2026) — dato

«Y la publicidad del Estado...» — 8.5 — La Moncloa, informes anuales de publicidad y comunicación institucional, en la obra, 8.5, n.º 9 — dato — 25.915.168 euros en 2019, 70.430.604 en 2024 y 88.078.848 en 2025

«Había un criterio internacional...» — 8.5 — CIDH, Declaración de Principios sobre Libertad de Expresión, principio 13, en la obra, 8.5, n.º 9 («la asignación arbitraria y discriminatoria de publicidad oficial» [...] «atenta contra la libertad de expresión») — dato

«Una, del diccionario de los juristas...» — 8.5 — Diccionario panhispánico del español jurídico, en la obra, 8.5, n.º 12 — dato

«Y otra, de un decreto de un emperador romano...» — 8.5 — Digesto 48.7.7 (un decreto de Marco Aurelio), traducción de la edición, en la obra, 8.5, n.º 12 — dato

«La apuntó sin flecha...» — 8.5; 10.5; 7.6 — la obra, 8.5, «Lectura del autor» (tomarse la justicia por la propia mano, incluso para cobrar algo legítimo, es en sí mismo violencia); 10.5 (la providencia de apremio tiene «la misma fuerza ejecutiva que la sentencia judicial», Ley General Tributaria, art. 167); el cobro sin juez, 7.6 (capítulo 20) — lectura del autor

«Lo que pasó a «Comprobado» lo escribió sin rabia...» — 8.5 — la obra, 8.5, «Conclusión, lo que arrojan los datos» (en cuatro casos declara el incumplimiento un tercero; «el Estado cobra o niega en el acto, y corrige tarde, cuando corrige»; «El silencio del ciudadano se castiga solo; el del sistema hay que perseguirlo») — dato

«Y en «Lo que yo creo», pensando en la lámpara...» — 8.5 — la obra, 8.5, «Lectura del autor» (el bien es como la luz; la manipulación es controlar la iluminación, dejar a oscuras una parte y luego decir «elige») — lectura del autor

«Encontró más de lo que esperaba...» — 10.4 — Ley 29/1998, arts. 34 (acumulación), 37.2 (pleito testigo), 110 (extensión de efectos en materia tributaria, en un año), 23.1 (procurador opcional ante un juzgado unipersonal) y 139.1 (costas), en la obra, 10.4, «Defenderse juntos» — dato

«Encontró también lo que le contestarían...» — 10.4 — la obra, 10.4, «La respuesta probable de la Administración», n.º 5 («Una avalancha de escritos idénticos es abusiva», Ley 19/2013, art. 18.1.e) y su respuesta (el escrito exige hechos concretos del propio asunto; la vía colectiva, la acumulación y el pleito testigo) — dato

«En «Comprobado» lo puso como...» — 10.4 — la obra, 10.4, «Defenderse juntos», «Conclusión, lo que arrojan los datos» («los cauces para defenderse en grupo ya existen. Lo que falta es encontrar a quien tiene el mismo problema») — dato

«En «Lo que yo creo» lo escribió despacio...» — 10.8; 10.4 — la obra, 10.8, «Lectura del autor (propuesta)» (el Registro de los frutos: cada ciudadano deja constancia de sus escritos y de la respuesta o el silencio, con un código para que cualquiera lo compruebe; sus datos, solo si lo autoriza) y 10.4, «Defenderse juntos», «Lectura del autor (propuesta)» (encontrarse y defenderse juntos, con el consentimiento expreso de cada uno, Reglamento General de Protección de Datos, art. 6.1.a; una inteligencia artificial agruparía los casos; 50 euros al sumarse; las costas, repartidas si se pierde, dicho desde el principio) — lectura del autor

«Podrían pagar entre todos...» — 10.4 — la obra, 10.4, «Defenderse juntos», «Lectura del autor (propuesta)» — lectura del autor — «un coste que el autor sitúa en no más de 100 euros por persona»

«Y la ley ya dejaba algunas puertas abiertas...» — 10.8; 1.5 — Constitución, art. 125; Ley Orgánica del Poder Judicial, art. 19 (el Tribunal de las Aguas, capítulo 31); Ley Orgánica 4/2001, art. 4.2 (la petición colectiva); Ley 29/1998, arts. 37.2, 110 y 111; en la obra, 10.8, «Hechos», y 1.5 — dato

«Con todo aquello junto y a la vista...» — 10.8 — la obra, 10.8 («Hoy es una propuesta, no un archivo en marcha»); la frase de Gea, capítulo 44 — lectura del autor

«Apagó la luz de la cocina pasada la una...» — 8.4 — la pregunta del desayuno (capítulo 44; novela de Sofía, 19), que sigue abierta: la carga, en el capítulo 52 — dato

Capítulo 46. Veintitrés ficheros

«El martes, a mediodía, Justo ya estaba...» — 5.1; 11.3 — la obra, 5.1, presunción n.º 21 («Hay transparencia: todo se publica»), y 11.3, cargo 22, «La presunción» («Que todo se publica») — presunción

«El de las gafas lo sabía por Sofía...» — 10.4 — la escena de la novela de Sofía, 20 (la carpeta, contada en el recreo); la obra, 10.4 (la constancia) — dato

«Pues eso es una tontería, con perdón...» — 11.3; C.0 — la obra, 11.3, cargo 22, «La defensa del Estado» (la Ley 19/2013 y los portales publican una enorme cantidad de datos) y «Dónde aguanta» (hay ley, portal y derecho de acceso; los datos sueltos se publican); C.0 (las retribuciones de los altos cargos son públicas: Ley 3/2015, art. 4, y Ley 19/2013) — dato

«Sonó el timbre y empezaron a salir...» — 5.1; 0.4 — la escena de la novela de Sofía, 20, tal cual; la obra, 5.1, n.º 21, y 0.4 (lo que se da por cierto sin haberlo mirado es una presunción) — dato

«Sofía IA: Sí. El Portal de la Transparencia...» — C.1 — la obra, C.1 (el Portal publica cada retribución, en 23 ficheros y sin un total); el error de Sofía IA, de la novela de Sofía, 20, tal cual — dato

«Justo tenía razón en una cosa...» — C.1 — Portal de la Transparencia, retribuciones de altos cargos, en la obra, C.1 — dato — la retribución íntegra de cada alto cargo, publicada desde 2013

«Pero no en una página...» — C.1; 8.6 — Portal de la Transparencia, retribuciones de altos cargos, en la obra, C.1 y 8.6 — dato — 23 ficheros, uno por ministerio, sin un total

«Uno de los ficheros no se abría...» — C.1 — la obra, C.1, «Dificultad» (la consulta del fichero de Asuntos Exteriores devolvió error del servidor en tres intentos; los filtros por fecha no devolvieron resultados) — dato — un callejón, apuntado como tal

«Y cada consulta daba...» — C.1; 8.6 — la obra, C.1, «Dificultad», y 8.6 (un tope de 1.000 registros por consulta) — dato — el tope de la descarga

«Sacó el lápiz corto, el de los presupuestos...» — C.1 — la obra, C.1 (una persona puede aparecer más de una vez, y los cambios de Gobierno aumentan los registros: son registros de retribución, no personas distintas) — dato

«El miércoles por la noche acabó la suma...» — C.1 — Portal de la Transparencia, recuento de la obra, en la obra, C.1 — dato — 743 registros en 2025 (695 en 2017, 859 en 2021, 798 en 2023 y 798 en 2024)

«En 2025 eran setecientos...» — C.1 — Portal de la Transparencia, recuento de la obra, en la obra, C.1 — dato — 392 registros, el 52,8 %, superan los 100.000 euros; retribución media de 92.294 euros (en 2024, 323 de 798, el 40,5 %)

«Todo junto, solo los de arriba del Gobierno...» — C.2; C.1 — Portal de la Transparencia, suma de la obra, en la obra, C.2 (68,57 millones en 2025) y C.1 (64,6 millones en 2024) — dato — cálculo de la obra; tal cual en la novela de Sofía, 20 («se acercaba a los setenta millones»)

«En los ministerios había por lo menos...» — C.1; 8.6 — Estadística del Personal al Servicio de las Administraciones Públicas, enero de 2026, tabla 2.3, en la obra, C.1 — dato — 959 en enero de 2026, 490 de ellos en el Ministerio de la Presidencia, Justicia y Relaciones con las Cortes (869 en julio de 2023, 924 en julio de 2024 y 936 en enero de 2025; además, 46 en organismos autónomos en enero de 2025); un mínimo (5.1)

- «En los ministerios había por lo menos...» — C.1 — la obra, C.1, «Dificultad» (el Boletín no incluye el personal eventual de las comunidades autónomas, de los ayuntamientos ni de los órganos constitucionales, ni los sueldos de cada asesor) — dato
- «Del coste de todos ellos, nada...» — C.2; 8.6 — Presupuestos de 2023, sección 25, programa 912M, en la obra, C.2 y 8.6 — dato — 18,03 millones al año, los asesores de la Presidencia del Gobierno
- «Estaba recogido, en un sistema del Ministerio...» — C.1; 8.6 — ISPA 2025 (retribuciones de 2024), del Ministerio para la Transformación Digital y de la Función Pública, en la obra, C.1 y 8.6 — dato — sumarlo exigiría consultar una a una más de 8.000 entidades
- «Mil ciento noventa y cinco...» — C.1 — ISPA 2025, recuento de la obra, en la obra, C.1 — dato — 1.195 ayuntamientos no informaron; en los 6.934 que sí, 6.934 alcaldes y 51.320 concejales; el País Vasco no remitió los datos de su gobierno, y faltan Cuenca, Guadalajara, Formentera y Fuerteventura
- «Y al pie, una nota del propio Ministerio...» — C.1 — ISPA 2025, nota (los datos los facilitan las entidades; los listados no son definitivos; no responde de su veracidad), en la obra, C.1 — dato
- «Delante de Amparo, la tarde de la legión...» — 8.5; C.1 — Diario de Sesiones del Congreso, Comisión de Justicia, n.º 157, 15-3-2017, en la obra, 8.5, n.º 8 — dato — 17.603, de las instituciones del Estado y de las comunidades autónomas (capítulo 39)
- «Salía de la única oficial que existía...» — 8.5; C.1 — Diario de Sesiones del Congreso, Comisión de Justicia, n.º 157, 15-3-2017, en la obra, 8.5, n.º 8, y C.1 — dato — casi 250.000; algo más de 232.000 de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad; cinco, miembros de la familia real; 17.603, de las instituciones del Estado y de las comunidades autónomas
- «La había dado de palabra...» — 8.5; C.1 — Diario de Sesiones del Congreso, Comisión de Justicia, n.º 157, 15-3-2017, en la obra, 8.5, n.º 8, y C.1 — dato — la única cifra oficial localizada, dicha de palabra
- «En 2018, el Ministerio de Justicia...» — C.1 — La Moncloa, notas de prensa del Ministerio de Justicia de 12 y 14-9-2018, en la obra, C.1 — dato — su resultado no se ha localizado
- «Y la Casa del Rey, porque Justo...» — C.2 — Casa de S.M. el Rey, presupuesto de 2026, en la obra, C.2 — dato — asignación global de 8.431.150 euros, la misma desde 2021 (seis ejercicios seguidos); el texto no da sueldos
- «Y la Casa del Rey, porque Justo...» — C.2; 11.3 — Tribunal de Cuentas, informe de 25-6-2026 (opinión favorable sobre las cuentas de 2025), en la obra, C.2, y 11.3, cargo 22 («La defensa del Estado», «Dónde aguanta» y «Límite honesto») — dato
- «En la relación de puestos de un ministerio...» — C.2; 11.3 — Portal de la Transparencia, relación de puestos de trabajo del Ministerio de la Presidencia, anexo de la Casa de S.M. el Rey, 1-X-2026, en la obra, C.2 — dato — 161 puestos (159 no vacantes y 2 vacantes); cuántas personas más sirven en la Casa y quién les paga el sueldo no se ha podido leer en una fuente oficial
- «A un lado, «El velo»...» — 8.6 — la obra, 8.6, «El velo y el muro de opacidad» (el velo, la complejidad que está a la vista de todos, «escondido en cientos de miles de páginas», Pórtico V; el muro, los datos que el Estado no publica, o publica de forma que no se pueden sumar) — dato
- «Debajo del muro, dos columnas...» — 8.6; 5.1; C.0 — la obra, 8.6 («La ley obliga a publicar cada dato; nadie está obligado a publicar la suma»), 5.1, n.º 21, y C.0 (Ley 3/2015, art. 4; Ley 19/2013; Estatuto Básico del Empleado Público, art. 12.2) — dato
- «Luego volvió a la página del Arca...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 22, «Dónde aguanta» (hay ley, portal y derecho de acceso para todos, y los datos sueltos se publican) — dato
- «Si alguien lo escondía a propósito...» — 11.3; 8.6 — la obra, 11.3, cargo 22, «Límite honesto» (no prueba que se oculte a propósito: la suma no está prohibida; solo no es obligatoria) y 8.6 (cerrar el muro exigiría pedir cada dato por la vía que la ley abre a todos) — dato
- «Dejó las hojas de las sumas...» — C.2 — las hojas que Amparo verá el jueves, con el total de la nómina pública (C.2; capítulo 47) — dato

Capítulo 47. La ventanilla

- «El jueves por la tarde, cuando subió del taller...» — C.2 — las hojas de las sumas del capítulo 46 (C.1 y C.2) — dato
- «Eso sí se publica, y todo junto...» — C.2 — Eurostat, remuneración de asalariados por subsectores, en la obra, C.2 — dato — 172.749 millones de euros en 2024, cotizaciones del empleador incluidas (30.606 el Estado, 108.023 las comunidades, 30.997 los ayuntamientos y diputaciones, 3.123 la Seguridad Social)

«Para algo más de tres millones...» — C.2; B.1 — Estadística del Personal al Servicio de las Administraciones Públicas, enero de 2026, tabla 1.1, en la obra, C.2 — dato — 3.071.725 personas en enero de 2026 (546.554 en el Estado, 1.930.273 en las comunidades y 594.898 en la Administración local); en enero de 2025, 3.033.304 (B.1)

«Si lo divides, salen unos...» — C.2 — cálculo de la obra, en C.2 («solo como orden de magnitud y con fechas que no coinciden») — dato — 56.238 euros de coste medio por empleado público al año, cotizaciones incluidas; el padre lo dice como cuenta, con su límite

«Lo que pagan de media las administraciones...» — B.2; B.1 — Agencia Tributaria, Modelo 190, 2024, en la obra, B.2 y B.1 — dato — 34.482 euros de retribución media anual en las administraciones frente a 22.962 en el resto de pagadores: un 50,2 % más; las administraciones pagan al 17,4 % de los asalariados y perciben el 24,0 % de las retribuciones

«Esto te lo rebata cualquiera que lo defienda en serio...» — B.2; B.0 — la obra, B.2 («Lo que estos datos no dicen: por qué»: la jornada, los meses, la antigüedad, la cualificación, la ocupación; los contratos temporales o a tiempo parcial bajan la media del privado; si es justo es una valoración; «administraciones públicas» incluye docentes, sanitarios, policía y militares) y B.0 — dato

«Luego pasó a la lista que tenía empezada...» — B.2; 11.3 — la obra, B.2, y 11.3, cargo 22 — dato

«Ya en la puerta, con el bolso al hombro...» — 8.9 — la obra, 8.9 (la sensación de que la gente es peor que antes) — presunción

«Y no te creas que no lo entiendo...» — 7.6; A.8 — la obra, 7.6, «Las capas» (el de sucesiones al heredarlo), y A.8, art. 133.1 (una normativa de Sucesiones y Donaciones por comunidad autónoma) — dato

«Esa noche siguió sumando...» — C.1 — la obra, C.1 (los cargos de los ayuntamientos, sin sumar) — dato

«Era la mejor defensa, y era verdad...» — 8.6; 11.3; D.2 — Ley 19/2013, art. 12, en la obra, 8.6 y 11.3, cargo 22 («Su propia ley») — dato

«Era la mejor defensa, y era verdad...» — 8.6; 11.3 — Ley 19/2013, art. 12 (BOE), en la obra, 8.6 — dato

«Buscó cómo se pide...» — D.2 — Ley 19/2013, arts. 17.3 (no hace falta decir para qué), 20.1 (un mes, ampliable otro), 20.4 (sin respuesta, desestimada) y 24.2 (reclamación ante el Consejo de Transparencia y Buen Gobierno en un mes), en la obra, D.2 — dato

«Antes de acostarse abrió la Biblia de su madre...» — 5.2; 11.3 — Lc 12:2, Reina-Valera Antigua, en la obra, 5.2 y 11.3, cargo 22 — dato

«No decía que nadie lo escondiera...» — 11.3; 8.6 — la obra, 11.3, cargo 22, «Límite honesto» (la suma no está prohibida; solo no es obligatoria) — dato

«Un estudio lo había medido...» — 8.9 — Mastroianni y Gilbert, «La ilusión del declive moral», 2023, en la obra, 8.9 — dato — 12,4 millones de personas; al menos 60 países; los autores, sin nombre en el texto

«Un estudio lo había medido...» — 8.9 — Mastroianni y Gilbert, 2023, en la obra, 8.9 — dato — al menos 70 años (en Estados Unidos, de 1949 a 2019, en el 84 % de las preguntas la mayoría dijo que la moral había empeorado)

«Pero cuando se mira lo que la gente dice...» — 8.9 — Mastroianni y Gilbert, 2023, traducción de la edición, en la obra, 8.9 — dato

«Y la sensación se atenúa...» — 8.9 — la obra, 8.9 (la percepción se atenúa, desaparece o se invierte cuando se pregunta por personas que uno conoce bien o por épocas anteriores a su nacimiento; el mecanismo propuesto, la exposición y la memoria sesgadas) — dato

«Un equipo de fuera lo repitió...» — 8.9 — Transparent Replications, informe n.º 10, 8-7-2024, en la obra, 8.9 — dato — «coincidieron extremadamente de cerca con los del estudio original»

«Sofía IA le encontró también una crítica...» — 8.9 — Smith, Smith y Stocks, «La ilusión de la ilusión del declive moral», 2023, en la obra, 8.9 («fuente secundaria: leído solo en transcripción») — dato

«Hay una encuesta que pregunta...» — 8.9 — CIS, estudios de opinión pública y política fiscal de 2014 a 2026, en la obra, 8.9 — dato — 4,74 en 2014 y 5,58 en 2026 (5,4 en julio de 2020, 5,7 en 2021, 5,75 en 2022, 5,73 en 2023, 5,43 en 2024 y 5,41 en 2025)

«La confianza entre la gente es...» — 8.9 — CIS, en la obra, 8.9 (de 4,74 en 2014 a 5,58 en 2026: doce años) — dato — de 2014 a 2026

«Lo que no aprueba es otra cosa...» — 8.9 — EsadeEcPol, «Polarización y convivencia en España 2021», 2022, en la obra, 8.9 («ninguna administración (local, autonómica, central, europea) consigue el aprobado en España») — dato

«Al final encontró una carta...» — 8.9 — Acton, carta a Creighton, 5-4-1887, en *Historical Essays and Studies*, 1907, p. 504, en la obra, 8.9 — dato — el historiador, sin nombre en el texto

«Y una frase que conocía de oídas...» — 8.9 — Acton, carta de 1887, traducción de la edición, en la obra, 8.9 — dato

«Pensó en la ventanilla de Amparo...» — 8.9; 7.7 — la obra, 8.9, «Conclusión» (el diseño legal enfrenta a la gente sin que nadie tenga que actuar de mala fe, 7.7) y 7.7 (las leyes que obligan a decidir deprisa; capítulo 19) — dato

«Arriba de una hoja nueva escribí...» — 7.6 — la obra, 7.6, «Las capas» — dato

«Lo que Amparo había dicho de la comunidad...» — A.8 — la obra, A.8, art. 133.1 («Existen 18 normativas distintas de Sucesiones y Donaciones (una por comunidad autónoma)») — dato

«Y en el informe de una asociación de asesores fiscales...» — A.8 — AEDAF, 2019, p. 148, con datos del Notariado, en la obra, A.8, art. 133.1 — dato — las renunciaciones a herencias, triplicadas de 2011 a 2018 en varias comunidades (Andalucía, Asturias, Extremadura y Murcia); el informe lo atribuye a las deudas, en su mayoría hipotecarias, y sobre todo a la elevada carga fiscal en algunas comunidades

«Debajo escribió lo que le ponía el freno...» — 7.6 — la obra, 7.6, «Las capas» — dato

«Nadie en esa cadena le había querido hacer daño a Amparo...» — 7.6 — la obra, 7.6 (un fallo de coordinación, no una prueba de intención) — lectura del autor

«Y en «Lo que yo creo», debajo de lo del puzle...» — 8.9 — la obra, 8.9, «Lectura del autor» («el sistema es el que ha creado los problemas actuales») — lectura del autor

«Lo apuntó para decírselo a Amparo...» — 8.9 — la obra, 8.9 (la desconfianza apunta a las instituciones, no a las personas) — dato

Capítulo 48. Encima de la farmacia

«El viernes por la mañana, después de dejar a Sofia...» — B.3; 8.4 — la gestoría del capítulo 3 (el entresuelo de la calle del mercado, encima de una farmacia); la obra, 8.4 («Los costes indirectos») — dato

«Oye. ¿Yo cuánto le pago al Estado?...» — 8.4; B.3 — la pregunta de Sofia en el desayuno del lunes (novela de Sofia, 19; capítulo 44), que el padre le lleva al gestor — dato

«Lo tuyo lo tienes en esos papeles...» — B.3 — la obra, B.3 (un perfil de la obra; la cuota del padre no lleva número) — dato

«Te hago la de uno que saque...» — B.3; 8.4 — Instituto Juan de Mariana, *Impuestómetro 2026*, con datos de Molinari y EY (estudio privado), en la obra, 8.4 y B.3 — dato — 39.481 euros: el coste laboral del asalariado medio, soltero y sin hijos, con datos de 2025; es «el mismo valor generado» del autónomo en B.3

«El autónomo no tiene empresa que cotice...» — 8.4 — Orden PJC/297/2026, arts. 18.1, 18.2 y 37, en la obra, 8.4 — dato

«Si elige la más baja, entre la cuota...» — B.3; 8.4 — cálculo de la obra con las reglas de 2026 y las capas del *Impuestómetro 2026*, en B.3 y 8.4 — dato — 42,0 % con las cinco capas: autónomo sin sociedad, base mínima de su tramo (capa 1, 31,0 %; queda el 58,0 %)

«Si elige la más alta...» — B.3; 8.4 — cálculo de la obra con las reglas de 2026, en B.3 y 8.4 — dato — 53,2 %: autónomo sin sociedad, base máxima (queda el 46,8 %); con la base igual al bruto del asalariado, 48,9 %

«La baja deja más dinero hoy...» — B.3; 8.4 — la obra, B.3, notas al cuadro («Con la base mínima paga menos hoy, pero su pensión se calculará sobre una base menor, y el cuadro no mide esa diferencia»), y 8.4 — dato

«Lo que pagas sin verlo...» — 8.4; B.4 — la obra, 8.4 (las cinco capas, de certeza decreciente) y B.4 (qué está dentro de las capas) — dato

«En el bar dicen muchas cosas...» — 8.4 — Ley General de la Seguridad Social, art. 308.1.a, regla 4.^a; Orden PJC/297/2026, art. 3, en la obra, 8.4 — dato

«Con sociedad, la cuota mínima es más alta...» — 8.4 — Orden PJC/297/2026, en la obra, 8.4 (cálculo) — dato — unos 5.384 euros al año frente a 2.470,56 del autónomo sin sociedad con la base más baja: 2,18 veces

«A una que facture menos de un millón...» — 8.4 — Ley 27/2014, art. 29.1 y disposición transitoria cuadragésima cuarta, en la obra, 8.4 — dato — la cifra de negocios inferior a un millón de euros; el tipo general, el 25 %

«A una que facture menos de un millón...» — 8.4 — Ley 27/2014, art. 29.1 y disposición transitoria cuadragésima cuarta, en la obra, 8.4 — dato — el 19 % hasta 50.000 euros de base imponible y el 21 % el resto en 2026 (21 y 22 % en 2025; 17 y 20 % en el régimen estable); «beneficio» lo dice el gestor en llano por la base imponible

«Si te lo pagas todo de sueldo...» — B.3; 8.4 — cálculo de la obra, en B.3 y 8.4 («en torno al 42 % si todo se cobra como retribución») — dato — 42,2 %: autónomo con sociedad, todo como retribución (queda el 57,8 %); la capa 4 es el Impuesto de Sociedades real de la sociedad, no una hipótesis, y no es comparable capa a capa

«Si mezclas, según cuánto saques...» — B.3; 8.4 — cálculo de la obra, en B.3 y 8.4 («y al 48 % si se combina retribución y dividendos») — dato — 42,8 % con 30.237 euros de retribución y el resto en dividendos; 47,7 % con 14.000

«Más o menos lo mismo, con más papeles...» — B.3; B.5 — la obra, B.3 y B.5 (sin sociedad conserva entre el 47 y el 58 %, según la base; con sociedad, entre el 52 y el 58 %) — dato

«Y una cosa que no dicen en el bar...» — 8.4 — Ley 39/2015, art. 14.2 («Las personas jurídicas» están obligadas a relacionarse por medios electrónicos) y 14.1 (las personas físicas «podrán elegir en todo momento»), en la obra, 8.4 — dato

«A ningún sitio. No es un impuesto...» — B.4; 8.4 — la obra, B.4 («La Seguridad Social y la gestoría»: la gestoría no es un impuesto y no está en ninguna cifra fiscal; cuánto cuesta no se ha leído en una fuente oficial) y 8.4 — dato

«A ningún sitio. No es un impuesto...» — 8.4 — Real Decreto 439/2007, art. 68, en la obra, 8.4 — dato — conservar los justificantes y llevar contabilidad o, según su régimen, libros registro de ventas e ingresos, de compras y gastos y de bienes de inversión

«Eso lo hago yo, o lo haces tú...» — 8.4 — la obra, 8.4, «Los costes indirectos» (gestores y asesores, abogados y procuradores, notarios y registradores, arquitectos, ingenieros, peritos, entidades de certificación y colegios profesionales; Ley 38/1999, art. 2.2; Real Decreto 1000/2010, art. 2) — dato

«Eso no lo paga nadie...» — 8.4; B.6 — ATA, nota de 10-8-2026 (asociación del sector), en la obra, 8.4 y B.6 — dato — 226 horas al año; la asociación, «Teniendo en cuenta un coste medio de 15 euros por hora», 3.390 euros; el padre lo pone en «Aún no lo sé» hasta leer la nota (la lee el domingo: novela de Sofía, 21B; capítulo 52)

«Eso no lo paga nadie...» — 8.4 — cálculo de la obra en 8.4 («unas cinco semanas y media de cuarenta horas») — dato — 226 entre 40 horas: 5,65 semanas; en la novela de Sofía, 21B, «más de cinco semanas al año»

«Eso no lo paga nadie...» — 8.4; B.6 — la obra, 8.4, «El tiempo de los trámites» (la Fundación Civismo, 332 horas para las pymes, 2021, estudio privado; el Banco Mundial, Doing Business 2020, con datos de 2018: 143 horas para que una empresa mediana pague sus impuestos, frente a 158,8 en los países ricos de la OCDE, con una tasa total del 47,0 % del beneficio frente al 39,9 %; para el asalariado no hay estudio equivalente, ni del tiempo de atender las cartas del Estado), y B.6 («las horas que se dedican a la burocracia valen dinero, aunque nadie las pague como tal») — dato

«Si es verdad, y se pagaran a salario mínimo...» — B.6 — Real Decreto 126/2026, de 18 de febrero (salario mínimo de 2026, 17.094 euros brutos al año), con una jornada de referencia de 1.826 horas (cálculo de la obra; Estatuto de los Trabajadores, art. 34.1), en B.6 — dato — 9,36 euros la hora; las 226 horas, 2.115 euros al año

«Si es verdad, y se pagaran a salario mínimo...» — B.6 — INE, Encuesta Anual de Estructura Salarial 2024 (29.540,26 euros brutos), cálculo de la obra, en B.6 — dato — 16,18 euros la hora; las 226 horas, unos 3.657 euros al año

«Y si tuvieras que contratar a alguien...» — B.6 — Orden PJC/297/2026, arts. 4 y 33 (la cotización de empresa del 30,65 % con contrato indefinido), cálculo de la obra, en B.6 — dato — 2.763 euros (2.115 y 648 de cotización) con el salario mínimo y 4.778 (3.657 y 1.121) con el medio; sin contar los impuestos que ya paga aparte ni la gestoría («Sin contar lo mío»); el dato de partida es de una asociación del sector

«Antes de que se levantara, el gestor sacó...» — B.5 — la obra, B.5 («El ahorrador paga tres veces por el mismo dinero»: el interés, la comisión por tener la cuenta y la inflación sobre el propio capital) — dato

«Y esto. La comisión por tener la cuenta...» — B.5 — la obra, B.5 — dato — el interés, la comisión y la inflación

«Al bajar, la cola de la farmacia...» — 8.10 — la obra, 8.10 — dato

«Una asociación de usuarios de bancos...» — B.5 — ASUFIN, Barómetro de Comisiones Bancarias, nota de 18-5-2026 (asociación de usuarios, fuente privada), en la obra, B.5 — dato — 167,27 euros al año en 2026 frente a 110 en 2021; cinco de las once entidades mantienen el techo de 240 euros al año; es el único dato de 2026; lo que cobra hoy cada banco, en el registro de tarifas del Banco de España, no se ha podido leer

«En el Banco de España encontró...» — B.5 — Banco de España, tipos de los depósitos a plazo de los hogares hasta un año, en la obra, B.5 — dato — 1,77 % en marzo de 2026

«Los precios, en agosto, subían...» — B.5 — INE, IPC de agosto de 2026, en la obra, B.5 — dato — 4,3 % interanual en agosto de 2026, la más alta desde febrero de 2023; la media de doce meses, 3,1 %; el rendimiento real del depósito, unos -2,5 puntos (-1,3 con la media)

«El gestor tenía razón: quien guardaba...» — B.5 — la obra, B.5 (quien ahorra en depósito pierde poder adquisitivo cada año, aunque cobre intereses; con 10.000 euros, 176,87 de interés frente a unos 430 de pérdida con el 4,3 %; sobre 5.000, el interés de 88,44 no cubre la media de ASUFIN y quedan -78,83) — dato

«Lo de las horas lo puso en...» — 8.4 — la obra, 8.4 (ATA, asociación del sector) — dato

«En «Lo que yo creo», pensando en sus domingos...» — 8.4; B.6 — la obra, 8.4, «Lectura del autor» (aunque tenga gestoría, recopilar las facturas y preparar los documentos; delegar cuesta honorarios y no quita ese trabajo; si no hay quien lo haga, se hace en el tiempo libre), y B.6, «Lectura del autor» («esa extracción de tiempo es parte de la carga») — lectura del autor

«Gea llegó del trabajo a la hora de siempre...» — 8.4 — la novela de Sofía, 20 («La nómina de ese mes había llegado el viernes, y estaba en su bolso, sin abrir») — dato

«Esa noche, con Sofía dormida y Gea viendo...» — 8.10 — la obra, 8.10 («de lo que se ve a simple vista, los datos oficiales confirman una cosa y matizan las otras») — dato

«De las pastillas miró las que más se nombran...» — 8.10 — la obra, 8.10 (dosis diarias definidas por cada 1.000 habitantes y día) — dato — la unidad de las tres series

«Encontró tres series oficiales...» — 8.10 — AEMPS, Utilización de medicamentos antidepresivos en España, 2000-2013; Ministerio de Sanidad, Informe Anual del Sistema Nacional de Salud 2022; OCDE, consumo de antidepresivos, datos de España; en la obra, 8.10 — dato — la Agencia, de 26,53 en 2000 a 79,57 en 2013; el Ministerio, de 66,2 en 2012 a 92,7 en 2021; la OCDE, de 28,2 en 2000 a 107,1 en 2024

«Sofía IA: No las juntes...» — 8.10 — OCDE, en la obra, 8.10 («La OCDE avisa de roturas de la serie en 2014 y en 2018, y sus cifras de España son menores que las de la Agencia en 2013, por eso cada serie se da con su fuente y no se unen») — dato — roturas de la serie en 2014 y en 2018; en 2013, cifras de España menores que las de la Agencia; en la novela lo avisa Sofía IA

«Lo hizo así, cada una en su renglón...» — 8.10 — la obra, 8.10, «Conclusión» («en las tres series oficiales que lo miden») — dato — las tres series suben

«En la de la OCDE, de veintiocho...» — 8.10 — OCDE, consumo de antidepresivos (dosis diarias definidas por 1.000 habitantes y día), datos de España, en la obra, 8.10 — dato — 28,2 en 2000 y 107,1 en 2024

«Y España, que en 2000...» — 8.10 — cálculo de la obra con las cifras de la OCDE, en 8.10 — dato — del puesto 11 de 17 países en 2000 al 6 de 31 en 2023

«Lo de los suicidios lo miró...» — 8.10 — INE, Defunciones según la causa de muerte, tabla 9936, en la obra, 8.10 — dato — 1.652 en 1980 y 3.953 en 2024; el máximo, 4.227 en 2022

«Por cada cien mil habitantes...» — 8.10 — INE, mortalidad por suicidio, tabla 46688 (7,57 en 2018, 8,85 en 2022 y 8,09 en 2024); OCDE, Health at a Glance, tasa estandarizada por edad (8,3 en 2000 y 7,7 en 2023), en la obra, 8.10 — dato — la conclusión de 8.10: la tasa «es casi la misma desde 2005 y baja ajustada por edad»

«España estaba por debajo de la media...» — 8.10 — OCDE, Health at a Glance (10,7 en 2023); Eurostat, causas de muerte (10,37), en la obra, 8.10 — dato

«Le quedaba una duda...» — 8.10 — INE, Suicidios por edad, nacionalidad y sexo, 2005 a 2024, en la obra, 8.10 — dato — en 2024, tasa bruta de 8,27 en la población española, 7,00 en la extranjera y 8,10 en la total; ajustada por edad, 7,56, 7,70 y 7,57; de 2005 a 2024, la ajustada baja un 6,6 % entre los españoles; la dilución, de un 2 a un 5 %, desaparece al ajustar; «Española» no es «nativa»: como máximo 8,89 en los nativos (cálculo de la obra)

«Le quedaba una duda...» — 8.10 — INE, Padrón y Estadística Continua de Población, en la obra, 8.10 — dato

«Con los divorcios, lo mismo...» — 8.10 — INE, Estadística de Nulidades, Separaciones y Divorcios, en la obra, 8.10 — dato

«Los divorcios subían hasta 2006...» — 8.10 — INE, Estadística de Nulidades, Separaciones y Divorcios, en la obra, 8.10 — dato — 37.743 en 2000; el máximo, 126.952 en 2006; 80.785 en 2025; por cada 100 matrimonios, 61,1 en 2006 y 47,3 en 2024

«El salto grande, de un año al siguiente...» — 8.10 — Ley 15/2005, de 8 de julio (BOE núm. 163, de 9-7-2005), en la obra, 8.10 — dato

«Y lo que la gente dice tener...» — 8.10 — INE, Encuesta Nacional de Salud de España, 2011, 2017 y 2023, en la obra, 8.10 — dato — del 5,9 al 6,9 % (depresión o ansiedad crónica declarada); la edición de 2006 no es comparable

- «Lo que subía eran los síntomas graves...» — 8.10 — INE, Encuesta de Salud, cuestionario PHQ-8, tabla 71507; cálculo de la obra, en 8.10 — dato — 2,5 % en 2020 y 8,0 % en 2023 (síntomas depresivos graves); el nombre del cuestionario, solo aquí
- «Ninguna serie decía por qué...» — 8.10 — la obra, 8.10 («La obra no afirma ninguna causa») — dato
- «Y en «Lo que yo creo», con la letra más pequeña...» — 8.10 — la obra, 8.10, «Lectura del autor» (dos termómetros de la insatisfacción de la población, que no dicen lo mismo; dos maneras que no se excluyen: el malestar aumenta, o una forma de camuflaje que inhibe la frustración en lugar de atender lo que la causa; palabras del autor, 9-oct-2026) — lectura del autor
- «Al lado, sin tachar nada, la otra lectura...» — 8.10 — la obra, 8.10, «Lectura del autor» («Es lectura, no dato [...] la obra no afirma ninguna causa ni ninguna intención») — dato
- «Antes de apagar la luz de la cocina...» — 8.4 — la novela de Sofía, 20 (la nómina en el bolso, sin abrir) — dato

Capítulo 49. La balanza

- «El sábado por la mañana bajó al mercado...» — 3.2; J.4 — el puesto de Tomás (capítulos 16 y 41); la obra, 3.2 (P4, pesas y medidas justas) y J.4 (la balanza) — dato
- «Cuando el fiel está así, ni para ti ni para mí...» — J.4 — la obra, J.4 («la balanza equilibrada, la que tiene los platillos iguales, es el centro del dial») — dato
- «El padre se acordó de la fila de las pesas...» — 3.2; J.3 — Lv 19:36, Reina-Valera Antigua, en la obra, 3.2 y J.3 (P4) — dato
- «Eso viene de fuera. A los de aquí...» — 8.7 — la obra, 8.7 («El campo») — dato
- «Por la tarde llamó su hermano, sin saludar...» — 8.7 — la obra, 8.7 («La idea»: «cada vez que el Estado mete mano en algo, lo asfixia») — dato
- «La industria, primero...» — 8.7 — Real Decreto-ley 9/1981, preámbulo, en la obra, 8.7 — dato — «La situación de crisis por la que atraviesan sectores básicos de nuestra industria exige un planteamiento específico y la adopción de medidas de reconversión industrial»
- «La industria, primero...» — 8.7 — Real Decreto-ley 8/1983, de Reconversión y Reindustrialización, en la obra, 8.7 — dato — la siderurgia y la construcción naval, entre los sectores sometidos a reconversión
- «Un historiador lo había contado así...» — 8.7 — Marín Arce, «La fase dura de la reconversión industrial: 1983-1986», Historia del Presente, n.º 8, 2006, en la obra, 8.7 — dato
- «Hasta 1985, unos ochocientos...» — 8.7 — Marín Arce, 2006, en la obra, 8.7 — dato — «alrededor de 850.000 puestos de trabajo», entre 1977 y 1985, «a pesar de que el índice de producción industrial registraba un aumento anual medio del 1,2%»
- «Luego, las ventas de las empresas públicas...» — 8.7 — Tribunal de Cuentas, informe de fiscalización de las privatizaciones de 1996 a 2002, BOCG de 13-1-2006, en la obra, 8.7 — dato — «48 operaciones de privatización» que «han afectado a 45 empresas»; en 1997 se ingresaron 12.481 millones de euros y en 1998, 13.083 (Bel y Costas, 2001)
- «La venta de la gran eléctrica pública...» — 8.7 — Bel y Costas, Revista de Historia Industrial, 2001; Tribunal de Cuentas; en la obra, 8.7 — dato — Endesa, sin nombre en el texto; Gobiernos de distinto signo
- «El puesto de España en el mundo...» — 8.7 — Banco Mundial, PIB en dólares corrientes (1970 y 2007); FMI, Perspectivas de la economía mundial, abril de 2026 (2024 y 2025); puestos calculados por la obra, en 8.7 — dato — con la previsión de la decimocuarta para 2026; en 1970 solo hay datos de 146 economías
- «Lo de Tomás. En los controles...» — 8.7 — EFSA, informe de la UE sobre residuos de plaguicidas de 2023, en la obra, 8.7 — dato — 132.793 muestras, con un 98 % de cumplimiento; España analizó 2.492
- «Lo de Tomás. En los controles...» — 8.7 — EFSA, 2023, en la obra, 8.7 — dato — el 3,4 % de las muestras de fuera de la Unión frente al 1,0 % de las propias («triplicaba»)
- «Una organización ecologista...» — 8.7 — Ecologistas en Acción, «Directo a tus hormonas», 2025, con los datos oficiales (parte interesada), en la obra, 8.7 — dato — el 9,63 % de los alimentos importados con plaguicidas no autorizados en la UE
- «Una organización ecologista...» — 8.7 — Ecologistas en Acción, 2025 (parte interesada), en la obra, 8.7 — dato — el 4,70 %
- «Pedir a lo de fuera lo mismo...» — 8.7 — la obra, 8.7 («Exigir a lo importado lo mismo que a lo europeo, las llamadas cláusulas espejo, sigue en debate») — dato

«Lo del alquiler. Cataluña fue la primera...» — 8.7 — la obra, 8.7 — dato — la ley estatal de vivienda de 2023

«Lo del alquiler. Cataluña fue la primera...» — 8.7 — BOE de 15-3-2024 (140 municipios) y de 9-10-2024 (otros 131), en la obra, 8.7 — dato — en julio de 2026 se tramitaba prorrogar la declaración en 118 de los 140 (5.919.365 habitantes) y declarar 53 nuevos (Generalitat, memorias de julio de 2026)

«Lo del alquiler. Cataluña fue la primera...» — 8.7 — Generalitat de Catalunya, memoria justificativa, 1-7-2024, en la obra, 8.7 — dato — «7.172.196 personas, lo que representa un 90,7 %» de la población catalana

«Los contratos de alquiler con fianza...» — 8.7 — Generalitat, datos abiertos, fianzas del Incasòl; 2025, suma de trimestres de la obra, en 8.7 — dato — 167.953 en 2018, 152.770 en 2022, 132.988 en 2023, 118.626 en 2024 y unos 108.057 en 2025; caen desde antes de la declaración; el dato no dice por qué

«Para lo de las casas ocupadas...» — 8.7 — la obra, 8.7, «Conclusión» («la propia obra descartó sus cifras sobre la ocupación, que venían de blogs y no de organismos oficiales») — dato

«Y en «Lo que yo creo»: «Que el mismo...» — 8.7 — la obra, 8.7, «Lectura del autor» («el mismo actor que levantó la industria pesada durante la autarquía la desmontó después, y el coste lo pagaron comarcas enteras») — lectura del autor

«En el taller lo pone el fabricante...» — J.2 — la obra, J.2 («Si el centro se escribiera después de mirar los datos, se movería para que encajara con lo medido») — dato

«Para una ley, el centro no lo podía poner él...» — J.2; 1.9; 3.2 — la obra, J.2 («Quién lo pone»: solo las dos leyes de arriba tienen autoridad original; lo que converge en tradiciones sin contacto documentado y pasa la vara; la lista corta, los nueve principios del Arca) y «Lo que no se puede decir» — dato

«Y escribió también qué entendía por bien común...» — J.2; 7.4 — la obra, J.2 y 7.4 (lo que afecta al ciudadano en su vida diaria frente a lo que organiza al poder) — dato

«Luego trazó una línea con la regla...» — J.3; J.0 — la obra, J.3 («Dos vicios y un centro»: el defecto a la izquierda, el exceso a la derecha, la medida justa en el centro) y J.0 (la posición y la dirección; la vista superior) — dato

«El dial de todo lo demás ya lo tenía...» — J.3; 3.6 — la obra, J.3 («El dial maestro: servir») y 3.6 — dato

«A la izquierda, no cuida ni cumple...» — J.3; 7.1 — la obra, 7.1 y J.3 — dato — los 169 artículos de la Constitución (capítulo 18)

«En el centro, lo que decía el Evangelio...» — J.3; 3.6 — Mt 20:26, Reina-Valera 1909, en la obra, J.3 y 3.6 — dato

«El dial de todo lo demás ya lo tenía...» — J.8 — la obra, J.8, «La balanza, pesa a pesa» («La idea»: una sola pesa para todo, también para quien pesa: primero, ¿roca o arena?; después, por sus frutos, ¿sirve más allá de sí, se sirve, o no cuida ni cumple?) y su tabla («Hacia dónde se aparta la aguja»: por defecto, la Constitución, artículo por artículo, 7.1; por exceso, entre otras, la carga sobre el trabajo, 8.4, y la cuenta del sistema, 9.1) — lectura del autor

«En Ezequiel, a los pastores...» — J.3 — Ez 34:4, Reina-Valera 1909, en la obra, J.3 — dato

«En Ezequiel, a los pastores...» — J.3 — Ez 34:4, Reina-Valera 1909, en la obra, J.3 — dato

«Y el centro, en boca de Dios...» — J.3 — Ez 34:16, Reina-Valera 1909, en la obra, J.3 — dato

«Cada fila de la página del Arca era un dial...» — J.3 — la obra, J.3 («Los nueve principios del Arca como diales») — dato — los dos vicios, escritos en P1, P2, P4, P7, P8 y P9; uno solo en P3 (el tiempo) y P5 (devolver lo confiado); la usura, aparte (3.3); el defecto de P7 (Pr 17:15) y el de P8 (Ecl 8:11), en el índice

«Quiso saber si la figura...» — J.3; 4.3 — la obra, J.3 («¿Solo Aristóteles?») y el anexo de 4.3 — dato — el griego, Aristóteles, sin nombre (capítulo 41)

«Quiso saber si la figura...» — J.3 — la obra, J.3 (seis tradiciones; la doble polaridad, leída en 30 pasajes de 11 tradiciones) — dato — Israel, el islam, la India, China, el budismo y Grecia

«El proverbio de Agur, que pide...» — J.3 — Prov 30:8, Reina-Valera 1909, en la obra, J.3 — dato

«El proverbio de Agur, que pide...» — J.3 — Corán 25:67, traducción de Julio Cortés (fuente secundaria), en la obra, J.3 — dato

«El proverbio de Agur, que pide...» — J.3 — Bhagavad Gita 6:16-17, traducción de la edición desde la inglesa de Edwin Arnold, en la obra, J.3 — dato

«El proverbio de Agur, que pide...» — J.3 — Zhongyong 6, traducción de la edición desde la inglesa de James Legge, en la obra, J.3 — dato — Shun, sin nombre: «tomó los dos extremos de ellas [las opiniones], determinó el Medio y lo empleó en su gobierno del pueblo»

«El proverbio de Agur, que pide...» — J.3 — Saṃyutta Nikāya 56.11, traducción de la edición desde la inglesa de Sujato, en la obra, J.3 — dato

«El proverbio de Agur, que pide...» — J.3 — Platón, República X, 619 a-b, traducción de la edición desde la inglesa de Jowett, en la obra, J.3 — dato

«Pero no decían lo mismo del medio...» — J.3 — la obra, J.3 («Lo que lo matiza»: la suficiencia y el mandato de Israel, el camino óctuple, el exceso de justicia del Eclesiastés, Mencio, Confucio y Persia, Yasna 30:3, fuente secundaria) — dato

«No estaba comprobado que fueran independientes...» — J.3 — la obra, J.3, «Conclusión» (casi todas las fechas son aproximadas y no está comprobado que sean independientes entre sí) y «Límite honesto de la prueba» — dato

«Y ninguno decía quién pone el centro...» — J.3 — la obra, J.3, «Conclusión» y «Lectura del autor» (lo que la obra añade es quién pone el centro, la ley de Dios y la ley natural) — lectura del autor

«Encima de la línea dibujó la balanza...» — J.4 — la obra, J.4 (la balanza mide la reciprocidad entre dos partes; el dial, la conducta de uno solo; la balanza equilibrada es el centro del dial) — dato — el ciudadano y el Estado

«Gea entró a por un vaso de agua...» — 11.2; J.7 — la obra, 11.2, n.º 1 («La obra no es neutral: la vara la pone el autor»: quien elige la vara elige el resultado) y «Dónde se oye la defensa del Estado» de J — dato

«Por eso lo escribo antes de mirar...» — 11.2; 0.5 — la obra, 11.2, n.º 1 («Lo que la obra responde»: se declaró antes de medir, 0.5; «Dónde aguanta»: la vara es del autor, y el lector puede no compartirla; por eso cada dato va con su fuente: sirve con cualquier vara) — dato

«Por eso lo escribo antes de mirar...» — 11.2; J.6 — Constitución, art. 1.1 (BOE), en la obra, 11.2 y J.6 — dato

«Pues mídela con lo suyo...» — J.6 — la obra, J.6 («El diseño del piloto»: las palabras del artículo 1.1 y la dignidad del 10.1) — dato

«Lo hizo así, en pequeño...» — J.6 — la obra, J.6 — dato — libertad, justicia, igualdad y pluralismo político; para cada una, tres o cuatro dimensiones de nivel A, con el umbral escrito antes del dato; el resultado, «cerca», «se aleja por defecto» o «se aleja por exceso»

«Lo hizo así, en pequeño...» — J.6 — la obra, J.6 («Las cuatro condiciones») — dato — los polos, dos vicios; el centro, escrito antes; frutos observables, nunca personas; un perfil, no un porcentaje único

«Lo hizo así, en pequeño...» — J.6; 4.3 — la obra, J.6, condición 1, y el anexo de 4.3 — dato

«Lo dejó sin número...» — J.6 — la obra, J.6 («Lo que el piloto es y lo que no») y «Límite honesto de la prueba» (los umbrales, con el autor antes de mirar los datos) — dato

«Sin número, pero no sin probar...» — J.6 — la obra, J.6, «El piloto, hecho sin números» (fdc8549): un dial por palabra, el centro escrito antes de mirar, a la izquierda el vicio de no cuidar y a la derecha el de servirse, y en cada dimensión la flecha, solo con lo que la obra ya tiene — dato

«La libertad se le iba...» — J.6; 7.5; D.13; 10.4 — la obra, J.6 (libertad: la presunción en lo sancionador, por exceso, 7.5, caso 3, y D.13, n.º 3; el silencio que da la razón a quien pide para sí, cerca, D.13; el silencio que dice no a quien pregunta, por defecto, 10.4 y D.13, n.º 7) — dato

«La justicia, por defecto...» — J.6; 7.4 — la obra, J.6, y A.7, art. 122 (el órgano de gobierno de los jueces, con el mandato caducado de diciembre de 2018 a junio de 2024) — dato — del capítulo 18

«La igualdad, por exceso...» — J.6; 7.5 — la obra, J.6 (los aforados, 8.5, n.º 8; la pobreza infantil, 7.5, caso 5, y A.2, art. 39) — dato — los aforados, del capítulo 39; la pobreza de los niños, del 19

«El pluralismo, por exceso...» — J.6; 6.4 — la obra, J.6 (el umbral de entrada: el Consejo de Estado, que la fórmula beneficia a los partidos grandes y perjudica a los pequeños, 6.4; la otra cara: las barreras son legales y las han avalado el Constitucional y el Tribunal Europeo de Derechos Humanos) — dato

«Cuando acabó, miró hacia...» — J.6; J.3 — la obra, J.6, «Conclusión, lo que arrojan los datos: los dos vicios a la vez» (por defecto, en lo que toca la vida diaria del ciudadano; por exceso, en lo que toca al acceso y al trato del propio poder), y J.3 — dato

«Debajo, la ficha que llevaría...» — J.5 — la obra, J.5 (las tres capas: el equilibrio, lo creado y la distancia; la ficha de tres medidas) — dato

«Y lo que la hoja no mide...» — J.7 — la obra, J.7 (no mide la intención ni a personas; no sustituye al «cumple o incumple»; no dice que el Estado sea ilegítimo; no afirma que los diales «emanen siempre de la virtud») — dato

«Le contestó en la libreta, con lo del griego...» — 4.3 — Aristóteles, Ética a Nicómaco II, 6, traducción de la edición, en la obra, anexo de 4.3 — dato

«En la balanza de la hoja, en el platillo...» — 8.4; J.4 — la novela de Sofía, 19 («Que la balanza sigue pesando más de un lado»); la obra, 8.4 (la carga, en el capítulo 52) — dato

«La nómina seguía en el bolso de Gea...» — 8.4 — la novela de Sofía, 20 (la nómina en el bolso, sin abrir) — dato

Capítulo 50. Sin tapa

«El domingo llovió desde por la mañana...» — 5.1; 8.6 — la novela de Sofía, 20 (el puzle sin tapa, tal cual, salvo una frase); la obra, 5.1, presunción n.º 21 («Hay transparencia: todo se publica») y 8.6 — dato

«El jueves por la noche había escrito en...» — 8.6 — el capítulo 47 («Un montón de piezas sin la tapa no es un puzle: es un montón») — lectura del autor

«Más o menos como esto...» — 5.1; 8.6; 11.3 — la obra, 5.1, n.º 21 («Se publica cada dato por separado, pero no la suma [...] La ley obliga a publicar cada dato; nadie está obligado a publicar la suma»), 8.6 y 11.3, cargo 22 — dato

«No he encontrado que lo escondan...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 22, «Límite honesto» (no prueba que se oculte a propósito: la suma no está prohibida; solo no es obligatoria) — dato

«Un trozo. El de los de arriba del Gobierno...» — C.2; D.2 — la suma del padre (capítulo 46; C.2, 68,57 millones en 2025) y la petición del jueves (capítulo 47; D.2) — dato

«Con la gente pasa igual, hija...» — 8.9 — la obra, 8.9, «Conclusión» («El problema no está en la gente») — dato

«Cuando pusieron la última, era un árbol...» — 4.2 — la novela de Sofía, 20 (el árbol cargado de fruta) — dato

«Él miró a Gea. La nómina había llegado...» — 8.4 — la novela de Sofía, 20 («La nómina de ese mes había llegado el viernes, y estaba en su bolso, sin abrir») — dato

«A dónde iba cada euro por funciones...» — 8.6 — el capítulo 21 (de cada cien euros de 2024, por funciones; la obra, 8.6) — dato

«Lo que gastaron todas las administraciones...» — C.3 — Eurostat, gov_10a_main, en la obra, C.3 — dato — 764.884 millones de euros en 2025

«Fue poniendo las piezas grandes...» — C.3; C.5 — Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones, nota de 25-9-2026; Eurostat; cálculo de la obra, en C.3 — dato — 26,5: unos 202.975 millones al año (estimación), 10.547.417 pensiones, 14.498,2 millones al mes en septiembre de 2026

«Fue poniendo las piezas grandes...» — C.3; C.2 — Eurostat, gov_10a_main, en la obra, C.3 y C.2 — dato — 23,7: 181.494 millones en 2025; 3.071.725 personas en enero de 2026; las Fuerzas Armadas, la Policía Nacional y la Guardia Civil

«Fue poniendo las piezas grandes...» — C.3; 8.6 — Eurostat, gov_10a_main, en la obra, C.3 — dato — 5,3: 40.314 millones en 2025; 43.300 estimados para 2026; la deuda, 1.698.225 millones a final de 2025, el 100,2 % del PIB en mayo de 2026

«Fue poniendo las piezas grandes...» — C.3; C.5 — en la obra, C.3 y C.5 — dato — 3,2: 740.431 pensiones; 1.774,1 millones al mes en agosto de 2026; unos 24.837 millones al año (estimación)

«Fue poniendo las piezas grandes...» — C.3; C.5 — la obra, C.3 y C.5 — dato — los funcionarios del Estado que ingresaron antes de 2011

«Luego miró la primera pieza más de cerca...» — C.3; C.5 — la obra, C.3, «Nota a la primera línea: lo que mezcla la partida de la Seguridad Social» — dato — parte de lo que se cotiza por ellos lo pagan las administraciones con impuestos; se juzga en el cargo 23 (11.3)

«A los de arriba los buscó al final...» — C.3; C.2; C.4 — la obra, C.3 (Casa del Rey, 8.431.150 euros; Cortes Generales, 164,2 millones de personal; altos cargos, 68,57 millones; asesores, al menos 959, con 18,03 millones conocidos; expresidentes, 298.320 euros; las prestaciones por razón de un cargo político, menos de 0,01 de cada 100) — dato

«Eso fue a «Lo que gana Justo»...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 22, «Dónde aguanta» (hay ley, portal y derecho de acceso para todos; los datos sueltos se publican; las cuentas de la Casa del Rey están auditadas) — dato

«Pero debajo puso lo otro...» — C.3 — la obra, C.3, «Conclusión» («una fracción mínima del total, pero es la parte con reglas propias, y la más difícil de sumar con los datos públicos») — dato

«Y en la columna de lo que no encaja...» — C.3; 8.3 — la obra, C.3, «La deuda, en treinta años», y 8.3 — dato — la subida de los precios rebajó la deuda, en términos reales, más de lo que se pagó en intereses

«Contada desde 1996, la cuenta salía...» — C.3; 8.3 — cálculo de la obra con Eurostat y el INE, con el método de 8.3, en C.3 — dato — de 1996 a 2025: 544.751 millones de rebaja por la inflación y 775.087 millones de intereses, 230.336 más

«Gea asomó por la puerta de la cocina...» — 8.4 — la novela de Sofia, 21B (esa noche, Gea se sienta con el sobre: capítulo 52) — dato

Capítulo 51. Crónica: Cuando se vacía

«El 2 de febrero de 1990, en Sudáfrica...» — 9.2 — discurso de F. W. de Klerk, 2-2-1990 (archivo O'Malley), en la obra, 9.2, caso 7; pieza 14, «La historia en su orden» (nivel B) — dato — el presidente (De Klerk) y el preso (Mandela), sin nombre en el texto; «la firme decisión de liberar al señor Mandela sin condiciones» (traducción de la edición, del inglés), en llano en el texto, porque lleva el nombre; la cita

«El 11 de febrero, aquel hombre...» — 9.2 — Encyclopaedia Britannica, «Nelson Mandela», fuente secundaria, en la obra, 9.2, caso 7 — dato — 27 años y medio

«En las primeras elecciones no raciales...» — 9.2 — Biblioteca del Congreso de EE. UU., estudio de país (copia en countrystudies.us); South African History Online; fuentes secundarias; en la obra, 9.2, caso 7 — dato — 62,6 %

«En 1995 empieza la serie europea...» — 9.1 — la obra, 9.1, «Más carga» («el más alto desde 1995, cuando empieza la serie»: Eurostat, gov_10a_main); pieza 14, «La historia en su orden» — dato

«Contada hasta 2025...» — 9.1 — Eurostat, cuentas de las administraciones públicas (gov_10a_main), saldo en % del PIB, en la obra, 9.1, «Lo que muestran sus cuentas»; pieza 14, «La historia en su orden» — dato — 28 de los 31 años de 1995 a 2025; ya en el capítulo 44, desde la casa

«Solo cerraron con superávit...» — 9.1 — Eurostat, gov_10a_main, en la obra, 9.1, «Lo que muestran sus cuentas» — dato — superávit solo en esos tres años

«Lo que faltaba se cubrió con deuda nueva...» — 9.1 — la obra, 9.1 («pagando lo que vence con deuda nueva»; «el hueco se cubre con deuda») — dato

«En 1997, una crisis monetaria...» — 9.2 — Encyclopaedia Britannica, «Suharto», fuente secundaria, en la obra, 9.2, caso 8; pieza 14, «La historia en su orden» (nivel B) — dato

«Su presidente llevaba treinta y dos años...» — 9.2 — Encyclopaedia Britannica, «Suharto»; Forrester y May (eds.), *The Fall of Soeharto* (La caída de Suharto), Universidad Nacional Australiana, 1998; fuentes secundarias; en la obra, 9.2, caso 8 — dato — 32 años; el presidente (Suharto), sin nombre en el texto; contando desde 1967, cuando fue presidente interino, serían treinta y uno (9.2, precisiones): por eso, en el texto, «contando desde que tomó el control efectivo del Gobierno en 1966»

«Desde el 18 de mayo de 1998...» — 9.2 — Encyclopaedia Britannica, «Suharto»; Forrester y May; fuentes secundarias; en la obra, 9.2, caso 8 — dato — la época de la reforma que siguió, con su nombre indonesio, solo en la obra; el discurso de dimisión, hallado solo en prensa, no se cita

«El 7 de junio de 1999...» — 9.2 — declaración de la misión de observación del NDI y el Centro Carter, 9-6-1999; traducción de la edición, del inglés; en la obra, 9.2 — dato

«En el año 2000, de lo que le costaba...» — 9.1; 8.4 — OCDE, *Taxing Wages* (La fiscalidad de los salarios), en la obra, 9.1, «Más carga», y 8.4; pieza 14, «La historia en su orden» — dato — 38,6 % del coste laboral de un asalariado medio, en IRPF y cotizaciones

«En 2025, el 41,4 %...» — 9.1; 8.4 — OCDE, *Taxing Wages* (La fiscalidad de los salarios), en la obra, 9.1 y 8.4 — dato — 41,4 %

«En 2025, el 41,4 %...» — 8.3; 8.4 — la obra, 8.3, «El tiempo de vida cristalizado» (la cuña fiscal de la OCDE, 8.4); pieza 14, «La historia en su orden» — dato — 3 horas y 19 minutos de cada jornada de 8 horas; con lo que queda fuera, un estudio privado estima la carga hasta el 53,6 % del coste laboral (8.3 y 8.4); también en el capítulo 52, desde la casa

«Sin contar el IVA...» — 9.1 — la obra, 9.1, «Más carga» («sin el IVA, los tributos municipales ni los impuestos especiales») — dato

«Según los observadores internacionales, las elecciones...» — 9.2 — OSCE/ODIHR, informe final, 28-1-2004, p. 1; traducción de la edición, del inglés; en la obra, 9.2 — dato

«Siguieron las protestas, con una rosa...» — 9.2 — Columbia Magazine, «Rose revolutionary» (El revolucionario de la rosa), fuente secundaria, en la obra, 9.2, caso 9 — dato

«El 22 de noviembre, los manifestantes...» — 9.2 — OSCE/ODIHR, informe final, p. 21, en la obra, 9.2, caso 9 — dato

«En 2007, el Tribunal Constitucional...» — 5.1 — STC 68/2007, de 28-III, en la obra, 5.1, n.º 14; pieza 14, «La historia en su orden» — dato

«En 2007, el Tribunal Constitucional...» — 5.1 — Constitución, art. 86.1, en la obra, 5.1, n.º 14 — dato

- «Después anuló partes...» — 5.1 — STC 31/2011, de 17-III; STC 137/2011, de 14-IX; STC 61/2018, de 7-VI; STC 14/2020, de 28-I; en la obra, 5.1, n.º 14 — dato — 4 sentencias que anulan en parte: 2 en 2011, 1 en 2018 y 1 en 2020
- «Al menos cinco veces...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 14 («ha anulado al menos cinco veces decretos-leyes») — dato — 5; cuántos se dictan frente a las leyes, con su cautela, en el anexo A (art. 86)
- «El freno existe...» — 5.1; 11.4 — pieza 14, «La historia en su orden» («El freno existe»); la obra, 11.4 («el sistema todavía se frena a sí mismo alguna vez») — dato
- «Entre 2008 y 2024, el salario medio...» — 8.3 — INE, Encuesta Anual de Estructura Salarial; índice de precios de consumo; en la obra, 8.3 — dato — 21.883,42 euros al año en 2008 y 29.540,26 en 2024: +35,0 %; los precios, +35,1 %
- «Quien lo cobraba compraba...» — 8.3 — la obra, 8.3 («Quien cobra el salario medio compra hoy lo mismo que hace dieciséis años»); pieza 14, «La historia en su orden» — dato — 16 años; rima con la nómina de Gea, que sube y no se nota (capítulo 52; novela de Sofía, 21B), sin decirlo; la serie de la OCDE (de 1993 a 2023, el salario real, +4,04 % en España)
- «En octubre de 2008, en Islandia...» — 9.2 — FMI, informe de país n.º 08/362, párrs. 4 y 31, en la obra, 9.2, caso 10; pieza 14, «La historia en su orden» (nivel A) — dato — 3 bancos, en una semana
- «En octubre de 2008, en Islandia...» — 9.2 — FMI, informe de país n.º 08/362; traducción de la edición, del inglés; en la obra, 9.2 — dato
- «Hubo protestas ante el Parlamento...» — 9.2 — Encyclopaedia Britannica, «Iceland», fuente secundaria, en la obra, 9.2, caso 10 — dato — una sola fuente secundaria (9, límite honesto); la fecha exacta no consta en las fuentes leídas (9.2, precisiones)
- «El cambio se hizo por las vías ordinarias...» — 9.2 — la obra, 9.2, caso 10 («El cambio se hizo por las vías ordinarias») — dato
- «De 1688 a 2009, en diez casos...» — 9.2 — la obra, 9.2, «El patrón» y «Conclusión, lo que arrojan los datos»; pieza 14, «La historia en su orden» (paso de 2009) — dato — 10 casos, 3 continentes; los seis de antes de 1990, en las crónicas 8, 10 y 11 (capítulos 26, 37 y 43)
- «En varios, quienes pedían el cambio...» — 9.2 — la obra, 9.2, «El patrón» («la sal, las rosas, las cacerolas»; «No todos los poderes respondieron sin represión»; semanas, meses o años) — dato
- «La forma puede seguir en pie...» — 9.2 — la obra, 9.2, «Conclusión, lo que arrojan los datos» («la forma puede seguir en pie mucho tiempo después de haberse vaciado, pero no para siempre») — dato
- «Los diez casos los eligió el autor...» — 9.2 — la obra, 9, «Límite honesto de la prueba» («Los diez casos son constancia histórica, no una ley de la historia. Los eligió el autor») — dato — 10; el caso descartado de los aztecas

Capítulo 52. Los escalones

- «Esa noche, cuando Sofía ya dormía...» — 8.4 — la novela de Sofía, 21B (Gea se sienta con el sobre: «Si vas a sumar, empieza por esto»), tal cual; la obra, 8.4, «Las dos bases» (la nómina enseña el salario bruto) — dato
- «Es lo que pone...» — B.5; 8.3 — la novela de Sofía, 21B («Este año me subieron el sueldo, y no lo noto»), tal cual; la obra, B.5 («El salario, frente a los precios») y 8.3 («El impuesto que sube solo») — dato
- «El de Gea no lo tenía...» — 8.4 — Instituto Juan de Mariana, Impuestómetro 2026, con datos de Molinari y EY (estudio privado), en la obra, 8.4, «Las dos bases» — dato — 30.237 euros de salario bruto del asalariado medio, soltero y sin hijos, con datos de 2025
- «El de Gea no lo tenía...» — 8.4 — Instituto Juan de Mariana, Impuestómetro 2026, con datos de Molinari y EY (estudio privado), en la obra, 8.4, «Las dos bases» — dato — 9.243 euros de cotización de la empresa, el 30,6 % del bruto
- «Por eso la carga se mide sobre lo que cuesta el trabajo...» — 8.4 — la obra, 8.4, «La carga» (se mide sobre el coste laboral, lo que paga quien contrata); la novela de Sofía, 21B, tal cual — dato
- «De ese trozo que paga la empresa...» — 5.1 — la obra, 5.1, presunción n.º 3 («Las cotizaciones de la empresa son dinero privado»); la novela de Sofía, 21B, tal cual — presunción
- «Se acordó de Amparo con la taza de café...» — 5.1 — capítulo 21 de esta novela (Amparo: «Y mi cuota de empresa la paga el ayuntamiento. Con vuestros impuestos, sí»); la obra, 5.1, n.º 3 — dato
- «Lo buscó entero...» — 5.1; 8.6 — Eurostat, cuentas de las administraciones públicas, en la obra, 5.1, n.º 3, y 8.6 — dato — 223.612 millones de cotizaciones en 2025, de los que 161.409 los pagan los empleadores

«Las estadísticas lo juntan todo...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 3 («Las estadísticas no separan una parte de la otra»); la novela de Sofía, 21B, tal cual — dato

«Lo que se le podía contestar también era verdad...» — 11.3 — la obra, 11.3, cargo 25, «La defensa del Estado» («Las cotizaciones de la empresa las paga legalmente el empleador, y así las registra la contabilidad nacional»); la novela de Sofía, 21B, tal cual — dato

«Luego encontró la cuenta hecha...» — 8.4; B.3 — Instituto Juan de Mariana, Impuestómetro 2026, con datos de Molinari y EY (estudio privado), en la obra, 8.4 y B.3 — dato — 39.481 euros: el coste laboral del asalariado medio, soltero y sin hijos, con datos de 2025; el mismo del gestor (capítulo 48)

«La cuenta iba por capas...» — 8.4; 5.1 — OCDE, Taxing Wages (La fiscalidad de los salarios), datos oficiales, el 41,4 %; Instituto Juan de Mariana, Impuestómetro 2026, con datos de Molinari y EY (estudio privado), el 40,9 %; en la obra, 8.4 (capa 1) y 5.1, n.º 4 — dato — al menos 41 de cada 100: la capa 1, cotizaciones e IRPF, la parte firme

«Con el IVA, los impuestos de los ayuntamientos...» — 8.4; B.4 — Instituto Juan de Mariana, Impuestómetro 2026, con datos de Molinari y EY (estudio privado), estimaciones, en la obra, 8.4 (capas 2 y 3) y B.4 — dato — 48,4 % (capa 2, el 45,0 %; capa 3, el 48,4 %); los 705 euros municipales y los 649 de impuestos especiales (470 de hidrocarburos y 179 de otros)

«Y hasta cincuenta y tres y medio...» — 8.4 — Instituto Juan de Mariana, Impuestómetro 2026, con datos de Molinari y EY (estudio privado), en la obra, 8.4 (capa 4, hipótesis, el 50,7 %; capa 5, la carga futura del déficit, el 53,6 %) — dato — 53,6 %

«Esas últimas ya no eran lo que se paga este año...» — 8.4 — la obra, 8.4 (la capa 4 «es una hipótesis»; la capa 5 «no se paga este año: es la parte del déficit estructural que se pagará después») — dato

«Al trabajador le quedaban...» — 8.4; B.5 — la obra, 8.4 («Le quedan 46,4») y B.5 — dato — 46,4 de cada 100: 18.337 euros (B.5)

«Y una cosa que le hizo coger el lápiz...» — 8.4 — la obra, 8.4, «Las dos bases» («la misma carga se lee de dos maneras, y las dos son ciertas») — dato — las dos bases

«Sobre lo que paga la empresa, hasta...» — 8.4 — la obra, 8.4, «Las dos bases» — dato — 53,6 de cada 100 sobre el coste laboral

«Sobre el bruto de la nómina...» — 8.4; B.5 — la obra, 8.4, «Las dos bases», y B.5 — dato — por cada 100 euros de bruto, 130,6 de coste; 69,9 a la carga y 60,6 al trabajador

«Entonces le volvió la frase de la radio...» — 5.1 — la obra, 5.1, presunción n.º 4 («La presión fiscal es la cifra que se publica, en torno al 38 %») — presunción — la frase de la radio del capítulo 6, que el padre comprueba ahora, como en la novela de Sofía, 21B

«La buscó, y era verdad...» — 8.4; 11.3 — Eurostat, gov_10a_taxag, en la obra, 8.4, «La cifra oficial», y 11.3, cargo 25 (la defensa del Estado) — dato — 37,3 % del PIB en España y 40,3 % en la UE, en 2024

«Pero esa cifra es lo que recauda el Estado...» — 8.4 — la obra, 8.4 («Es una media sobre toda la economía, no la carga de una persona»); la novela de Sofía, 21B, tal cual — dato

«Iba a sumar el recibo de la luz...» — B.4 — la obra, B.4 («sumar una factura entera con su impuesto sería contar dos veces lo mismo»; el IVA de la vida cotidiana es la parte principal de la capa del IVA; el impuesto especial de la electricidad, dentro de la capa 3) — dato — fuera del texto: los gastos fijos de un hogar medio (EPF 2025: 952, 1.255 y 17 euros al año), con impuestos incluidos; lo que no está en las capas (la tasa de basuras, la ITV y las tasas de tráfico, la matriculación, las primas de seguros); el contraste de las cuentas nacionales (entre el 56,7 y el 57,9 %, un techo)

«Sofía IA: Según el INE...» — B.5 — INE, Encuesta Trimestral de Coste Laboral, en la obra, B.5 (la errata corregida: «la subida del 3,6 % que se citaba es la del cuarto trimestre, 2.531,22 euros al mes con la paga extra») — dato — el error real que la obra corrigió en B.5, en boca de Sofía IA

«Lo buscó en el INE...» — B.5 — INE, Encuesta Trimestral de Coste Laboral, en la obra, B.5 — dato — 3,6 %: el cuarto trimestre, con la paga extra

«El del año entero...» — B.5 — INE, Encuesta Trimestral de Coste Laboral; índice de precios de consumo; cálculo de la obra; en B.5 — dato — +3,2 % en 2025, hasta 28.519 euros al año (2.376,55 al mes), con una inflación media del 2,7 %; en 2024, +3,85 % con el 2,8 %

«Una ganancia de unas cinco décimas...» — B.5 — cálculo de la obra, en B.5 — dato — unas cinco décimas de ganancia real

«Y este año pintaba peor...» — B.5 — INE, índice general y nota de prensa del IPC de agosto de 2026, en la obra, B.5 — dato — 4,3 %, la más alta desde febrero de 2023; la media de doce meses, el 3,1 %; el transporte, hasta el 9,5 %, por los combustibles

«y la Autoridad Fiscal preveía que los sueldos...» — B.5 — AIReF, informe sobre los presupuestos iniciales de 2026, 15-4-2026, en la obra, B.5 («disminuyan de manera moderada»; «algo por debajo de la inflación (3,2 %)») — dato

«Gea podía tener razón sin ser la media...» — B.5 — la obra, B.5 («Esa ganancia no está garantizada en 2026») — dato

«El impuesto sobre la renta va por escalones...» — 8.3; 5.1 — la obra, 8.3, «El impuesto que sube solo», y 5.1, n.º 5; la novela de Sofía, 21B, tal cual — dato

«Esos escalones no se habían puesto al día...» — 5.1; 8.3 — Ley 35/2006, art. 63, en la obra, 5.1, n.º 5, y 8.3 — dato — la escala estatal del IRPF, sin actualizar desde 2014

«Esos escalones no se habían puesto al día...» — 5.1 — Ley 35/2006, art. 63, en la obra, 5.1, n.º 5 — dato — el tramo añadido en 2021 por encima de 300.000 euros

«La parte que la ley deja sin impuesto...» — 5.1 — Ley 35/2006, art. 57.1, en la obra, 5.1, n.º 5 («El mínimo del contribuyente será, con carácter general, de 5.550 euros anuales») — dato — 5.550 euros, la misma cifra desde 2015; «la parte que la ley deja sin impuesto», en llano

«Los precios, en cambio...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 5 («Los precios subieron un 28,0 % entre 2015 y 2025») — dato — 28,0 %; «más de una cuarta parte», como en la novela de Sofía, 21B

«Ninguna ley había subido el impuesto...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 5 («con el mismo poder adquisitivo se paga más, sin que ninguna ley suba el impuesto»); la novela de Sofía, 21B, tal cual — dato

«El Banco de España lo había estimado...» — 8.3; 5.1 — Banco de España, Documento Ocasional n.º 2422, 2024, resumen y p. 24, en la obra, 8.3 y 5.1, n.º 5 — dato — unos 11.000 millones en 2023 (estimación, con el año 2023 extrapolado); la AIReF, «seis décimas» de 2019 a 2024

«También encontró lo que se le podía contestar...» — 8.3; 5.1 — Ley 35/2006, art. 20; Real Decreto-ley 4/2024, exposición de motivos; en la obra, 8.3 y 5.1, n.º 5 — dato — la reducción por rendimientos del trabajo, de 6.498 a 7.302 euros anuales, para rendimientos netos de hasta 14.852

«En el Evangelio, Juan el Bautista...» — 3.2; 11.3 — Lc 3:13, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 3.2, P8, y 11.3, cargo 25 — dato

«Él lo leyó a su manera...» — 3.2 — la novela de Sofía, 21B, tal cual (la lectura del padre, como suya); la obra, 3.2, P8 — lectura del autor

«Lo de Amparo lo puso en la misma página...» — B.3 — cálculo de la obra, en B.3, «Cómo leer la diferencia con el funcionario» (51,1 % frente a 53,6 %, con el bruto medio de las administraciones, 34.482 euros); Ley General de la Seguridad Social, art. 264.1; Orden PJC/297/2026, art. 33.2.a), 10.º — dato — unos 2,5 puntos: «una diferencia de cobertura [...], no de pagar menos impuestos» (B.3); Clases Pasivas (41,1 %, porque el Estado no paga cotización de empleador por su pensión)

«Después se miró a sí mismo...» — 8.4; 11.3 — la obra, 8.4, «El autónomo sin sociedad» («No tiene empresa que cotice por él: paga toda su cuota. Cotiza según sus rendimientos netos, en tablas de quince tramos»), y 11.3, cargo 25, contrapunto 5; la novela de Sofía, 21B, tal cual — dato

«Buscó la nota de la asociación...» — 8.4; B.6 — ATA, nota de 10-8-2026 (asociación del sector), en la obra, 8.4 y B.6 — dato — 226 horas; salen de «Aún no lo sé» (capítulo 48), como en la novela de Sofía, 21B

«Buscó la nota de la asociación...» — 8.4 — ATA, nota de 10-8-2026 (asociación del sector), en la obra, 8.4 — dato

«Buscó la nota de la asociación...» — 8.4 — ATA, nota de 10-8-2026, en la obra, 8.4 — dato — 3.390 euros

«Más de cinco semanas de cuarenta horas...» — 8.4 — cálculo de la obra, en 8.4 («unas cinco semanas y media de cuarenta horas») — dato — 5,65 semanas; las 332 horas de las pymes (Fundación Civismo) y las 143 del Banco Mundial

«No era un organismo, sino una asociación...» — 8.4 — la obra, 8.4 («asociación del sector»); la novela de Sofía, 21B («No era un organismo, y lo apuntó así») — dato

«Siguió leyendo, porque no quería...» — 8.4 — OCDE, Pensions at a Glance 2025 (Las pensiones de un vistazo), datos oficiales, en la obra, 8.4, «Lo que se recibe» — dato — 80,4 % frente al 52,0 %; la ley obliga a mantener «su poder adquisitivo» (art. 58.1)

«La de jubilación se resolvía...» — 8.4 — Seguridad Social, nota de 26-5-2026, en la obra, 8.4 — dato — 9,28 días de media en abril de 2026, con un máximo legal de 90

«El médico: a final de 2025...» — 8.4 — Ministerio de Sanidad, listas de espera, en la obra, 8.4 — dato — 853.509 pacientes, 121 días; el 21,6 % más de seis meses; 50 días en Madrid y 173 en Andalucía; 8,85 días para el médico de familia

«y aun así, casi ocho de cada diez...» — 8.4 — Barómetro Sanitario, julio de 2025, en la obra, 8.4 — dato — 78,5 % en primaria; 77,8 % en el hospital y 73,5 % en urgencias; satisfacción general de 6,02 sobre 10

«Se vive ochenta y cuatro años...» — 8.4 — Eurostat, 2024, en la obra, 8.4 — dato — 84,0 años frente a 81,5 en la UE

«El colegio de la niña...» — 8.4 — Ministerio de Educación, INEE, boletín n.º 79 (PISA 2022), en la obra, 8.4 — dato — 473 puntos frente a 472, sin diferencia significativa; 8 puntos menos desde 2018

«Y la ayuda para hacer los papeles...» — 8.4 — Ley 39/2015, art. 14.1 (las personas físicas «podrán elegir en todo momento»); Defensor del Pueblo, recomendación de 23-8-2023, aceptada; en la obra, 8.4 — dato

«Lo que encontró es que el Estado cobra...» — 8.4 — la obra, 8.4, «Conclusión, lo que arrojan los datos» («el Estado extrae con automatismo y precisión, y devuelve con resultados desiguales»); la novela de Sofía, 21B, tal cual — dato

«La hizo él, con el lápiz...» — 8.8 — INE, Encuesta Anual de Estructura Salarial 2024 (29.540,26 euros brutos); INE, cuentas de los sectores (ahorro del 12,0 % de la renta disponible, 2025); aritmética de la obra, con un precio aproximado, en 8.8 — dato — unos 25 años y más de 80; gastando solo lo que gasta de media una persona (13.626 euros al año, EPF 2024), unos 7 y unos 25; el ejemplo sindical de Madrid (parte interesada)

«Una pareja con dos sueldos...» — 8.8 — aritmética de la obra, en 8.8 — dato

«En el Banco de España, un piso medio...» — 8.8 — Banco de España, indicadores del mercado inmobiliario, cuadro SI 1.5, en la obra, 8.8 — dato — 8,36 años en junio de 2026; renta bruta del hogar, no el esfuerzo real; 2,9 en 1987 (crónica 11), 9,46 en 2007, 6,59 en 2015 y 7,65 en septiembre de 2025

«En el Banco de España, un piso medio...» — 8.8 — Banco de España, cuadro SI 1.5, en la obra, 8.8, «El esfuerzo» — dato — 38,01 % de la renta disponible del hogar mediano en junio de 2026; el 72,47 % de junio de 1990, el máximo de la serie, y el tipo del 16,46 %

«Y en 2024 las mujeres tuvieron...» — 8.8 — INE, Movimiento Natural de la Población, nota de 19-11-2025, e indicadores demográficos básicos, tabla 1407, en la obra, 8.8 — dato — 1,10 hijos por mujer (1,07 las madres españolas y 1,27 las extranjeras); 318.005 nacimientos; 2,77 en 1975; el anterior mínimo, 1,13 en 1998

«La tentación era juntarlo todo en una frase...» — 8.8 — la obra, 8.8, «La pregunta causal» («La tentación es unir todo en una frase») — dato

«Ningún dato junta una cosa con la otra...» — 8.8 — la obra, 8.8, «La pregunta causal» (las dos explicaciones rivales sin refutar) — dato — la política monetaria europea, la falta de oferta de vivienda, la globalización y una causa común, la crisis de 2008

«Lo que hay es una coincidencia en el tiempo...» — 8.8 — la obra, 8.8 («correlación temporal y geográfica, sin mecanismo demostrado») — dato

«Debajo, más pequeño...» — 8.4; H.9 — la obra, 8.4, «Lectura del autor» («una servidumbre económica encubierta») y «Conclusión» (que su suma sea servidumbre o extorsión «excede lo que prueban»); H.9 — lectura del autor

«Dejó la nómina debajo del salero...» — 8.4 — la novela de Sofía, 21B (al día siguiente, la nómina sigue debajo del salero) — dato

Capítulo 53. Opinión desfavorable

«El lunes, a las cuatro y pico...» — 9.0 — la obra, 9.0 («Este reúne lo medido en una conclusión, el dictamen, y dice sus límites»; lo que arrojan los datos y la lectura del autor, separados) — dato

«Empezó por la vara del domingo anterior...» — 9.1 — Ley de Sociedades de Capital, art. 363.1.e, en la obra, 9.1, «La misma vara»; 5.1, n.º 7 (la exclusión del concurso) — dato

«Lo que publica ese tribunal...» — 9.1 — Tribunal de Cuentas, Declaración sobre la Cuenta General del Estado de 2024, párrs. 2.23 y 4.20, en la obra, 9.1 — dato

«Luego, lo que debe a los suyos...» — 9.1; 5.1 — INE, en la obra, 5.1, n.º 24, y 9.1, «La deuda contraída contra el ciudadano» — dato — 6,13 billones de euros a finales de 2021

«Luego, lo que debe a los suyos...» — 9.1 — Eurostat, deuda de las administraciones públicas (1.429.404 millones en 2021); cálculo de la obra, en 9.1 — dato — 4,3 veces

«El propio INE avisa...» — 9.1; 5.1 — la obra, 9.1 y 5.1, n.º 24 («es el valor actual de pagos futuros, no una deuda que venza hoy») — dato

«Para pagarla, el sistema solo cuenta...» — 9.1 — la obra, 9.1, «Con qué la paga» (la hucha: 80.337 millones dispuestos de 2012 a 2019, 8.6) — dato

«Después, la palabra que había buscado una noche...» — 9.1; 6.2 — la obra, 9.1, «La autoridad perdida», y 6.2 (la palabra que quiere decir hacer crecer; capítulo 24) — dato

«Más años de vida por lo mismo...» — 9.1 — Decreto 2065/1974, art. 154.1.b; Ley 26/1985, arts. 2.1 y 3.1; Ley General de la Seguridad Social, art. 205.1.b, disposición transitoria cuadragésima, arts. 209.1 y 210.1 y disposición transitoria novena; en la obra, 9.1; cálculo de la obra (los 37 años) — dato — 10 años (1974), 15 (desde 1985); los últimos 8 años (1985), 302 de las últimas 304 bases, unos 25 años (desde 2026); 37 años cotizados para el 100 % (desde 2027); desde 2037, los 27 mejores de los últimos 29 y la edad (67, o 65 con 38 años y medio)

«Más carga: lo que pasa por las administraciones...» — 9.1 — Eurostat, gov_10a_taxag (del 32,3 % del PIB en 1995 al 37,3 % en 2024); cálculo de la obra, en 9.1 — dato — unas 18 jornadas; «por su cuenta»: el cálculo es de la obra

«Más normas y más trámites...» — 9.1; 5.2 — la obra, 9.1, y 5.2, planta 3 — dato — 1.298.086 páginas en 2024

«Más normas y más trámites...» — 9.1; 8.4 — ATA, nota de 10-8-2026 (asociación del sector), en la obra, 8.4 y 9.1 — dato — 226 horas al año (capítulo 52)

«Sofía IA: Según un estudio...» — 9.1 — Instituto de Estudios Económicos, Revista del IEE, n.º 4/2022, pp. 16 y 26 (estudio privado), en la obra, 9.1 — dato — el error real de 9.1, en boca de Sofía IA: la parte atribuida a la fragmentación de normas tomada por el total («el 1,5-2,5 % no es el total de las cargas»)

«Fue al estudio...» — 9.1 — Instituto de Estudios Económicos, Revista del IEE, n.º 4/2022 (estudio privado, que lo recoge de otros autores), en la obra, 9.1 — dato — del 3 % al 5 % del PIB

«Fue al estudio...» — 9.1 — Instituto de Estudios Económicos, Revista del IEE, n.º 4/2022, en la obra, 9.1 — dato

«Fue al estudio...» — 9.1 — Instituto de Estudios Económicos (estimación propia, estudio privado), en la obra, 9.1 — dato — del 1,5 % al 2,5 % del PIB

«Aun así, la parte sola ya era más...» — 9.1 — Eurostat, gasto por funciones (gov_10a_exp), grupo GF0101, en la obra, 9.1 — dato — 1,3 % del PIB en 2024

«Le volvió el inglés del miedo...» — 9.1; 6.1 — Hobbes, Leviatán, en la obra, 9.1 y 6.1 — dato

«En su libro dedicó un capítulo...» — 9.1 — Hobbes, Leviatán, cap. XXIX; traducción de la edición, del inglés; en la obra, 9.1 — dato

«Estratagemas de ley encontró...» — 9.1; 5.1 — Ley 35/2006, art. 57.1, en la obra, 9.1 y 5.1, n.º 5 — dato — los 5.550 euros desde 2015, con los precios un 28,0 % arriba (capítulo 52)

«La otra le hizo pensar en el radar de Constancio...» — 9.1; 3.2 — Orden EHA/3565/2008, anexo IV, concepto 391, subconcepto 391.20; Ayuntamiento de Madrid, ejecución del presupuesto de ingresos, datos abiertos; en la obra, 9.1 (y 3.2, P8) — dato — 211,4 millones previstos y 220,2 reconocidos en 2024, un 4,1 % más; en 2023, 199,3 y 213,4, un 7,1 % más; el radar, en el capítulo 45

«Y lo que había que reconocerle...» — 9.1 — INE, tabla 1415, en la obra, 9.1, «Lo que hay que reconocer» — dato — 15,8 años en 1978 y 21,9 en 2024; el gasto en pensiones de vejez, del 6,6 % del PIB en 1995 al 10,4 % en 2024 (provisional)

«La estructura no crece...» — 9.1 — Eurostat, gasto por funciones (gov_10a_exp), en la obra, 9.1 — dato — del 1,5 % al 1,3 % del PIB

«Y antes se pagaba menos...» — 9.1 — la obra, 9.1 («Antes se pagaba menos, pero el Estado daba mucho menos y no había libertades»; Comín, Ayer, 21, 1996, p. 167) — dato

«Luego, las leyes de arriba...» — 9.1; 3.3 — la obra, 9.1, «Lo que dicen las leyes de arriba», y 3.3 — dato — la remisión de cada siete años y el jubileo de cada cincuenta

«Y «el que toma prestado...» — 9.1; 5.2 — Pr 22:7, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 9.1 y 5.2, planta 5 — dato

«La usura: casi treinta y nueve...» — 9.1; 8.6 — la obra, 9.1 y 8.6 — dato — 38.793 millones de euros de intereses en 2024

«que la prohibición de la Torá...» — 9.1; 3.3 — la obra, 9.1 («aplicarla a la deuda de un Estado es extensión del autor») y 3.3 — lectura del autor

«Las pesas justas...» — 9.1; 3.2; 8.3 — la obra, 9.1, 3.2 (P4) y 8.3 — dato

«Nadie es juez en su propia causa...» — 9.1; 1.7 — la obra, 9.1, 1.7 y 5.1, n.º 7 — dato

«Y la ley humana que contradice a la natural...» — 9.1; 1.1 — Tomás de Aquino, Suma teológica I-II, q. 95, a. 2, en la traducción de la obra, 9.1 y 1.1 — dato

«Al final de la lista...» — 9.1 — Hobbes, Leviatán, final del cap. XXVIII (Job 41); traducción de la edición, del inglés; en la obra, 9.1 — dato

«Al final de la lista...» — 9.1 — Hobbes, Leviatán, final del cap. XXVIII; traducción de la edición, del inglés; en la obra, 9.1, «La espada que juzga» — dato

«Lo que él creía, y lo puso en su columna...» — 9.1 — Heb 4:12, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 9.1 — dato

«Lo que él creía, y lo puso en su columna...» — 9.1 — Heb 4:12, en la obra, 9.1 — dato

«Lo que él creía, y lo puso en su columna...» — 9.1 — la obra, 9.1, «La espada que juzga», «Lectura del autor» — lectura del autor

«Y al lado, para no pasarse...» — 9.1 — Mt 13:29, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 9.1 — dato

«Antes de firmar leyó también...» — 9.2 — la obra, 9.2, «El patrón», y 9, «Límite honesto de la prueba» («Los diez casos son constancia histórica, no una ley de la historia. Los eligió el autor»; «la comparación con España la hace el autor, no los datos») — dato — los diez casos, ya en las crónicas 8, 10, 11 y 12 (capítulos 26, 37, 43 y 51)

«Ya clareaba cuando llegó a la firma...» — 9.1; H.7 — Ley 22/2015, de Auditoría de Cuentas, art. 5.1.e, en la obra, 9.1, «El dictamen», y H.7 — dato

«La ley dice que la opinión del auditor...» — 9.1 — Ley 22/2015, art. 5.1.e, en la obra, 9.1 — dato

«La ley dice que la opinión del auditor...» — 9.1 — Ley 22/2015, art. 5.1.e, en la obra, 9.1 — dato

«La ley dice que la opinión del auditor...» — 9.1 — Ley 22/2015, art. 5.1.e, en la obra, 9.1 — dato

«Sus cuentas no daban la imagen fiel...» — 9.1; 5.4 — la obra, 9.1 («El dictamen de esta obra sobre el sistema es: OPINIÓN DESFAVORABLE»; «La piedra de todo el dictamen está en 5.4») y 5.4 — dato

«Debajo, lo que eso anunciaba...» — 9.1; 5.2 — Constitución, art. 168, en la obra, 9.1 («Lo que anuncia, y lo que no») y 5.2, planta 2 — dato — la revisión total; el camino, en la parte 8

«Y en grande, para que nadie lo leyera al revés...» — 9.1; 0.2 — la obra, 9.1 («Este dictamen no exime a nadie de sus obligaciones vigentes (0.2): es el diagnóstico que funda la reforma, no una orden de desobediencia») y 0.2 — dato

«Gea fue la primera en levantarse...» — 9.1 — la obra, 9, «Límite honesto de la prueba» y «Dónde se oye la defensa del Estado» (11.4) — dato

«Pues te lo digo como te lo diría Amparo...» — 9.1; 7.1 — la obra, 9, «Límite honesto de la prueba», y 7.1 — dato — 93 de 169 (capítulo 18)

«Pues te lo digo como te lo diría Amparo...» — 8.4 — Eurostat, 2024, en la obra, 8.4 y 9, «Límite honesto» — dato — 84,0 años de esperanza de vida (capítulo 52)

«Entonces va en la hoja...» — 9.1 — la obra, 9, «Límite honesto de la prueba» («Lo que prueban los datos es la causa de disolución con esa regla, no una quiebra en sentido legal: el Estado sigue pagando y obteniendo préstamos») — dato

«Por eso lo llamo dictamen...» — H.7; 11.1 — la obra, H.7 («la conclusión de la obra es un dictamen; el veredicto, si llega, es del jurado») y 11.1 — dato

«Y la lista de lo que solo puede ir allí...» — H.9; H.7 — la obra, H.9 (el padre de la mentira, aprendiz y madurez, lo que clama al cielo) y H.7 (la quiebra camuflada, lectura del autor) — dato

«En «Lo que yo creo» escribió...» — 9.1; 9.2; 4.1 — la obra, 9.1, «Lectura del autor» y «Cómo se compensa, según el autor»; 9.2, «Lectura del autor» y «Lo que la obra hace con esto»; 4.1 — lectura del autor

«Por la tarde, Sofía estaba haciendo un dibujo...» — 8.4; 5.1 — la novela de Sofía, 21B, tal cual, salvo una frase; la obra, 8.4 y 5.1, n.º 3 — dato

«A tu madre la ley no la hizo...» — 2.1 — la obra, 2.1, «Conclusión, lo que arrojan los datos» («a la persona, la ley la encuentra: nace, y desde ese momento es persona») — dato

«Más o menos. Mira...» — 8.4 — la obra, 8.4 (unos 48 de cada 100 con los demás impuestos de cada año); la novela de Sofía, 21B, tal cual — dato — casi la mitad: el ejemplo, del padre

«Sofía levantó la cabeza...» — 8.4 — la obra, 8.4; la novela de Sofía, 21B, tal cual — dato — lo dice Sofía

«Se apunta como si lo fuera...» — 5.1; 11.3 — la obra, 5.1, n.º 3, y 11.3, cargo 25 (la defensa); la novela de Sofía, 21B, tal cual — dato

«Porque el impuesto va por escalones...» — 5.1; 8.3 — la obra, 5.1, n.º 5, y 8.3; la novela de Sofía, 21B, tal cual — dato

- «Se dan. Es la ley, y hay que cumplirla...» — 0.2; D.2 — la obra, 0.2 (las obligaciones vigentes siguen vigentes) y D.2 (la solicitud de acceso a la información); la novela de Sofía, 21B, tal cual — dato
- «Hoy los de sexto se han vuelto a quedar con la portería...» — 1.5 — la novela de Sofía, 21B, tal cual (la pregunta de la costumbre); la obra, 1.5 — dato

Capítulo 54. Las tizas

- «No es que no la tuviera...» — 1.5 — la obra, 1.5 (la costumbre, ley no escrita) — dato
- «El obispo de Sevilla seguía en su línea...» — 1.5 — Isidoro de Sevilla, Etimologías V, 3; traducción de la edición, del latín; en la obra, 1.5 — dato
- «Pero una costumbre no se mide por los años...» — 0.5; 1.5 — la obra, 0.5 (la vara: los hechos y lo que hacen; el daño, el consentimiento y la reciprocidad) y 1.5, «La condición» (la costumbre manda cuando pasa la vara) — dato
- «Volvió al ejemplo del romano...» — 1.5 — César, La guerra de las Galias VI, 23, en la obra, 1.5 — dato
- «La otra mitad de la pregunta...» — 1.5 — Juliano, Digesto 1.3.32; traducción de la edición, del latín; en la obra, 1.5 — dato
- «Ya tarde, con solo la luz...» — 5.5 — la obra, 5.5 (por qué ha durado: la costumbre de obedecer sin que nadie obligue; el francés de 1548) — dato
- «Y estaba el sí que se da por dado...» — 5.4 — la obra, 5.4 (la raíz: la presunción en lugar del consentimiento) — presunción
- «Pues dale la vuelta...» — 0.5 — la obra, 0.5 (la reciprocidad: si valdría igual dándole la vuelta) — dato
- «No se trata de castigar a nadie...» — 1.5 — la obra, 1.5 (la costumbre que no pasa la vara no vale «por muchos años que tengan»: con las palabras de la novela de Sofía, 22) — lectura del autor

Capítulo 55. Podar

- «Equivocarse se puede de muchas maneras...» — 4.3 — Aristóteles, Ética a Nicómaco II, 6, en la obra, anexo de 4.3 («errar es posible de muchas maneras [...]; acertar, de una sola») — dato
- «Lo que encontró cabía en tres verbos...» — 10.0 — la obra, 10.0 («Son tres verbos: compensar, pedir con constancia escrita y deslindar») — dato
- «La abrió por la carta a los romanos...» — 10.1 — Rm 13:1, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 10.1 — dato
- «Y unas líneas más abajo...» — 10.1 — Rm 13:6, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 10.1 — dato
- «Lo que no había mirado era lo de en medio...» — 10.1 — Rm 13:4, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 10.1 — dato
- «En los demás, igual...» — 10.1; 5.2 — Mt 22:21, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 10.1 y 5.2 — dato
- «El Corán mandaba obedecer...» — 10.1; 3.2 — Corán 4:59, traducción de Julio Cortés, en la obra, 10.1 — dato
- «Y por encima de todo...» — 10.1; 1.2 — Hch 5:29, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 10.1 y 1.2 — dato
- «Una le quitaba peso...» — 10.1; 2.5 — Lc 12:48, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 10.1 y 2.5 — dato
- «La otra se lo devolvía...» — 10.1 — Stg 4:17, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 10.1 — dato
- «Pero lo bueno no era dejar de pagar...» — 10.1 — la obra, 10.1, «¿Es cómplice quien paga?» (la obligación vigente sigue vigente, Constitución, art. 9.1; dejar de consentir en silencio) — lectura del autor
- «Todo eso cabía en una pregunta...» — 10.1; 10.4; H.8 — la pregunta de la obra (glosario 8.7), en 10.1, 10.4 y H.8; Constitución, art. 103.1, y Ley 39/2015, art. 97.1 — dato
- «Lo siguiente era lo que llevaba días...» — 10.2 — la obra, 10.2, «La metamorfosis» (no se reclama un Estado nuevo; que se alinee y sirva al bien común: «solo así recupera su legitimidad») — lectura del autor
- «En «Las palabras» apuntó dos...» — H.8 — la obra, H.8 (la metamorfosis del Estado; disolver: «No es destruir ni derribar: es auditar a fondo para separar lo que sirve de lo que daña») — dato
- «Esa tarde, al volver del taller...» — 10.2 — la obra, 10.2, «Lectura del autor, el árbol que hay que podar» — lectura del autor
- «La ley, además, ya pedía cosas...» — 10.2 — Estatuto Básico del Empleado Público, art. 20.1, en la obra, 10.2 — dato
- «Que se aparte del servicio...» — 10.2; 8.6 — Estatuto Básico del Empleado Público, arts. 95.2.c y 96.1.a, en la obra, 10.2; la inamovilidad del funcionario de carrera, 8.6 — dato

«En la otra columna, con letra pequeña...» — 10.2 — la obra, 10.2, «Lectura del autor, un Estado, pero no un Gobierno» (palabras del autor, 6 y 9-oct-2026) — lectura del autor

«Encontró que un país ya lo había escrito...» — 10.2 — Constitución de Bolivia de 2009, art. 8.I, en la obra, 10.2 — dato

«Al final de la hoja, una lista corta...» — 10.2 — la obra, 10.2, las propuestas del autor, cada una con su objeción y su respuesta — lectura del autor

«La prensa, libre del todo...» — 10.2 — Reglamento (UE) 2024/1083, arts. 6.1, 25.2 y 29, en la obra, 10.2 — dato — desde el 8 de agosto de 2025; el «perro guardián» del Tribunal Europeo de Derechos Humanos (Observer y Guardian c. Reino Unido, 1991, § 59; traducción de la edición)

«Los jubilados que quieran...» — 10.2 — Consejo de Transparencia y Buen Gobierno, reclamaciones de 2025, en la obra, 10.2 — dato — 2.767 en 2025; la pensión, compatible con trabajar (Ley General de la Seguridad Social, art. 214)

«Los datos del Consejo de los jueces...» — 10.2 — CGPJ, La Justicia dato a dato, 2025, en la obra, 10.2 — dato — 465 de 599.492

«Los datos del Consejo de los jueces...» — 10.2 — cálculo de la obra, 10.2 — dato — 465 / 599.492, menos del 0,1 %

«Sofía IA: Tienes razón...» — 10.2 — cálculo de la obra, 10.2 — dato — 465 / 599.492

«Y al lado, lo de Irlanda...» — 10.2 — Citizens' Assembly, Irlanda, 2016-2018, en la obra, 10.2 (traducción de la edición) — dato — una muestra representativa de 99 personas del público, elegidas al azar, ampliamente representativas de la sociedad tal como la refleja el censo

«Gea entró a por agua...» — 10.2 — la obra, 10.2, «Cómo se sostiene, y las pensiones» (el equivalente al diezmo, el 10 %) — lectura del autor — propuesta del autor, no dato: «una cuarta parte, o menos, de lo que hoy se paga»

«Todas las administraciones gastaron...» — 10.2; C.3 — Eurostat, gov_10a_main, en la obra, 10.2 y C.3 — dato — 764.884 millones de euros en 2025

«Solo las pensiones de la Seguridad Social...» — 10.2 — cálculo de la obra, 10.2 (la nómina mensual de las dos, por catorce pagas) — dato — unos 228.000 millones

«Solo las pensiones de la Seguridad Social...» — 10.2 — cálculo de la obra, 10.2 — dato — alrededor del 30 % del gasto

«Hoy, no...» — 10.2 — la obra, 10.2, la objeción «El diezmo no alcanza» y su respuesta (el punto de llegada; el cálculo de la transición, «tarea pendiente») — lectura del autor

«Mi hermano no...» — 10.2; H.8 — Constitución, arts. 24.2 y 33.3, en la obra, 10.2, la objeción «Recuperar lo obtenido ilícitamente exige condena» y su respuesta — dato

Capítulo 56. La higuera

«Si te la cambio aquel día...» — 10.3 — la obra, 10.3, condición 3, la medida justa («primero cuidar; solo después, si no hay fruto, cortar») — dato

«Lo primero que encontró fue una regla corta...» — 10.3 — la obra, 10.3, «La regla» («La responsabilidad de las personas se establece por acto y con fuente, nunca por pertenecer a un colectivo: un informe interno es fuente, no sentencia») — lectura del autor

«Su informe del lunes...» — H.7; 9.0 — la obra, H.7 (el dictamen: sin valor oficial; no exime de nada) — dato

«La Biblia de su madre seguía en la mesa...» — 10.3; 9.1 — Mt 13:29-30, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 10.3 (y Mt 13:29 en 9.1) — dato

«Luego le vino una imagen que no era del taller...» — 10.3 — la obra, 10.3, «Quién puede corregir, y con qué medida» (la imagen del médico, que atraviesa los límites del cuerpo de otro: «¿Qué lo legitima?») — lectura del autor

«La primera, que el que se corrige diga que sí...» — 10.3 — la obra, 10.3, condición 1 («La corrección se muestra; no se fuerza»), y «Conclusión, lo que arrojan los datos» (los textos leídos coinciden en las cuatro condiciones) — dato

«La Gita de la India cerraba su enseñanza...» — 10.3; 1.9 — Bhagavad Gita XVIII, 63, en la traducción inglesa de Arnold, en la obra, 1.9 y 10.3 — dato

«Otro griego, el de la República...» — 10.3 — Platón, República I, traducción de la edición desde la inglesa de Jowett, en la obra, 10.3 — dato

«Y lo mismo del piloto y del que manda...» — 10.3 — Platón, República I, traducción de la edición desde la inglesa de Jowett, en la obra, 10.3 — dato

«En el taller aquello tenía nombre...» — 10.3; J.3 — la obra, 10.3, condición 2 (Ez 34:2-4: los pastores que se apacientan a sí mismos no sanan a la enferma; anexo J) — dato

«La tercera, la medida justa...» — 10.3 — la obra, 10.3, condición 3 (no arrancar lo sano, no tirar de los brotes, dar tiempo) — dato

«El maestro chino del pozo contaba...» — 10.3 — Mencio 2A, 2, traducción de la edición desde la inglesa de James Legge, en la obra, 10.3 — dato

«Y lo dejaba en una línea...» — 10.3 — Mencio 2A, 2, traducción de la edición desde la inglesa de James Legge, en la obra, 10.3 — dato

«Un viejo libro chino lo decía del Estado...» — 10.3 — Daodejing 60, traducción de la edición desde la inglesa de James Legge (Sacred Books of the East, vol. 39, 1891), en la obra, 10.3 — dato

«Y la Gita le pedía al que sabe...» — 10.3 — Bhagavad Gita III, 25-29, traducción de la edición desde la inglesa de Edwin Arnold, en la obra, 10.3 — dato

«El que le cuidaba la viña le contestó...» — 10.3 — Lc 13:8, en la Reina-Valera de la obra, 10.3 — dato

«Y si aun así no daba fruto...» — 10.3 — Lc 13:9, en la Reina-Valera de la obra, 10.3 — dato

«Primero cavar y echarle estiércol...» — 10.3 — la obra, 10.3 («El orden de la corrección es ese: primero cuidar; solo después, si no hay fruto, cortar») — dato

«Tres familias que no se citan entre sí...» — 10.3 — la obra, 10.3, «Conclusión, lo que arrojan los datos» (en la medida justa coinciden tres familias que no se citan entre sí: China, la India y el Evangelio) — dato — tres: China, la India y el Evangelio; dicho tal cual en la obra

«La cuarta, un rumbo...» — 10.3; 3.2; 3.6; J.2 — la obra, 10.3, condición 4 (el centro: los nueve principios del Arca, 3.2; el hilo de servir, 3.6; el centro de cada dial, anexo J) — lectura del autor

«Cuando faltaba una de las cuatro...» — 10.3 — la obra, 10.3, «Conclusión, lo que arrojan los datos» («Cuando falta una de las cuatro, los mismos textos lo llaman daño: el hombre de Song secó sus brotes; los pastores que se apacientan a sí mismos no sanan a nadie») — dato

«Ya iba a cerrar la Biblia...» — 10.3 — Mt 18:15, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 10.3 — dato

«Pero siguió leyendo...» — 10.3 — Mt 18:16, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 10.3 — dato

«Pero siguió leyendo...» — 10.3 — Mt 18:17, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 10.3 — dato

«Era una escalera...» — 10.3; 10.4; 10.8 — la obra, 10.3, «Lectura del autor» (el orden de la corrección entre hermanos: a solas y por escrito, la pregunta de 10.4; con otros, defenderse juntos, 10.4; ante todos, el Registro de los frutos, 10.8, y el juicio; «La escalera acaba en apartarse de quien no oye, no en forzarlo») — lectura del autor

«Junto a los modelos de escritos...» — 10.5 — la obra, 10.5, «Su regla» — lectura del autor

«Junto a los modelos de escritos...» — 10.5; D.0 — la obra, 10.5, «Su regla» (no aconseja dejar de pagar ni desobedecer: son los cauces que la propia ley reconoce para defenderse; de un modelo a un escrito real, maduración y, si el asunto lo merece, asistencia profesional) — lectura del autor

«En «Lo que yo creo» escribió despacio...» — 10.3; J.3 — la obra, 10.3, «Lectura del autor» («esta obra es un médico sin autoridad para cortar»; diagnostica en público, con sus pruebas, y ofrece el tratamiento dentro de la ley; «acusa, y no ejecuta»: quien aparta a las gruesas y a las fuertes es Dios, no el profeta, Ez 34:16, anexo J) — lectura del autor

«Entre particulares, la ley lo tenía escrito...» — 10.6 — Código Civil, art. 1902, en la obra, 10.6 — dato

«Y era el único sitio...» — 10.6 — la obra, 10.6, «Hechos: cinco frentes», n.º 1 («Es el único frente donde sigue haciendo falta probar la culpa») — dato

«Porque lo buscó más arriba...» — 10.6 — Ley de Expropiación Forzosa de 16 de diciembre de 1954, art. 121, en la obra, 10.6 — dato — el régimen de responsabilidad del Estado arranca de esa ley

«Porque lo buscó más arriba...» — 10.6 — la obra, 10.6 (de 1954 a 1978) — dato — 24 años

«Porque lo buscó más arriba...» — 10.6 — Constitución, art. 106.2; Ley 40/2015, art. 32, en la obra, 10.6 — dato

«Y ahí no hacía falta probar...» — 10.6 — la obra, 10.6, n.º 2 («Es responsabilidad objetiva: no hace falta que la Administración se haya equivocado; basta que el funcionamiento de un servicio cause un daño que el ciudadano no tenía el deber de soportar») — dato

«Siguió subiendo...» — 10.6 — Constitución, art. 121; Ley Orgánica del Poder Judicial, arts. 292 a 297, en la obra, 10.6 — dato

«El propio Tribunal Constitucional...» — 10.6 — Ley 40/2015, art. 32.8, en la obra, 10.6 — dato

«Los productos defectuosos, también los digitales...» — 10.6 — Directiva (UE) 2024/2853, de 23 de octubre de 2024, art. 21, en la obra, 10.6 — dato — con efectos desde el 9 de diciembre de 2026; sustituye a la de 1985

«Y arriba del todo, el que hace las leyes...» — 10.6 — Ley 40/2015, art. 32.3, en la obra, 10.6 — dato

«La noche de la vacuna había llamado a eso garantía...» — D.12 — la obra, anexo D, D.12 (la reclamación de responsabilidad patrimonial) — dato

«En «Comprobado», después de releerlo...» — 10.6 — la obra, 10.6, «Conclusión, lo que arrojan los datos» («No todas las asimetrías documentadas en esta obra juegan contra el ciudadano, y esta es la prueba») — dato

«Sofía IA: No por sí solo...» — 10.6 — STS de 21 de junio de 1996, FJ 4, en la obra, 10.6 — dato — la sentencia, sin número en el texto

«Sonaba a sentencia...» — 10.6 — STS de 21 de junio de 1996, FJ 4, en la obra, 10.6 — dato

«Hacía falta una tardanza...» — 10.6 — STS de 21 de junio de 1996, en la obra, 10.6 — dato

«Encontró también a un profesor...» — 10.6 — fuente secundaria: Alonso-Cuevillas (2016), el título de su artículo, en la obra, 10.6 — dato

«Debajo, para no pedir más de la cuenta...» — 10.6 — la obra, 10.6, «El camino estrecho» («Pagar impuestos no da derecho a que el Estado resuelva cada problema al instante; lo que da es derecho a reclamar cuando su justicia falla de forma objetivamente anormal, aunque cobrarlo sea largo») — dato

«En «Lo que yo creo», al final...» — 9.1; H.8 — la obra, 9.1, «Cómo se compensa, según el autor» (sin más deuda contra el mismo ciudadano; de quien se ha enriquecido; responsabilidad individual, probada caso a caso y con derecho de defensa); H.8, «La compensación» — lectura del autor

«En la Biblia de su madre lo encontró en una línea...» — 9.1 — Ez 18:20, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 9.1 — dato

«Lo que la familia recibió sabiendo de dónde venía...» — 9.1 — Código Penal, art. 127 quater.1.a y 127 quater.2, en la obra, 9.1 — dato

«Lo heredado de origen ilícito...» — 9.1 — la obra, 9.1, «Los hijos» (Código Civil, arts. 659 y 1023): lo heredado de origen ilícito se devuelve, hasta donde alcance la herencia, y lo que los hijos ganaron con su trabajo es suyo — lectura del autor

«En «Las palabras», debajo de metamorfosis...» — H.8 — la obra, H.8 («Discernir es separar: el grano de la paja, caso a caso, con pruebas y derecho de defensa. La depuración sin venganza es ese mismo trabajo aplicado a las responsabilidades»; «La compensación. Lo que el sistema debe al ciudadano») — dato

Capítulo 57. La última palabra

«Y ya sabes quién habla cuando hablo así...» — 11.4 — la obra, 11.4, «La defensa frente al dictamen»: trece objeciones, cinco concesiones — dato

«Lo primero. Tú escribes aquí...» — 11.4; 9.1 — la obra, 11.4, la defensa n.º 5 («Anunciar el cierre de una forma de gobierno invita a desobedecer»), con la respuesta de la obra y «Dónde aguanta»; Constitución, art. 9.1 — dato

«No lo hay. Y no lo pido...» — 6.5; 11.4 — la obra, 6.5 y 11.4, n.º 5, «Dónde aguanta» — dato

«Lo segundo. España no es una dictadura...» — 11.4; 6.4 — la obra, 11.4, la defensa n.º 6 («España tiene un perfil mixto»), con la respuesta de la obra y «Dónde aguanta»; Constitución, art. 87.3 — dato

«Lo tercero —siguió Amparo—...» — 11.4; 10.7 — la obra, 11.4, la defensa n.º 8 («Las amenazas corregidas prueban que el sistema se frena a sí mismo»), con la respuesta de la obra y «Dónde aguanta» — dato

«Lo frenó en 2024...» — 10.7 — STJUE de 22 de febrero de 2024, asuntos C-59/22, C-110/22 y C-159/22, en la obra, 10.7 — dato — las medidas españolas contra el abuso de la temporalidad en el empleo público no se ajustan al Derecho de la Unión

«Y en 2026 tuvo que volver a decirlo...» — 10.7 — STJUE de 14 de abril de 2026, asunto C-418/24, en la obra, 10.7 — dato — «Una segunda sentencia, dos años después, porque la primera corrección no bastó» (10.7)

«Lo que digo es dónde...» — 7.4; 11.4 — la obra, 7.4 y 11.4, n.º 8 (en el bien común, el freno actuó en 2 de 43 extralimitaciones) — dato — 2 de 43

«Él tenía las fechas de las votaciones...» — 11.4; 8.1 — la obra, 11.4, n.º 8 (se votó en las dos Cámaras entre el 2 y el 7 de septiembre de 2011, sin referéndum) — dato — Congreso, 2 de septiembre; Senado, 7 de septiembre de 2011 (capítulo 15)

«Lo cuarto...» — 11.4; 7.5 — la obra, 11.4, la defensa n.º 10 («Una forma sin sustancia es corrupción es una idea moral, no jurídica»), con la respuesta de la obra y «Dónde aguanta»; ISSAI 300 («los principios de economía, eficiencia y eficacia»), 7.5 — dato

«Lo quinto. Lo de los diez casos...» — 11.4; 9.2 — la obra, 11.4, la defensa n.º 11 («Comparar a España con los diez casos es ilegítimo»), con la respuesta de la obra y «Dónde aguanta» — dato

«Lo sexto te lo digo yo...» — 11.4; 8.9 — la obra, 11.4, la defensa n.º 12 («La confianza alta entre la gente prueba que el marco funciona»), con la respuesta de la obra y «Dónde aguanta»; EsadeEcPol y CIS, en la obra, 8.9 — dato

«No lo es: la confianza entre la gente...» — 8.9; 11.4 — la obra, 11.4, n.º 13, y 8.9 (de 4,74 en 2014 a 5,58 en 2026: doce años) — dato — el CIS, de 4,74 a 5,58 (capítulo 47)

«Lo séptimo, y me voy...» — 11.4; 8.9 — la obra, 11.4, la defensa n.º 13 («Decir que el sistema creó los problemas es un salto»), con la respuesta de la obra y «Dónde aguanta» — dato

«Trece objeciones al informe...» — 11.4 — la obra, 11.4 (trece objeciones: catorce defensas, porque la lectura de conjunto y la conclusión de conjunto son una sola) — dato — 13

«De las trece, en cinco tenían razón...» — 11.4 — la obra, 11.4, «Conclusión, lo que arrojan los datos» (de las trece objeciones, la obra concede lo que es cierto en cinco) — dato — las cinco concesiones, en el texto

«Ninguna de las cinco tocaba...» — 11.4; 9.1 — la obra, 11.4, «Conclusión» (ninguna concesión toca los hechos del dictamen; «lo que queda en pie es la misma vara», en «La idea») — dato

«Le puso nombre arriba...» — 10.8; H.8 — la obra, 10.8, «Lectura del autor (propuesta)» (el Registro de los frutos; los tres pasos), y H.8 («El Registro de los frutos, después el Registro») — lectura del autor

«El juicio era la pregunta de Amparo...» — 11.1; 10.8 — la obra, 11.1, «Qué es» (un tribunal de opinión, sin carácter oficial y sin fuerza legal; un jurado por sorteo, con todas las generaciones; nunca personas con nombre) — lectura del autor

«Lo que sí existía lo puso al lado...» — 10.8; 1.5 — Constitución, art. 125; Ley Orgánica del Poder Judicial, art. 19, en la obra, 10.8 — dato

«En los pleitos de verdad...» — 11.1 — Ley de Enjuiciamiento Civil, art. 289.3, en la obra, 11.1 — dato

«En los pleitos de verdad...» — 11.1 — Ley de Enjuiciamiento Civil, art. 265.2, en la obra, 11.1 — dato

«Aquella ley no regía su juicio...» — 11.1 — la obra, 11.1, «La documentación del juicio» («de ella se toma la forma, no la fuerza»; la documentación del juicio es la obra entera, su prueba documental) — lectura del autor

«El jurado era lo que más le preocupaba...» — 11.1 — la obra, 11.1, «Las reglas del jurado», regla 1 (Ley Orgánica 5/1995, art. 61.1.d; Constitución, art. 120.3) — dato

«Que nadie juzgue donde tiene interés...» — 11.1 — Ley Orgánica 5/1995, art. 11.5, en la obra, 11.1 — dato

«Debajo puso lo que había pensado esa tarde...» — 11.1 — la obra, 11.1, regla 2 — lectura del autor

«Que la institución juzgada pueda recusar...» — 11.1 — Ley Orgánica 5/1995, arts. 38.3 y 40.3, en la obra, 11.1 — dato

«Y que a nadie se le pregunte lo que piensa...» — 11.1 — Constitución, art. 16.2, en la obra, 11.1 — dato

«Al jurado solo se le pide...» — 11.1 — Ley Orgánica 5/1995, art. 41.1, en la obra, 11.1 — dato

«Tres de las cuatro reglas ya las tenía...» — 11.1 — la obra, 11.1, «Conclusión, lo que arrojan los datos» — dato — 3 de 4; la cuarta, la Constitución (art. 16.2)

«Lo que hacía desde el primer domingo...» — 11.1 — la obra, 11.1, «Las dos caras» — lectura del autor

«Contó los cargos...» — 11.1; 11.3 — la obra, 11.1, «El pliego de cargos» (veintiocho: los veintitrés primeros y cinco más, del 24 al 28) — dato — 28

«Cada uno, una presunción...» — 11.1 — la obra, 11.1, «Cómo es cada cargo» (los nueve pasos: la presunción, la vara, dónde está probado, la pregunta, la defensa, los contrapuntos y dónde aguanta, el límite honesto, la última palabra y la respuesta de la institución) — dato

«Le faltaba el final de cada cargo...» — 11.1 — Ley de Enjuiciamiento Criminal, art. 739, en la obra, 11.1 — dato

«Y en la Biblia de su madre, lo mismo...» — 11.1 — Jn 7:51, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 11.1 — dato

«Y en los Proverbios...» — 11.1 — Pr 18:17, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 11.1 — dato

«Escribió la fórmula para cerrar cada cargo...» — 11.1; H.8 — la obra, 11.1, «La última palabra» (la fórmula; «en verdad», y no «en tu verdad», porque la verdad es lo comprobado con fuente, 0.4); H.8, «la última palabra» — lectura del autor

«Ya tarde, pasó a lo que cualquiera podía hacer...» — 11.5; 10.5 — la obra, 11.5, «Las preguntas para el juicio» (cualquiera puede enviarlas ya por escrito, con los modelos del botiquín, y guardar la respuesta o el silencio) — dato

«Escogió una para el sábado...» — 11.5; 5.1 — la obra, 11.5, la pregunta al INE y al Ministerio de Hacienda («¿por qué los compromisos de pensiones no se publican junto a la cifra de deuda pública, y cuándo se actualizará la tabla de 2021?») — dato

«Y otras que no eran para ninguna institución...» — 11.5 — la obra, 11.5, «Las preguntas para el relevo» y «El relevo» («este trabajo es muy grande para una persona sola», palabras del autor) — lectura del autor

«Y siguió, porque una cosa tiraba de la otra...» — 11.6; 10.2 — la obra, 11.6, «Lectura del autor: podar el árbol en todos los campos» (el mismo método, comprobar cada afirmación en su fuente y juzgarla por sus frutos, en todas las ciencias y también en lo económico, lo administrativo y lo judicial; un deber moral para quien quiera participar; el servicio a los demás, a nuestros otros yo, en otros cuerpos y en otras situaciones vividas, Mt 20:28 y 4.4); la poda del Estado, 10.2 — lectura del autor

«Que aquello estaba por encima de todos...» — 11.6; 2.5 — la obra, 11.6, «Lectura del autor: quiénes son los ángeles de este llamamiento» (una misión por encima de todos y de cada uno; se admiten aprendices, 2.5; nadie llega a la altura de Jesucristo, y no se trata de esperar a que vuelva y encuentre la casa sin barrer; el llamamiento, también a las potestades celestiales, como aliento y guía; la siega la hacen los ángeles enviados, Mt 13:39-41; a nosotros nos toca separar el grano de la paja, caso a caso y con pruebas; la vara, a los dos lados, también a quien audita, 2.5) — lectura del autor

«Lo último lo apretó al pie de la hoja...» — 11.6 — la obra, 11.6, «Lectura del autor: podar el árbol en todos los campos», al final (se buscan métodos mejores que este; aquí se cuestiona todo, hasta las palabras del autor; toda la historia va a ser revisada y documentada; esto es solo el principio del llamamiento) — lectura del autor

«La tradición llama así...» — 11.6; 0.3 — Catecismo, n.º 1867, en la obra, 11.6 y 0.3 — dato

«La tradición llama así...» — 11.6; 0.3 — Catecismo, n.º 1867, en la obra, 11.6 y 0.3 — dato

«La tradición llama así...» — 11.6; 0.3 — Catecismo, n.º 1867, en la obra, 11.6 y 0.3 — dato

«El pueblo que clama, como en el Éxodo...» — 11.6 — Ex 3:7, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 11.6 — dato

«El pueblo que clama, como en el Éxodo...» — 7.4; 11.6 — la obra, 7.4 y 11.6 (se incumple el 62,1 % de los artículos de la Constitución que afectan al ciudadano); el cobro blindado, 7.6 y cargo 13 — dato — 62,1 %

«El huérfano...» — 7.5; 11.6 — la obra, 7.5 y 11.6 (en 2025, el 33,8 % de los menores de 18 años, en riesgo de pobreza o exclusión social) — dato — 33,8 %

«El asalariado...» — 8.3; 11.6 — la obra, 8.3 y 11.6 (de cada jornada de ocho horas de un asalariado medio, 3 horas y 19 minutos se van en IRPF y cotizaciones) — dato — 3 h 19 min; el mínimo exento en 5.550 euros desde 2015

«El asalariado...» — 11.6 — Stg 5:4, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 11.6 — dato

«Debajo puso uno que la lista no nombraba...» — 11.6; 8.5 — la obra, 11.6, «Lectura del autor: un cuarto clamor», con las cifras de 8.5 — lectura del autor

«Debajo puso uno que la lista no nombraba...» — 8.5; 11.6 — la obra, 8.5 y 11.6 (en 2025, 14.710 personas murieron con su derecho a la dependencia reconocido, sin haber recibido la prestación) — dato — 14.710; y 17.994 sin que se les resolviera el grado

«Al lado, lo que no encajaba...» — 8.5; 11.6 — la obra, 8.5 y 11.6 (las muertes en la lista bajan, de 40.447 en 2023 a 32.704 en 2025) — dato — 40.447 y 32.704 (capítulo 45)

«Murieron esperando lo que la ley les reconocía...» — 11.6 — la obra, 11.6 («La obra no dice que murieran por esperar: dice que murieron esperando lo que la ley les reconocía») — dato

«Al pie, la fórmula...» — 11.6; 4.3 — Jub 11:4, en la obra, 11.6 y 4.3 — lectura del autor

«Al pie, la fórmula...» — 11.6; 4.2 — Ef 6:12, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 11.6 y 4.2 — lectura del autor

«Al pie, la fórmula...» — 11.6; 4.3 — Ez 33:11, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 11.6 y 4.3 — lectura del autor

«Un aviso, escribió...» — 11.6; H.9 — la obra, 11.6, «Lo que clama al cielo» y la fórmula de la lectura del autor; H.9 — lectura del autor

«Y debajo, con la letra más pequeña...» — 11.6 — Mt 13:9, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 11.6 — dato

Capítulo 58. La rosca

- «Tenía apuntado desde hacía semanas que nadie debe ser juez de sí mismo...» — 1.7 — Código de Justiniano 3.5.1, traducción de la edición, en la obra, 1.7, «Nadie es juez en su propia causa» — dato
- «Por lo que hicieron, con papeles...» — H.8; 10.3; 9.1 — la obra, H.8 («nunca por apellido ni por parentesco»); 10.3, «La regla» (por acto y con fuente); 9.1, «Cómo se compensa, según el autor» (de quien se ha enriquecido, caso a caso) — lectura del autor
- «En el ordenador del taller buscó si la ley tenía eso...» — 10.7 — la obra, 10.7, «La medida: el exceso que contamina el acto entero» (sitios donde el poder era legítimo, se ejerció más allá de su medida, y el exceso contamina el acto entero, no solo la parte sobrante) — lectura del autor
- «Los derechos, decía...» — 10.7 — Código Civil, art. 7.1, en la obra, 10.7 — dato
- «Y a continuación...» — 10.7 — Código Civil, art. 7.2, en la obra, 10.7 — dato
- «Quien se pasa a las claras de los límites normales...» — 10.7 — Código Civil, art. 7.2, en la obra, 10.7 («Todo acto u omisión que [...] sobrepase manifiestamente los límites normales del ejercicio de un derecho, con daño para tercero, dará lugar a la correspondiente indemnización y a la adopción de las medidas judiciales o administrativas que impidan la persistencia en el abuso») — dato
- «Sofía IA: Poco, y con cuidado...» — 10.7 — la obra, 10 LAS PUERTAS, lo corregido (20.00-31.1): «maniobras o estratagemas...» no está en la STS de 25 de septiembre de 1996 — dato — la sentencia que Sofía IA da por fuente, sin número en el texto
- «Lo que quedaba era menos redondo y más cierto...» — 10.7 — Código Civil, art. 7.2, y la obra, 10.7, «Hechos» («Con su cautela: la doctrina lo tiene por un remedio extraordinario, para casos notorios») — dato
- «Lo que se hace...» — 10.7 — Código Civil, art. 6.4, en la obra, 10.7 — dato
- «Lo que más le gustó fue la vara...» — 10.7 — STC 66/1995 (la Administración), STC 55/1996 (el legislador) y STC 207/1996 (los jueces), en la obra, 10.7, «Una sola vara para los tres poderes» — dato — el juicio de proporcionalidad: idoneidad, necesidad y proporción en sentido estricto; las sentencias, sin número en el texto
- «Él se las tradujo a su idioma...» — 10.7 — la obra, 10.7 (idoneidad, necesidad y proporción en sentido estricto) — lectura del autor
- «La Constitución habla del...» — 10.7 — Constitución, art. 53.1; STC 11/1981, en la obra, 10.7 — dato
- «La Constitución habla del...» — 10.7 — Constitución, art. 9.3, en la obra, 10.7 — dato
- «La Carta de los derechos de la Unión lo ponía...» — 10.7 — Carta de los Derechos Fundamentales de la UE, art. 52.1, en la obra, 10.7, «Cuatro condiciones a la vez» — dato
- «Para limitar un derecho...» — 10.7 — Carta de los Derechos Fundamentales de la UE, art. 52.1, en la obra, 10.7 — dato — ley, contenido esencial, necesidad dentro de la proporcionalidad e interés general
- «Las cuatro a la vez...» — 10.7 — la obra, 10.7, «Cuatro condiciones a la vez» («No son alternativas: se cumplen las cuatro o la limitación no vale») — dato — la hoja de inspección es imagen del padre
- «El que se defiende puede...» — 10.7 — Código Penal, art. 20.4, en la obra, 10.7 — dato
- «Y el que rompe algo para evitar un daño...» — 10.7 — Código Penal, art. 20.5, en la obra, 10.7 — dato
- «La Biblia de su madre estaba en casa...» — 10.7 — Dt 27:17, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 10.7 — dato
- «Iba entre las maldiciones del monte Ebal...» — 10.7 — la obra, 10.7, «La tradición» (Dt 27:16-19) — dato
- «Antes de darlo por bueno buscó lo contrario...» — 10.7 — la obra, 10.7, «Los contraejemplos, dichos» — dato
- «El que construye de buena fe...» — 10.7 — STS de 22 de marzo de 1996, que arranca la doctrina en la STS de 31 de mayo de 1949, en la obra, 10.7 — dato — la accesión invertida; la STS de 1908, sin fuente oficial en línea, no se cita
- «Y el mismo Supremo, en julio de este año...» — 10.7 — STS de 7 de julio de 2026, recurso de casación 1823/2024, en la obra, 10.7 — dato
- «Un patrón con sus excepciones dichas...» — 10.7 — la obra, 10.7, «Los contraejemplos, dichos» — lectura del autor
- «Luego vio lo de las sillas...» — 10.7 — la obra, 10.7, «Por qué esta y no otra» y «Conclusión, lo que arrojan los datos» — dato
- «Cuando el Estado se sienta abajo...» — 10.7 — Tratado de la Unión Europea, art. 5.2, en la obra, 10.7 — dato
- «Cuando se sienta arriba...» — 10.7; 5.2 — Ley 39/2015, art. 39, en la obra, 10.7 y 5.2 — dato

«El mismo Estado, con dos maneras...» — 10.7 — la obra, 10.7, «Conclusión, lo que arrojan los datos» («La misma persona jurídica sostiene dos doctrinas sobre el poder prestado, según la silla en que se siente») — dato

«Sacó la libreta, trazó una raya...» — 10.7 — la obra, 10.7, «Conclusión, lo que arrojan los datos» («No hace falta llamarlo de ningún modo: basta ponerlo en dos columnas») — dato — las dos sillas: frente a la Unión y frente al ciudadano

«Debajo, lo que eso no probaba...» — 10.7 — la obra, 10.7, «Lo que no prueba» — dato

«La radio del taller llevaba toda la tarde...» — 10.7 — la obra, 10.7, «La ocupación, con su cifra» — dato

«En 2024, más de dieciséis mil...» — 10.7 — Ministerio del Interior, balance de criminalidad de 2024, en la obra, 10.7 — dato — 16.426 delitos; «la tercera cifra más alta de la serie»

«En 2024, más de dieciséis mil...» — 10.7 — Ministerio del Interior, balance de criminalidad de 2024, en la obra, 10.7 — dato — 7,4 %

«Lo que el señor no dijo...» — 10.7 — la obra, 10.7, «La ocupación, con su cifra» (quien deja de pagar la renta y no se marcha es un asunto civil; el CGPJ mide aparte los juicios verbales, Ley de Enjuiciamiento Civil, art. 250.1.4.º) y «Conclusión, lo que arrojan los datos» (una laguna de medición, no un ocultamiento probado) — dato

«Uno decía que proteger al que es vulnerable...» — 10.7 — Constitución, art. 9.2, en la obra, 10.7 — dato

«Uno decía que proteger al que es vulnerable...» — 10.7 — Real Decreto-ley 16/2025, en la obra, 10.7 — dato — la protección frente a los desahucios de hogares vulnerables, prorrogada

«El otro, que el dueño espera...» — 10.7; 2.5 — la obra, 10.7, «La tensión, dicha sin elegir bando» (la carga de probar la mala fe, siempre sobre el propietario; ningún mecanismo que le compense por el tiempo perdido) — dato

«Desde la primavera del año pasado...» — 10.7 — Ley de Enjuiciamiento Criminal, art. 800.3, tras la Ley Orgánica 1/2025 (desde el 3 de abril de 2025), en la obra, 10.7 — dato

«Desde la primavera del año pasado...» — 10.7 — Ley de Enjuiciamiento Criminal, art. 800.3, en la obra, 10.7 — dato

«La letra de la ley no trata al que entra mejor...» — 10.7; 2.5 — la obra, 10.7, «La tensión, dicha sin elegir bando» («No es que la ley trate al ocupante mejor que al propietario: la letra dice lo contrario»; «la buena fe se presume por igual en quien la merece y en quien no», 2.5) — dato

«Lo apuntó con las palabras que encontró...» — 10.7 — la obra, 10.7, «La tensión, dicha sin elegir bando» — lectura del autor

Capítulo 59. Crónica: Las presunciones de hoy

«En 2011, España se dio una ley nueva...» — 5.4 — Ley 20/2011, del Registro Civil, en la obra, 5.4, «La obligación heredada»; pieza 14, «La historia en su orden» — dato

«y en la lista de los obligados a dar cuenta de un nacimiento...» — 5.4 — Ley 20/2011, del Registro Civil, art. 45, en la obra, 5.4 — dato

«y en la lista de los obligados a dar cuenta de un nacimiento...» — 5.4 — Ley 20/2011, art. 46, en la redacción de la Ley 19/2015, en la obra, 5.4; pieza 14, «La historia en su orden» — dato

«El registro individual se abrirá...» — 5.4 — Ley 20/2011, art. 5.2, en la obra, 5.4 — dato

«A partir de ahí, «El registro individual...» — 5.4 — Ley 20/2011, art. 6, en la obra, 5.4 («que será única e invariable en el tiempo») — dato

«Nadie preguntó...» — 5.4 — la obra, 5.4, «La obligación heredada» («Nadie preguntó. Y nadie podía preguntar: el interesado tenía cero días») — dato — 0 días

«Esa es la raíz de las demás presunciones...» — 5.4 — la obra, 5.4, «Conclusión, lo que arrojan los datos»; pieza 14, «La historia en su orden» (paso de 2011, la raíz) — presunción

«El 2 de septiembre de 2011...» — 8.1; 7.2 — Diario de Sesiones del Congreso, Pleno, n.º 270, en la obra, 8.1, «España: la deuda, primero»; pieza 14, «La historia en su orden» — dato — por lectura única; 321 votos emitidos, 316 a favor y 5 en contra

«Desde entonces, el pago de la deuda...» — 8.1; 7.2 — Constitución, art. 135.3, en la obra, 8.1 y 7.2, n.º 4 — dato

«No hubo referéndum...» — 8.1; 11.3 — la obra, 8.1 («No hubo referéndum»), y 11.3 («la Constitución solo lo exige si lo pide una décima parte de los miembros de una Cámara, y no se pidió») — dato

«Ese mismo año, la hucha de las pensiones...» — 8.6; 7.2 — Fondo de Reserva, informe a las Cortes, en la obra, 8.6, «La hucha», y 7.2, n.º 4, art. 50; pieza 14, «La historia en su orden» — dato — 66.815 millones en 2011

«Desde 2012, lo que se podía sacar cada año dejó de tener tope...» — 8.6 — Real Decreto-ley 28/2012, art. 1, en la obra, 8.6 — dato

«Entre 2012 y 2019 se sacaron...» — 8.6; 11.3 — Fondo de Reserva, en la obra, 8.6 (lo dispuesto, año por año) y 11.3; pieza 14, «La historia en su orden» — dato — 80.337 millones dispuestos de 2012 a 2019

«Entre 2012 y 2019 se sacaron...» — 8.6; 11.3 — Fondo de Reserva, en la obra, 8.6 y 11.3 — dato — 2.138 millones en 2020; a 31 de marzo de 2026, 15.267, su máximo en diez años (7.2, art. 50), y la cotización nueva desde 2023 (8.6)

«No fue una apropiación indebida...» — 7.2 — la obra, 7.2, n.º 4, art. 50 («No fue apropiación indebida: se usó para pagar pensiones. Es un diseño sin blindaje») — dato

«En 2017, el Tribunal Constitucional...» — 5.1 — STC 73/2017, en la obra, 5.1, n.º 9; pieza 14, «La historia en su orden» — dato

«En 2017, el Tribunal Constitucional...» — 5.1 — STC 182/2021, en la obra, 5.1, n.º 9 — dato — la plusvalía, ya en la casa (Cándido, capítulo 33)

«Las dos veces...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 9 («con efectos solo hacia delante: las liquidaciones ya firmes no se revisaron») — dato — 2 sentencias; el mismo patrón en la Zona de Bajas Emisiones de Madrid (7.5, caso 2) y en el confinamiento (STC 148/2021, FJ 11; 8.5)

«En 2014, el Banco de Inglaterra...» — 5.1; 8.1 — Banco de Inglaterra, «Money creation in the modern economy» (La creación del dinero en la economía moderna), Quarterly Bulletin (Boletín trimestral), 2014; traducción de la edición; en la obra, 5.1, n.º 10; pieza 14, «La historia en su orden» — dato

«El dinero no sale de un ahorro guardado...» — 5.1; 8.1; 11.3 — Banco de Inglaterra, 2014; traducción de la edición; en la obra, 11.3 (carga 17), 5.1, n.º 10, y 8.1 — dato

«Ese mismo año, la reforma del impuesto sobre la renta...» — 5.1 — Ley 35/2006, art. 63, en la obra, 5.1, n.º 5; pieza 14, «La historia en su orden» — dato

«Ese mismo año, la reforma del impuesto...» — 5.1 — Ley 35/2006, art. 63, en la obra, 5.1, n.º 5 — dato

«Desde 2015, «El mínimo...» — 5.1 — Ley 35/2006, art. 57.1, en la obra, 5.1, n.º 5 — dato

«Entre 2015 y 2025, los precios...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 5 (la subida de los precios de 2015 a 2025) — dato — 28,0 %

«Con el mismo poder de compra se paga más...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 5 («con el mismo poder adquisitivo se paga más, sin que ninguna ley suba el impuesto») — dato

«En 2015, la ley del procedimiento...» — 5.2 — Ley 39/2015, art. 39.1, en la obra, 5.2, planta 4; pieza 14, «La historia en su orden» — presunción

«En 2015, la ley del procedimiento...» — 5.2 — Ley 39/2015, art. 77.5, en la obra, 5.2 — presunción

«Probar lo contrario le toca al ciudadano...» — 5.2 — la obra, 5.2 («es el ciudadano quien tiene que demostrar que no es así») — presunción

«Desde 2017, el balance de la Seguridad Social...» — 9.1 — Tribunal de Cuentas, Declaración sobre la Cuenta General del Estado de 2024, párr. 2.23, en la obra, 9.1; pieza 14, «La historia en su orden» — dato

«Son ocho cierres seguidos...» — 9.1; 7.2 — la obra, 9.1 y 7.2, n.º 11 — dato — 8 cierres, de 2017 a 2024

«Y debe al Estado...» — 9.1 — la obra, 9.1 (la Seguridad Social debe al Estado 126.170 millones de euros en préstamos) — dato — la regla de cualquier empresa (causa de disolución), ya en la casa (capítulo 44)

«En diciembre de 2018 caducó...» — 7.2; A.7 — la obra, 7.2, n.º 2, y A.7, art. 122; pieza 14, «La historia en su orden» — dato

«No se renovó hasta junio de 2024...» — 7.2; A.7 — la obra, 7.2, n.º 2, y A.7, art. 122 — dato — 5 años y medio; ya en la casa (capítulo 18)

«Los evaluadores europeos contra la corrupción...» — 7.2 — GRECO, Cuarta Ronda, segunda adenda al segundo informe de cumplimiento, 2024; traducción de la edición, del inglés; en la obra, 7.2, n.º 2 — dato

«En 2020, con el estado de alarma...» — 7.2 — STC 148/2021, en la obra, 7.2, n.º 9 (prohibir circular a todas las personas, por cualquier sitio y en cualquier momento, salvo excepciones); pieza 14, «La historia en su orden» — dato

«El estado de alarma...» — 7.2 — STC 148/2021 (art. 55.1 de la Constitución), en la obra, 7.2, n.º 9 — dato

«En 2021, el Tribunal Constitucional concluyó...» — 7.2 — STC 148/2021, en la obra, 7.2, n.º 9 — dato

«A finales de 2021...» — 5.1; 9.1 — INE, Tabla de Pensiones 2021, en la obra, 5.1, n.º 24, y 9.1, «Lo que debe»; pieza 14, «La historia en su orden» — dato — 6.129.248 millones de euros

«A finales de 2021...» — 9.1 — Eurostat, deuda de las administraciones públicas, en la obra, 9.1, «Lo que debe» — dato

«A finales de 2021...» — 9.1 — la obra, 9.1, «Lo que debe» (cálculo de la obra) — dato — 4,3 veces

«Y el Instituto Nacional de Estadística le pone su propia advertencia...» — 5.1 — INE, Tabla de Pensiones 2021, en la obra, 5.1, n.º 24 — dato

«Y entre 2021 y 2025...» — 5.1; 8.3 — la obra, 5.1, n.º 6, y 8.3 (la tabla de la deuda y los intereses, de 2021 a 2025: cálculo de la obra); pieza 14, «La historia en su orden» — dato — 306.760 millones

«Y entre 2021 y 2025...» — 5.1; 8.3 — la obra, 5.1, n.º 6, y 8.3 (cálculo de la obra) — dato — 172.603 millones

«El Estado es el mayor deudor del país...» — 5.1 — la obra, 5.1, n.º 6 («El Estado es el mayor deudor del país, y la subida de los precios rebaja el valor real de lo que debe»; «Lo que pierde quien ahorra lo gana, en buena parte, quien debe») — dato

Capítulo 60. La raya

«La maestra dejó hacer un juicio...» — 11.1; 1.5 — la obra, 11.1 (un juicio a instituciones y normas, nunca a personas con nombre; cada voto razonado) y 1.5 (la costumbre se mide por lo que hace) — lectura del autor

«Por algo será, sí...» — 1.5 — la obra, 1.5 (la costumbre, ley no escrita: hay costumbres buenas, y lo de siempre no es bueno por ser de siempre) — dato

«El padre dejó el tenedor en el plato...» — 11.1; 11.0 — la obra, 11.0 («la defensa del Estado que aquí se escribe es la mejor que la obra ha sabido construir, no una caricatura»; «una tortilla necesita sus dos caras», palabras del autor) y 11.1, «Las dos caras» («un juicio que solo oye a la acusación no convence a nadie; uno que expone la mejor defensa la mide con la misma vara, sí») — lectura del autor

«Y había tres cosas más...» — 11.1; 11.0 — la obra, 11.0 («No juzga a personas ni a colectivos, sino instituciones y diseños legales»; no dicta sentencia con fuerza de ley ni exime de ninguna obligación vigente) y 11.1 (nunca personas con nombre; cada voto razonado por escrito y público; la última palabra, del acusado, como en la ley del juicio penal) — lectura del autor

«Y la raya del campo, que ya no se veía...» — 10.7 — la obra, 10.7, «La figura» (marcar otra vez el límite, con las dos partes presentes) — dato

«Estaba en el Código Civil...» — 10.7 — Código Civil, art. 384, en la obra, 10.7, «La figura» — dato

«Mientras Sofía se ponía el pijama...» — 10.7 — la obra, 10.7, «La figura» («No acusa a nadie de haber movido el mojón: pide que se vuelva a marcar, con las dos partes presentes») — dato

«El mismo Código le añadía...» — 10.7 — Código Civil, art. 364, en la obra, 10.7 — dato

«El mismo Código le añadía...» — 10.7 — Código Civil, art. 444, en la obra, 10.7 — dato

«Lo que queda es volver a marcar el límite...» — 10.7 — la obra, 10.7, «La figura» («Queda lo único que queda cuando hubo tolerancia por ambas partes: marcar otra vez el límite y compensar lo tomado de más») — dato

«Y encontró también, escrito hace mucho...» — 10.3 — Rm 12:17, en la Reina-Valera Antigua, en la obra, 10.3, «El principio» — dato

«Debajo del último apuntó cómo se pide...» — 10.7 — la obra, 10.7, «La petición de deslinde» («que se explique y motive esa distancia allí donde exista, y que se corrija donde proceda. Esta solicitud no cuestiona la legitimidad del sistema en su conjunto, ni invoca ningún precedente de ruptura») — lectura del autor

«Y que acaba como sus otros escritos...» — 10.7 — la obra, 10.7, «La petición de deslinde» — lectura del autor

Capítulo 61. La brújula

«Las semillas no eran el bien y el mal...» — J.1 — la obra, J.1, «Las dos semillas» (la que se recibe, la ley de Dios y la ley natural, autoridad original, 1.9; la que se siembra, la costumbre y la ley escrita, autoridad derivada; las dos hacen falta) — lectura del autor

«Los dos árboles no salían de semillas distintas...» — J.1; 0.4 — la obra, J.1, «Los dos árboles» (no nacen de semillas distintas, sino de a qué se une lo sembrado; el torcido pone una presunción en el lugar de lo recibido, algo dado por cierto sin prueba, 0.4) — lectura del autor

«Fue tocando las hojas con el dedo...» — J.1 — la obra, J.1, «Las cuatro partes, y dónde están en este libro» (la raíz, 3 o 5; el tronco, 1, 2 y 4 o 6; las ramas, 7 y anexo A; el follaje y los frutos, 8 y 10) — lectura del autor

«Y lo que el dibujo no decía...» — J.1; 7.1 — la obra, J.1, «Tres cosas que esta imagen no dice», y 7.1 — dato — 93 de 169; ya en la casa (capítulo 18)

«Y lo que el dibujo no decía...» — J.1; 0.3; 10.9 — la obra, J.1, «Tres cosas que esta imagen no dice» (no dice que el Estado sea el árbol torcido; no dice que quien tuerce lo haga con mala fe: la intención de nadie es dato de la obra, 0.3; y no sitúa a nadie: dónde está cada uno lo mira cada uno, y la respuesta es suya, 10.9) — dato

«Lo que no había medido era el follaje...» — J.1 — la obra, J.1, «El follaje no es el fruto» (los frutos se miden con datos, 8; el follaje, lo que se siente al vivir en un árbol, se pregunta y no se afirma) — lectura del autor

«Encontró, eso sí, por qué no encontraba...» — 10.9 — la obra, 10.9 (las puertas sirven para pedir al Estado; la brújula, para mirarse uno) — lectura del autor

«Cómo te hace sentir vivir en este árbol...» — 10.9; 0.5; 3.2 — la obra, 10.9, «Las tres preguntas» (son del autor; el otro «no es ni más ni menos que otro tú»: la reciprocidad, 0.5 y 3.2; el consentimiento con información, como el del paciente al que el médico explica, 10.3) — lectura del autor

«Lo que uno siente es una señal, no una prueba...» — 10.9; 4.4 — la obra, 10.9, «Cómo se lee la brújula» (una señal, no una prueba; la repetición crea costumbre, 4.4; dos lecturas a la vez, los frutos y lo que uno siente; si no coinciden, «esa diferencia ya es información») y «Lo que la brújula no es» — lectura del autor

«Lo que sí encontró fue la pregunta...» — 10.9; J.1 — la obra, 10.9, «Lectura del autor» (las preguntas de espejo que el autor se hace y deja, la primera, «¿qué semilla estás cultivando y qué árbol estás creando (J.1)?») — lectura del autor

«Debajo, más pequeñas, le salieron otras...» — 10.9; 10.3 — la obra, 10.9, «Lectura del autor» (¿qué has hecho con tu vida?; ¿hacia dónde apunta, por repetición, lo que haces?; ¿cuáles serán tus frutos?; valen para quien manda, «porque el que corrige se mira primero», 10.3) — lectura del autor

«Había sido un camino largo...» — G.7 — la obra, G.7 (el recorrido del autor; el camino, dice, ha sido «un auténtico dolor de parto») — lectura del autor

«Y el jueves lo había dejado escrito en la otra columna...» — 11.5 — la obra, 11.5, «Lectura del autor» («este trabajo es muy grande para una persona sola»; las preguntas, como invitación a quien quiera seguir) — lectura del autor

«Porque al principio me dabas lo que sonaba bien...» — G.1; G.8 — la obra, G.1, R3 («C: sin verificar. No entra: queda en la lista de flecos, para leerlo en su fuente») y G.8 (el método nació hablando con una inteligencia artificial que tendía a darle la razón al autor) — lectura del autor

«Luego miró la esquina de la hoja...» — H.1 — la obra, H.1 («Apocalipsis» viene del griego, «revelación»: la obra descubre cómo funciona el sistema; no anuncia el fin del mundo) — dato

Capítulo 62. Las pepitas

«Lo he mirado. Y esto es lo que he encontrado...» — 10.9 — la obra, 10.9 («La respuesta no es dato de la obra: es tuya»; lo que uno siente es una señal, no una prueba, y dónde está cada uno lo mira cada uno) — lectura del autor

«Pero te puedo hacer la pregunta...» — 10.9; J.1 — la obra, 10.9, «Lectura del autor» (la pregunta de espejo, «¿qué semilla estás cultivando y qué árbol estás creando (J.1)?») — lectura del autor

«La pregunta estaba allí, con la letra de por la noche...» — 11.5 — la obra, 11.5, «Las preguntas para el juicio» (INE y Ministerio de Hacienda: por qué los compromisos de pensiones no se publican junto a la cifra de deuda pública, y cuándo se actualizará la tabla de 2021; 5.1, n.º 24) — dato

«Antes de nada le mandó un mensaje a Constancio...» — 8.5 — la obra, 8.5, n.º 6 (STS de 12-11-2015, rec. 816/2015: lo que mide para dejar constancia de una infracción pasa su control) — dato

«Luego hizo el escrito como la primera vez...» — 10.4; D.1 — la obra, 10.4, «La pregunta, y el escrito de petición» (los hechos, cada uno con su fuente; si un dato no se puede acreditar, se retira; «El domicilio»: designarlo de forma expresa tiene efecto real) y D.1 (el escrito de petición) — dato

«Después, los hechos, cada uno con su papel...» — 5.1 — INE, Tabla de Pensiones 2021, en la obra, 5.1, n.º 24 («6.129.248 millones de euros correspondieron a los sistemas garantizados por las Administraciones Públicas») — dato — 6.129.248 millones de euros, fuera de la deuda oficial; ya en la casa (capítulo 15)

«Y debajo, lo que advertía el mismo organismo...» — 5.1 — INE, Tabla de Pensiones 2021, en la obra, 5.1, n.º 24 (no es una deuda que venza hoy) — dato

«Lo que él creía de todo aquello no iba en el escrito...» — 10.4 — la obra, 10.4 («Dentro del escrito, en cambio, solo lenguaje jurídico [...]. Este razonamiento es para quien lo redacta, no para la ventanilla»; «La regla de oro: todo lo que afirma se puede comprobar, y todo lo que pide se puede conceder») — dato

«En el escrito, solo lo que se podía comprobar...» — 11.5; 5.1 — la obra, 11.5, «Las preguntas para el juicio», INE y Ministerio de Hacienda (5.1, n.º 24) — dato

«Al final de cada uno, la línea de la primera vez...» — 10.4 — la obra, 10.4, «La buena fe, por escrito» (quien firma puede estar equivocado y rectificará si se le indica de forma motivada) y «La firma» (el nombre legal completo y la firma habitual, sin anotaciones) — dato

«El lunes, antes de abrir, la ventanilla...» — 10.4; 11.5 — la obra, 10.4, «Qué hacer si no contestan» («conservar la copia sellada con la fecha de entrada. Un escrito registrado que nadie contesta es un hecho documentado») y 11.5 (cualquiera puede enviar ya las preguntas por escrito y guardar la respuesta o el silencio) — dato

«El padre se lo contó en corto...» — 7.1; 10.4 — la obra, 7.1 (auditar la Constitución artículo por artículo: lo que dice y lo que pasa, con su fuente) y 10.4 (lo que no está claro, preguntado por escrito) — dato

«Eso creo. Cambian los papeles, no la manera...» — G.0 — la obra, G.0 («Nada en este método es específico de España»; «Lo que cambia son las fuentes») y su «Límite honesto» («que se pueda repetir con otro país es una afirmación que falta por probar») — lectura del autor

«No te lo sé decir. A mí se me ha ido el otoño...» — G.0; G.7 — la obra, G.0 («Este anexo no promete ningún plazo») y G.7, «Cuánto tardó» («No se promete ningún plazo a quien repita la obra») — dato

«Cogió una hoja de presupuesto en blanco...» — G.5 — la obra, G.5 (qué se busca en otro país: su boletín oficial; su tribunal constitucional o supremo y los internacionales a los que esté sujeto; quien fiscalice sus cuentas públicas; su estadística, su banco central y su agencia tributaria; el diccionario de su lengua y el jurídico; los textos de las tradiciones, que no dependen del país) — dato

«Lo que se busca es lo mismo en todos los sitios...» — G.5 — la obra, G.5, «La idea» («en otro país se buscan las mismas clases de fuente, y cambia solo dónde está cada una») — dato

«No he podido comprobar ninguna...» — G.5; G.3 — la obra, G.5, «Las llaves de cada sitio» («antes de adivinar una dirección, preguntar al buscador oficial») y G.3, n.º 2 («al bajar, comprobar el título de cada página») — dato

«El padre no copió los nombres...» — G.1 — la obra, G.1, R3 («C: sin verificar. No entra: queda en la lista de flecos, para leerlo en su fuente») — dato

«Si un día lo hago con la mía...» — G.5 — la obra, G.5 («Quien quiera ayudar a completar la tabla para su país, con sus fuentes y su fecha, es bienvenido») — dato

«Lo primero que apuntó era lo que le había enseñado el taller...» — G.1 — la obra, G.1, R1 («Primero la biblioteca local, entera»: cada fuente se baja completa, una sola vez, con su índice y su fecha; una consulta suelta obliga a volver una y otra vez) — dato

«Lo segundo ya lo hacía...» — G.1 — la obra, G.1, R2 (lo comprobado no se vuelve a comprobar; antes de leer nada se busca en el registro, y lo que ya tiene marca no se relee) — dato

«Lo tercero lo vio al repasarla...» — G.1; 11.3 — la obra, G.1, R3 (A, leído en el original; B, fuente secundaria fiable, que se marca; C, sin verificar, que no entra) y 11.3, cargo 12, «Límite honesto» («Las cifras de normas son de un estudio privado hecho con datos del BOE») — dato

«Luego, el orden, y lo escribió como una orden de trabajo...» — G.2 — la obra, G.2 (los pasos, del 0 al 7: la pregunta y la vara; la biblioteca local; el inventario, sin borrar nada en silencio; la criba, que mira también lo que deja fuera; la comprobación, cada fuente una vez; la redacción en tres capas; las dos caras y el límite honesto; publicar, enlazar al final y la fe de erratas) — dato

«Lo de la Constitución lo había hecho ya...» — G.4 — la obra, G.4 (los seis pasos: el texto completo y vigente, sin resúmenes, porque la selección previa es el primer sesgo; por bloques; cada artículo con un hecho documentado; lo grave, solo con declaración formal externa; la cobertura completa; la lectura de conjunto, al final y declarada como interpretación) — dato

«Lo grave, solo donde alguien de fuera...» — G.4; 7.1 — la obra, G.4 («en 23 de los 69 incumplimientos ya había una declaración formal externa») y 7.1 — dato — 23 de 69; ya en la casa (capítulo 18)

«Al final, del primero al último...» — G.4; 7.1 — la obra, G.4 (paso 5, verificar la cobertura completa; «la Constitución tiene 169 artículos y cada uno tiene su ficha») y 7.1 — dato — 169 artículos, 169 filas

«Nada de aquello era de España...» — G.0 — la obra, G.0 («Nada en este método es específico de España»; el método «no descansa en quién trajo un dato, sino en que se compruebe en su original») — dato

«A mediodía, al cerrar la libreta...» — G.3 — la obra, G.3, «La idea» (las trampas que ya costaron tiempo, y cada una dejó una regla) — dato

Capítulo 63. Los tachados

- «Él se había traído la libreta del taller...» — G.3 — la obra, G.3, «La idea» (las trampas que ya costaron tiempo, y cada una dejó una regla; todas salen de lo ocurrido en esta obra) — dato
- «Los primeros eran frases...» — G.6 — la obra, G.6 («Una cita que circula sin dueño confirmado se marca como tal o no se usa») — dato
- «Después, la frase que Sofía IA le había puesto...» — G.3 — la obra, G.3, n.º 5 («Una sentencia no dice lo que se cree que dice»: la cita se busca, literal, en la sentencia entera) y n.º 7 (lo que trae otra inteligencia artificial, sin verificar) — dato
- «Luego, el resumen que le llegó entre comillas...» — G.3 — la obra, G.3, n.º 6 («El resumen no es la prueba»: la prueba es el pasaje literal, con su archivo y su lugar; el resumen solo orienta) — dato
- «Las cifras sacadas de páginas que no medían nada...» — G.3 — la obra, G.3, n.º 10 («Un número que aparece no es una prueba»: la fuente es el documento mismo, no una mención suya) — dato
- «Y lo de la reforma hecha en un suspiro...» — G.3 — la obra, G.3, n.º 7 (la Regla de Oro: la señal de alarma es «esto encaja demasiado bien con lo que necesito decir»; cuanto mejor encaja una cita con el argumento, más hay que desconfiar y comprobarla el doble) — dato
- «Había una fila que no tenía tachón...» — G.2; G.3 — la obra, G.2 (el inventario: «nada se borra en silencio») y G.3, n.º 11 («Una cifra corregida en un sitio y vieja en otros»: cada errata, a la fe de erratas, con lo que decía, lo que dice la fuente y dónde se halló; «al corregir una cifra, se busca en toda la obra») — dato
- «La última columna no tenía tachones...» — G.3 — la obra, G.3, n.º 12 («No entra» no es «fuera»: lo que no entra por falta de fuente va a la lista de flecos, para leerlo en su fuente, y nunca queda fuera) — dato
- «Así había empezado todo, si lo pensaba...» — G.8; G.3 — la obra, G.8 (el método nació para defenderse de una herramienta que tendía a darle la razón al autor y le contaba historias que no se podían comprobar; separar el dato de la interpretación, 0.3) y G.3, n.º 7 — lectura del autor
- «Hay una muy citada, de un jurista romano...» — G.6 — Cicerón, De legibus I, 42, en la obra, G.6, «Ulpiano (Digesto 1, 1, 1)» (se atribuye a Ulpiano, pero es de Cicerón) — dato
- «En el sitio donde ella decía...» — G.6 — Ulpiano, Digesto 1, 1, 1, 3, en la obra, G.6 — dato
- «Buscó la frase redonda por sus palabras...» — G.6 — la obra, G.6, «La idea» (cuatro citas que circulaban mal se corrigieron comprobando el original) — dato
- «Esta vez no hubo que tachar nada...» — G.3; G.6 — la obra, G.3, n.º 7 («lo que trae otra herramienta no se escribe hasta leerlo en el original») y G.6 (lo que circulaba se usó como pista y lo que se escribe es lo leído en el original) — dato
- «Luego hizo sitio en la mesa...» — I.1; I.2; I.3; I.4; I.5; I.6; I.7; I.8 — la obra, anexo I (por bloques: I.1, la Biblia y los autores cristianos; I.2, el judaísmo y el islam; I.3, China; I.4, la India; I.5, Grecia y Roma; I.6, la historia del poder: los textos del poder que se dice sagrado y de los que se corrigieron; I.7, los textos modernos; I.8, las leyes y las sentencias) — dato
- «Lo que no tenía en papel lo apuntó en una hoja...» — I.9; I.0 — la obra, I.9 (cada fuente una sola vez, por tipo, con los apartados donde se usa: la Constitución, las leyes y las normas de España; las normas europeas e internacionales; las sentencias; la estadística oficial; los organismos; los textos sagrados y de las tradiciones; los autores; los diccionarios; y la prensa, los estudios privados y otras fuentes) e I.0 («cada cita de la obra tiene su fuente») — dato
- «La de un maestro chino...» — I.3 — Confucio, Analectas 15.24, en la obra, I.3 (traducción de la edición, de la inglesa de Legge) — dato
- «La de un libro de la India...» — I.4 — Bhagavad Gita 2.71, en la obra, I.4 — dato
- «Y la de un escritor que sobrevivió a los campos soviéticos...» — I.7; 2.5 — Solzhenitsyn, Archipiélago Gulag, en la obra, 2.5 e I.7 — dato
- «El problema es que nos mandaron a jugar...» — 3.7; F.9 — la obra, 3.7, «Arqueología en busca de las reglas del juego de la vida» («La idea»: doce tradiciones cuentan que se recibió una ley, una enseñanza o una sabiduría para vivir; nueve, que se perdió o que muchos se apartan de ella; y diez, que hay un camino de vuelta, que es volver a lo recibido), y F.9, «Las reglas del juego de la vida, tradición por tradición» (los pasajes, cada uno con su fuente) — dato

Capítulo 64. Crónica: El otoño de 2026

- «En 2024 se publicaron...» — 5.2 — BOE y boletines de las comunidades autónomas, en la obra, 5.2, «Todos conocen todas las leyes» (también en 9.1 y 11.3); pieza 14, «La historia en su orden», paso 118 — dato — 1.298.086 páginas en 2024

«En 2024 se publicaron...» — 5.2 — la obra, 5.2; pieza 14, «La historia en su orden», paso 118 — dato — 3.547 páginas al día

«La ley da por cierto que cada persona las conoce todas...» — 5.2 — Código Civil, art. 6.1, en la obra, 5.2; pieza 14, «La historia en su orden», paso 118 — presunción

«Ese mismo año nacieron...» — 8.8 — INE, Movimiento Natural de la Población, nota de 19-11-2025, en la obra, 8.8, «Los hijos»; pieza 14, «La historia en su orden», paso 119 — dato — 318.005 nacimientos en 2024, un 0,8 % menos

«Ese mismo año nacieron...» — 8.8 — INE, Movimiento Natural de la Población, en la obra, 8.8; pieza 14, «La historia en su orden», paso 119 — dato — 1,10 hijos por mujer (1,07 entre las madres españolas y 1,27 entre las extranjeras)

«Es el mínimo de una serie...» — 8.8 — INE, indicadores demográficos básicos, tabla 1407, en la obra, 8.8 — dato — 2,77 en 1975; el anterior mínimo, 1,13 en 1998

«En 2025, de 9.089 recursos de amparo...» — 5.1; 7.2 — Tribunal Constitucional, Memoria 2025, en la obra, 5.1, n.º 19, y 7.2; pieza 14, «La historia en su orden», paso 120 — dato — 59 de 9.089 (el 0,65 %); la primera causa de inadmisión, la «falta de especial trascendencia constitucional», en 5.401 casos (7.2)

«El amparo es el recurso...» — 7.2 — la obra, 7.2 («El amparo»; el art. 53.2 de la Constitución) — dato

«Ese año, 32.704 personas...» — 8.5 — Observatorio Estatal de la Dependencia, XXVI Dictamen, presentado en el Congreso el 13-3-2026, en la obra, 8.5, n.º 7; pieza 14, «La historia en su orden», paso 121 — dato — 32.704 en 2025

«Ese año, 32.704 personas...» — 8.5 — la obra, 8.5, n.º 7; pieza 14, «La historia en su orden», paso 121 — dato — el tiempo medio de resolución, 341 días, y las 271.556 personas que esperaban a 31 de marzo de 2026

«Fueron 40.447 en 2023...» — 8.5 — la obra, 8.5, n.º 7; pieza 14, «La historia en su orden», paso 121 — dato — lo que no encaja con la dirección: bajan

«La cifra baja, y eso también es un hecho...» — 8.5 — la obra, 8.5, n.º 7 (40.447 en 2023, 34.252 en 2024 y 32.704 en 2025) — dato

«En 2025, el 33,8 %...» — 7.5 — INE, Encuesta de Condiciones de Vida 2025, en la obra, 7.5, «Art. 39, la infancia»; pieza 14, «La historia en su orden», paso 122 — dato — 33,8 %

«En 2025, el 33,8 %...» — 7.5 — la obra, 7.5; pieza 14, «La historia en su orden», paso 122 — dato — 25,7 %

«Y ese año las administraciones pagaron...» — 7.2; 5.1 — Eurostat, cuentas de las administraciones públicas, en la obra, 7.2, «La deuda, primero», y 5.1; pieza 14, «La historia en su orden», paso 123 — dato — 40.314 millones en 2025; por cada 5 euros invertidos, unos 4 en intereses (el 81 %, cálculo de la obra, 8.6)

«Y ese año las administraciones pagaron...» — 7.2 — Eurostat, en la obra, 7.2; pieza 14, «La historia en su orden», paso 123 — dato — 49.632 millones invertidos en 2025

«Desde la reforma de 2011...» — 7.2; 5.1 — Constitución, art. 135.3, en la obra, 7.2 y 5.1 — dato

«En el otoño de 2026, a mediodía...» — 5.1 — la obra, 5.1 (al ciudadano que paga tarde se le aplica un recargo del 5, el 10 o el 20 %, Ley General Tributaria, art. 28; a Hacienda, cuando devuelve tarde, no; 7.6) — dato

Capítulo 65. Por el principio

«Abrió la libreta por la página...» — H.1 — la obra, H.1, «La idea» (los nombres de la obra y de sus partes, cada uno para una sola cosa) — dato

«Debajo, en una línea nueva, empezó a poner nombre a las partes...» — H.1; 0.2 — la obra, H.1 («Apocalipsis» viene del griego, «revelación»; la obra descubre cómo funciona el sistema, que está a la vista de todos pero escondido en su complejidad; no anuncia el fin del mundo; «El Registro. Solo el archivo público de los frutos»; capítulo, apartado y prueba se numeran por niveles, y el punto separa niveles, no es decimal; «El mapa del árbol», la segunda puerta de entrada: la raíz, el tronco, las ramas y los frutos) — dato

«Pensó también en quién lo iba a leer...» — H.1; 0.3 — la obra, H.1 y 0.3 (se lee por tres puertas, con dos escalones cada una: lo que concluye, lo que lo sostiene y lo que lo confirma) — dato

«Luego apuntó lo que le había costado...» — G.7; G.0 — la obra, G.7, «Cuánto tardó» («No se promete ningún plazo a quien repita la obra») y G.0 («Este anexo no promete ningún plazo») — dato

«Solo que no se saltara ningún paso...» — G.7 — palabras del autor, en G.7 (su oficio le enseñó que, para diagnosticar dónde estaba el fallo, no tenía que saltarse ningún paso) — lectura del autor

«Recibida. Empezamos por los papeles...» — G.1; G.0 — la obra, G.1, R1 (primero la biblioteca local, entera) y G.0 (la obra se hizo con ayuda de herramientas de inteligencia artificial que se equivocan; el método no descansa en quién trae un dato) — dato

«Un rollo del libro de Isaías...» — 0.1 — Museo de Israel, «The Digital Dead Sea Scrolls», en la obra, 0.1 — dato — el gran rollo de Isaías, hallado en Qumrán en 1947, de hacia el 125 a. C.

«Un rollo del libro de Isaías...» — 0.1 — Museo de Israel, en la obra, 0.1 (coincide en general con los códices que se copiaban mil años después; con variantes de lectura, grafías, errores de copista y correcciones) — dato — las variantes

«Los Vedas de la India...» — 0.1 — UNESCO, ficha de la tradición del canto védico, en la obra, 0.1 — dato — proclamada en 2003 e inscrita en 2008 en la Lista Representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial

«Y unos evangelios escritos...» — 0.1 — Ethiopian Heritage Fund, en la obra, 0.1 (los Evangelios de Garima; radiocarbono: 390 a 570 y 550 a 660) — dato — el canon de la Iglesia etíope, 81 libros, con Enoc y Jubileos

«La humanidad guarda con más celo lo que más valora...» — 0.1 — la obra, 0.1 («La humanidad guarda con más celo lo que más valora»; «Ese celo es un testimonio: muestra lo que los pueblos han tenido por ley por encima de toda ley. Da igual el nombre que cada pueblo dé a Dios: lo que todos guardaron coincide en lo esencial») — lectura del autor

«Esa noche empezó a escribir...» — G.7 — la obra, G.7 (el recorrido del autor, que acaba en la obra) y la novela de Sofía, 23 («Esa noche empezó a escribir») — lectura del autor

La obra entera, apartado por apartado

- 0.1** Lo que la humanidad ha guardado con más celo: 65
- 0.2** Adónde lleva esta obra: 1, 3, 18, 27, 35, 53, 65
- 0.3** Cómo se lee cada capítulo: 1, 9, 41, 57, 61, 65
- 0.4** Verdad, presunción, falso y mentira: 7, 38, 42, 46, 61
- 0.5** La vara: la verdad de los hechos y sus frutos: 4, 7, 12, 30, 31, 35, 40, 41, 49, 54, 61
- 0.6** El mapa del libro: 10
- 1.0** Propósito: 29
- 1.1** Las cuatro leyes y su orden: 29, 30, 31, 33, 53
- 1.2** La ley de Dios: 29, 33, 55
- 1.3** Discernir: no todo lo que se ha llamado «dios» es el Creador: 29
- 1.4** La ley natural: quince tradiciones y un veredicto: 8 (crónica), 29, 30, 37 (crónica), 40
- 1.5** La costumbre, ley no escrita: 17 (crónica), 29, 30, 31, 33, 34 (crónica), 45, 53, 54, 57, 60
- 1.6** La ley escrita, y cuándo una ley deja de serlo: 29, 32, 33
- 1.7** Quién invirtió el orden: 11 (crónica), 14 (crónica), 17 (crónica), 22 (crónica), 29, 31, 32, 34 (crónica), 36, 38, 53, 58
- 1.8** Las dos jurisdicciones, y nombrar las cosas por su nombre: 32, 33
- 1.9** La legitimidad de la autoridad: original y derivada: 29, 32, 38, 40, 41, 49, 56
- 2.0** Propósito: 28, 29, 32, 33
- 2.1** La persona y el ente sin cuerpo: 6, 39, 53
- 2.2** El derecho de nacimiento y los derechos inalienables: 28, 30, 33
- 2.3** «Soberanos somos todos»: 2 (crónica), 38
- 2.4** El cuerpo, la conciencia y el respeto: 24, 28
- 2.5** Todos somos aprendices: el gobierno de uno mismo: 7, 25, 35, 36, 40, 41, 55, 57, 58, 63
- 2.6** El camino que sigue esta obra, y el que deja: 25, 45
- 3.0** Propósito: 35
- 3.1** La convergencia y la pata coja: 5 (crónica), 8 (crónica), 34 (crónica), 35, 36
- 3.2** El Arca: la ley de Dios, principio por principio: 5 (crónica), 8 (crónica), 11 (crónica), 14 (crónica), 22 (crónica), 31, 35, 36, 49, 52, 53, 55, 56, 61
- 3.3** La usura, la línea roja más antigua: 5 (crónica), 8 (crónica), 14 (crónica), 22 (crónica), 35, 36, 53

- 3.4** Quién escribe la pata coja: 11 (crónica), 36
- 3.5** Por qué casi nadie la conoce: 14 (crónica), 17 (crónica), 22 (crónica), 36, 40
- 3.6** El hilo del Arca: servir: 29, 36, 41, 49, 56
- 3.7** Arqueología en busca de las reglas del juego de la vida: 63
- 4.0** Propósito: 40
- 4.1** Cómo describen las religiones el mal sin cuerpo: 17 (crónica), 38, 39, 40, 53
- 4.2** La lucha entre el bien y el mal: 2 (crónica), 36, 38, 39, 40, 41, 42, 50, 57
- 4.3** Los ángeles caídos y la suplantación: 40, 41, 49, 55, 57
- 4.4** El padre de la mentira: 41, 45, 61
- 5.0** Propósito: 6
- 5.1** Lo que se da por supuesto y lo que es: el dinero, el poder y la información: 4, 6, 9, 15, 20, 21, 26 (crónica), 28, 31, 33, 37 (crónica), 39, 43 (crónica), 44, 46, 50, 51 (crónica), 52, 53, 57, 59 (crónica), 62, 64 (crónica)
- 5.2** El edificio de las presunciones: 3, 6, 7, 9, 20, 21, 28, 29, 33, 35, 42, 43 (crónica), 47, 53, 55, 58, 59 (crónica), 64 (crónica)
- 5.3** La ficción jurídica: cómo existen el Estado y el derecho: 6, 22 (crónica), 24, 39
- 5.4** La raíz: la presunción en lugar del consentimiento: 3, 4, 6, 7, 9, 10, 15, 17 (crónica), 26 (crónica), 31, 33, 35, 42, 43 (crónica), 53, 54, 59 (crónica)
- 5.5** Por qué ha durado: 6, 10, 25, 54
- 6.0** Propósito: 10, 12
- 6.1** El contrato que nadie firmó: 6, 12, 22 (crónica), 24, 26 (crónica), 27, 28, 40, 53
- 6.2** Cómo se autoproclama un Estado: 5 (crónica), 11 (crónica), 17 (crónica), 21, 22 (crónica), 23, 24, 25, 29, 37 (crónica), 53
- 6.3** Propiedad y poder: 22 (crónica), 25, 26 (crónica), 27, 34 (crónica), 37 (crónica)
- 6.4** El acceso al poder: cinco pensadores y siete casos: 17 (crónica), 23, 24, 28, 37 (crónica), 43 (crónica), 49, 57
- 6.5** La separación de poderes y el derecho de resistencia: 18, 24, 26 (crónica), 27, 28, 37 (crónica), 57
- 7.0** Propósito: 15
- 7.1** El método: auditar el contrato social: 16, 18, 33, 49, 53, 61, 62
- 7.2** El método de Núremberg: 18, 19, 20, 25, 30, 37 (crónica), 45, 59 (crónica), 64 (crónica)
- 7.3** La Constitución y los hechos: 18, 19, 20
- 7.4** El bien común frente al organigrama: 18, 33, 49, 57
- 7.5** La corrupción de la forma: 18, 19, 21, 22 (crónica), 34 (crónica), 45, 49, 57, 64 (crónica)
- 7.6** El cobro blindado y el deber aplazado: 18, 20, 27, 33, 44, 45, 47
- 7.7** El diseño legal que enfrenta a la gente: 19, 47
- 8.0** Propósito: 13
- 8.1** El dinero sin respaldo y la deuda: 13, 15, 31, 35, 43 (crónica), 57, 59 (crónica)
- 8.2** Setecientos años de advertencias: 13, 17 (crónica), 22 (crónica), 37 (crónica)
- 8.3** El tiempo de vida que se lleva la moneda: 13, 50, 51 (crónica), 52, 53, 57, 59 (crónica)
- 8.4** La carga: 21, 45, 48, 49, 50, 51 (crónica), 52, 53
- 8.5** La extracción: 39, 44, 45, 46, 57, 62, 64 (crónica)
- 8.6** A dónde va cada euro, y quién sostiene a quién: 21, 35, 46, 47, 50, 52, 53, 55, 59 (crónica)
- 8.7** La industria, el campo y la vivienda: 49
- 8.8** Vivienda y fecundidad: 21, 43 (crónica), 52, 64 (crónica)
- 8.9** La confianza: 47, 50, 57
- 8.10** La salud y la familia: 48
- 8.11** El efectivo y la señal: 16
- 9.0** Propósito: 53, 56

- 9.1** La quiebra camuflada: 15, 21, 37 (crónica), 43 (crónica), 44, 51 (crónica), 53, 56, 57, 58, 59 (crónica)
- 9.2** La forma sin sustancia, y cuando el pueblo retira la legitimidad: 26 (crónica), 34 (crónica), 37 (crónica), 43 (crónica), 51 (crónica), 53, 57
- 10.0** Propósito: 55
- 10.1** Lo que se propone: un Estado que sirva al pueblo: 55
- 10.2** La metamorfosis del Estado: 55, 57
- 10.3** La depuración sin venganza: 56, 58, 60, 61
- 10.4** La constancia escrita y la pregunta: 27, 39, 44, 45, 46, 49, 55, 56, 62
- 10.5** El botiquín de escritos: 45, 56, 57
- 10.6** El derecho a compensación: 56
- 10.7** El deslinde: 57, 58, 60
- 10.8** El Registro de los frutos: 44, 45, 56, 57
- 10.9** La brújula: 61, 62
- 11.0** Propósito: 60
- 11.1** Qué es y cómo se hace: 53, 57, 60
- 11.2** Las cuestiones previas: 7, 21, 25, 27, 29, 30, 32, 36, 39, 40, 49
- 11.3** Los cargos: 3, 7, 9, 20, 21, 23, 24, 25, 27, 28, 29, 31, 32, 33, 34 (crónica), 35, 36, 46, 47, 50, 52, 53, 57, 59 (crónica), 62
- 11.4** La defensa frente al dictamen: 51 (crónica), 57
- 11.5** Las preguntas para el juicio y el relevo: 57, 61, 62
- 11.6** El llamamiento: 57
- A.0** Qué es este anexo y cómo se lee: 18, 19
- A.1** Título Preliminar: 18, 19
- A.2** Título I. Derechos y deberes fundamentales: 18, 19, 20, 21, 27
- A.3** Título II. La Corona: 19
- A.4** Título III. Las Cortes Generales: 19
- A.5** Título IV. El Gobierno y la Administración: 19
- A.6** Título V. Las relaciones entre el Gobierno y las Cortes Generales: 19
- A.7** Título VI. El Poder Judicial: 18, 19, 59 (crónica)
- A.8** Título VII. Economía y Hacienda: 19, 47
- A.9** Título VIII. La organización territorial del Estado: 19
- A.10** Título IX. El Tribunal Constitucional: 19
- A.11** Título X. La reforma constitucional: 19
- A.12** La lectura de conjunto: 19
- B.0** Qué es este anexo y cómo se lee: 47
- B.1** El peso de cada colectivo: 47
- B.2** ¿Suben los funcionarios el salario medio?: 47
- B.3** La carga de cada perfil: 48, 52
- B.4** Qué está dentro de las capas, y qué no: 48, 52
- B.5** Lo que queda, y lo que se pierde: 48, 52
- B.6** El valor del tiempo de los trámites: 48, 52
- C.0** Qué es este anexo y cómo se lee: 46
- C.1** Cuántos son: 46, 47
- C.2** Lo que cuestan: 46, 47, 50
- C.3** El cuadro de las partidas: 50, 55
- C.4** La jubilación y el despido de cada colectivo: 21, 28, 50
- C.5** Las pensiones, por régimen: 21, 50

D.0 Cómo se usan: 3, 9, 56

D.1 El escrito de petición: 9, 62

D.2 La solicitud de acceso a la información pública: 10, 47, 50, 53

D.3 Las alegaciones y el recurso contra una multa o una sanción: 4, 45

D.4 El recurso contra una liquidación, una providencia de apremio o un embargo de Hacienda: 9, 27

D.5 La reclamación por inactividad de la Administración: 10

D.6 La queja al Defensor del Pueblo: 10

D.7 La constancia de no consentimiento: 10

D.8 La solicitud de acreditación de la competencia, de los hechos y de la motivación: 9, 27, 44

D.9 La petición de motivación extensa: 10

D.10 El recordatorio de responsabilidad por falta de respuesta: 10

D.11 La reclamación de los intereses de demora que Hacienda debe al ciudadano: 10

D.12 La reclamación de responsabilidad patrimonial: 10, 56

D.13 La relación de presunciones: 7, 10, 49

E.0 Propósito: 4, 25

E.1 Meads contra Meads: la sentencia que reunió estas teorías: 4

E.2 El nombre en mayúsculas: 4, 6, 25, 45

E.3 El certificado de nacimiento y la cuenta secreta: 4, 25

E.4 Las fianzas de los cargos públicos: 4

F.0 Propósito: 35, 36

F.1 La Biblia: 35

F.2 El islam, Persia y la tradición rabínica: 36

F.3 China: 36

F.4 El antiguo Oriente, Egipto, Grecia y Roma: 5 (crónica)

F.5 La India: 36

F.6 África, América y Oceanía: 36

F.7 Los órdenes de costumbre: 31, 36

F.8 Errar el blanco, en una tercera lengua: 36

F.9 Las reglas del juego de la vida, tradición por tradición: 63

G.0 Para qué sirve este anexo: 62, 65

G.1 Las tres reglas: 61, 62, 65

G.2 Los siete pasos: 62, 63

G.3 Las trampas que ya costaron: 62, 63

G.4 Los seis pasos con una Constitución: 62

G.5 La tabla de fuentes para cada país: 62

G.6 Lo que el método cazó: 63

G.7 El recorrido del autor, y cuánto tardó: 1, 61, 62, 65

G.8 Cómo nació el método: 61, 63

H.0 Propósito: 12

H.1 La obra y sus partes: 61, 65

H.2 La persona: 12

H.3 Lo que se audita: 12, 13

H.4 El orden de las leyes: 29, 32

H.5 La vara y el método: 12

H.6 El dinero, el tiempo y la carga: 13

H.7 El dictamen: 53, 56

- H.8** La salida: 55, 56, 57, 58
- H.9** Lo que solo va como lectura del autor: 52, 53, 57
- H.10** Las máximas latinas: 32, 33, 35, 36
- I.0** Propósito: 63
- I.1** La Biblia y los autores cristianos: 63
- I.2** El judaísmo y el islam: 63
- I.3** China: 63
- I.4** La India: 63
- I.5** Grecia y Roma: 63
- I.6** La historia del poder: 63
- I.7** Los textos modernos: 63
- I.8** Las leyes y las sentencias: 63
- I.9** Todas las fuentes de la obra: 63
- J.0** Propósito: 49
- J.1** Las dos semillas y los dos árboles: 61, 62
- J.2** El centro: quién lo pone y cómo se escribe: 49, 56
- J.3** El dial: 49, 56
- J.4** La balanza y el dial: 49
- J.5** Las tres capas y la ficha: 49
- J.6** El piloto: 49
- J.7** Lo que el dial no mide: 49
- J.8** La balanza, pesa a pesa: 49



Apocalipsis del Sistema · Kiko Orozco Rocamora

Revelaciones (Apocalipsis) · novela · texto del 12 de octubre de 2026 (guardado 3e2072b)

El juicio popular de la verdad es un tribunal de opinión: no tiene carácter oficial ni fuerza legal.

Si lees esto en otro idioma, es una traducción automática, no revisada. La obra se escribió en España, en español; en caso de duda prevalece el español.

Esta obra no da asesoramiento financiero ni jurídico y no exime de ninguna obligación vigente.